José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

Traducciones (volumen 2)

21



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Responsable del tomo: Maia Barreda.

Colaboradores: Niurka Alfonso Baños, Yadira Álvarez López y Hortensia Roselló Rosés.

Edición: Dania Pérez Rubio.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Donde el verso es un ciervo herido*, Adagio Benítez, 1996. Colección Casa Natal de José Martí.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo

Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones

Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras completas. Edición crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Incluye los manuscritos e impresos: crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novela, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los manuscritos originales existentes, cotejados con las primeras publicaciones, según el caso, por expertos conocedores, tanto de la obra como de la caligrafía de Martí. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación

flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Ha sido propósito cardinal de esta edición el cotejo de los textos con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias con ellas —manuscritos, fotocopias, microfilmes, impresos— serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. Estas son unas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza; en el caso de los versos pueden ir indicadas por los números que les corresponden.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente y además, estarán apoyadas por un* índice de notas finales.

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, bien mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneos de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras Completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre —, o es un intento fallido.»*

Al encarar esta difícil tarea, que desde luego estará sujeta a rectificaciones y enriquecimientos sucesivos, hacemos constar que, sobre todo en los cinco primeros tomos, se trabaja sobre el diseño de edición concebido por los destacados intelectuales Cintio Vitier y Fina García-Marruz, quienes iniciaron las investigaciones para la edición crítica de las obras completas.

En todos los casos las traducciones del inglés han estado a cargo de Ana Elena Arazoza, bajo el criterio de no alterar en lo posible las versiones en español tradicionalmente manejadas por los lectores de Obras Completas *en 27 tomos. De igual forma ha procedido Carmen Suárez León con las traducciones al español de los manuscritos en francés, a excepción, por supuesto, del «Pouchkine» inédito hasta ahora.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

A cont.: A continuación.

CEM: Centro de Estudios Martianos

Ed.: Edición.

Ef.: El Federalista.

Fsc.: Facsímil.

Mf.: Microfilme.

Ms.: Manuscrito.

N.E.P.: Nota de la edición príncipe.

OC: José Martí. Obras completas. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 t. (El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto del Libro).

Orig.: Original.

P.i.: Palabra (s) ilegible (s).

T.: Tachado (salvo como abreviatura de «tomo»).

Var.: Variante.

Vs.: Versión.

Misterio...

TRADUCCIONES

MISTERIO...

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Called Back, que aquí se presenta traducido al castellano con el nombre de *Misterio...,* es un libro memorable en la historia literaria de los países donde se habla inglés. Hoy todavía se le lee como una novedad; pero en la época de su aparición, no había mano en que *Called Back* no estuviese, ni persona que no lo hubiera leído en libro, o lo conociese en drama. Se iba al teatro a oírlo como en peregrinación: todos celebraban su acción intensa, su trama nueva, su interés absorbente, su palabra rápida. ¿Por qué libro había de comenzar la casa de Appleton la serie de buenas novelas que el público hispanoamericano le pide, sino por el que en estos últimos tiempos ha dominado la atención pública en Inglaterra y los Estados Unidos?

Ni es de esta breve nota investigar las razones de éxito tamaño, ni está fuera de ella indicar que no se obtiene sin mérito real semejante éxito. A la novela va el público a buscar lo que no halla en la vida; a reposar de lo que sufre y de lo que ve; a sentirse nuevo, atrevido, amante, misterioso por unas cuantas horas; a saciar la sed inevitable del espíritu de lo romántico y extraordinario. Y el público fue a *Called Back* porque halló en este libro todo eso.

La literatura de cada época es como la época que la origina; y en estos tiempos en que prevalece el afán de desarraigar y conocer, la novela, exagerando a veces el carácter científico que le piden los sucesos y lectores actuales, suele abrumar su lenguaje y entorpecer su movimiento con los extremos de la observación. Mas ha de notarse que el gran público, el público sentidor, ni va a las honduras literarias, ni deja nunca apagar la fantasía. El éxito de *Misterio*... depende acaso de que halaga la necesidad de lo maravilloso con los procedimientos mismos de la vida natural. Ni los que sienten ni los que piensan aceptan hoy lo que no sucede de un modo palpable y visible.

Por de contado, *Misterio*... no es un libro de análisis: no describe, con pincel cuidadoso, las costumbres de un pueblo de provincia, los hábitos de una vida vulgar, los repliegues de un alma moderna; pero de todo eso toma apuntes, y lo reparte diestramente, y sin parecer que lo nota, sobre sus escenas apasionadas y vivaces: con lo que, sin ser una obra de observación ni de propósito, no va contra la naturaleza, aun cuando de todo el libro se desborde el sentimiento de lo extraordinario, que en una escena magistral culmina.

Pero el mérito sobresaliente del libro está en la energía singular con que, sin lastimar el

buen juicio del lector, mantiene hasta la página última una curiosidad legítima. Cuando se cree que ha acabado ya una tragedia comienza un idilio inesperado. Cuando parece que se toca el fin del libro, comienza la novela verdadera, que ningún corazón joven ni hombre moderno leerán sin entusiasmo. Son verdaderamente notables en el malogrado Hugh Conway, que murió en el albor de su fama, el arte de distribuir el interés, de continuarlo naturalmente cuando parece naturalmente extinguido, de encender una novela nueva a la mitad del libro en las ascuas de la que parece terminada, de ocultar al lector deslumbrado con el brillo de la marcha las inverosimilitudes casuales de la intriga, de llevar la atención de sorpresa en sorpresa de una a otra escena memorable, de uno a otro cuadro palpitante y nuevo son verdaderamente notables en el autor de *Misterio...* el arte de ligar sin violencia, como es indispensable en estos tiempos analíticos, las composiciones de la fantasía a la realidad y posibilidad de la existencia; el arte de ajustar sin extravagancia lo sobrenatural a lo natural.

El traductor del libro sólo tiene una palabra que decir, en cuanto al lenguaje. Traducir no es, a su juicio, mostrarse a sí propio a costa del autor, sino poner en palabra de la lengua nativa al autor entero, sin dejar ver en un solo instante la persona propia. Esto ha querido hacer el traductor de *Called Back:* el nervio, la impaciencia, la fuga, la novedad en el decir, que aseguraron al autor de la novela la atención inmediata del público y los críticos, acá ha querido el traductor ponerlas como aparecen en el texto inglés, sin más alarde de estilo ni paramentos de imaginación. De una vez se lee este libro interesante en la edición inglesa; el traductor aspira a que se le lea en la edición española de una vez.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, diciembre de 1885

CAPÍTULO I

EN TINIEBLAS Y EN PELIGRO

No escribiría yo esta historia, si no tuviera una razón para hacerla pública.

Una vez, en un momento de confianza, relaté a un amigo ciertas circunstancias curiosas de un período extraño de mi vida. Creo que le rogué que no las repitiese a nadie: él dice que no. Lo cierto es que se las dijo a otro amigo, y sospecho que con sus flores y adornos; y este amigo se las dijo a otro; y así siguió, de amigo a amigo, el cuento. Cómo llegaron a contarlo al fin es cosa que acaso no sepa yo nunca; pero desde que tuve la flaqueza de confiar a otro mis asuntos privados, mis vecinos me han considerado como un hombre de historia, un hombre que bajo un exterior prosaico y sereno lleva oculta una vida de novela.

Por mí mismo, no haría yo más que reírme alegremente de las versiones exageradas del cuento que sacó a luz mi propia indiscreción. Poco me importaría que un buen amigo creyera que yo había sido en otro tiempo comunista terrible, o miembro siniestro del tribunal de alguna sociedad secreta; ni que otro hubiese oído decir que la justicia había andado tras mí por un crimen patibulario; ni que otro me tuviera por un fidelísimo católico, favorecido con un milagro especial de la Providencia. Si yo estuviera solo en el mundo y fuese joven, me atrevo a asegurar que no me esforzaría en contradecir tales rumores: por lo contrario, es propio de la gente joven tener a gloria el ser objeto de la curiosidad pública.

Pero ni soy joven, ni estoy solo. Hay una criatura en el mundo que me es más querida que la vida misma; una de cuyo corazón—¡Dios sea bendito! están desapareciendo ya rápidamente las sombras del pasado; una que sólo desea ser conocida como es, sin que la embellezcan o la afeen, y pasar su amable y noble existencia sin ocultaciones ni misterios. Ella es la que se aflige con las cosas extrañas y absurdas que andan contando de nuestros antecedentes; ella es la que se lastima de las preguntas tenaces de algunos amigos demasiado curiosos; por ella es por quien me decido a revolver los olvidados cuadernos del diario de mi vida, a repasar antiguas memorias de pesares y gozos, y a contar a cuantos quieran leerlo todo lo que puedan desear saber, y más de lo que tienen derecho a averiguar, de nuestra vida. Una vez hecho esto, sellaré mis labios sobre el suceso. Aquí está mi cuento: el que quiera saber más de él, pregúnteselo a él mismo; a mí, no.

Tal vez, después de todo, escribo esto también por mi propia cuenta: también yo odio los misterios. ¡Cierto misterio que jamás he llegado a explicarme, puede haber engendrado en mí esta repugnancia a todo lo que no tiene una explicación fácil y pronta!

Para comenzar, tengo que retroceder más años de los que yo quisiera; aunque podría, si fuese necesario, fijar el mes y el día. Yo era joven: acababa de cumplir veinticinco años. Era rico: al llegar a la mayor edad entré en posesión de un caudal que me producía una renta anual de dos mil libras esterlinas: las podía gastar tranquilamente, sin comprometer la estabilidad de mi fortuna. Mi mayor edad no fue para mí, como para tantos menguados caballeretes, la señal de las más necias prodigalidades y locuras; y aunque desde los veintiún años fui mi único dueño, ni debilité mi cuerpo con una vida vergonzosa y precipitada, ni contraje deudas. No me dolía nada en mi cuerpo: ¡y yo revolvía, sin embargo, con angustia la cabeza en mi almohada, y me decía, con una voz tenaz que se prendía de mí como las garras de una fiera, que ya la vida sería para mí poco menos que una maldición espantable!

¿Me había acabado de robar la muerte a algún ser querido? No; los únicos seres a quienes yo había amado, mi padre y mi madre, habían muerto años hacía. ¿Me atormentaba acaso algún amor infeliz? No; mis ojos no se habían fijado aún con pasión en los de mujer alguna: ¡ni se fijarían ya jamás! Ni el amor ni la muerte causaban mi desdicha.

Yo era joven, rico, libre como el viento. Podía salir al día siguiente de Inglaterra, a viajar por los hermosos países que deseaba tanto ver; ¡pero yo sabía que no los podría ya ver jamás! y me hacía estremecer mi pensamiento.

Yo era ágil y robusto. Ni el ejercicio ni la intemperie me abatían. Podría competir sin temor con los más bravos caminadores y los corredores más ligeros. La caza, las diversiones de campo, las que a tantos otros fatigan y vencen, nunca fueron mayores que mi capacidad de resistirlas: con mi mano izquierda me palpaba los músculos de mi brazo derecho, y los sentía firmes como siempre: ¡estaba, sin embargo, tan desvalido como Sansón en su cautiverio, porque, como Sansón, estaba ciego!

¡Ciego! ¿Quién, sino el que lo sea, puede entender, ni aun débilmente, lo que quiere decir: *ciego*? ¿Quién, entre los que esto leen, puede sondear la profundidad de mi agonía, cuando agitaba yo en la almohada mi cabeza, pensando en los cincuenta años de sombra que me restaban acaso por vivir—pensamiento que me hacía desear dormirme de manera que no pudiese despertar jamás?

¡Ciego! Al fin, después de revolotear año tras año sobre mi cabeza, el demonio de las tinieblas había puesto sobre mí sus manos; y después de hacerme creer, por un momento, que estaba libre de él, se había abalanzado sobre mí, me había apretado entre sus alas lúgubres, y había oscurecido mi existencia. Ya no habría para mí formas amables, espectáculos gratos, escenas alegres, brillantes colores! Para sí los quería todos el demonio sombrío; y para mí nada más que tiniebla, tiniebla, la eterna tiniebla! Mucho mejor era morir y, acaso, despertar en un

nuevo mundo de luz: «Mejor», exclamaba yo en mi desesperación, «mejor las mismas llamas del infierno que la oscuridad en este mundo». Este amargo pensamiento mío revela el grado de agitación en que estaba mi mente.

La verdad era que, a despecho de cuantas esperanzas se me hacían concebir aún, yo vivía ya sin esperanza. Años enteros había estado sintiendo que mi enemigo me acechaba. A menudo, cuando contemplaba alguno de esos objetos o espectáculos de tal hermosura que nos llevan a pensar en el valor del don de la vista, sentía en mi oído como un cuchicheo: «Algún día volveré a caer sobre ti, y entonces todo eso se habrá acabado.» Yo hacía por reír de mis temores; pero el presentimiento de mi desdicha nunca me abandonaba por completo. Si mi enemigo había caído una vez sobre mí, ¿por qué no podría caer otra?

Muy bien recuerdo su primer ataque: muy bien recuerdo a aquel estudiantillo alegre, tan entregado a su estudio y a sus juegos que no notaba la extraña manera con que se iba oscureciendo y cambiando la vista de uno de sus ojos. Recuerdo cuando el padre del niño lo llevó a Londres, a una casa grande y callada, en una calle grave y silenciosa. Recuerdo cómo estuvimos esperando en una antesala en que otros esperaban también, unos con vendas sobre los ojos, otros con pantallas: y tan penoso de ver era todo aquello que sentí un gran alivio cuando nos llevaron a otra habitación, donde estaba, en su silla alta de cuero estampado, un buen señor de modales amables, a quien mi padre llamó Mr. Jay. Aquel hombre eminente me puso en los ojos algo que por un instante aclaró mi vista de un modo prodigioso—belladona; con ayuda de espejos y de lentes me miró muy de cerca los ojos, y por cierto que deseé entonces que alguno de aquellos lentes fuera mío: ¡magníficos me parecieron para vidrios de aumento!; luego me puso de espaldas a la ventana, y sostuvo una vela encendida frente a mi cara: todo aquello me parecía tan curioso que a poco más me echo a reír. De seguro me hubiera reído, a no notar la expresión de ansiedad del rostro de mi padre. Recuerdo que el buen señor, no bien acabó su examen, pasó a mi padre la vela para que la tuviese frente a mis ojos, al derecho primero, y al izquierdo luego, y dijese lo que veía: mi padre dijo que en mi ojo derecho veía tres velas, una de ellas, la del centro, al revés brillante y pequeña; en el izquierdo no veía más que una, la grande. Aquélla era la prueba catóptrica, casi abandonada, pero infalible. Yo padecía de catarata lenticular. Se curaría con una operación, sí; pero mientras no invadiese el mal el ojo sano, era mejor no hacerlo. Recuerdo que no reía yo cuando oía esto.

Nos despidió afablemente el gran especialista, y volví a mi vida de escuela, descuidado de mi enfermedad, que no me hacía sufrir: verdad es que antes de un año apenas veía ya de un ojo: ¿qué me importaba?: con el que me quedaba veía bastante bien.

Pero yo no había olvidado una sola palabra de aquel diagnóstico aunque pasaron años antes

de que reconociese su importancia. No vine a meditar en el riesgo que corría hasta que un accidente me obligó a llevar una venda por unos cuantos días sobre mi ojo sano: ¡jamás desde entonces dejé de ver dando vueltas en mi torno, agitando sus lúgubres alas, a mi implacable enemigo!

La hora había llegado, el enemigo había vuelto sobre mí, en los albores de mi virilidad, cuando me sonreían la juventud y la fortuna, cuando todo lo que pudiera apetecer estaba aguardando obediente mis deseos. Había vuelto sobre mí rápidamente, más rápidamente que en otros casos de la misma naturaleza: pero tardé mucho en reconocer toda la extensión de mi desdicha; mucho tardé en confesarme que era algo más que una debilidad temporal aquella vista mía que se me apagaba, aquella bruma impenetrable que iba envolviendo en torno mío todas las cosas. Estaba yo a centenares de millas de Inglaterra, en un país donde se viaja muy despacio. Viajaba en mi compañía un amigo, y no quería yo disgustarlo interrumpiendo súbitamente la expedición por mi culpa. Nada dije durante muchas semanas, semanas de indecible zozobra, cada una de las cuales me dejaba en mayor oscuridad y desconsuelo. Incapaz ya de ocultar mi mal, lo revelé a mi compañero. Y nos volvimos entonces a nuestra tierra; y cuando, al fin del triste viaje, llegué a Londres, todo estaba para mí nublado, informe, perdido, oscurecido. ¡Apenas podía ver la luz del mundo por entre las alas lúgubres de mi enemigo!

Acudí enseguida a aquel eminente oculista. No estaba en la ciudad. Había estado enfermo, y a punto de morir. No volvería antes de dos meses ni vería a paciente alguno hasta después de haber recobrado enteramente la salud. En él había puesto yo toda mi fe. Londres, París, otras ciudades tenían, sin duda, oculistas tan sabios como él; pero yo creía que, de poder alguien salvarme, sólo me salvaría Mr. Jay. Se concede a los moribundos todo lo que desean: el mismo reo que va a sufrir la pena de muerte puede escoger su último almuerzo: bien podía yo escoger mi propio médico. Y resolví esperar en mi tiniebla, hasta que Mr. Jay volviese a sus labores.

¡Loco, loco! Mejor me hubiera sido confiarme a alguna otra mano inteligente. Antes de un mes había perdido ya toda esperanza; y al fin de seis semanas, mucho de mi razón. ¡Ciego, ciego, ciego! ¡ya para siempre ciego! Tan decaído tenía el ánimo que empecé a pensar en no someterme a la operación. ¿A qué oponerse al destino? A la tiniebla estaba condenado por todo el resto de mi vida. Ni la más fina habilidad, ni la mano más delicada, ni los instrumentos más modernos podrían volver a mí la luz perdida. Para mí estaba el mundo terminado.

¿Quién extrañará ahora que aquella noche, quebrado el espíritu, privados de su luz los ojos, después de semanas enteras de sombra, revolviese yo en la almohada mi cabeza, agitado e insomne, deseando acaso que me fuese dada la alternativa que rehusó Job,—maldecir a Dios y

morir? El que estas cosas no crea, léalas a alguno que haya perdido la vista. Él dirá los espantos que sintió cuando la calamidad visitó su cabeza. Él entenderá la profundidad de mis lamentos!

Yo no estaba enteramente solo en mi cuita. Como Job, tenía yo mis amigos; pero no de la caterva de los Eliphaces, sino camaradas de buen corazón, que hablaban con seguridad consoladora de la certeza de mi cura. No agradecía yo estas visitas como hubiera debido: me sacaba de juicio el pensamiento de que alguien me viera en mi desvalida condición. Día a día se agravaban el desconsuelo y exaltación de mi ánimo.

Mi mejor amigo era, por cierto, muy humilde persona: Priscila Drew, antigua y leal criada de la familia de mi madre. Priscila me había conocido casi en la cuna. Cuando volví a Inglaterra, no pude soportar la idea de entregarme al cuidado de gentes extrañas, y rogué a Priscila que viniese: ¡ante ella al menos podía dar salida a mis lamentaciones sin avergonzarme! Vino; dio rienda por algunos momentos al llanto que le arrancaba mi infortunio; y enseguida, como mujer sensata, se dispuso a hacer todo lo que pudiese para mitigar las penas de mi condición. Me buscó habitación agradable, instaló en ella a su triste enfermo, y día y noche estaba al alcance de mi voz. En aquel momento mismo, en que la almohada no ofrecía reposo a mi cabeza, Priscila dormía en una cama portátil al pie de la puerta que comunicaba la sala de recibo con mi alcoba.

Era una noche de agosto sofocante. El aire pesado que entraba por la ventana abierta refrescaba poco la temperatura de mi cuarto. Parecía todo quieto, caliente y oscuro. No llegaba a mí más ruido que el de la respiración regular de Priscila, que había dejado como una o dos pulgadas entreabierta la puerta que daba de su habitación a la mía, para poder oír mi voz, por muy suavemente que la llamase. Yo me había acostado temprano. ¿Para qué había de esperar a más tarde? El sueño sólo me traía el olvido; pero el sueño esa noche no venía. Busqué a tientas mi reloj, y toqué el resorte de repetición: había comprado un repetidor para saber al menos, en mi perpetua sombra, qué hora era. Acababa de dar la una. Invocando en vano el sueño, me dejé caer con angustia en mi almohada.

De pronto se apoderó de mí un deseo ardiente de estar al aire libre. Era de noche: debía haber en la calle muy poca gente. La acera de mi cuadra era ancha, y podía pasearme por ella sin riesgo alguno. Aunque no hiciera más que sentarme en la entrada de la casa, mejor estaría que en aquel cuarto ahogado y caluroso, llamando en vano al sueño. Tan vivo llegó a ser mi deseo que estuve a punto de llamar a la buena Priscila para decírselo; pero como sabía que estaba dormida, vacilé. Yo había estado durante el día muy áspero y exigente, y mi anciana enfermera—¡el cielo me la recompense!—me servía por cariño, no por dinero: ¿por qué iba a incomodarla? Alguna vez debía empezar a aprender a valerme de mí mismo, como se valen

tantos otros ciegos. Por lo menos podía vestirme sin ayuda. Si me vestía y salía de la alcoba sin que Priscila me oyese, yo podría de seguro deslizarme hasta la puerta de la calle, salir, y cuando me pareciese bien, volver a entrar con la llave de noche. Me seducía la idea de aquella independencia temporal, y mientras más lo meditaba, más capaz me sentía de ella. Resolví al fin intentarlo.

Me bajé con cuidado de la cama, y me vestí despacio, pero sin dificultad, oyendo incesantemente la tranquila respiración de mi enfermera. Cauto como un ladrón, me escurrí hasta la puerta que salía de mi alcoba al pasillo; la abrí sin hacer ruido, y puse el pie sobre la espesa alfombra afuera, sonriendo al pensar cómo se azoraría Priscila si despertase y descubriera mi escapada. Cerré después la puerta y, guiándome por la baranda de la escalera, llegué a la puerta de la calle sin accidente alguno.

Había en la casa otros huéspedes, y entre ellos algunos jóvenes que no tenían hora fija para recogerse; de modo que la puerta de la calle sólo quedaba cerrada con el pestillo que cedía a la llave de noche, y no tenía yo que luchar con cerraduras ni cerrojos. En un instante estuve afuera, con la puerta cerrada detrás de mí.

Me quedé unos momentos indeciso, temblando casi de mi temeridad: era la primera vez que me aventuraba a salir sin guía. Yo sabía, sin embargo, que no tenía nada que temer. La calle, siempre tranquila, estaba a aquella hora desierta. La acera era ancha. Podía pasear por ella arriba y abajo sin obstáculo, guiándome, como otros ciegos hacen, con el bastón, para no caerme al final de la acera o tropezar con las verjas de las casas. Pero antes de darme a mi paseo, debía tomar algunas precauciones, a fin de estar siempre seguro de la distancia a que vendría a quedar mi puerta. Bajé los cuatro escalones que llevaban de ella a la acera, me volví a la derecha, y palpando, la verja, me puse de modo que quedaba de frente hacia el extremo de la calle. Eché a andar en esa dirección, contando mis pasos, hasta que, cuando ya había contado sesenta y dos, di con el pie derecho en la calle traviesa, lo que me indicó que allí mi acera doblaba de aquel lado. Di entonces la vuelta, reconté los sesenta y dos pasos que había andado, y seguí andando y contando, hasta que a los sesenta y cinco pasos tropecé con el otro extremo de la acera. Ya sabía yo, pues, que mi casa estaba casi en el centro de la cuadra. Me sentí a mis anchas: había calculado mi paso; podía andar a un lado y a otro por la acera desierta, y, cada vez que lo desease, sin más que empezar a contar desde uno de sus extremos, detenerme frente a mi puerta.

Grandemente satisfecho de mi éxito, anduve por algún tiempo arriba y abajo. Oí pasar uno o dos carruajes, y una o dos personas a pie. Como no me pareció que estas últimas se hubiesen fijado en mí, me sentí contento al pensar que ni mi aspecto ni mi paso llamaban la atención.

¿Quién no gusta de esconder sus defectos?

La excursión nocturna me hizo un gran beneficio. El cerciorarme de que no estaba yo tan desvalido y sujeto como imaginaba produjo acaso el cambio súbito que en unos cuantos minutos exaltó mi mente. De la desesperación pasé a la esperanza, a una esperanza extravagante, a la certeza misma de mi cura. Como una revelación, vino a mí la idea de que mi enfermedad tenía remedio; de que a despecho de mis presentimientos, lo que mis amigos me habían asegurado era verdad. Me embriagó aquella idea de tal modo que eché atrás mi cabeza, y comencé a andar con paso firme y rápido, olvidado casi de que estaba sin vista. En muchas cosas empecé a meditar, y mis pensamientos eran más gratos que los que por meses enteros habían estado agitando mi mente. Dejé de contar mis pasos; seguí andando adelante, adelante, imaginando lo que haría cuando la tiniebla hubiese levantado sus alas de mis ojos. No sé si a veces anduve guiándome por la pared o por el borde de la acera; mas si lo hice, fue instintiva y mecánicamente, sin que lo notara yo entonces ni pudiera recordarlo luego.

No puedo decir si es posible, para un ciego que logra desembarazarse del temor de tropezar con obstáculos que no ve, andar tan derecha y seguramente como uno que goza de la vista: sólo sé que, en aquella exaltada y absorta condición de mi mente, debo haber andado así. Fuera de mí con el súbito retorno de mi esperanza, puedo haber andado como anda un sonámbulo o un embelesado. Ello es que olvidado de todo, menos de mis fogosos pensamientos, adelante anduve y anduve, sin cuidar del sentido perdido, hasta que un choque rudo con una persona que venía andando en dirección opuesta ahuyentó mis visiones y me volvió a la verdad de mi desventura. Sentí como que el hombre con quien había tropezado se apartaba del obstáculo; le oí murmurar «imbécil», y seguir rápidamente su camino; y yo me quedé inmóvil en el lugar del choque, preguntándome lleno de asombro dónde estaba y qué haría.

Era inútil pensar en volver a mi casa sin ayuda: ni siquiera podía saber cuánto tiempo había andado, porque no llevaba conmigo mi repetidor. Podían haber pasado diez minutos, podía haber pasado una hora desde que cesé de contar mis pasos: una hora debía ser, a juzgar por el número de pensamientos que en aquel trance de venturosa exaltación cruzaron por mi mente. De vuelta ya en la tierra, no me quedaba más que aguardar en aquel lugar mismo hasta oír cerca de mí los pasos de algún policía, o los de algún otro transeúnte que por azar anduviese fuera de casa en aquella inusitada hora, inusitada al menos en aquel barrio pacífico de Londres. Me recliné en la pared, y esperé con paciencia.

Pronto oí pasos cercanos, pero tan inseguros, ondeantes y desiguales que por ellos pude caer en cuenta de la mísera condición del trasnochante, y reconocer que no era él el hombre que yo necesitaba. Lo dejaría pasar, y aguardaría a algún otro. Pero los pies se vinieron hacia mí, y

cerca de mí se detuvieron, al mismo tiempo que una voz, vacilante como ellos aunque gozosa, me decía:

—¡Ea! ¡como yo! ¿conque no puedes volver a casa, eh compañero? Bueno es pensar que a alguien le dolerá mañana la cabeza más que a mí.

—¿No podría Ud. indicarme el camino a la calle Walpole?, dije irguiéndome, para que viera que yo no estaba ebrio como él.

—¿A la calle Walpole? ¡vaya que si puedo! ¡cerca, cerca le andas! La tercera a la izquierda, me parece.

—Si Ud. va por ese camino ¿querría dejarme en la esquina? Soy ciego, y me he extraviado.

—¡Ciego! ¡pobrecillo! bueno estoy yo para llevar a nadie. Ciego que lleva a ciego, dan en hoyo. Ea, pues, dijo con gravedad cómica, cerremos un trato: yo te presto ojos, y tú me prestas piernas. Buena idea. ¡Adelante!

—Y me tomó del brazo, y dando tumbos fuimos calle arriba. De pronto se detuvo.

—Calle Walpole, me dijo en un hipo. ¿Te llevo hasta tu casa?

—No, gracias. Hágame el favor de poner mi mano en la verja de la casa de la esquina. Ya de allí yo sigo.

—Que llegues bien. Ojalá me pudieras prestar tus piernas para llevarme a casa. Buenas noches. ¡Dios te bendiga!

Mi guía siguió, taconeando, su camino; y yo comencé el mío hacia mi puerta.

No sabía yo en cuál de los extremos de mi cuadra estaba; pero esto importaba poco: con andar sesenta y dos pasos o sesenta y cinco, ya estaba frente a mi casa. Conté sesenta y dos pasos, y busqué la escalerilla de entrada entre las verjas: no la hallé, y anduve un paso o dos hasta encontrarla. Me sentí contento de haber podido volver sin tropiezo, y, para decir la verdad, me iba ya avergonzando un poco de mi travesura. Deseaba que Priscila no hubiese descubierto mi ausencia y alarmado la casa, y creía poder llegar a mi cuarto con el mismo sigilo con que había salido de él. A pesar de mis cuidadosos cálculos, no estaba yo muy seguro de que la casa a que había llegado fuese la mía; pero, en caso de error, sólo sería de unos pocos pasos, y a una o dos puertas estaría mi casa: la que se abriese con mi llave de noche, ésa era.

Subí la escalerilla de la entrada: ¿fueron cinco o cuatro escalones los que conté al salir? Tanteé el agujero de la llave, y di vuelta en él a mi llave de noche. La puerta se abrió sin dificultad: no me había equivocado. Me llené de satisfacción por haber dado con mi casa a la primera tentativa. «Debió ser un ciego el que descubrió que la necesidad es madre de la industria», me dije al cerrar tras mí suavemente la puerta, preparándome a buscar el camino de mi cuarto.

No podía darme cuenta de la hora que sería: sabía solamente que debía ser de noche, porque aún me era dable distinguir la luz de la oscuridad. Como el lugar en que había vuelto de mi éxtasis estaba tan cerca de mi calle, no debía haber andado mucho tiempo: de modo que yo calculaba que serían como las dos de la mañana.

Más deseoso aún de no ser oído que cuando salí, palpé el extremo de la escalera y empecé a subir a pasos callados. Pero, a pesar de estar ciego, aquella casa no me parecía la mía. La baranda no era como la de mi casa. La alfombra misma de la escalera me parecía diferente. ¿Sería posible que me hubiese equivocado? Es muy frecuente que la llave de una cerradura sirva a otra: ¿no podía yo, de este modo, estar entrando en la casa de un vecino? Me detuve: aumentaba el sudor en mi frente, con la idea de la extraña situación en que podía estar colocado. Durante un momento estuve resuelto a bajar, y a entrar en la casa inmediata; pero aún no sabía de seguro si estaba o no en la mía. Recordé entonces que en la pared de mi casa, al terminar el primer tramo de la escalera, había una repisa, que sustentaba una figura de yeso: conocía yo con exactitud el lugar, porque muchas veces me habían precavido para no tropezar en ella con la cabeza. Todas mis dudas podrían esclarecerse con ver si la repisa estaba en su puesto. Palpé. Mi mano que recorría cuidadosamente la pared, nada encontró. La casa, pues, no era la mía. No me quedaba más que bajar, y tentar fortuna en la casa próxima.

En el instante en que me preparaba a bajar oí ruidos de voces; tarde como era, había sin duda gentes que hablaban en el cuarto cuya puerta había estado palpando mi mano. Yo no podía distinguir las palabras, pero sí que las voces eran de hombre. ¿Qué hacer? ¿No sería mejor llamar a la puerta, y abandonarme a la merced de los que ocupaban la habitación? Podía excusarme, y explicarles mi presencia. Mi ceguera la explicaba suficientemente. Alguno habría bastante bondadoso para ponerme en el camino de mi casa. Eso era, sí, lo que debía yo hacer. Yo no podía seguir entrando en casas extrañas como un ladrón nocturno. Tal vez todas las casas de la cuadra tenían una llave común, y se abrirían con la mía. Bien pudiera ser que todo aquello acabase con que un vecino alarmado me saludara con una bala antes de que hubiera yo tenido tiempo de explicarle mi inocencia.

Pero, en el instante mismo en que iba a llamar a la puerta, oí otra voz, una voz de mujer. Parecía que venía de una habitación interior, y que cantaba acompañada en tono bajo por un piano. Me detuve y escuché...

Tan ocupado me ha tenido la narración de mi desdicha que no he dicho que tenía en ella un consuelo supremo: ese don compasivo, tan a menudo concedido a los ciegos, la música. A no haber sido por ella ¿cómo, sin volverme loco, hubiese yo soportado aquellas semanas de oscuridad e incertidumbre? A no haber sido porque me era dable pasar tocando horas enteras,

porque mi desdicha no me impedía asistir a conciertos y oír a otros tocar y cantar, insoportable me hubiese sido la existencia; y me estremezco al pensar en el recurso a que habría yo acaso acudido para hacérmela más llevadera!...

Me detuve, y escuché el canto. Era un trozo de una ópera todavía no muy conocida en Inglaterra; pero un trozo de tal dificultad que pocos aficionados podrían atreverse a él. La cantatriz, quienquiera que fuese, lo cantaba suavemente y en tono apagado, como si temiera dar a la voz toda su fuerza, lo que se explicaba por lo adelantado de la hora; pero no era posible que una persona entendida en música desconociese el mérito poco común de la que cantaba, la habilidad ejercitada, el poder reprimido, el vuelo que en condiciones favorables podía tomar aquella voz hermosa. Estaba yo como encantado. ¿No habría venido yo a dar en un nido de gente de teatro, cuyas tareas acaban tan tarde, que tienen que robar al sueño las horas que dedican a las distracciones naturales de la noche? Nada mejor para mi situación: bohemios como eran, no se espantarían de mi inesperada invasión nocturna.

La cantatriz había comenzado la segunda frase: yo había puesto el oído junto a la puerta para no perder una sola nota. Quería oír sobre todo cómo vencía las dificultades del final, un final tan extraño como bello, cuando—¡oh contraste horrible a aquellas dulces perladas notas y ahogadas palabras de apasionado amor!—oí una boqueada, una tremenda boqueada convulsiva; luego un gemido prolongado y profundo; luego un sonido de líquido que brota, que me heló la sangre. Oí que la música se interrumpía de pronto; oí un grito, un terrible grito de aquella voz de mujer que cambiaba súbitamente de la melodía al horror, oí la caída de un bulto recio y pesado sobre el pavimento.

No esperé a oír más. Algo terrible acababa de suceder a pocos pasos de mí. Fiera y desordenadamente latía mi corazón. En el arrebato del instante olvidé que ya yo no era como cuando se socorre y se combate, olvidé que el valor y la fuerza ya a mí de nada me valían, todo lo olvidé, salvo el deseo de prevenir el crimen, el deseo de cumplir con mi deber de hombre de socorrer y salvar la vida de los que la tienen en peligro. Abrí de un golpe la puerta, y me precipité a la habitación. Al punto, apenas me sentí rodeado de luz ¡una luz que de nada me servía!, comprendí el riesgo y la inutilidad de mi locura, y como un relámpago cruzó mi mente la idea de que, desarmado, ciego y desvalido, sólo había entrado en aquella habitación para recibir en ella la muerte.

Oí un juramento, una exclamación de sorpresa: como de más lejos, oí el grito de la mujer, pero sofocado y desfallecido: parecía como si hubiera empeñada una lucha en la habitación inmediata. Impotente como estaba para prestar mi ayuda, di, llevado de mi impulso, unos dos pasos en la dirección del grito; tropezó mi pie en algo, y caí de bruces sobre el cuerpo de un

hombre. Aun en medio del horror que me aguardaba, temblé al sentir mi mano, apoyada en el hombre tendido, humedecerse con un líquido tibio que fluía lentamente sobre ella.

Antes de que pudiera levantarme, ya me habían asido por la garganta dos manos vigorosas, que me retuvieron encorvado, mientras que a corta distancia oía distintamente el ruido seco de un golpe de gatillo. Montaban un revólver. ¡Oh, quién me diera luz por un segundo! ¡luz, aunque no fuera más que para ver a los que me arrebataban la vida, aunque no fuera más que para saber ¡deseo singular! el lugar de mi cuerpo en que debía hundirse la bala! Y yo, que una hora o dos hacía que me había atrevido en la agitación de mi insomnio a desear la muerte, sentí en aquel momento que la existencia, aquella misma existencia de sombras, me era tan cara como a todo ser vivo. Y en altísima voz, en una voz tal que a mí mismo me parecía la de un extraño:

—¡Respeten mi vida! dije: ¡yo soy ciego, ciego, ciego!

CAPÍTULO II

EBRIO O SOÑANDO

Las manos que me sujetaban no me abandonaron un solo momento, aunque hubieran podido hacerlo sin peligro. Mi única probabilidad de salvar la vida en aquella situación era mantenerme en paz y convencer, si podía, de mi ceguera a los que me rodeaban. Nada podía ganar, mas sí perderlo todo, con la resistencia. Yo era robusto; pero, aun cuando hubiese estado en plena posesión de todos mis sentidos, dudo que hubiera podido sobreponerme al hombre que me tenía sujeto. En la fuerza de su presión sentía el vigor de sus brazos. ¡Bien corta habría sido la lucha, ciego yo como estaba, y desvalido! Aquel hombre, además, tenía compañeros; cuántos, no lo sabía yo, mas todos estarían prontos a ayudarlo. Mi primer movimiento hubiera sido la señal de mi muerte. No hice esfuerzo alguno por levantarme; tan quieto y dócil me mantuve como el cuerpo que yacía a mis pies postrado. Una hora me parecía cada momento.

¡Qué situación la mía! Un ciego, en una habitación ajena de casa desconocida, sujeto por dos manos implacables sobre el cuerpo de un hombre cuyo último suspiro acababa de oír; sujeto, a la merced de aquellos que de seguro habían cometido un abominable crimen, sin poder mirar al rostro de los asesinos, y leer en sus ojos la sentencia de muerte o de vida; esperando a cada instante recibir en su cuerpo el golpe ardiente de una bala o la herida aguda de un cuchillo; sin ver ni sentir más que dos manos sobre su garganta, y un cuerpo muerto a sus pies, sin oír más que aquel gemido ahogado, lejano, comprimido! ¿Ideó nunca situación como la mía la más fantástica novela?

Desde aquella noche he dejado de creer que los cabellos encanezcan en un solo día: ¡yo me hubiera levantado entonces de allí con la cabeza blanca! Sólo puedo decir que todavía ahora, cuando tras largos años escribo esto; cuando todo en derredor mío está en calma dichosa y apacible; cuando sé bien que los que amo están cerca de mí, me tiembla la pluma, corre el frío en mis venas, mis fuerzas todas desmayan al asaltarme el recuerdo de aquellos terribilísimos instantes, con una vividez que intento en vano describir.

Fui afortunado en poder mantenerme quieto, exclamando sin cesar: «¡Soy ciego! ¡véanlo! ¡véanlo!». Mi sumisión, el tono de mi voz, decidieron acaso de mi vida. De pronto, mi vista oscurecida percibió la luz viva de una lámpara, colocada tan cerca de mí que sentía su calor en mi rostro: comprendí que alguien se había inclinado o arrodillado junto a mí, y examinaba mis ojos. Me daba en la mejilla su aliento corto, rápido y excitado, el aliento del que acaba de cometer un crimen!

Se levantó por fin: un momento después, dejaron libre mi cuello las manos que me lo oprimían: ¡tenía, por lo tanto, alguna probabilidad de vivir!

Aún no había hablado ninguno de los que me rodeaban: de pronto oí rumor de voces, pero tan contenidas y bajas que mis oídos, aguzados en mi infortunio, sólo pudieron percibir que eran tres los que de aquel ahogado modo hablaban.

Y mientras tanto, como acompañamiento apropiado y lúgubre, oía aquel gemido sofocado de mujer, aquel incesante gemido! Todo lo que poseía hubiera yo dado, todo, excepto la vida, por poder ver durante un minuto, por entender lo que había sucedido y estaba sucediendo alrededor mío.

Los cuchicheos continuaban, precipitados, confusos y violentos, como de hombres empeñados en una discusión ardiente y reservada. ¡Poca inteligencia era menester para adivinar el asunto del debate! Cesaron los cuchicheos de pronto: no se oía más que aquel terrible, sofocado gemido, que continuaba con lúgubre monotonía!

Alguien me tocó con el pie. «Levántese», dijo una voz. La exclamación que oí al entrar en la habitación me pareció venir de labios de extranjero; pero el que se dirigía a mí en este instante hablaba en correcto inglés. Yo estaba ya recobrando mi propio dominio, y anotaba en la mente estos detalles.

Agradecido porque me permitían apartarme de mi fúnebre compañía, me levanté del lado del muerto. Nada mejor podía hacer que quedarme inmóvil.

—Ande hacia adelante, cuatro pasos!, dijo la voz. Obedecí. Al tercer paso di contra la pared. Querían convencerse de que estaba ciego.

En mi hombro se posó una mano, y me llevaron a una silla.

—Con tan pocas palabras como pueda, dijo la misma voz, explíquenos quién es Ud., y por qué y cómo está aquí. Pronto: no podemos perder tiempo.

Bien sabía yo que no podían perder tiempo. Tenían mucho que hacer, mucho que esconder. ¡Oh! ¡quién me hubiese dado ver por un solo momento! ¡Lo hubiera yo pagado, aun a precio de años enteros de oscuridad!

Tan brevemente como pude, les dije cómo me veía en aquel lance. Sólo les escondí mi verdadero nombre. ¿Por qué habían de saberlo aquellos asesinos? Si se lo revelaba podían continuar vigilándome; y en cualquier momento en que su seguridad lo demandase, podía yo compartir la suerte de aquel que yacía a pocos pasos de mí. Les di un nombre falso, pero en todo lo demás les dije la verdad.

Y mientras les hablaba, oía incesantemente aquel lamento al otro extremo de la habitación. Me perturbaba el juicio aquel lamento. Creo que, a haberme sido posible en la oscuridad de mis

ojos caer sobre uno de aquellos malvados y apretarle la garganta hasta que exhalase la vida, lo hubiera hecho sin vacilar, aunque semejante arrebato me acarrease mi propia muerte.

No bien terminé mi explicación, se renovaron los cuchicheos. El que hablaba me pidió la llave que había estado a punto de costarme la existencia. Supongo que la probaron, y vieron que era cierto lo que les había dicho. No me la devolvieron, pero la voz se dirigió a mí una vez más.

—Afortunadamente para Ud., hemos decidido creer lo que nos dice. Levántese.

Me puse en pie, y me llevaron a otro lugar de la habitación, donde me hicieron sentar de nuevo. Según el hábito de los ciegos, extendí mis manos y reconocí que estaba con el rostro vuelto hacia una esquina de la habitación.

—Si se mueve Ud. o mira alrededor, dijo la voz, cesaremos de creer que es Ud. ciego.

No podía yo esconderme la seca amenaza envuelta en las últimas palabras. No pude más que estarme inmóvil en mi silla, y oír con el mayor cuidado.

Sí: tenían mucho que hacer. Se movían de un lado a otro rápidamente. Abrían alacenas y gavetas. Percibí el ruido de papeles que rompían, y el olor de papeles quemados. Oí que levantaban del suelo un peso muerto; oí un ruido como de ropa rasgada; oí sonar dinero; hasta el golpe de un reloj de bolsillo oí, que sacaron de algún lugar y pusieron en una mesa cercana a mí. Por la entrada súbita del aire fresco comprendí que habían abierto la puerta. Oí en la escalera pasos pesados, los pasos de hombres que llevan una carga recia; y temblé al pensar cuál sería la carga!

Antes de que estuviese rematada la última tarea, cesó el lamento de la mujer. Había venido ya debilitándose, y en algunos momentos interrumpiéndose. Al fin dejé de oírlo. Esto alivió mucho mis nervios sobreexcitados, pero me llené de espanto al imaginar que acaso habían sido dos las víctimas.

Aunque dos hombres, por lo menos, debían ser necesarios para llevar aquella carga afuera, yo sabía que no me habían dejado solo. Oí que alguien se dejaba caer en una silla, con un suspiro de cansancio: aquel hombre estaba allí vigilándome. Yo anhelaba verme libre de aquella tortura; anhelaba despertar, y hallar que todo había sido un sueño. Mi situación se me hacía ya insoportable. Dije, sin volver la cabeza:

—¿Cuánto tiempo he de estar todavía entre estos horrores?

Oí que el hombre se movía en su asiento; pero no me respondió.

—¿No puedo irme? supliqué. Yo no he visto nada. Pónganme en la calle, no me importa dónde. Me volveré loco si estoy aquí más tiempo.

Tampoco obtuve respuesta: no hablé más.

A los pocos instantes los ausentes volvieron. Cerraron tras de sí la puerta. Cuchichearon otra vez, y oí que destapaban una botella, a lo que siguió un ruido de vasos. Bebían algo, después de la sombría faena de la noche.

Percibí entonces un olor extraño, un olor de droga. Sobre mi hombro se apoyó una mano, y me pusieron entre los dedos un vaso lleno de un líquido.

—Beba, dijo la misma voz de antes.

—No, exclamé; puede ser veneno.

Rompió uno de ellos en una risa breve y dura, y sentí sobre mi frente una fría boca de metal.

—No es veneno: es un narcótico que no le hará daño. Pero esto, añadió oprimiendo sobre mi frente el círculo de hierro, esto es otro asunto. Elija.

Apuré el vaso, y sentí con placer que apartaban el revólver de mi frente.

—Ahora, dijo el que hablaba, quitándome de la mano el vaso vacío, si Ud. es un hombre sensato, cuando se despierte mañana dirá: «He estado ebrio o soñando». Ud. nos ha oído, pero no nos ha visto; recuerde que nosotros lo conocemos.

Se alejó de mí, y a los pocos momentos vencía mi vana resistencia un oscuro sopor. Mis pensamientos se turbaban, y parecía abandonarme la razón. Mi cabeza cayó primero de un lado, y después de otro. Lo último que recuerdo es que un brazo vigoroso rodeó mi cuerpo, y me libró de caerme de la silla. Cualquiera que la droga fuese, su efecto había sido rápido y enérgico.

Hora tras hora me tuvo sin sentido; y cuando al fin, desvanecido su poder, batallando mi mente entre sombras por volver al juicio, logré después de muchas tentativas convencerme de que estaba tendido en una cama; mas cuando extendiendo el brazo y palpándola, vi que era mi cama propia, ¿parecerá maravilla que me dijera a mí mismo: «He soñado el más terrible sueño que fatigó jamás a una imaginación atormentada?».

Después de este esfuerzo mental caí de nuevo en un estado semiconsciente; pero persuadido por completo de que no había abandonado mi cama. Inmensa fue mi alegría ante este descubrimiento.

Mas si mi inteligencia volvía a su vigor, no así mi cuerpo. Parecía que mi cabeza se me partía en dos: mi lengua seca estaba pegada al paladar. Mientras más se me aclaraba el juicio, más visible era para mí mi estado. Me senté en la cama, y me oprimí las sienes adoloridas.

—¡Oh, mi niño!—oí decir a la buena Priscila; ¡ya está volviendo en sí por fin! Entonces oí otra voz, una voz de hombre, suave y grata.

—Sí: su enfermo estará pronto bien. Permítame pulsarlo, Mr. Vaughan.

Sentí sobre mi muñeca un dedo blando.

—¿Quién es?, pregunté.

—El doctor Deane, su servidor, dijo el hombre extraño.

—¿He estado enfermo? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuántos días?

—Sólo unas cuantas horas. No tiene Ud. motivo de alarma. Reclínese otra vez, y permanezca quieto por algún tiempo. ¿Tiene Ud. sed?

—Sí; me muero de sed; denme agua.

Me la dieron, y la bebí con afán: mi alivio fue grande.

—Ahora, enfermera, dijo el doctor, prepárele un poco de té ligero; y cuando desee algo de comer, déselo. Yo volveré más tarde.

Priscila acompañó al doctor Deane a la puerta, y, ya de vuelta junto a mi cama, batió y ahuecó las almohadas para que me sintiese más cómodo. Ya para este tiempo estaba yo enteramente despierto, y los sucesos de la noche se reproducían en mi memoria con una claridad y precisión de detalle que no eran ¡ay! como las que deja un sueño.

—¿Qué hora es?, pregunté.

—Cerca del mediodía, señor Gilberto. Priscila me hablaba con tono pesaroso de persona ofendida.

—¿Del mediodía? ¿pues qué me ha sucedido?

La anciana lloraba. Bien la oía yo. No me respondió, y repetí mi pregunta.

—Oh, señor Gilberto, me dijo sollozando: ¿Cómo pudo Ud. hacerlo? Cuando entré en la alcoba y vi la cama vacía, pensé que iba a dar al suelo.

¡Cuando vio la cama vacía! Temblé. Los horrores de la noche eran ciertos.

—Cómo pudo Ud. hacerlo, señor Gilberto, repitió Priscila. ¡Salir sin decirme palabra; echarse a andar por medio Londres, solo, con sus ojos enfermos!

—Siéntate, siéntate, y dime lo que me ha sucedido.

Todavía Priscila no parecía dar por satisfecho su agravio.

—Si quería Ud. beber su poco, o tomar alguna de esas picardías que le hacen a uno dormir y le quitan el sentido, bien pudo Ud. haberlo hecho en casa, señor Gilberto: una vez que otra, no se lo hubiera tenido yo a mal.

—Como que estás hoy hecha una vieja loca, Priscila. Cuéntame todo lo que sucedió anoche.

Fue necesario que me viera ya montado en cólera para que la buena mujer se decidiese a hablar sin ambages: sentía como si me diese vueltas la cabeza mientras le oía su relato, que fue como aquí sigue.

A eso de una hora después de mi salida despertó Priscila, y puso el oído a la puerta para asegurarse de que yo dormía. Como no percibió el menor sonido, entró en la alcoba y vio mi

cama desierta, lo que de seguro la aterró más de lo que me confesaba, pues ella conocía bien mi abatimiento y mis quejas de los últimos días, y sin duda imaginó en el primer instante que había puesto fin a mi existencia. Salió en mi busca, y dio al instante aviso a la policía, a la que logró interesar con sus ruegos tenaces y la descripción de mi estado. De la oficina a que acudió telegrafiaron al instante a todas las demás de Londres, y Priscila esperó, como sobre ascuas, hasta eso de las cinco de la mañana, en que del otro extremo de la capital llegó por fin respuesta: acababan de depositar allí un hombre joven que parecía ciego, y que estaba ciertamente ebrio e incapaz de valerse.

Allá voló Priscila. Me halló acostado y sin sentido, y a la policía dispuesta a conducirme, en cuanto me repusiese, ante el juez de orden. Se mandó a llamar un médico, que certificó que mi desmayo no provenía de embriaguez. Priscila me hizo llevar enseguida a un carruaje, no sin decir sus verdades a la gente de la policía, por el abandono y mal tratamiento en que me había hallado. Partió triunfante con su carga, que no había vuelto aún en sí, y la depositó al fin en la cama que había abandonado incautamente. Noté con pena que, a pesar del sermón con que se había despedido de los policías, ella pensaba de mi condición lo mismo que ellos; por lo que estaba muy reconocida al doctor, a quien me imagino que miraba como un curandero discreto y complaciente, que había sacado de un mal lance a un caballero con una explicación oportuna, pero falsa.

—No he sabido yo que se quedase uno después insensible tanto tiempo. No lo vuelva a hacer, señor Gilberto, dijo Priscila, como fin de la plática.

No intenté desvanecer su sospecha. No era a Priscila por cierto a quien deseaba yo confiar mi aventura nocturna. Lo mejor era callar y dejar que dedujese para sí lo que, tal vez, no era lo menos natural.

—No volveré a hacerlo, le dije. Dame algo de almorzar. Té, y tostadas: algo.

Salió a traérmelo: no era que tuviese yo hambre, sino que quería estar solo algunos minutos para pensar,—en el grado al menos en que mi malestar lo permitiese.

Recordé entonces todo lo que me había sucedido desde que dejé la puerta de mi casa: mi paseo fantástico, mi guía ebrio, aquel canto que oí, y después aquellos sonidos y contactos, horribles y elocuentes. Todo lo recordaba con claridad e hilación hasta el instante en que me forzaron a beber el narcótico: desde aquel momento, nada podía leer en mi mente. El relato de Priscila me hacía saber que durante mi sopor debí ser conducido a varias millas de distancia de la casa y abandonado en la acera, donde me encontró la policía. Entreví el hábil plan. Me habían dejado caer, insensible, lejos de la escena del crimen de que había sido testigo incompleto. ¿Quién creería, con aquella apariencia, mi extravagante e improbable historia?

Me asaltó entonces el recuerdo del horror que sentí cuando, encorvado a la fuerza sobre el cuerpo tendido, había estado corriendo sobre mi mano aquel líquido tibio. Llamé a Priscila.

—Mira, le dije, tendiéndole mi mano derecha como para que la examinase: ¿está limpia mi mano, estaba limpia cuando me encontraste?

—¡Nada de limpia, señor Gilberto!

—¿Pues cómo estaba?, pregunté excitado.

—Llena de lodo estaba, como si se hubiera Ud. entretenido en jugar en el arroyo. ¡Lindas vinieron sus pobres manos y su cara! Lo primero que hice fue lavarlas. Dicen, ya lo sabe Ud., que eso vuelve pronto el sentido a los que salen de noche.

—Pero la manga de mi levita, la manga de mi camisa, la manga derecha. Mira si están limpias.

Priscila rompió a reír.

—Lo que es aquí no vinieron las mangas derechas. A alguien le parecieron bien, y las desgarró por encima del codo. Su brazo estaba desnudo.

Se desvanecían, pues, todas las pruebas circunstanciales que hubieran podido confirmar mi relato. Nada había para sustentarlo, más que la afirmación de un ciego, que salió de su casa en la alta noche, y a quien se halló algunas horas después en tal estado que los guardas del orden público habían tenido que encargarse de él.

Pero yo no podía callar aquel crimen cuyo recuerdo me agobiaba el juicio. Al día siguiente, cuando ya habían desaparecido los efectos del narcótico, hice venir a mi abogado, que era un amigo fiel, y por cuyo consejo decidí seguirme. Pronto me convencí de que era inútil hacerle creer mi cuento. Me oyó gravemente, diciendo de vez en cuando: «¡Bueno! ¡bueno!»—«¿De veras?»—«¡Cosa más extraña!» y otras exclamaciones de sorpresa; pero bien vi que procuraba sólo no contrariarme, y creía que cuanto yo le relataba era simple imaginación. De seguro que Priscila le había dicho de antemano todo lo que sabía. Su incredulidad me desconcertó, por lo que allí mismo le dije que no volvería a hablar del suceso.

—Eso haría yo si fuese Ud., me respondió.

—¿No me cree Ud., pues?

—Sé que Ud. cree cierto lo que me dice; pero mi opinión es que Ud. echó a andar dormido y soñó todo lo que me cuenta.

Muy irritado para argüirle, tomé su consejo, en cuanto a él al menos, y no hablé más del caso. Probé después con otro amigo, con igual resultado. Si los que me conocían desde mi niñez no me daban crédito ¿cómo habían de creerme los extraños? Todo lo que tenía yo que decir era vago e insostenible; ni el lugar del crimen podía fijar siquiera. Ya yo había averiguado

que ninguna de las casas de mi cuadra se abría con una llave semejante a la mía. No había otra calle del mismo nombre en las inmediaciones. Los pies inseguros de mi guía me extraviaron sin duda, y me dejaron en una cuadra que no era la mía.

Llegué a pensar en invitarlo por un anuncio en los diarios a ponerse al habla conmigo: pero no pude frasear la invitación de modo que la entendiese él, sin que pudiera excitar las sospechas de los criminales. Bien posible era que, todavía en aquel momento, estuviera alguno de ellos en acecho de mis actos. Una vez me habían dejado vivo; pero en la segunda, me tratarían sin misericordia. ¿A qué iba yo a arriesgar mi vida por revelar lo que nadie había de creer, por acusar a hombres que me eran desconocidos? ¿A quién vendría provecho de esto? Ya los asesinos habían ocultado de seguro todas las huellas del crimen, y asegurado su retirada. ¿Por qué había yo de arrostrar el ridículo que caería de seguro sobre un relato como el mío, cuya certeza me era imposible comprobar? No: sea en buen hora el horror de aquella noche como un sueño: desvanézcase y olvídese.

Tuve muy pronto algo más en que pensar, algo capaz de alejar de mí aquellos recuerdos lúgubres. Ya la esperanza era certidumbre. Mi alegría rayaba en delirio: la ciencia había triunfado: ¡la ciencia había arrancado de mis ojos las alas sombrías de mi enemigo! De nuevo era ya luz el mundo. ¡Podía ver!

Pero mi cura había sido larga y tediosa. Me habían operado ambos ojos, uno primero, y cuando se estuvo seguro del éxito de la operación, el otro. Pasaron meses antes de que me permitiesen salir de la oscuridad. Me iban devolviendo la luz poco a poco y cautelosamente: ¿qué me importaba la dilación, si ya me tenía inundado de gozo la certidumbre de que todo estaría pronto a mis ojos vestido de claridad? Esperé agradecido y tranquilo. Sabía que mi obediencia a Mr. Jay me sería recompensada con la perfección de mi cura, y en todo le obedecí.

El método empleado en mi operación fue el más sencillo y seguro, el de solución o absorción, que se emplea siempre que la edad del enfermo y la naturaleza de la enfermedad lo permiten. Cuando todo había acabado, y no corría ya riesgo de inflamación; cuando, con ayuda de fuertes cristales convexos, podía ver ya cuanto necesitaba, para los usos comunes, Mr. Jay se felicitó, y me felicitó a mí: aquella cura, me dijo, prometía ser la más afortunada de todas las suyas. Notable debió ser, en verdad; puesto que me dicen que todas las obras de Oftalmología publicadas después citan mi caso.

No olvidaré por cierto mientras viva aquella hora en que declararon mi cura terminada; en que desataron las vendas que cubrían mis ojos, y me dijeron que podía usar otra vez mis ojos libres! Sentía yo en mi interior toda la luz del mundo: ¡qué alegría, despertar de aquella noche que parecía no tener fin, despertar y ver el sol, las estrellas, las nubes llevadas por el viento a

través del hermoso cielo azul! ver las ramas verdes balanceándose a la brisa, reflejando su sombra movible en mi camino! observar cómo la flor, que era botón ayer, es hoy rosa abierta! admirar el océano brillante, que inflama el sol poniente! regalar la vista en los cuadros, en las gentes, en las montañas, en los arroyos! conocer la forma, el color, los matices! ver, no sólo oír, los labios vivos y la risa de los que estrechan mi mano y me dicen palabras bondadosas! En aquellos primeros días de luz recién nacida, el rostro de cada mujer, hombre y niño me eran tan agradables de ver como el de un amado amigo, ausente ha mucho tiempo y al fin vuelto! Lo que me apeaba de mi éxtasis eran aquellos horrendos cristales convexos que desfiguraban mi rostro.

—¿Y los tendré que usar siempre?, pregunté con tristeza.

—De eso quería hablarle, dijo Mr. Jay. Sin cristales, nunca podrá Ud. ver. Recuerde Ud. que yo he destruido, absorbido, disuelto en sus ojos los cristales que se llaman lentes cristalinos. Su lugar está ocupado ahora por el humor fluido, que es un cuerpo sumamente refractario. Es probable que si Ud. no cede a la naturaleza, ella ceda a Ud. Si Ud. puede dominarse y contenerla ella vendrá a Ud. gradualmente. Nadie mejor que Ud. puede hacer esto: Ud. es joven, no tiene ocupación constante; su vida no depende de su vista. Cristales siempre tendrá Ud. que usar; pero si Ud. insiste en que la Naturaleza obre sin ayuda de ellos, lo probable es que la Naturaleza al fin consienta. Es un procedimiento tedioso: pocos han perseverado hasta el fin; pero mi experiencia es que en eso, como en todo, vence el que persevera.

Determiné vencer. Siguiendo su consejo, aunque con grandes molestias, usé unos lentes que apenas me dejaban entrever las formas vagas de los objetos, pero mi paciencia fue recompensada. Grado a grado, aunque con mucha lentitud, noté que mi vista iba siendo más segura, hasta que, al cabo de dos años, podía ver tan bien como las demás personas, sin más ayuda que la de unos cristales tan levemente convexos que apenas era posible percibirlo. Una vez más comencé a gozar de la vida.

No puedo decir que en esos dos años no volví a pensar en aquella terrible noche; pero nada hice para descubrir el misterio, ni para persuadir a nadie de que aquellos sucesos no habían sido imaginación mía. Sepulté en mi corazón la historia de mi aventura, y jamás volví a hablar de ella. Por si pudiese necesitarlos, escribí todos los detalles del suceso, y procuré apartar de mí la memoria de cuanto había oído. Todo lo pude olvidar, menos una sola cosa: no podía pasar mucho tiempo sin que me asaltara el recuerdo tenaz de aquel gemido de mujer, aquella dolorosa transición de la voz de la dulce melodía a la desesperación irremediable. Aquel grito turbaba mi sueño, cuando soñaba en los acontecimientos de aquella noche; aquel grito me resonaba en los oídos, al despertarme trémulo, pero agradecido, porque aquella vez, al menos, sólo estaba soñando.

CAPÍTULO III

EL MEJOR MONUMENTO

Es primavera, la primavera hermosa del norte de Italia. Mi amigo Kenyon y yo andamos vagando por la ciudad rectangular de Turín, tan alegres y desocupados como en ciudad alguna anduvo nunca un par de camaradas. Hemos estado en Turín una semana, tiempo bastante para ver cuanto ha de visitar un viajero que conoce sus deberes. Hemos visto a San Giovanni, y los templos. Hemos subido, o las buenas bestias de carga nos han subido, por la Superga arriba, y contemplado allí el mausoleo de los príncipes de la casa de Saboya. Más de lo que deseáramos hemos visto el viejo y enojoso Palacio Madama, que mira como con ceño a nuestro hotel, del otro lado de Piazza Castello. La sencillez y vulgaridad del Palacio Real nos han maravillado, y los grotescos adornos de ladrillo del Palacio Carignano nos han movido a risa. Hemos murmurado a nuestro sabor de la pobreza de la galería de pinturas. No nos queda, en suma, cosa que ver en Turín; y, con el desdén que engendra la familiaridad, ya no nos miramos como míseros átomos perdidos, cuando nos detenemos en las plazas enormes o nos torcemos el cuello para mirar las inmensas estatuas de bronce de Marochetti.

Nuestra tarea está terminada. Andamos ahora holgazaneando y divirtiéndonos, abandonándonos a la molicie del delicioso clima, y revolviendo perezosamente en nuestro pensamiento el día en que sacaremos de la ciudad nuestras alegres personas, y el lugar adonde iremos a dar con ellas.

Seguimos calle abajo por la Vía di Po, deteniéndonos acá y allá para curiosear en alguna de las tentadoras tiendas que adornan sus umbrosas arcadas; atravesamos la Piazza Vittorio Emmanuele; cruzamos el puente cuyos cinco arcos de granito trasponen el Po clásico; damos la vuelta al llegar frente a la iglesia abovedada, y a poco estamos andando por la ancha vía cubierta que lleva al Monasterio de los Capuchinos, cuya amplia terraza es nuestro refugio favorito. Allí podemos en calma grata dejar correr el tiempo, y ver el río a nuestros pies, la gran ciudad tendida en la orilla opuesta, el llano abierto en que Turín termina, y allá lejos, más lejos, en el vasto fondo, los magníficos Alpes coronados de nieve, y el Monte Rosa y el Grand Paradis levantándose por sobre todos sus hermanos. ¿qué mucho que nos sea más grata la vista que se disfruta desde aquella terraza que la de galerías, palacios e iglesias?

Nos regalamos los ojos descansadamente, y por nuestro camino nos volvemos con el mismo paso vagabundo que traíamos a la venida. Luego que reposamos algunos instantes en nuestro hotel, cruzamos llevados de un vago deseo la gran plaza, del otro lado del palacio ceñudo,

entramos por la Vía de Seminario, con la cabeza al cielo, las bellezas arquitectónicas de que pudiera envanecerse la gran fachada de mármol, cuando me sorprendió oír a Kenyon que iba a entrar en el edificio.

—Pero ¿no hemos hecho voto, le dije, de no volver a visitar interiores de iglesia, ni galerías de pintura, ni ninguna otra trampa de viajeros?

—¿Qué es lo que hace a los hombres mejores quebrantar sus votos?

—Supongo que muchas cosas.

—Pero una cosa en particular. Mientras tú andas cabeza arriba mirando ojivas y capiteles, con aire de sabihondo en arquitectura, el más bello de todos los monumentos, una mujer hermosa, acaba de pasar bajo tus narices.

—Entiendo, y te absuelvo.

—¡Oh, gracias! Ha entrado en la iglesia. Me acomete la devoción, y entro.

—¿Pero nuestros cigarros?

—Dáselos a los pobres. Líbrate de los hábitos de avaricia, Gilberto. La avaricia come.

Como yo sabía que Kenyon no era hombre que abandonase un buen habano sin razón poderosa, hice como decía, y entré con él por las naves oscuras de San Giovanni.

No decían misa en aquel momento. Los grupos habituales de viajeros vagaban de un lado a otro de la iglesia, tratando de parecer muy interesados en las bellezas imperceptibles para casi todos ellos, que los guías incansables les apuntaban. Acá y allá rezaban unos cuantos fieles. Kenyon buscó rápidamente con los ojos «el más hermoso de todos los monumentos», y lo descubrió a los pocos instantes.

—Ven de este lado, dijo. Sentémonos, y hagamos como que rezamos con mucha devoción. De aquí podemos verle bien el perfil.

Me puse junto a él, y vi a poca distancia de nosotros una italiana ya entrada en edad, que rezaba de rodillas con fervor, mientras que sentada a su lado aguardaba una joven como de veintidós años, cuyo tipo no revelaba el país de su nacimiento. Por las cejas y las pestañas bajas se adivinaba que sus ojos eran negros; pero por su pura tez pálida, por sus facciones finas y precisas, por su espeso cabello castaño pudiera parecer hija de varios países, aunque, a haberla encontrado sola, hubiera yo dicho que era inglesa.

Llevaba elegantemente su sencillo traje, y comprendí por sus ademanes que no venía a aquella iglesia por primera vez: no miraba de pared a pared, y del pavimento al techo, como miran los viajeros, sino que esperaba inmóvil a que su anciana compañera hubiese terminado sus oraciones. No parecía que hubiese ido allí a rezar ni a ver, sino, probablemente, a acompañar a la anciana, que tenía aire de antigua criada de familia y, a juzgar por el ahínco de

sus oraciones, debía estar muy necesitada del favor divino. Desde mi asiento, podía yo distinguir el movimiento incesante de sus labios, y aunque no se percibían sus palabras, era evidente que le salían del corazón las demandas que encaminaba al cielo.

Su joven compañera no la imitaba, ni volvía a ella los ojos. Inmóvil como una estatua estuvo durante todo aquel tiempo, con la mirada constantemente baja, absorta en apariencia en una idea profunda, que me pareció había de ser triste: de su rostro no nos fue posible ver más que el perfil perfecto. Kenyon no había exagerado: aquel rostro tenía para mí un peculiar atractivo, y su completo reposo no era lo que menos me agradaba de él. Mi deseo de verla de lleno era ya vivo; pero como no podía satisfacerlo allí sin brusquedad, tuve que esperar a que por acaso volviese la cabeza.

Al fin, la anciana dio señales de haber acabado sus preces, y en cuanto vi que se preparaba a persignarse, me levanté precipitadamente y seguí a paso largo hacia la puerta, donde a los pocos minutos llegaron la anciana y su compañera. Pude ver a la joven a mis anchas, mientras esperaba a que la anciana se humedeciese los dedos en la pila de agua bendita: era indudablemente hermosa, pero había algo extraño en su belleza. Así me pareció cuando sus ojos tropezaron un momento con los míos: negros y espléndidos como eran, noté en ellos una mirada absorta y distraída, una mirada que parecía pasar a través de uno y alcanzar lo que había más allá de él. Causó en mí una impresión singular esta mirada; pero como nuestros ojos sólo se habían encontrado durante un segundo, apenas pude decirme si mi impresión había sido grata o desagradable.

La joven y su acompañante se detuvieron algunos momentos en la puerta, lo que nos permitió pasar delante de ellas a Kenyon y a mí, que decidimos esperar afuera. Bien puede ser que cometiésemos con esto una falta de cortesía; pero ambos estábamos ansiosos de ver salir a aquella criatura cuya aparición había despertado en nosotros tan vivo interés. Al atravesar la puerta de la iglesia, nos fijamos en un hombre de mediana edad y apariencia distinguida, que estaba cerca de los escalones de la entrada. Era de fuerte espalda y usaba anteojos. A haber deseado yo determinar su posición social, hubiese dicho que seguía de seguro una carrera literaria. De su nacionalidad no cabía duda: era italiano hasta la médula. Evidentemente aguardaba allí a alguien; y cuando la joven, seguida de la rezadora ferviente, salió de San Giovanni, movió el paso y se unió a ella.

La anciana dejó escapar un grito reprimido de sorpresa, y le tomó la mano, en la que dio un beso. La joven no pareció conmovida: era claro que con quien tenía que hacer el caballero era con la vieja criada. Le dijo algunas palabras, y se alejó con ella a unos cuantos pasos bajo el toldo de la iglesia, donde, en toda apariencia, hablaban de prisa y con empeño, sin dejar de

mirar en dirección de la joven.

Cuando la criada se apartó de ella, siguió la joven andando unos pasos; pero se detuvo, y se volvió hacia la anciana, como aguardando por ella. Entonces fue cuando, sin parecer indiscretos ni bruscos, pudimos ver de lleno su andar arrogante y acabada hermosura.

—Es hermosa, dije, más para oírme yo mismo que para que me oyese Kenyon.

—Sí; pero no tanto como creí. Falta algo en esa belleza, aunque me es imposible decir lo que es. ¿Es la animación o es la expresión?

—Yo no veo que le falte nada, dije con tal entusiasmo que Kenyon se echó a reír.

—¿Es así como los caballeros ingleses se quedan mirando en Inglaterra a las mujeres de su país y calculando su valor en los lugares públicos, o es ésa una costumbre adoptada para beneficio de los italianos?

Esta atrevida pregunta fue hecha por alguien que hablaba junto a mí. Kenyon y yo nos volvimos al mismo tiempo, y vimos a un hombre alto, como de treinta años, que estaba a nuestra espalda. Sus facciones eran correctas; pero de conjunto poco agradable. Bastaba una ojeada para adivinar que aquel recio bigote escondía una boca irreverente, y que a aquellas cejas y ojos negros subía pronto la cólera. En aquel instante la expresión del hombre era de arrogancia altanera y ofensiva, que hiere siempre más cuando el que nos habla con ella es extranjero. Que nuestro provocador no era inglés era bien claro, por más que nos hubiese hablado en inglés muy correcto.

Ya tenía yo en los labios una respuesta viva, cuando Kenyon, que era persona de muchos recursos y muy capaz de decir en un apuro lo propio del caso, se puso en mi camino. Se quitó el sombrero, e hizo al hombre alto un saludo cortés, calculado con tal maña que era imposible decir donde acababa la reparación y empezaba la ironía.

—Señor, dijo: un inglés viaja por esta hermosa tierra para celebrar cuanto tiene de bello en el arte y en la naturaleza. Si nuestras celebraciones ofenden, pedimos excusa.

Frunció el ceño el hombre, que no sabía bien si mi amigo se burlaba de él o le hablaba en veras.

—Si hemos obrado mal ¿se servirá el señor presentar nuestras excusas a la señora? ¿su esposa sin duda, o tal vez su hija?

Como el hombre era joven, el fin de la pregunta era un sarcasmo.

—Ni esposa, ni hija, dijo bruscamente. Kenyon se inclinó.

—¡Ah! su amiga entonces. Permítame el señor que le felicite, y le dé también mi enhorabuena por su conocimiento de nuestro idioma.

El hombre no sabía ya a qué atenerse: Kenyon hablaba con la mayor gracia y naturalidad.

—He estado muchos años en Inglaterra, dijo en tono breve.

—¡Muchos años! Apenas puedo creerlo; pues veo que el señor no se ha hecho cargo de esa cualidad inglesa que es mucho más importante que el acento o el idioma.

Kenyon se detuvo, y miró al hombre con una expresión tan amistosa y sencilla que le hizo caer en el lazo.

—¿Se servirá decirme cuál? preguntó.

—No mezclarse en lo que no le importa, dijo Kenyon áspera y brevemente, volviéndole la espalda, como si allí hubiera tenido fin la discusión.

Se inundó de ira el rostro del hombre alto. No quité los ojos de él, temiendo que cayese sobre mi amigo; pero se contentó con echar al aire un voto: y así acabó el suceso.

Mientras en esa conversación estábamos, la anciana se había despedido de su culto amigo, y echado a andar acompañada de la joven. Nuestro áspero italiano salió al encuentro del que había estado hablando con la criada, y tomándole del brazo siguió con él en dirección diversa, y a poco desapareció de nuestra vista.

Kenyon no me mostró intención de seguir a las dos mujeres, y a mí me dio vergüenza proponérselo; mas no sé por qué imagino que iba yo disponiéndome a volver al día siguiente a San Giovanni.

Pero no la vi más. No quiero decir cuántas veces volví en vano a la iglesia. Ni a la hermosa joven ni a la anciana criada volví a ver mientras estuve en Turín. Varias veces nos encontramos en la calle con nuestro impertinente amigo, cuyo ceño arrugado no mereció de nosotros atención alguna; pero aquella delicada criatura de la tez pálida y los extraños ojos negros, no volvió a presentarse en mi camino.

Sería absurdo decir que me había enamorado de una mujer a quien sólo había visto unos cuantos minutos, a quien nunca había hablado, cuyo nombre y habitación me eran desconocidos; pero debo confesar que, por lo que hace a la hermosura, mujer alguna había hecho en mí hasta entonces la impresión que hizo ella. Hermosa como era, apenas podía decir qué me atraía así y me fascinaba. Yo había conocido en mi vida a muchas mujeres hermosas; y sin embargo, por una leve probabilidad de volver a ver a aquélla, me detuve en Turín, abusando de la paciencia del condescendiente Kenyon, hasta que, fatigado ya de mis esperas, me hizo saber que si al punto no partíamos, él se iría solo. Consentí al fin. Diez días había pasado aguardando en vano volver a ver a mi desconocida. Recogimos nuestras tiendas, y salimos en busca de nuevas aventuras.

De Turín seguimos viajando camino del sur: a Génova, a Florencia, a Roma y Nápoles, y a otros lugares menores. Cruzamos de allí a Sicilia, y en Palermo, como lo teníamos concertado,

nos embarcamos en el yate de otro amigo. No habíamos andado con prisa en nuestro viaje, sino que en cada ciudad nos detuvimos cuanto nos pareció bien; de modo que cuando el yate, terminada su excursión, nos devolvía a Inglaterra, estaba ya en sus últimos soles el verano.

Muchas veces, muchas, desde que salí de Turín, había pensado en la joven a quien vi en San Giovanni: tan a menudo pensaba en ella, que yo mismo me burlaba de mi locura. Nunca hasta entonces había persistido tanto tiempo en mi memoria el recuerdo de un rostro de mujer. Algún extraño encanto debía haber para mí en aquella hermosura. Yo recordaba cada una de sus facciones, y, a haber entendido de pintar, pudiera haberla retratado de memoria. Por extravagante que mi afición me pareciese, no podía yo ocultarme que, a pesar de no haberla visto más que breves momentos, la impresión que había causado en mí, en vez de debilitarse, se hacía más viva cada día. Me tuve a mal el haber salido de Turín antes de volver a verla aunque para conseguirlo hubiese tenido que aguardar allí meses enteros. Me decía que mi salida de Turín me había hecho perder una oportunidad que sólo se presenta al hombre una vez en la vida.

Kenyon y yo nos separamos en Londres. Él fue a Escocia a cazar codornices, y yo, que no había decidido aún lo que haría en el otoño, determiné quedarme, por algunos días al menos, en la ciudad.

¿Fue obra de la casualidad o del destino? En la mañana siguiente a mi llegada a Londres, tuve que ir por mis negocios a la calle Regent. Iba yo muy despacio por la ancha acera abajo, dejando vagar lejos de Londres el pensamiento; iba tratando de sofocar cierto deseo loco que se había apoderado de mi mente, el deseo de volverme enseguida a Turín; iba pensando en la sombría iglesia y en el hermoso rostro que desde hacía tres meses no abandonaban mi memoria. Y en el instante mismo en que con los ojos de la mente veía otra vez a la joven y a su vieja compañera en la sombra del templo, allí, en pleno Londres, levanté la vista, y en cuerpo y en alma las tuve delante de mí.

Grande fue mi asombro; pero ni un instante pensé que me engañaba. A menos que no fuera una ilusión o un sueño, allí venía, caminando hacia mí, con su vieja criada al lado, aquélla en quien había pensado con tanta insistencia. Dijérase que acababan de salir de San Giovanni. Había un ligero cambio en la apariencia de la anciana, vestida ahora más al estilo de las criadas inglesas; pero ella no: ella estaba como cuando salió del templo de Turín. «Hermosa, más hermosa que nunca», se dijo mi corazón, que salió de quicio al verla. Pasaron junto a mí: yo me volví instintivamente y las seguí con los ojos.

¡Sí: era el destino! Puesto que había vuelto a hallarla de tan inesperada manera, cuidaría bien de no perderla de vista. No intenté esconder por más tiempo mis sentimientos. La

impresión que sacudió todo mi ser al volver a hallarme frente a ella no me dejaba duda. Yo estaba profundamente enamorado. Dos veces, nada más que dos veces la había visto; pero bastaban para convencerme de que si mi suerte se había de ligar por fin a la de mujer alguna, a la de aquella mujer se ligaría, aunque su nombre, hogar y país me eran desconocidos.

Sólo una cosa podía hacer: seguir a las dos mujeres. Durante una hora o más, por dondequiera que fueron, a respetuosa distancia fui tras ellas. Entraron en una o dos tiendas, y esperé afuera. Cuando reanudaron su camino, anduve cosido a sus pasos, pero con tal cuidado que mi persecución debía pasar desapercibida y no podía causar ofensa. Pronto salieron de la calle Regent y fueron a parar a una de las muchas hileras de casas que adornan a Maida-Vale. Observé bien la casa en que entraron, y al pasar por su puerta pocos momentos después la vi otra vez, asomada a la ventana, arreglando en un vaso unas flores. Había, pues, dado con la casa en que vivía.

¡Era el destino! Enamorado como estaba, sólo lo que el amor me aconsejaba podía hacer. Debía averiguar todo lo que se refiriese a mi desconocida. Debía ponerme en relación con ella, y obtener el derecho de mirar de cerca aquellos ojos extraños y hermosos. Debía oírla hablar. Reí de nuevo, pensando en lo absurdo de enamorarse de una mujer cuya voz no se ha oído jamás, de quien no se sabe siquiera la lengua que habla; pero el amor está lleno de absurdos. Una vez que el amor empuña el látigo, nos lleva en verdad por muy extraños caminos.

Tomé una determinación atrevida. Volví sobre mis pasos hasta la puerta de la casa. Una criada de buena apariencia salió a abrir.

—¿Hay aquí habitaciones de alquiler? pregunté, teniendo ya en mi mente como seguro que mi desconocida sólo vivía en aquella casa como huésped.

Había habitaciones de alquiler, y no bien mostré deseo de verlas, me enseñaron un comedor y alcoba en el piso bajo.

Calabozos hubieran podido ser aquellos aposentos en vez de cuartos ventilados y alegres como eran; vacíos hubieran podido estar, y no adornados, como estaban, de lindos muebles; cincuenta libras de renta a la semana me hubieran pedido, en lugar del modesto alquiler que me pidieron: de todos modos los aposentos hubieran sido míos. Nunca tuvo aquella casa inquilino más fácil de satisfacer. Vino la dueña, y cerré el trato al punto. De buena bolsa se hubiera podido hacer aquella excelente señora con el alquiler de sus aposentos del piso bajo, a haber conocido el estado de mi ánimo. En lo único en que se mostró difícil, fue en los informes que pudiese yo darle de mí. Cité en mi abono a varias personas; pagué allí mismo adelantado un mes de renta; y obtuve licencia de la dueña para entrar en posesión de los aposentos aquella misma noche, «porque yo acababa de llegar a Inglaterra, y deseaba fijarme en mi casa sin

demora».

—¡Ah! dije como al descuido, al salir de la casa para volver con mi equipaje: olvidaba preguntar a Ud. si tenía otros huéspedes: ¿supongo que no hay niños?

—No, señor; los únicos huéspedes son una señora y su criada. Tienen el piso primero: son gente muy tranquila.

—Gracias, dije. Creo que voy a estar muy bien. Volveré como a eso de las siete.

Yo había alquilado de nuevo mis antiguas habitaciones en la calle Walpole, antes de que aquel inesperado encuentro alterase mis planes. Volví a ellas, empaqueté todo lo que me pareció necesario, y dije a los dueños de la casa que iba a pasar con un amigo unas semanas. No dejé mis habitaciones. A las 7 ya estaba yo en Maida-Vale gratamente instalado.

¡Sí: era el destino! ¿Quién podía dudar de que todo lo que sucedía estaba dispuesto por su mano? Por la mañana estaba yo a punto de volverme a Turín en busca de mi amada; por la noche, iba a dormir bajo su mismo techo. Sentado en mi sillón, dibujando con el deseo en el humo rizado de mi cigarro toda especie de amables visiones, apenas puedo creer que sólo algunos pasos la separan de mí, que la veré mañana, pasado mañana, y siempre, y siempre! Sí: este amor mío es ya irremediable: me acuesto pensando en que soñaré en ella; pero, acaso por la novedad del aposento, mis sueños son menos gratos que mis pensamientos: ¡durante toda la noche he estado soñando en el ciego que se entró una noche en cierta casa extraña, y oyó aquellos terribles sonidos!

CAPÍTULO IV

NI PARA QUERER, NI PARA CASARSE

Ha pasado una semana. Mi amor crece. Cierto estoy ya de la energía de mi pasión, de que este súbito amor mío durará tanto como mi vida, de que no es efímero capricho que desvanecerán la ausencia o el tiempo. Logre yo o no ser querido, esta mujer será mi primero y último amor.

No he adelantado aún cuanto hubiese deseado. La veo todos los días, porque estoy siempre en acecho para verla salir y entrar; y cada vez que la veo, hallo nuevos encantos en su rostro y mayor gracia en toda su figura. Kenyon tenía razón, sin embargo. Es de un género extraño su hermosura. Aquel puro rostro pálido, aquellos ojos negros soñadores y abstraídos, no son, no, como los de la mayor parte de las mujeres, lo que acaso explica la singular fascinación que ejerce en mí. Su andar es firme y gracioso; nunca altera su paso; su rostro es siempre grave, y creo habla pocas veces con la anciana criada, que no se aparta nunca de su lado. Comienzo a mirarla como un enigma, y a dudar que me sea dable llegar a poseer su clave.

Sé de ella algunas cosas. Se llama Paulina, dulce y apropiado nombre, Paulina March: es, pues, inglesa, aunque algunas veces le oigo decir algunas palabras en italiano a la vieja Teresa, su criada. No parece conocer a nadie, y, a juzgar por lo que veo, nadie sabe de ella más de lo que sé yo: yo por lo menos sé que vino de Turín, y eso es más de lo que los otros saben.

Todavía ocupo mis aposentos, aguardando una ocasión propicia. Es una tortura vivir en la misma casa que aquella a quien se ama, y no encontrar oportunidad de comenzar el asedio. La vieja Teresa la guarda como toda una dueña española. Sus ojos me lanzan miradas suspicaces y vivas cada vez que las hallo a mi paso y les deseo los «buenos días» o «buenas noches» a que un vecino puede arriesgarse sin cometer descortesía. De ellas no he recibido más que esos fríos saludos. Ni los ojos ni los gestos de Paulina parecen alentarme. Me devuelve mi saludo gravemente, y como desde lejos y con apatía. Bien claro veo que el amor a primera vista suele no ser recíproco. Me consuelo con pensar que el destino me tiene sin duda algo reservado, sin lo cual Paulina y yo jamás habríamos vuelto a vernos.

No me queda, pues, más que atisbar desde detrás de las espesas cortinas rojas de mi ventana cuando mi amada, acompañada siempre de esa bellaca Teresa, sale de casa y vuelve. Y esto mismo tengo que hacerlo con mucha cautela; porque la diestra dueña me alcanzó a ver una vez en mi escondite, y desde entonces jamás pasa sin huronear con sus ojos vivaces en mi ventana. Como que empiezo ya a odiar a Teresa.

Sin embargo, si he adelantado poco, vivo en la misma casa de Paulina, y respiro el mismo

aire que ella. No soy hombre impaciente, y puedo esperar una buena ocasión, que ha de venir al cabo.

He aquí cómo vino. Una noche oí una caída, un ruido de porcelana rota, y un grito de alarma. Me eché afuera de mi aposento, y hallé a Teresa postrada en la escalera, gimiendo dolorosamente entre los escombros del mejor juego de té de la señora de la casa. ¡Mi ocasión por fin!

Con la desvergonzada hipocresía del amor, corrí a su ayuda, tan dispuesto a servirla como si hubiese sido mi propia madre. Traté con exquisito cuidado de ayudarla a levantarse, pero se dejó caer, lamentándose, en desdichado inglés, de que tenía un pie roto. Le hablé en italiano, lo que pareció volverle los ánimos perdidos; y pude convencerme de que se le había dislocado una rodilla de tan mala manera que no podía ponerse en pie. Le dije que la llevaría a su habitación, y sin más miramientos la alcé en mis brazos y eché escalera arriba.

Paulina aguardaba en el pasillo. Sus grandes ojos negros estaban abiertos de par en par, y el espanto se reflejaba en toda ella. Me detuve un instante para explicarle lo que había sucedido; y llevé enseguida a Teresa a su habitación, y la dejé en su cama. La criada de la casa había salido ya en busca de un médico; al retirarme, Paulina me dio las gracias por mi bondad de un modo tranquilo, pero como desentendido. Aquellos ojos soñadores se encontraron con los míos; pero apenas pareció que lo notasen. Sí: yo no podía menos de confesármelo: la criatura a quien miraba como una deidad era poco sensible; pero ¿cómo sustraerse al encanto de su hermosura? ¡Aquel rostro acabado, aquel cuerpo candoroso y esbelto, aquella espesa cabellera castaña, aquellos mismos extraños ojos negros! ¡No había de seguro en el mundo una mujer que le fuese comparable!

Me dio su mano al despedirse de mí: una mano pequeña, suave y elegante. Difícilmente pude contener mi deseo de imprimir en ella mis labios; difícilmente pude resistir la tentación de decirle en aquel mismo instante que por meses enteros ella había ocupado únicamente mi pensamiento; pero si siempre hubiera sido incauta semejante confesión en una primera entrevista, más que nunca lo era en aquellos instantes, cerca de la vieja Teresa que padecía cerca de mí, sin que el dolor, sin embargo, la enajenase de modo que no tuviera puestos los ojos sobre todos mis movimientos. Me limité a expresar mi deseo de poderles ser útil en algo, y con una inclinación de cabeza, me retiré discretamente. Pero nuestras manos se habían ya enlazado: ¡ya Paulina y yo no éramos por más tiempo dos extraños!

No fue la dislocación de Teresa tan grave como ella imaginaba; pero la obligó a quedarse en la casa algunos días. Yo había creído que la reclusión de Teresa me ayudaría en algún modo a estrechar mi amistad con su joven señora; pero el resultado no respondió a mis esperanzas. En

los primeros días no supe que Paulina saliese de casa. Una o dos veces me encontré con ella en las escaleras y, fingiéndome interesado en la curación de su criada, la retuve conversando breves momentos. Me pareció que era excesivamente tímida, tan tímida que la conversación que hubiera yo anhelado prolongar, a los pocos instantes moría naturalmente. No era yo bastante vanidoso para atribuir su cortedad y reticencia a la misma causa que me hacía ruborizar y tartamudear al hablarle a ella.

Por fin, una mañana la vi salir sola de la casa. Tomé el sombrero y fui en su seguimiento. Estaba dándose paseos por la acera frente a la entrada. Me acerqué a ella, y, después de mi usual pregunta por la salud de Teresa, me mantuve a su lado. Era preciso hacer de modo que nuestras relaciones quedasen más adelantadas.

—¿No hace mucho que está Ud. en Inglaterra, Miss March? dije.

—Algún tiempo, algunos meses, me replicó.

—Yo la vi a Ud. esta primavera en Turín, en la iglesia, en San Giovanni.—Paulina alzó los ojos y los fijó en los míos con una mirada peculiar y perpleja.

—Estaba Ud. allí con su criada, una mañana, añadí.

—Sí, íbamos allí a menudo.

—Ud. es inglesa ¿no es cierto? ¿su nombre al menos no es italiano?

—Sí, soy inglesa.

Hablaba como si no estuviese enteramente segura de lo que decía, o como si el asunto de la conversación le fuese indiferente.

—Ud. vive aquí: ¿Ud. no volverá a Italia?

—No sé; no puedo decir.

No podía yo prometerme menos de mi interlocutora. Muchas tentativas hice para conocer algo de sus costumbres y aficiones. ¿Tocaba? ¿cantaba? ¿le agradaba la música, la pintura, el teatro, los viajes, las flores? ¿Tenía muchas amistades? Todo esto hallé manera de preguntarle, directa o indirectamente.

No eran satisfactorias sus respuestas. O evadía mis preguntas, como si tuviese determinado que yo no supiese nada de ella, o las respondía como si no las entendiese. Muchas de ellas le causaban una extrañeza visible. Tan gran misterio era para mí Paulina al acabar nuestro paseo como al comenzarlo. Lo único que de ella me alentaba es que no parecía deseosa de esquivar mi compañía. Una y otra vez pasamos por delante de nuestra casa sin que mostrase intención de entrar, como, a querer verse libre de mí, pudo haber hecho. No había en sus ademanes la menor apariencia de coquetería: muy quieta y reservada me iba pareciendo, pero muy natural y sencilla; ¡y era ella tan hermosa, y yo estaba tan ardientemente enamorado!

No tardé mucho en apercibirme de que los ojos tenaces de la vieja Teresa nos acechaban desde las persianas de la sala; sin duda se había levantado de su cama para ver que su señora no cayese en alguna malandanza. Me montó en ira el espionaje; pero era aún demasiado pronto para libertarme de él.

Antes de que Teresa pudiese cojear de puertas afuera, volví a hablar con Paulina más de una vez de aquel mismo modo. Veía con regocijo que parecía alegrarse cuando me unía a ella. Mi principal dificultad era hacerla hablar. Oía tranquilamente cuanto yo le decía, pero sin comentario, ni más réplica que un «sí» o un «no». Si, por rara casualidad, me hacía una pregunta o decía una frase más larga que las habituales en ella, no crecía en ánimos con eso, sino que volvía al punto a su lenguaje apático. Atribuía yo gran parte de esto a cortedad de Paulina y a su vida retirada, pues la única persona con quien viese yo que hablaba era aquella terrible Teresa.

No había gesto o palabra de Paulina que no revelasen su buena crianza y cultura; pero me sorprendía en verdad su ignorancia en cosas de letras. Si citaba yo un autor o mencionaba un libro, no tomaba cuenta de ello; o me miraba como si mi alusión la sorprendiese, o como si se avergonzara de su ignorancia. Aunque había logrado verla varias veces, no estaba yo satisfecho de mi adelanto, y sabía que no había dado aún con la clave de su naturaleza.

No bien sanó de su rodilla la adusta criada, o compañera, oí grandes nuevas. La dueña de la casa me preguntó si conocía yo a algún amigo a quien recomendar la casa, algún amigo de mis costumbres, decía la buena señora; porque Miss March iba a mudarse, y la dueña prefería alquilar los aposentos a un caballero.

No me quedó duda de que aquel era un ardid de la bellaca de Teresa. Cuantas veces se encontró conmigo por las escaleras, me había asaeteado con los ojos. Cuando le preguntaba cómo iba de su caída, me respondía agriamente. No cabía duda de que era mi enemiga: de que había caído en la cuenta de mi afición por Paulina y batallaba por apartarnos. No tenía yo modo de saber a cuánto alcanzaban su autoridad e influencia sobre la joven; pero hacía tiempo ya que no la tenía como una mera criada. La noticia de la mudanza próxima de mis vecinas me convenció de que, si quería yo llevar a término feliz mi amor a Paulina, tenía que entrar en algún arreglo con aquella desapacible guardadora.

Aquella misma noche, al oír que bajaba, abrí la puerta de golpe y me encaré con ella.

—Señora Teresa, dije, con remilgada cortesanía, ¿me hace Ud. el favor de entrar en mi cuarto? Deseo hablarle.

Fijó en mí una de aquellas miradas suyas, suspicaces y rápidas; pero accedió a mi ruego. Cerré la puerta y le acerqué una silla.

—¿Cómo va su pobre rodilla? le pregunté afectuosamente en italiano.

—Va bien, señor, me respondió con su voz breve.

—¿No quiere Ud. acompañarme a tomar una copa de vino dulce? Lo tengo a mano.

Muy mal parecía quererme Teresa; pero no me hizo objeción alguna, sino que paladeó gustosamente la copa que le tendí.

—¿Y Miss March, está bien? No la he visto hoy.

—Está bien.

—De ella es de quien quiero hablar a Ud.: ¿no lo ha adivinado?

—Lo había adivinado, me dijo, con una mirada colérica llena de desafío.

—Sí, continué: sus ojos vigilantes y fieles han penetrado lo que yo no tengo ningún deseo de ocultar. Quiero a Paulina.

—A ella no se la puede querer, dijo Teresa abruptamente.

—¿Cómo no se ha de querer a una criatura tan hermosa? La quiero, y me casaré con ella.

—Ella no se puede casar.

—Óigame bien, Teresa. He dicho que me casaré con ella. Soy conocido y rico. Tengo cincuenta mil liras al año.

Mi renta anual, que reducida a la moneda de su país debía de parecerle considerable, causó en ella el efecto que yo había esperado. No me mostraban sus ojos, por cierto, mayor amistad; pero su mirada de asombro y acatamiento repentino me revelaron que había dado con el talón de aquella aya invulnerable: la codicia.

—Dígame ahora por qué no puedo yo casarme con Paulina. Dígame a quién debo ver para pedirla en matrimonio.

—Con ella no puede haber matrimonio.

Nada más pude obtener de Teresa. Nada quiso decirme sobre la familia o los amigos de Paulina. Nada más sino repetirme que no podía querer, ni casarse.

Sólo un recurso me quedaba por tentar. La ávida mirada de Teresa cuando le hablé de mi renta me sugirió este pensamiento. Tenía que descender al ardid vulgar de comprar la voluntad de la dueña. ¡El fin justifica los medios!

Es costumbre mía, cuando ando en viajes, llevar conmigo una buena suma de dinero. Saqué de mi cartera un mazo de billetes de banco, y conté cien libras esterlinas en billetes nuevos. Cayó sobre ellos el ojo hambriento de Teresa.

—¿Sabe Ud. cuánto hay aquí? le dije. Con una inclinación de cabeza me indicó que lo sabía. Corrí hacia ella dos de los billetes. Su mano descarnada parecía querer abalanzarse sobre ellos.

—Dígame quiénes son los amigos de Miss March y tome para Ud. esos dos billetes. Todo cuanto Ud. ve aquí será suyo el día en que Miss March y yo nos casemos.

Por algunos momentos se estuvo la italiana callada; pero bien veía yo que la tentación le iba ganando el ánimo. Le oí entonces murmurar:

«¡50 000 liras; 50 000 al año!». El encanto obraba. Por fin se puso en pie.

—¿No quiere Ud. tomar este dinero? le pregunté.

—No puedo. No me atrevo. De veras no puedo. Pero...

—¿Pero qué?

—Yo escribiré. Yo diré todo lo que Ud. me dice al Doctor.

—¿Al Doctor? ¿Quién es el Doctor? Yo mismo puedo verlo o escribirle.

—¿He dicho el Doctor? Se me ha escapado. No; Ud. no debe escribir. Yo le preguntaré y él decidirá.

—¿Escribirá Ud. enseguida?

—Enseguida. Y Teresa, echando sobre las dos libras los ojos avariciosos, se volvió como para salir.

—¿Por qué no se lleva los billetes? le dije, poniéndoselos en la mano.

Con febril alegría se los escondió en el seno.

—Dígame, Teresa, seguí melosamente: ¿Ud. cree que Miss March, que Paulina, piensa algo en mí?

—¿Quién sabe? respondió la anciana con un tonillo petulante. Yo no sé: pero le digo otra vez que ella no está para querer, ni para casarse.

¡Ni para querer, ni para casarse! Di suelta a la risa cuantas veces me acordé de aquella adivinanza de Teresa. Si en la tierra había alguna criatura que, por sobre todas las demás, estuviese hecha para el amor y el matrimonio, Paulina era! ¿Qué quería darme a entender Teresa? Me vino entonces a la memoria el fervor con que rezaba aquella mañana en San Giovanni; y di por seguro que Teresa era una ardentísima católica, y quería que Paulina tomase el velo. Por de contado que era eso; eso lo explicaba todo.

Luego que tuve comprada a Teresa, todo yo fui un castillo en el aire, imaginando que iba a gozar a mis anchas de la compañía de Paulina, sin interrupciones ni espionaje. La criada había tomado mi dinero, y sin duda haría por complacerme para aumentar su tesoro. Si podía persuadirla a que me dejase pasar algunas horas al día al lado de Paulina, nada tendría yo que temer de la hostilidad de Teresa. El soborno era cierto, y aunque a mí mismo me avergonzaba haber acudido a él, no podía yo dudar de su eficacia.

Tuve que aplazar para la noche siguiente mi primera amorosa tentativa, porque en la

mañana me llamaba un pequeño quehacer urgente, que me tuvo de un lado para otro algunas horas. Atónito me quedé al oír a mi vuelta que mis vecinas se habían mudado de casa. No tenía idea la señora de dónde pudiesen haber ido. Teresa, que parecía ser la que manejaba los dineros, pagó y se fue con Paulina. Nada más podían decirme.

Me dejé caer en una silla maldiciendo de la alevosía italiana; pero como pensase al mismo tiempo en la italiana codicia, no perdí por completo la esperanza. Acaso Teresa me escribiría o vendría a verme. Yo no había olvidado las anhelosas miradas que lanzaba sobre mis billetes de banco. Pero día sobre día pasó sin que llegase a mí recado o carta.

Empleé todos aquellos días, en su mayor parte, vagando por las calles con la esperanza vana de encontrarme con las fugitivas. Sólo después de haberla perdido por segunda vez vine a saber cuánto quería a Paulina. No puedo describir apropiadamente aquel ardiente deseo mío de volver a ver su hermoso rostro. Temía yo, sin embargo, que tanto amor no fuese compartido: a haber sentido Paulina por mí el más ligero interés ¿cómo me hubiera abandonado de aquel modo secreto y misterioso? Tenía aún que conquistar su corazón: fuera del suyo, no había amor en la tierra que me pareciese de valor alguno.

Hubiera vuelto a mis antiguas habitaciones de la calle Walpole, a no temer que, si dejaba las de Maida-Vale", pudiera Teresa, fiel a su compromiso, venir y no hallarme. Diez lentos días habían corrido ya desde la fuga, y comenzaba yo a perder toda esperanza, cuando recibí una carta.

Estaba escrita en elegante estilo italiano, y firmada por Manuel Ceneri.

Sólo decía que el firmante «tendría la honra de venir a verme a las doce del día siguiente». Del objeto de la visita no hablaba; pero bien sabía yo que sólo uno podía ser, uno sólo: el deseo que me llenaba el corazón. Teresa, al fin, no me había sido desleal. Paulina sería mía. Esperé con febril impaciencia la aparición de Manuel Ceneri.

Acababan de dar las doce cuando me anunciaron su llegada y se abrieron para él las puertas de mi aposento. Al instante lo reconocí: era el hombre de edad mediana y espalda robusta que había hablado con Teresa bajo el toldo de San Giovanni en Turín. Sin duda era el doctor de quien Teresa me había hablado como del árbitro de la suerte de Paulina.

Se inclinó cortésmente al entrar; me midió de una mirada, como queriendo recoger en ella cuanto mi aspecto le pudiese revelar de mí y ocupó la silla que le indiqué.

—No pido a Ud. excusa por esta visita, me dijo, porque sin duda sabe Ud. a lo que vengo.

Me hablaba en buen inglés; pero con el acento extranjero muy marcado.

—Creo adivinarlo.

—Soy Manuel Ceneri, médico. Mi hermana era la madre de Miss March. Por Ud. acabo de

venir de Génova.

—¿Ud. conoce ya entonces mi deseo, el gran deseo de mi vida?

—Sí, lo conozco; Ud. desea casarse con mi sobrina. Yo tengo, Mr. Vaughan, muchas razones para desear que mi sobrina permanezca soltera; pero la petición de Ud. me ha hecho alterar mi propósito.

Como de una paca de algodón trataba el tío de la suerte de Paulina.

—En primer lugar, añadió, me dicen que Ud. es de buena familia y rico. ¿Es esto cierto?

—Mi familia es distinguida. Estoy bien emparentado, y puedo ser considerado rico.

—Supongo que me dará Ud. pruebas de su fortuna.

Hice una seca inclinación de cabeza, y en una hoja de papel escribí a mi apoderado, autorizándole a informar ampliamente al portador sobre mis bienes. Ceneri dobló la esquela, y la guardó en su bolsillo. Puede ser que me conociese el enojo que me inspiraba la mercenaria exigencia de sus preguntas.

—Me veo obligado a ser muy cauto en esta materia, dijo, porque mi sobrina no posee nada.

—No espero ni deseo nada.

—Antes era rica, muy rica; pero hace mucho ya que perdió toda su fortuna. ¿Ud. no deseará saber cuándo o cómo?

—Repito mis palabras. Ni espero ni deseo nada.

—Bien, pues. No tengo derecho a rehusar su oferta. Aunque Paulina tiene mucho de italiana, su educación y costumbres son inglesas. Un marido inglés le convendrá mejor. ¿Ud. no le ha hablado todavía de su cariño?

—No he tenido oportunidad de hablarle. Lo hubiera hecho sin duda, pero al comenzar nuestra amistad, la alejaron de mí.

—Sí; mis órdenes a Teresa eran terminantes. Sólo permití a Paulina que viniese a vivir en Inglaterra a condición de que obedeciese en todo a Teresa.

Aunque aquel hombre hablaba como quien tenía autoridad absoluta sobre su sobrina, ni una sola palabra había dicho que revelase afecto. Pudiera haberse creído que le era totalmente extraña.

—¿Pero supongo que ahora me será permitido verla? dije.

—Sí, con ciertas condiciones. El hombre que se case con Paulina March debe contentarse con tomarla tal como es. No debe hacer preguntas, no debe inquirir nada de su nacimiento y familia, no debe averiguar nada de su infancia. Ha de contentarse con saber que es bella, y que la ama. ¿Bastará esto?

Tan extraña era aquella pregunta que, a pesar de la vehemencia de mi pasión, vacilé.

—Esto más diré, añadió Ceneri: es buena y pura: su cuna es tan limpia como la de Ud. Es huérfana, y no tiene más pariente cercano que yo.

—Estoy satisfecho, dije, tendiéndole mi mano, como para sellar el pacto. Déme Ud. a Paulina; nada más quiero saber.

¿Por qué no había de estar yo satisfecho? ¿Qué necesitaba yo saber de su familia, sus antecedentes o su historia? Con tan arrebatada afición deseaba yo llamar mía a aquella hermosa criatura, que creo que aunque Ceneri me hubiera dicho que era impura e indigna, entre todas las mujeres, yo le habría replicado: «Venga a mí, y empezará de nuevo la vida como esposa mía». ¡Los hombres hacen cosas tales por amor!

—Mi próxima pregunta va a asombrar a Ud., Mr. Vaughan, dijo el italiano, retirando su mano de la mía. Ud. quiere a Paulina, y yo no creo que ella lo mire a Ud. con desagrado.

Se detuvo: yo esperaba con ansiedad.

—¿Permitirán a Ud. sus asuntos casarse inmediatamente? ¿Puedo a mi vuelta al continente dejar ya por completo la suerte de Paulina en sus manos?

—Hoy mismo me casaría con ella si fuese posible, exclamé.

—No; no necesitamos andar con tanta vehemencia; pero ¿pudiera ser pasado mañana?

Clavé en él mis ojos. Apenas podía creer en lo que oía. ¡Estar unido a Paulina dentro de unas cuantas horas! ¡Algún dolor debía de existir en el fondo de aquella felicidad! Ceneri debía de ser loco. Mas ¿cómo, aunque fuese de las manos de un loco, podía yo rehusar mi ventura?

—Pero yo no sé si ella me quiere: ¿consentirá ella? tartamudeé.

—Paulina es obediente y hará lo que yo desee. Ud. puede ganar su cariño después de su matrimonio, en lugar de antes.

—Pero ¿puede hacerse el matrimonio con tan poco tiempo?

—Entiendo que se venden unas licencias especiales. Ud. se asombra de mis indicaciones. Me es forzoso volver a Italia sin pérdida de tiempo. Dejo el caso al juicio de Ud.: ¿puedo, en estas circunstancias, dejar a Paulina aquí sin más que una criada que la cuide? No, Mr. Vaughan: aunque parezca extraño, o la dejo unida a Ud. o tengo que llevarla conmigo. Esto último pudiera ser peligroso para Ud., porque aquí sólo mi voluntad tengo que considerar, mientras que fuera de aquí pudiese haber otros a quienes consultar, y acaso yo mismo mudase de propósito.

—Veamos a Paulina, y preguntémosle, dije levantándome impetuosamente.

—Vamos, me dijo con gravedad Ceneri: vamos ahora mismo.

Hasta aquel instante había estado yo sentado con la espalda a la ventana. Al volverme a la luz observé que el italiano me miraba con particular fijeza.

—Me parece recordar a Ud., Mr. Vaughan, aunque no puedo hacer memoria de dónde lo he visto.

Díjele que debía haber sido a la salida de San Giovanni mientras estuvo él hablando con Teresa. Recordó el incidente, y pareció satisfecho. En el primer carruaje que nos vino a mano fuimos a la nueva casa de Paulina.

No era muy lejos. Me maravillaba de no haber hallado a Paulina o a Teresa en mis excursiones. Tal vez ninguna de ellas había salido de su casa, para evitar mi encuentro.

—¿Querría Ud. esperar un momento en el corredor, me dijo al entrar Ceneri, mientras anuncio su llegada a Paulina?

Un mes hubiera esperado en el más hondo calabozo por semejante recompensa: me senté, pues, en la bruñida silla de caoba; dudando de estar en plena posesión de mis sentidos.

Apareció entonces Teresa, mirándome con ojos no menos hostiles que antes.

—¿He cumplido mi palabra? me dijo en voz baja, en italiano.

—La ha cumplido Ud., no lo olvidaré.

—Ud. me pagará y no tendrá nada que decir de mí; pero oiga bien lo que le digo otra vez: la señorita no está para querer, ni para casarse.—¡Vieja supersticiosa y loca! ¿Habían de encerrarse acaso en un monasterio los encantos de Paulina?

Sonó una campanilla y me dejó Teresa, que reapareció a los pocos momentos, para guiarme a una habitación en el piso inmediato, donde me aguardaban mi hermosa Paulina y su tío. Levantó ella sus ojos negros y soñadores, y los fijó en mí: el más vanidoso enamorado no hubiera podido lisonjearse de ver reflejada en ellos la luz de su ternura.

Había yo esperado que el doctor Ceneri nos dejaría a solas para entendernos con la necesaria holgura; mas no fue así. Me tomó de la mano, y con ademán solemne me condujo hasta su sobrina.

—Paulina, tú conoces a este caballero.

Ella inclinó la cabeza.

—Sí, dijo, le conozco.

—Mr. Vaughan, continuó Ceneri, nos hace la honra de pedirte por esposa.

No podía yo permitir que toda mi corte fuese hecha por apoderado, y adelantando un paso y tomando su mano en la mía:

—Paulina, murmuré, la quiero a Ud.: desde el primer momento en que la vi la quise: ¿quiere Ud. ser mi esposa?

—Sí, si Ud. lo desea, me respondió suavemente, pero sin que se alterase siquiera el color de su rostro.

—Ud. no puede quererme todavía; pero me querrá pronto: ¿verdad que me querrá?

No respondió a aquella pregunta que con ansiosa voz de súplica le hice; pero ni dio muestras de rechazarme, ni trató de libertar su mano de la mía. Tranquila como siempre y silenciosa estaba oyendo mis férvidas palabras; pero yo ceñí su cuerpo con mi brazo, y la besé en los labios apasionadamente: sólo cuando mis labios tocaron los suyos vi subir el color a sus mejillas, y sentí que la emoción precipitaba los latidos de su seno.

Se desasió de mi brazo, miró a su tío, que había presenciado impasible aquella escena, como si nada hubiese en ella de extraordinario, y salió a pasos rápidos del cuarto.

—Creo que haría Ud. bien en irse ahora, me dijo Ceneri. Yo lo arreglaré todo con Paulina. Prepárelo Ud. todo para pasado mañana.

—Es demasiado pronto.

—Es; pero ha de ser así. No puedo esperar una hora más; mejor es que me deje Ud. ahora y vuelva mañana.

Salí de allí en agitación extraordinaria, y sin saber qué haría.

Grande era la tentación de llamar mía a Paulina en un plazo tan corto; pero en cuanto a su amor por mí hasta entonces, no podía yo engañarme. Yo podía, sin embargo, como decía Ceneri, conquistar su cariño después de casarnos. Todavía dudaba: ¡era tan extraña toda aquella prisa! Por vivo que fuese mi deseo de poseer a Paulina, me hubiera sido más grato haberme cerciorado de su amor antes de nuestra boda: ¿no sería mejor que su tío se la llevase a Italia, y seguirla allá y convencerme de que me quería? Sí, esto era lo prudente; pero me asaltaba al punto el recuerdo de la amenaza de Ceneri: si se llevaba a Italia a su sobrina, podría cambiar de intención, y yo, por encima de todo, estaba desesperadamente enamorado de Paulina; de su hermosura sería tal vez, pero yo estaba enamorado locamente. El destino nos ha reunido. Dos veces había huido de mí: esta tercera vez me la ofrecían sin reserva. Yo era bastante supersticioso para temer que si rechazaba o posponía su posesión, perdería a Paulina para siempre. No: suceda lo que quiera, dentro de dos días será mi esposa!

La vi al día siguiente, mas no sola: Ceneri estuvo con nosotros durante toda la visita, en la cual Paulina se mostró afable, y como siempre, corta y lánguida. Yo tenía mucho que hacer, mucho a qué atender. Nunca se preparó una boda en tan corto espacio ni de tan extraña manera como aquélla. A la noche todo estaba ya arreglado, y a las diez de la mañana siguiente Gilberto Vaughan y Paulina March eran ya marido y mujer. Aquellas dos criaturas que, reuniendo sus apresuradas entrevistas, no se habían hablado acaso tres horas en toda su existencia, estaban ya ligados, ligados para la fortuna o la desdicha, hasta que quisiera separarlos la muerte.

Ceneri se despidió de nosotros apenas terminó la ceremonia, y Teresa, con asombro mío,

anunció su intención de acompañarlo. No dejó por eso de recoger de mí la prometida recompensa, que no le escatimé por cierto. El deseo de mi corazón era poseer a Paulina, y con su ayuda lo había realizado.

Solo ya entonces con mi hermosa compañera, emprendimos camino hacia los lagos escoceses, para comenzar allá aquella dulce estación de los primeros amores que hubiera debido enajenar nuestras almas antes de dar el paso decisivo.

CAPÍTULO V

POR LEY, NO POR AMOR

Ni el orgullo y ventura que sentía al ver a Paulina a mi lado en el wagón[1] que nos llevaba al norte, ni la satisfacción de haber unido a mi vida la de una compañera tan hermosa, ni la vehemencia misma de mi amor por la exquisita criatura que acababa de consagrarse a mí para siempre, pudieron apartar un momento de mi memoria la extraña condición impuesta por Ceneri: "El hombre que se case con Paulina March ha de tomarla como es; no ha de conocer nada de su vida pasada".

Ni un solo instante pensé que semejante acuerdo hubiera de ser tomado a la letra.

No bien hubiese yo logrado hacerme amar de Paulina, ella misma desearía, sin duda, contarme toda su historia; nada tendría yo que preguntarle, sino que ella me lo confiaría naturalmente; ¡una vez que hubiera ella aprendido el secreto de amor, todos los demás secretos cesarían entre nosotros!

Hermosísima parecía mi mujer, reclinada la elegante cabeza sobre el paño oscuro que vestía el interior del vagón. En aquella postura sobresalía la corrección de sus finas facciones. Su rostro estaba como de costumbre, pálido y tranquilo, y sus ojos bajos: ¡y aquella mujer de tan perfecta belleza que daba orgullo amarla y cuidar de ella, era—¡con cuánta dulzura me lo decía yo en voz alta, como para oírme yo mismo!—era mi esposa!

Sospecho, sin embargo, que nadie nos habría tomado por dos recién casados: no daban señas, por lo menos, de haberlo notado nuestros compañeros de viaje, ni se tocaban con el codo, ni cambiaban sonrisas, ni echaban sobre nosotros miradas de inteligencia. Tan apresurada había sido la ceremonia que no se pensó en ataviar a Paulina con las galas usuales en las bodas. Su vestido, aunque elegante y agraciado, era el mismo con que la había visto otras veces. Ni ella ni yo llevábamos esos nuevos arreos que a las claras publican que se va en luna de miel: no atraíamos, por lo tanto, más atención que la que inevitablemente imponía la beldad peregrina de mi esposa.

Estaba el departamento del vagón casi lleno cuando salimos de Londres; y como la extrañeza de nuestras nuevas relaciones no nos permitía mantener una conversación trivial, por mutuo acuerdo íbamos Paulina y yo callados: unas cuantas palabras cariñosas en italiano fue todo lo que me decidí a decirle hasta que nos viéramos al fin solos.

En la primera estación de importancia, en que el tren se detuvo algún tiempo más que de

1 En inglés, vagón.

ordinario, logré, mediante un discreto soborno, que nos mudasen a otro departamento de un vagón cercano, protegido de intrusos por el cartelón mágico: «Ocupado». ¡Solos estábamos Paulina y yo! Tomándole la mano amorosamente[2]

—¡Mi mujer al fin! le dije con pasión: ¡mía, mía sólo, para siempre!

Su mano yacía entre las mías como abandonada e insensible. Acerqué mis labios a su mejilla. Ni la hizo estremecer mi beso, ni me lo pagó con otro suyo: lo sufrió nada más.

—¡Paulina! murmuré; ¡dime una vez «Gilberto, mi marido!».

Repitió mis palabras como un niño que aprende una lección. Desfallecí al oír aquel acento frío. ¡Ruda tarea me esperaba!

Yo no podía culpar a Paulina: ¿por qué había de amarme todavía, a mí, cuyo primer nombre oyó acaso ayer por la primera vez?[3] ¡mejor, mucho mejor, la indiferencia que el amor fingido! Sólo era mi esposa porque su tío lo había deseado. Me consolaba al menos la certeza de que no se la había obligado al matrimonio, ni, en lo que yo podía alcanzar, daba muestras de verme con disgusto. No desesperé un instante. Humilde y reverentemente tenía que solicitar su cariño, como todo hombre ha de pedirlo a la que ama. Casado ya con ella, al menos, no estaba en peor posición que cuando vivía en su misma casa, con los ojos relampagueantes de Teresa suspendidos siempre entre sus encantos y mis ojos.

Yo me haría merecedor de su ternura, pero hasta que la suya no recompensase la mía libremente, determiné no importunarla con familiaridades enojosas; y de cuantos por mi condición de esposo suyo me pertenecían, sólo un derecho usé, una vez nada más. ¡Un beso, sólo un beso, quería de ella!

—¡Oh! me hará tanto bien! pero si quieres esperar a conocerme mejor, yo no me quejaré: espera.

Se inclinó, y me besó en la frente. Rojos y encendidos eran sus labios jóvenes; pero vertieron frío en todas mis venas, pues no había en aquel beso asomo remoto de la pasión que me animaba!

Dejé escapar su mano, y sentado aún junto a ella, me dispuse a hacer cuanto pudiese agradar a la que amaba. Angustiado y sorprendido como me sentía, pude ocultarlo, y procuré con una conversación natural y amena ir averiguando con qué clase de mujer me había casado, y cuáles eran sus aficiones y deseos, su disposición, sus ideas y gustos, tratando en todo de que me mirase como a quien con ardiente voluntad emplearía su vida en hacerla venturosa.

¿En qué instante me asaltó por primera vez la idea, la idea espantosa de que ni la

---

2 En la edición príncipe, coma.
3 Se añade interrogación.

peculiaridad y rareza de nuestra situación bastaban a explicar la quietud y abandono de Paulina, de que no dependía de timidez solamente aquella dificultad que tenía yo en lograr que me hablase, e inducirla a que respondiera a mis preguntas? Me repetí mil veces cuanto podía excusarla. Estaba cansada: estaba sorprendida: sus pensamientos no podían apartarse del paso brusco y súbito con que aquella mañana había sellado su suerte, más brusco para ella que para mí, porque yo sabía al menos que la amaba. Yo también dejé al cabo de hablarle; y el tren rodaba, y horas y leguas pasaron penosas, sin que los tristes novios, sentados uno junto a otro, cambiasen una sola palabra, una sola caricia! ¡Extraña situación! ¡extraño viaje!

Y por valles y montes, desprovistos a mis ojos de toda hermosura, rodaba el tren ligero; por valles y montes, hasta que comenzó el crepúsculo a velar con su sombra el movible paisaje: y yo miraba con ojos inquietos a la apática y seductora criatura sentada a mi lado, pensando con angustia en la existencia que para ella y para mí tal vez se preparaba; mas no perdí toda esperanza, aunque el golpeo monótono de las ruedas del tren sobre los rieles, llevando el alma en aquella hora oscura a un fantástico sueño, parecía repetir sin cesar aquellas agrias palabras de la vieja Teresa: «Ni para amor ni para matrimonio está Paulina; ni para amor ni para matrimonio».

Sombría era ya la noche afuera; y al ver con qué extraña serenidad resplandecía a la luz misteriosa del vagón el puro rostro blanco de mi compañera; al observar atentamente aquella expresión que no cambiaba nunca, aquella palidez igual y hermosa, comencé a temer que estuviese envuelta en una armadura de hielo que ningún amor podría acaso deshacer. Postrado entonces, y oprimido el espíritu, caí en una especie de sopor, y lo último que de aquella amarga velada pude recordar hasta el instante en que cerré los ojos, fue que, a pesar de mi resolución, tomé aquella mano blanca, descuidada y fina entre las mías, y mientras dormí la tuve en mi mano.

¿Sueño? Sí, aquel fue sueño, si lo es lo que no es paz ni descanso! Nunca, desde la noche en que lo oí, había yo recordado con tanta claridad aquel tremendo gemido de mujer; nunca habían estado tan cerca mis sueños de la realidad del espanto que aterró aquella noche, años atrás, al pobre ciego! Gran alivio sentí cuando aquel grito tenaz subió, y siguió subiendo, hasta que al fin vino a parar en el silbido estridente con que anunció la locomotora que estábamos ya cerca de Edimburgo.

Abandoné la mano de mi esposa, y volví a mi sentido. Muy vívido debió ser aquel sueño, porque al despertar de él, el sudor me inundaba la frente.

Como nunca había estado en Edimburgo y deseaba ver algo de la ciudad, tenía hecha intención de pasar en ella dos o tres días. Sugerí esta idea durante el viaje a mi esposa, quien la

aceptó de tan descuidada manera que no parecía sino que tiempo y lugar le eran cosas punto menos que indiferentes. ¡Nada, creía yo ya, nada despertaría su interés!

Fuimos al hotel y cenamos juntos. Los que nos hubieran visto habrían podido creer que a lo sumo seríamos amigos, pues no era nuestro trato más íntimo que el que la cortesía permite a un caballero que se halla incidentalmente en relación con una señora. Paulina me daba gracias por cada una de mis pequeñas atenciones, y de esto no se excedía. El viaje había sido largo y penoso, y parecía fatigada.

—Estás cansada, Paulina, dije: ¿desearías ir a tu cuarto?

—Estoy muy cansada, me respondió casi dolorosamente.

—Hasta mañana entonces. Mañana te sentirás mejor, y saldremos a ver las cosas famosas de la ciudad.

Se puso en pie, me dio la mano, y me deseó las buenas noches. Y mientras ella se recogía en su aposento, salí yo a vagar por las calles, en que ya el gas esparcía su viva luz, recordando, lleno el corazón de pena, los sucesos de aquel extraño día.

¿Marido y mujer? ¡Amarga burla de las palabras! Porque en todo, fuera de los lazos legales, estábamos Paulina y yo tan apartados como aquel día en que la vi en Turín por la primera vez. Y, sin embargo, aquella mañana habíamos jurado amarnos y atendernos el uno al otro hasta que la muerte quisiera separarnos. ¿Por qué había obrado yo con tal aturdimiento, y creído a Ceneri bajo su palabra? ¿Por qué no había esperado hasta cerciorarme de que Paulina me quería, o por lo menos de que no estaba enteramente privada de la facultad de querer? Me helaban el corazón aquella insensibilidad e indiferencia suyas. Había cometido una torpeza irreparable: debía soportar sus consecuencias. Pero todavía esperaba; esperaba, particularmente, en lo que la luz del nuevo día pudiera hacer sentir a aquel adormecido corazón.

Anduve de un lado a otro largo tiempo, reflexionando en mi extraña posición, hasta que al fin volví al hotel y me retiré a mi aposento, que era uno de los que había reservado para nuestro uso, y quedaba al lado del de mi esposa. Alejé de mí, en cuanto me fue posible, mis esperanzas y temores, y fatigado por los acontecimientos del día dormí hasta la mañana siguiente.

No visitamos, no, los lagos, como había yo imaginado. Dos días me habían bastado para comprender toda la verdad, todo lo que me era dado saber, todo lo más que acaso llegaría yo a saber nunca sobre Paulina. Ya era clara para mí aquella frase extraña que me repetía Teresa: «Ni para querer ni para casarse está Paulina»: clara me era ya la razón por que el doctor Ceneri había estipulado que el marido de Paulina se contentase con tomarla como era, sin inquirir acerca de su vida pasada: ¡para Paulina, mi esposa, mi amor, no existía el pasado!

O, por lo menos, no existía el conocimiento del pasado. Lentamente primero, íntegra luego

y a pasos veloces vino a mí la verdad. Ya sabía yo ahora cómo explicarme la mirada enigmática y extraña de aquellos hermosos ojos; ya sabía yo ahora la causa de la indiferencia y apatía de la mujer a quien amaba. ¡bello como la aurora era su rostro; perfecto era su cuerpo como una estatua griega; apacible y suave era su voz; pero aquello que anima y cobra todos los encantos, la razón, le faltaba!

¿Cómo podré yo describirla? Locura es algo enteramente diverso de su estado; imbecilidad, menos aún: no encuentro palabra propia para pintar aquella rara condición mental. Era solamente que faltaba algo de su inteligencia, tan por entero como puede faltar del cuerpo un miembro. Memoria, salvo de sucesos comparativamente cercanos, no parecía tener ninguna. La facultad de raciocinar, comparar y deducir le estaba al parecer negada: dijérase que era incapaz de darse cuenta de la importancia o trascendencia de lo que sucedía a su alrededor. No creo que le fuese dable sentir gozo ni pena: nada, en verdad, parecía conmoverla. Ni en personas ni en lugares se fijaba, a menos que se le llamase la atención sobre ellos. Vivía como por instinto; se levantaba, comía, bebía y acostaba como si no supiera lo que hiciese. Respondía a las preguntas y observaciones que su limitada capacidad le permitía entender; pero cuando se le hacían otras más complicadas no las percibía, o fijaba por un momento sus ojos tímidos y turbados en el rostro del que le hablaba, dejándole tan curioso y sorprendido como me vi yo mismo la primera vez que observé en ella aquella inquisitiva y singular mirada.

Y, sin embargo, Paulina no estaba loca. Podía una persona pasar en su compañía horas enteras, sin que pudiera en justicia decir de ella sino que era reservada y tímida. Cuando hablaba, sus palabras eran las de una mujer enteramente cuerda; aunque por lo común sólo se oía su voz cuando las necesidades diarias de la vida lo requerían, o cuando contestaba alguna pregunta sencilla. Tal vez no erraría yo mucho si comparase su mente a la de un niño; pero ¡ay! era la mente de un niño en el cuerpo de una mujer, y aquella mujer era mi esposa!

Por lo que alcanzaba yo a observar, la vida no le producía placer ni dolor. Si estudiaba la impresión que hacían en ella los agentes físicos, veía que el frío y el calor la conmovían de una manera notable: el sol le daba deseos de salir de casa: el aire frío, de volver a ella. No era de ningún modo infeliz. La veía yo muy contenta de estar sentada a mi lado, o de andar a pie o en carruaje conmigo horas enteras sin hablarme. Parecía ser la suya una existencia completamente negativa.

Era afable y dócil: obedecía todas mis indicaciones, accedía a todos mis planes, estaba dispuesta a ir adonde me pluguiese; pero su sumisión y obediencia eran como las de un esclavo a un dueño nuevo. Me parecía que durante toda su vida había estado habituada a obedecer a alguien. Este hábito suyo fue la causa de mi engaño, de que llegara yo casi a creer que me

quería Paulina, pues no entendía que, a no ser así, consintiera en nuestro matrimonio. Ahora veía yo que su pronta obediencia a la orden de su tío fue debida a la incapacidad de su mente para oponer resistencia alguna, y entender la verdadera significación del lazo en que para toda su vida se la ataba.

¡Tal era Paulina, mi esposa! ¡Mujer[4] por su hermosura y la gracia de su persona, niña por su mente nublada, interrumpida o aturdida! ¡Y yo, su esposo, hombre fuerte y sediento de cariño, no podía obtener de ella, acaso, más que un afecto semejante al que pudiera un niño tener por su padre, o un perro por su dueño! ¿Por qué he de avergonzarme de decir que cuando conocí la verdad, la terrible verdad, me eché a llorar amarguísimamente?

¡Y yo la amaba aún, después de saberlo todo! A haber estado en mi mano, no hubiera deshecho mi matrimonio. Paulina era mi mujer, la única mujer que había hecho jamás vibrar mi amor. Yo cumpliría el sagrado juramento: yo la amaría y cuidaría de ella hasta la muerte. Su vida, al menos, sería tan venturosa como mis cuidados pudiesen hacerla. Pero al mismo tiempo me iba yo jurando que aquel diestro doctor italiano y yo, nos habíamos de ver las caras!

A él, sentía yo que era necesario que lo viese al punto. De él sólo podía yo obtener todos los detalles: yo sabría de él si Paulina había sido siempre como entonces era, si cabía alguna esperanza de que el tiempo y un método lento mejoraran un tanto su condición: yo le haría confesar, además, la razón por que me había ocultado la desgracia de Paulina. ¡Por Dios, me decía yo a mí mismo, que he de arrancar la verdad al doctor Ceneri, o que le costará caro escondérmela! Para mí no habría paz hasta no ver a Ceneri.

Dije a Paulina que era urgente nuestra inmediata vuelta a Londres. Ni mostró sorpresa, ni opuso objeción: comenzó a hacer al momento sus preparativos, y pronto estuvo lista para acompañarme. Ésta era otra peculiaridad suya que no sabía yo cómo explicarme: en todo acto mecánico, era como las demás personas; en su cuidado personal, en sus preparativos de viaje, no necesitaba la menor ayuda. El más cuerdo no hubiese hecho sino lo que hacía ella: sólo se notaba su deficiencia intelectual en los actos que requerían el ejercicio directo de la mente.

Estaba ya la mañana adelantada cuando llegamos a la estación de Euston: habíamos viajado toda la noche. Sonreí con amargura al verme de nuevo en aquel andén, pensando en el contraste entre mis tristes pensamientos y los de la dichosa mañana en que, pocos días antes, había dado la mano para subir al tren a la esposa obtenida de una manera tan extraña, augurándome, al seguir tras ella con paso ligero, una vida de perfecta ventura. ¡Cuán bella estaba, sin embargo, mi pobre Paulina, acompañándome sumisa a mi lado por el andén espacioso! ¡De qué extraña manera contrastaban su aire reposado, su distinguido y apacible rostro, su aspecto general de

4 Minúscula en la edición príncipe. Se añade signo de admiración.

indiferencia, con el animado espectáculo que por todas partes nos rodeaba, al vaciar el tren en la vasta estación su gran carga humana! ¡Oh, si me fuese dado desvanecer las nubes que envolvían su mente, y reconstruirla conforme a mi deseo!

No sabía yo al principio cómo habría de llevar adelante mis pesquisas: después de meditar en varios planes, decidí llevar a Paulina a mis antiguos cuartos en la calle Walpole: conocía yo bien a los dueños de la casa y estaba seguro de que cuidarían de Paulina afectuosamente durante mi ausencia, pues era mi intención, después de reposar unas pocas horas, partir enseguida en busca de Ceneri. Yo había anunciado desde Edimburgo a los buenos dueños de la casa de Walpole mi llegada y la de Paulina, y escrito además a mi leal Priscila rogándole que fuera a la casa a esperarnos: bien sabía yo que por serme agradable no habría atención que Priscila no tuviese con mi infeliz compañera: así pues, a Walpole fuimos.

Todo estaba ya pronto para recibirnos: en los ojos de Priscila, que saciaba en nosotros sus miradas curiosas, vi que Paulina había cautivado desde el primer momento sus simpatías. Luego que nos hubimos desayunado ligeramente, rogué a Priscila que llevase a su cuarto a mi esposa, para que reposase del viaje de la noche. Paulina se puso en pie, con su manera dócil y aniñada, y siguió a la buena vieja.

—Cuando hayas acabado de atender a Paulina, dije a Priscila, vuelve, que quiero hablarte.

No se hizo esperar por cierto. Le bullían en los labios las preguntas sobre mi inesperado matrimonio; pero la expresión de mi rostro, que revelaba claramente mi tristeza, detuvo su curiosidad. Se sentó y, conforme a mi deseo, oyó mi relación sin comentarios.

Me era forzoso confiarme a alguien. Estaba yo seguro de que Priscila guardaría bien mi secreto, por lo que le dije todo, o la mayor parte de él. Le expliqué tan bien como pude el peculiar estado mental de Paulina; le sugerí cuanto en bien suyo me permitía prever mi corto conocimiento de ella; y rogué a la criada, por el amor que me tenía, que me mirase con cariño y me guardara bien en mi ausencia a la esposa a quien amaba. Así me lo prometió sin reservas, y yo, más tranquilo, dormí en el sofá algunas horas.

Por la tarde volví a ver a Paulina. Le pregunté si sabía a dónde podía escribir a Ceneri, y movió la cabeza.

—Trata de pensar, hija mía. Apoyó en su frente las puntas de los dedos: ya había yo notado que el tratar de pensar la perturbaba siempre mucho.

—Teresa sabe, le dije para ayudarla.

—Sí, pregúntele.

—Pero ya Teresa no está con nosotros, Paulina. ¿ Puedes decirme dónde está?

Movió otra vez la cabeza, como si nada pudiese hallar en ella.

—Él me dijo que vivía en Génova, añadí: ¿sabes en qué calle?

Volvió hacia mí sus grandes ojos curiosos. Suspiré, sabiendo bien, por aquel modo de mirarme, que eran inútiles todas mis preguntas.

Pero de todos modos, a Ceneri yo lo había de encontrar. Iría a Génova: si era médico, como me había dicho, forzosamente lo conocerían en la ciudad; si en Génova no podía dar con él, iría a Turín. Tomé la mano de mi esposa.

—Voy a estar fuera por unos cuantos días, Paulina: tú estarás aquí hasta que yo vuelva. Todos te tratarán bien; Priscila te dará todo lo que quieras.

—Sí, Gilberto, me dijo con su voz siempre suave. Yo la había enseñado a que me llamase Gilberto.

Di algunas instrucciones más a Priscila, y emprendí viaje. Al ponerse en camino el carruaje que me llevaba de casa a la estación, miré hacia la ventana del cuarto en que había dejado a Paulina: ¡allí estaba mirándome, y se me llenó el alma de alegría, porque me pareció que sus ojos estaban tristes, como los de alguien que ve partir a uno a quien quiere! Puede haber sido exageración de mi deseo; pero como hasta entonces nunca había visto yo expresión en ellos, aquella mirada en los ojos de Paulina fue un precioso caudal para mi viaje.

¡Y ahora, a Génova, a verme cara a cara con Ceneri!

CAPÍTULO VI

RESPUESTAS DESCONSOLADORAS

A todo vapor seguí hasta Génova, donde comencé al punto mis pesquisas para hallar a Ceneri, en la esperanza de dar con él sin gran dificultad. Me había dicho que ejercía en Génova su profesión, de manera que en la ciudad debía ser conocido. Pero quiso desorientarme, o me engañó. Día sobre día anduve del alba a media noche por todas partes buscándolo: en los barrios ricos como en los pobres inquirí: no había un genovés que supiese de semejante hombre. No hubo médico en la ciudad a quien yo no visitase: ninguno de ellos conocía al doctor Ceneri. Me convencí al fin de que había usado de un nombre ficticio, o de que no vivía en Génova, pues por oscuro médico que fuese, algún otro médico de la ciudad hubiera, a la fuerza, debido conocerlo. Decidí ir a Turín y tentar allí fortuna.

Era la víspera ya de mi partida. Andaba yo dando vueltas por las calles, lleno el corazón de pena, e intentando persuadirme de que en Turín me cabría mejor suerte, cuando me fijé en un hombre que a paso perezoso bajaba la calle por la acera opuesta. Ni su rostro ni su andar me parecieron nuevos, y crucé la calle para verle mejor. Como llevaba el traje obligado de los viajeros ingleses, pensé que era uno de ellos, y que me había equivocado. Mas no me equivocaba: a pesar de su traje inglés, lo reconocí en cuanto estuve cerca de él. Era aquel fanfarrón con quien Kenyon se había trabado de palabras a la salida de San Giovanni, el que nos había tenido a mal que mirásemos a Paulina con tanta insistencia, el que había desaparecido por una calle vecina del brazo de Ceneri.

No era para perdida semejante ocasión: él, por lo menos, sabría dónde podría yo hallar a Ceneri. Fiando en que su memoria de fisonomías no era acaso tan segura como la mía propia, y en que mi presencia no le haría recordar la escena de San Giovanni, me acerqué a él, y, descubriéndome atentamente, le pedí que me favoreciese con algunos instantes de conversación.

Yo le hablaba en inglés. Echó sobre mí una mirada penetrante y rápida, respondió a mi saludo, y, hablándome en mi propia lengua, se puso a mi servicio.

—Estoy tratando de hallar la dirección de un caballero que, según entiendo, vive en Génova: Ud. tal vez pueda ayudarme.

Se echó a reír.

—Le ayudaré si me es posible; pero yo soy inglés lo mismo que Ud., y como conozco aquí a muy poca gente, temo que no le podré servir de mucho.

—La persona a quien deseo vivamente hallar es un doctor Ceneri. Todo me dijo al instante que había reconocido el nombre: su movimiento de sorpresa al oírme; la mirada, poco menos que temerosa, que fijó al punto en mí. Pero un segundo le bastó para disimular sus impresiones.

—No recuerdo a nadie de ese nombre. Siento no poder ayudar a Ud.

—Pero, le dije, esta vez en italiano, yo lo he visto a Ud. en compañía del doctor Ceneri.

—Digo, me replicó en tono petulante, que no conozco a nadie de ese nombre. Para servir a Ud. Se llevó la mano al sombrero y siguió andando.

No había yo de dejarlo ir, por cierto, de aquella manera. Aligeré el paso, y me uní a él.

—Debo rogar a Ud. que me diga dónde puedo hallarle. Tengo que hablarle de un asunto de importancia: es inútil que me niegue Ud. que es amigo de él.

Pareció dudar, y se detuvo.

—Es extraña la tenacidad de Ud. señor. ¿Querría Ud. decirme en qué se funda para creer que soy amigo de la persona a quien busca?

—Le he visto a Ud. en la calle de brazo con él.

—¿Puedo saber dónde?

—En Turín, la primavera pasada: a la salida de San Giovanni.

Me miró entonces con mayor atención.

—Sí, ahora lo recuerdo a Ud. Ud. fue uno de los jóvenes que insultaron allí a una señora, y a quienes juré castigar.

—No hubo allí insulto alguno; pero aunque lo hubiese habido, pudiera ser que ya estuviese reparado.

—¿Que no hubo insulto? Por menos de lo que me dijo allí su amigo de usted he matado yo a un hombre.

—Se servirá Ud. recordar que yo nada dije; pero eso importa poco. Deseo ver al doctor Ceneri sobre asuntos de su sobrina Paulina.

El rostro de aquel hombre se llenó de asombro.

—¿Qué tiene Ud. que hacer con su sobrina? me preguntó ásperamente.

—Eso lo sabremos él y yo: dígame Ud. ahora dónde puedo hallarlo.

—¿Cómo se llama Ud.? me preguntó en voz breve.

—Gilberto Vaughan.

—¿Quién es Ud.?

—Un caballero inglés: nada más.

Meditó durante unos segundos.

—Puedo llevar a Ud. a casa de Ceneri, dijo, pero antes necesito saber para qué lo busca Ud.,

y por qué ha usado usted el nombre de Paulina. La calle no es buen lugar de hablar: vamos a otra parte.

Lo llevé a mi hotel, a un cuarto donde podíamos hablar cómodamente.

—Ahora, Mr. Vaughan, responda Ud. a mi pregunta, para que vea yo en qué puedo ayudarlo. ¿Qué tiene que hacer Paulina March en este asunto?

—Paulina March es mi esposa.

De un salto se puso en pie. Un terrible juramento en italiano salió de sus labios contraídos. Su rostro estaba pálido de rabia.

—¡Esposa de Ud.! gritó. Ud. miente: dígame que miente.

Me levanté, tan airado como él, pero más dueño de mí.

—He dicho a Ud., señor, que soy un caballero inglés. O me pide Ud. excusas por sus palabras, o por el cuello le hago a Ud. salir del cuarto.

Pareció batallar con su ira, y sofocarla.

—Le pido a Ud. excusas: he hecho mal. ¿Lo sabe Ceneri?, me preguntó en su tono rápido.

—Ciertamente: él asistió a nuestra boda.

Una vez más pareció dominado enteramente por la ira. *¡Traditore!*[5] le oí decir varias veces con fiereza, como si sólo las maldiciones de su propia lengua le pareciesen bastante vigorosas: *¡Ingannatore!*[6] Y se volvió a mí con el rostro domado y compuesto.

—Si eso es así, no tengo más que hacer que congratular a Ud., Mr. Vaughan. Su fortuna es envidiable. Su esposa es bella, y por supuesto, buena. Ud. hallará en ella una compañera encantadora.

Mucho hubiera yo dado por saber la razón de que la noticia de mi matrimonio levantase en él tal tormenta de cólera; pero más hubiese dado todavía por poder llevar a cabo mi amenaza de sacarle del cuarto por el cuello. El tono de sus últimas palabras me indicaba que el estado mental de Paulina le era conocido. A duras penas sujetaba yo mis manos, muy ganosas de ejercitarse sobre aquel atrevido; pero la idea de que sin su ayuda no podría dar con Ceneri me forzaba a contener mi cólera.

—Gracias, dije tranquilamente: espero que me dé Ud. ahora los informes que necesito.

—No es Ud. un recién casado muy atento, Mr. Vaughan, me dijo en tono zumbón el atrevido. Su matrimonio ha debido ser reciente, pues me dice Ud. que Ceneri asistió a él. Supongo que serán negocios muy importantes los que han logrado arrancar a Ud. tan pronto del lado de su esposa.

5 En italiano, traidor.
6 En italiano, engañador.

—Son negocios importantes.

—Temo entonces que tenga Ud. que esperar algunos días. Ceneri no está en Génova; pero creo que llegará dentro de una semana. Lo veré, y le diré que Ud. está aquí.

—Si Ud. me dice dónde puedo hallarlo, yo le iré a ver. Necesito hablar con él.

—Supongo que eso será como el doctor elija. No puedo hacer más que decirle lo que Ud. desea.

Saludó, y salió. Comprendí que todavía era dudoso que pudiera yo ver al extraño doctor: todo dependía de que él quisiese permitirlo. Podía volver a Génova y salir de ella sin que yo lo supiese, a menos que su amigo o él me lo participaran.

Una ansiosa semana pasé en estas esperas, y ya comenzaba a dar por cierto que Ceneri no quería ponerse en mi camino, cuando una mañana recibí una carta, que contenía estas palabras solamente: «Ud. desea verme: a las once irá a buscar a usted un carruaje. M. C».

A las once estaba a la puerta del hotel un carruaje de alquiler, y el cochero preguntaba por Mr. Vaughan. Sin decir una palabra entré en el coche, que me llevó a una casa pequeña en las afueras. Me indicaron un aposento, y allí encontré al doctor sentado a una mesa cubierta de periódicos y cartas. Se puso en pie al verme, y estrechándome la mano, me ofrecía asiento.

—¿Me dicen que Ud. ha venido a Génova para verme, Mr. Vaughan?

—Sí: deseaba hacer a Ud. algunas preguntas respecto a mi esposa.

—Responderé a todas las que pueda; pero habrá muchas que indudablemente tendré que dejar sin responder. ¿ Ud. recuerda la condición que impuse?

—Sí; pero ¿por qué me ocultó Ud. el estado mental de mi esposa?

—Ud. había hablado ya con ella varias veces. Lo mismo estaba ella cuando me la pedía Ud. en matrimonio que cuando la halló Ud. tan seductora. Siento que se hubiese engañado Ud. mismo.

—Pero ¿por qué no me lo dijo Ud. todo? Así no hubiera yo podido quejarme de nadie.

—Tenía muchas razones para callar, Mr Vaughan. Paulina era para mí una gran responsabilidad: soy pobre, y me ocasionaba grandes gastos. Pero, después de todo, no veo que sea tan grave el caso. Ella es bella, afable y buena, y será para Ud. una esposa amante.

—Lo que Ud. deseaba era verse libre de ella.

—No puedo decir que lo desease. Por razones que no me es dado explicar a Ud., me alegraba de casarla con un inglés en buena posición.

—¿Sin pensar en las torturas del inglés cuando conociese que la mujer a quien amaba era poco más que una niña?

No cuidaba yo de ocultar al doctor mi indignación; pero Ceneri no parecía fijarse en ella, y

conservaba toda su calma.

—Hay otra cosa que tener en cuenta. El caso de Paulina, en mi opinión, está lejos de ser desesperado; y la verdad es que yo siempre he creído muy probable que el matrimonio contribuyese mucho a reponerla. La inteligencia le falta indudablemente en cierto grado; pero creo que poco a poco podrá ser reconstruida, o que le vuelva tan súbitamente como la perdió.

Conmovieron gratamente mi corazón estas palabras de esperanza. Grande era la crueldad con que me habían tratado; mero juguete había sido yo de planes egoístas; mas todo estaba dispuesto a llevarlo con placer si había todavía en aquella desgracia alguna esperanza para mí.

—¿Pero Ud. me dará todos los detalles de la condición de mi pobre mujer? ¿Ella no ha estado siempre como está hoy?

—Cierto que no. Su caso es sumamente extraño. Hace algunos años experimentó una emoción extraordinaria; sufrió de repente una gran pérdida, y despertó del choque con la memoria de todo su pasado borrada por completo de su mente. Una página en blanco era su memoria cuando se levantó después de una enfermedad de algunas semanas. Todo lo había olvidado: lugares y amigos. Podía decirse de su inteligencia, como Ud. dice, que era la inteligencia de un niño. Pero la mente de un niño se desarrolla, y si se la trata con cordura, la suya también se desarrollará.

—¿Pero la causa de su enfermedad? ¿cuál fue la causa?

—Ésa es una de las preguntas que no puedo responder.

—Pero yo tengo derecho a saberlo.

—Ud. tiene derecho a preguntar, y yo a negarme a responderle.

—Hábleme de su familia, de sus parientes.

—No creo que tenga más parientes que yo.

Otras preguntas le hice, mas no me contestó cosa que merezca ser citada. Iba a volverme por lo visto a Inglaterra en la misma ignorancia en que salí de ella; pero hubo una pregunta que insistí en ver respondida claramente.

—¿Qué tiene que hacer con Paulina ese amigo de Ud., ese italiano que habla inglés?

Ceneri se encogió de hombros y sonrió.

—¡Macari!: no me es posible por fin contestar alguna pregunta de Ud. sin rodeos. Uno o dos años antes que la razón de Paulina se alterase, Macari se suponía enamorado de ella: ahora está lleno de ira porque he permitido que se casase con otro. Dice que sólo estaba esperando que Paulina volviese a la razón para hacerse querer de ella.

—¿Y no hubiera él servido a los propósitos de Ud. lo mismo que parece los he servido yo?

Ceneri clavó en mí su mirada.

—¿Lo lamenta Ud., Mr. Vaughan?

—No; no, si hay la más ligera esperanza de curación. Pero Ud. me ha engañado vergonzosamente, doctor Ceneri.

Me puse en pie para despedirme. Ceneri entonces me habló en tono más sentido que el que hasta entonces había usado.

—Mr. Vaughan, no me juzgue Ud. con mucha dureza. He obrado mal con Ud., lo confieso. Hay cosas de que Ud. no sabe nada. Yo necesito decir a Ud. más de lo que intentaba decirle. La tentación de colocar a Paulina en una posición de comodidad y riqueza fue irresistible para mí. Yo le soy deudor de una gran suma. La fortuna de Paulina llegaba a cincuenta mil libras. Y yo lo he gastado todo, todo.

—¿Y se atreve Ud. a decirlo? dije amargamente.

—Sí, me atrevo a decirlo, dijo, extendiendo el brazo con ademán noble: lo he gastado todo por la libertad de Italia. La fortuna estaba en mis manos como tutor de Paulina; y yo, que para libertar a Italia hubiera robado a mi propio padre y a mi propio hijo ¿cómo había de dudar en robarle a ella? ¡El menor centavo fue consagrado a la gran causa, y bien gastado!

—Pero robar a una huérfana es una acción criminal.

—Llámela Ud. como quiera. Era indispensable obtener dinero: ¿por qué no había yo de sacrificar sin vacilación mi honor por mi país, lo mismo que hubiera sacrificado por él mi vida?

—Es inútil hablar de esto: el asunto está terminado.

—Sí; pero hago a Ud. esta confesión para que comprenda por qué deseaba yo un hogar para Paulina. Además, Mr. Vaughan,—y aquí bajó la voz de modo que apenas se le oía,—yo estaba ansioso de obtener para ella ese hogar sin demora. Voy a partir para un viaje, del cual ni sé el fin, ni la manera de volver. Dudo mucho que me hubiera decidido a ver a Ud., a no ser por esto: pero lo probable es que no nos volvamos a ver jamás.

—¿Quiere Ud. decir que está comprometido en alguna conspiración?

—Quiero decir lo que he dicho; ni más, ni menos. Ahora, adiós.

Airado como estaba contra aquel hombre, no pude resistirme a estrechar la mano que me tendía.

—Adiós, repitió. Puede ser que escriba a Ud. dentro de uno o dos años, y le pregunte si mis predicciones respecto a Paulina se han realizado; pero ni se moleste en buscarme, ni intente saber de mí si no le escribo.

Así nos separamos. El mismo carruaje que me trajo, me llevó al hotel. En el camino alcancé a ver al hombre a quien Ceneri había llamado Macari. Dijo al cochero que se detuviese, entró en el coche, y se sentó a mi lado.

—¿Ha visto Ud. al doctor, Mr. Vaughan?

—Vengo de verlo.

—¿Y ha averiguado Ud. todo lo que deseaba, no?

—Ha respondido a muchas de mis preguntas.

—Pero no a todas: ¡Ceneri no respondería a todas!

Se echó a reír, con su risa cínica y burlona. Yo callaba.

—Si Ud. me hubiese preguntado a mí, continuó, yo podría haberle dicho más que Ceneri.

—He venido a preguntar al doctor Ceneri todo lo que pudiera decirme sobre el estado mental de mi esposa, que creo conoce Ud. Si Ud. puede decirme algo que me sea útil, le ruego que hable.

—¿Le preguntó Ud. cuál fue la causa del trastorno de Paulina?

—Sí, me dijo que una gran emoción.

—Ud. le preguntó sin duda cuál fue la emoción; ¿pero eso no se lo dijo?

—No. Supongo que tiene sus razones para callarlo.

—¡Oh, sí! excelentes razones, razones de familia!

—¿Podría Ud. revelarme algo más?

—No aquí, Mr. Vaughan. El doctor y yo somos amigos: lo buscaría Ud. después para castigarlo, y sobre mí caería la culpa. Supongo que Ud. vuelve a Inglaterra.

—Sí; enseguida.

—Déme sus señas, y tal vez le escriba; o mejor aún, si me inclino a ser franco, visitaré a Ud. cuando esté de vuelta en Londres; y presentaré al mismo tiempo mis respetos a Mrs. Vaughan.

Tan deseoso estaba yo de llegar a la verdad de aquel misterio que le di mi tarjeta. Detuvo el carruaje, y se apeó. Levantó su sombrero, y vi en sus ojos una expresión de maligno triunfo.

—Adiós, Mr. Vaughan. Tal vez, después de todo, debe Ud. ser felicitado por haberse casado con una mujer cuyo pasado es imposible descubrir.

Con esta saeta final, una saeta que se clavó en lo más hondo de mí y quedó vibrando, se alejó Macari. Bien hizo en irse, antes de que le hubiera echado mano a la garganta y arrancado por ella la explicación de sus últimas palabras.

Ansioso de volver a ver a mi pobre Paulina, a toda prisa salí para Inglaterra.

CAPÍTULO VII

PARENTESCO SOMBRÍO

Sí, se alegró al verme. De aquel incierto modo suyo me dio la bienvenida. Mi gran temor, el temor de que me hubiese olvidado enteramente en mi corta ausencia, no tenía fundamento. Me conoció y se alegró de verme, ¡pobre Paulina mía! ¡Si me fuese dable volver otra vez al camino de la razón sus errantes sentidos!

Meses y meses pasaron sin que ocurriese nada de importancia. Si, como pensaba Ceneri, Paulina recobraría gradualmente la razón: ¡ay! ¡mucho había de tardar en recobrarla! A veces la creía mejor, y peor a veces, cuando lo cierto era que apenas había en ella cambio alguno. Hora sobre hora pasaba sentada, en completa apatía, sin hablar más que cuando se le hablaba, pero dispuesta a ir conmigo adonde quisiese yo llevarla, y hacer cuanto yo le indicase, siempre que le expresara mi deseo en palabras que ella pudiese comprender: ¡triste Paulina!

Los mejores especialistas de Inglaterra la han visto. Todos me dicen lo mismo. Puede curar; pero todos creen que la cura sería mucho más hacedera si se conociesen las circunstancias exactas del suceso que había enajenado su razón. Y éstas, dudaba yo que me fuese dable conocerlas nunca!

Porque Ceneri no da señal de sí; ni Macari me ha enviado las noticias ofrecidas, que en verdad más temo que deseo, recordando sus últimas palabras. Teresa, que hubiera podido aclarar algo aquella situación, ha desaparecido. Debí haber preguntado al doctor dónde podía hallarla, aunque de seguro se hubiera negado a decírmelo. Así corren los días pesarosos: sólo me es dado procurar, con la ayuda de la buena Priscila, que nada falte al bienestar de la infortunada criatura. Acaso el tiempo y el cuidado devuelvan por fin la luz a su juicio.

Todavía estamos en la calle Walpole. Mi intención había sido comprar una casa y amueblarla; pero ¿para qué? Paulina no podía cuidar de ella, alhajarla a su gusto, complacerse en ella. En nuestras antiguas habitaciones nos quedamos, y allí llevo una vida de anacoreta.

No veo a mis amigos, que con razón me censuran porque he abandonado todas mis antiguas relaciones. Algunos que han visto ya a Paulina, atribuyen a celos mi aislamiento; otros, a otras causas; pero no me parece que nadie conozca aún la verdad.

Ocasiones hay en que no puedo soportar mi pena, ocasiones en que deseo que Kenyon no me hubiese hecho entrar en aquella iglesia de Turín; pero otra vez siento que, a despecho de todo, mi amor por mi esposa, infortunado como es, me ha hecho mejor, y hasta más feliz. Horas enteras puedo estar contemplando su amable rostro, aunque sea como pudiera

contemplar un cuadro o una estatua. Hago por imaginármelo resplandeciente de vida e inteligencia, tal como fue sin duda en otro tiempo. Ansío saber qué extraño acontecimiento pudo velar así las claridades de su mente; y las horas se llevan consigo mis plegarias porque de su razón se desvanezcan las nubes que me la ocultan, y pueda leer en sus ojos algún día que entiende mi ternura y me la premia.

Un triste consuelo tengo: sea cualquiera el efecto que mi matrimonio haya podido hacer sobre mi vida, no ha empeorado con él la suerte de mi esposa. Estoy seguro de que su existencia es ahora más agradable que cuando vivía sujeta a aquella áspera vieja italiana. Priscila la quiere y me la mima como a un niño; y yo... yo hago por mi parte cuanto sospecho que puede causarle el placer que es ella capaz de sentir. Parece algunas veces, no todas, que aprecia mis esfuerzos; y una o dos ocasiones ha tomado mi mano y la ha llevado a sus labios, como para demostrar gratitud. Está empezando a quererme como puede querer a un padre un hijo, como una débil y desvalida criatura puede querer al que la acoge y ampara. Pobre recompensa es ésta; pero pobre como es, la tengo en mucho.

Así pasan en nuestro hogar tranquilo los días y los meses, hasta que el invierno sombrío acaba, y enseñan ya sus botones las acacias y las lilas que en los suburbios de Londres adornan el frente de las casas.

Por fortuna mía soy dado a leer. No me parece que tendría color la vida sin este gusto por los libros. No tengo valor para dejar sola a Paulina y procurar distraerme lejos de ella. Empleo muchas horas del día leyendo y estudiando, cerca de mi esposa, sentada en la misma habitación, silenciosa como siempre, a menos que yo no le pregunte algo que la obligue a hablar.

Es para mí un verdadero motivo de pesar el estar forzado, como casi por completo estoy, a no oír los sonidos consoladores de la música. Advertí pronto que todo género de música agitaba a Paulina desagradablemente. Las notas, que a mí me calman, a ella parecían irritarla y sacarla de sí; de manera que a menos que Paulina no haya salido a alguna parte con Priscila, mi piano está siempre cerrado, y cerca de él sin empleo los libros de música. Sólo los que la aman pueden entender lo que es verse privado de ella.

Una mañana en que estaba yo solo vinieron a decirme que deseaba verme un caballero. No dio su nombre a la criada; pero le encargó me dijese que venía de Génova. No podía ser más que Macari. Mi primer impulso fue hacer decir que no lo recibiría. Una y otra vez, desde nuestra última entrevista, habían vuelto a mi memoria aquellas palabras suyas que indicaban algo en la vida pasada de Paulina que interesaba a su tío ocultar; pero cuantas veces había pensado en ellas, decidí que eran solamente la insinuación maliciosa de un pretendiente

burlado, que no habiendo podido lograr para sí la mujer a quien apetecía deseaba encender las sospechas y envenenar la vida de su rival triunfante. No temía yo nada que pudiese decir en agravio de mi esposa; pero, como me desagradaba aquel hombre, vacilé antes de decidirme a recibirlo.

Macari era, sin embargo, para mí el único lazo que existía entre Paulina y su pasado. A Ceneri, estaba yo seguro de que no volvería a verlo jamás; aquel hombre era, pues, el único de quien me fuese posible todavía saber algo respecto a la vida de mi esposa; el único que podía acaso estimular con su presencia aquella pobre memoria entorpecida, y sugerir, aunque fuera vagamente, a su nublado juicio escenas y sucesos en que Paulina debía haber tenido parte. Esto me determinó a recibir a Macari, y a hacer que se encontrasen él y Paulina frente a frente. Si él lo deseaba, le permitiría que le hablase de los días para ella desconocidos, hasta de su mismo amor pasado le permitiría que le hablase; de cuanto pudiera, en fin, ayudarla a recoger los hilos perdidos de su memoria.

Entró Macari en mi aposento, y me saludó con una cordialidad que bien sabía yo no era sincera.

A despecho de la alegría aparente con que me apretó la mano, sentí que venía decidido a hacerme mal. ¿Qué me importaba a mí lo que él se hubiese prometido al venir a verme? Para un objeto lo necesitaba: ¿qué me importaba, digo, una vez hecho este propósito, el instrumento que me servía para lograrlo, siempre que lo tuviera yo de modo que no se me volviese contra mí en las manos? De esto ya cuidaría yo bien.

Respondí a su saludo con cordialidad poco menos expresiva que la suya propia. Le rogué que se sentase, y pedí vino y tabacos, como cuando se quiere obsequiar a un buen amigo.

—Ya ve Ud. que le he cumplido mi promesa, Mr. Vaughan, dijo sonriendo.

—Estaba seguro de que Ud. la cumpliría. ¿Hace mucho que volvió Ud. a Inglaterra?

—Unos dos días nada más.

—¿Cuánto tiempo piensa Ud. quedarse?

—Hasta que me necesiten afuera. No han salido las cosas como deseábamos. Tengo que esperar aquí a que cese el nublado.

Le miré como si le preguntase con interés lo que quería decirme.

—Yo creía que Ud. sabría mi ocupación, dijo.

—Supongo que es Ud. un conspirador: no uso la palabra en mal sentido; pero es la única que se me ocurre.

—Sí, conspirador, regenerador, apóstol de la libertad: como Ud. quiera.

—Pero ya hace años que es libre su país.

—Hay otros países que todavía no son libres: yo trabajo para ellos. Nuestro pobre amigo Ceneri trabajaba para ellos también; pero ya él ha acabado su tarea.

—¿Ha muerto? pregunté sorprendido.

—Para todos nosotros ha muerto. No puedo dar a Ud. detalles. Algunas semanas después de la salida de Ud. de Génova prendieron a Ceneri en San Petersburgo, y lo han tenido en la fortaleza mucho tiempo esperando su sentencia. Ya me dicen que al fin lo han condenado.

—¿Condenado a qué?

—A lo de siempre. Allá va nuestro pobre amigo camino de Siberia, sentenciado a veinte años de trabajo forzado en las minas.

Aunque no sentía yo muy vivo cariño por Ceneri, me estremecí al oír su desdicha.

—¿Y Ud. se escapó? dije.

—Naturalmente; si no, no estaría aquí ahora regalándome con su excelente tabaco y gustando de este rico vino.

Me parecía odiosa aquella indiferencia con que hablaba de la desventura de su amigo. Si a mí me causaba espanto la idea de los tormentos que aguardaban a aquel infeliz en las minas de Siberia ¿qué no debía causar a su compañero de conspiración?

—Ahora, Mr. Vaughan, Ud. me permitirá que le hable de negocios. Temo que le sorprenda.

—Aguardo lo que Ud. tenga que decirme.

—Antes de todo, necesito preguntar a Ud. lo que Ceneri le ha dicho de mí.

—Me ha dicho el nombre de Ud.

—¿No le ha dicho nada de mi familia? ¿Por supuesto que no le dijo a Ud. mi verdadero nombre, así como tampoco le dijo el suyo? ¿No le dijo a Ud. que mi nombre era March, y que Paulina y yo somos hermanos?

Me asombró semejante revelación. Advertido por Ceneri de que aquel hombre había estado enamorado de Paulina, ni por un instante creí lo que me decía; pero me pareció más cauto oír todo su cuento, por lo que le repliqué sencillamente:

—No; no me lo dijo.

—Entonces, diré a Ud. mi historia brevemente. A mí me conocen fuera de Inglaterra por varios nombres; pero el mío verdadero es Antonio March. Nuestro padre se casó con la hermana del doctor Ceneri; pero murió joven, y legó a su mujer toda su fortuna, que era grande. Nuestra madre murió poco después, y dejó a su vez toda su riqueza en manos de Ceneri, como tutor de Paulina y mío. ¿Ud. sabe en qué vino a parar aquella fortuna, Mr. Vaughan?

—El doctor Ceneri me lo dijo, contesté, sorprendido a mi pesar de la exactitud con que me

hablaba del suceso.

—Sabe Ud., pues, que fue gastada por la libertad de Italia. Nuestro dinero mantuvo en la guerra mucha camisa roja, y armó a mucho buen italiano. Ceneri empleó de ese modo toda nuestra riqueza. Jamás se lo he tenido a mal: cuando supe en qué la había empleado, lo perdoné con toda mi alma.

—No hablemos, pues, más de eso, le dije.

—No: no veo yo las cosas de esa manera: vengo a que hablemos de eso. El gobierno de Víctor Manuel está ahora firmemente establecido: Italia es libre, y cada año más rica. Mi idea, Mr. Vaughan, es ésta: yo creo que si expone el caso ante el rey, algo puede conseguirse: creo que si yo, y Ud. en nombre de su esposa, hiciésemos saber que el uso de nuestra fortuna por Ceneri en trabajos patrióticos nos ha dejado en la pobreza, nos sería devuelta con placer una gran parte de nuestra riqueza, si no toda. Ud. debe tener amigos en Inglaterra que podrían recomendar el caso al rey: yo tengo amigos en Italia: Garibaldi, por ejemplo, declararía la suma puesta en sus manos por el doctor Ceneri.

Ni aquella historia parecía falsa, ni el plan era enteramente visionario. Ya comenzaba yo a pensar que pudiera ser muy bien Macari hermano de mi esposa, y que Ceneri, con algún propósito suyo, me había ocultado el parentesco.

—Pero yo tengo suficiente dinero, le dije.

—Pero yo no tengo, replicó echándose a reír, con una risa natural y franca. Creo que por el interés de su mujer debía Ud. unirse conmigo en este asunto.

—Necesito algún tiempo para meditarlo.

—¡Oh por supuesto: yo no tengo prisa. Mientras tanto haré poner en orden mi solicitud y mis documentos. ¿Podría yo ver ahora a mi hermana?

—Debe llegar de un instante a otro. Si Ud. la espera...

—¿Y está mejor, Mr. Vaughan?

Sacudí la cabeza tristemente.

—¡Pobrecilla! Temo entonces que no me reconozca. Hemos estado juntos muy pocas veces desde que éramos niños. Yo soy, por supuesto, de mucha más edad que ella, y desde que tengo diez y ocho años he estado conspirando y peleando. En esta vida se aflojan mucho los lazos domésticos.

Estaba yo aún lejos de confiar en aquel hombre; y todavía quedaban además por explicar las palabras con que se despidió de mí en nuestra última entrevista.

—Mr. Macari... dije.

—Perdón. March es mi nombre.

—Bien, Mr. March: debo preguntar a Ud. ahora los detalles del acontecimiento que alteró la razón de mi esposa.

Tomó su rostro una expresión grave.

—No puedo decírselos ahora. Algún día podré.

—Me explicará Ud. por lo menos sus últimas palabras cuando nos despedimos en Génova.

—Pido a Ud. excusa por ellas, porque sé que dije a Ud. entonces algo impensado e inconveniente; pero como lo he olvidado, no podría ahora explicárselo.

Nada dije, inseguro aún de las intenciones de aquel hombre para conmigo. ¿Era aquél verdaderamente hermano de Paulina? ¿Jugaba aquel hombre conmigo una partida osada?

—Lo que sí recuerdo, continuó, es que me puso fuera de mí la noticia del casamiento de Paulina. Jamás debió haberlo permitido Ceneri en el estado de su mente; y además, Mr. Vaughan, yo me había hecho la idea de que se casara con un italiano. Si hubiese vuelto a la razón, todo mi sueño era que su hermosura le conquistase un marido del más alto rango.

Sofoqué mi respuesta al ver entrar en aquel momento a Paulina. Era grande mi ansiedad de ver el efecto que la aparición del que se llamaba su hermano haría sobre ella.

Macari se levantó y salió a su encuentro.

—Paulina, dijo, ¿te acuerdas de mí?

Ella fijó en él sus ojos curiosos y como asombrados, pero movió la cabeza como una persona que duda. Él la tomó de la mano. Observé que pareció apartarse de él instintivamente.

—¡Pobre, pobre criatura! exclamó Macari. Esto es peor de lo que yo esperaba, Mr. Vaughan. Paulina, hace mucho tiempo que no nos vemos; pero tú no puedes haberte olvidado de mí.

Los ojos grandes e inquietos de mi pobre compañera no se desviaban del rostro de Macari; mas no dio señal alguna de reconocerlo.

—Trata, Paulina, trata de recordar quién es.

Se pasó la mano por la frente, y volvió a sacudir la cabeza: *Non me ricordo*,[7] dijo en voz baja; y como si el esfuerzo mental la hubiese extenuado, se dejó caer sobre una silla, suspirando.

Me llenó de alegría oírla hablar en italiano. Rara vez usaba de esta lengua, a menos que no se viese obligada a ello. El hecho de que la emplease en aquel momento me demostró que, de alguna vaga manera, relacionaba en su mente al visitante con Italia. Aquél fue para mí un rayo de esperanza.

Otra cosa también observé. He dicho ya que era muy raro que Paulina levantase los ojos

7 En italiano, no me acuerdo.

para mirar a nadie faz a faz; pero esta vez, durante todo el tiempo que Macari estuvo en el cuarto, Paulina no apartó un solo momento los ojos de él. Macari se había sentado cerca de ella, y después de decirle algunas palabras más, siguió hablando exclusivamente conmigo. Durante todo aquel tiempo pude notar cómo Paulina lo observaba con una mirada ansiosa e inquieta; momentos hubo, en verdad, en que casi me persuadí de que había en sus ojos una expresión de miedo. ¡Oh! ¡miedo, odio, inquietud, hasta amor mismo expresaran sus ojos en buen hora, con tal de que me fuese dado ver en ellos la luz de la razón! Comencé a pensar en que si Paulina había de recobrar el juicio, por medio de mi visitante habría de ser; de modo que cuando se despidió de mí le urgí, sin disimulo alguno, a que volviese a vernos pronto, el día siguiente si podía. Me lo prometió sin esfuerzo, y por aquel día nos separamos. Sólo me era dable esperar que estuviese tan satisfecho del resultado de nuestra entrevista como yo mismo.

Quedó Paulina después de la visita de Macari visiblemente inquieta. Varias veces la sorprendí oprimiéndose la frente con la mano. Parecía como si no pudiese estar tranquila en su asiento. Iba y venía de su silla a la ventana, y miraba a la calle de uno y otro lado. Yo no me fijaba en aquellos movimientos, aunque una o dos veces la vi volver hacia mí los ojos con una mirada que imploraba y gemía. Creía yo que en su mente confusa estaba batallando por salir afuera algún recuerdo de los tiempos pasados, evocado por la presencia de Macari; y anhelaba que llegase el día siguiente, en que me había ofrecido venir de nuevo. Aquel hombre se prometía sacar algún provecho de mí, de modo que estaba seguro de volver a verle.

Vino el día siguiente, y el otro, y otros muchos días. Estaba visiblemente determinado a captarse mi buena voluntad. Hizo cuanto pudo por serme agradable, y la verdad es que en aquellas circunstancias era un excelente compañero. Sabía, o aparentaba saber, las interioridades de cuanta tentativa o acontecimiento importante había habido en la política de Europa en diez años atrás; y sus relaciones abundaban en anécdotas nuevas y en lances singulares. Él había peleado a las órdenes de Garibaldi durante toda la campaña italiana. Él había conocido las prisiones sombrías, y escapado de la muerte varias veces por modos maravillosos. Yo no tenía razón para dudar de la verdad de sus narraciones, aunque el hombre en sí no me inspirase confianza. Por muy afable que hiciera ahora su sonrisa, por muy franca y natural que fuese su manera de reír, yo no podía olvidar la expresión que había visto una vez en aquel rostro, ni sus palabras y ademanes de otras ocasiones.

Cuidé de que Paulina asistiera siempre a nuestras entrevistas. Era el único deseo mío a que la pobre niña hubiese mostrado siquiera la muda tentación de resistir. Jamás hablaba delante de Macari; pero no separaba los ojos de su rostro mientras estaba cerca de él. Parecía como si aquel hombre ejerciera sobre ella una especie de fascinación. Cuando Macari entraba en el

aposento, la oía yo suspirar; y respiraba libremente, como aliviada de una pesadumbre, cuando lo veía salir. Cada día la notaba yo más inquieta, y como menos venturosa. Me dolía el corazón por causarle aquel pesar; pero tenía decidido seguir por aquel camino a toda costa. La crisis de su vida estaba cerca.

Una noche, después de comer, estábamos Macari y yo, como de costumbre, gustando nuestro vino, y Paulina, como siempre, con los ojos inquietos fijos en Macari, a tiempo que, a poca distancia de Paulina, reclinada en un sofá, empezó mi huésped a referir una de sus aventuras militares. Contaba cómo, viéndose una vez en inminente peligro, roto y caído al costado su brazo derecho, no bastante fuerte el izquierdo para manejar el rifle con la bayoneta calada, sacó la bayoneta, y levantándola con la mano izquierda, la dejó caer sobre el corazón de su adversario. Y al describir el hecho, acompañaba las palabras con los gestos, y tomando un cuchillo de sobre la mesa, dio con él un golpe hacia abajo en el vacío como si tuviera frente a sí al adversario de que hablaba.

Oí a mi espalda un gemido profundo. Me volví, y vi a Paulina tendida en el sofá, con los ojos cerrados, y como desmayada. Corrí a ella, la llevé en brazos hasta su alcoba, y la dejé en su cama. Eran como las nueve de la noche. Priscila había salido; de modo que volví de prisa al comedor, y me despedí de Macari rápidamente.

—Espero que no sea cosa de importancia, dijo.

—¡Oh, No! no más que un desfallecimiento. Los ademanes de Ud. deben haberle dado miedo.

Acudí enseguida a la cabecera de mi esposa, y comencé a aplicarle los remedios usuales; pero no volvía en sí. Blanca como una estatua yacía allí Paulina, sin que la vida se anunciase en ella más que por su apagado aliento y sus débiles pulsaciones: allí yacía sin movimiento ni sentido, en tanto que yo le frotaba las manos, le humedecía las sienes, y por todos los medios trataba de volverla a la vida. Mi corazón no cesaba un momento de latir desordenadamente. Sentía que había llegado el instante, que la memoria de lo pasado volvía de súbito a ella, y que lo vivo y poderoso del sacudimiento postraba sus fuerzas. Apenas me atrevía a formularme en palabras mi loca esperanza; pero ¡oh, sí! yo esperaba que cuando Paulina volviese a abrir los ojos brillarían con aquella luz que jamás me había sido dado ver en ellos, la luz de la razón restablecida. ¡Loca, atrevida idea; pero crecía en mí mi enamorada esperanza tal como a la mañana crece la luz del sol sobre la tierra!

Y por eso no envié a buscar médico; por eso a los pocos instantes cesé en mis propios esfuerzos por volverla al sentido; por eso resolví dejarla allí, como ella estaba, allí tendida, bella como una estatua e insensible, hasta que por sí misma recobrase el conocimiento. Oprimí

su muñeca con mi mano para no perder una sola de sus pulsaciones. Uní mi mejilla a la suya para oír mejor su respiración. Y así aguardé a que Paulina despertase, a que despertase,[8] ¡oh soberano júbilo!, con su razón perfecta.

Y así estuvo, allí tendida, por lo menos una hora. Tan largo tiempo estuvo así, que comencé a temer, y a pensar que al fin me sería indispensable llamar a un médico. Cuando estaba ya resuelto a hacerlo, noté que su pulso latía con más vigor y rapidez; su aliento fue más franco y como si viniese de más hondo; se extendió por su faz la expresión de la vida que volvía, y esperé, reprimida la respiración, en solemne impaciencia.

Paulina entonces,[9] ¡mi esposa!, recobró el sentido: se irguió en su cama y volvió el rostro hacia mí; ¡y vi en sus ojos lo que, por la bondad de Dios, no volveré a ver en ellos jamás!

---

8 Se añade esta coma y la siguiente.
9 Se añade esta coma y la siguiente.

CAPÍTULO VIII

¡MISTERIO!

Escribo este capítulo contra toda mi voluntad. Si esta historia pudiera quedar ligada y completa sin él, muy grato me hubiese sido pasar en silencio los sucesos que aquí se recuerdan. Todas mis aventuras, por extrañas que hayan parecido hasta aquí, pueden explicarse naturalmente; pero las que se cuentan en este capítulo, jamás, jamás serán explicadas a mi satisfacción.

Paulina se despertó: y cuando vi sus ojos, me estremecí como si un viento helado hubiese pasado por sobre mi cuerpo. No era locura lo que veía en ellos, ni era la razón. Estaban dilatados hasta los bordes mismos de sus órbitas, como si fueran a salirse de ellas; pero fijos, inmóviles, terribles, aunque yo sabía que no veían absolutamente nada, que aquellos nervios distendidos no llevaban al cerebro impresión alguna: ¡vanas habían sido, pues, todas mis esperanzas de que recobrase la razón al volver de aquel desmayo! ¡claro estaba ante mí que acababa de pasar a un estado de mayor desdicha que aquél de que anhelaba tanto verla libre!

Le hablé; la llamé por su nombre: «¡Paulina!» «¡Esposa mía!»; «¡Paulina mía!», pero no se fijaba en mis palabras. Parecía como si no me viese. Con los ojos extrañamente fijos miraba siempre en una misma dirección.

De pronto, se lanzó fuera de la cama, y antes de que pudiera yo interponerme para evitarlo, salió del aposento. Seguí tras ella. Ya iba bajando rápidamente las escaleras, y vi que se dirigía hacia la puerta de la calle. Ya tenía la mano en el pestillo; cuando la alcancé y volví a llamarla por su nombre, suplicándole, mandándole que se volviese. No parecía que mi voz hiciese impresión alguna en sus oídos. En su crítica condición, pues bien entendía yo que lo era, creí mejor no hacer uso de la fuerza, pensando que era más cuerdo dejarla libre para ir por donde le pluguiese, acompañándola por supuesto muy de cerca para librarla de peligro. De la sombrerera del corredor tomé apresuradamente mi sombrero y un amplio abrigo, y con este último cubrí a Paulina sin interrumpir su marcha, y hallé modo de echarle sobre la cabeza el capuchón. No me opuso resistencia; pero me dejó hacer, sin decirme una sola palabra, para demostrarme que se daba cuenta de mis actos. Y, conmigo a su lado, siguió derechamente calle arriba.

Andaba a paso rápido y uniforme, como quien quiere llegar a un lugar fijo. No volvía la vista a su derecha ni a su izquierda, ni hacia arriba ni abajo. Ni una vez durante todo aquel paseo vi que la moviera: ni una vez siquiera la vi agitar un párpado. Aunque mi brazo iba tocando el suyo, estoy seguro de que no se daba cuenta de mi presencia.

Ya no hice más por impedir su marcha. No iba Paulina vagando como quien ignora a dónde va: algo, no sé qué, la guiaba, o impelía sus pasos con determinado propósito: algo en su desordenado cerebro la movía a llegar a algún lugar con la mayor rapidez posible. Yo temía las consecuencias de oponerme a su designio misterioso. Aunque no fuera aquél más que un caso exagerado de sonambulismo, hubiera sido imprudente contenerla. Mejor era seguirla hasta que terminase aquel acceso.

Así salió Paulina de la calle Walpole, y sin vacilar un solo momento, torció a la derecha y siguió a lo largo del ancho camino por más de media milla, hasta que entrándose de pronto por otra calle traviesa, anduvo como hasta la mitad de ella, y se detuvo delante de una casa, una casa común de tres pisos, semejante a las más de Londres, y muy poco distante de la mía y de otras mil de la ciudad, salvo que, a la luz del farol de la acera, era fácil ver que parecía mal atendida y abandonada. Los cristales de las ventanas estaban empolvados, y en uno de ellos se leía el anuncio de que la casa, amueblada, estaba en alquiler.

Me maravillaba yo del singular arranque que había llevado a Paulina a aquella casa inhabitada. ¿Habría vivido allí alguien a quien ella hubiese conocido en otro tiempo? A ser así, esto era tal vez señal de que algún recuerdo reavivado en su memoria la había inducido a dirigir sus pasos inconscientes a un lugar asociado con su antigua vida. En la mayor ansiedad y agitación aguardé a ver qué hacía Paulina.

Siguió derechamente hacia la puerta, y puso en ella la mano, como si esperase que cediera a su impulso. Por la primera vez entonces pareció vacilar y confundirse.

—Paulina, Paulina mía, le dije, volvamos a casa. Ya es de noche, y demasiado tarde para ir hoy ahí. Mañana, si quieres, volveremos.

No me respondía. Allí se estaba delante de aquella puerta, empujándola como para abrirla. La tomé del brazo, y traté con dulzura de hacerme seguir de ella. Me resistió con una fuerza pasiva que yo nunca creí que poseyese. Cualquiera que fuese el intento vagamente concebido en el cerebro de mi pobre esposa, era claro para mí que sólo podía satisfacérsele pasando aquella puerta.

Con toda mi voluntad quería yo complacerla. Habiendo adelantado ya tanto, temía retroceder. Sentía que el oponerme a sus deseos en aquella situación pudiera traer resultados fatales. Pero ¿cómo vencer aquel obstáculo?

Ni un rayo de luz se distinguía en la parte alta de la casa ni en la baja. No había más que echar una ojeada sobre la casa para comprender que nadie la habitaba. El corredor cuyo nombre figuraba en el anuncio tenía su oficina a una milla de distancia, y aun cuando yo me aventurase a dejar sola a Paulina e ir en su busca, a aquella hora de la noche no lo hubiera

encontrado de seguro.

Miraba yo contrariado alrededor mío, preguntándome si sería mejor llamar un carruaje y hacer entrar en él a mi pobre Paulina, o dejar que esperase frente a la puerta hasta que, reconociendo por sí misma la imposibilidad de entrar, se resignase, forzada por el cansancio, a volver a casa por su propia voluntad, cuando me asaltó una idea. Ya otra vez había yo abierto con mi llave de noche una puerta que no era la mía: ¿no se abriría también acaso con mi llave aquella otra puerta? Yo sabía que es costumbre frecuente, por conveniencia o por descuido, no cerrar las casas que están en alquiler sino con el pestillo. Era una idea absurda; pero nada perdía yo con probar. Saqué mi llave, que era igual a la que llevaba conmigo en otra ocasión. Sin esperanza alguna de éxito la introduje en el ojo de la cerradura, y cuando sentí que el pestillo cedía y se abría aquella puerta, un estremecimiento de algo parecido al horror sacudió todo mi cuerpo: ¡aquello no podía ser una mera coincidencia!

Apenas vio el paso libre, Paulina, sin una sola palabra, sin el menor gesto de sorpresa, sin nada que demostrase que notaba más que antes mi presencia, se me adelantó y entró primero. La seguí, y cerrando tras de mí, me hallé dentro en absoluta oscuridad. Oí en frente de mí su paso rápido y ligero; la oí subir la escalera; oí que se abría una puerta; y entonces, sólo entonces, tuvo mi ánimo extraviado fuerza suficiente para hacer andar mi cuerpo; hielo derretido parecía mi sangre, se me encogían las carnes, el cabello se me erizaba, y, todavía en la oscuridad, atravesé el corredor y hallé sin trabajo la escalera.

¿Por qué no había de hallarla, aunque aquella fría sombra me envolviese? ¡Conocía yo bien el camino! ¡Ya una vez lo había andado antes en la oscuridad, y muchas veces además, había vuelto a andarlo en sueños! Como una súbita revelación, la verdad toda apareció ante mí. Me apareció al ver que la llave giraba en la cerradura. Yo estaba en aquella misma casa en que había entrado extraviado una noche, hacía tres años. Cruzaba el mismo corredor, subía por la misma escalera, debía estar en el mismo aposento que había sido la escena de aquel tremendo e ignorado crimen. ¡Volvería a ver con la luz de mis ojos el mismo lugar donde ciego y desvalido estuve una noche a punto de ser víctima de mi imprudencia! Pero a Paulina ¿qué la había traído allí?

¡Sí: como yo lo esperaba! ¡como yo lo tenía por seguro! La escalera es aquella misma; el dintel de la puerta está donde debía estar. Dijérase que volvían a suceder los acontecimientos de aquella espantosa noche, hasta en la tiniebla misma iguales. Por un momento me estuve preguntando si los tres años últimos no habían sido el verdadero sueño; si no estaba yo ciego ahora; si era verdad que vivía en el mundo una esposa ligada a mí para toda la existencia. ¡Ea! los sueños a un lado!

¿Dónde estaba Paulina? Vuelto a mí mismo, sentí al punto la necesidad de tener luz. Saqué de mi bolsillo mi caja de fósforos, encendí uno, y a su claridad volví a entrar en el aposento donde una vez antes había entrado con poca esperanza de dejarlo vivo.

Mi primer pensamiento, mi mirada primera, fueron para Paulina. Allí estaba ella, de pie en medio de la habitación, oprimiéndose con ambas manos las sienes. Apenas había cambiado la expresión de su rostro y de sus ojos: era fácil ver que nada aún entendía. Pero sentía yo que algo luchaba dentro de ella por abrirse paso, y temía el momento en que tomara al fin sentido y forma. Temía por ella y por mí mismo: ¿qué espantosas escenas iban a serme reveladas?

El fósforo medio apagado me quemaba ya los dedos: encendí otro, y busqué modo de tener una luz constante; con gran alegría hallé sobre la repisa de la chimenea un candelero con una vela a medio usar; soplé el polvo espeso que cubría la cera derretida al borde del pabilo, y después de un tenaz chisporroteo, la vela quedó al fin encendida.

En la misma actitud estaba Paulina todavía; pero me pareció que su respiración se aceleraba. Paseaba sus dedos abiertos convulsivamente por sobre sus sienes; mudábalos de sitio en incesante movimiento; se echaba hacia atrás los cabellos copiosos; ¡me parecía como que con aquellos dedos crispados y movibles luchaba por conjurar el pensamiento ausente a que volviese a su vacío santuario! Nada podía yo hacer más que esperar, y mirar mientras tanto alrededor de mí.

Estábamos en una habitación de buen tamaño, amueblada con solidez, aunque no a la moda, al estilo común de las casas de alquiler. El polvo, que cubría allí todo, decía a las claras que la habitación había estado desocupada por algún tiempo. Podía yo retroceder con la mente, y recordar aquella misma esquina en que los asesinos me tuvieron de pie mientras remataban su tarea: podía señalar el lugar mismo en que caí sobre el cuerpo que aún se estremecía; y a duras penas refrené mis ímpetus de ponerme a buscar por el suelo las huellas del crimen. Pero aun cuando la alfombra fuese todavía la misma, era de un rojo oscuro, y guardaba prudentemente su secreto. A un extremo del cuarto se veía una puerta corrediza, de detrás de la cual debieron exhalarse aquellos tristísimos gemidos de angustia que no había dejado de oír jamás. Corrí la puerta, y manteniendo en alto la vela, miré adentro. Aquella habitación era muy parecida a la otra; pero, como yo de antemano esperaba, había en ella un piano, el mismo piano tal vez cuyas notas se habían extinguido en aquel grito de horror.

¿Qué fue lo que se apoderó de mí? ¿Qué impulso guió mis actos? ¡No lo sabré acaso jamás! Puse la luz a un lado, entré en el cuarto, abrí el piano, y toqué unas cuantas notas. Los trágicos recuerdos de aquella escena fueron sin duda los que, sin pensar en ello ni darme cuenta de dónde me venían, reunieron bajo mi mano las notas con que empezaba el admirable trozo que

había yo oído con ánimo suspenso de afuera de la puerta, maravillado de la dulzura y plenitud de la sentida voz que lo entonaba. Al mismo tiempo que tocaba aquellas notas miré por la puerta abierta a la impasible figura de Paulina.

Pareció que un temblor nervioso sacudía todo su cuerpo. Se volvió y vino hacia mí, con una expresión tal en su rostro que me hizo apartarme del piano, asombrado y medroso de lo que iba a suceder.

El abrigo con que la cubrí al salir se había caído de sus hombros. Se sentó en la banqueta del piano, y pulsando las teclas con manos magistrales, tocó con admirable corrección y brío el preludio del canto de que acababa yo de recordar algunas notas sueltas.

Extraordinario era mi asombro. Nunca hasta entonces había mostrado Paulina el menor gusto por la música; antes, como he dicho, parecía la música más irritarla que serle agradable: ¡y ahora estaba arrancando a las teclas sonidos que era absurdo esperar de aquel instrumento abandonado y fuera de tono!

Pero a los pocos compases cesó mi aturdimiento. Tan bien como si se me hubiese prevenido sabía yo lo que iba a suceder, en parte al menos. Ya me había preparado, cuando llegase el instante en que la voz acompañaba al piano, a oír cantar a Paulina con aquella misma perfección con que tocaba, en aquel mismo tono deprimido con que cantaba en aquella fatal noche. Tan completamente preparado estaba yo que, con el aliento suspendido, aguardé a que llegase el canto a la nota en que cesó la noche primera que me detuve a oírlo; tan completamente preparado, que, cuando con arranque indescriptible y súbito se irguió sobre sus pies Paulina, y exhaló otra vez aquel grito terrible, mis brazos estaban ya aguardando su cuerpo, y la llevé a un sofá cercano.

Para ella, como para mí, todos los acontecimientos de aquella tremenda noche estaban siendo allí reproducidos. El pasado perdido había vuelto a Paulina; había vuelto en el momento mismo en que se ausentó de ella.

Qué efectos pudiera producir la reacción, y qué bien o mal me vendrían de ella, no tenía yo tiempo entonces para ponerme a meditarlo: Paulina necesitaba todos mis cuidados. Tremenda faena fue aquella noche la mía. Tenía que sujetarla a viva fuerza, que procurar por cuantos modos me eran posibles apaciguarla y sofocar sus gritos, tan altos ya que temí que los vecinos se alarmaran. Ella batallaba conmigo, y mientras luchaba por repelerme y volverse a poner en pie, tan claro como si leyese en sus pensamientos sabía yo que cuanto aquella noche hubiese sucedido lo tenía otra vez Paulina en aquellos momentos delante de los ojos. Otra vez volvía a tenerla sujeta una mano vigorosa, y sobre el mismo sofá acaso; otra vez se debilitaban sus fuerzas gradualmente, y fueron siendo más ahogados sus gritos. Sólo faltaba, para que el

cuadro, en cuanto a ella, volviese a ser completo, que los gritos ya débiles se convirtiesen en aquel lúgubre gemido: ¡la única diferencia era que las manos puestas hoy sobre ella eran manos amorosas!

Espero que se crea todo lo que hasta aquí llevo escrito y todo lo que hasta la terminación de este capítulo he de narrar. No digo yo que tales sucesos y coincidencias ocurran todos los días. Si todos los días ocurriesen, no hubiera yo tenido que escribir esta historia. Pero sí digo esto: todo, excepto una sola cosa, puedo probar que es cierto, por evidencia directa o circunstancial; todo puede ser explicado sencilla o científicamente; pero por la verdad de lo que aquí sigue, sólo puedo dar en prenda mi propia palabra. Llámesele como se quiera: sueño, alucinación, imaginación calenturienta; llámesele todo, menos invención, que sólo con esto me sentiría yo mortificado. Invención no fue. He aquí lo que sucedió.

Paulina al fin se aquietó. Ya al gemido lúgubre había sucedido el silencio. Una vez más pareció haber perdido todo conocimiento. Mi única idea entonces era sacarla cuan pronto pudiese de aquel lugar fatídico. Los planes y pensamientos más extraños corrían por mi cerebro desordenadamente. No había esperanza o miedo que allí no me acudiera. ¿Cuál sería la explicación de aquel suceso, si era que al fin podía obtenerla?

Quieta y en paz estaba mi pobre compañera. Pensé que haría bien en dejarla reposar algunos momentos antes de emprender la vuelta. Meditaba yo con miedo en las consecuencias que pudiera traer el despertarla; tomé su mano y la retuve en la mía.

En la repisa de la chimenea detrás de mí estaba la vela. Poca o ninguna luz alcanzaba de ella al aposento del frente, cuya puerta corrediza estaba sólo en parte abierta, y cerrada la hoja que daba a los pies del sofá en que yacía Paulina. Era, por lo tanto, imposible para mí ver desde mi asiento el cuarto del frente. Más: estaba sentado de manera que quedaba de espaldas a él.

Tenía ya hacía algunos segundos la mano de Paulina en la mía, cuando una singular e indefinible sensación se fue apoderando de mi cuerpo, aquella sensación misma que se experimenta algunas veces en un sueño en que aparecen dos personas, sin que pueda el que sueña estar seguro de cuál de las dos es aquélla en que él mismo habla y obra. Me pareció por algunos instantes que tenía yo una doble existencia. Aunque enteramente seguro de que ocupaba aún el mismo sitio, de que tenía aún en la mía la mano de Paulina, me veía también sentado en el piano, y mirando en cierto modo hacia el cuarto contiguo; ¡y aquel cuarto estaba lleno de luz!

De una luz tan brillante que una sola mirada me bastó para abarcar todo lo que en el aposento había, todo: cada uno de los muebles, los cuadros que adornaban las paredes, las cortinas oscuras que cubrían la ventana del extremo opuesto de la habitación, el espejo sobre la

chimenea, la mesa en el centro, sobre la que ardía una gran lámpara. Podía ver todo esto—y más! porque alrededor de la mesa había agrupados cuatro hombres, y los rostros de dos de ellos me eran bien conocidos!

Aquel que estaba frente a mí, apoyado en la mesa en que tenía puestas las manos, en cuyas facciones parecía pintarse la alarma y la sorpresa, cuyos ojos estaban fijos en un objeto a pocos pies de él, aquél era Ceneri, el doctor italiano, el tutor y tío de Paulina.

Aquel otro que estaba cerca de la mesa, a la derecha de Ceneri, en la actitud de quien se prepara a resistir un ataque que espera, cuyo rostro amenazador enciende la ira, cuyos ojos negros arden, aquel otro es el italiano que habla inglés, Macari, o como él se llama ahora, Antonio March, el hermano de Paulina. También él mira al mismo objeto que Ceneri.

Aquel hombre allá al fondo, bajo y rollizo, con una cicatriz en la mejilla, aquél me es desconocido. Está mirando por sobre el hombro de Ceneri en la misma dirección que los otros dos.

Y el objeto a que todos miran es un hombre joven, que parece estarse cayendo de la silla, y con su mano sujeta convulsivamente el mango de un puñal, cuya hoja tiene enterrada en el corazón, enterrada, yo lo sé, de un golpe dado de alto a bajo por uno que estaba en pie junto a él.

Todo esto lo vi en un segundo: la actitud de cada uno, todo lo que los rodeaba, fue recogido en un instante por mis ojos, como de una sola mirada se abarcan los detalles de un cuadro y su propósito. Dejé caer la mano de Paulina, y me puse en pie de un salto.

¿Dónde estaba el aposento iluminado? ¿ Dónde estaban los hombres que había visto? ¿Dónde aquella trágica escena que acababa de tener delante de mis ojos? ¡En aire se había todo convertido, aposento, hombres, escena! La vela ardía penosamente detrás de mí. El cuarto del frente estaba a oscuras. ¡Paulina y yo éramos las únicas criaturas vivas en aquel lugar!

Fue un sueño, por supuesto: tal vez, en tales circunstancias, no era un sueño enteramente extravagante. Sabiendo lo que ya yo sabía del crimen de que aquellos aposentos habían sido teatro, seguro de que en alguna manera Paulina había estado presente cuando se le cometió, excitado por cuanto había sucedido aquella noche—el extraño paseo de Paulina, su abrupta determinación de entonar al piano el canto mismo que aquella noche oí, aquel canto que tuvo el fin terrible—¿quién ha de maravillarse de que imaginara yo una escena como ésta, y agrupando las únicas personas que sabía estaban de algún modo relacionadas con mi esposa, me las reprodujera en la exaltada fantasía con todos los colores y propiedades de la vida?

Pero, aun dando por cierto que se pueda tener el mismo sueño dos veces, tres veces tal vez, no hay memoria de que se repita un sueño a voluntad cuantas ocasiones se desee. ¡Y esto era lo

que me estaba sucediendo! Otra vez tomé en la mía la mano de Paulina, y otra vez, a los pocos momentos de espera, se apoderó de mí aquella peculiar sensación, y volví a ver la misma horrible escena. No una vez, ni dos veces, sino muchas, y siempre del mismo modo, me sucedió esto, hasta que, a pesar de mi frío escepticismo, que en esta clase de sucesos aún conservo, sólo me era posible creer que por algún recurso misterioso estaba yo asistiendo actualmente al espectáculo mismo que hirió los ojos de la pobre criatura, en el momento misericordioso en que la memoria voló de ella, y quedó su razón oscurecida.

Yo no veía el espantable cuadro sino cuando estrechaba en la mía la mano de Paulina. Este hecho comprobaba mi opinión. Sentí entonces, siento ahora, que mi teoría era verdadera. Decir cuál fuese la peculiar organización mental o física que pudiera producir semejante efecto, me sería imposible. Llámesele clarividencia, catalepsia, como se quiera llámesele: pero fue como lo digo! Una vez y otra tomé en la mía la mano de Paulina, y mientras nuestras manos estaban en contacto, en todos sus detalles veían mis ojos aquella escena en el aposento iluminado.

Como las inmóviles figuras de un cuadro plástico, una y otra vez, sin que cambiasen de actitud ni de expresión, vi a Ceneri, a Macari, y al hombre que del fondo del aposento miraba a la víctima. Estudiaba yo tenazmente el rostro de ésta; aun en las ansias supremas de la agonía, aquel hombre era extraordinariamente hermoso. Debió haber sido aquél un rostro mirado muchas veces con amor por las mujeres, y aun en la hora misma de aquella visión lúgubre, pensé con amargura en la clase de relaciones que hubieran podido unirlo a la mujer del canto bello que perdió la memoria al verlo herido!

¿Quién lo había herido? Fue sin duda Macari, quien, como dije, estaba en pie más cerca de él, en la actitud del que espera un ataque. Su mano podía haber abandonado en aquel mismo momento el mango del puñal. Con tan fiero impulso había entrado la hoja en el corazón que la muerte y el golpe fueron simultáneos. Eso fue lo que Paulina vio, lo que tal vez estaba viendo en aquel momento mismo, lo que por algún poder extraño me hacía ver a mí como cuando se enseña una pintura!

Siempre desde aquella noche me he asombrado de cómo tuve la presencia de espíritu necesaria para permanecer allí sentado, evocando una vez sobre otra, con la ayuda de aquella pobre mujer insensible, la escena tremenda. Debió sin duda sostenerme el ardentísimo deseo de sondear por fin los misterios de aquella otra noche remota, de conocer con la mayor exactitud los detalles todos del acontecimiento que había nublado el juicio de mi esposa: el deseo ardiente, la indignación que sentí ante aquel cobarde asesinato, y la esperanza de hacer caer sobre los malvados el castigo de la justicia, me dieron fuerzas para evocar tan repetidas veces con mi voluntad el cuadro odioso, hasta satisfacerme de que sabía cuanto la muda revelación

podía enseñarme, hasta que el corazón me reprendía por haber dejado a la pobre Paulina tanto tiempo en aquel estado de inconsciencia.

La cubrí cuidadosamente con su abrigo, y alzándola en mis brazos, bajé con ella la escalera y crucé la puerta de la calle. No era muy tarde todavía: una buena persona que pasaba me ayudó a llamar un carruaje, y al poco tiempo entrábamos en casa, y dejaba yo a Paulina sobre su cama, aún insensible.

Cualquiera que hubiese sido el singular poder que permitió a Paulina comunicarme sus propios pensamientos, cesó tan pronto como salimos de aquella casa fatal. En vano, entonces y después, estrechaba yo su mano en la mía: ya no volvían a mí la aparición, la alucinación, el sueño!

Y ésta es aquella única cosa que no podía yo explicar, el misterio aquél a que aludí cuando empecé a narrar mi historia. He contado lo que sucedió: si mi palabra no basta para inspirar confianza, tengo que resignarme en este punto a no ser creído.

CAPÍTULO IX

VIL MENTIRA

Dejé a mi infeliz mujer en las manos maternales de Priscila, y traje conmigo al mejor médico que me vino a la memoria, quien comenzó al instante a procurar volverla al sentido. Mucho tiempo pasó antes de que diera señal alguna de recobrar el conocimiento, pero despertó al fin. ¿Debo acaso decir que fue aquél para mí un instante supremo?

No necesito contar los pormenores de aquella vuelta a la vida. No fue, después de todo, sino un restablecimiento incompleto, que me inspiró nuevos temores. Cuando asomó la mañana hallé a Paulina divagando con lo que en mi congoja rogaba al cielo no fuese más que el delirio de la fiebre.

El médico me dijo que su estado era sumamente grave. Había esperanza de que viviese; pero no certidumbre. En aquellos largos días de ansiedad incomparable, vine a saber de veras cuán profundo era mi cariño a Paulina. ¡No volviera en buen hora al juicio, si así al menos podían devolvérmela viva!

Saetas para mi corazón eran las desordenadas palabras de su fiebre. Llamaba a alguien, unas veces en inglés, otras en dulcísimo italiano; rompía en exclamaciones de pesar y amor profundo; se escapaban de sus labios muy tiernas caricias. Y a esto sucedían gritos de dolor, y parecía como si la estremeciesen temblores de espanto.

Para mí, ni una sola palabra; para mí, ni una mirada de reconocimiento. Yo, que hubiese dado cuanto ilumina y cubre el Universo por oírle una vez decir mi nombre en su delirio con amor; yo era a su cabecera un simple extraño.

¿Por quién, por quién lloraba tan amargamente? ¿A quién llamaba con aquellas palabras cariñosas? ¿Quién era el hombre a quien ella y yo habíamos visto herido? Pronto lo supe ¡ay de mí!; y si el que me lo dijo no mintió, el golpe ha sido tal que de él no me recobraré yo nunca!

De Macari fue el golpe. Vino a verme el día después de que Paulina y yo habíamos ido a aquella casa. No quise verle entonces: aún no tenía mi plan formado: en aquel momento no pensaba más que en el peligro de mi esposa. Pero dos días más tarde, cuando volvió, ordené que lo recibieran.

Me estremecí al cambiar con él un apretón de manos que no osaba aún negarle, aunque en mi mente tenía yo por seguro que aquella mano que estrechaba la mía era una mano de asesino: tal vez era la misma que aquella noche me asió por la garganta. Pero, con lo que yo sabía, dudaba aún que me fuese dable hacer caer sobre él a la justicia.

A menos que Paulina no curase, la prueba que podía yo aducir no era de peso alguno. Hasta el nombre de la víctima ignoraba: para establecer la acusación era necesario hallar e identificar sus restos: inútil era pensar en el castigo del asesino, cuando ya habían pasado tres años desde el crimen.

Además ¿no era hermano de Paulina?

Hermano o no, yo le arrancaría la máscara; yo le haría saber que su crimen no era ya un secreto, que un extraño conocía todos los detalles; y le diría esto siquiera, en la esperanza de que su existencia futura estuviese agobiada con el miedo de un justo castigo.

El nombre de la calle a que Paulina me llevó me era conocido: me fijé en él al salir de ella aquella misma noche y entendí al instante la causa de la equivocación del guía ebrio. A la calle Walpole le dije que me llevase, y recordando sin duda en su inseguro pensamiento a Horacio Walpole, me dejó en la calle Horacio: ¡de qué detalle nimio depende a veces la suerte de la vida entera!

Macari tenía ya noticia de la enfermedad y el delirio de Paulina. En verdad que el mejor de los hermanos no hubiera mostrado más interés que el que él mostró por ella. Mis respuestas fueron breves y frías. Hermano o no, de él había sido la culpa de todo.

De pronto cambió de conversación.

—Me apena mucho tener que molestarle ahora con asuntos míos; pero quisiera saber si Ud. desea por fin unirse a mí en la petición a Víctor Manuel de que le hablé.

—No: antes necesito que me sean explicadas varias cosas.

Se inclinó cortésmente; pero vi que sus labios se contrajeron.

—Estoy a sus órdenes, me dijo.

—Ante todo, debo cerciorarme de que es Ud. hermano de mi esposa.

Alzó sus espesas cejas y trató de sonreír.

—No hay cosa más fácil. Si Ceneri hubiera estado con nosotros, él lo atestiguaría.

—Pero lo que él me dijo fue muy distinto de lo que me dice Ud.

—¡Oh! él tenía sus razones. No importa; yo puedo presentar de eso multitud de testigos.

—Además, añadí, mirándole cara a cara y dejando caer mis palabras lentamente, necesito saber por qué asesinó Ud. a un hombre hace tres años en una casa de la calle Horacio.

Fuese cualquiera la impresión del hombre, rabia o miedo, lo que en su rostro se leyó fue un absoluto asombro. No, bien lo sabía yo, la sorpresa de la inocencia, sino de que su crimen fuera conocido. Tuvo por un momento desencajada la mejilla, y me miraba, caída la boca, en atónito silencio; mas pronto recobró su dominio.

—¿Está Ud. loco, Mr. Vaughan? exclamó.

—El día 20 de agosto de 186-en el No.-de la calle Horacio, dio Ud. una puñalada aquí en el corazón, a un joven que estaba sentado junto a la mesa. El doctor Ceneri estaba en el cuarto en aquel momento y otro hombre con una cicatriz en la cara.

No intentó evadir el cargo. De un salto se puso en pie, convulso de ira. Me asió el brazo. Pensé por un momento que iba a acometerme; pero pronto vi que sólo quería ver de cerca mi cara. No me opuse a su examen. No creía posible que me reconociese ¡tanto cambia la luz el rostro de los hombres!

Pero me conoció. Dejó caer mi brazo y golpeó con el pie el suelo.

—¡Imbéciles! ¡Idiotas!, dijo, encogiendo los labios en ademán de desprecio: ¿por qué no me dejaron hacer bien las cosas?

A pasos agitados anduvo de un lado a otro por el aposento, hasta que, ya compuestas las facciones, se paró frente a mí.

—Es Ud. un gran actor, Mr. Vaughan, me dijo con frialdad y cinismo aterradores. Hasta a mí mismo me engañó Ud., y a mí no se me engaña fácilmente.

—¿Pero ni siquiera niega Ud. el crimen, malvado?

Se encogió de hombros.

—¿A qué lo he de negar a un testigo de vista? A otros bien me cuidaré yo de negarlo. Además, como Ud. está interesado en el asunto, no hay razón para que yo se lo niegue.

—¡Que estoy yo interesado!

—Ciertamente, puesto que Ud. se ha casado con mi hermana. Y ahora, mi buen amigo, mi alegre novio, mi querido cuñado, le diré a Ud. por qué maté a aquel hombre, y qué significaban aquellas palabras con que me despedí de Ud. en Génova.

Me espantaba, por lo que iba a suceder, aquel tono de burla fría y amarga. Apenas podía contener mis manos, que se me iban al cuello de aquel hombre.

—Pues aquél, cuyo nombre callaré a Ud. por obvias razones, era el amante de Paulina.

«Ay! pero ni siquiera dijo «amante!»: preguntad, preguntad lo que significa *drudo*[10] en italiano, y entonces sabréis lo que me dijo!

—Por la familia de nuestra madre, siguió diciendo el villano, tenemos en las venas sangre noble, sangre que no sufre insulto. Digo que aquél era el amante de Paulina, de la mujer de Ud. Se negó a casarse con ella, y Ceneri y yo lo matamos, lo matamos en Londres, a los mismos ojos de ella. Ya le dije a Ud. otra vez, Mr. Vaughan, que era bueno casarse con mujer que no podía recordar lo pasado.

¿Qué le había yo de contestar? Revelación tan odiosa excusaba comentario. Me levanté y

10 En italiano,

me fui sobre él. Bien leyó mis intentos en mi cara.

—No: aquí no, dijo apresuradamente, apartándose de mí: ¿a qué viene que emprendamos aquí una riña vulgar dos caballeros? No: fuera de Inglaterra en donde Ud. quiera, búsqueme, y allí le enseñaré cómo le odio.

¡Decía bien el sereno villano! ¿A qué emprender allí una riña vulgar, en la que apenas podía esperar acabar con él, con Paulina a las puertas, acaso en aquel instante moribunda?

—¡Vete, exclamé, asesino y cobarde! Cada una de las palabras que me has dicho ha sido una vil mentira, y, como me odias tanto, las que me has dicho hoy son las más viles. ¡Vete! sálvate de la horca con la fuga!

Salió del aposento echándome una mirada de maligno triunfo: más puro me pareció el aire del cuarto cuando aquel hombre cesó de respirarlo.

Y me fui entonces a la alcoba de Paulina, y sentado a su cabecera oí sus labios secos vibrando siempre y siempre con el nombre italiano o inglés de uno a quien ella amaba!, y les oí suplicar, les oí prevenir; y yo sabía que aquellas cariñosas y desordenadas palabras iban a aquél a quien Macari decía que había dado la muerte porque era el amante de su hermana, de mi esposa!

Mentía aquel villano! Yo sabía que mentía. Una y otra vez me dije a mí mismo que aquélla era una infame, traidora calumnia, que Paulina era pura como un ángel. Pero yo sabía también que, mentira como era, hasta que no pudiese yo probar que lo era, me comería como una llaga el corazón: conmigo estaría siempre; en la muerte me crecería sin reposo, hasta que llegase a tenerla por verdad; ni un instante de paz me dejaría, hasta llevarme a maldecir la hora en que Kenyon me hizo entrar en aquella vieja iglesia para ver «el monumento más hermoso».

¿Cómo probaría yo la calumnia? Sólo había dos personas en el mundo que conociesen la historia de Paulina: Ceneri y Teresa. Teresa había desaparecido; Ceneri estaba en las minas de Siberia o en alguna otra tumba animada. Ya empecé a sentir los primeros retoños envenenados de la calumnia de Macari, al revolver en la mente otra vez las misteriosas palabras de la vieja italiana. «Ni para querer ni para casarse está Paulina»: ¿tendría aquella advertencia algún otro sentido, un sentido deshonroso? Y se me acumulaban agigantadas en la memoria las circunstancias extrañas de nuestro matrimonio, la prisa de Ceneri en casar a su sobrina, su deseo de verse libre de ella. ¡Acabarían aquellos pensamientos por volverme loco!

No pude estar sentado por más tiempo al lado de Paulina. Salí al aire libre, y anduve de un lado a otro sin objeto, hasta que hubo en mí dos ideas fijas: una era, la de consultar al mejor alienista de Londres sobre las esperanzas de cura que pudiera haber para Paulina; otra, ir a la calle Horacio, y examinar a la luz del día, de los quicios a las chimeneas, toda la casa. Fui

primero a ver al médico.

Todo le dije, todo, salvo la vil mentira de Macari. No veía modo de explicarle el caso sin narrárselo íntegro: pronto vi que había despertado en él vivo interés: ya él había visto a Paulina, y conocía exactamente su estado anterior. Me parece que creyó, como otros muchos creerán, todo cuanto le dije, salvo aquella visión inexplicable; pero aun de ella no se burló, habituado como estaba a las más osadas fantasías y alucinaciones. Era natural que lo atribuyese a esta causa, y a ella lo atribuyó: ¿qué consuelo o esperanza podía darme?

—Ya he dicho a Ud., Mr. Vaughan, que no es cosa completamente nueva el perder la memoria de lo pasado por un largo tiempo, y recobrarla luego en el punto mismo en que se la perdió. Yo veré a su esposa; por lo que usted me dice, sufre ahora de un ataque de fiebre cerebral, y no necesita todavía de especialista. Cuando la fiebre haya cesado iré a verla. Espero que salga de la fiebre enteramente curada; pero su vida comenzará de nuevo en la hora misma en que se trastornó su mente. Ud. mismo, que es su marido, le parecerá tal vez una persona extraña. No: el caso no es enteramente nuevo; pero las circunstancias lo son.

No bien dejé al médico, fui a ver al corredor encargado de alquilar la casa de la calle Horacio, cuyas llaves me dio, con algunas noticias que de la casa pedí. Vine así a saber que en la época del asesinato había sido la casa alquilada con muebles por unas cuantas semanas a un caballero italiano cuyo nombre no recordaba el corredor, por haber pagado adelantada la renta, lo que ahorraba mayores informes. La casa había estado después vacía por mucho tiempo, no por ninguna razón especial, sino porque el dueño se empeñaba en alquilarla en cierta suma, que la mayor parte de los que la veían consideraban excesiva.

Di mi nombre y mis señas, y me llevé las llaves. Todo el resto de aquella tarde lo empleé registrando cuanta hendija y rincón había en la casa, sin que el menor descubrimiento recompensase mis pesquisas. No había allí, a mi ver, lugar alguno donde hubiesen podido ocultar el cuerpo de la víctima: tampoco había jardín en que hubiesen podido enterrarlo. Me volví a casa, a pensar en mi pena, mientras que la mentira de Macari se abría camino en mi corazón.

Y día tras día fue en él labrando, mordiendo, royendo, aguijoneando, hasta que me dijeron por fin que la crisis había terminado, que Paulina estaba fuera de peligro, que ya había vuelto a su ser.

¿Pero a qué ser? ¿El ser que yo había conocido, o el que tenía antes de aquella noche? Con agitado corazón me acerqué a su cabecera. Débil, extenuada, sin fuerzas para moverse ni para hablar, abrió los ojos y me miró. Era una mirada de asombro, de desconocimiento; ¡pero una mirada en que brillaba la razón! No me conoció. Sucedía lo que el médico había previsto.

Como a un extraño me vieron sin duda aquellos hermosos ojos que se abrieron un instante, se fijaron en mí, y como fatigados se volvieron a cerrar. Las lágrimas corrían por mis mejillas cuando salí de aquella alcoba, y había en mi corazón extraña mezcla de pena y alegría, de esperanza y de miedo, que impotentes, renuncian las palabras a expresar.

Y de su escondite en el fondo de mi alma salió afuera la tremenda mentira de Macari, y como si tuviese una mano de hierro me asió por la garganta, me ciñó el cuerpo, batalló conmigo: «¡Soy verdad!, gritaba: bien puedes echarme a un lado; seré siempre verdad! De villano eran los labios que me dijeron; pero una vez al menos el villano ha dicho la verdad. Pues a no ser por eso ¿a qué el crimen? Los hombres no asesinan por razones ligeras». ¡Así me hablaba despiadadamente, prendida de toda mi alma, la mentira! ¡Así me invadía, me vencía, me echaba a tierra sofocado y angustiado, con la duda horrible de que pudiera ser cierta, en la hora misma, por mí tan anhelada y pedida al cielo, en que la plenitud de la razón era devuelta a la mujer amada!

—Somos todavía como dos extraños, me dije: ella no me conoce. ¡O pruebo yo que esa historia de Macari es una calumnia, o seremos extraños para siempre!

¿Cómo podía yo probarlo? ¿Cómo podía hablar de esto a Paulina? Aun cuando le hablase ¿cómo podía esperar que me respondiera? Y si me respondía ¿me satisfarían acaso sus explicaciones? ¡Oh, si pudiese yo ver a Ceneri! Villano podría ser, pero yo presentía que no era tan consumado villano como Macari.

Pensando en esto, di en una resolución desesperada. Suelen los hombres hacer cosas desesperadas y extrañas cuando les va en ellas la vida. Más que la vida me iba a mí: iba el honor, la felicidad, cuanto puede ser caro a dos criaturas!

¡Sí, lo haría! Locura podría parecer; pero yo iría a Siberia: y si el dinero, la perseverancia, el favor o la astucia podían ponerme al fin cara a cara con Ceneri, de sus labios arrancaría yo la verdad toda!

CAPÍTULO X

EN BUSCA DE LA VERDAD

¡Atravesar toda Europa, atravesar casi toda Asia por obtener una entrevista de una hora con un preso político ruso! Plan singular; pero yo estaba decidido a llevarlo a cabo: y mientras con más método lo dispusiese, más probabilidades tenía de éxito. No me lanzaría desatentadamente hasta el fin de mi viaje, para hallar en él, por falta de las necesarias precauciones, que la estupidez o la suspicacia de algún alcaide de poca cuenta me impidiese ver al hombre a quien buscaba: iría provisto de tales credenciales que no hubiera ocasión de duda ni disputa. Dinero, que no es cosa de poca monta, lo llevaba yo en abundancia, y la voluntad de no escasearlo; pero algo más me era preciso, y el procurármelo había de ser mi primera tarea. Holgadamente podía obtener lo que deseaba, pues días habían de pasar antes de que pudiera dejar sola a Paulina: sólo cuando ella estuviese fuera del más leve peligro podía yo emprender viaje.

Empleé, pues, los lentos días en que mi pobre enferma iba recobrando a pasos muy perezosos las fuerzas, en buscar entre mis amigos, en las altas regiones del Estado, uno cuya posición fuese tal que pudiera, con esperanzas de inmediato éxito, solicitar un favor de otro aún más alto que él. Me sirvió mi amigo con tal eficacia que obtuve una carta de introducción para el embajador inglés en San Petersburgo, y más la copia de otra que le había sido enviada con instrucciones en favor mío. Llevaban ambas cartas una firma que me garantizaba la más amplia ayuda. Con ellas, y con una carta de crédito por una buena suma sobre un banco de San Petersburgo, ya estaba pronto para ponerme en camino.

Antes de mi partida, debía disponer las cosas de manera que no corriesen riesgo la seguridad ni el bienestar de Paulina, lo cual ofrecía tan grandes dificultades que estuve a punto de abandonar, o posponer al menos, mi viaje. Pero yo sabía que si no llevaba a cabo mi plan como lo había imaginado, la calumnia de Macari se erguiría siempre entre mi esposa y mis brazos. ¡Mejor era irme entonces, cuando todavía éramos como dos extraños! ¡mejor era, si llegaba Ceneri a confirmar con sus palabras o con su silencio la vergonzosa historia, que no volviésemos a vernos jamás!

Paulina quedaría en buenas manos: la fiel Priscila me la cuidaría amorosamente, Priscila, que ya sabía cómo su nueva enferma había vuelto a la vez a la memoria de lo pasado y al olvido de lo más reciente. Ella sabía por qué días sobre días no había yo entrado siquiera en la alcoba de Paulina; por qué en su actual estado, no la consideraba yo más ligada a mí que cuando por primera vez la vi en la iglesia. Ella sabía que algún misterio impedía aún mis

relaciones más íntimas con mi esposa, y que para aclararlo iba a emprender mi largo viaje. Con esto se satisfizo Priscila, y no me preguntó más de lo que me pareció bien decirle.

Todo lo dejé dispuesto minuciosamente. Apenas se sintiera Paulina con suficientes fuerzas, Priscila iría con ella a un lugar de la costa. Todo había de hacerse para su bienestar, y conforme a sus deseos. Si indagaba sobre su actual condición, le diría Priscila que un pariente cercano, que andaba viajando, la había dejado encargada a ella hasta su vuelta; pero a menos que no recordara por sí misma los sucesos de los últimos meses, nada se le había de decir sobre su condición de esposa mía. En verdad, hasta dudaba yo de que ella fuese en ley mi esposa, de que, si lo deseaba, no pudiera anular nuestro matrimonio, alegando que lo contrajo cuando no era dueña de su juicio. Al volver yo de mi expedición, si recobraba en ella, como con toda fe creía, la salud de mi alma, todo habría de comenzar de nuevo como si entre Paulina y yo nada hubiese aún sucedido. ¡Sería el nacer del alba, y el asomar de los primeros capullos de la primavera!

Yo sabía de seguro que desde la desaparición de la fiebre nada había dicho Paulina del horrendo suceso que nubló su razón tres años antes; y me asaltaba el miedo de que, cuando se sintiese restablecida, intentara remover aquellos hechos. ¿Qué podía haber logrado? Macari había salido de Inglaterra el día después de la entrevista en que le acusé del crimen. Ceneri estaba fuera de su alcance. Esperaba yo que se lograría tener en calma a Paulina hasta mi vuelta y aleccioné a Priscila para que, si mi mujer le hablaba de un gran crimen cometido por personas a quienes conocía, le dijese que se estaba buscando a los culpables, y haciendo todo esfuerzo porque les diera su merecido la justicia: confiaba yo en que, con su usual docilidad, se contentase con estos informes.

Priscila me escribiría constantemente: a San Petersburgo, a Moscú, a todos los lugares en que debía yo detenerme, al ir y al volver. Le dejé los sobres ya escritos: de San Petersburgo le enviaría las fechas en qué debía ir dirigiéndome sucesivamente sus cartas. Esto era todo lo que podía yo prever.

Todo, excepto una cosa. Mañana por la mañana debo partir; ya mi pasaporte está firmado, mis baúles cerrados, todo pronto. Pero un instante, un instante al menos, necesito verla antes de recogerme esta noche a mi triste sueño—¡verla acaso por la última vez! Estaba dormida profundamente: me lo dijo Priscila. ¡Una vez más debía yo ver aún aquel hermoso rostro, para llevar conmigo su perfecta imagen en aquella jornada de miles de millas!

Y entré en su alcoba. De pie a la cabecera de su cama, contemplaba yo con los ojos llenos de lágrimas a la que era mi esposa, y no lo era. Me juzgaba como un criminal, como un profanador; tan poco derecho creía tener a penetrar en aquella alcoba. En la almohada

descansaba su puro rostro pálido, el rostro para mí más bello de cuantos la tierra había criado. Su aliento regular y tranquilo agitaba su seno suavemente. Bella y blanca lucía, como una criatura de los cielos; y juré, contemplándola, que palabra alguna de hombre me haría dudar de su inocencia. Pero iría, sin embargo, a Siberia.

¡Mundos hubiera yo dado por tener el derecho de poner mis labios en los suyos, de despertarla con un beso, de ver alzar aquellas luengas y negras pestañas, y fijarse en mí sus ojos animados de amor! Y no siendo aún para ella más que lo que era, casi sin mi voluntad mis labios se fueron inclinando hacia su rostro, y la besé en la sien muy suavemente, allí donde comienza a crecer fino y rico el cabello. Se estremeció en su sueño, palpitaron sus párpados, y, como un malvado a quien sorprenden al empezar a cometer un crimen, huí.

A centenares de millas estaba yo al día siguiente, más sereno ya el juicio. Si al alcanzar, si lo alcanzaba al fin, a Ceneri, me cercioraba yo de que Macari no había mentido, de que me habían burlado, engañado, empleado como un instrumento, tendría al menos la triste satisfacción de la venganza. Saciaría mis ojos en la desdicha del hombre que me había engañado y usado para sus propios fines. Le vería arrastrando su vida miserable en la degradación y en las cadenas. Le vería esclavo, azotado y maltratado. No tuviera yo más recompensa que ésta, y daría por bien hecho mi viaje. Rudos, como se ve, eran mis pensamientos; pero si se recuerdan mis ansias y espantos, y el doloroso miedo con que emprendía mi camino, ¿quién extrañará esta ira de la mente en una humilde criatura humana?

¡En San Petersburgo por fin! La carta que traigo, y la que me había precedido, me abren las puertas del embajador inglés. No se mofa de mi súplica, sino que la oye atentamente. Se me dice que nunca ha habido caso igual; pero no oigo la palabra «¡!imposible!»”. Hay dificultades, grandes dificultades; pero como mi asunto es puramente doméstico, sin ápice de política en él, y como van mis cartas realzadas por la mágica firma de aquél a quien el noble embajador anhela complacer, no se me dice que sean insuperables los obstáculos. Tendré que esperar días, semanas tal vez; pero puedo estar cierto de que cuanto se pueda hacer, se hará. Dicen los diarios que no están ahora en muy cabal amistad los dos gobiernos; y esto se suele conocer en que el de Rusia niega demandas mucho más sencillas que la mía. Pero se verá, se verá... Mientras tanto: ¿quién es el preso, y dónde está?

¡Ah! eso no lo puedo decir. Sólo lo conozco por el doctor Ceneri, italiano, apóstol de la libertad, conspirador, patriota. Torpeza hubiera sido en mí suponer que había sido procesado y condenado bajo aquel mismo nombre, que yo creía ficticio.

El embajador estaba seguro de que en los últimos meses no se había sentenciado a ningún doctor Ceneri. Pero eso importaba poco. Una vez otorgado el permiso, la policía rusa

identificaría al preso con los datos que yo tenía de él. Buenos días, pues: muy pronto recibiría yo noticias de la embajada.

—Una advertencia, Mr. Vaughan, me dijo el embajador. No está Ud. en Inglaterra: recuerde que una palabra imprudente, una simple mirada, la más sencilla observación al caballero que se siente a su lado en la mesa pueden frustrar sus planes. Acá se gobierna de otro modo.

Agradecí el consejo, aunque en verdad no me era necesario: más pecará un inglés por silencioso que por comunicativo. Me volví a mi hotel; procuré distraer el tiempo en los primeros días de espera como mejor me fue dable. No carecía, por cierto, San Petersburgo de entretenimientos: precisamente era ciudad que había yo deseado siempre ver: todo en ella me era nuevo y extraño, y sus costumbres son dignas de estudio, mas nada podía sacarme de mis pensamientos. Todo lo que yo apetecía era salir en busca de Ceneri.

El que insiste, enoja. Sabía yo que el embajador haría cuanto le fuese posible en mi servicio, y esperé pacientemente, hasta que una esquela suya me llamó a la embajada. Me recibió con bondad.

—Todo está arreglado, me dijo. Irá Ud. a Siberia provisto de una autoridad que el alcaide o militar más ignorante obedecerán sin réplica. Por supuesto, he asegurado bajo mi propia palabra que de ningún modo ayudará Ud. a la evasión del preso, y que su misión es enteramente privada.

Le di las gracias, y le pedí instrucciones.

—Ante todo, debo llevar a Ud. a palacio. El zar desea conocer al inglés excéntrico que acomete tan largo viaje para hacer unas cuantas preguntas.

De muy buena voluntad habría renunciado yo a tal distinción; pero, como no veía modo de rehuírla, me dispuse a afrontar al autócrata como mejor pudiese. A la puerta aguardaba el carruaje del embajador, y a los pocos minutos estábamos en el imperial palacio.

Conservo vagas memorias de gigantescos centinelas, oficiales resplandecientes, ujieres graves, gente seca y sombría; de hermosas escaleras y anchos pasos; de pinturas, de estatuas, de doraduras, de tapices. Siguiendo a mi guía, entré en un vasto aposento, en uno de cuyos extremos estaba en pie un hombre alto y de noble apostura en arreos militares; y entendí que me veía en la presencia de aquel que con movimiento de cabeza podía mover a su capricho millones de criaturas, del Emperador de todas las Rusias, el Zar Blanco, Alejandro II, cuyo dominio abarca a una la civilización más refinada de los europeos y la barbarie más baja del Asia.

Dos años hace, cuando llegó de súbito a Inglaterra la nueva de su cruenta muerte, lo recordé como lo vi aquel día, en el calor de la existencia; alto, imperante y benévolo, viril figura que

era grato ver. Si, como dicen los que saben de fragilidad de reinas, corría en sus venas sangre de plebeyo, de la bota a la frente parecía aquél un rey de hombres, un espléndido déspota.

Conmigo fue especialmente afable y llano, y me recibió de modo que pude sentirme tan holgado como era dable en tan poderosa compañía. Por mi nombre me presentó a él el embajador, y, después de una adecuada reverencia, quedé aguardando sus palabras.

Dejó caer sobre mí su mirada durante un segundo; y empezó a hablarme en francés fluentemente, y sin marcado acento extranjero.

—Me dicen que desea Ud. ir a Siberia.

—Si V. M. se digna permitirlo.

—¿A ver a un preso político?

Afirmé con un movimiento de cabeza.

—Largo viaje para tal objeto.

—Es para mí, señor, asunto de grandísima importancia.

—De importancia privada, dice el señor embajador.

Hablaba en tono breve y seco, que no admitía quiebros ni esquiveces. Me apresuré a protestar de la naturaleza enteramente personal de la entrevista que apetecía.

—¿Es muy amigo de Ud. el preso?

—Más es mi enemigo, señor; pero mi felicidad y la de mi esposa dependen de esta entrevista.

Sonrió a esta explicación.

—Quieren bien a sus esposas los ingleses. Sea. El Ministro proveerá a Ud. de pasaporte y autoridades. Buen viaje.

Me incliné reverentemente, y salí del aposento augusto, anhelando que las divinidades de escritorio no demorasen con trabas de Ministerios la ejecución de la voluntad imperial.

A los tres días recibí mis documentos. Me autorizaba el pasaporte a viajar hasta el fin de los dominios asiáticos del zar[11] si me parecía bien, y estaba fraseado de manera que me ahorraba la necesidad de renovarlo a cada nuevo gobierno de distrito. No vine a comprender todo el favor que se me hacía hasta que pude ver luego por mí mismo las dilaciones y enojos de que aquel mágico documento me libraba. Aquellas breves palabras, ininteligibles para mí, obraban como un encanto, cuyo influjo no osaba nadie resistir.

Pero autorizado ya para viajar ¿a dónde debía encaminarme para dar con Ceneri? Expliqué mi caso a uno de los jefes de la policía: describí a Ceneri, cité la fecha aproximada en que suponía yo acaecidos su delito y proceso, y rogué que me aconsejara el medio mejor de hallar a

11 En la edición príncipe: siempre «Czar».

Ceneri en el lugar de su destierro.

Fui tratado con toda cortesía: grande es la cortesía de los empleados rusos con quienes gozan del favor de los poderosos del imperio. Al instante identificaron a Ceneri, y me dijeron su nombre verdadero y su historia secreta. Reconocí el nombre al punto.

No debo darlo al público. Muchos hay en Europa todavía que creen en el desinterés y pureza del mísero preso; muchos que lo lamentan como a un mártir. Tal vez en la causa de la libertad fue siempre noble y bravo. ¿A qué afligir a sus secuaces con la revelación de los sombríos secretos de su vida? Por lo que a mí hace, sea siempre para ellos el buen doctor Ceneri.

Toda su historia me dijo el suave empleado ruso. Ceneri había sido preso en San Petersburgo pocas semanas después de nuestra entrevista en Génova. Uno de sus cómplices denunció a la policía la abominable trama: el zar y varios miembros del Gobierno iban a ser asesinados. Dejó crecer el plan la policía, y cuando la culpa era patente, cayó sobre los conjurados. Apenas escapó uno de los capitanes, y Ceneri, que figuraba entre ellos, fue tratado con escasa merced. No tenía en verdad derecho a más: no era un súbdito ruso, sofocado en su natural derecho de hombre por un gobierno despótico y sombrío: aunque se decía italiano, era cosmopolita. Ceneri era uno de esos inquietos espíritus que anhelan la ruina de todas las formas de gobierno, salvo la de la República. Había conspirado y tramado, y peleado como un valiente, por la libertad de Italia. Sirvió a Garibaldi con filial obediencia, pero se volvió contra él cuando vio que Italia iba a ser una monarquía, y no la ideal República que acariciaba en sus sueños. Rusia atrajo después su atención, y vendido allí su plan, podía darse ya por acabada su tarea en la tierra. Después de muchos meses de mortal espera en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, fue sentenciado a veinte años de trabajos forzados en Siberia, para donde había salido meses antes. Opinaba el suave empleado ruso que le habían tratado con gran misericordia.

Pero dónde estaba en aquel instante, eso no me lo podían decir de fijo. Podía estar en los lavaderos de oro de Kara, en las salinas de Irkustk, en Freitsk, en Nerchinsk. Los desterrados iban primero a Tobolsk, que era como una estación central de todos ellos, desde donde los distribuía a su capricho por toda Siberia el Gobernador General. Si yo lo deseaba, se preguntaría al gobernador de Tobolsk el paradero de Ceneri por carta, o por un telegrama. Pero como yo no podía, de todos modos, dar con Ceneri sin pasar por Tobolsk, haría yo mismo la pregunta al Gobernador. Ni el correo ruso, ni el telégrafo, acabado de establecer, me pareció que correrían parejas con mi prisa: decidí partir al día siguiente.

Di las gracias al jefe de policía, de quien recogí cuantos informes pude, y con mis eficaces

documentos en el bolsillo, fuime a acabar mis preparativos de viaje: un viaje que podía ser mil o dos mil millas más o menos largo, según la comarca adonde hubiese placido al gobernador de Tobolsk confinar al infeliz Ceneri.

Antes de salir recibí una carta de Priscila, carta de criada vieja, muy bien puesta y confusa. Paulina seguía bien, y estaba pronta a dejarse guiar por Priscila hasta la vuelta del paciente amigo que andaba en viaje. «Pero, mi señor Gilberto, decía aquí la carta, siento mucho decir que a veces la señora no me parece en sano juicio. Habla mucho de un crimen muy grande; pero dice que espera tranquila en lo que haga la justicia, y que alguien a quien ha visto en sueños en su enfermedad está trabajando por ella. Y no sabe quién es pero dice que es uno que lo sabe todo».

¡De manera que no sólo esperaría Paulina mi vuelta tranquilamente, sino que alboreaba ya en su alma la memoria de mi amor! Aquellas líneas de Priscila me llenaron de esperanza.

«Hasta esta misma tarde, mi señor Gilberto, no reparó que tenía puesta una sortija de matrimonio. Me preguntó cómo le había venido, y le dije que no se lo podía decir. La hubiera visto entonces el señor dando y dando vueltas horas y horas a la sortija en el dedo, y pensando y pensando. En qué piensa, le dije. En unos sueños de que quiero acordarme, me dijo, con aquella sonrisita, mi señor Gilberto, tan quieta y tan linda. Yo me estaba muriendo por decirle que era la mujer legítima del señor Gilberto; y me daba miedo pensar que iba a sacarse del dedo la sortija; pero gracias a Dios no se la quitó, señor».

¡Sí, gracias a Dios no se la quitó! Cuerpo y alma se me iban por el camino que había traído la carta; a los pies se me iban de mi pobre esposa; pero refrené la tentación, más seguro cada vez de que mi entrevista con Ceneri había de tener resultados venturosos; de que volvería a conquistar de nuevo, si era necesario, el derecho de afirmar para siempre en aquel dedo el anillo de las bodas, convencido ya de que mi esposa era más pura que el oro del anillo. ¡Oh, Paulina, mi hermosa Paulina! ¡Aún seremos felices, esposa mía!

Al día siguiente salí para Siberia.

CAPÍTULO XI

EL INFIERNO EN LA TIERRA

Mediaba el verano cuando dejé a San Petersbusgo, y era el calor vivísimo, en aquella tierra afamada por sus fríos. Fui a Moscú[12] por el camino de hierro que en línea recta inquebrantable va de una ciudad a otra: así lo mandó hacer el zar, sin desviaciones ni curvas. Cuando los ingenieros preguntaron por qué ciudades notables debería pasar el camino, tomó el zar una regla, y trazó una línea recta de San Petersburgo a Moscú: «Por aquí ha de pasar», dijo. Y pasó por allí, arrollando toda propiedad o conveniencia ajena: derechamente anda el camino cuatrocientas millas, sin desviarse un punto de la línea recta que trazó el autócrata.

En la colosal Moscú tuve que detenerme dos días, buscando guía e intérprete. Como yo hablo, además de la mía, dos o tres lenguas, me fue posible escoger con acierto: tomé al fin a mi servicio un mozo inteligente y afable que se envanecía de conocer pulgada a pulgada nuestro camino. ¡Quédese atrás el Kremlin imponente con sus iglesias, sus torreones y sus muros! Vamos a Nijni Novgorod, donde el ferrocarril acaba. ¡Quédese atrás la vieja ciudad de Vladimir con su famosa catedral de cinco domos! Ya estamos en Nijni, donde mi intérprete quiere quedarse uno o dos días, porque «es cosa de ver, me dice, la feria de Nijni Novgorod». ¿Qué me importaban a mí fiestas ni ferias? Le ordené que hiciera al instante los preparativos para seguir el viaje.

Como era verano, estaban abiertos los ríos: el vapor nos llevó por el ancho Volga abajo, hasta más allá de Kazán, hasta el torcido río Kama, hasta la gran ciudad de Perm que el Kama baña.

Nunca fueron para mí cinco días más largos que los que empleé en aquel viaje: el río, tortuoso; perezoso el vapor; el espíritu inquieto. Ansiaba ya llegar a tierra: ¡por el agua no me parecía que adelantaba! Allí sería el camino recto, no con aquellos cientos de recodos!

Estábamos llegando al término de Europa. A cien millas más, cruzaríamos los montes Urales y entraríamos en la Rusia Asiática.

En Perm hicimos los últimos preparativos. De allí en adelante habíamos de viajar con caballos de posta. Iván, mi guía, compró, no sin regatear, un tarantass, que es una especie de faetón. Ya están en él los baúles, y nosotros en nuestros asientos; piafan ya, arnesados a la rusa, los tres caballos de la primera posta: el yemschik los pone en camino, no con el látigo, sino con las palabras cariñosas que se tienen en Rusia por más eficaces: ya ha empezado la larga

12 En la edición príncipe: «Moscow».

jornada!

Cruzamos los Urales, que no me parecían tan eminentes como los pinta la fama. Pasamos por el obelisco de piedra levantado, me dijo Iván, en honor de Yermak, jefe cosaco. Leímos la palabra «Europa» a nuestro frente, y al respaldo leí la palabra «Asia». En Ekaterineburgo pasé mi primera noche en Asia, noche sin sueño, que me ahuyentaba el calcular una vez y otra las millas que me separaban de Paulina. Días sobre días habían pasado desde que salí de San Petersburgo; ferrocarril, vapor y buen caballo me habían traído, y el viaje no estaba más que en el comienzo. Ni sabré siquiera cuánto ha de durar, hasta que no llegue a Tobolsk.

Una bagatela, unas cuatrocientas millas, de Ekaterineburgo a Tiumén; otra bagatela, unas doscientas millas, de Tiumén a Tobolsk; y allí de bagatelas siempre, aguardaré a que plazca al Gobernador General decirme los centenares de millas que me aguardan. En balsa pasamos, el tarantass y nosotros, el Irtish espacioso y amarillo, que a la otra margen espera a los militares que lo cruzan, con el ascenso con que el gobierno les induce a servir en Siberia: en la margen oriental del Irtish empieza la Siberia propia.

¡Tobolsk, por fin! Todo es cariños el Gobernador, apenas ve mi pasaporte. Me invita a comer; acepto por razones obvias, y a cuerpo de rey me trata. Hallo en su archivo cuanto necesito saber sobre Ceneri. Lo grave del delito requería especial dureza: lo ha enviado al último extremo de los dominios del zar. Se ignoraba aún dónde acabaría su viaje, mas esto me importaba poco. Él iba a pie, yo en tarantass, y como no había más que un camino, lo alcanzaría al fin, aunque ya hacía meses de su salida de Tobolsk. Mandaba la escolta de aquella cuadrilla de presos el capitán Varlámoff, para quien me daría el Gobernador una carta. Me daría además otro pasaporte con su propia firma.

—¿Dónde cree Ud. que alcanzaré a la cuadrilla?

—Allá por Irkutsk, calculó el gobernador.

¡Por Irkutsk, como a dos mil[13] millas de Tobolsk!

Me despedí agradecido del poderoso personaje, y a tal velocidad seguí camino que Iván mismo, que era afable y paciente, comenzó a murmurar: «los rusos son mortales», le oía decir. «A dos centavos por milla no puede dar la posta caballos árabes». Ni a Iván ni al yemschik daba yo tregua. Todavía no se había enfriado su té cuando ya los estaba llamando para seguir viaje. ¿Dormir toda una noche? ¡Quién pensaba en dormir!

¡Oh, el té de Siberia! ¡Nunca hasta aquel viaje supe la cantidad de té que puede consumir un vivo! A galones lo beben. Lo llevan consigo en tablillas prensadas, amasado con sangre de oveja y de otros animales. Lo beben al alba, al mediodía, a la noche. Donde hay una parada,

13 En la edición príncipe: «dos millas». Se sigue la lección del original en inglés.

como puedan haber a mano agua caliente, a baldes hacen el té, y lo beben a baldes.

Son vagas mis memorias de aquella expedición. No atravesaba yo el país para estudiar las costumbres, ni para escribir un libro de viaje, sino para alcanzar a Ceneri. ¡A alcanzarlo, pues! Vastas estepas, negros pantanos, bosques de membrillo, tupidos pinares, arces, robles, arroyos, anchos ríos: todo volaba a nuestra espalda. Adelante seguíamos tan de prisa como lo soportaba el camino. Cuando nos rendía la fatiga, habíamos de contentarnos con los ruines arreos de descanso que hallábamos a mano. Sólo los lugares de alguna importancia tenían posadas. Me habitué al fin a dormir en el tarantass, a pesar de los recios tumbos del camino.

Lento, monótono viaje. No me detenía a visitar los objetos o lugares de interés de que hablan los viajeros. Del alba a la noche, y casi toda la noche, giraban velozmente nuestras ruedas. A cada nueva posta leía en el paral de madera el número de millas que me separaban de San Petersburgo, hasta que, con aquel correr de días y semanas, llegó a espantarme la distancia andada y la que había de recorrer a mi vuelta. ¿Volvería a ver a Paulina? ¿Qué habría pasado en Inglaterra durante mi ausencia? Grande era mi desanimación a veces.

Lo que mejor me revelaba la extensión de la distancia recorrida era, más que los parales y los días, los cambios de traje y dialecto de la gente del país. Los yemschiks eran, de trecho en trecho, de nacionalidad y aspecto diferentes: los caballos mismos eran de diversa raza. Mas los yemschiks eran siempre hábiles, y los caballos buenos.

El tiempo seguía hermoso, tal vez demasiado hermoso. Toda aquella tierra, cultivada con esmero, parecía pertenecer a gente acomodada y trabajadora. ¿Era aquélla la Siberia de la fama? El aire, excepto en las horas de calor vivo, era sumamente grato: con él se entraban por el cuerpo alegría y fuerza; jamás había yo respirado aire tan puro. Días había en que sentía en las venas como si me entrase por ellas a raudales una nueva vida.

Los habitantes me parecieron honrados; y cuantas veces me fue preciso mostrar mis documentos, me trataron de tal modo, que fuera poco llamarlo cortesía. No sé cómo me hubiesen tratado a no llevar los documentos.

Tenía ocupada a casi toda la gente campesina la cosecha de heno, asunto allí de tanta importancia que a los presos mismos se les da suelta durante seis meses para que ayuden a levantar la cosecha. Crecían por todas partes hermosísimas flores silvestres, y no se hallaba persona que no pareciese holgada y satisfecha. Me fueron gratas, en verdad, mis impresiones de verano en Siberia.

Deseaba yo, sin embargo, que hubiésemos estado en el rigor del invierno. Rudo es el frío; pero se viaja mucho más aprisa. El camino se cubre de nieve. Ya no se va en tarantass, sino en trineo. Maravilla la suma de leguas que se anda al día.

Tuvimos, por de contado, pequeños accidentes y demoras en el camino. Obra de hombre es al fin el tarantass: las ruedas se rompen, los ejes ceden, se quiebran las lanzas, el tarantass se vuelca. Reparábamos el daño, y en camino!

Capítulo de Génesis parecería esta historia, si enumerase yo las ciudades y aldeas por que pasamos. El lector que de aquellas tierras sepa, reconocería algunos nombres: Tara, Kainsk, Kliuván, Tonisk, Achinsk, Nijni Udinsk. Los demás, aun para el lector más culto, serían meros sonidos.

No había, sin embargo, ciudad o aldea que careciese de estación de posta, ni de un edificio cuadrado y sombrío, más o menos grande según la importancia del lugar, y circundado por alta empalizada, a cuya puerta abarrotada se paseaba un centinela: eran los *ostrogs,* las prisiones! ¡Ni una aldea sin *ostrog!*

Allí hacían alto los míseros presos en su tremenda marcha. Son los *ostrogs* sus únicas posadas. Masas de insectos parecen en lo interior. En los que están hechos para doscientos presos, encierran cuatrocientos. Había épocas en que no se podía seguir la marcha: los ríos se helaban, o se inundaba la comarca: las escenas en los *ostrogs* eran entonces espantosas. Se tiembla sólo al describirlas. Hombres y mujeres, de su sexo olvidados en aquella agonía, se apiñaban sofocados y fétidos, contra las paredes que destilaban podredumbre. Subía del suelo hediondez envenenada. A carretadas sacaban a veces los muertos. Nada eran los sufrimientos del camino comparados con los horrores del descanso. ¡Y era en uno de aquellos *ostrogs* donde debía yo hallar a Ceneri!

Tropezamos al paso con muchas cuadrillas que seguían jadeantes a su triste destino. Me dijo Iván que llevaban casi todos grillos, lo que yo no hubiera sospechado, porque los tenían cubiertos. El corazón se me afligía por aquellos infelices. Criminales como eran—¿lo eran todos acaso?—jamás pude rehusarles la limosna que invariablemente pedían. No veía yo que los tratasen mal los oficiales y soldados; pero erizaban los cabellos las historias de sus padecimientos a manos de alcaides y carceleros inhumanos. El calabozo y el rodillo, y otras penas de crueldad refinada, castigaban las faltas más leves,—a veces, faltas soñadas!

Respiraba yo más libremente cada vez que perdíamos de vista una de aquellas cuadrillas. A mi pesar saltaba a mis ojos el contraste entre mí mismo, libre y considerado, y aquellos rebaños de semejantes míos, maltratados e inmundos. Pero si Ceneri no desvanecía toda sombra de duda en mi espíritu, si la pureza de mi esposa no resplandecía libre de toda mancha después de nuestra entrevista, más desdichado volvería yo por aquel camino que aquellos míseros que arrastraban por él sus pies llagados!

Como diez días después de mi salida de Tobolsk comencé a preguntar en los *ostrogs* si la

cuadrilla del capitán Varlámoff había pasado, y si tardaría aún mucho en alcanzarla. Confirmaban todos el cálculo del gobernador: por Irkutsk vendría a dar con ellos. Vi que cada nuevo día me llevaba mucho más cerca de Varlámoff, y cuando entramos ¡por fin! en la hermosa ciudad de Irkutsk, comprendí que estaba cerca el término de mi jornada.

No había llegado aún el capitán. En el último lugar en que preguntamos por él, nos dijeron que había pasado por allí un día antes: lo dejábamos, pues, atrás. Lo mejor era aguardar en Irkutsk la llegada de la cuadrilla. ¡Bien me estaría, por cierto, descansar uno o dos días de tantas fatigas! No me pesaba gozar de nuevo de las comodidades de la ciudad; pero a cada hora enviaba a inquirir si habían llegado los presos de Varlámoff. Mucho había anhelado llegar a Irkutsk; más estaba anhelando salir de él.

No había recibido carta de Irkutsk desde que dejé a San Petersburgo, ni podía recibirlas, puesto que yo había viajado mucho más rápidamente que el correo. Pero a la vuelta, las recibiría: a la vuelta!

Dos días de impaciencia eran ya pasados cuando me dijeron que a las cuatro de la tarde había llevado su cuadrilla el capitán Varlámoff al *ostrog* de Irkutsk. ¿Qué me importaba a mí acabar la comida que acababan de servirme? Me levanté de ella, y fui hacia el *ostrog* a paso vivo.

No estaban por cierto acostumbrados los centinelas a ver llegar a la puerta de la prisión un hombre de mi aspecto, en traje de paisano, pidiendo ser conducido sin pérdida de tiempo a la presencia de un capitán ruso que aún no se había sacudido el polvo del viaje. Se sonrieron como de burlas, y preguntaron a Iván si «el padrecito» se había vuelto loco. De mucha persuasión y firmeza tuve que valerme, y de una propina que a aquellos ávidos soldados significaba sendos tragos de *vodka,* para que me permitieran trasponer la puerta de la alta empalizada, y llegar, no sin muchas muestras de desconfianza de mi guía, hasta Varlámoff.

Había yo al comenzar mi viaje adoptado el traje ruso, que bien podía, con el desgaste y maltrato del camino, darme la apariencia de un paisano a quien cualquier caballero militar pudiera ajar a su sabor; así fue que el joven y arrogante capitán me echó, al verme, los ojos ceñudos.

Pero fue cosa de gozo observar el cambio de su fisonomía, cuando hubo leído la carta del gobernador de Tobolsk. Se puso en pie, con la mayor cortesía me brindó asiento, y me preguntó en francés si hablaba esta lengua.

Lo convencí pronto de ello; y como no necesitaba de Iván en la entrevista, le dije que me aguardase afuera.

Pero no: no se había de hablar de nada hasta que no tuviéramos delante vino y cigarrillos:

después, sí, después el capitán se pondría a mis órdenes en todo!

Le dije al fin lo que deseaba.

—Desea Ud. ver privadamente a uno de mis presos. Esta carta me ordena que atienda a su deseo. Pero ¿con qué preso desea Ud. hablar?

Le di su verdadero nombre. Un movimiento de cabeza me indicó que no lo conocía.

—No conozco a ninguno de ellos por ese nombre. La mayor parte de los nombres de los presos políticos son falsos. Cuando salen de mis manos, quedan convertidos en números; de modo que no importa.

—¿Ceneri?

Volvió a mover la cabeza. Tampoco lo conocía por Ceneri.

—Sé que el hombre a quien busco está en su cuadrilla. ¿Cómo puedo hallarlo?

—¿Le conoce Ud. de vista?

—Oh, sí: le conozco bien.

—Venga Ud. entonces conmigo, y búsquelo en la cuadrilla. Pero encienda antes otro cigarro: vamos a necesitarlo.

Salió guiándome, y pronto nos detuvimos ante una recia puerta. A su voz vino un carcelero, con un mazo de grandes llaves. Rechinó el cerrojo, y quedó la puerta franca.

—Sígame, dijo Varlómoff, aspirando dilatadamente su cigarro. Le obedecí; y a poco caigo en aquellos umbrales desmayado!

Tal hedor se escapó por aquella puerta, que parecía que por allí se entrase en una caverna donde estuvieran puestas a pudrir las impurezas todas de la tierra. Se sentía que aquel aire espeso y pestífero iba cargado de enfermedades y de muerte.

Me recobré como mejor pude, y seguí a mi guía por aquel lugar lóbrego. Tras de nosotros se cerró la puerta.

Aunque pudiese yo hallar la manera de describir aquel horrendo cuadro ¿quién me lo creería? El *ostrog* era espacioso; pero para los presos que había en él, debía ser tres veces mayor. Repleto estaba de aquellos infelices; de pie, sentados, acostados. Hombres de todas edades, de todas las naciones. Los había del más bajo tipo humano. Estaban apiñados en grupos: muchos de ellos se injuriaban, maldecían, juraban. Movidos por la curiosidad se echaron sobre nosotros tan de cerca como el miedo al capitán les permitía. Reían y charlaban en sus bárbaros dialectos. En un infierno estaba yo, en un inmundo infierno: en un infierno creado por los hombres para sus semejantes.

¿Suciedad?: masa de ella era el *ostrog* entero: amontonada bajo los pies, escurriéndose por las paredes y las vigas, flotando en el aire espeso, cálido, pestilente. Masa viva de suciedad

parecía ser cada hombre. Emile Zola se complacería en una descripción minuciosa de aquella miseria: yo la dejo a la imaginación de los que me leen, aunque dudo que imaginación alguna conciba cosa semejante a la realidad.

En una cosa sí pensé al momento: ¿cómo no se echaban afuera todos aquellos hombres, abatían a sus guardas, y se escapaban de la humeante cueva? Lo pregunté a Varlámoff.

—Jamás intentan escaparse en el camino, me dijo. Es un caso de honor entre ellos: saben que si alguno se fuga, los demás son tratados con mucha mayor severidad.

—¿Y ninguno se escapa después?

—Sí, muchos se escapan; pero de nada les sirve. Tienen a la fuerza que pasar por las poblaciones o morir de hambre; y en las poblaciones vuelven siempre a caer presos.

Uno a uno iba yo examinando aquellos rostros, ansioso de dar con el que buscaba; unos me miraban con ira, con desconfianza otros, otros como desafiándome, otros con indiferencia. Se hablaban en voz baja; pero la presencia de Varlámoff me libró de insultos. Muchos grupos examiné sin éxito; y comencé a dar la vuelta a la prisión.

A todo lo largo de la pared corría una tarima inclinada, cubierta enteramente por cuerpos encogidos en diversas posturas. Era el lugar menos inmundo del *ostrog,* y no había en él vacío el espacio de un dedo. En una de las esquinas vi a un hombre reclinado, en la actitud de quien ha perdido ya todas las fuerzas. La cabeza le colgaba sobre el pecho, los ojos los tenía cerrados. Algo había en todo él que me era conocido. Me acerqué a él, y le puse mi mano en el hombro. Abrió sus fatigados ojos y levantó su triste faz. Era Manuel Ceneri.

CAPÍTULO XII

EL VERDADERO NOMBRE

La expresión de su mirada cambió de súbito de la desesperación al asombro. Parecía no estar seguro de que no fuese un fantasma el hombre que tenía ante sí. Se puso en pie como deslumbrado y aturdido, y me miró cara a cara, mientras que sus compañeros agitados se apretaban alrededor nuestro.

—¡Mr. Vaughan! aquí! en Siberia! exclamó, como si no diese crédito a sus propios sentidos.

—Vengo desde Inglaterra para ver a Ud. Éste es el preso a quien busco, dije, volviéndome hacia el capitán, que continuaba echando al aire espesas bocanadas de humo.

—Me felicito de que lo haya encontrado, respondió cortésmente. Ahora, mientras más pronto salgamos de aquí, mejor. Este aire es poco saludable.

¿Poco saludable? ¡Era fétido! Al ver a aquel gallardo militar de afables maneras, al pensar en el endurecimiento a que ha de llegar el alma para estar viendo en paz tanta miseria, tanto infortunio, me maravillaba de que aquel hombre creyese sinceramente que sólo estaba cumpliendo con su deber. Tal vez estaba cumpliendo con él. Tal vez los crímenes de los presos sofocaban toda simpatía. ¡Pero, oh tormento, el de vivir entre aquellos infelices, trocados en poco más que bestias! Puedo yo equivocarme; mas me parece que el carcelero ha de tener un corazón más duro que el peor de sus cautivos.

—¿Puedo verle, hablarle a solas? pregunté.

—A eso está Ud. autorizado. Soy un soldado; en este asunto Ud. es mi superior.

—¿Puedo llevarlo conmigo a la posada?

—Creo que no. Aquí mismo tendrá Ud. un cuarto. Sírvase seguirme. Ah! ¡Esto es otra cosa!

Estábamos ya fuera de la puerta de la prisión, respirando otra vez el aire libre. Me llevó el capitán a una especie de despacho, desaseado y con escasos muebles pero que alegraba los ojos cuando se venía de aquella terrible escena.

—Espere Ud. aquí. Voy a enviarle el preso.

Pensé al instante en el miserable y decaído aspecto de Ceneri. Aunque fuese el malvado mayor, deseaba hacerle algún bien.

—¿Puedo darle de comer y de beber?

El capitán se encogió de hombros, y rió amablemente.

—No debe tener hambre. Él recibe las raciones que el gobierno dice que son suficientes. Pero Ud. puede tener hambre y sed. No veo por qué impedirle que envíe por algo de comer y

de beber, para Ud. por supuesto.

Le di gracias, y envié a mi guía a traer la mejor carne y vino que pudiese hallar. Cuando en Rusia pide vino un caballero, se entiende que es champaña. No hay posada de algún viso donde no lo tengan, o al menos vino del Don, que no lo suple mal. Pronto había vuelto Iván con una botella de champaña bueno, y no mala provisión de carne fría y pan blanco. Acababa de ponerlo en la mesa cuando en compañía de un alto soldado entró mi huésped.

Ceneri se dejó caer con fatiga en la silla que le acerqué. Oí, al sentarse, el ruido de sus grillos. Mandé a Iván afuera. El soldado, que sin duda había recibido órdenes, me saludó con gravedad, y salió tras él. Quedó la puerta cerrada, y Ceneri y yo solos.

Había vuelto ya un tanto de su estupefacción, y al mirarme notaba yo en su rostro a la vez curiosidad y anhelo. Desesperado como estaba, vio sin duda en mi presencia allí algún rayo de esperanza, imaginando que podría ayudarle a recobrar la libertad. Para gozar un momento de esta idea estuvo acaso al principio sin hablarme.

—He hecho un viaje largo, muy largo, para ver a Ud., doctor Ceneri.

—¡Ay! ¿Si a Ud. le ha parecido largo, qué me habrá parecido a mí? Ud. por lo menos puede volver cuando lo desee a la libertad y a la dicha.

Me hablaba en el tono tranquilo de los que ya nada esperan. No había yo podido evitar que mis palabras fuesen frías, y mi voz áspera. Si mi presencia despertó alguna esperanza en su corazón, el tono de mi voz la disipaba. Sabía ya que no había hecho el viaje por él.

—Que pueda yo volver a la dicha o no, depende de lo que Ud. me diga. Ud. comprende que sólo un asunto de la mayor importancia me ha traído tan lejos para ver a Ud. unos cuantos minutos.

Me miró con curiosidad, mas no con desconfianza. ¿Qué daño le podía hacer? ¿Para él no estaba ya el mundo terminado? Aunque le acusase yo, no de uno, de cien asesinatos; aunque pasease allí las víctimas a su presencia ¿qué más podría sucederle de lo que le sucedía? Él estaba excluido, borrado del libro de la vida: nada podía ya importarle, salvo el mayor o menor bienestar físico. Me estremecí al pensar en la extensión de su infortunio, y a despecho de mí mismo, compadecí vehementemente al desventurado.

—Tengo mucho de importancia que decirle; pero déjeme servirle primero una copa de vino.

—Gracias, me dijo, casi con humildad. Ud. no podrá creer, Mr. Vaughan, que un hombre se vea reducido a tal estado que apenas pueda contenerse a la vista de un poco de carne asada y un poco de vino.

Todo lo podía yo creer después de haber visto el *ostrog.* Destapé la botella y la puse de su lado. Mientras comía y bebía, tuve tiempo para estudiarlo atentamente.

Sus sufrimientos lo habían cambiado mucho. Sus facciones se habían acentuado; todos sus miembros parecían más pobres: dijérase que tenía diez años más. Llevaba, hecho todo harapos, el vestido ordinario de los campesinos rusos. Sus pies, envueltos en pedazos de un género de lana, se mostraban a trechos por sus zapatos rotos. En todo él era visible el efecto de sus largas jornadas. Nunca me había parecido hombre robusto, y me bastaba ahora verle para asegurar que cualquiera que fuese la labor a que lo dedicara el gobierno ruso, en cuidarlo gastaría más que lo que pudiera obtener de él; pero lo probable era ¡infeliz! que no tuviera que cuidarlo largo tiempo.

No comía vorazmente, aunque sí con un vivo apetito. Bebía poco. Apenas acabó de comer, miró alrededor como buscando algo. Le di mi tabaquera, y un fósforo encendido. Me dio las gracias, y comenzó a fumar con visible placer.

No me atreví en los primeros momentos a inquietar al desdichado: cuando saliera de verme, iba a volver a aquel infierno de hombres. Pero el tiempo corría: del lado afuera de la puerta se oía el paso monótono del centinela: no sabía yo cuánto tiempo permitiría el capitán que se prolongara la entrevista.

Reclinado Ceneri en la silla, con el aire absorto de quien sueña, fumaba lentamente y con deleite, como si quisiese apurar todo el sabor del buen tabaco. Le ofrecí un poco más de champaña. Sacudió la cabeza, se volvió, y fijó en mí la mirada.

—Mr. Vaughan, dijo: sí, es Mr. Vaughan! ¿Pero yo, quién y qué soy? ¿Dónde estamos? ¿Es esto Londres, o Génova, o qué es esto? ¿Despertaré y hallaré que he soñado todo lo que he padecido?

—Temo que no sea sueño. Estamos en Siberia.

—¿Y Ud. no me trae ninguna buena nueva? ¿ Ud. no es uno de los nuestros, que viene a riesgo de su vida a libertarme?

A mi vez sacudí la cabeza.

—Haría cuanto pudiese por mejorar su fortuna; pero vengo por un asunto propio a hacer a Ud. algunas preguntas que sólo Ud. puede responder.

—Pregúntemelas. Me ha dado Ud. una hora de alivio en mi miseria. Le estoy agradecido.

—¿Me dirá Ud. la verdad?

—¿Por qué no? ¿Qué tengo yo que temer, qué tengo que ganar, qué tengo que esperar? Los hombres mienten cuando las circunstancias los obligan: un hombre en mi situación no tiene necesidad de mentir.

La primera pregunta es ésta: ¿qué clase de hombre es, quién es Macari?

De un salto se puso en pie Ceneri. El nombre de Macari lo había vuelto al mundo. Ya no

parecía un hombre decrépito. Su voz era fiera y firme.

—¡Un traidor! ¡Un traidor! exclamó. Por él me veo en esta desdicha. A no ser por él, yo hubiera realizado mi intento y escapado. ¡Si fuera él el que estuviera aquí en lugar de Ud.! Débil como estoy, hallaría en mí fuerza bastante para apretarle en la garganta el último soplo de vida de su infame cuerpo!

Y se paseaba por el aposento de un lado y de otro a grandes pasos, abriendo y cerrando los puños.

—Cálmese, doctor Ceneri, le dije. Nada tengo yo que hacer con sus intrigas y traiciones políticas. ¿Quién es? ¿Cuál es su familia? ¿Es Macari su nombre verdadero?

—Jamás le he conocido por otro nombre: su padre era un renegado italiano que envió a su hijo a vivir en Inglaterra para guardar su sangre preciosa del riesgo de verterse por la libertad de Italia. Le conocí cuando era joven e hice de él uno de los nuestros. Nos era muy útil su conocimiento perfecto del inglés, y peleó, sí, peleó en un tiempo como un bravo. ¿Por qué fue traidor luego? ¿Por qué me hace Ud. esas preguntas?

—Ha estado a verme y me asegura que es hermano de Paulina.

Me bastó ver en aquel momento el rostro de Ceneri para desterrar de mí aquella primer mentira de Macari. ¿Y la otra? ¡Ah! la otra, ¿cómo no había de ser también enteramente falsa? Pero iba yo a oír una revelación terrible al preguntar sobre ella.

—¿Hermano de Paulina? tartamudeó Ceneri. ¡Su hermano! Ella no tiene hermano.

Como de un velo lúgubre se cubrían sus facciones al decirme esto: ¿qué idea se las velaba?

—Dice que es Antonio March, su hermano.

—¿Antonio March? repitió Ceneri trémulo. No hay semejante persona. ¿Qué quería? ¿Cuál era su objeto? me preguntó febrilmente.

—Que yo me uniese a él para solicitar del gobierno italiano la devolución de una parte de la fortuna gastada por Ud.

Rompió Ceneri en una risa amarga.

—Ya todo lo veo claro, dijo. Denunció un plan que hubiera podido cambiar un gobierno, nada más que por sacarme de su camino. ¡Cobarde! ¿Por qué no me mató a mí solo, nada más que a mí? ¿Por qué ha hecho sufrir a otros conmigo? ¡Antonio March! ¡Dios mío! ¡Ese hombre es un infame!

—¿Está Ud. seguro de que Macari lo denunció?

—Sí, estoy seguro. Lo estaba desde que el del calabozo de al lado me lo golpeó en la pared. Él tenía modo de saberlo.

—No entiendo a Ud.

—Los presos se hablan a veces por golpes en la pared que separa sus calabozos. El preso que estaba junto a mi calabozo era uno de los nuestros. Mucho antes de que los meses de prisión solitaria lo hubiesen vuelto loco, me dijo muchas veces con sus golpes: «Denunciado por Macari». Yo lo creía. Era un hombre demasiado leal para acusar sin razón. Pero hasta ahora no podía explicarme el objeto de la traición.

La parte más fácil de mi tarea estaba vencida. Macari no era hermano de Paulina. Ahora, si Ceneri quería decírmelo, iba yo a saber quién fue la víctima del crimen cometido años atrás, y la razón del crimen; iba a oír, sin duda, que la explicación de Macari era una invención maligna: si esto no oía ¿a qué mi viaje? ¿Es maravilla que me temblaran los labios al ir a hablar de lo que decidiría de mi ventura?

—Ahora, doctor Ceneri, tengo que preguntar algo de la mayor importancia para mí. ¿Tuvo Paulina un amante antes de ser mi esposa?

Ceneri levantó las cejas.

—Pero Ud. no ha venido de seguro hasta aquí para curarse de una idea celosa.

—No; verá Ud. después lo que quiero decir. Entretanto, respóndame.

—Tuvo un amante, puesto que Macari decía que la amaba, y juraba que la haría su esposa. Pero puedo afirmar con entera certeza que ella jamás correspondió a Macari.

—¿Ni tuvo amores con nadie más?

—No, que yo sepa. Pero sus palabras de Ud. y su agitación me extrañan. ¿Por qué me pregunta Ud. esto? Yo pude obrar mal con Ud., Mr. Vaughan; pero, salvo su estado mental, todo en Paulina la hacía digna de ser esposa de Ud.

—Sí, Ud. obró mal. ¿Qué derecho tenía Ud. para dejarme casar con una pobre loca? Fue Ud. muy cruel con ella y conmigo.

Airado me sentía, y hablé con ira. Ceneri se agitó en su silla inquieto. Si me hubiera movido la venganza, allí la tenía entera: al hombre más vengativo hubiera saciado la contemplación de aquel mísero, vestido de harapos, quebrado en el alma y cuerpo.

No era vengarme lo que yo quería. Todo en él me revelaba que me decía la verdad al afirmarme que Paulina no tuvo otros amores. ¡De nuevo, como cuando la vi por última vez y la besé en la sien, allí donde empezaba a crecer el cabello rico y fino, caía deshecha en polvo la vil mentira de Macari! Pura era Paulina como un ángel. Pero yo necesitaba saber quién fue aquél cuya muerte tuvo por tanto tiempo velada su razón.

Ceneri me seguía mirando inquieto. ¿Adivinaba lo que tenía que preguntarle?

—¡Dígame, prorrumpí, el nombre del joven asesinado por Macari en Londres en presencia de Paulina; dígame por qué lo mató!

De una palidez cenicienta se le cubrió instantáneamente el rostro. Allí parecía acabar su vida, encogido en su asiento como un inanimado bulto, sin el poder del habla ni la acción, sin apartar los ojos de mi cara.

—Dígame, repetí... Pero no: voy a recordar a Ud. la escena, para que vea que la conozco bien. Aquí está la mesa; aquí está Macari, de pie junto al hombre a quien ha herido; aquí está Ud.; detrás de Ud. está otro hombre con una cicatriz en la mejilla. En el aposento de atrás, sentada al piano, está Paulina. Está cantando; pero su canto se interrumpe al caer el hombre muerto. ¿Describo bien la escena?

Yo había hablado con vehemencia. Acompañaba de gestos mis palabras. Ávidamente me había oído Ceneri. Con ojos ansiosos había seguido todos mis ademanes. Al indicar yo la posición supuesta de Paulina, volvió hacia allí los ojos, rápidos y aterrados, como si esperase verla entrar. Nada objetó a mi descripción del cuadro.

Aguardé a que recobrase la calma. Parecía un espectro. El aliento le venía a boqueadas. Temí por un momento que allí quedase muerto. Llené un vaso de champaña: lo tomó en su mano temblante, y lo apuró de un golpe.

—¡Su nombre! ¡Dígame el nombre del muerto! repetí. ¿Dígame qué relación tenía con Paulina?

Recuperó entonces la voz.

—¿Por qué viene Ud. hasta aquí a preguntármelo? Paulina debe habérselo dicho a Ud. Ella debe haber vuelto al juicio, porque si no, usted no podía saber esto.

—Paulina no me ha dicho nada.

—No puede ser. Ella ha de habérselo dicho. Nadie más que ella vio el crimen, el asesinato: porque fue un asesinato.

—Alguien más lo vio que Ud. olvida.

Ceneri, asombrado, me miraba.

—Sí, alguien más, por un accidente; un hombre que podía oír, pero no ver, cuya vida defendí como la propia mía.

—Doy a Ud. gracias por haberlo salvado.

—¿Ud. me da gracias? ¿Por qué me da Ud. gracias?

—Porque si salvó Ud. la vida de alguien fue la mía. Yo soy aquel hombre.

—¡Ud. es aquel hombre! Y me miraba más atentamente. Sí: ahora recuerdo bien las facciones. Siempre me dije que yo había visto alguna vez su cara. Sí. Entiendo. Soy médico. ¿Le operaron los ojos?

—Me los operaron con éxito.

—Ahora ve Ud. bien; ¿pero entonces? Yo no pude equivocarme: Ud. estaba ciego: Ud. nada veía.

—Nada vi; pero lo oí todo.

—Y Paulina le ha dicho a Ud. lo que sucedió.

—Nada me ha dicho Paulina.

Ceneri se puso otra vez en pie, y volvió a pasear agitadamente por el aposento. Las cadenas le sonaban al andar. «Yo lo sabía», balbuceaba en italiano: «yo lo sabía: aquel crimen no podía quedar oculto».

De pronto se volvió hacia mí.

—Dígame cómo ha sabido Ud. esto. Teresa hubiese muerto antes de hablar. Petroff, ya lo dije a Ud., murió loco en la fortaleza.Petroff era sin duda el de la cicatriz en la cara, el que había descubierto la traición de Macari.

—¿Se lo dijo a Ud. Macari, ese consumado traidor? No: no puede ser. Él era el asesino; esa confesión hubiera trastornado sus planes. ¿Cómo lo ha sabido Ud.?

—Yo lo diré a Ud.; pero sospecho que no va a creerme.

—¿No creer a Ud.? ¡Todo lo creeré yo de aquella noche! Jamás he podido librar de ella mis pensamientos. La verdad, Mr. Vaughan, se ha revelado a mí en esta prisión. Yo no estoy condenado a esta vida por un crimen político. Mi sentencia es la venganza indirecta de Dios por la maldad de que fue Ud. testigo.

No: Ceneri no era un criminal endurecido, como Macari. A él, por lo menos, le atormentaba la conciencia. Y además, como parecía supersticioso, me creería tal vez cuando le contase la manera con que me fue revelado el crimen.

—Yo se lo diré a Ud., repetí, con tal de que por su honor se obligue a contarme la historia completa del asesinato, y a responder a mis preguntas plena y sinceramente.

Sonrió con amargura.

—Olvida Ud. quién soy ahora, Mr. Vaughan, pues que me habla de honor. Sí: yo prometo todo lo que Ud. me pide.

Y le dije enseguida, cuan brevemente pude, todo lo que había sucedido, lo que había yo visto. Temblaba al oírme pintar de nuevo la implacable visión.

—No más, no más, me dijo. Bien lo sé yo todo. Miles de veces lo he vuelto a ver, despierto y en sueños: no dejaré de verlo mientras viva. ¿Pero por qué viene Ud. a mí? Ud. me dice que Paulina está recobrando su sentido: ¡ella se lo hubiera dicho todo!

—Nada le hubiera preguntado hasta no haberle visto a Ud. Ella ha vuelto al juicio, pero no me conoce; y si la respuesta de Ud. no es la que anhelo, jamás me conocerá.

—Si algo puedo hacer para purgar... comenzó ansiosamente.

—Decir la verdad. Escúcheme. Acusé al asesino, al cómplice de Ud. en el crimen. Como Ud., tampoco él no lo negó; pero lo justificó.

—¡Lo justificó! ¿Cómo?

Me detuve por un instante. Clavé mis ojos en él para no perder el menor cambio de su fisonomía, para leer la verdad en sus facciones.

—Me dijo que el joven había sido muerto por órdenes de Ud.; que el joven era—¡Dios mío, cómo pude repetirlo! el amante de Paulina, que la había deshonrado, y se negaba a reparar su falta. La verdad! Dígame la verdad!

Gritos eran ya mis últimas palabras. Toda mi calma desaparecía al pensar en el villano que con una sonrisa de burla había acusado a Paulina de una infamia.

Ceneri, en cambio, se calmaba a medida que comprendía la gravedad de mi pregunta. Malo como aquel hombre podía ser, aun manchado de sangre inocente, lo hubiera estrechado en mis brazos al leer en su mirada de asombro la pureza sin mancha de mi amada!

—El joven a quien hirió en el corazón el puñal de Macari fue el hermano de Paulina, el hijo de mi hermana, Antonio March.

CAPÍTULO XIII

CONFESIÓN TERRIBLE

ne aquellas inesperadas palabras, echó sus demacrados brazos sobre la ruda mesa, y con un gesto de desesperación hundió la cabeza en ellos. Repetía yo maquinalmente y como estupefacto desde mi asiento: «El hermano de Paulina! Antonio March!». El último vestigio de la calumnia estaba borrado de mi mente; pero el crimen en que Ceneri había estado complicado asumía tremendas proporciones. Más espantable era de lo que yo había sospechado. La víctima era un pariente cercano, el hijo de su propia hermana. ¡Nada podría decirme que disculpase el crimen! Aun cuando no lo hubiese premeditado y ordenado, él lo presenció, él ayudó a borrar todas sus huellas, él había vivido, hasta hacía poco tiempo, en íntima amistad con el asesino. Apenas podía yo reprimir la repugnancia y el desprecio que me inspiraba aquella criatura abyecta. No sabía cómo hallar calma en mi indignación para preguntarle, en palabras inteligibles, el objeto del crimen; pero yo estaba decidido a saberlo al fin todo.

Me ahorró la pregunta. Levantó la cabeza y me miró con ojos suplicantes.

—Se aparta Ud. de mí. Es justo; pero yo no soy tan culpable como Ud. piensa.

—Antes, dígamelo todo: las excusas vendrán luego, si hay alguna.

Hablaba como sentía: dura y desdeñosamente.

—Para el asesino no hay ninguna. Para mí, bien sabe Dios que con toda el alma hubiera dejado vivo a Antonio. Abjuró de su patria y la olvidó; pero eso se lo perdoné.

—Su patria! La patria de su padre era Inglaterra.

—La de su madre era Italia! me replicó Ceneri en un arranque fiero. Tenía nuestra sangre en sus venas. Su madre era una buena italiana. Ella lo hubiera dado todo, fortuna, vida, hasta el honor, sí, hasta el honor lo hubiera ella dado por Italia.

—Bien. El crimen!

Y me narró el crimen. En justicia a un hombre arrepentido, no lo cuento en sus propias palabras. Sin su propio acento de angustia parecerán frías e inexpresivas. Culpable fue, pero no tanto como yo pensaba. Su gran falta era creer que en la causa de la libertad todas las armas son permitidas, todos los crímenes perdonables. Los ingleses, hombres hechos a decir como nos viene a los labios nuestro pensamiento y a ejercitar la persona en los asuntos públicos, no podemos entender, ni ver con piedad, a uno de esos fanáticos engendrados, como el estallido en una botella de champaña, por la presión constante y violenta. El hombre se abre paso con más fiereza allí donde se le niega más. Libres nosotros, no entendemos las fatigas y crímenes de los

demás por serlo. Conforme a nuestras ceguedades de partido, ensalzamos al nuestro e injuriamos en todo nuestro leal saber y entender a nuestros adversarios, especialmente cuando está en ellos el gobierno, y nos parece mejor que esté en nosotros; pero de una u otra manera, aunque nos cubra en Inglaterra el manto real, son nuestros conciudadanos los que nos gobiernan. Vivamos años sobre años a la merced de un extranjero; y entenderemos lo que quiere decir patriotismo en el sentido de Ceneri.

Él y su hermana eran hijos de una buena familia de la clase media, no de nobles como me dijo Macari. Le educaron con esmero, y se hizo médico. Su hermana, de quien había Paulina heredado su gran hermosura, vivió como en Italia viven las jóvenes de su condición; más tristemente vivió sin duda, pues, siguiendo el ejemplo de su hermano, rehusó asistir a fiesta o goce alguno mientras se pasearon como señores por su tierra los austríacos de casaquilla blanca. Amor vino a sacarla de aquel luto. Un inglés, March, vio a la hermosa niña, se hizo amar de ella, y casada con él se la llevó a Inglaterra en triunfo. Ceneri no perdonó nunca a su hermana por completo; mas no halló razón para oponerse a su ventajoso matrimonio. March era muy rico: su padre fue hijo único, y él lo era también, lo que explica que no tuviese Paulina parientes cercanos por parte de su padre. Durante muchos años vivieron felices los esposos, favorecidos con una hija y un hijo, hasta que March murió, cuando la niña tenía diez años y el niño doce. La viuda, a quien sólo podía retener en Inglaterra el amor a su esposo, se volvió al punto a Italia, donde la vieron llegar con alegría cuantos de niña habían admirado su patriotismo y hermosura. Muy rica era: muy bien la recibieron. Su marido, en los primeros encantos de su pasión, había testado en favor suyo toda su fortuna; y tanto fiaba en ella, que el nacimiento de los hijos no le hizo alterar su voluntad: ¿a qué decir que la esposa de March vio su camino sembrado de amigos?

Antes de conocer a su marido, había ella amado a su hermano por sobre todo en el mundo. Le secundaba en su pasión por Italia; simpatizaba con sus planes; oía con cariño los detalles menores de sus constantes intrigas: él le llevaba algunos años. A su vuelta a Italia, halló a aquel hermano querido trabajando oscuramente, por una paga ruin, de médico más laborioso que afortunado. ¿Y era aquél el enérgico, el visionario, el osado patriota de quien habían apartado a la italiana los brazos de su esposo? Sólo cuando estuvo convencido de que su estancia en Inglaterra no había entibiado en ella el amor a su patria, le dejó ver Ceneri que aquella humilde apariencia escondía una de las mentes más diestras y sutiles de cuantas por entonces, con fuego de novicios, trabajaban por la libertad de Italia. Recobró entonces Ceneri todo su imperio sobre su hermana. Ella lo admiraba, lo veneraba. ¿Qué le pediría él para Italia que no hiciese ella?

Imposible es decir lo que ella hubiese hecho; pero no es dudoso que en las manos de Ceneri

habría puesto sin vacilar, llegada la hora del sacrificio, su fortuna y la de sus hijos. Murió antes, y dejó a su hermano cuanto poseía, como tutor de los dos niños, con el encargo único, a que le movió el recuerdo de su esposo, de que les diese educación inglesa. Cerró los ojos, y a la merced del tutor quedaron los dos niños.

La madre fue obedecida. Paulina y Antonio se educaron en Inglaterra; pero como no tenía allí la familia muchos amigos y durante la viudez de su madre habían desaparecido los más de ellos, iban siempre a pasar en Italia las vacaciones, con lo que fueron creciendo tan italianos como ingleses. Ceneri administraba su fortuna hábil y honradamente, hasta que, al fin, la hora anhelada vino!

Se preparaba el golpe supremo. Ceneri, que nunca quiso mezclarse en intrigas de poca cuenta, sintió que era aquél el instante de hacer por su patria cuanto le fuese dable. Saludó al héroe. Garibaldi iba a salvar al país oprimido. La fortuna había premiado el primer atrevimiento. Tiempos y hombre se juntaron. A rebaños, a millares venían los reclutas al campo de la guerra. «Dinero!» se decía de todas partes. Dinero para armas y municiones, para provisiones y vestidos, para comprar a los enemigos y a los traidores, para todo dinero! Puesta ya en aquel punto por los hombres de pensamiento la redención de los italianos, los que pusieran en manos de los bravos los recursos de guerra serían los redentores verdaderos!

¿Por qué había él de dudar? ¿No hubiera dado su hermana en caso semejante todo cuanto poseía, y su vida? ¿No eran sus hijos italianos de madre? ¡La libertad no reparaba en tales pequeñeces! Salvo unos cuantos miles de libras, todo lo malvendió y vertió Ceneri en las manos que imploraban dinero con que tener en pie a los soldados de Italia. Donde más se la necesitó, fue empleada la riqueza toda de los niños, y Ceneri mantenía que sin su ayuda, Italia aquella vez no hubiera sido libre. ¿Quién sabe? Acaso tenía razón.

Títulos y honores le ofrecieron luego por aquel grande y callado servicio, e involuntariamente sentí respeto por Ceneri al saber que los había rehusado todos: su conciencia tal vez le decía que no tenía derecho a ellos; no era suyo lo que había sacrificado por la patria. Ello fue que no pasó de ser el doctor Ceneri, y ni amigos ni jefes reconoció en los vencedores, cuando vio que Italia iba a ser un reino, no una república.

Había guardado sólo unos miles de libras. ¡Su patriotismo permitió al menos a Ceneri reservar lo necesario a sus víctimas para acabar su educación y comenzar la vida! Era ya tal la hermosura de Paulina que su suerte no debía ser motivo de mayor inquietud: un matrimonio rico le aseguraría el bienestar. Pero Antonio, que ya las daba de mozo alocado y terco, Antonio era otra cosa! Había resuelto Ceneri, no bien llegase a la mayor edad, confesarle su robo, decirle cómo había gastado su riqueza, pedirle su perdón, soportar, si era necesario, la pena de

la ley. Pero mientras le fue quedando aún algo del caudal, demoró hacerlo. No mostraba el joven la menor simpatía con los ardores revolucionarios de su tío, ni la menor desconfianza de él; y seguro de que, al entrar en edad, vendría a sus manos, aumentada por el económico manejo, una generosa fortuna, gastaba tan a raudales el dinero que Ceneri se vio pronto en agonías para saciarlo.

Y demoraba su confesión, mientras tenía aún a mano algunos fondos. A él también se le ocurrió el plan en que Macari quiso asegurar mi ayuda; pero la demanda hubiera tenido que hacerse en nombre del sobrino despojado: Antonio hubiera tenido que saberlo.

El miedo de Ceneri era mayor mientras más cercano estaba el instante de la revelación inevitable. Había estudiado el carácter de Antonio, y estaba cierto de que su único deseo sería vengarse del tutor desleal que echaba abajo sus sueños de riqueza. Ya Ceneri no veía delante de sí más que una ignominiosa condena de la ley, ciertamente merecida: y si la justicia de Inglaterra no podía alcanzarle, la de su propio país podría.

Creo que hasta aquella época no había hecho Ceneri a sus propios ojos cosa de que no le absolviese su patriotismo; pero fue creciendo en él luego el deseo de librarse del castigo, y determinó esquivar la consecuencia de su conducta.

Nunca había mostrado afecto por sus sobrinos, y ya en los últimos tiempos se le aparecían de seguro como dos inocentes engañados que algún día le pedirían cuenta del delito. Conservaban, además, demasiado del carácter de su padre, para que él se sintiese muy inclinado a ellos. A Antonio lo despreciaba por su frívola y estéril vida, vida sin aspiración ni objeto, vida de gozador egoísta, tan distinta por cierto de la suya. Creía Ceneri honradamente que trabajaba por el bien del mundo; que sus conspiraciones y proyectos aceleraban la victoria de la libertad universal. Era en los escondidos círculos de los conspiradores europeos persona de considerable importancia. Su ruina o su prisión privaría a sus coligados de un hombre útil. ¿No tenía él el derecho de mirar por sí, pesando de un lado su vida encaminada a altos propósitos, y de otro la existencia de mariposa de su sobrino? Así raciocinaba y se persuadía de que, por el bien de la humanidad, apenas había cosa que no le fuera lícita para salvarse a sí mismo.

Antonio March tenía entonces veintidós años. Confiado en su tío, descuidado y ligero, había aceptado, mientras nada le faltó para sus necesidades, las excusas con que Ceneri demoraba el rendimiento de sus cuentas. No se supo si algún detalle excitó sus sospechas; pero cambió de pronto de tono, e insistió en que al instante fuese puesta en sus manos su fortuna. Ceneri, a quien sus planes retenían por entonces en Londres, le aseguró que antes de salir de Inglaterra lo dejaría todo explicado.

En verdad, la hora de la explicación había llegado ya: las últimas sumas pedidas por Antonio habían poco menos que agotado el escaso remanente de su fortuna paterna.

Pero Macari ¿qué tenía que hacer en todo esto? Había sido durante años un útil y fiel agente de Ceneri, aunque probablemente no le animaban los desinteresados y nobles móviles de éste. Parecía ser uno de esos traficantes en conspiraciones, que entran en ellas por el dinero que de ellas pueden sacar. Y aquella bravura suya, que dicen que fue cierta, con que peleó y se distinguió en Italia, la explicaba bastante la indómita ferocidad de su naturaleza, que era de las que en el pelear hallan agradable empleo.

Como en todos los planes de Ceneri estaba mezclado, iba a su casa a menudo, dondequiera que su vida errante lo tuviese, y allí veía a Paulina, a quien requería de amores desde que era aún niña, sin que sus artes apasionadas consiguiesen mover en su favor a la encantadora criatura. Con ella era él bondadoso y sumiso, y Paulina no tenía por qué desconfiar de él; pero le negó siempre tenazmente su cariño. Años duraba ya aquella persecución. Macari era la constancia misma. Paulina le repetía en vano su determinación: Macari renovaba sus demandas.

Ceneri no lo animaba en ellas, pero no quería ofenderlo, y como veía que Paulina lo rechazaba de todas veras, dejaba a sí mismas las cosas, creyendo que Macari se cansaría al fin del vano empeño. No creía Ceneri que Macari solicitase a Paulina por la fortuna que ésta pudiese llegar a tener: que harto adivinaría él de dónde provinieron aquellas riquezas vertidas por Ceneri en las arcas de los patriotas.

Paulina estuvo en el colegio hasta que iba ya a cumplir dieciocho años: de entonces hasta los veinte, suspirando siempre por Inglaterra, vivió con su tío en Italia. Rara vez veía a Antonio, pero lo quería con pasión, por lo que tuvo grande alegría cuando Ceneri le dijo que sus negocios lo llamaban a Inglaterra, e intentaba llevarla. Se vería libre de la persecución fatigosa de Macari, y volvería a ver a su hermano.

Ceneri, que quería recibir sin estorbos a toda hora a sus numerosos amigos políticos, alquiló por un plazo breve una casa amueblada. Paulina no ocultó su disgusto al ver entrar en su casa de Londres a Macari, tan necesario entonces a Ceneri que le fue dado un aposento en la casa. Y como también Teresa, la criada de Ceneri, había venido con ellos desde Italia, no cambió mucho con la vuelta a Inglaterra la existencia de Paulina, perseguida sin descanso por Macari, que, a fin ya de recursos, concibió el de conciliarse la ayuda de Antonio: ¿qué no haría Paulina que Antonio le pidiese? No era él amigo particular del joven; pero tuvo una vez ocasión de servirle en un caso de apremio, por lo que se juzgaba con derecho a ser servido a su vez de él, y como sabía que los hermanos eran pobres, vaciló aún menos en entablar su demanda.

La entabló. Antonio, que parece haber sido un mancebo soberbio y de modos ásperos, rió de la impertinencia y despidió a Macari. ¡No sabía el pobre joven lo que iba a costarle aquella risa!

Acaso fue la réplica iracunda de Macari, que lívido de cólera salió de la entrevista, lo que hizo entrar a Antonio en miedos sobre la situación de su fortuna. Escribió enseguida a su tío, exigiéndole un arreglo definitivo e inmediato. A la menor demora consultaría a un abogado, y perseguiría, si era preciso, criminalmente a su tutor.

Era, pues, aquél el instante temido por Ceneri; sólo que ahora, en vez de haber sido espontánea la confesión iba a ser forzosa y violenta. Con qué ley le perseguiría, la italiana o la inglesa, lo ignoraba Ceneri; pero Antonio lo perseguiría por la ley. Su prisión en aquellos momentos haría venir por tierra el plan laborioso que estaba entonces tramando. ¡A toda costa era preciso que Antonio March se estuviese en paz por algún tiempo!

¿Cómo? Ceneri me aseguró, con la solemnidad de un moribundo, que jamás pensó en el medio terrible con que fue llevado a cabo. Muchos proyectos revolvió en la mente, hasta que al fin se fijó en uno, que aunque difícil, tenía probabilidades de éxito. Con la ayuda de sus amigos y subordinados, sacaría a Antonio de Inglaterra, y lo tendría por algún tiempo en un asilo de dementes. Que esto se hace por el mundo, lo saben los que leen atentamente crónicas de tribunales. La detención sería sólo temporal; pero aunque Ceneri no me lo confesó, sin duda hubiera exigido a Antonio como precio de su libertad la promesa de perdonarle el uso fraudulento de su fortuna.

Y este plan ¿cómo iba a ser llevado a cabo? Macari, en quien pedían venganza las no olvidadas injurias de Antonio, estaba muy dispuesto a ayudar en todo. Petroff también, en cuerpo y alma: el hombre de la cicatriz era un esclavo del doctor. Teresa, cualquier crimen hubiera cometido si su amo se lo mandaba. Los papeles, se obtendrían o se falsificarían. Los conjurados atraerían al joven a visitarlos a la casa de la calle Horacio, y Antonio saldría de allí como un demente que va bajo la guarda de sus cuidadores y su médico. Era una vil y alevosa trama, de dudoso éxito, pues la víctima había de ser llevada a Italia. ¿Cómo?, Ceneri mismo no me lo sabía explicar: acaso no había meditado todos los detalles del plan; tal vez harían beber un narcótico a Antonio; tal vez confiaba en que la exaltación en que le pondría el suceso diese apariencia de verdad a la invención de su locura.

Ante todo era preciso inducir a Antonio a que viniese a la calle Horacio, a una hora oportuna. Ceneri hizo sus preparativos, repartió la labor entre sus cómplices, y escribió a su sobrino que viniera: «Ven esta noche; te explicaré todo lo que deseas».

Puede ser que Antonio desconfiase más de su tío de lo que éste sospechaba. No aceptó la

invitación; sugirió que su tío fuese a verlo. Macari aconsejó entonces valerse de Paulina para hacer venir a Antonio a la casa fatal. No mostró Ceneri la menor preferencia respecto al lugar de la entrevista; pero estaba tan lleno de ocupaciones que sería dentro de uno o dos días. Dijo a Paulina que tenía que hacer hasta tarde la noche siguiente, de modo que era buena ocasión para que se viese con su hermano: «Dile que venga, y haz por tenerle aquí hasta que yo vuelva, porque quiero verlo».

Paulina, sin sospechar nada, escribió a su hermano que, como estaría sola hasta tarde aquella noche, viniese a verla, o si quería, la llevase al teatro. Vino, y la llevó al teatro: eran más de las doce cuando entraban de vuelta en la casa. Sin duda Paulina le rogó que estuviese aún con ella algún tiempo. Antonio, tal vez contra su deseo, aceptó. Tremendo como fue para Paulina el golpe que pocos momentos después le perturbó la razón, mas debió aún añadir a su horror el pensamiento de que sus mismos ruegos habían traído a su hermano a la muerte.

Solos estuvieron por algún tiempo hermano y hermana, hasta que Ceneri, con sus dos amigos, entró en el aposento. El encuentro disgustó a Antonio, pero saludó a su tío cortésmente. A Macari, le volvió la espalda.

No quería Ceneri que se hiciera la menor violencia a Antonio delante de Paulina. Lo que había de hacerse, se haría al salir Antonio de la casa. Allí podrían echarse sobre él, ahogar sus gritos y llevarlo al sótano. Nada debía saber Paulina: Ceneri tenía dispuesto que a la mañana siguiente fuese a casa de una de sus amigas, con quien debía quedarse, sin conocer el motivo que llevaba lejos de Inglaterra tan súbitamente a Ceneri y sus amigos.

—Paulina, dijo Ceneri: ¿por qué no te recoges? Antonio y yo tenemos que hablar de negocios.

—Esperaré hasta que Antonio se vaya, dijo; pero si Uds. tienen que hablar, me iré al otro aposento.

Y en él entró y se sentó al piano, donde empezó a distraerse tocando y cantando.

—Es demasiado tarde para hablar de negocios esta noche, dijo Antonio, no bien salió Paulina.

—Mejor es que aproveches esta ocasión. Mañana mismo tengo que salir de Inglaterra.

No deseaba Antonio ver de nuevo en viaje a su tío sin saber de él el estado de su fortuna, por lo que volvió a sentarse.

—Bien, dijo; pero no creo necesaria la presencia de personas extrañas.

—No muy extrañas, Antonio. Son amigos míos, y están aquí para responder por la verdad de lo que voy a decirte.

—No he de soportar que se hable de mis asuntos delante de un hombre como ése, dijo

Antonio, con un movimiento de desprecio hacia Macari.

Conversaban los dos en voz baja. Paulina no estaba lejos, y ninguno de los dos quería alarmarla; pero Macari oyó la frase y vio el gesto. Llameaban sus ojos al inclinarse hacia Antonio amenazante.

—Puede ser que dentro de pocos días me dé Ud. de muy buena gana lo que me negó hace poco tiempo.

Ceneri observó que la mano derecha de Macari descansaba entre las solapas de su levita; pero como ésta era actitud familiar en él, no le dio importancia alguna.

No quiso Antonio responder. Volvió el rostro con ademán de absoluto desdén, ademán que sin duda encendió aún más el furor de Macari.

—Antes de hablar de ninguna otra cosa, dijo Antonio a su tío, insisto en que desde hoy quede Paulina a mi cuidado. Ni ella ni su fortuna han de venir a parar a las manos de un grosero rufián italiano, como ese hombre a quien llama Ud. su amigo.

Antonio no volvió a hablar sobre la tierra. Macari adelantó un paso hacia él: ni una exclamación, ni un voto. Fieramente asido por su mano derecha saltó el brillante acero de su escondite, y al verlo Antonio y echarse atrás en la silla para huirlo, cayó de arriba el golpe con toda la fuerza de aquel firme brazo. Entró el puñal por debajo de la clavícula. Le partió el corazón. ¡Ya Antonio March callaba para siempre!

Entonces, al caer, cesó de pronto el canto de Paulina, y su grito de horror rompió los aires. Desde su asiento en el piano pudo ver lo que había sucedido. ¿A quién asombrará que el espectáculo le sacudiese y anublase el juicio?

Macari estaba en pie, junto a su víctima. Ceneri contemplaba estupefacto el crimen que ahorraba la ejecución de su proyecto. Sólo Petroff aparecía sereno. Iba la vida en que Paulina callase. La vecindad entera se alarmaría a sus gritos. Se fue sobre ella, y echándole por sobre la cabeza un cubresofá de lana, la retuvo, semiahogada, por la fuerza, sobre el diván del aposento.

Entonces fue cuando entré yo en el cuarto, desvalido y ciego; pero, a los ojos de aquellos hombres, un mensajero de la celeste venganza. Macari mismo se estremeció a mi presencia. Ceneri fue el que, obedeciendo al instinto de conservación, sacó el revólver, y lo montó: él, quien entendió mi súplica y abogó por mi vida; él, me dijo, quien me la salvó.

Macari, vuelto pronto de su sorpresa, insistía en que compartiese yo la suerte de Antonio March. Ya estaba por el aire su puñal, pronto a sacar del mundo otra vida, cuando Petroff, obligado por el nuevo aspecto de la escena a abandonar a Paulina, se abalanzó a mi cuerpo y me retuvo encorvado sobre el cadáver. Ceneri desvió el brazo de Macari, y me libró de morir. Examinó mis ojos, y declaró que estaba ciego. No había allí tiempo para recriminaciones; pero

juró que no se cometería otro asesinato.

Petroff le secundó, y cedió Macari, con tal de que se hiciera conmigo lo que se hizo. El narcótico me lo hubieran dado al instante, si lo hubiesen tenido a la mano. Despertaron a Teresa, y ella fue a buscarlo. Los cómplices no osaban apartarse de mí; por eso me forzaron a sentarme, y oí su faena.

¿Por qué no denunció Ceneri el asesinato? ¿por qué, a lo menos, ayudó después de él al asesino? Sólo puedo creer que era más malvado de lo que se pintaba, o que le aterró su parte en el delito; porque el plan que él meditaba, era poco menos criminal que la puñalada de Macari: ningún tribunal que conociese la suerte que en sus manos había llevado el caudal del muerto le habría absuelto. Acaso él y Petroff, manchado sin duda con sangre de crímenes políticos, tenían en poco la vida humana; y, comprendiendo que no les mostraría merced la justicia en un proceso, unieron su fortuna a la de Macari, y todos juntos se dieron a burlar las pesquisas y esconder las huellas del asesinato. Desde aquel instante, apenas hubo diferencia de grados en la culpa de aquellos tres hombres.

Así ligados, no dudaban del éxito. A Teresa hubo que decir la verdad; pero Teresa veía con tales ojos a Ceneri, que si en diez asesinatos le hubiera pedido ayuda, en los diez se la hubiera dado. Ante todo, tenían que libertarse de mí. Ceneri no quería fiarme a las manos de Macari. Petroff salió, y volvió con un carruaje retardado. Pagaron bien al cochero, que les dejó usar del carruaje por una hora y media. Era aún de noche, y pudieron sacarme de la casa sin ser vistos. Petroff me llevó lejos, y me dejó en la acera, insensible, después de lo cual devolvió el carruaje a su dueño, y se reunió a sus compañeros.

Los gemidos de Paulina habían ido cesando gradualmente, y más que espantada, parecía muerta. Ella era el mayor peligro para los tres hombres. Hasta que volviese en sí nada podían hacer, sino dejarla en su alcoba bajo la vigilancia de Teresa. Luego decidirían.

Pero ¿qué harían del muerto? Era indispensable hacerlo desaparecer. Muchos planes discutieron, hasta que a uno al fin le hallaron condiciones de éxito, por su misma audacia. Nada aterraba ya a aquellos tres hombres.

En las primeras horas de la mañana enviaron una carta a la casa de Antonio, anunciando que el joven había caído gravemente enfermo la noche anterior, y estaba en casa de su tío. Esto prevenía toda pesquisa por aquella parte. Y en la casa del tío, el infeliz fue compuesto de modo que pareciese haber muerto de enfermedad natural. Falsificaron una certificación de médico: Ceneri no me dijo cómo obtuvieron la plantilla: el médico que la llenó desconocía su objeto.

Dieron orden a un muñidor de que enviase un ataúd, y una caja de madera en que ajustase, aquella misma noche; y en presencia de Ceneri fue colocado el cadáver en la caja, explicando

aquella prisa y desnudez con la excusa de que estos preparativos eran meramente temporales, pues el cuerpo iba a ser llevado fuera de Inglaterra para enterrarse allí solemnemente. El muñidor estaba bien pagado, y fue prudente. Cumplidas así, con ayuda de la certificación falsa, las formalidades principales, los tres cómplices, dos días después del crimen, iban camino de Italia, vestidos de luto, acompañando el cuerpo de su víctima. No hubiera habido razón para detenerlos: ni en el aspecto de los dolientes, ni en las circunstancias del caso, parecía haber nada sospechoso. Llevaron el ataúd a la ciudad misma en que había muerto la madre de Antonio, y junto a ella enterraron a su hijo, y en la lápida hicieron grabar su nombre y la fecha de su muerte. De todo estaban ya libres, excepto de Paulina.

¡De ella también estaban libres! Cuando por fin despertó de su estupor, hasta Teresa pudo entender que sucedía en ella algo extraordinario. Nada decía de lo que había visto: no preguntaba nada: nada de lo pasado recordaba. En obediencia a órdenes de Ceneri, Teresa la llevó, tan pronto fue posible, a reunirse a él en Italia. Macari había privado al hermano de la vida, y de la razón a la hermana.

Nadie preguntó por Antonio March. Apurando su plan atrevido, Ceneri comisionó a un agente para recoger en la casa en que vivía los objetos de uso del joven, e informar a los dueños de que Antonio había muerto en su casa y estaba sepultado en Italia con su madre. Unos cuantos amigos lamentaron por un poco de tiempo a su alegre compañero, y Antonio March quedó olvidado. Del ciego, suponían que le tenía cuenta callar lo que había oído.

No cambiaban los meses el estado de Paulina. Teresa la cuidaba, y juntas vivieron en Turín hasta la época en que las vi en San Giovanni. Ceneri, que no tenía hogar fijo, veía poco a la enferma. No parecía despertar en ella recuerdos penosos la presencia de Ceneri; pero él no podía soportar la de Paulina. Copia ambulante veía siempre en ella del cuadro que hubiera querido arrancarse de la memoria. No parecía Paulina contenta en Italia, y aun en su incierta voluntad se entendía que echaba muy de menos a Inglaterra. Ansioso Ceneri de no tenerla ante los ojos, dispuso que Teresa fuese a vivir con ella a Londres, y aquel día en que las vimos, había venido a Turín precisamente a arreglar el viaje. Le acompañaba aquel día Macari, que, a pesar de haberse teñido la mano en la sangre de Antonio, miraba a su hermana como cosa en cierto modo suya: aun nublada su mente, insistía en que se la diese Ceneri por esposa. Había amenazado con que la tomaría por la fuerza: había jurado que sería de él. Ella no recordaba nada ¿por qué no había él de casarse con ella?

Pero, sea su maldad la que fuese, a tanto no consintió Ceneri: antes, a haber sido posible, hubiera roto todo trato con Macari. Mas la intimidad de aquellos dos hombres, trabajadores de la tiniebla, era demasiado íntima para que pudiera quebrarla el recuerdo de un crimen, por atroz

que fuese: Paulina fue a Inglaterra: allí estaba libre de Macari. Entonces se la pedí yo en matrimonio: dármela, era librarse de toda responsabilidad y gasto acerca de ella, y sacarla del camino de su compañero: de aquí nuestra unión singular, que aun entonces, a la boca del *ostrog,* justificaba, diciendo que fue siempre su creencia que una vez que el cariño colorease y acalorara su alma oscura, con el fuego e influjo de él volvería a Paulina el juicio.

Tal, aunque no en sus propias palabras, fue el relato de Ceneri: ya sabía yo cuanto quería saber. Acaso había hecho de sí una pintura, a pesar de todo, lisonjera; pero sin reserva me había revelado aquella sombría historia, y, aunque en aquel instante me inspiraba un aborrecimiento invencible, sentía que me había dicho la verdad.

CAPÍTULO XIV

¿SE ACUERDA DE MÍ?

Ya era tiempo de terminar nuestra entrevista. Más de una vez había asomado la cabeza el cortés capitán, mirándome de modo que era fácil entenderle que aun la amplia autoridad que yo llevaba tenía límites. Ni deseaba yo prolongar mi conversación con el preso: ¿qué más necesitaba yo saber? Aquel hombre, que a mi consideración no tenía título alguno, me había confesado el crimen, y revelado la historia pura y desdichada de Paulina. Aun cuando hubiese querido ayudar a Ceneri, no tenía cómo hacerlo. ¿A qué, pues, aguardar?

Pero aguardé algún tiempo. Me tenía lleno de piedad y dolor el pensamiento de que al ponerme en pie, y dar por acabada nuestra conversación, aquel desdichado volvería a su cueva fétida. Para él era precioso cada instante que pudiese aún estar junto a mí. Jamás volvería a ver un rostro amigo.

Había cesado de hablar, e inmóvil en su asiento, miraba a tierra con la vista fija, la cabeza inclinada hacia adelante. Consumido, harapiento, desolado: tan caído de espíritu que la compasión ahogaba los reproches. Lo observaba en silencio.

Por fin me dijo:

—¿Y no encuentra Ud. ninguna excusa para mí, Mr. Vaughan?

—Ninguna, dije. No hallo diferencia entre Ud. y sus cómplices.

Se levantó penosamente.

—¿Cree Ud. que Paulina curará? me preguntó.

—Espero hallarla casi bien a mi vuelta.

—Le dirá Ud. cómo me ha visto: tal vez le sea agradable saber que la muerte de Antonio me ha traído a esto.—Accedí con un movimiento de cabeza a la lúgubre súplica.

—Ya debo irme, me dijo, como si le entrase de pronto frío de fiebre. Debo irme.—Y arrastraba su cuerpo hacia la puerta. ¿Cómo dejarlo ir sin una palabra de consuelo?

—Un instante. ¿Qué puedo hacer yo para mejorarle a Ud. aquí la vida?

Sonrió, como sin fuerzas.

—Puede Ud. darme algún dinero: poco. Si lo salvo, podré comprarme algunos lujos de preso.

Le di algunos billetes que escondió en su ropa.

—Quiere Ud. más?

Movió lentamente la cabeza. No quería más.

—Esto mismo temo que me lo roben antes de gastarlo.

—¿Pero no puedo dejar a alguien dinero para Ud.?

—Puede Ud. dejarlo al capitán. Si es honrado y bueno, me llegará un poco: si me llega!

Así le prometí hacerlo; llegárale o no, hacerlo me era grato.

—Pero ¿qué va a ser de Ud.? ¿A dónde lo llevan? ¿Qué hará allí?

—Nos llevan al fin de Siberia, a Nertchinsk. De allí saldré con otros a trabajar en las minas. Vamos por todo el camino a pie, y con grillos.

—¡Oh, qué terrible destino!

Se sonrió.

—Después de lo que he sufrido, nada es terrible. Cuando un hombre desafía la ley en Rusia, su único deseo es ser enviado a Siberia: ¡oh, Siberia es el cielo!

—¿Cielo Siberia?

—¡Ah, si hubiera Ud. estado como yo, aguardando el proceso, meses tras meses, que eran todos una noche, encerrado en un calabozo, sin luz, sin espacio, sin aire; si hubiese Ud. oído, meses tras meses, al preso en el calabozo de al lado, loco, loco por la soledad y el mal tratamiento, revolviéndose entre las paredes como una fiera medio muerta; si al despertar de cada sueño, oyéndole golpear, dar con la cabeza en el muro, llorar, gruñir, se hubiese dicho Ud. meses tras meses: «Yo seré como ése esta noche; yo rugiré como ése mañana»; si lo hubieran a Ud. azotado, puesto a helar, puesto a morir de hambre para hacerlo denunciar a sus compañeros; si se hubiese Ud. visto en tal condición que la sentencia de muerte misma era un alivio, entonces, Mr. Vaughan, entendería Ud. por qué no me espanta Siberia! ¡Juro a Ud.,—continuó con más fuego y animación de los que parecían hospedarse aún en su cuerpo—,que si los pueblos civilizados de Europa supiesen un décimo de los horrores de una prisión rusa, dirían, de modo que temblasen los que nunca tiemblan: “Culpable o inocente, así no ha de atormentarse a un ser humano», y por piedad, nada más que por piedad, barrerían a ese bárbaro gobierno de la memoria de la tierra!

—Pero ¡veinte años en las minas! ¿Y no habrá modo de escapar?

—¿A dónde? Busque a Nertchinsk en el mapa. Si huyo, erraré por las montañas hasta que muera, o hasta que uno de los salvajes me mate. No, Mr. Vaughan: las fugas de Siberia sólo se ven en las novelas.

—¿Será Ud. entonces esclavo hasta la muerte?

—Tal vez no. Una vez tuve que recoger muchos detalles sobre los desterrados de Siberia, y, a decir la verdad, me contrarió el ver cuán equivocada es la opinión común. ¡Ojalá no me hayan engañado mis informes!

—¿No tratan, pues, tan mal a los desterrados?

—Mal, siempre; porque se está sin cesar a la merced de un tirano. Por un año o dos, sin duda, se es un esclavo en las minas; pero si sobrevivo al trabajo, lo que no creo, puedo hallar favor a los ojos del jefe, y verme libre de las penas más duras. Tal vez me permita residir en alguna ciudad, y ganar allí mi vida. Tengo esperanzas de que me sirva de mucho mi profesión de médico: hay pocos médicos en la Rusia Asiática.

Por poco que lo mereciese, con toda mi alma deseaba que obtuviera lo que me decía, aunque una nueva mirada sobre él me aseguró de que era poco probable que el infeliz resistiese un año de trabajo en las minas.

Se abrió la puerta, y entreví por ella al capitán, que mostraba ya impaciencia. «Acabo enseguida»[14] le dije: se inclinó, y se hizo a un lado.

—Si algo más puedo hacer, Ceneri, dígamelo.

—Nada... nada... Ah! sí: algo más! Macari, ese malvado, tarde o temprano tendrá su castigo. Yo he sufrido: él sufrirá. Cuando le llegue su vez ¿ querrá Ud. decírmelo? Será difícil: yo no tengo el derecho de pedirle un favor: pero eso no le es a Ud. indiferente; Ud. podrá enviármelo a decir. Si no estoy muerto para entonces, me tranquilizará mucho saberlo.

Sin esperar mi respuesta, echó hacia la puerta a paso vivo, y con el centinela al lado anduvo hasta la entrada de la prisión. Yo le seguía.

Mientras abrían la recia cerradura:

—¡Adiós, Mr. Vaughan! me dijo: Si le he hecho mal, perdóneme. No nos volveremos a ver ya más en esta vida.

—En cuanto a mí, lo perdono a Ud. enteramente.

Vaciló un instante, y me tendió la mano. La puerta estaba ya abierta: ya veía yo en la masa confusa aquellos viles rostros, los rostros de sus compañeros. Oía sus cuchicheos de curiosidad y asombro. Me dieron en la cara los hedores de aquella cueva inmunda. ¿Y con aquella turba de criaturas bestiales, de hombres fétidos, había de pasar aquel infeliz de gustos finos e inteligencia cultivada sus últimos días! ¡Era un tremendo castigo!

Pero bien merecido. Toda su culpa se me representó vívidamente al verle en aquellos umbrales, con la mano tendida. Infeliz era; pero era un asesino. Su suerte me angustiaba; pero no pude decidirme a tenderle mi mano. Acaso fui cruel; pero no pude.

Vio que mi mano no respondía a la suya: se le encendió en bochorno el rostro, inclinó la cabeza, y se volvió. El soldado lo asió ásperamente por el brazo, y lo echó puerta adentro. Se volvió a verme, por entre aquellas hojas que iban a esconderle al último mensajero de la vida,

14 Se añade coma.

con una expresión tal en los ojos que en muchos días la estuve viendo por todas partes: ¡aquella mirada se posaba en mi cabecera, me esperaba a mi puerta, me seguía! Todavía me estaba mirando así cuando la puerta, cerrándose de súbito, lo apartó de mi vista para siempre.

Me arranqué de allí a pasos lentos, como si el corazón hinchado me pesase, lamentando tal vez haber hecho mayores su infortunio y vergüenza. El capitán, a cuyo encuentro fui, me ofreció por su honor que el dinero que dejase en sus manos sería empleado en beneficio de Ceneri. No fue poco el que le dejé: ¡ojalá haya llegado parte de él a manos del desdichado!

¡Mi intérprete! ¡los caballos! ¡el tarantass! Todo listo al momento: ni un instante demoró mi viaje. ¡A Inglaterra! ¡A Paulina!

En media hora lo tuve todo pronto. Iván y yo saltamos a nuestros asientos: el yemschik chasqueó su látigo: los caballos arrancaron: las campanillas sonaron alegremente: era noche cerrada: ¡nunca había visto yo llena de luz la sombra! Estaba empezando ya el viaje de vuelta: hasta entonces no había medido bien la inacabable distancia que me separaba de Paulina.

Un recodo del camino escondió pronto a mi vista el sombrío *ostrog;* pero muchas millas teníamos recorridas sin que aún hubiera vuelto a una relativa paz mi espíritu, y días pasaron antes de que dejara yo de pensar, casi en todo momento, en aquella pútrida caverna donde había hallado a Ceneri, y en cuya lobreguez e inmundicia lo vi entrar de nuevo, contraste extraño con la paz que nuestra entrevista me dejaba en el alma!

No contaré aquí el viaje de retorno: vueltos los ojos a mí mismo, sólo para la imagen de Paulina, que evocaban pertinazmente, tenía yo miradas. Fue el tiempo por lo común bueno; buenos los caminos: ¡todo bueno! Mi impaciencia me hacía viajar día y noche. No excusaba gastos: mi pasaporte extraordinario me hacía obtener caballos en las postas, cuando viajeros que habían llegado antes quedaban aguardándolos; y mis gratificaciones a los yemschiks los hacían ir de prisa. A los treinta y cinco días nos apeábamos a la puerta del Hotel de Rusia, en Nijni Novgorod: una jornada más, y el tarantass hubiera caído deshecho: tal estaba que Iván, a quien lo regalé, lo vendió enseguida en tres rublos.

¿Esperar? ¡No! de Nijni a Moscú; de Moscú a San Petersburgo. No bien doy gracias al embajador y recojo mi equipaje, ¡ a Inglaterra!

A mi vuelta de Irkutsk había venido hallando cartas de Priscila en Tomsk, en Tobolsk y en Perm: en San Petersburgo recibí otras más recientes. Nada desagradable sucedía. Priscila, que se había criado en Devonshire, tenía fe en la virtud de sus aires, y se llevó allá a Paulina, con quien vivía en un apacible pueblo de baños de la costa norte: y me decía Priscila que estaba Paulina tan linda como una rosa y tan juiciosa como el señor Gilberto mismo.

¿Qué mucho que, con tales nuevas, ardiese yo en deseos de verme en mi hogar, de ver a mi

esposa como nunca me había sido dado verla, con su mente en flor? ¿Se acordaría de mí? ¿Cómo sería nuestra primera entrevista? ¿Me llegaría al fin a querer? ¿Mis desdichas habían terminado, o empezaban? Sólo Inglaterra podía responder a estas preguntas.

¡En Inglaterra al fin! Dulce impresión, que mejora y enternece, la de pisar tras larga ausencia el suelo patrio, y ver los rostros familiares, y oír por todas partes la lengua nativa. El sol y el viento me han bronceado el rostro: llevo la barba larga: apenas me conocieron dos o tres amigos con quienes tropecé al llegar a Londres. Ataviado de aquella manera, de seguro no me reconocería Paulina.

Sastre y navaja me volvieron pronto a mi apariencia antigua; y sin anunciar a Priscila mi vuelta me puse en camino, ansioso de saber por fin lo que me reservaba la fortuna.

¿Qué es, a quien viene de Siberia, atravesar la Inglaterra? Aquellas ciento cincuenta millas, recorridas con tal afán, me parecieron sin embargo más largas que mil un mes antes. Tuve que andar en diligencia las últimas millas; y aunque nos llevaban cuatro soberbios animales, cada una me pareció más larga que toda una jornada de Siberia. Llego por fin: dejo mi equipaje en el despacho de la diligencia: salgo, fuera de quicio el corazón, a buscar a Paulina.

Fui a la casa indicada en la carta de Priscila, que era un edificio tranquilo y pequeño, anidado entre espesa arboleda, con un jardín a la entrada, lleno de las últimas flores del verano. La madreselva vestía el pórtico; en los canteros se erguían los girasoles; el aroma de los claveles embalsamaba el aire. Aprobaba la elección de Priscila mientras me abrían la puerta.

Pregunté por Priscila. Había salido hacía algún tiempo con la señorita, y no volvería hasta la noche. Me volví, a buscarlas.

Entraba ya el otoño; pero las hojas conservaban todavía su verdor y hermosura. Estaba el cielo sin nubes, y un aire vivo y sano acariciaba el rostro. Me detuve a mirar a mi alrededor, dudoso de mi rumbo. A mis pies, allá a lo lejos, reposaba el pueblecillo de los pescadores, amontonadas las casitas a la boca del río bullicioso y travieso que corre valle abajo, y se vierte en el mar gozosamente. Grandes arrecifes bordaban la rompiente a un lado y otro, y detrás de ellos corrían, tierra adentro, las colinas cubiertas de bosque: frente a mí estaba el mar verde y sereno. Hermoso era el paisaje; pero aparté los ojos de él. ¿Dónde estaría Paulina?

Me pareció que en un día como aquél las arboledas umbrosas que corrían a lo largo del río eran el refugio más apetecible: bajé el cerrillo y eché a andar por las márgenes, que azotaba la rápida corriente matizada acá y allá de algas, ya deslizándose traviesa, ya rompiéndose contra las grandes peñas de la cuenca en miles de cascadas espumantes.

Seguí río abajo como una milla, aquí escalando una roca musgosa, allí vadeando un arroyuelo, otras veces abriendo camino por entre la tupida ramazón de los flexibles avellanos,

hasta que distinguí de pronto en un espacio abierto a la otra orilla una joven sentada, que dibujaba. Estaba de espalda a mí ¿pero qué línea habría de ella que no hubiese estado constantemente, desde aquella mañana de Turín, presente ante mis ojos? Paulina era! era mi esposa!

Si por ella misma no la hubiera conocido, me hubiera revelado su presencia aquella otra buena mujer, sentada a su lado, que parecía estar cabeceando sobre un libro. Aquel chal de Priscila lo hubiese yo reconocido a una milla de distancia: el Universo no ha visto aún su semejante.

Mucho, mucho me costó refrenar el ímpetu que me movía a decirle a voces que estaba junto a ella. Pero no: yo quería hablar antes a solas con Priscila, y ajustar mi conducta con Paulina a lo que ella me dijese. A despecho de mi resolución ¿cómo no acercarme algo más a ella, para verla de más cerca? Palmo a palmo me fui deslizando hasta que estuve casi enfrente de mi artista y, medio oculto por la maleza, a mi sabor pude recrearme en la contemplación de su nueva hermosura.

El tinte de la salud coloreaba sus mejillas; salud rebosaba toda ella, y, en un instante en que se volvió hacia Priscila y le dijo unas cuantas palabras, vi en su rostro tal expresión y sonrisa que a poco más hubiera quebrado el corazón sus riendas. Mucho, mucho me costaba mantenerme callado en mi escondite. ¡Cuán distinta Paulina de la pálida enferma que había dejado a mi salida de Inglaterra!

En esto se volvió, y miró al otro lado de la corriente, ¡hacia mi lado! ¿Cómo, a pesar de mi prudencia, me había dejado llevar de mi regocijo hasta exponerme a ser visto? Con el río entre los dos nuestras miradas se encontraron.

De alguna manera debía recordarme ella: aunque fuera como a quien se ha visto en sueños, debía serle mi cara conocida. Dejó caer su lápiz y su cuaderno, y se puso en pie de súbito, aun antes de que Priscila, olvidando su libro, me saludase con una exclamación de júbilo y sorpresa. Me miraba Paulina como si aguardase a que yo le hablara o fuera hacia ella, mientras que la buena Priscila, bulliciosa como la ligera corriente que teníamos a los pies, me enviaba a través de ella palabras de bienvenida.

Aunque hubiera querido hacerme atrás, era demasiado tarde. Hallé un paso por allí cerca, y en un minuto o dos saltaba a la otra orilla. Paulina no se había movido; Priscila corrió hacia mí con las manos abiertas, y casi me dejó sin las mías.

—¿Me recuerda? ¿me reconoce? le pregunté en voz baja, desasiéndome de ella y adelantando hacia mi esposa.

—Todavía no; pero lo reconocerá: ¡sí lo reconocerá, señor Gilberto!

Rogando a Dios, suspensos los alientos, que su profecía se realizara, llegué a Paulina y le tomé la mano. Me la dio sin vacilar, y alzó hacia mí sus ojos negros. ¿Cómo no la estreché en aquel momento contra mi corazón?

—Paulina, ¿me conoces?

Bajó los ojos.

—Priscila me ha hablado de Ud. Me dice que es Ud. amigo mío, y que debía esperar tranquila hasta que Ud. viniera.

—¿Pero no me recuerdas? Acaba de parecerme que me recordabas.

Suspiró.

—Lo he visto a Ud. en sueños, en sueños extraños.

Y un vivo rubor le aumentaba al decir esto el color del rostro.

—Cuéntame esos sueños, dije

—No puedo. He estado enferma, muy enferma por mucho tiempo. He olvidado mucho: he olvidado todo lo que me ha sucedido.

—¿Quieres que te lo diga yo?

—Ahora no, ahora no, exclamó ansiosamente. Espere: espere: puede ser que lo recuerde todo yo misma.

¿Tenía ya algún conocimiento de la verdad? ¿Eran los sueños de que me hablaba los esfuerzos de su memoria que se desenvolvía? ¿Le revelaba la verdad aquel brillante anillo que llevaba al dedo? ¡Oh, sí, yo esperaría!

Juntos volvimos a la casa, seguidos a discreta distancia por Priscila. Parecía Paulina aceptar como cosa enteramente natural mi compañía. Cuando el camino iba en pendiente u ofrecía algún obstáculo, me tendía la mano, como si sintiera su derecho a apoyarse en mí; pero dejó pasar mucho tiempo sin hablarme.

—¿De dónde viene Ud.? me preguntó por fin.

—De un viaje muy largo, un viaje de muchos miles de millas.

—Sí; cuando yo lo veía a Ud. estaba usted siempre viajando. ¿Y encontró lo que buscaba? añadió con afán.

—Sí. Sé la verdad: lo sé todo.

—¿Dónde está él?

—¿Quién?

—Antonio, mi hermano: el que mataron! ¿Lo enterraron? ¿Dónde?

Está enterrado al lado de su madre.

—¡Oh, gracias a Dios! allí podré rogar por él!

Hablaba con vehemencia, aunque en perfecto sentido; pero me extrañaba que no mostrase deseo de que fueran castigados los asesinos.

—¿Desea Ud. vengarse de los que le mataron?

—¡Vengarme! ¿Qué bien puede hacer la venganza? No le ha de devolver la vida! Sucedió hace mucho tiempo. No sé cuándo; pero me parece que fue hace años. Tal vez Dios lo ha vengado ya.

—Lo ha vengado en gran parte. Uno murió loco en una fortaleza; otro lleva ahora grillos, y trabaja como un esclavo; queda uno aún sin castigo.

—¡Pronto lo castigarán! ¿Cuál es?

—Macari.

El nombre la hizo estremecer, y calló. Estábamos llegando a la casa, cuando suavemente y en tono de súplica me dijo:

—¿Ud. me llevará a Italia donde está enterrado?

Se lo ofrecí, muy contento de ver cuán naturalmente se volvía a mí para que realizase su deseo. Algo más debía ella recordar de lo que creía.

—Iré allí, dijo, y veré el lugar, y después no volveremos nunca a hablar de lo pasado.

Ya estábamos en la entrada del jardín.

—Paulina, le dije, trata de recordarme.

Brilló en sus ojos como el reflejo de su antigua mirada enigmática: se pasó la mano que tenía libre por la frente, y sin decir una palabra, entró en la casa.

CAPÍTULO XV

¡DEL DOLOR AL JÚBILO!

Ya toca a su fin esta historia, aunque pudiera, por propia complacencia, escribir sendos capítulos, narrando cada uno de los sucesos del mes siguiente, describiendo cada mirada, repitiendo cada palabra que cambiamos Paulina y yo en aquellos días; pero si esto escribiese, como cosa sagrada la guardaría de la mirada pública. Sólo dos personas tenemos derecho a conocer esta parte de nuestra historia: ella y yo.

Si mi situación era singular, tenía por lo menos cierto encanto. Era una nueva manera de enamorar, no menos grata y entretenida por ser ya esposa mía en nombre la que con todas las artes de novio cortejaba. Era como si el propietario de un terreno se hubiese dado a pasear por sus dominios, y a cada instante hallara en ellos tesoros desconocidos e ignoradas bellezas. Nuevas gracias y méritos me revelaban cada día el trato de Paulina.

Su sonrisa me llenaba de un gozo no soñado: su risa era una revelación. ¿Describir aquel deleite exquisito y supremo es acaso posible?: ¡mirarme en sus ojos, ya libres de nubes, y tratar de sorprender sus secretos! ¡reconocer que su inteligencia, ya restablecida, a la de nadie cedía en penetración y gracia! ¡cerciorarme, en mil sencilleces deliciosas, de que no sólo tendría en Paulina una esposa más bella para mí que mujer alguna, sino una tierna compañera y entusiasta amiga!

Pero no estaba exento aquel deleite de dudas y temores. Acaso faltaba a mi carácter esa seguridad de sí que llaman otros presunción. Mientras más dotes amables admiraba yo en Paulina, con mayor zozobra me preguntaba si lograría merecer el amor de tan cumplida criatura, aunque le consagrase mi amor y mi vida. ¿Qué era yo comparado con ella? Era rico, es verdad; pero yo había podido asegurarme de que no estaban en ella de venta los afectos: además, como yo no le había dicho que nada le restaba ya de su antigua fortuna, ella creía que la suya no tenía que envidiar a la mía. Era joven y hermosa, y se creía dueña de sí y considerablemente rica. ¡No! ¡yo no podía ofrecerle nada que me mereciese su cariño!

Hubiera querido, de tanto como lo temía, no pensar en el instante inevitable en que, como si ya no lo fuese, iba a rogarle otra vez que accediera a ser mi esposa. De su respuesta dependía toda mi vida: ¿qué extraño que demorase el provocarla? ¿que no me decidiese a la prueba hasta no estar seguro de su respuesta favorable? ¿que me sintiese humilde, y como privado de mis pequeños méritos, en su presencia? ¿que envidiase el amable atrevimiento que tan bien cuadra y sirve a muchos hombres, y, con ayuda de la ocasión y el tiempo, les gana con gran presteza

corazones?

Ocasión y tiempo no me faltaban a lo menos. Yo había tomado habitación en las cercanías, y desde la mañana a la noche estábamos siempre juntos. Vagábamos por las praderas estrechas de Devonshire, ceñidas de hermosos helechos. Subíamos por los arrugados arrecifes. Pescábamos, sin impacientarnos, en las rápidas corrientes. Salíamos en carruaje. Leíamos y dibujábamos. Pero no habíamos hablado aún de amor, aunque mi anillo no se había apartado de su dedo.

De toda mi autoridad tuve que usar para que Priscila no revelase la verdad a Paulina. En esto fui firme: a menos que la memoria de lo pasado no volviese a ella de su propio acuerdo, yo había de oírle decir que me amaba antes de que mis labios le hablasen de ello. Acaso me mantuvo en mi resolución la idea de que Paulina recordaba más de lo que me decía.

Fue curioso el modo con que entró al instante en relaciones francas e íntimas conmigo. Tan naturales y desembarazadas eran sus palabras y actos cuando estábamos juntos, que se hubiera dicho que nos conocíamos desde la niñez. No mostró la menor extrañeza cuando le pedí que me llamara por mi nombre de casa, Gilberto, ni mostró disgusto ni objetó a que la llamara yo por el suyo, ¡Paulina! Ni sé yo cómo la hubiera llamado a no consentírmelo: yo había dicho a Priscila que le dijese, como en Inglaterra es uso, «Miss March», por su apellido de soltera; pero Priscila, que a todo trance hubiera querido decirle «Mrs. Vaughan», como mi plena y legítima esposa, concilió dificultades llamándola Miss Paulina, la señorita Paulina.

Los días pasaban, días más venturosos que todos los que hasta entonces había conocido mi vida. Mañana, tarde y noche estábamos uno al lado del otro; dando sin duda ocasión de curiosidad a nuestros vecinos, que habrían de preguntarse qué clase de relaciones me unían con la hermosa criatura de quien apenas me apartaba.

Pronto conocí que Paulina era de natural alegre y vivo, que aunque no se abría aún paso enteramente por su espíritu adolorido, ya me daba esperanzas de que acabaría por alejar de aquella cara peregrina toda sombra de pena. De vez en cuando le iluminaba el rostro una sonrisa, o dejaba escapar frases joviales. En los primeros instantes de su vuelta al juicio, creía que su hermano había sido muerto el día antes: pero a poco, la distancia fue siendo clara a su memoria, y ya se daba cuenta de que habían pasado desde entonces años, años que le parecían sueños; y veía vagamente, como envueltos en bruma. Se empeñaba en recordarlos, arrancando desde aquella noche: ¡con qué anhelo le prestaba yo ayuda!

Del porvenir no hablábamos nunca; pero de lo pasado, de todo lo pasado, en que yo no figurase, hablábamos constantemente. Ya recordaba con claridad perfecta sus primeros años; ya repetía minuciosamente todos los sucesos de su vida hasta la muerte de su hermano. Entonces

comenzaba aquella sombra, aquella niebla, aquel período oscuro, que acababa para ella en el instante, vivo como una aurora en su memoria, en que despertó en una alcoba desconocida, cuidada por manos extrañas.

Algunos días pasaron sin que Paulina me preguntase cuál parte había sido la mía en aquella época confusa de su vida. Estábamos una tarde en la cumbre de un cerro cubierto de espeso bosque, desde donde veíamos una franja de mar, que encendía el sol poniente. Callábamos: ¿quién sabe si nuestros pensamientos silenciosos no andaban más en acuerdo que cuantas palabras hubiéramos podido decirnos en aquel vago estado de nuestras relaciones?

Miraba yo cariñosamente el cielo, hasta que se desvanecieron, ido el sol, sus ardientes colores; y volviendo los ojos a mi compañera, hallé los suyos, negros y dolorosos, fijos en mí.

—¡Dígame, me rogó, dígame qué es lo que sabré cuando me vuelva la memoria de ese tiempo oscuro!

Daba vueltas en el dedo, mientras me hablaba, a su anillo de boda. Todavía lo llevaba, y el aro de diamantes que le había comprado para sujetarlo; pero aún no me había preguntado cómo estaba en su mano aquel anillo.

—¿Crees que te volverá, Paulina?

—¡Sí, lo creo, lo creo! Pero... ¿me traerá alegría, o pena?

—¿Quién sabe? La pena y la alegría van siempre juntas.

Suspiró; y quedó con la mirada fija en tierra.

—Dígame dónde y cuándo apareció Ud. en mi vida, por qué he soñado tanto con Ud.?

—Me viste muy a menudo cuando estabas enferma.

—Y ¿por qué cuando volví al sentido me estaba cuidando Priscila?

—Tu tío te había dejado a mi cuidado: yo le ofrecí mirar por ti durante su ausencia.

—¡Y nunca volverá! ¡Está pagando su crimen, el crimen de estar a su lado cuando asesinaban a mi hermano!

Se llevó las manos a los ojos, como para no ver el cuadro terrible.

Quise arrebatarla a aquellos pensamientos.

—Dime, Paulina, ¿cómo me veías tú en sueños? ¿qué soñabas de mí?

Se estremeció.

—Soñaba que estaba Ud. a mi lado, en el mismo aposento, que vio Ud. el asesinato; pero yo sabía que no pudo ser así.

—¿Y después?

—Después lo he visto a Ud. muchas veces: era siempre viajando, viajando entre nubes. Vi que se abrían sus labios, y me pareció que decía Ud.: «Voy a saber la verdad»: por eso esperé

tranquila hasta que Ud. volviese.

—Y ¿nunca habías soñado en mí antes?

Iba ya oscureciendo. No sabía si era la sombra de los árboles lo que hacía más oscura su mejilla, o si era el arrebato del rubor, que le anegaba el rostro. Mi corazón saltaba de su cauce.

—No sé... no puedo decir... no me pregunte... dijo con voz turbada.

Y se dispuso a andar.

—Está oscuro y húmedo. Vámonos.

Yo la seguí. Era ya en mí invariable costumbre pasar junto a ella las primeras horas de la noche, que en gran parte empleábamos tocando y cantando. Un piano fue lo primero que pidió Paulina cuando se sintió ya bien. Como, creyéndose rica, era natural que pidiese sin escrúpulo lo que deseaba, yo había advertido a Priscila, al emprender viaje, que satisficiese sus deseos sin reparar en gasto: el piano vino de una ciudad de la cercanía.

Con la razón le había vuelto su antigua maestría. Su voz era aún más vigorosa y dulce que antes. Una vez y otra me sentí cerca de ella suspenso y cautivo, arrobado en sus notas, como la noche aquella del tremendo grito, cuando nada hubiera podido predecir que su suerte y la mía iban a unirse tan estrechamente.

Quedé, pues, sorprendido cuando, al llegar al umbral de su casa, se volvió a mí y me dijo:

—No, esta noche no! Déjeme sola esta noche!

Callé. Tuve un instante su mano en la mía, y le dije adiós hasta el día siguiente: ¡volvería al campo abierto, a pensar en ella, a la luz de las estrellas!

Al separarnos, me miró de una manera extraña, casi solemne.

—Gilberto, me dijo en italiano, para no ser entendida por Priscila: ¿deberé rogar porque me vuelva la memoria de lo pasado, o porque nunca me vuelva? ¿Qué será mejor para mí y para Ud.?

Y sin esperar mi respuesta, siguió hacia adentro por delante de Priscila, que se quedó aguardando a que yo entrase tras ella.

—Adiós, Priscila, le dije: no entro esta noche.

—¡Que no entra, mi señor Gilberto!: va a enojarse la señorita Paulina.

—Está cansada y no se siente bien. Entra tú y cuídala. Adiós.

Pero Priscila salió al umbral, y cerró tras de sí la puerta. Todo en ella me decía que por aquella vez estaba determinada a usar de nuevo cuanta autoridad tuvo sobre mí en mis primeros años, la cual no disputé yo por cierto sino cuando ya estaban muy firmes en mí chaqueta y pantalones. Estoy seguro de que le entraban deseos de tomarme por el cuello, y sacudirme lindamente. La mayor edad sólo la contuvo; y con un mundo de dolorosa indignación en sus

palabras, rompió de esta manera:

—¡Pues cómo ha de sentirse bien, la pobre señorita, viviendo su marido en una casa y ella en otra! ¡Y aquí todo el mundo hablando de lo que es y de lo que no es, y de lo que será Ud. de la señorita Paulina! y preguntándome, y yo sin poder decir que son Uds. marido y mujer!

—No, Priscila, todavía no.

—Pues se lo voy a decir, señor Gilberto. Si Ud. no se lo dice a la pobre señorita, yo se lo diré. Yo le diré cómo Ud. la trajo a casa, y me mandó a buscar para cuidarla, cómo la atendía y la acompañaba, solo con ella todo el día, y cómo se encerró Ud. en casa por ella, sin volverle a ver la cara a sus amigos. ¡Todo se lo diré, señor Gilberto! y cómo entró Ud. en su cuarto antes de salir para aquel viaje de loco, a esas tierras de que nadie sabe. ¡Ya verá Ud. cómo le vuelve la memoria pronto!

—Te mando, Priscila, que no digas nada.

—Yo le he obedecido a Ud. muchas veces, señor Gilberto, para que me importe desobedecerle esta vez por su bien. ¡Pues yo he de hacerlo, sucédame lo que quiera!

Yo temía que una explicación de Priscila, no sólo desvaneciese de aquel delicado renacimiento mucho de su tierna poesía, sino precipitara los sucesos, de manera que me fuese más difícil encaminarlos a mi satisfacción. Era preciso que Priscila callase. La buena mujer cedía más fácilmente al cariño que al mando, y yo, que no olvidaba mis artes de antaño, sabía bien cómo traerla a mis deseos.

—No, Priscila, le[15] dije, en tono de ruego; tú no lo harás si yo te suplico que no lo hagas. Tú me quieres mucho para hacer nada contra mis deseos.

No supo resistir Priscila a estos cariños míos; pero me excitó, ya con más calma, a que no prolongase aquel estado violento.

—Y no se fíe Ud. mucho, señor Gilberto, en lo que ella recuerda o no: ¡como que yo pienso a veces que sabe mucho más de lo que Ud. supone!

Se separó de mí con estas palabras, y yo me fui a pensar en Paulina, a la luz de las estrellas!

¿Qué querían decir aquellas últimas palabras? «¿Qué será mejor para mí y para Ud.?»: ¿recordar, u olvidar? ¿cuánto recordaba? ¿cuánto había olvidado? ¿No le había revelado aquel anillo que era esposa? ¿Podía dejar de sospechar de quién lo era? Aunque nada recordase de aquel extraño casamiento ni de la vida que después de él habíamos llevado juntos, al salir de aquella tiniebla se hallaba a mi cuidado, veía que yo conocía los trágicos detalles de la muerte de su hermano, que acababa de volver de un viaje de miles de millas, emprendido solamente para llegar a saberlos. Aunque no se lo pudiera explicar, la verdad debía ya haber saltado a su

15 En la edición príncipe: «la».

mente. El llevar aún en su mano el anillo indicaba que no repelía la idea de estar ligada a un esposo: ¿quién sino yo podía serlo?

Sí: todo me lo indicaba: Paulina conocía ya la verdad: llegaba ya el instante en que yo iba a saber si la recibía con dolor o con gozo!

Yo se lo diría todo al día siguiente. Le contaría la manera novelesca en que se habían unido nuestras vidas. Le pediría su amor con más pasión que la que ardió jamás en labios de hombre. Le demostraría con cuánta inocencia había caído en las tramas de Ceneri, cuán libre de culpa estaba por haberla hecho mi esposa cuando su mente oscurecida no le permitía negarse a serlo. Todo se lo diría, y esperaría mi suerte de sus labios.

De mis derechos legales, ni le hablaría siquiera. En cuanto de mí dependiese, sería enteramente libre: nada más que por el amor quería verla sujeta a mí. Y si no me podía amar, me arrancaría de su lado; y si ella lo deseaba, vería si era posible anular nuestro matrimonio: mas fuese cualquiera su decisión, ser mi esposa en nombre, o serlo en realidad, o romper todo lazo que la uniera a mí, su vida futura —supiéralo ella o no—correría a mi cuidado: ¡mañana a esta hora sabré lo que me espera!

Esto resolví, y hubiera debido retirarme a descansar; pero no sabe amor mucho de sueño. Volvían a mi memoria nuevamente sus últimas palabras, y otra vez empezaban, con aquel encono de los pensamientos amorosos, los cálculos de mis esperanzas y mis miedos. ¿Por qué, si Paulina había adivinado la verdad, no me había hablado de ella?

¿Cómo podía estar sentada junto a mí hora tras hora, sabiendo que era mi esposa, y sin saber cómo había llegado a serlo? ¿Querían significar sus palabras miedo de lo que habría de saber? ¿Anhelaba su libertad, y la perpetuación de aquel olvido? Y a estas y otras ideas daba yo vueltas, presa de punzante agonía el espíritu.

Mucho enamorado, en vísperas de oír de su amada su sentencia, ha velado en zozobra, como yo aquella noche; mas no ha vivido de fijo amante alguno que, como yo, hubiera de recibir esta respuesta de labios de una mujer que era ya su esposa.

A hora muy adelantada me volví de mi solitario paseo. Pasé frente a la ventana de Paulina, y al detenerme a contemplarla, me preguntaba si ella también no estaría despierta, meditando como yo en lo que sería de nuestra vida. ¡Mañana al fin saldremos ella y yo de dudas!

Era la noche cálida y pesada, y la parte alta de su ventana estaba abierta. ¿Qué voz me aconsejó aquella locura? De un rosal del jardín tomé una rosa, ¡y allá fue; por sobre el pretil de su ventana! Ella la hallaría tal vez al despertarse, e imaginaría de quién le vino: ¡sería un buen augurio! La rosa al caer había tocado la persiana abierta: huí, temiendo ser visto.

La mañana abrió hermosa. Me desperté con la esperanza en el corazón, burlándome de los

miedos de la noche. No bien pensé que era hora de hallarla levantada, salí en busca de Paulina. Acababa de salir. Me dijeron por dónde, y fui tras ella.

Iba caminando lentamente, con la cabeza inclinada. Me saludó con su cariñosa sencillez habitual, y seguimos andando uno junto al otro. Busqué en vano sobre ella mi rosa: y hube de consolarme con pensar que acaso cayó donde ella no pudiese verla. Yo estaba inquieto, sin embargo.

Pero aún me aguijoneaba mayor dolor. Llevaba las manos desnudas enlazadas sobre su falda. Iba yo caminando a su izquierda, y vi que en aquella mano no había ningún anillo. Aquel aro de oro que en su mano brillaba hasta entonces como una luz de esperanza, había desaparecido. ¿Qué fue de mi corazón, que me pareció que cesaba de latir? Muy claro era el sentido: ¿quién hubiera dejado de entenderlo, ligándolo con sus palabras de la última noche? Sabía que era mi esposa, y quería librarse de aquel yugo. En Paulina no había amor para mí: el recuerdo de lo pasado, que iba abriéndose paso por la bruma, le traía pena: ahora que recordaba, deseaba olvidar. Se había quitado los anillos para decirme, si era posible, sin palabras, que no había de ser mi esposa.

¿Cómo iba a hablarle ahora? La respuesta ¡ay! se había anticipado a la pregunta. Bien me vio ella mirando a su mano desnuda; pero bajó los ojos, y nada me dijo. Sin duda deseaba ahorrarse la pena de una explicación. Sí: lo mejor sería tal vez, si me alcanzaban las fuerzas, separarme de ella al instante, separarme de ella para no volver a verla más!

Violento y afligido como me tenía aquel fin triste de tantas esperanzas, no tardé en observar un cambio notable en los ademanes y palabras de Paulina. No era la misma de antes. Algo se levantaba entre ella y yo, que desterró enteramente de nuestras entrevistas nuestra antigua franqueza amistosa, hasta llegar a convertirla en mera cortesía.

Sus palabras y acciones revelaban cortedad y recogimiento, y acaso las mías también. Como de costumbre, pasamos el día juntos; pero tanto había cambiado nuestro modo de vernos, que aquella compañía forzada debió sernos a ambos enojosa. ¡Muy triste noche aquélla! ¡En el momento de asirla, se me escapaba de las manos la recompensa que con tanta ternura había trabajado por conseguir!

Así pasaron varios días. No daba Paulina señal que pudiera yo interpretar en mi favor, y me era imposible prolongar aquella amarga situación. Priscila, que andaba alerta, me sacaba de juicio con sus reconvenciones, y tan lisamente decía lo que pensaba, que empecé a sospechar que había ya ejecutado su amenaza de revelar algo a Paulina: a ella, por supuesto, a su oficiosidad y falta de tacto, echaba yo toda la culpa de mi desdicha. ¡Todo hubiera podido acabar bien con una semana, con quince días de espera!

Comencé a creer que mi presencia desagradaba a Paulina. No mostraba, es verdad, el menor deseo de esquivarme; sino que, por lo contrario, acudía a mí tan prontamente que me hacía recordar aquella sumisa obediencia del tiempo de sombras en que no me era dable pensar sin terror. Pero me pareció que viviría más dichosa cuando no me viese. Resolví, pues, partir.

De hacerlo, había de ser enseguida: saldría al día siguiente. Dispuse mi equipaje: tomé asiento en la diligencia: me quedaban tres horas en la mañana para dar instrucciones a Priscila y despedirme de mi esposa para siempre.

No podía irme sin hacerle algunas explicaciones. No la apenaría aludiendo a nuestros lazos; pero debía hacerle saber que no era, como creía, heredera de una gran fortuna. Le diría que le quedaba de sobra con qué vivir, sin darle a entender que era de mí, de su esposo, de quien le vendría. Y una vez dicho esto, adiós, para siempre! Hice como que almorzaba, y apenas me levanté de la mesa crucé la calle y entré en la casa de Paulina. Ignoraba aún mi determinación. Retuve su mano en la mía más tiempo que de costumbre, y pude al fin hablar algunas palabras.

—Vengo a decirte adiós. Salgo hoy para Londres.

No me dijo una sola palabra: no podía ver sus ojos: sentí su mano temblando en la mía.

—Sí, continué, tratando de hablar con desembarazo: he estado aquí de perezoso bastante tiempo: tengo mucho que hacer en Londres.

No parecía Paulina estar bien de salud aquella mañana. Nunca, desde mi llegada, habían estado tan pálidas sus mejillas. Parecía decaída y agobiada. Mi presencia la había estado mortificando, sin duda. ¡Pobre criatura!: pronto iba a verse libre de ella.

Al ver que yo aguardaba su respuesta, me habló al fin: pero ¿no había perdido su voz algo de su limpieza y frescura?

—¿Cuándo se va Ud?—Fue todo lo que dijo: ¡ni una palabra sobre mi vuelta!

—Por la diligencia de las doce: me quedan todavía algunas horas. Como ya es ésta la última vez, ¿quieres que paseemos juntos hasta la colina?

—¿Lo desea Ud.?

—Si no tienes algún reparo. Quiero hablarte de ti misma, de asuntos de negocio, añadí, para demostrarle que no debía temer la entrevista.

—Iré, dijo, y salió de la habitación precipitadamente.

Esperé. Priscila entró a los pocos instantes. Me atravesaba con las miradas. Su voz áspera y silbante, como cuando en mis niñeces la incomodaba con mis travesuras.

—La señorita Paulina dice que vaya Ud. al cerro a esperarla. Ella irá ahora.

Tomé el sombrero para salir. En lo que me había dicho Priscila, nada me revelaba que tuviese noticia de mi viaje; pero al ir yo a poner el pie en el umbral, he aquí que le oigo:

—Bien está, señor Gilberto. Es Ud. un tonto más grande de lo que ya pensaba.

A mi vieja Priscila la quería yo muy bien; pero ni aun de ella podía oír aquel cumplimiento sin volver a reprenderla; y me volví a esto. Priscila me dio en la cara con la puerta.

Emprendí la marcha al cerro, sin pensar más en la frase de Priscila. Ella no podía entender la dificultad de mi situación. Yo hablaría largamente con ella antes de partir.

La Explanada estaba en la falda de un cerro vecino. Andando una tarde por el bosque un poco a la ventura, entramos por una senda no muy frecuentada, que paraba en un espacio abierto, limpio de árboles y broza, desde donde se veían en bello paisaje las colinas opuestas, y el río alegre traveseando por el valle. Aquél fue desde entonces mi paseo favorito: allí había pasado largas horas hablando con Paulina: allí, abandonado a mis sueños, había dado suelta a las palabras de cariño, por tanto tiempo sujetas en mis labios: allí iba a decirle mi último adiós.

Muy afligido llevaba el espíritu cuando llegué a la Explanada. Me tendí en tierra, con los ojos fijos en la senda por donde debía aparecer Paulina. Un tronco caído me daba almohada; cuchicheaban los árboles, acariciados por la brisa, alrededor mío: aquietaba los sentidos y adormecía el ruido monótono del riachuelo un poco más abajo; cruzaban por el cielo lentamente algunas nubes blancas: convidaba al reposo, y a los sueños, en aquel fresco asilo, la hermosa mañana. Yo apenas había dormido en las dos o tres noches anteriores. Paulina tardaba: sin querer se cerraron mis ojos, y por algunos instantes ahuyentó mi desengaño y mi pena el descanso que tanto necesitaba.

Pero ¿dormí realmente? Sí, puesto que para soñar se necesitaba estar dormido. ¡Ah! si aquel sueño fuera realidad, sería grato vivir. Soñé que mi esposa estaba junto a mí, que tomaba mi mano y la besaba con pasión, que su mejilla rozaba la mía, que sentía en el rostro su suave aliento. Tan vivo me pareció lo que soñaba que me volví sobre el tronco para abrazar mi sueño, que el aire se llevó desvanecido!

Desperté. Paulina estaba frente a mí, no velados los ojos magníficos por las pudorosas pestañas, sino abiertos y fijos en los míos. Los vi sólo un segundo, mas lo que vi en ellos fue bastante para precipitar en curso loco la sangre por mis venas, lanzarme en pie, apretarla súbitamente entre mis brazos, cubrir todo su rostro de todos mis besos: y le decía las únicas palabras que podía entonces decir: «¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo!». Porque nadie ha visto todavía en los ojos de una mujer lo que yo vi en los de Paulina, a menos que esa mujer no lo ame por sobre todas las cosas del mundo!

No hay palabras que describan el arrebato de aquel momento, mi entrada súbita en la dicha. Era mía: para siempre mía. Yo lo sabía: yo lo podía sentir cada vez que mis labios oprimían los suyos: ¡lo sentí tantas veces! El rubor que la enciende me lo confiesa: la sumisión con que

recibe mis caricias me lo confirma; pero yo quiero que me lo diga con sus labios!

—Paulina, Paulina, exclamé: ¿me quieres?

La sentí temblar de gozo.

—¿Que si te quiero? sí, te quiero!, y hundió su rostro en mi hombro. Su voz me respondía; me respondía su cabeza reclinada; y la levantó de pronto y posó sus labios en los míos.

—Te quiero! sí, te quiero, mi marido!

—¿Cuándo lo conociste? ¿cuándo recordaste?

Estuvo un momento sin responderme. Se desasió de mis brazos y entreabriendo su traje, pude ver que llevaba al cuello una cinta azul, de la que colgaban los dos anillos, que parecían brillar de gozo al sol. Los desató, y me los tendió.

—Gilberto, esposo mío, si quieres que yo sea tu esposa, si me crees digna de serlo, tómalos y ponlos donde los guardaré toda mi vida.

Y una vez más, con muchos besos, con muchos juramentos, puse en su mano los anillos de esposa, como quien sella un dolor que ya no ha de volver jamás.

—¿Pero cuándo lo conociste? ¿cuándo volvió a ti la memoria?

—¡Loco!—me dijo en voz muy baja, que a mis oídos sonaba como música—lo conocí cuando te vi en la otra orilla del río. Todo lo recordé en aquel instante: hasta entonces todo estaba en sombras. Te vi, y lo supe todo.

—¿Y cómo no me lo dijiste?

Bajó la cabeza.

—Yo quería saber si me querías. ¿Por qué me habías de querer? Si no me querías, podríamos separarnos, y yo te hubiera dejado libre, si se podía. Pero ahora no, Gilberto: ahora ya no te verás nunca libre de mí!

Había, pues, pensado lo mismo que yo: no en vano me era imposible comprenderla: ¡me parecía tan singular que desconociese ella el amor que le tenía!

—Me habrías salvado muchos días de angustia si hubiese sabido que me querías, Paulina: ¿por qué te quitaste los anillos?

—¡Pasaban tantos días sin que me dijeses nada! Entonces me los quité, y los he tenido sobre mi corazón, esperando a que tú me los volvieses a dar cuando quisieras.

Di un beso en la mano en que brillaban.

—¿Lo sabes, pues, todo, Paulina mía?

—No todo; pero sé suficiente. Tu lealtad, tu ternura, tu consagración, todo esto, mi Gilberto, lo recuerdo, y todo te lo pagaré, si mi cariño puede pagártelo.

Con estas palabras puede cesar la relación de lo que allí nos dijimos: dejad que lo demás nos sea sagrado: lo saben los altos árboles alrededor de nosotros, que hora sobre hora nos dieron discreta y generosa sombra, mientras cambiábamos aquellas inacabables confesiones de amor que embellecieron nuestro segundo y verdadero día de boda. Nos pusimos en pie al fin; pero todavía nos quedamos algunos instantes en la Explanada, como si nos doliese dejar el lugar donde la felicidad había descendido sobre nosotros. Miramos en torno nuestro una vez más, y nos despedimos de las colinas, del río alegre, del valle: una vez más nos miramos en los ojos, y nuestros labios se unieron otra vez en un apasionado beso. Nos volvimos entonces al mundo, y a la vida nueva y grata que se abría para nosotros.

Anduvimos como en un sueño, del cual sólo nos arrancó la vista de las casas y la gente.

—¿Quieres, Paulina, que salgamos de aquí esta noche? Iremos a Londres.

—¿Y después?, me dijo mimosamente.

—¿A dónde, sino a Italia?

Me dio gracias con una mirada y un apretón de manos. Ya estábamos en su casa. Entró sola, por delante de Priscila, que dejaba caer sobre mí sus nobles ojos. Priscila me había llamado grandísimo tonto: ¡yo me vengaré de ti, buena alma!

—Priscila, le dije gravemente: salgo en la diligencia de esta noche. Escribiré cuando llegue a Londres.

Venganza más completa no la gocé nunca: la santa mujer cayó a mis pies llorando:

—¡Oh, mi señor Gilberto, no se vaya, no se vaya! ¿Qué se va a hacer mi pobre señorita, mi señorita Paulina? Ella quiere la tierra misma que Ud. pisa, mi señor Gilberto!

¡Oh, no! yo no quería afligirla! Puse la mano en su hombro, y la miré cara a cara:

—Pero, Priscila, la señorita Paulina, Mrs. Vaughan, mi mujer, Priscila, va conmigo.

Más abundantes corrieron entonces las lágrimas de Priscila; pero eran de gozo.

—

Diez días después, Paulina estaba junto a la tumba de su hermano. Fue su deseo visitarla sola: yo la esperaba a la puerta del cementerio. Trajo de la triste visita muy pálido el rostro, y los ojos con huellas de muy copiosas lágrimas; pero sonrió al distinguir mi ansiosa mirada.

—Gilberto, me dijo, he llorado; pero ahora sonrío. Lo pasado es pasado: que la alegría del presente y las promesas del porvenir disipen sus tinieblas. Yo pondré en el amor que doy a mi marido todo el amor que le tuve a mi hermano. Volvamos la espalda a aquellas sombras oscuras, y empecemos a vivir!

—¿Me queda aún algo que decir? Aún me queda algo.

Años más tarde, estaba yo en París. Hasta los dientes se había peleado en la gran guerra: se habían borrado las primeras huellas del conflicto entre las dos razas; pero las de la guerra civil eran visibles aún en todas partes. Lo que el teutón respetó en la Galia, lo había destrozado el galo mismo: hicieron los comunistas[16] lo que no habían osado hacer los alemanes. Las Tullerías volvían tristemente los ojos vacíos hacia la Plaza de la Concordia, donde se levantaban las estatuas de las hermosas provincias perdidas. La columna de Vendóme yacía por tierra. Todo París, acá comido del fuego, allá ennegrecido, mostraba la fatídica faena que, antorcha y hacha en mano, emprendieron contra ella sus propios hijos. Pero las llamas estaban ya sofocadas, y se había tomado amplia venganza de los incendiarios. Un joven y alegre militar, amigo mío, me llevó a visitar una de las prisiones. Conversábamos fumando al aire libre cuando apareció un pequeño destacamento de soldados. Iban escoltando a tres hombres, que llevaban las manos sujetas con esposas, y las cabezas bajas.

—¿Quiénes son? pregunté.

—Comunistas.

—¿A dónde los llevan?

El francés se encogió de hombros:[17]

—¡A[18] donde debían llevarlos a todos, malvados!: a fusilarlos!

Malvados podían ser, o no; pero tres hombres a quienes apenas queda un minuto de vida deben ser objeto de interés, sino de simpatía. Cuando pasaron junto a nosotros, los miré atentamente. Uno de ellos levantó la cabeza, y me miró cara a cara. ¡Era Macari!

Me estremecí al reconocerlo; pero no me avergüenzo de decir que no me estremecí de compasión. A Ceneri, a despecho de mí mismo, lo compadecía, y hubiera aliviado su desdicha, a serme posible: a aquel rufián, mentiroso y traidor, lo habría dejado ir a la muerte, aunque con levantar un solo dedo hubiera podido salvarlo. Mucho tiempo había ya corrido desde aquél en que Macari envenenó mi vida; pero aún bullía la sangre en mis venas cuando pensaba en él y en sus crímenes. No sabía yo cómo había vivido desde que dejé de verlo, ni a quién ni a cuántos había denunciado; pero si la Justicia había tardado en alcanzarlo, por fin tenía ya en el aire su espada sobre él, y estaban cerca sus últimos momentos.

Él me conoció: acaso pensó que había venido a gozarme en su castigo. Le inundó el rostro el odio, y se detuvo para maldecirme. La escolta lo echó adelante, volvió la cabeza, y continuó maldiciéndome, hasta que uno de los soldados, de un revés de la mano, le selló los labios. El

16 Se refiere al movimiento de los comuneros de París, en 1871.
17 Errata en la edición príncipe: «hombres».
18

acto pudo ser brutal, pero se trataba en aquellos días con pocos miramientos a los comunistas. La escolta desapareció por una esquina del edificio.

—¿Vemos el fin? dijo mi amigo, sacudiendo la ceniza de su tabaco.

—¡Oh, no!

Pero lo oímos. A los diez minutos sonó la descarga: el último y el más culpable de los asesinos de Antonio March había recibido su castigo.

Me acordé entonces de mi promesa a Ceneri. Con gran trabajo conseguí poner en camino una carta que creí le llegaría. Seis meses después, recibía yo otra, cubierta de sellos y contraseñas de correo, en que me decían que el preso a quien escribí había muerto dos años después de su llegada a las minas. El menos indigno de los tres cómplices había expirado sin conocer el fin sombrío del que lo denunció.

Ésta es mi historia. Mi vida y la de Paulina comenzaron cuando volvimos de aquel cementerio, decididos a olvidar lo pasado. Desde entonces nuestras penas y alegrías han sido las comunes a la criatura humana. Ahora que escribo esto en mi tranquila casa de campo, rodeado de mi mujer y de mis hijos, me pregunto con asombro si fui yo mismo el ciego infeliz que oyó aquellos sonidos terribles, y vio después el tremendo espectáculo. ¿Fui yo mismo aquel que atravesó de un cabo a otro la Europa para desvanecer una duda que se avergüenza hoy de haber abrigado un solo momento? ¿Puede haber sido esta misma Paulina, cuyos ojos resplandecen junto a mí de amor e inteligencia, aquella misma que vivió en honda sombra meses y años, calladas en su espíritu las voces armoniosas que tan suavemente vibran en mi oído?

Sí, debe ser así; porque ella ha leído por encima de mi hombro cada una de las líneas de nuestra historia, y al llegar a esta última página, rodea con su brazo mi cuello, y me dice, insistiendo amorosamente en que la escriba, esta frase que copio:

—Demasiado, demasiado de mí, esposo mío; muy poco de lo que tú hiciste y has hecho siempre por mí!

Con ésta, que es acaso la única diferencia de opinión que existe entre nosotros, bien puede acabar esta historia.

FIN

Ramona

«*Ramona* es un libro que no puede dejarse de la mano: se le lee día y noche, y no se quisiera que el sueño nos venciese antes de terminar su lectura; está henchido de idealismo juvenil, sin dulzores románticos; de generosidad, sin morales pedagógicas; de carácter, sin exageradas minimeces; de interés alimentado con recursos nuevos, sin que el juicio más descontentadizo tenga que tacharlo de violento o falso. Lo atraviesa, como un rayo de luz, un idilio de amor americano. El ingenio hace sonreír, allí donde la pasión acaba de estallar. El diálogo pintoresco sucede a una descripción que rivaliza en fuerza de color con la naturaleza. No es un libro de hediondeces y tumores, como hay tantos ahora, allí donde la vida se ha maleado; sino un lienzo riquísimo, un recodo de pradera, un cuento conmovedor, tomado, como se toma el agua de un arroyo, de un país donde todavía hay poesía. Las palabras parecen caídas de los labios mismos de los ingenuos interlocutores: el escenario, distinto en cada página, tiene todo el brillo de la pintura con el encanto de la historia: la acción, noble y ligera, se traba con tal verdad y alcance que allí donde la mujer más casta encuentra sano deleite, halla a la vez el crítico un libro digno de su atención y una robusta fábrica literaria.»

Eso dice de esta novela, verdaderamente notable, uno de sus críticos norteamericanos. Dice la verdad. Pocos libros interesan más que *Ramona,* y pocos dejan una impresión tan dulce. El primoroso gusto de su autora afamada, de Helen Hunt Jackson, le permitió escribir una obra de piedad, una obra que en nuestros países de América pudiera ser de verdadera resurrección, sin deslucir la magia de su cuento, la gracia de su idilio, la sobria novedad de sus escenas trágicas, la moderación artística de sus vigorosas descripciones, con aquel revolver de una idea fanática que no sienta en una obra de mero recreo y esparcimiento. Este libro es real, pero es bello. Las palabras relucen como joyas. Las escenas, variadas constantemente, excitan, con cuerdos descansos, las más diversas emociones. Los caracteres se sostienen por sí, y se albergan como entes vivos en el recuerdo después de la lectura. «¡Gracias!», se dice sin querer al acabar de leer el libro; y se busca la mano de la autora, que con más arte que Harriet Beecher Stowe hizo en pro de los indios, en pro acaso de alguien más, lo que aquella hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*. *Ramona,* según el veredicto de los norteamericanos, es, salvas las flaquezas del libro de la Beecher, otra «Cabaña».

Helen Hunt Jackson, que tenía en su naturaleza «extraña mezcla de fuego y brillo de sol»; que, según otro de sus biógrafos, reunía a la sensatez de su amigo Emerson «toda la pasión y exuberancia tropicales»; que en su célebre *Siglo de infamia* es arrebatada como nuestra elocuencia y punzante como nuestras tunas; que en sus graves versos tiene la claridad serena de nuestras noches y el morado y azul de nuestras ipomeas, pinta con luz americana paisajes, drama y caracteres nuestros, sin que la novedad del asunto exagere o desvíe la verdad de lo que copia, sin que la gracia femenina haga más que realzar con atractivo nuevo la constante virilidad literaria, sin

que la mira piadosa con que escribe le lleve a descuidar en un párrafo o incidente sólo la armonía artística y meditada composición del libro, sin que el haber nacido en Norteamérica le oscureciese el juicio al estudiar, como estudió, en los manuscritos de los misioneros, en los archivos de sus conventos, en los papeles de las infelices familias mexicanas, la poesía y nobleza seductoras con que avasalla a sus rivales natos nuestra raza. Como Ticknor escribió la historia de la literatura española, Helen Hunt Jackson, con más fuego y conocimiento, ha escrito quizás en *Ramona* nuestra novela.

¿Deberá decirse aquí el estilo coloreado, la trama palpitante, la acabada y dramática pintura de nuestras antiguas haciendas, la alegre casa mexicana y su orden generoso, la mestiza arrogante que en la persecución y en la muerte va cosida a su indio, la belleza del país por donde pasan en su huida, el bíblico rincón donde amparan sus últimos ganados, su niña de «ojos de cielo», sus desesperados amores, hasta que los echa de él, como bestias perseguidas, alumbrándose con las astillas de la cuna rota, la vencedora raza rubia? Aquella vida serena de nuestros viejos solares campesinos; aquella familia amorosísima, agrupada, como los retoños al tronco del plátano, junto a la madre criada en la fe de la iglesia; aquellos franciscanos venerables, por cuya enérgica virtud pudo levantarse, con la fortaleza de los robles donde cobijaba su primer altar, una religión desfallecida; aquel manso infortunio de los indios, sumisos, laboriosos y discretos; y luego la catástrofe brutal de la invasión, la llamarada de la rebeldía, la angustia de la fuga, el frío final de muerte, sin que se extinga el sol ni palidezca el cielo, viven en estas páginas como si los tuviéramos ante los ojos. Resplandece el paisaje. El libro nos va dando hermanos e ideas. Se ama, se reposa, se anhela, se padece, se asiste a una agonía histórica en una naturaleza rebosante. Un arte sumo distribuye con mesura los fúlgidos colores. Se disfruta de un libro que sin ofender la razón calienta el alma, uno de los pocos libros que pueden estar a la vez sobre la mesa del pensador y en el recatado costurero. Todos hallarán en *Ramona* un placer exquisito: mérito el literato, color el artista, ánimo el generoso, lección el político, ejemplo los amantes, y los cansados entretenimiento.

José Martí

New York, setiembre de 1887

La Señora[19]

Era tiempo de esquila en la Baja California, pero la esquila estaba retrasada en lo de la Señora Moreno. Felipe Moreno había estado enfermo, y él era el hijo único y cabeza de la casa desde la muerte de su padre. Nada podía hacerse sin él en el rancho, a juicio de la Señora. Desde que sombreó la barba el bello rostro del mancebo, todo había sido en la casa: «Pregúntale al Señor Felipe.» «Ve donde el Señor Felipe.» «El Señor Felipe atenderá a eso.»

Lo cierto es que no era Felipe, sino la Señora, quien lo gobernaba todo, desde los pastos hasta el cantero de alcachofas; pero de eso, sólo la Señora se daba cuenta. Siempre hubiera parecido persona superior la Señora Gonzaga Moreno; pero era verdaderamente excepcional para el tiempo y país en que vivía. Con sólo lo que se vislumbraba de su vida, hubiera asunto para una novela de esas que dan calor y frío. Desde su cuna la tuvo muy en sus brazos la Santa Madre Iglesia; y eso hubiera dicho ella que la había ido sacando en salvo de sus cuitas, si entre sus muchas sabidurías no tuviese la Señora la de no hablar jamás de sí. Nunca exterior más reservado y apacible encubrió una naturaleza tan apasionada e imperiosa, siempre en tren de combate, rebosando tormenta, aborrecida a la vez que adorada, y hecha a que no la contrariase nadie sin que pagara caro su osadía. Invencible era la voluntad de la Señora; pero ningún extraño a la casa lo hubiera sospechado, viéndola escurrirse de un lado para otro en su humilde traje negro, con el rosario colgándole del cinto, bajos los ojos negros y suaves, y el rostro manso y triste. Parecía no ser más que una anciana devota y melancólica, amable e indolente como su raza, aunque más dulce y reflexiva que ella. Su voz contribuía a esta impresión equivocada, porque no hablaba nunca alto ni aprisa, y aun se notaba a veces cierta curiosa dificultad en su pronunciación, que casi era tartamudez, y recordaba el cuidado que ponen en hablar los que han padecido de este vicio. Eso la hacía aparecer en ocasiones como si no tuviese cabales las ideas, lo que envalentonaba a las gentes, sin ver que la dificultad venía sólo de que la Señora conocía tan bien su pensamiento que le costaba trabajo expresarlo del modo más conforme a sus fines.

Sobre la esquila precisamente había habido entre ella y el capataz Juan Canito, a quien decían Juan Can por más corto y por distinguirlo del pastor Juan José, algunas pláticas que con persona menos hábil que la Señora hubiesen parado en cólera y disgusto. Juan Canito quería que la esquila empezase, aunque estuviera en cama Felipe, y no hubiese vuelto de la costa el cachaza de Pedro, con el rebaño que llevó allá para pastos. «De sobra tenemos ovejas para empezar», dijo una mañana: «por lo menos mil». Y para cuando esas estuviesen esquiladas,

19 Todos los títulos de los capítulos son de autoría martiana.

habría vuelto Pedro con el resto. Si el Señor Felipe seguía enfermo, ¿no había él, Juan Can, hecho la ensaca cuando Felipe iba en pañales? Pues lo que hizo, podía volverlo a hacer. La Señora no veía volar el tiempo. Y como habían de ser indios los de la esquila, iban a verse sin esquiladores. Por supuesto, si ella quisiera emplear mexicanos, como todos los demás ranchos del valle, sería diferente, pero se empeñaba en que fueran indios. «Dios sabe por qué...», añadió de mal modo, comiéndose las palabras.

—No te entiendo bien, Juan, interrumpió la Señora en el mismo instante en que dejaba escapar el capataz esta exclamación irrespetuosa: habla un poco más alto: como que la vejez me va poniendo sorda.

¡Con qué tono tan suave y cortés decía esto la Señora, clavando sus ojos negros y serenos en los de Juan Canito, con una mirada cuya penetración era él tan incapaz de entender como una de sus ovejas! No hubiera Juan podido explicar por qué contestó enseguida involuntariamente: «Dispénseme la Señora.»

—No hay de qué, Juan, replicó ella con grave dulzura. No es tuya la culpa de que yo ande sorda. Pero sobre eso de los indios: ¿no te dijo el Señor Felipe que ya tenía comprometida la misma cuadrilla de esquiladores del año pasado, la de Alejandro, de Temecula? Ellos esperarán hasta que estemos listos: Felipe les avisará con un propio: él dice que no hay gente mejor en todo el país. En una o dos semanas Felipe estará bueno; así que las pobres ovejas tendrán que llevar la carga unos días más. Y dime, Juan, ¿habrá este año mucha lana? El General decía que tú podías calcular la cosecha libra más libra menos cuando la llevaban al lomo las ovejas.

—Sí, Señora, respondió Juan sumiso: los animalitos lucen muy bien para lo pobre del pasto en este invierno. Pero no hay qué decir, hasta que ese... Pedro no traiga su rebaño.

Sonrió la Señora a pesar suyo, al notar cómo se había tragado Juan Can la mala palabra con que adornó en su mente a Pedro. Juan, animado por la sonrisa, dijo de esta manera:

—El Señor Felipe no sabe ver falta en Pedro, como que crecieron juntos; pero ya lo sentirá, voy al decir, un día de éstos, cuando le venga un rebaño peor que muerto, y gracias a nadie más que a Pedro. Mientras lo puedo tener a mi vista acá en el valle, todo va bueno; pero uno de los corderitos, Señora, es de más respeto que él para manejar un rebaño; un día corre a las ovejas hasta dejarlas sin vida, y al otro no les da de comer: ¡le digo que una vez hasta se olvidó de darles agua!

Conforme adelantaba Juan su queja, fue enseriando el rostro la Señora sin que él lo notase, porque mientras le hablaba tenía los ojos fijos en su perro favorito, que retozaba ladrando a sus pies.

—Quieto, Capitán, quieto, dijo echándolo a un lado, que no dejas oír a la Señora.

—Demasiado bien oigo, Juan Canito, dijo ella en tono suave, pero de un frío de hielo. No está bien que un criado hable mal de otro. Me ha dado mucha pena eso de tu boca, y espero que cuando venga el Padre Salvatierra le confesarás este pecado. Si el Señor Felipe te pusiese asunto, el pobre Pedro tendría que irse por esos mundos sin casa ni amparo: ¿es ésa acción, Juan Can, para que un cristiano se la haga a su prójimo?

—Señora, no lo dije por mal, principió a decir Juan, temblando todo él por la injusticia del reproche.

Pero ya la Señora le había vuelto la espalda, como enojada del discurso. Quedó Juan mirándola, mientras ella se alejaba a su usual paso lento, ligeramente inclinada la cabeza, con el rosario levantado en la mano izquierda, y repasando con la derecha avemarías y padrenuestros.

—Rezos, siempre rezos, murmuró Juan sin quitarle los ojos: si por rezar se va al cielo, allá se va derecho la Señora. Siento haberla enojado: ¿qué ha de hacer un hombre, si quiere a la casa con el corazón, cuando ve que los holgazanes se la comen? Regáñenme cuanto quieran, y hagan que me confiese con el Padre; pero para eso me tienen aquí, para ver lo que pasa! Cuando sea hombre, tal vez lo hará bien el Señor Felipe; pero ahora es muy mozo!—Y dio con el pie en el suelo, como si quisiera vengarse de su humillación.

—¡Que me confiese con el Padre Salvatierra! Sí lo haré, que aunque es cura, el hombre tiene juicio:—y aquí se santiguó el sencillo Juan, escandalizado de su pícaro pensamiento. Y le preguntaré cómo he de manejarme con este muchachazo que manda aquí en todo; ¡y la Señora embebecida, que cree que él sabe más que una docena de viejos! Bien conoció el Padre el rancho en otros tiempos, cuando era más que ahora. No es cosa de juego, bien lo sabe él, gobernar tanta hacienda. ¡En mal día se murió el General, que en paz descanse!

Se encogió Juan de hombros, llamó a Capitán, y seguido de él se fue hacia el alegre colgadizo de la cocina, donde durante veinte años había fumado su tabaco todas las mañanas. Pero a lo que iba por la mitad del patio le asaltó un pensamiento y paró el paso tan pronto, que Capitán creyó sería algo del rebaño, enderezó las orejas, púsose como al correr, y miró a su amo, aguardando la consigna.

—¿Conque el Padre llega el mes que viene?, se dijo Juan. Hoy es 25: la esquila no empezará hasta que él no venga: entonces tendremos misa en la capilla todas las mañanas, y vísperas en las noches, y la gente se estará aquí comiendo lo menos dos días más, por el tiempo que pierdan en eso y en las confesiones. Para eso sí sirve el Señor Felipe, que vaya que es piadoso. No está mal que esos diablos de indios tengan misa una vez que otra. Me recuerda el buen tiempo, cuando la capilla se llenaba de indios arrodillados, y había más a la puerta. A la

Señora le ha de gustar, porque le parecerá que es como antes, cuando los indios todos eran de la casa. Conque el mes que viene: bueno. El Padre siempre llega en la primera semana del mes. Ella dijo: «en una o dos semanas Felipe estará bien». Serán dos: diez días, más o menos: empezaré a hacer las casas la semana que entra. ¡El diablo se lleve a Pedro, que no llega! Nadie conoce el sauce como él, pero los sueños lo tienen vuelto loco.

Estas aclaraciones pusieron a Juan para el resto del día alegre. Era la viva imagen del contento, sentado en el banco con la espalda al muro, las largas piernas tendidas a casi todo lo ancho del colgadizo, en los bolsillos las dos manos, y el tabaco caído a un lado de la boca. Los pequeñuelos que hormigueaban siempre por los alrededores de la cocina, iban y venían dando tumbos por entre sus piernas, y se enderezaban asiéndose de sus pantalones, sin que Juan diera muestra de enojo, aunque de adentro venía una granizada de regaños.

—Qué le pasa a Juan Can que está hoy de tan buen humor? preguntó traviesamente Margarita, la más graciosa y joven de las criadas de servicio, asomándose por una ventana y halando del pelo a Juan Canito. Tenía Juan tantas canas y arrugas que las muchachas jugaban con él sin miedo, olvidando que, aunque les parecía un Matusalén, ni estaba Juan tan viejo como creían, ni tan seguras ellas en sus juegos.

—La vista de su cara, Señorita Margarita, repuso con presteza, guiñándole los ojos, poniéndose en pie, y haciendo un saludo de burla hacia la ventana.

—Por supuesto que señorita! dijo echándose a reír la cocinera Marta, madre de la moza: el Señor Juan Canito viene a burlarse de los que son mejores que él.—Y lanzó el agua no muy limpia de una cacerola de cobre con tanta destreza por sobre la cabeza de Juan, que ni una gota le cayó en el cuerpo, aunque pareció que toda el agua le iba encima. El patio entero, jóvenes y viejos, muchachos y gallos, pavos y gallinas, se dispersó cacareando por los rincones, como si lloviesen piedras. Al bullicio vinieron corriendo todas las criadas: las gemelas Ana y María, ya de cuarenta años, nacidas en la casa antes de que el General tomase esposa; sus dos hijas, Rosa y Ana la Niña, como seguían llamándola, aun cuando pesaba ya más que su madre; la vieja Juana, de tantos años que ni la Señora sabía su edad cierta: ni ella, la infeliz, podía contar mucho porque estaba ida del juicio de diez años atrás, y sólo servía para quitar las vainas al frijol, lo que hizo siempre tan bien como en su juventud, sin vérsela alegre sino cuando había frijoles que descascarar. No le faltaban por fortuna, porque el frijol no escasea nunca en labranza de México; y para que Juana tuviese qué hacer, lo almacenaban todos los años en cantidad sobrada para un ejército. Verdad es que, aunque venida a menos, era un pequeño ejército la casa de la Señora. Nadie supo nunca exactamente cuántas mujeres había en la cocina, ni hombres en el campo: siempre había primas, sobrinas y cuñadas, que venían a

quedarse, y primos, sobrinos y cuñados que estaban de paso para lo alto o lo bajo del valle. Los que cobraban paga, bien los conocía el Señor Felipe; pero no a todos los que se alimentaban de la casa y vivían en ella. ¡No cabían en caballero mexicano esas cuentas mezquinas!

A la Señora no le parecía que hubiera gente en la hacienda: ¡ aquello era un puñado, que no podía con la obra de la casa! En vida del General sí se pudo decir que jamás se cerraron las puertas sobre menos de cincuenta personas; pero ya aquel tiempo había pasado, ¡pasado para siempre!, y aunque un extranjero, al ver la carrera y alharaca que levantó en el patio la hazaña de Marta, hubiera podido preguntarse con asombro cómo cabían en una sola casa tanta mujer y rapazuelo, el único pensamiento de la Señora, al aparecer en aquel instante en la puerta, fue éste:—¡Pobrecitos: qué pocos quedan ya! Creo que Marta tiene mucho trabajo. Le quitaré quehacer a Margarita para que la ayude.Suspiró tristemente, y se dirigió por las habitaciones interiores al cuarto de Felipe, llevándose como sin querer el rosario al corazón.

Lo que vio al llegar al cuarto era para conmover a cualquier madre: un segundo, sólo un segundo se detuvo en el umbral contemplando aquel cuadro; y grande habría sido el pasmo de Felipe Moreno si le hubiesen dicho que cuando su madre con voz serena le saludaba así: «Buenos días, hijo. ¿Dormiste bien? ¿Estás mejor?»,—lo que su corazón decía en un arranque apasionado era esto: «¡Mi hijo divino! Los santos me le han puesto la cara de su padre. Nació para ser rey».

La verdad es que Felipe no tenía la menor condición de persona real; porque si la tuviese, no lo habría manejado su madre sin que él se diera cuenta de ello. Pero por lo que hace a hermosura nunca hubo monarca de rostro y cuerpo más apropiados para realzar el manto y la corona; así como era cierto que, fuese o no cosa de los santos, su cara era la misma del General Moreno. Raras veces hay parecido tan marcado entre padre e hijo. Una vez que Felipe, para una fiesta de gran ceremonia, se puso el manto de terciopelo bordado de oro, calzón corto sujeto a la rodilla por una liga roja, y el sombrero cargado de oro y plata que su padre había usado veinticinco años antes, la Señora se desmayó y rodó por tierra. Y cuando abrió los ojos, y vio inclinado sobre ella, diciéndole tiernas palabras, a aquel mancebo de la barba negra y el suntuoso arreo, se desmayó otra vez:—«¡Madre, madre mía! No me los pondré si te hacen padecer. Déjamelos quitar. Ya no voy a esa maldita procesión!». Y comenzó a desabrocharse el cinto.

—No, no, Felipe, dijo la Señora. Quiero que te los pongas y poniéndose en pie, deshecha en lágrimas, volvió a abrocharle el cinturón que tantas veces ciñeron a otro cuerpo sus manos, siempre premiadas con un beso.

—Llévalos,—dijo, secos ya los ojos y ardiéndole las palabras,—llévalos, para que vean esos

perros yanquis cómo era un caballero mexicano antes de que nos pusieran el pie en el cuello!—Y fue con él hasta la puerta, y allí estuvo, moviendo bravamente su pañuelo hacia el jinete, hasta que desapareció por el camino. Pero entonces, demudado el rostro y la cabeza baja, volvió penosamente hasta su alcoba, se encerró en ella, cayó de rodillas frente a la imagen de la Virgen que tenía a la cabecera de su cama, y así pasó la mayor parte del día, implorando perdón, y rogando que fuesen castigados los herejes: ¡eso sobre todo pedía a Dios con ardor: el castigo!

Juan Can estaba en lo cierto al calcular que no era la enfermedad de Felipe la causa de tener demorada la esquila, sino la tardanza del Padre Salvatierra. Y más satisfecho habría aún quedado de su perspicacia, si hubiese podido oír lo que conversaban en el cuarto madre e hijo, mientras que él, medio dormido en el colgadizo, zurcía sus ideas y se felicitaba por su ingenio.

—Juan Can anda ya inquieto por la esquila, decía la Señora. Supongo que tú pensarás lo mismo, hijo, que es mejor esperar a que el Padre Salvatierra venga. Nada más que aquí lo pueden ver los indios, y no sería cristiano perder esa ocasión; pero Juan se enoja. Va poniéndose viejo, y creo que lo tiene ofendido estar bajo tu mando. Él no puede olvidar que te llevó mucho tiempo en las rodillas; pero tampoco puedo olvidar yo que tú eres el hombre en quien descanso.

Volvió a ella Felipe su bello rostro con una sonrisa de hijo enamorado y vanidad agradecida:

—Pues si tú puedes descansar en mí, madre mía, eso nada más le pido a los santos;—y en su mano derecha tomó las dos flacas y finas de su madre, y las besó con ternura amorosa.—Me echas a perder, mi madre: me estás volviendo orgulloso.

—La orgullosa soy yo, replicó ella; pero orgullo no es, sino agradecimiento al Señor, porque me ha dado un hijo tan juicioso como su padre, que me amparará en los pocos años que me quedan de vida. Moriré contenta estando tú a la cabeza de la casa, viviendo como debe vivir un caballero mexicano, si en lo que nos queda de esta tierra infeliz se puede vivir todavía como caballero. Y en eso de la esquila, Felipe, ¿querrías tú empezarla antes de que viniese el Padre Salvatierra? Alejandro y su gente están listos: en dos jornadas se ponen aquí de vuelta con el propio. El Padre no puede llegar hasta el 10. El 1º salió de Santa Bárbara, y viene a pie todo el camino: lo menos tarda seis días, porque ya está débil y viejo. En Ventura pasará un Domingo, y otro día en el rancho de los Ortega, y en el de los López tienen un bautizo. Sí, pues: el 10 es lo más pronto que puede llegar: cerca de dos semanas todavía. Tú tal vez te levantarás la semana que viene: para el 10 ya estarás casi bueno.

—Por supuesto que estaré, dijo Felipe riendo, y echando a los pies con tal brío los cobertores, que quedaron temblando los pilares y el cielo festoneado de la cama. Ya estaría

bueno ahora, si no fuera por esta debilidad que no me deja tenerme en pie. Me parece que me haría bien el aire fresco.

Lo cierto es que Felipe ardía en deseos de verse ya en la esquila: para él era la esquila una especie de fiesta, por más que trabajaba en ella recio, y dos semanas le pareció mucho esperar.

—Las fiebres dejan siempre débil por muchas semanas, dijo la Señora. No sé yo si estarás bastante fuerte dentro de quince días para la ensaca; pero Juan Can me decía hoy que él ensacaba cuando tú eras todavía un muchacho, y no era preciso esperarte para eso.

—Conque eso ha dicho el insolente? dijo Felipe con enojo. Yo le diré que nadie hará aquí la ensaca más que yo, mientras yo sea aquí el amo; y la esquila se hará cuando yo quiera, y no antes.

—Tal vez no sería bueno decir que no va a hacerse hasta que el Padre venga, no te parece? preguntó la Señora en tono de duda, como si no tuviese ya el asunto decidido. Al Padre no lo respetan los mozos de ahora como los de antes, y hasta Juan mismo me está pareciendo un poco tocado de herejía, desde que los americanos revuelven la tierra buscando dinero, como perros que van oliendo el suelo. Pudiera ser que a Juan no le gustase saber que sólo se espera por el Padre. Tú ¿qué piensas?

—Pienso que tiene bastante con saber que no se esquilará hasta que yo quiera, dijo Felipe todavía enojado. En eso se queda.

En eso precisamente quería la Señora que se quedase; pero ni Juan Canito mismo sospechaba que esa intención era sólo idea de ella, y no de su hijo: Felipe, por su parte, hubiera tenido como maniático al que le dijese que no era él, sino la Señora, quien había decidido esperar para la esquila a que viniera el Padre, y no decir palabra en el rancho sobre la razón de la demora.

Conseguir de ese modo sus fines es la suma del arte. No aparecer jamás como factor en la situación que se desea; saber mover como instrumentos a los demás hombres, con la misma callada e implícita voluntad con que se mueve el pie o la mano, eso es vencer de veras, eso es domar en el grado más alto la fortuna. Ha habido una u otra vez en la historia del mundo hombres prominentes que estudiaron y adquirieron en grado notable ese poder supremo, y por medio de él manejaron a embajadores, senados y monarcas, y sujetaron los imperios. Pero es dudoso que aun en esas singulares ocasiones haya sido tan completo el éxito como el que obtiene a veces en más humilde círculo una mujer en quien esa cualidad es un instinto, y no obra del estudio, una pasión más que un modo de gobierno. Ésa es la perpetua diferencia entre el talento y el genio. La Señora era el genio.

¡Bien Pasado!

En pocas casas de California se conservaba con tanta pureza como en la de Moreno aquella franca y generosa vida, medio elegante y medio bárbara, que a principios del siglo hacían los mexicanos de alta alcurnia, cuando aún llamaban Nueva España a México. Era en verdad una existencia grata y pintoresca, con más placer y sentimiento en sus escenas animadas, con más drama y romance, que los que nunca volverán a verse en esas playas de sol. Aún se percibe el suave aroma; aún no lo han espantado del lugar las inversiones y empresas; aún durará su siglo, y no se perderá jamás completamente, mientras exista una casa como la de la Señora Moreno.

Cuando el General edificó la casa, poseía todo el terreno de los alrededores en un radio de cuarenta millas, cuarenta al Oeste, que iban por el valle al mar, cuarenta al Este, dentro de las montañas de San Fernando, y otras cuarenta bien contadas, más o menos al borde de la costa. Los linderos no estaban muy claros, porque en aquel tiempo feliz no había necesidad de contar la tierra por pulgadas. Tal vez no sería fácil explicar cómo el General vino a poseer tanta tierra: por lo menos, no se explicó a satisfacción de la Junta Rural de los Estados Unidos que después de la entrega de California tuvo a su cargo el reconocimiento de los títulos; y así fue como pudo llegar a considerarse pobre la Señora. Tramo a tramo le habían ido quitando sus ricas posesiones, hasta que se creyó que iban a dejarla sin resto de ellas. La Junta desconoció todos los títulos fundados en dádivas del Gobernador Pío Pico, de quien fue el General íntimo amigo: ¡así perdió la Señora en un solo día lo mejor de sus pastos! Eran tierras que pertenecieron antes a las Misiones de Buenaventura y San Fernando, y se extendían por lo largo de la costa a la entrada del valle, donde corría camino al mar el riachuelo que se veía desde la casa: ¡mucho había gozado en su juventud la pobre Señora, paseando a caballo al lado de su marido aquellas cuarenta millas, sin tener que salir de sus tierras propias para ir desde su casa al mar! Con razón llamaba ella a los americanos perros y ladrones!

Nunca el pueblo americano ha llegado a entender que la anexión de California no fue sólo una conquista sobre México, sino la conquista de California misma. No era lo más amargo perder la nacionalidad que se rendía con la comarca, sino ir perdiendo la comarca. Así los pueblos van y vienen sin ayuda en manos de las grandes naciones, sufriendo toda la ignominia de la derrota sin ninguna de las compensaciones de la transacción. México salvó mucho en el tratado, a pesar de tener que confesarse vencido; pero California lo perdió todo. No se puede decir con palabras el dolor de aquel trance. Es una maravilla que hubiese quedado un solo mexicano en el país. Acaso quedaron sólo los que no tuvieron modo humano de salir de él.

Por fortuna de la Señora, su título a las tierras medianeras del valle era más claro que los de las que poseía al oriente y poniente; de modo que aún le quedó, después de todos los pleitos y

adjudicaciones, hacienda bastante para excitar la envidia de cualquier recién llegado, aunque a la pobre despojada le parecía ya la suya una propiedad mezquina, tanto más cuanto que no se sentía segura ni de un pie de ella. "Cualquier día, decía, mandan aquí otra Comisión que deshaga lo que dejó hecho la primera. El que roba una vez, robará mil. Nadie se considere seguro bajo el gobierno de los americanos. ¡Quién sabe lo que viene!».—Y año sobre año se iban con estas ideas acentuando en el avejentado rostro de la anciana las arrugas del pesar, de la ansiedad y del resentimiento.

Sintió un gozo indecible la Señora cuando al trazar los comisionados un camino a través del valle, lo corrieron por el fondo de la casa, en vez de seguirlo por el frente. «¡Así, a la espalda», decía ella: «¡adonde deben estar, detrás de nuestras cocinas!: así no pasarán por nuestra casa más que amigos». No se entibió nunca en ella esta alegría. Cada vez que pasaba por el camino algún carro de los americanos, se la veía pensar con gusto en que la casa le daba la espalda. Bien hubiera querido ella poder hacer siempre lo mismo; pero ya que se lo estorbaban la urbanidad o los negocios, ¡allí estaba la casa, con la espalda vuelta!

Otro placer se dio la Señora cuando se abrió el camino; y tan juntos estaban en él el celo religioso y el odio de raza, que el teólogo más sutil no hubiera podido determinar si era aquello mérito o pecado. En lo más alto de cada uno de los redondos cerros en que se levantaba suavemente el valle hizo poner la Señora una gran cruz de madera, y no había cerro sin cruz, «para que los herejes sepan cuando pasen que están en la hacienda de una buena católica, y para que los fieles se acuerden de rezar: ¡en las almas más duras ha hecho milagros la Santa Cruz Bendita!». Y allí se abrían, en invierno y verano, a la lluvia y el sol, aquellos brazos solemnes y silenciosos, sirviendo de guía al viajero novicio, a quien daban por señas del camino «tantas o cuantas cruces de la Señora Moreno, que ha de ver sin falta». ¿Quién sabe si aquellos maderos no confortaron muchas veces el corazón de algún caminante desolado? Mucho cristiano fiel detenía el paso y se persignaba humildemente, al ver de pronto las primeras cruces, destacándose en el camino solitario sobre el sereno azul del cielo.

La casa era de adobe, y baja, con un colgadizo ancho a los tres lados del patio, y otro más espacioso todavía en el frente, que miraba al Sur. Los colgadizos, los del patio sobre todo, eran como otros tantos cuartos, donde vivía la casa entera. Nadie se estaba nunca entre paredes, a no serle inevitable. Todo lo de cocinar, salvo lo del fogón, se hacía en el colgadizo. Allí gateaban, se bañaban, jugaban y hacían coro los chiquitines, sentados sobre el suelo. Allí las criadas decían sus oraciones, dormitaban durante la siesta, y tejían sus encajes. Allí la vieja Juana descascaraba sus frijoles, e iba echando las vainas sobre los ladrillos, hasta que se le hacían montones a los lados, como las hojas de las mazorcas en la estación del despaje. Allí fumaban

los capataces y pastores, descansaban, y amaestraban sus perros. Allí amaban los jóvenes, y dejaban caer los viejos la cabeza, vencidos por el sueño. Los bancos, que corrían a todo lo largo de la pared, tenían ya del mucho uso marcados los asientos, y lustrosos como la misma seda: el suelo enladrillado ya boqueaba por algunos lugares, y estaba tan hundido en otros que, cuando las lluvias, se hacían grandes pocetas, donde encontraban rico entretenimiento los muchachos, y venían a beber, traveseando de una en otra, los perros, gatos y gansos que siempre por allí merodeaban.

El colgadizo arqueado del frente era un lugar encantador. Tendría de largo unos ochenta pies, y abrían sobre él las puertas de cinco holgados cuartos. Los dos que estaban más al Oeste fueron hechos después de la casa, a cuatro escalones de altura sobre los primeros, lo que daba a aquel extremo apariencia de terrado. Allí tenía sus flores la Señora: allí, en tiestos capaces de barro colorado, hechos a mano por los indios de San Luis Obispo, crecían, puestos en hilera contra la pared, geranios ostentosos, finos claveles, y el almizcle de flores amarillas. Por el almizcle tenía la Señora vivísima afición, heredada de su madre, tanto que una vez dijo al Padre Salvatierra, al despuntar para él un gajo de su flor favorita: —«Padre, no sé lo que es; pero creo que si me dan a oler almizcle después de muerta, resucito».—«De tu madre lo tienes, hija, de tu madre».

A más de los geranios, almizcles y claveles, había muchas enredaderas de especies distintas, unas que nacían de la tierra, y subían al amparo de los horcones, ciñéndolos como guirnaldas, otras animadas a la pared, o colgando de grandes tazas de piedra gris, pulimentada y reluciente, suspendidas del techo como cestas, y hechas de mano de indio en edades remotas, sin más instrumento que una tosca piedra.

Cantaban entre las enredaderas del alba al anochecer los canarios y pinzones de la Señora, todos de puestas diferentes, y criados por ella a la mano, como que nunca estaba sin una nidada nueva; y de Buenaventura a Monterrey se tenía por feliz el que lograba algún pinzón o canario de sus crías.

Del colgadizo a las orillas del río donde miraba, todo era jardín, naranjos y almendros: el jardín, siempre en flor; el naranjal, siempre verde, cuajado de azahar o frutas de oro; los almendros, tan bellos con su dosel ondulante de pétalos blancos y rosados desde el romper de la primavera, que parecía como si se hubiesen caído las nubes de la aurora, y enredádose en las copas de los árboles. A derecha e izquierda se extendían otros golpes de frutales: aquí duraznos y albaricoques, allí peras, manzanas y granadas, y a lo lejos viñas. No había día del año en que desde el colgadizo de la Señora no se viera el campo verde, o con flores y frutos.

Una espalera casi oculta por los frondosos pámpanos sombreaba la senda amplia y derecha

que iba desde la entrada del colgadizo por en medio del jardín, hasta un arroyo que corría al pie de él. Allí, a la sombra de doce sauces viejos, estaban tendidas de una margen a otra las lajas donde se hacía el lavado de la casa. No había, pues, esperanza de jolgorio o pereceo para las lavanderas, como que del otro extremo del jardín tenía siempre sobre ellas los ojos la Señora: aunque si hubieran sabido cuán bien parecían de rodillas sobre la yerba, ya sacando del agua el lienzo goteante, ya estregándolo sobre las lajas, ya chapuzándolo, exprimiéndolo, haciéndose saltar el agua clara sobre los rostros unas a otras, se habrían estado gustosamente día sobre día en los lavaderos, porque nunca faltaba quien mirase.

Apenas pasaba día sin que tuviera visita la Señora, que era aún persona de cuenta, cuya casa veían como posada natural cuantos viajaban por el valle. Cuando no estaban los paseantes reposando, o acallando el apetito, o dando vueltas por la hacienda, allí se les veía en el corredor, dando conversación a la Señora. En invierno eran pocos los días fríos; y en verano, muy inclemente había de ser el que retuviese a la Señora y a sus visitas puertas adentro. Ostentaba el colgadizo tres venerandas sillas de roble tallado, y un banco de roble, también de talla fina, que dio a guardar a la Señora el viejo y leal sacristán de San Luis Rey, cuando invadieron la Misión los americanos. Espantado de los actos sacrílegos de la soldadesca, que se alojó en el templo mismo, y se entretenía en sacar a balazos los ojos y la nariz a las imágenes, el pobre sacristán fue salvando a hurtadillas cuanto pudo, ya escondiéndolo entre los algodonales, ya en su propia casita, hasta que tuvo para llenar carros. Aún con mayor cautela fue luego llevando poco a poco los objetos, ocultos en carretadas de heno, a casa de la Señora, que tuvo a honor esta muestra de confianza, y recibió el tesoro como hacienda de Dios, que habría de ser devuelta a la Iglesia cuando se restableciesen las Misiones, lo que siempre esperaban con fe aquellos buenos cristianos. Por eso no había apenas cuarto en la casa sin una pintura o imagen de la Virgen o alguno de los santos, cuando no más de una; y en la capillita del jardín rodeaban el altar las esculturas majestuosas de los apóstoles que en los tiempos del Padre Peyri asistieron a las espléndidas ceremonias de la Misión de San Luis del Rey, con aquella misma apariencia benigna con que presidían luego las fiestas humildes de la hacienda de la Señora Moreno. El que tuviese una un ojo de menos, y otra un brazo, y el que los colores antes resplandecientes de las túnicas estuvieran descascarados y marchitos, encendía, en vez de atenuar, el fervor con que se postraba ante ellas la Señora, a cuyos ojos saltaban lágrimas de ira al recordar a los herejes que habían cometido tal pecado. Hasta las apolilladas coronas que los santos lucieron en la última fiesta de la Misión sacó del templo el sacristán; y la Señora volvió a ponerlas sobre las veneradas esculturas, con tanto respeto como si fueran parte viva de las imágenes.

La Señora tenía más apego a la capilla que a su propia casa. El General la había edificado en el segundo año de su matrimonio: en ella se bautizaron sus cuatro hijos: de ella habían salido todos, menos Felipe, para la sepultura, muertos casi al abrir los ojos a la luz. En vida del General, cuando la próspera hacienda daba casa a centenares de indios, se asemejaba la escena de algunos domingos a la de las Misiones:—la capilla llena de hombres y mujeres arrodillados; los que no habían logrado entrar, de rodillas también, en los senderos del jardín: el Padre Salvatierra, en su mejor casulla, andando entre hileras de fieles que le abrían paso con respeto, unos pidiéndole la bendición, otros ofreciéndole frutas o flores, las mujeres levantando en brazos a sus hijos para que el anciano les pusiera las manos sobre la cabeza. Nadie más que el Padre Salvatierra había oficiado en la capilla, ni oído en confesión a ningún Moreno. Era el Padre uno de los franciscanos que quedaban aún en el país, y tan amado y venerado en todo él, que prefería aquella gente leal estarse meses enteros sin los sacramentos, a tener que confesar sus culpas a otro sacerdote. Este afecto profundo de los indios y las antiguas familias mexicanas a los franciscanos, había movido naturalmente a celos a los sacerdotes seculares recién venidos, por lo que no era todo rosas la situación de aquellos buenos frailes, como que ya se decía que les iban a prohibir que fuesen de rancho en pueblo, según tenían por costumbre, oficiando de párrocos, cosa que sólo se les permitiría hacer en sus propios colegios de Santa Inés y Santa Bárbara. Cuando se habló de esto un día en presencia de la Señora, se le encendió súbitamente el rostro, y sin poder contenerse:—«¡Ese día, dijo, quemo mi capilla!».

Felizmente, sólo oyó esta amenaza Felipe, cuyo asombro trajo a la madre a sus sentidos:

—Dije mal, hijo. A la Iglesia ha de obedecerse siempre; pero los franciscanos sólo deben cuenta al Superior de su Orden, y no hay aquí quien pueda prohibirles que viajen y den los sacramentos a los que lo deseen. Te digo que no puedo sufrir a esos curas catalanes que están viniendo ahora. Los catalanes tienen mala sangre.

Razón había para que la Señora quisiese así a los franciscanos, porque desde que le lució el juicio tuvo delante sus sayales oscuros, que le enseñaron a mirar como el ropaje único de la virtud. El buen Salvatierra viajó de México a Monterrey en el mismo buque que traía al padre de la Señora, cuando le nombraron comandante del presidio de Santa Bárbara; y el tío que más la mimaba era entonces el Superior de la Misión. Floreció su juventud entre las fiestas del Presidio y las ocupaciones y ceremonias de la Iglesia: tenía fama de ser la más hermosa de toda la comarca, y se miraban en ella por igual los militares, los marinos y los sacerdotes: se brindaba por ella desde Monterrey hasta San Diego.

Cuando premió al fin el amor de Felipe Moreno, que era ya general mexicano de mucha distinción, las bodas fueron lo más rico que se había visto nunca en el país. Acababan de

rematar una de las torres de la Iglesia de Santa Bárbara, y se convino en celebrar a un tiempo la consagración de la torre y las bodas, y en tender las mesas para el festín a todo lo largo del corredor de la Misión. Se hizo venir a toda comarca: tres días duró la fiesta, sin que se levantaran los manteles, ni cesaran el baile, el canto y el regocijo. Tenían entonces los indios largas calles de casas al Este de la Misión, y al frente de cada una levantaron su alegre enramada. Los indios de los alrededores, por supuesto, habían sido también invitados a las fiestas, y era de verlos venir, en pintorescos grupos, entonando sus cantos, y con las manos llenas de presentes. No bien aparecían iban los de Santa Bárbara a su encuentro, como ellos cantando y con regalos, y esparciendo semillas por todo el camino, en señal de bienvenida. Dondequiera que se presentaban los novios, ricamente vestidos, los saludaba la multitud arrojándoles lluvias de flores, semillas y granos. Ya al tercer día, aún en traje de bodas, dieron vuelta tres veces a la torre, cirio en mano, precedidos de los frailes, que iban cantando y rociando de incienso y agua bendita las paredes; de modo que parecía la ceremonia consagrar la boda de Moreno, lo mismo que la torre nueva: de allí siguieron viaje con toda pompa los esposos, acompañados por algunos de los ayudantes del General y dos padres franciscanos, siendo en todos los pueblos de la Misión objeto de afectuosos agasajos.

Moreno era tan querido en el ejército como en la Iglesia, y a ambos había servido eficazmente, sin disimulos ni traiciones, en los conflictos en que los dos poderes andaban casi siempre empeñados. También los indios conocían su nombre, por haberlo oído alabar en los templos de los Misioneros, cada vez que el General sacaba a los padres de algún apuro, en Monterrey o en México. Su casamiento con la hija de un bravo militar, que era a la vez sobrina del Prior de Santa Bárbara, apretó los lazos que ya le unían a los dos poderes dominantes en su patria entonces.

Cuando llegaron a San Luis Obispo, los indios todos del poblado salieron a recibirlos con el Padre a la cabeza, y al tocar la comitiva los portales de la Misión, la rodearon como un muro humano, sacaron de su montura al General, y haciendo de una frazada pavés, lo alzaron en hombros veinte mozos robustos, de cuya manera entró en la santa casa, riendo llanamente de su infeliz postura, hasta que los buenos indios lo dejaron en los umbrales del cuarto del Padre.

—Déjelos, Padre, déjelos, iba diciendo el General al Padre Martínez, que se afanaba por contener el entusiasmo de sus revueltas ovejas. ¿No ve que a los pobres les gusta?

Lo curioso fue en la mañana que salieron de San Luis, cuando, no sabiendo ya el Padre cómo entretener a sus huéspedes, le ocurrió hacer desfilar ante los corredores toda la volatería: Una hora duró la procesión. ¡Y no quedó por música! ¡Qué cacareos y graznidos! ¡qué carreras, qué gritos, qué chasquear el látigo los indios que hacían de mayorales! Primero iban los pavos,

luego los gallos, luego las gallinas blancas, después las negras y las amarillas, los patos detrás de ellas, y a la cola los gansos en descompuesta hilera, unos cojeando, otros aleteando, otros como queriendo huir de aquella inusitada persecución y fatiga. Toda la noche se habían estado los indios recogiéndolos, agrupándolos por colores, cuidando de que no se salieran de sus puestos aquellos novísimos procesionarios. Séquito más cómico no se vio jamás. Los novios se quedaron al morir de tanta risa, y jamás pudo recordarlo el General sin que le retozasen las carcajadas.

Monterrey recibió a los recién casados con magnificencia: todo se engalanó para festejarlos, el Presidio, la Misión, los buques mexicanos, españoles y rusos surtos en el puerto. Hubo bailes del señorío y de la llaneza, y toros, y banquetes, y cuanto la ciudad pudo poner a los pies de la novia: ¿cuál, de cuantas vinieron de la costa a las festividades, podía compararsele en gracia y hermosura? Así, a los veinte años, entró en el matrimonio la Señora, jovial y risueña, pero ya con aquella mirada tierna y ardiente que a veces se encendía hasta el entusiasmo, y por la cual se anunciaron desde la juventud, aunque adormecidas y al nacer, las cualidades que fueron desenvolviendo la edad y la desdicha,—su inquebrantable amor al héroe muerto, y su devoción apasionada. Guerras, revoluciones y derrotas dejáronla impasible. Cada vez era más mexicana y más Moreno: cada vez más leal a la Iglesia, y a los padres franciscanos.[20]

Cuando fueron devueltas al siglo las propiedades del templo, tardó años en aplacarse su cólera. Más de una vez fue sola a Monterrey, en tiempo en que el viaje era temido y peligroso, para incitar al Prefecto de las Misiones a que se defendiera con más energía, o para suplicar a las autoridades del lugar que amparasen la hacienda católica. Por ella, que lo decidió con su elocuencia, mandó el Gobernador que se devolviesen a la Iglesia las Misiones que quedaban al Sur de San Luis Obispo. Por ella cayó herido de gravedad el mismo General Moreno, al pretender en vano reprimir la rebelión que, a costa de su puesto, provocó el Gobernador Micheltorena.

Mordiendo la humillación, curó la Señora a su adorado herido, determinada a no intervenir más en los asuntos del país, y en los muy desdichados del culto. Y cuando vio año sobre año irse desmoronando sus caras Misiones, desaparecer como el rocío al sol las riquezas del templo en manos de administradores concupiscentes, y expulsar o reducir a la miseria sus padres franciscanos, acató aquellos infortunios, que le parecían mandados por Dios para purificar su doctrina, y aguardó, con resignación que tenía algo de espanto, las nuevas iras con que el Señor quisiera visitar las cabezas de sus fieles. Pero cuando los que hablan inglés pusieron el pie en su tierra, cuando vio a su país vencido en una y otra batalla, estalló con esplendor de incendio

20 En la edición príncipe: «franciscos».

la pasión sofocada en aquella enérgica naturaleza. Sin que le temblaran las manos ajustó la espada al cinto de su marido: sin que se le empañasen los ojos lo vio salir a la guerra: ¡sólo sentía no tener hijos a quienes enviar también a combatir!

—¡Ojalá fueras ya hombre, Felipe! dijo una y otra vez con un tono que el niño no olvidó jamás: ¡ojalá fueras hombre, para que tú también hubieras ido a pelear contra los extranjeros!

Cualquier raza hubiera sido menos odiosa a la Señora que los americanos. Los había despreciado desde que era niña, cuando iban buhoneando de caserío en caserío. Los despreciaba todavía. ¿Guerra con aquellos mercachifles? ¡Por supuesto que los mexicanos vencerían!

Cuando trajeron muerto a su marido, que cayó como bueno en el último combate que allí pudieron librar los mexicanos, dijo fríamente: «¡Él hubiera preferido morir a ver su tierra en manos de enemigos!». Casi espantada de sus propios pensamientos, sepultó en el corazón su pena. Ella había creído que no podría vivir apartada de su esposo; pero se alegraba de que hubiera muerto, de que no viera y supiese lo que ella veía y sabía: hasta llegó a asombrarse de que allá entre los santos, donde sin duda reposaba, no se indignara como ella, al contemplar las desventuras de su pueblo.

Así vino a ser la Señora Moreno a los sesenta años aquella mujer dura, reservada e impasible, en quien apenas se hubiese reconocido la alegre y romántica niña que, cuarenta años antes, bailaba y reía con los oficiales de la guarnición, y oraba y se confesaba con los padres; y hoy, ya blanco el cabello, apagada la voz, apretados los labios, intrigaba con su hijo y el capataz para lograr que un puñado de indios confesara una vez más sus culpas a un fraile franciscano en la capilla de Moreno.

RAMONA

No eran sólo Juan Canito y Felipe los que esperaban la esquila con impaciencia: con ansia no menor la deseaba Ramona. Ramona era una gloria: por cada mirada que atrajese la grave y a veces pálida y nublada belleza de la Señora Moreno, atraía cien ávidos ojos el rostro amable de Ramona. Los pastores, los peones, las criadas, los chiquitines, las gallinas, los perros, todos estaban enamorados de Ramona: todos, menos la Señora. Jamás la amó: jamás pudo amarla, aunque le había servido de madre desde niña, y nunca, en los dieciséis años que la tuvo al lado, la trató con dureza. Madre había prometido ser para ella, y con toda la austeridad de aquel carácter suyo, madre había sido. Pero no estaba en la Señora el vencerse hasta serlo de veras.

Jamás contaba la historia de Ramona. Para casi todos los conocidos de la casa, la niña era un misterio. Nadie osó preguntar nunca a la Señora Moreno quiénes eran los padres de la niña,

ni si estaban vivos, ni por qué, no llevando Ramona el nombre de la familia, vivía en ella como hija, tan atendida y respetada como el mismo Felipe. Algo sabía del triste cuento este o aquel anciano de los alrededores; pero la historia venía de medio siglo atrás: y ¿a qué recordar penas, cuando se tenían encima tantas propias? Una u otra vez salía a relucir la no olvidada desventura en la conversación de algún vecino viejo, que animaba lo oscuro de la tarde con crónicas antiguas, o entretenía con románticas leyendas la siesta ardorosa, cercado de un auditorio conmovido, a cuyas cabezas jóvenes daban clemente sombra las enredaderas.

Cuando la Señora estaba aún de muñecas, se enamoró tan vivamente de una hermana mayor de ella un joven escocés, Angus Phail, que parecía el mozo fuera de sentido: sólo esto pudiera explicar lo que hizo luego Ramona Gonzaga. Es verdad que al principio se negó, mes tras mes, a aceptar la corte de Angus; pero tan arrebatada y tercamente le declaraba él su amor, que al fin le empeñó palabra de matrimonio antes de partir a Monterrey, a tiempo que Angus salía para San Blas en atenciones de sus buques, que eran los mejores y más productivos de la costa, y la tenían surtida de telas ricas, perlas, joyas y molduras. La llegada de un buque de Angus era por toda aquella costa una ocasión de feria, y Angus mismo, nacido de buen linaje en su país y de mucha finura para hombre de mar, hallaba cariñosísima acogida en las casas mejores, dondequiera que anclasen sus naves, desde Monterrey hasta San Diego.

Amante y amada salieron a la vez del Presidio para sus viajes distintos, y se saludaban de una cubierta a la otra ondeando sus pañuelos, uno con rumbo al Norte y otro al Sur. Los que iban con Ramona dicen que su pañuelo dejó de saludar y sus ojos de mirar, mucho antes de que desapareciese a la distancia el pañuelo fiel de Angus. Pero los del *San José* contaron siempre que Angus se estuvo allí, firme sobre la cubierta, viendo el rumbo por donde iba Ramona Gonzaga, hasta mucho después de que la noche le robase la vista del buque.

Aquél había de ser su último viaje. Lo hacía porque le tenían tomada la promesa; pero ya se vengaría de la forzosa separación, volviendo con el barco cargado de presentes para su Ramona, que nadie sabría escoger mejor que él! Se pasaba los días sentado sobre cubierta, mirando al mar con ojos extraviados, mientras vagaba su imaginación por un mundo de joyas, encajes, terciopelos, sedas, todo el tesoro que iría tan bien a su bellísima Ramona. Cuando las imágenes eran ya muy vivas, aliviaba el ardor del pensamiento midiendo, a paso cada vez más rápido, la cubierta del *San José*, hasta que al fin no parecía que andaba, sino que huía espantado: sus marineros le oían entonces decir en voz baja: «¡Ramona! Ramona!» Loco de amor estaba Angus Phail, tanto que muchos creían que no hubiera podido soportar el gozo de ver por fin suya a la mujer que amaba, sin que su razón cediera a la ventura, y en el arrebato del júbilo, él o ella hubiesen muerto. Pero esa hora no llegó jamás. Cuando, ocho meses después,

entró el *San José* de vuelta en Santa Bárbara, y Angus saltó a la playa sin aliento, el segundo hombre con quien tropezó, que no le quería bien, le dijo cara a cara, con el placer de la malicia: —«Llegas tarde ya para la boda. Tu novia, Ramona Gonzaga, se casó ayer con un oficial del Presidio de Monterrey». Angus tambaleó, dio al hombre un tremendo puñetazo en la cara, y cayó en tierra, echando espuma por la boca. Lo llevaron a una casa vecina, donde recobró pronto el sentido, y apartando con fuerza de gigante a los que le cerraban el paso, salvó el umbral y echó a correr con la cabeza descubierta hacia el Presidio. El centinela, que lo conocía, le detuvo:

—¿Es verdad? preguntó Angus con angustia.

—Es verdad, replicó el centinela, a quien luego se oyó contar que le temblaban las rodillas cuando dio al escocés enfurecido la respuesta: temió que de un golpe lo dejara muerto. Pero Angus se echó a reír, a reír con una risa estúpida, y volviendo los talones se fue dando traspiés calle arriba, cantando y riendo.

Poco después lo recogían del suelo en una taberna miserable, ebrio de muerte; y se hundió de tal modo en el vicio, que ya no era posible salir a la calle en Santa Bárbara sin tropezar con Angus Phail, cayendo y levantándose, provocando a la gente, echando el vino por los ojos, deslenguado y temible.

—Vean de lo que se libró la Señorita, solían decir los de poco pensamiento.

En sus raros intervalos de parcial lucidez, vendió cuanto tenía, buque tras buque, poco más que por una copa de aguardiente. A la taberna iba todo. Jamás vio a Ramona, ni procuró verla; ella, espantada, volvió pronto con su marido a Monterrey.

Por fin desapareció Angus, y se supo luego, por noticias de Los Ángeles, que de allí había salido a vivir con los indios en la Misión de San Gabriel. La sorpresa mayor fue después, cuando corrió el rumor de su matrimonio con una india que tenía ya varios hijos. Eso fue lo último que la infiel Ramona Gonzaga oyó de su amante, hasta que un día se apareció de súbito Angus Phail en su presencia. Nunca se supo cómo entró en la casa; pero allí estaba, con una niña dormida en los brazos. De lo alto de toda su estatura, y clavando en ella los ojos azules, le dijo:

—Señora Orteña, hace mucho tiempo me hiciste un gran mal. Pecaste y Dios te castigó: no has tenido hijos. Yo también hice un mal: pequé y Dios me castigó: he tenido una hija. Todavía tengo que pedirte un favor. ¿Cuidarás y educarás a esta hija mía, como una hija tuya o mía debe educarse?

Las mejillas de la Señora Orteña estaban llenas de lágrimas. ¡Dios la había castigado más de lo que Angus creía! Lo de no tener hijos había sido lo menos. Sin fuerza para hablar, se levantó

de su asiento, y tendió los brazos para recibir a la niña. Angus la puso en ellos. La niña dormía.

—¿Y si mi marido no quiere? dijo, casi desmayada.

—Querrá. El Padre Salvatierra se lo mandará. Yo he visto al Padre.

Se iluminó el rostro de Ramona Gonzaga.

—Podrá ser entonces como tú deseas, dijo; pero ¿y la madre de la niña? añadió, como asaltada por extraño embarazo.

Saltó la sangre a la cabeza de Angus. Acaso, al ver frente a sí a aquella amable y aún bella mujer a quien quiso un día tanto, comprendió por primera vez cómo había malgastado su existencia.

—No hay que pensar en eso, contestó, como alejando ásperos recuerdos con un vivo movimiento de la mano. La madre tiene otros hijos de su sangre. Ésta es mía, mi hija, mi única hija. Cuídamela, o tendré que dársela a la Iglesia.

Ya el calor suave de la niña se había entrado, como una dulce súplica, por el alma de Ramona.

—¡Oh no! dijo cubriéndola de besos: a la Iglesia no: yo la querré como si fuera mía.

Se demudó el rostro de Angus. Los sentimientos, mal sepultos, abandonaban en tropel sus tumbas. Tenía fijos los ojos en aquel rostro ya cambiado y triste, en otro tiempo tan amado y hermoso.

—Apenas te hubiera conocido, Ramona, exclamó al fin, sin darse cuenta de lo que decía.

Sonrió ella de pena, pero sin rencor.

—No es extraño, porque apenas me conozco a mí misma. La vida no me ha tratado bien. Tampoco yo te hubiera conocido, Angus.

Dijo «Angus» casi con ruego. Al oír su nombre, como lo oyó en días más felices, de aquellos labios, el infeliz se echó a llorar, con el rostro escondido entre las manos.

—¡Oh! Ramona, perdóname!: no te traía a mi hija sólo por amor, sino por venganza: pero estoy vencido: ¿de veras la quieres? yo me la llevaré si no la quieres!

—¡Nunca, Angus, nunca: si ya me parece que es una merced del Señor! Si mi marido no se ofende, ella será la alegría de mi vida. ¿Está bautizada?

Angus bajó los ojos, como acometido de súbito temor.

—La bauticé, cuando todavía no pensaba en traértela: le puse el nombre de…:—las palabras se negaban a salir de sus labios—:... el nombre de... ¿no adivinas qué nombre le puse?

Ramona adivinaba.

—¿El mío?

—El único nombre de mujer que mis labios han pronunciado con amor, es el único que mi

hija debía llevar.

Siguió un largo silencio. Mirábanse con fijeza, entre enamorados y espantados. Sin saber cómo, se acercaron uno a otro. Angus abrió los brazos con un ademán de amor infinito y desesperación, inclinó su alto cuerpo, y besó las manos que ceñían el de su hija.

—¡Dios te bendiga; Ramona! Ya no me verás más: dijo llorando. Y salió rápidamente.

Reapareció un momento después en el umbral:—«Para decirte que no te asustes si la niña tarda en despertar: le he dado un narcótico que no le hará daño».

Una mirada más honda, y de entraña a entraña, y aquellos dos amantes, de tan rara manera alejados y reunidos, se separaron para siempre. Un instante había bastado para salvar aquellos veinticinco años en que estuvieron al parecer apartados sus corazones. En Angus, fue el amor antiguo, que renacía de su caliente tumba. En Ramona, no pudo ser el renacimiento del amor, porque no había querido a Angus, sino que, desamada y mal vista por aquél a quien escogió por compañero, comprendió a un instante la hermosura del cariño que desdeñó en su juventud, y se le fue tras él el alma. Angus estaba vengado.

Cuando Francisco Orteña entró aquella noche, medio ebrio e inseguro, en el cuarto de su mujer, volvió al sentido por lo que tenía delante: Ramona arrodillada al lado de una cuna, donde dormía una niña sonriendo.

—¿Qué diablos...? empezó a decir: mas, recordando de pronto, murmuró: ¡ah! el indiecito! bien venido sea, Señora Orteña, tu primer hijo!—Y con un cruel saludo de burla siguió andando, no sin dar antes un puntapié colérico a la cuna.

Tiempo hacía que no eran novedades para Ramona Gonzaga las demasías de su brutal marido; pero el instinto de madre, acabado en ella de nacer, le[21] reveló que debía tener siempre a la niña donde Francisco Orteña no prorrumpiese, sólo con verla, en iras y malas palabras.

Ramona Gonzaga había callado a su familia, en cuanto era posible, tristezas de su unión desventurada. Todos sabían quién era Orteña, sus vicios, y el abandono en que tenía a su mujer; mas por ella no lo supo nadie: ella era Gonzaga, y sabía padecer en silencio. Pero la niña le hizo pensar en contarlo todo a su hermana. Sentía que no le quedaba ya mucho de vida: ¿qué sería de la niña, después que ella muriese, en manos de Orteña? Largas y tristes pasaban sus horas, preguntándose adónde iría a parar la tierna criatura.

No tenía la niña un año cuando un indio de San Gabriel trajo la noticia de la muerte de Angus, con una caja y una carta que éste le dio para la Señora Orteña un día antes de morir. La caja estaba llena de prendas de valor, las mismas prendas que Angus había comprado en el viaje del *San José* como regalo de boda a su Ramona! Eso era cuanto le quedaba de su fortuna:

21 En la edición príncipe: «la».

aun en sus horas de mayor envilecimiento, había desechado, por invencible pudor, la idea de venderlas. La carta decía así:

«Te mando todo lo que tengo para mi pobre hija. Pensé en llevártelas yo mismo este año. Quería besar tus manos y las suyas. Pero me estoy muriendo. Adiós!».

Ramona Gonzaga no tuvo reposo hasta que persuadió a la Señora Moreno a que viniese a Monterrey, y le entregó las prendas como depósito sagrado. Trabajo le costó; pero la Señora al fin le empeñó su promesa de criar como hija suya a la niña si su hermana moría. Sin el influjo del Padre, la Señora Moreno nunca lo hubiera prometido, porque no quería tratos con sangre mestiza. «Si fuera india pura me gustaría más; tengo miedo a estas mezclas, porque de cada casta les queda lo peor».

Lograda la promesa, descansó Ramona Gonzaga: bien sabía ella que la Señora jamás prometía en vano. Ya estaba segura la niña, que fue el consuelo único de los últimos y amargos años de la desdichada mujer de Orteña. Para aquel hombre ya no había respetos: paseaba sus desvergüenzas ante los ojos mismos de su pobre mujer: parecía complacerse en injuriarla: ¡mejor no salir jamás de la habitación, que asistir en la propia casa a su ignominia! Envió a buscar a la Señora Moreno, pero esta vez a que la viese morir. Cuanto tenía, encajes, joyas, damascos, lujo de mujer, lo puso en manos de la Señora, para que no cayera en manos de la vil criatura que ocuparía en la casa su lugar cuando estuvieran aún calientes sus funerales. A hurtadillas, como quien va robando, sacó la Señora una por una todas las riquezas del guardarropas de su hermana, un guardarropas de princesa, porque los Orteña tenían orgullo en vestir suntuosamente a las mujeres cuyo corazón despedazaban. Y una hora después del entierro, despidiéndose de su cuñado con fría ceremonia, salió de la casa, la Señora Moreno, con la linda Ramona de la mano. Un día después, ya estaba en el mar.

Cuando descubrió Orteña el guardarropas vacío, rompió en furia y envió a un propio, a prisa de correo, con una insultante carta a la Señora, en la que le exigía la devolución de lo que se llevaba. Recibió por respuesta una copia de la disposición que Ramona Gonzaga había hecho de aquella propiedad en favor de la niña, y una carta tal del Padre Salvatierra, que por uno o dos días tuvo al desalmado entre la vida y la muerte. Pero se reanimó pronto, y siguió a paso franco en sus infamias. El Padre podía asustarlo: no salvarlo.

No en balde ocultaba la Señora la historia de Ramona; no en balde la miraba sin amor, como que era para ella recuerdo vivo de vergüenzas, contrariedades y pesares. Sólo Ramona hubiera podido decir lo que sabía de su pasado. Su sangre india era tan reservada y orgullosa como la de Gonzaga. Una vez siendo muy niña, preguntó a la Señora:

—¿Por qué me dio mi madre a la Señora Orteña?

La Señora, sorprendida, respondió ligeramente:

—No fue tu madre, sino tu padre.

—Ah! ¿mi madre había muerto?

—No sé, dijo la Señora contrariada: y decía la verdad, aunque se le veía el deseo de evadirla: no conocí a tu madre.

—¿Y la Señora Orteña la conoció?

—No, nunca: dijo fríamente la Señora Moreno, herida en sus recuerdos por la inocente mano.

Sintió Ramona el frío, y quedó callada, con la pena en el rostro y los ojos llorosos, hasta que dijo al fin:

—Yo querría saber si mi madre está muerta.

—¿Por qué?

—Porque si no está muerta le preguntaría por qué no quiere tenerme a su lado.

Vencida por aquella ternura, la Señora atrajo la niña a sus brazos.

—¿Quién te ha hablado de esas cosas, Ramona?

—Me ha hablado Juan Can.

—¿Qué te dijo Juan Can? dijo la Señora, con ojos que no hubiera querido ver de cerca Juan Canito.

—A mí nada, fue a Pedro; pero yo lo oí. Lo oí dos veces. Dijo que mi madre no era buena y que mi padre era malo también.—Y las lágrimas rodaban por las mejillas de Ramona.

Acariciando a la huerfanita como no lo había hecho jamás, dijo la Señora con una viveza que no olvidó la niña nunca:

—No creas eso, Ramona. Juan Can no sabe lo que dice. Él no conoció a tu padre ni a tu madre. Yo conocí a tu padre bien, y no era malo: era amigo mío y de la Señora Orteña, y por eso te dio a la Señora, porque ella no tenía hijos, y tu madre tenía muchos.

—Oh! dijo Ramona, complacida de que la limosna hubiese sido hecha a la Señora Orteña, y no a ella: ¿la Señora quería tener una niña?

—Mucho lo quería. Se pasaba los años penando por no tenerla.

Hubo una pausa breve, durante la cual aquella almita solitaria luchaba por adivinar lo que sentía extraño y confuso, hasta que dio con esta pregunta, que casi dijo en un suspiro:

—¿Y por qué mi padre no me trajo primero con Ud.? ¿Sabía él que Ud. no quería ninguna niña?

Pasmada la Señora, pudo replicar al fin:

—Tu padre era más amigo de la Señora Orteña que mío.

—Por supuesto, Ud. no quería ninguna niña, porque tenía a Felipe. Un hijo es más que una hija; pero mucha gente tiene los dos, añadió Ramona, mirando a la Señora fijamente, como si aguardara su respuesta.

Mas la conversación tenía mortificada a la Señora. Le bastó oír nombrar a Felipe, para decirse de nuevo que no quería a la niña:

—Ramona, hasta que no seas mayor, no puedes entender estas cosas. Yo te diré lo que sé cuando tengas más edad. Tu padre murió cuando tenías dos años. Lo que has de hacer es ser buena, y rezar mucho, para que el Padre Salvatierra esté contento de ti. Si sigues preguntando esas cosas, no va a estar contento. No me vuelvas a hablar de eso.

Esto pasó cuando Ramona estaba en sus diez años: diecinueve tenía ya, y nunca había hecho otra pregunta sobre sus padres a la Señora. Había sido buena, y rezado mucho, y contentado tanto al Padre Salvatierra, que el buen anciano tenía por ella un cariño profundo. Pero jamás amanecía sin que Ramona se dijera: «Tal vez hoy la Señora me diga algo más de mi padre y mi madre». ¡Preguntarle, no! Recordaba como si acabara de oírlas cada palabra de aquella conversación, y ni un instante acaso había pasado sin que ahondase en ella aquel conocimiento de su soledad que le hizo entonces preguntar a la Señora: «¿Sabía él que Ud. no quería ninguna niña?». Esa pena hubiera agriado un carácter menos bello; pero Ramona, que ni a sí misma hablaba de esto, la soportaba con aquel callado acatamiento con que llevan su dolor y abandono los que nacen con una deformidad irremediable.

No se hubiera podido adivinar que ya sabía de angustias aquella criatura de rostro luminoso y voz alegre, que nadie veía pasar, fuera alto o bajo, sin una palabra de cariño. Era, además, hacendosísima. Dos años la tuvo a colegio la Señora, en el convento del Sagrado Corazón de los Ángeles, cuando más apurado andaba el tesoro de la casa de Moreno, y allí se supo ganar todas las voluntades, como que la llamaban «la niña bendita». Le habían enseñado milagros en tapicería y encajes, y todo lo que las monjas sabían, que no era mucho, de dibujo y pintura. De libros, aprendió menos, pero bastante para hacerla ferviente admiradora de las novelas y los versos. No se le veía vocación para estudios muy hondos, o materias de gran pensamiento. Era un carácter fiel, gozoso, apegado y sencillo, como un arroyo claro que barbulla al Sol, diverso en todo del carácter de la Señora, con su extraña profundidad y sus corrientes revueltas y ocultas.

De estas sombras se daba Ramona vaga cuenta, y a veces sentía una tierna y apenada piedad por la anciana, aunque sin atreverse a mostrarlo más que redoblando su celo doméstico, y trayendo sobre sí la mayor parte de la fatiga de la casa. No dejaba la Señora de notar aquella leal solicitud, pero ni sospechó su causa, ni abrió por eso en su corazón mayor puesto a la

huérfana.

Uno había, en cambio, para quien nada que Ramona hiciese, ni una mirada, ni una sonrisa, pasaba en vano: era Felipe. Cada día se asombraba más del desafecto de su madre hacia Ramona. Nadie conocía tan bien como él cuán poco la amaba: ¡bien sabía Felipe lo que era ser amado por su madre! Pero desde niño comprendió que el mejor modo de desagradarla era darle a entender que se notaba alguna diferencia en su modo de tratar a Ramona y Felipe: desde niño guardó para sí cuanto sentía y pensaba sobre la compañera de sus juegos, costumbre peligrosa, que había de dar a la Señora amargos frutos.

El Padre Salvatierra

El Padre Salvatierra tardó más en llegar de lo que la Señora imaginaba. El año lo había envejecido, y a duras penas podía ir rindiendo jornadas muy cortas. No eran las fuerzas del cuerpo sólo las que se le iban, sino las del alma; porque las leguas no le hubieran cansado tanto, a pesar de sus años, en compañía de ideas alegres; pero con el pensamiento en luto pesa mucho el andar, y el pobre anciano no apartaba la mente de la decadencia de las Misiones, la pérdida de sus haciendas, y el creciente poder que los herejes adquirían en la comarca. La decisión del Gobierno de los Estados Unidos sobre las tierras de las Misiones fue para él golpe terrible. Nunca dudó, en su santa fe, que la Iglesia recobraría al fin sus propiedades. En sus largas vigilias en el convento de Santa Bárbara, que pasaba arrodillado en el suelo de piedra, orando desde la medianoche hasta la aurora, creía él ver por divino favor la ventura cercana, en que las tierras de la Misión volvían a su riqueza y prosperidad antiguas, y los indios cristianos trabajaban para el altar por decenas de miles.

Cuando ya nadie creía posible aquella resurrección, todavía narraba el Padre sus visiones con el ardor de un iluminado, y decía que estaban al llegar, y que era culpa dudar de ellas. Pero cuando año tras año fue viendo en sus viajes piadosos por toda la comarca, arruinados los edificios de las Misiones, sus tierras ocupadas por aventureros, sus indios fugitivos, buscando la paz y la salvación en la maraña de la selva, la labor toda de su Orden barrida, como por viento de tempestad, de aquel suelo antes poético y pacífico, desmayó el valor del Padre, y se extinguió su fe.

Lo tenían también muy afligido los cambios en su Orden. Él era franciscano a la manera de Francisco de Asís: para él era un pecado usar zapatos en vez de alpargatas, cargar dinero en bolsa para los menesteres del camino, trocar por razón alguna el hábito y cogulla de la Orden por los vanidosos vestidos seculares. Llevar vestidos buenos cuando hay tantos que carecen de ellos, le parecía una culpa digna de castigo súbito y tremendo. En balde le daban los hermanos

una y otra vez una capa abrigada: no bien salía de viaje, ya la llevaba encima el primer mendigo. Las vituallas, había que ponerlas donde él no lo supiese, si el refectorio quería estar provisto, porque se las habría dado todas a los pobres. Había ya en todo él la poesía trágica, y a veces sublime, de un hombre que ha sobrevivido a su época y a sus ideales. No hay en la tierra soledad mayor; porque con sufrirse en ella las angustias del desamparo y las mortales ansias del destierro, no son más que la aurora de esa pena!

En eso iba pensando el Padre cuando ya se acercaba a la casa de la Señora, al caer de una tarde dorada, de las que tiene tantas California en primavera. Los almendros habían florecido, y estaba el suelo lleno de capullos: también los albaricoques, duraznos y perales anunciaban la fruta, cubiertos ya de un retoño tan tierno que parecía un vago vapor. El verde vivo de los sauces contrastaba con el oscuro de los naranjales, de hojas aterciopeladas como las del laurel. A uno y otro lado del valle se extendían ondulando las colinas cubiertas de verdor, donde tan apretadas y a flor de tierra crecían las numerosísimas plantas, que sus matices se entrecubrían y mezclaban gratamente sobre el verde de la yerba, como las plumas de un rico penacho enlazan y confunden sus colores en un tornasol bello donde lucen todos.

Las hondonadas y crestas continuas del lomerío de la costa en la Baja California realzan estos cambios mágicos del verde de la primavera: nada hay en la naturaleza que los iguale, sino los reflejos del camaleón al sol o el irisado lustre del cuello de un pavo real.

Muchas veces detuvo el Padre el paso para contemplar el hermoso paisaje. Mucho amaron las flores los Padres franciscanos. San Francisco mismo no permitía adorno que no fuera de flores. Siempre las tuvo entre sus hermanos y hermanas,—el sol, la luna y las estrellas,—miembros todos del sagrado coro que alaba perpetuamente a Dios.

Daba pena ver cómo, después de cada una de estas pausas, en las que parecía recoger para sí solo la belleza campestre y el aire balsámico, reanudaba el buen viejo su camino, suspirando y con los ojos a la tierra. Mientras más bella era la comarca, más era el dolor de que la Iglesia la hubiese perdido, de que extranjeros la gozasen, y trajeran sus costumbres y sus leyes. Por toda la ruta había venido viendo desde Santa Bárbara cómo crecía la gente nueva, cómo todo era ya pueblos y haciendas de los americanos. ¡Por fin iba a descargar el corazón en casa de la Señora Moreno, donde la fe tenía aún segura fortaleza!

Estaría como a dos millas de la casa cuando dejó el camino real para seguir por un sendero escondido entre las colinas, que ahorraba una buena distancia. Un año hacía que anduvo por aquella misma senda; y al notarla más confusa a cada paso, y casi cubierta por la mostaza silvestre, «creo, se dijo, que nadie ha pasado por aquí este año».

La maleza era cada vez más cerrada, porque esta mostaza silvestre de la California es como

la del Nuevo Testamento, en cuyas ramas podían dormir los pájaros. Brota de la tierra en tallos tan finos que holgadamente crecen docenas en una pulgada: sube al cielo en frágiles saetas de cinco a veinte pies de alto, con cientos de ramas de finísima pluma que se abrazan y atan con los que las rodean, hasta que a poco el campo es red tupida de impenetrable encaje: entonces se abre en flores amarillas, aún más finas y bien tejidas que la rama. Tan leves son los tallos, y de verde tan oscuro, que de lejos no se les ve, y parece como si la nube de flores flotase en el aire: a veces luce como polvo de oro; y cuando el cielo está muy azul, como por allí suele estar, dijérase una tormenta de nieve dorada. La planta es el terror del campesino y su odiado tirano; en una estación se hace dueña de un campo: donde nace, queda: una este año, y un millón el que viene: pero ¿quién puede desear que la comarca se vea libre de ella? Su oro es tan precioso a los ojos como al bolsillo la nuez de las minas.

Pronto la mostaza tuvo cubierto al Padre, que con gran labor apartaba el plumaje florecido, como quien desenvuelve un ovillo de seda. Era bello el obstáculo, y no ingrato: a no ir el Padre con prisa de llegar, sin duda que le hubiera agradado ir abriéndose paso por aquel amarillo laberinto. De pronto oyó como un canto lejano. Detúvose a escuchar. Era voz de mujer. Venía como acercándose despacio por el rumbo mismo por donde el Padre iba. El canto se interrumpía de repente, y seguía luego, como si la que cantara se detuviese a dar una respuesta. Al fin, mirando por encima de la maleza, la vio que ondeaba y cedía, y oyó el ruido de los tallos al quebrarse. Alguien venía, pues, por el otro lado del sendero, y estaba tan preso como él en la maraña fragante. Ya el canto estaba cerca, aunque tan bajo y dulce como lo que el zorzal canta al crepúsculo: ya las ramas cedían a un empuje vecino: se oían pasos ligeros. El Padre guardaba estático, como en un ensueño, fijos los ojos en aquel humo de flores. Un instante más, y entonó la voz, ya clara y distinta, la segunda estrofa del canto inimitable de San Francisco, "El Canto al Sol":

¡Yo te alabo! ¡oh mi Dios! por la hermosura
Del mundo eterno, y por el Sol mi hermano
Que enciende el mundo, y lleva al alma pura
Tu esplendor y tu fuego soberano!

—Ramona! exclamó el Padre, encendiéndosele de gozo las flacas mejillas: ¡la niña bendita!

Y al decir esto el rostro de Ramona apareció a sus ojos ceñido de aquel marco ondeante de flores por el que venía abriéndose camino, ya con las manos, ya a saltos alegres. Ochenta años cumplidos tenía el Padre, pero la sangre aceleró el curso en sus venas ante aquel espectáculo.

Los muertos sólo no la hubieran admirado. A la belleza de Ramona sentaba especialmente aquel cuadro de flores. Su trigueño era de aquel blando matiz que enriquece la piel sin deslucirla por oscuro. Su pelo era, como el de su madre india, negro y copioso; pero sus ojos, como los de su padre, de un azul de acero, aunque cobijados por cejas tan negras, y pestañas tan negras y largas, que era preciso estar muy cerca de ella para conocerles lo azul.

A un tiempo se vieron Ramona y el Padre:

—Ah Padre! ya sabía yo que Ud. venía por este paso, y me dio el corazón que andaba cerca. —Y desembarazándose de las últimas ramas, cayó de rodillas, aguardando con la cabeza baja a que el Padre le diese su bendición.

El Padre la miraba, sin encontrar palabras. Al aparecérsele de súbito en aquella nube de flores de oro, a todo el sol desnuda la cabeza, los ojos brillantes, las mejillas encendidas, Ramona se le figuró al devoto anciano, más que la niña viva a quien tuvo en los brazos muchas veces, un ángel o una santa.

—Lo hemos estado esperando, esperando, tanto tiempo, dijo Ramona alzándose: hasta creímos que se nos había puesto enfermo. Ya fueron a buscar a los esquiladores, que estarán aquí a la noche. Por eso sabía yo que Ud. venía, porque la Virgen lo había de traer en tiempo para que dijera misa antes de empezar la esquila.

El fraile sonrió, casi con pena.

—¡Ojalá hubiera muchos como tú, hija! ¿Están todos buenos en la casa?

—Sí, Padre, todos. Felipe tuvo fiebre, pero se levantó ya hace dos días, y está muy impaciente por... porque Ud. llegue. «Por la esquila», iba a decir Ramona.

—Y la Señora?

—Buena, dijo Ramona dulcemente, aunque con aquel cambio de tono casi imperceptible con que hablaba ella siempre de la Señora Moreno.—Y Ud., Padre, está bueno? añadió con halago, notando pronto, con la viveza del cariño, que el paso del anciano era inseguro, y que, contra su costumbre, traía un recio báculo.—Debe venir muy cansado con todo ese viaje.

—Sí, hija, vengo. Ya la vejez me vence. ¡No volveré a ver muchas veces la hacienda!

—¡No diga eso, Padre! Usted puede montar, cuando se canse de ir a pie. Ayer mismo decía la Señora que Ud. debía permitirle que le diese un caballo, porque no es justo que haga a pie esas jornadas tan largas. ¡Si acá tenemos cientos de caballos! ¡No es nada un caballo!, añadía Ramona, viendo que el Padre sacudía la cabeza.

—No, no es eso. A la Señora no puedo yo negarle nada. Pero es la regla de nuestra Orden viajar a pie. Debemos desafiar la carne. El Padre Junípero, que trajo acá la Orden, andaba a los ochenta años desde San Diego a Monterrey, con una llaga en una pierna. Estos Padres de ahora

están pecando, con su ir y venir cómodamente en las obras de Dios. Por lo mismo que ya no puedo andar de prisa, debo andar más.

Y hablando así, seguían camino por entre la maleza, cuyas ramas iba sujetando con gracia Ramona, para que no quedara cerrado el paso al Padre detrás de ella. Al fin salieron de la mostaza.

—Allí está Felipe, dijo Ramona riendo, allí en los sauces. Le dije que venía a encontrarlo a Ud., y se burló: ahora verá que fue verdad.

Al oír Felipe voces, miró, no sin asombro, y vio a Ramona y el Padre que se le acercaban. Dejó caer el cuchillo con que había estado cortando los sauces, fue a buen paso a su encuentro, y como Ramona, se arrodilló ante el Padre, a que lo bendijese. Al verlo allí de rodillas, desordenado con el aire el cabello, vueltos hacia el anciano sus grandes ojos pardos, y pintada en el rostro la cariñosa bienvenida, Ramona se dijo, como desde que floreció su alma se había dicho muchas veces:

—«¡Qué hermoso es Felipe! ¡ Con razón la Señora lo quiere tanto! Si yo hubiera sido así de hermosa ¿quién sabe si a mí también me hubiese querido?». Nunca mujer alguna desconoció con tanto candor su propia belleza. Cuanto cariño o pasión solían expresarle los ojos ajenos, lo atribuía ella a favor y benevolencia. Su cara, tal como se la revelaba el espejo, no la tenía contenta. Sus cejas sombrías y espesas le parecían de rara fealdad, comparadas con aquellas de fino dibujo de Felipe. La misma apacible expresión de su rostro le parecía lerda y vulgar cuando pensaba en Felipe, cuyas facciones móviles no conocían reposo. «No hay nadie como Felipe». Y cuando él ponía en ella aquellos ojos pardos con el regalo y abandono que solía, Ramona lo miraba con una especie de ansiedad intensa, que de tal modo turbaba a Felipe, que sólo esa manera de mirarlo sujetó en su lengua aquellas tiernas cosas de que su corazón estaba lleno desde que pudo sentir penas de amores. Cuando niño, todas se las dijo; pero ya de hombre, le entró miedo. «¿En qué piensa cuando me mira así?», decía. ¡Ay de Felipe!: niña que mira así, no quiere como novia! En esto nada más pensaba: en que los ojos pardos son más hermosos que los ojos azules. Pero ¿cuándo ve un enamorado lo que debe ver?: Felipe sentía un freno, y una razón de duda, en aquel modo con que Ramona lo miraba. Ya al llegar a la casa, vio Ramona en la puerta del jardín a Margarita, que mirando a algo que tenía a sus pies, lloraba que era una lástima. Al ver a Ramona, corrió hacia ella, pero al instante se detuvo, haciéndole señales de súplica y angustia. De todas las criadas, Margarita era la preferida de Ramona: ella, aunque casi de su misma edad, la había cuidado de niña: con ella había jugado, había crecido, había llegado a mujer, como amiga más que como señora, aunque siempre llamó a Ramona «Señorita».

—Dispénseme, Padre, dijo Ramona: creo que a Margarita le pasa algo: ya Felipe lo lleva a la casa: yo voy enseguida.—Le besó las manos, y como en alas corrió al encuentro de Margarita.

—¿Qué es eso, Margarita mía?

Por toda respuesta, se quitó Margarita la mano de los ojos, y con un gesto de desesperación le señaló un lienzo arrugado. Los sollozos la ahogaban, y se cubrió la cara con las manos.

Con gran cuidado levantó Ramona una punta del lienzo, y al ver lo que era, dejó escapar un leve grito de terror, con lo que redobló sus sollozos Margarita: «Sí, Señorita, sí, echado a perder. ¡Ya nadie lo puede arreglar, y se necesita para la misa de mañana! Cuando la vi que venía con el Padre, le pedí a la Virgen de todo corazón la muerte. ¡Cuándo va a perdonarme la Señora!».

El paño blanco del altar; el paño fino, todo de encaje, que con sus propias manos había tejido la Señora, como se teje en México, que es sacando unos hilos, y uniendo los que quedan en mil caprichosas y difíciles figuras; el paño que nunca había faltado en las misas solemnes, desde que tenían Ramona y Margarita uso de razón, allí estaba, rasgado, manchado, cual si lo hubiesen arrastrado por zarzas lodosas. En silencio, aterrada, lo abrió Ramona y lo miró a la luz. «Pero, Margarita», dijo en un suspiro, mirando hacia la casa con espanto: «¿cómo ha sido?».

—¡Oh, nunca, nunca va a perdonarme la Señora! decía temblando Margarita.

—No llores, repuso Ramona con firmeza, y dime. No está tan mal como parece. Yo creo que puedo arreglarlo.

—Los Santos me la bendigan! dijo Margarita, levantando los ojos por primera vez. ¿Pero de veras? Si la Señorita arregla ese encaje, la serviré de rodillas toda mi vida.

Ramona se echó a reír a pesar suyo.

—En tus pies me servirás mejor, respondió alegremente a su criada, que ya entre las lágrimas también reía.

—¡Pero, Señorita,y el llanto le corrió de nuevo,—si no hay tiempo! Tengo que lavarlo y plancharlo esta noche para la misa de mañana, y que servir la comida. Anita y Rosa están en cama, y María fue estos días a visita. ¿Qué va a ser de mí, pues? Ahora iba a plancharlo, y vine, y ese bruto de Capitán lo había estado arrastrando por los troncos del año pasado, aquí en las alcachofas.

—¿En las alcachofas? Y cómo vino ahí el encaje?

—¡Ah, por eso, por eso digo yo que la Señora no va nunca a perdonarme! Mil veces me ha dicho que no ponga nada a secar en la cerca. Nada habría pasado si yo lo hubiese lavado hace

dos días, cuando ella me lo dijo; pero lo olvidé hasta esta tarde, y no había sol en el patio, y aquí sí, y lo tendí aquí sobre un lienzo fuerte para que la cerca no rompiese el encaje, y me tardé media hora no más, porque no había aire, hablando con Pedro, y yo creo que los Santos lo bajaron de la cerca para castigar mi desobediencia.

Durante esta explicación, Ramona había extendido cuidadosamente las partes rotas.

—De veras, Margarita: no está tan malo como parece. Yo te lo arreglaré lo mejor que pueda, de modo que no se vea para mañana, y cuando el Padre se vaya, lo dejamos como nuevo. Creo que puedo zurcirlo y lavarlo antes que sea de noche.—Y miró el sol.—Oh!, sí, tres horas todavía. Puedo. Ten las planchas calientes, para plancharlo en cuanto esté un poco seco. No va a verse nada.

—¿Lo sabrá la Señora? preguntó Margarita, aún con miedo mortal.

De lleno la miró Ramona.

—¿No ganas nada con engañarla, no? dijo gravemente.

—Sí, pero, ¿después de que esté compuesto? ¿Y si no se ha de ver?

—Se lo diré yo misma, después de que esté compuesto.

—¡Ay! dijo Margarita en tono suplicante: es que la Señorita no sabe lo que es un enojo de la Señora.

—Mejor es no dar razón de enojo.

Y Ramona siguió hacia la casa a paso ligero, con el encaje escondido, mientras que Margarita, sin dar con nadie, por su dicha, volvió a la cocina consolada.

En los escalones del colgadizo había recibido al Padre la Señora, y a los pocos momentos estaba ya hablando a solas con él largamente: ¡lo que tenía que decirle, para que le diera su ayuda y consejo! ¡Lo que tenía que preguntarle, de las cosas de la Iglesia y de su pobre patria!

A Felipe le había faltado tiempo para ir en busca de Juan Can, a ver si estaba listo todo para empezar la esquila al día siguiente, en cuanto llegasen los esquiladores, que a la puesta del sol debían llegar, porque Felipe encontró manera de decir al propio por cuenta suya que avivasen el paso, que la lana ardía, y todos los esperaban ya en la hacienda.

Mucho hizo la Señora con acceder a que saliese el propio sin tener aún del Padre noticias seguras; pero ella misma empezaba ya a ver que la esquila no podía dilatarse «hasta la eternidad», como decía Juan Canito. Podía suceder que el Padre estuviese enfermo, y con los malos caminos, tardarían entonces semanas en saber de él. Vaya, pues, el propio a Temecula a buscar a los indios, que la Señora se queda rogando a Dios mañana y tarde, y en cuanto instante se ve sola con su rosario, para que el Padre llegue antes que los esquiladores. ¡No en vano le rebosaba la alegría cuando lo vio venir por el jardín, apoyado en el brazo de Felipe, como había

estado pidiendo a los santos!

En la cocina era grande el bullicio, como siempre que llegaba algún visitante, aunque fuera el buen Padre Salvatierra, quien según Marta, nunca supo cuándo la sopa tenía o no chorizo. «¡Vean que no saber! Pero, si no come, añadía Marta, mira»: y eso le volvía el gusto para disponer en honor del Padre sus guisos vistosos. Esta col no era buena: esa hoja amarilla amarga el caldo: «ya este arroz, Margarita, no sirve, porque pusiste una cebolla. Para el Padre dos siempre, que le gustan mucho».

El comedor estaba al otro lado del patio, de modo que era un ir y venir incesante de los chiquitines, muy orondos con traer y llevar platos en toda ocasión, pero más cuando por la puerta del comedor, que caía al colgadizo, podían ojear la ceremonia de una comida de visita. Entre cuidar a aquel enjambre de revueltos sirvientes, ayudar en la cocina y la mesa, y pensar en la angustia del encaje roto, estaba Margarita casi fuera de juicio, aunque no tanto que se hubiese olvidado de encender una vela al San Francisco que tenía en su alcoba, y rezarle de prisa una oración para que el encaje saliese de manos de Ramona como nuevo. En cuanto creía estar desocupada un instante, volaba al San Francisco, y vuelta al rezo. ¡Orar! ¿quién sabe? Pero inspira piedad el que no ora: porque sin aquella idea de la vela encendida a los pies de su santo, mal hubiera podido la pobre criatura salir bien con su pena de tanta fatiga.

Anunciaron, por fin, la comida. Lucía en el centro de la mesa una espaciosa fuente de carne estofada, con su golpe de coles: en la sopera humeaba el caldo, con su chorizo y sus pimientos rojos: rebosaban, cada uno en su cazuela, el arroz con cebollas y los ricos frijoles: en fuentes de cristal hacían de postres las peras y membrillos en dulce, la jalea de uva, y pastelitos azucarados; y de la tetera de plata se escapaba el fragante vapor del té famoso, que era el único vicio de la Señora.

—Y Ramona? preguntó sorprendida y descontenta, al entrar en el comedor.—Margarita, ve a decir a la Señorita que la estamos esperando.

«Mi señor San Francisco! se decía Margarita al ir andando hacia la puerta: «¡sálvanos, Santo!».

—Espérate, dijo Felipe: no llames a la Señorita. Mi madre, Ramona no puede venir. No está en la casa. Está en un quehacer para mañana.Y mirando a su madre como prometiéndole la explicación para después, añadió: Comeremos sin ella.

Toda asombrada, iba sentándose la Señora en la cabecera de la mesa: —«Pero...» Felipe, viendo llover preguntas, les puso fin de antemano: «Acabo de verla, no puede venir». Y entró en gran plática con el Padre Salvatierra, dejando a la Señora muy poco agradada.

Margarita miraba a Felipe con ojos de agradecimiento, que él no hubiera sabido entender, por

no haberle aún contado Ramona los particulares del desastre. No había hecho más que llamarlo, al verle pasar por la ventana, y decirle quedito: «Felipe, me podría librar de bajar a comer? El paño del altar está perdido, y tengo que zurcirlo y lavarlo antes que sea de noche. Haz que no me llamen, porque tengo que ir al arroyo, y si no me encuentran, tu madre se enoja».

El paño estaba salvado, por supuesto: lo roto no había sido tanto: habría sol hasta las últimas puntadas. Ya la luz del poniente caía como en raudales por las ramas de los sauces del jardín, cuando Ramona, atravesándolo de prisa, llegó al arroyo, y arrodillándose en la yerba, hundió con esmero el lienzo en el agua.

El coser apresuradamente y la ansiedad le tenían encendidas las mejillas. En la carrera por el jardín se le cayó la peineta, y le inundó el cabello las espaldas. Sólo se detuvo a recoger la peineta, y siguió aún más de prisa, porque los instantes le hacían falta para lavar mancha a mancha el encaje. Suelta la cabellera, recogidas al descuido las mangas al hombro, animado su rostro con el atareo, allí estaba, inclinada sobre las piedras, paseando por la corriente el encaje zurcido, tendiéndolo a las últimas luces, hundiéndolo otra vez en el arroyo.

Los rayos de la puesta circundaban su cabellera como de una aureola: todo a su alrededor era luz roja: encendía su rostro soberana hermosura. Oyó un ruido, y miró. Valle abajo venía destacándose sobre el horizonte de oro vivo un grupo de hombres de color de sombra: los esquiladores: los indios de Temecula. Tomaron la izquierda, hacia los corrales y las casas. Pero a uno de ellos no había visto Ramona, a uno que por algunos minutos se estuvo oculto detrás de un gran sauce, a pocos pasos de donde ella estaba de rodillas. Era Alejandro, hijo de Pablo de Asís, el capitán de los esquiladores. Venía andando delante de su gente, cuando una luz viva, como el reflejo del sol en un cristal, le dio en los ojos. Era el reflejo de la luz de puesta sobre el recodo del arroyo donde estaba Ramona. Vio a Ramona.

Se detuvo, cual se detienen siempre al ruido las criaturas de los bosques: miró despacio: se separó sin más consejo de su gente, que siguió andando sin notar su falta. Se acercó con cautela algunos pasos, protegido por un nudoso sauce viejo, tras del cual contemplaba sin ser visto la aparición hermosa. Y parecía que le iban dejando sus sentidos, hasta que al fin, sin saber que hablaba, dijo en alta voz: «¡Jesús me valga!».

¡Yo soy Alejandro!

El cuarto reservado siempre al Padre en casa de la Señora tenía una ventana al Este y otra al Sur, de modo que en cuanto amanecía, se iluminaba como por un hermoso incendio; mas rara

vez hallaba el sol dormido al Padre, que ya a aquellas horas solía estar aguardándole con rezos. No bien daba en la ventana el primer rayo, la abría de par en par el Padre, se asomaba a ella con la cabeza desnuda, y entonaba aquel canto de la mañana con que en México era costumbre saludar el día en las haciendas de dueños devotos. Con el primer albor se levantaba el de más años en la casa, y entonaba el cántico que todos conocían: cuantos lo oían saltaban de la cama, o desde ella coreaban el cantar: parecía como cuando al alba rompen en música los pájaros del bosque. Solían ser los cantos invocaciones a la Virgen o al santo del día, siempre con música sentida y suave.

Aquella mañana tenía el alba otro celoso vigilante, a más del Padre Salvatierra. Era Alejandro, que despertó a la medianoche inquieto, y acabó sus paseos sentándose bajo los sauces del jardín, allí donde había visto a Ramona. Desde la otra esquila conocía él la costumbre del canto, y el cuarto del Padre, que alcanzaba a ver de su asiento en el arroyo: veía también el bajo horizonte del oriente, donde fogueaba un borde de luz. El cielo era ámbar: brillaban en el cenit, ya como al ocultarse, las últimas estrellas: no se oía el menor ruido. ¿Cómo hubiera podido creer el sencillo Alejandro, al contemplar con deleite aquellas serenas y majestuosas hermosuras, que sin violencia ni fragor giraba en aquel instante la tierra como encadenada mariposa en torno al sol que salía? Con la ingenua grandeza de los pueblos niños, creía él ver venir a paso radiante el sol sobre la tierra. Sus ojos iban de la línea de luz del horizonte a las ventanas de la casa, aún oscura y dormida. «¿Cuál será su ventana? ¿La abrirá cuando empiece el canto? ¿Será de este lado de la casa? ¡Ay!, ¿quién será ella? Ella no estuvo aquí el año pasado. ¿Vieron los santos una cosa más linda?» Así decía Alejandro.

Por fin inundó el valle la luz apetecida. Alejandro saltó sobre sus pies. El Padre abrió la ventana del Sur, sacó por ella la cabeza canosa, desamparada de la cogulla, y con voz débil, mas no ingrata, comenzó a cantar:

¡Oh, Santa María,
Reina de los cielos!

Ya al segundo verso le acompañaban como unas seis voces: la Señora desde su cuarto al Oeste del colgadizo, cerca de sus almizcles y geranios; Felipe, del cuarto de al lado; Ramona, desde el suyo, que era el que le seguía; y Margarita y otra de las criadas, que andaban ya por el patio y la cocina.

El canto despertó a los canarios y pinzones, y a los pardillos que tenían sus nidos en las cañas donde reposaba el tejado del colgadizo. A decenas, a cientos anidaban allí los pardillos,

mansos como palomas, y su breve gorjeo era como si a un tiempo se acordaran miríadas de violines.

Cantores del aire
Que cantan el alba,
Venid y cantemos
La alegre mañana.

Y los pájaros venían, con sus mil trinos. Pronto eran ya voces de hombres, Juan, Pedro, una docena más, que salían a paso lento de los corrales. ¿Cuál no sabía allí el romance de memoria?:

Venid, pecadores,
Venid y cantemos
Los himnos más dulces
A nuestro consuelo.

Así cerraba el coro cada estrofa. Alejandro también conocía el canto. Su padre, Pablo, dirigió el coro en la Misión de San Luis Rey cuando el buen tiempo, y trajo a la casa lo mejor de la música, mucha de ella escrita de su propia mano en pergamino; y no sólo cantaba, sino que era maestro en el violín, tanto que no había por aquellos contornos músicos de cuerda que sacasen ventaja a los de San Luis: el Padre Peyri, apasionado de la música, gozaba en enseñarla a los que parecían venir con ella de la naturaleza. Pablo, al extinguirse las Misiones, se fue a vivir a Temecula con algunos de sus indios; y allá en su capillita siguió alabando a Dios con su violín y con sus cantos. Por allí eran famosos los indios músicos de Temecula.

¿Qué himno de aquéllos no sabía Alejandro, que era de los que nacen con la melodía? Este «¡Oh, Santa María!» le pareció siempre de los más hermosos: así que no pudo oírlo sin unirse al coro.

A las primeras notas de aquella rica voz desconocida suspendió la suya Ramona, y se asomó a la ventana buscando al cantor. Alejandro la vio. Y cesó de cantar.

—¿Será que he soñado? pensó Ramona, desapareciendo de la ventana, y reanudando el canto.

Pero al otro coro las mismas nobles notas llegaron a su oído. Parecían cernerse sobre todas las demás y arrastrarlas, como una ola pujante arrastra un esquife. Nunca había oído Ramona

una voz semejante. Felipe no hacía un mal tenor, y ella gozaba en cantar con él, y en oírlo: pero esta voz de ahora debía ser cosa de otro mundo. Cada nota penetraba en su alma tan profundamente que era casi una pena. Cuando acabó el himno, todavía siguió escuchando, con la esperanza de que, según solía, entonara el Padre otro. Pero no fue así aquella mañana: había mucho que hacer: a todos les hervían las manos por empezar la esquila: todo era cerrar ventanas y abrir puertas, mandar, preguntar, responder. El sol, rey ya del valle, lo llenaba de luz.

Margarita corrió a abrir la capilla, cuyo altar ostentaba el paño zurcido, como si fuera nuevo: ¡cuántas gracias a San Francisco y a Ramona! «¡Nuevito, nuevito!».

Ya venían camino de la capilla los indios y los pastores, y los peones todos de la hacienda. Con Felipe a su lado bajaba del colgadizo la Señora, atado a la frente su mejor pañuelo de seda negra, con las puntas caídas a los lados, lo que le daba aire de sacerdotisa asiria. El Padre estaba en la capilla, antes de que Ramona se dejase ver, o se moviera Alejandro de su puesto de mira bajo los sauces viejos.

Apareció Ramona al fin, cargando con cuidado una gran jarra de plata llena de helechos. Semanas había estado atesorándolos. De aquéllos había pocos, y nada más que en una cuchilla de un cañón lejano.

Conforme ella venía del colgadizo, Alejandro subió por el jardín, dándole el rostro. Se cruzaron sus miradas, y sin saber por qué, pensó Ramona: «Ése debe ser el indio que canta». Siguió por la derecha y entró en la capilla, junto a cuya puerta se arrodilló Alejandro, para verla de cerca a la salida. De allí la vio cruzar la nave, poner junto al misal la jarra de plata, y arrodillarse al pie del altar, al lado de Felipe que se volvió hacia ella sonriendo, y como si quisiera decirle algo.

—Ah! el Señor Felipe se ha casado: es su mujer,—pensó Alejandro con extraño dolor. Dolor inexplicable para él mismo. No tenía más que veintiún años, y en mujeres había pensado poco. Decían los de Temecula que era frío y callado, lo que le vendría de leer, por supuesto: ¡el leer trae males! ¡Pablo se había empeñado en criar a su hijo como un blanco! De seguro que si hubiera aún Misiones, Alejandro estaría con los Padres, como Pablo: Pablo había sido la mano derecha del Padre Peyri: él, las cuentas del ganado; él, la paga a la gente; él, el que iba y venía con los miles en oro que pasaban cada mes por la Misión. Pero eso fue «en tiempos del Rey», no ahora: los americanos no querían que los indios hiciesen más que trabajar la tierra y criar ganado: ¡para eso no se necesita saber leer y escribir!

A Pablo mismo le ocurrió algunas veces que había hecho mal en enseñar su poca ciencia al hijo. Para indio Pablo iba muy lejos: él vio a tiempo los peligros que de todas partes venían

sobre su raza. El Padre, al salir del país, le dijo: «Pablo, a tu gente te la llevarán como ovejas al matadero, si no los tienes juntos. Que se quieran: que vivan en pueblos: que trabajen: que tengan paz con los blancos. Perdidos si no, Pablo».

Aquellas palabras fueron su evangelio. Él daba a los indios ejemplo de laboriosidad, cultivando su vega y cuidando sus rebaños con esmero. Él hizo la capillita del lugar, y siguió el culto en ella. Él iba de casa en casa, cuando había rumor de guerra con los blancos, persuadiendo, calmando, mandando. Él, una vez que se alzaron unas tribus del Sur, y amenazaba una gran guerra india, se llevó a lo más de su gente con sus bueyes y ovejas a los Ángeles, y acampó allí unos días, para que en caso de pelea no los tuvieran por enemigos de los blancos.

Pero ¿a qué tanto esfuerzo? Cada día adelantaba el blanco, y el indio perdía tierra, y era más viva la ansiedad de Pablo. El mexicano que era dueño de todo aquel valle de Temecula, y buen amigo de Pablo y del Padre, estaba en México, adonde fue huyendo de la injusticia de California, al borde de la muerte: la promesa de aquel agonizante, que le ofreció dejarlo vivir siempre en el valle con sus indios, era el único título de Pablo a aquellos lugares. Eso entonces bastaba. Se midió el terreno, y quedó como de los indios en el plano. Jamás volvió un mexicano sobre su palabra, ni quitó a los indios la tierra que les había dado.

Pero ya Pablo venía oyendo que todo aquello era letra muerta para los nuevos compradores. ¡Perdidos, pues, como le dijo el Padre Peyri!: ¡sin sus tierras, sin su pueblo, sin su capilla, sin sus casas!: ¡no era suyo lo suyo! Contaba todas sus angustias a su hijo, con quien hablaba largas horas, ya en tristes paseos por las siembras, que comenzaban a hablarle la lengua del adiós, ya sentados meditando en lo que habrían de hacer, frente a su casa de adobe. Y se paraba siempre en lo mismo: en suspirar, y en «¡Esperemos, no podemos hacer nada!».

No en balde parecía Alejandro a los mozos y mozas de su pueblo, más ignorantes que él, tan frío y callado. El pensar le dobló los años: el corazón le ardía de penas que ellos no sospechaban. Con que los trigos rindiesen bien, y no hubiera seca, y abundase en los cerros el pasto para sus caballos y ovejas, ya los de Temecula estaban contentos, iban día a día a su sosegada faena, y les quedaba gusto para sus juegos a la puesta del sol, y salud para dormir en paz toda la noche. Pero Pablo y Alejandro miraban a lo lejos: por eso había pensado Alejandro hasta entonces muy poco en amores, y por aquella natural distancia que la mejor educación ponía entre él y las doncellas del lugar. En cuanto le nacía una afición, sin saber cómo se curaba de ella. Para bailar, para los juegos, para charlar de amigos, ya buscando bellotas por el monte, ya recogiendo por los pantanos yerbas y carrizos, Alejandro estaba siempre a mano, a la par de sus compañeros: pero jamás pensó en mujer de Temecula para esposa. En otras cosas pensaba, que no dan tiempo para amores: en ocupar bien el puesto de su padre, que estaba ya

cansado y viejo: en el destierro próximo y la ruina!

Pensando venía en eso la noche antes, cuando vio a Ramona arrodillada al borde del arroyo. ¿Qué milagro le había sucedido? ¿Dónde los miedos y los pensamientos de ayer tarde? Una imagen tenaz los había reemplazado; y le asombraba aquella dulce inquietud que le llenaba el pecho, y era a la vez pesar, placer y maravilla. Con más cultura, bien hubiera sabido lo que era; pero él no era hombre culto, y se dejaba ir con abandono a sus simples impulsos y fuegos primitivos. Si Ramona hubiera sido india como él, india de Temecula, como acero al imán habría ido a ella; pero aunque osara pensar en amores, tan distante le parecía Ramona de él como la estrella amiga a cuya luz estuvo aguardando bajo el sauce a que se asomase a la ventana. No pensaba en amores. Se echó allí de rodillas, dejando a los labios el cuidado de repetir por hábito los rezos, para aguardar, como el que aguarda la luz, a que saliese Ramona. Para él, era sin duda la mujer de Felipe: pero de todos modos, allí quería estar arrodillado, para verla pasar. En eso habían parado sus meditaciones todas: en no desear más que volver a verla. La misa ¡qué larga! Casi olvidó cantar; hasta que ya al concluir el himno volvió en sí de repente, y aquella voz clara y lujosa rompió en notas, llevándose consigo las del coro, como empuja y levanta el agua de la superficie la acometida de la ola.

Desde la primera nota, volvió Ramona a sentirse estremecida. Como Alejandro, Ramona traía la música de la naturaleza; así que al levantarse, dijo en voz baja a Felipe:

—Felipe: pregunta cuál de los indios tiene esa voz tan hermosa. Nunca he oído otra igual.

—¡Ah! ése es Alejandro, un excelente muchacho. Pero ¿no lo oíste hace dos años?

—Yo no estaba aquí.

—Es verdad. Él estuvo. Le hicieron capataz de la cuadrilla, aunque no tenía más que veinte años, y manejó muy bien su gente: ¡con decirte que se llevaron ahorrado a sus casas lo que ganaron en la esquila! Es verdad que el Padre estaba también, y pudo aconsejarlos; pero yo creo que fue cosa de Alejandro. ¡Ojalá hubiera traído su violín, porque toca muy bien! Su padre dirigía la orquesta de San Luis.

—¿Y a tu madre le gustará que toque? dijo Ramona, anticipándose al placer.

Con la cabeza baja dijo que sí Felipe:—Yo le diré que vaya esta noche al colgadizo».

En eso ya estaba la capilla vacía, y cada cual preparándose para su faena. Hasta que lo llamó Juan Can no se movió Alejandro de la puerta.

—¿Qué mira, don Alejandro? Vamos, a mover la gente, que esto empieza tarde, y hay que andar vivo. ¿Te trajiste a los buenos?

—Su ciento de ovejas puede esquilar cada uno de mis hombres al día. En todo San Diego no hay cuadrilla mejor: y esquilamos sin sacar sangre, y sin un arañazo.

—¡Hum! ¡Valiente esquilador el que saca sangre! repuso Juan Can. Miles he esquilado yo, y ni una gota en las tijeras. ¡Pero los mexicanos tenemos fama de buenos esquiladores!

Bien notó Alejandro con qué empacho dijo Juan Can lo de mexicanos.

—Y los indios también, respondió sin asomos de rencor: pero esos americanos! El otro día vi esquilar a uno, a ese Lómax, que vive cerca de Temecula, y era una matazón. Las pobres criaturas iban manando sangre cuando salían de las tijeras.

Lo de ver juntos en la celebración a mexicanos e indios no dejó a Juan contento; pero mordiéndose la lengua, como para castigarla por no hallar respuesta propia, echó a andar, con otro «¡Hum!», y tan de prisa que no notó que Alejandro se quedaba sonriendo, lo que le hubiera aún más mortificado.

En los corrales y en el cobertizo de esquilar todo era movimiento y ruido. El cobertizo, todo techo y puntales, tendría sesenta pies de largo y la mitad de ancho: los pilares, de troncos delgados y sin cepillar, sostenían el techo, que no era más que unos cuantos tablones, puestos a la buena de Dios sobre las vigas, también rústicas. A tres de los cuatro lados del cobertizo abrían los corrales, llenos de ovejas y corderos.

Pocas varas había de allí a los barracones, techados de sauce fresco, donde comía y descansaba la cuadrilla. Junto a ellos levantaron los indios dos chozas cubiertas de ramas; pero los más dormían sin duda al libre amor del cielo, sin más cama que la tierra, ni más abrigo que sus frazadas. El viento revoltoso arrollaba las alas alegres del pintado molino, por el cual venía el agua al tanque con tal fuerza, que salpicaba de veras a los que allí andaban humedeciendo y afilando sus cuchillos, y se empujaban riendo unos a otros, para que el agua les cayese encima.

Al pie del cobertizo había unos cuatro postes, de donde colgaba, sujeto por cuerdas, uno de los grandes sacos en que se empacaba la lana; y en el suelo un rimero de sacos vacíos. Juan los miraba, como quien se ríe de adversarios vencidos. «Éstos nos los comemos hoy, Señor. Felipe». Juan estaba en sus glorias en la esquila, que era el premio de su tarea monótona del año. No había para sus ojos fiesta como la de ver en hilera las pacas de lana, con la marca de Moreno, listas para la limpia en los batanes. «¡Vaya pues: lo que es lana, no falta este año!». Si la cosecha era pingüe, tenía dicha Juan para seis meses; pero cuando había escaseado el rendimiento, callaba, hablaba a solas con los santos, a quienes pedía suerte mejor, y no salía aquel año de entre las ovejas, como si con el deseo les alargase los vellones.

Por los medios escalones clavados a uno de los puntales del cobertizo subió Felipe al techo, ligero como un acróbata, para ir recibiendo y apretando en el saco el vellón que de abajo le echaban. Pedro, con un zurrón de cuero al cuello, cargado de monedas de a medio real, tomó puesto en el centro del cobertizo. Cada uno de los treinta esquiladores entraba en los corrales,

sacaba su oveja, la sujetaba entre sus rodillas, vencida e inmóvil, y ya no se oía más que el golpe rápido de las tijeras. Una vez empezada la esquila, no había descanso, fuera de la hora del mediodía, hasta que no quedaban libres de su carga las ocho mil ovejas. Todo era balido, abrir y cerrar, tijeretear, echar el vellón al techo, apretarlo de firme en las pacas. Un drama no es más interesante. Tan pronto como quedaba una oveja a cercén, corría el esquilador con el vellón a Pedro, lo echaba sobre la mesa, tomaba su moneda, volaba al corral, salía con otra oveja, y a los cinco minutos ya estaba con otro vellón delante de Pedro. Los animales, una vez esquilados, entraban saltando de gozo en el corral de enfrente, vacilaban, como sintiendo la falta de peso, y a coces y cabriolas mostraban su alegría.

El calor era grande: entorpecía el aire el polvo de la lana, y el que alzaba el continuo combate con las ovejas. Según iba el sol enseñoreándose del cielo, el sudor corría por aquellos rostros afanados. Felipe, a quien el sol daba de recio sin amparo, pronto sintió que no le había vuelto aún todo el vigor. Por puro orgullo, y por lo que había dicho Juan Can a su madre, no bajó de su puesto antes del mediodía, a que siguiera el viejo con la ensaca. Tenía el rostro rojo, y le azotaba la sangre las sienes; pero no pensaba en confesarse vencido. Cuando el saco está a medio llenar, el empacador entra en él, y con todo su peso va apretando a saltos la lana en el fondo, conforme sigue echándole los nuevos vellones. Ya para esto no tenía fuerzas Felipe: en cuanto le llegó a la cabeza, cortándole el aliento, el polvo sofocante, perdió la vista; «Juan, estoy malo», dijo, y sin sentido cayó sobre la lana. Al grito de Juan Can, todos lo vieron: la cabeza de Felipe colgaba, como sin vida, del borde del saco, sin que Juan, que ya estaba a su lado, hallara pie para poderlo alzar de entre los vellones. Los esquiladores aterrados, que uno tras otro habían subido al techo, proponían medios vanos de socorro. Pedro corrió a avisar a la casa. La Señora había ido con el Padre a una visita en las cercanías; pero estaba Ramona, que tomando consigo cuanto pudiera reanimar a Felipe, echó a correr detrás de Pedro, seguida de las criadas de la casa.

—¿A dónde está? dijo al llegar Ramona.—Y lo vio, con la cabeza caída en las manos de Juan Can.—¿Oh, quién me lo sacará de ahí?

—Yo, Señora, dijo Alejandro, adelantándose a hablarla desde el techo. No tenga miedo; yo lo saco.

Bajó, corrió a las chozas, y vino con los brazos llenos de frazadas. Vuelto al techo, unió las frazadas con nudos firmes, y atándoselas por la mitad a la cintura, echó los dos cabos a sus hombres, diciéndoles en su lengua que los tuvieran bien sujetos.

«¿Qué va a hacer?». Pronto lo entendió Ramona, al ver a los indios echarse hacia atrás, sujetando las frazadas, y a Alejandro andando sobre uno de los tablones de que, de poste a

poste, colgaba el saco. Felipe es fino de cuerpo; Alejandro mucho más fuerte y alto: pero, ¿cómo podrá un hombre llevar en salvo a otro por aquel puente estrechísimo? Volvió Ramona la cabeza, como para no ver el horror que esperaba. Pasaron unos minutos: una eternidad pasó para ella; pero el rumor de las voces le dijo que podía ya mirar sin miedo; y vio a Felipe, desmayado sobre el techo, el rostro mortal, cerrados los ojos. Las criadas lloraban y gemían: «¡Está muerto! ¡Está muerto!. También lo creía Ramona, inmóvil y sin habla, pensando en la Señora. «¡Que no es más que un desmayo!», dijo Juan Canito, con la mano sobre el pecho desnudo de Felipe: "¿quién dice que está muerto?».

Por fin, entonces, pudo llorar Ramona, mirando con desconsuelo a aquella frágil escalera por donde con tanta holgura vio bajar y subir a Alejandro. «¡Si yo pudiera subir!», dijo, mirando a uno y a otro: «Yo creo que puedo». Y puso el pie en el primer escalón.

—¡Virgen santa!, gritó Juan. No, por Dios, Señorita. Ni nosotros podemos subir bien. Ya vuelve el Señor Felipe: ya está volviendo.

«¿Señorita?». Alejandro oyó bien a Juan Can. En el terror y confusión de aquella escena, su corazón había oído «¡Señorita!». Ramona no era, pues, mujer de Felipe, ni la mujer de nadie. Pero Alejandro recordó que le había dicho "Señora" sin que mostrase sorpresa. Saliendo al frente del grupo, dijo hablando a Ramona: «¡Señorita!»... ¿Qué había en aquella simple palabra para que se estremeciese Ramona? «No me costará nada bajar por la escalera al señor Felipe. Como los corderitos que están allá abajo lo llevo en mis brazos. Yo se lo llevo, en cuanto se ponga bien. No fue más que el calor». Y como el rostro de Ramona no revelase más tranquilidad: «¿No tiene confianza en mí la Señorita?». Sonrió Ramona en medio de sus lágrimas: «Sí; sí tengo confianza en ti. ¿Tú eres Alejandro, no?».

—Sí, Señorita, respondió él, muy sorprendido: yo soy Alejandro.

Capataz

No tiene por qué acabar bien lo que empieza mal. Los herejes hubieran dicho que todo aquello pasaba por encapricharse la Señora en demorar la esquila hasta que llegara un fraile viejo; pero ella decía que, puesto que el mal iba a suceder, era gran bondad de Dios tener el Padre al lado. A medio sol el primer día, se desmayó Felipe en la lana; y el tercero, a poco más de las doce, Juan Canito, que no sin júbilo secreto había sucedido a Felipe en la ensaca, cayó del tablón al suelo, y se rompió malamente la pierna derecha por cerca de la rodilla. ¡A muleta, pues, para toda la vida, porque ya no era fácil soldar bien aquellos huesos viejos! Perdió Juan la fe en los santos y se hubiera espantado la Señora de oír sus denuestos y blasfemias.

—Y ¿para eso le compré toda una caja de velas este mes, y se la tuve encendida en la

capilla para esta misma esquila? Lo que es por mí, bien se puede quedar sin luces San Francisco hasta el fin de los siglos. ¿Para qué son los santos, pues, sino para librarnos de mal? Se acabaron los rezos. ¡Con razón se burlan de nosotros los americanos!

Y como el dolor le quitaba el sueño, y estaba murmurando sin cesar, llegó Margarita, su enfermera, a decir que la Santa Virgen misma se cansaría de cuidar a Juan Canito. «Los diablos, como él dice, lo empujaron de veras del tablón. ¿Qué han de hacer los santos por quien habla tan mal de ellos?». Poco a poco empezaron las criadas a creer que ya estaba Juan en tratos con el diablo mismo, con lo que le fueron dejando cada vez más solo, hasta que al fin ya no asomaba por sus alrededores ninguno de los que en los primeros días vinieron a distraerle del pesar, y a decirle por dónde iba la esquila. «En tres meses no podrá Juan dejar la cama», había dicho el médico. «Pues muerta o loca quedo», dijo Margarita, cuya alma sencilla tenía ya miedos mortales de todo trato con Juan Canito.

Harto ocupada estaba la Señora con Felipe para pensar mucho en Juan Can. La fiebre había reaparecido, con delirios y sueños fatigosos, siempre de aquella fatal lana.

—Más, más aprisa! Éste es bueno! Tonelada redonda en cada paca! ¡Juan, Alejandro, Capitán! El sol me quema la cabeza!

Llamaba a Alejandro con tanto empeño, que el Padre creyó oportuno traerlo al cuarto, por si al verle daba Felipe salida a alguna idea que le agitase. Vino, y lo miró con aquellos ojos vagos con que miraba a los demás, aunque diciendo: Alejandro... Alejandro…

—Tal vez quiere, dijo Ramona en su angustia, que Alejandro toque el violín. Me había dicho que tocaba muy bien, y que lo iba a llevar al colgadizo por la noche.

—Tal vez, dijo el Padre. ¿Tienes aquí tu violín?

—¡Ay, no, Padre!: no lo traje.

—¿Y por qué no le cantas entonces? Él también celebraba tu voz.

—¡Oh, sí, sí!, dijo la Señora: canta algo bajo y dulce.

Alejandro se retiró a la ventana, que estaba abierta, y allí entonó un aire llano de una de las misas. Desde la primera nota, se pudo ver que Felipe escuchaba: el placer le animó el rostro: volvió de un lado la cabeza, colocó una mano bajo la mejilla, y cerró los ojos.

—¡Es milagro de Dios! dijo el Padre. Ya duerme.

—Eso era lo que quería, murmuró Ramona.

La Señora no habló; hundió el rostro un instante en la cama de su hijo, y lo volvió luego hacia el indio, como si le orase a un santo. Él también había notado el cambio en Felipe, y cantaba cada vez más bajo, hasta que pareció que las notas venían desde lejos, y se extinguían luego en la distancia. No bien cesó la voz, Felipe abrió los ojos.

—¡Oh sigue, sigue! suplicó ansiosamente la Señora. ¡No pares!

Repitió Alejandro el mismo aire sereno y solemne: le temblaba la voz: como que el aire del cuarto le ahogaba, a pesar de la ventana abierta: tenía como miedo de ver a Felipe dormirse al influjo de su canto. Ya el enfermo respiraba sin angustia: ya dormía. Calló Alejandro, y no despertó Felipe.

—¿Puedo irme? preguntó Alejandro en voz baja.

—No, no, dijo la Señora con impaciencia: puede despertar a cada instante.

Alejandro parecía inquieto; pero inclinó la cabeza y se estuvo de pie junto a la ventana. El Padre estaba arrodillado, a un lado de la cama; la Señora al otro, y Ramona a los pies, todos pidiendo a Dios por la vida de Felipe: podían oírse en el silencio las cuentas de los rosarios. A la cabecera estaba en un nicho una imagen de la Virgen, y junto a ella una estampa de Santa Bárbara, cada una con sus velas encendidas. Los pabilos, al extinguirse, chisporroteaban; y despedían llama nueva al caer sobre la cera derretida. La Señora tenía los ojos puestos en la Virgen: el Padre oraba con ellos cerrados: a Ramona, que no apartaba de Felipe los suyos, le caían por el rostro las lágrimas, mientras repasaba como sin darse cuenta su rosario.

—Es su novia: sí es, pensó Alejandro. Los santos no lo dejarán morir.—Y rezó él también. Pero, agitado con aquella escena, saltó, apoyándose en la mano, al otro lado de la ventana, diciendo a Ramona, que se volvió al ruido: «No me voy, Señorita: aquí me quedo al pie de la ventana, por si se despierta.»

Ya en el aire libre, lo aspiró con afán, y miró con asombro en torno suyo, como el que vuelve de un desmayo. Y se tendió por tierra al pie de la ventana, con el rostro al cielo. Vino allí Capitán, y se echó junto a él, gruñendo, afligido con la pena de la casa.

Tres horas pasaron, sin que en el cuarto de Felipe se notase ruido. Alejandro miró por la ventana: todavía estaban rezando arrodillados la Señora y el Padre: Ramona, cediendo a la fatiga, se había dormido sobre sus rodillas, apoyada en la cama. El llanto le tenía el rostro hinchado y sin color, y revelaban su cansancio las hondas ojeras. Tres días con sus noches llevaba ya en pie, atendiendo a todo: ya a Felipe, ya a Juan Can, ya a las cosas de la casa, ya a su mucha pena. ¡Morirse Felipe! Nunca, hasta que lo vio febril, delirante, moribundo, según creía, conoció cuán ligadas estaban sus dos vidas. Desfallecía sólo de pensar en vivir sin él. «Nunca, nunca podré vivir aquí sola: le diré al Padre que me lleve». Estar con la Señora, ¿no era estar sola?

Allí estaba Alejandro en la ventana, cruzados los brazos, reclinado en el poyo, sin apartar los ojos de Ramona. Sólo al amor podía la niña parecer entonces bella; pero Alejandro la encontraba más hermosa que la misma estampa de Santa Bárbara. «¡Se muere si él se muere!».

Y se tendió otra vez en tierra, con la espalda vuelta al cielo. No supo si había estado allí un día o una hora cuando oyó que lo llamaba el Padre Salvatierra. El anciano estaba en la ventana, llorando de gozo.

—¡Alabado sea Dios! dijo: el Señor Felipe se nos pondrá bueno. Ya suda, y cuando despierte estará en su juicio. Pero la Señora no quiere que te vayas, Alejandro: ¿no puede irse tu gente sin ti? Te quedarás de capataz hasta que Juan Can esté bueno. La Señora te da su mismo salario. ¿Tú no vas a ganar más en otra parte estos tres meses?

Contendían tumultuosamente en el pecho de Alejandro, al oír al Padre, diversos impulsos. «¡Vete!» «¡Quédate!» «¡Hay peligro en quedarte!» «¡Te salvas huyendo!». Ni para quedarse ni para irse sentía él valor.

—Les prometí a los Ortegas, Padre, esquilar en su rancho. Ya nos maltratan porque no estamos allí. No estaría bien faltar a la promesa.

—No, hijo mío, dijo el Padre desconsolado: ¿pero no puede ir alguno en tu lugar?»'

Ramona, oyéndolos, vino a la ventana.

—¿De qué hablan? dijo: ¿de que Alejandro se vaya? Alejandro no se va.

Salió del cuarto, atravesó el colgadizo, y en un instante estuvo al lado de Alejandro. Le suplicaba con la mirada y con la voz. ¿Cómo se iba a ir? La Señora pagaría a otro para que fuese con los esquiladores. «No nos digas que tienes que irte, hasta que Juan Can se ponga bueno. ¿Quién le cantará a Felipe, si tú te vas? ¿No puedes quedarte?».

—Sí puedo, Señorita, respondió Alejandro, con su voz bella y grave: puedo quedarme hasta que la Señorita me necesite.

—¿Oh, de veras? ¡Gracias! Tú eres bueno, Alejandro. Ya verás como no pierdes nada:—y corrió hacia la casa.

—No es por el salario, Señorita...

Pero ya Ramona no oía a Alejandro humillado.

—Padre, dijo él volviéndose al anciano: no quiero que la Señorita crea que me quedo por dinero: por dinero no dejo yo a mi cuadrilla; sino porque la casa tiene pena, Padre.

—Te entiendo, hijo, te entiendo, replicó el buen fraile, que conocía a Alejandro desde su niñez, cuando en la Misión de San Luis lo mimaban todos los hermanos.—La Señora sabe que con dinero no se pagan esas cosas. Ya ves que están en pena, las dos mujeres solas, y yo tengo que ir pronto viaje al Norte.

—¿Es seguro que el Señor Felipe se pondrá bien?

—Creo. Después del sudor y el sueño, ninguno muere. Pero lleva cama para muchos días, y a Juan Can, ya lo ves. Tengo que hablarle, porque dicen que está tratando muy mal a los

santos.

—Sí; pues: dice que los santos dejaron que los diablos lo echaran del tablón, y que no quiere saber de ellos. Yo le dije, Padre, que no hablara así.

Iban andando juntos Alejandro y el Padre.

—Los tiempos, hijo, los tiempos. Se nos ha llenado la tierra de herejes. ¿Todavía tienen Uds. cura en su capilla?

—Dos veces al año nada más, y en los entierros, si hay con qué pagar la misa. Pero mi padre tiene la capilla abierta, y entra a rezar la gente, y lo que sabemos de misa se canta todos los domingos.

—Conque pagar! Siempre pagar! Vergüenza! Dejáranme, y yo iría a Temecula cada tres meses; pero esos otros Padres persiguen a nuestra Orden.

—¡Ay, Padre, si fuera! Todos los días me habla mi padre de la Iglesia de antes, que no era como la de ahora. Mi padre está muy triste; y con mucho miedo por el pueblo. Dicen que los americanos, cuando les compren las tierras a los mexicanos, nos echarán a los indios como a perros. Dicen que no tenemos derecho a nuestras tierras, donde nacimos y vivimos, y que los dueños nos dieron para siempre.

Alejandro buscaba con ansia la respuesta en el rostro del Padre, que al fin dijo:

—¿No ha llamado a tu padre ningún juez? ¿No le han hablado del título de las tierras?

—No, Padre.

—Pues tienen que llamarle antes de echarlo del pueblo. Esto se hace por ley. Mientras no le llamen no corre peligro.

—Pero, Padre, ¿qué ley puede haber para quitarnos la tierra que el Señor Valdés nos dio para siempre?

—¿Les dio algún papel escrito donde lo diga?

—No, papel no: está marcado en el plano: José Ramírez lo marcó, cuando sacó medidas de la hacienda. Lo vi marcar yo mismo. El Señor Valdés, Ramírez y el que medía durmieron en mi casa. Yo fui con ellos, porque quería aprender, pero José me dijo que para medir con aquellos parales y cadenas, había que estudiar años. Medir con piedras me parece mejor, como lo hacemos nosotros. Pero en el mapa está, y mi padre lo entiende, y yo oí cuando Ramírez y el Señor Valdés le dijeron apuntando en el plano: «Todo esto es tuyo, Pablo, para siempre». ¿Debemos tener miedo, Padre?

—No creo, hijo; pero ya ves las Misiones. Yo no tengo fe en la honradez de los americanos. ¡Abarcar, abarcar! Mucho le han hecho perder a nuestra Iglesia.

—Eso dice mi padre, que de San Luis, que tenía antes treinta mil ovejas, no queda más que

la huerta y las flores. ¡Ay, Padre!: si la Iglesia no pudo ¿cómo podremos nosotros?

—Verdad; verdad, hijo mío, dijo el Padre, ya a la puerta de Juan Can, que no sabía si desearlo o temerlo.—Nadie nos defiende, Alejandro. Son dueños del país, y hacen las leyes. No hay más que decir: «Hágase la voluntad de Dios!». Y cruzando los brazos con devoción, Hágase la voluntad de Dios!» dijo otra vez.

También se cruzó de brazos Alejandro, criado en el respeto de la Iglesia. «Pero no puede ser —se dijo, cuando ya iba andando solo hacia el cobertizo de esquilar: no puede ser la voluntad de Dios que un hombre robe a otro! Y ¿cómo sucede, si no es la voluntad de Dios?».

En el cobertizo halló Alejandro descontenta a la cuadrilla. ¿Por qué, si la esquila había acabado a las diez, no estaban ya en camino para el rancho de Ortega? Tiempo era, porque el avaro de Juan Can les contaba por horas la comida, y hoy ya, ni carne ni frijoles. ¡Y su capitán allí tendido debajo de la ventana del Señor Felipe, con la cara en la tierra, sin responder a los que iban a hablarle!

Pero Alejandro les anunció sin miedo su determinación de quedarse en la hacienda. «Y para que no tengan que padecer, elijan aquí mismo otro capitán para el resto del año».

—¡Para este año, y para el que viene! le respondieron: ¿que así se deja la cuadrilla de los esquiladores?

—Como quieran, pues, dijo Alejandro. Yo aquí me quedo. El Padre me lo manda.

«¡Ah, si el Padre lo manda, es diferente!». «¡Ya eso es otra cosa!». ¡Alejandro tiene razón!». ¿Qué indio de Temecula hubiera desconocido la autoridad de los Padres? Pero la rebelión retoñó cuando supieron que Alejandro se quedaría hasta que Juan Can sanase: ¡todo el verano, pues?: y ¿qué San Juan iba a haber en Temecula sin Alejandro? Alejandro, es verdad, no se había acordado de la fiesta de San Juan cuando prometió a Ramona quedarse mientras ella lo necesitara. ¿Qué haría Pablo sin él en la fiesta? Iban al pueblo mil indios, y mucho blanco bribón, que les vendía aguardiente y los alborotaba. Por supuesto que Alejandro debía estar para el San Juan en Temecula.

—Haré por estar, dijo; aunque no haya acabado aquí, iré al pueblo para la fiesta.

Para capitán, sólo había uno bueno, y era el viejo Fernando, que lo había sido muchos años antes, pero en los dos veranos últimos quiso que Alejandro mandase la cuadrilla. Ya tenía mucha edad para levantarse a medianoche, a ver si los esquiladores estaban jugando el dinero: más le gustaba envolverse en su frazada a la puesta del sol y dormir hasta la aurora. Por unas semanas consintió en mandar Fernando: «pero Alejandro, dijo, es el que manda siempre: ahora se queda, porque se debe quedar: ¿conque ese mal pago iban a dar a su buena amiga la Señora los indios de Temecula, a quienes ella defendía siempre, y llamaba todos los veranos a

esquilar?». A todos pareció que hablaba bien el viejo. Doblaron sus frazadas; aprontaron las monturas; las estaban ya echando a sus ponies,—cuando a todo correr vieron venir hacia ellos de la casa a Ramona y Margarita.

—¡Alejandro!, dijo aún desde lejos Ramona, casi sin aliento: ¿conque no alcanzó hoy para tu gente la comida? Diles que eso ha sido por los trastornos de la casa. Creían que se iban esta mañana. Diles que tienen que comer antes de irse. Ya está haciéndose. Diles que esperen.

Los indios que entendían castellano tradujeron a sus compañeros lo que decía Ramona; y todos los labios se llenaron de alabanzas. Muy buena, la Señorita. Por supuesto que esperarían la comida. Ya no tenían semejante prisa de ir al rancho de Ortega.

—Hay seis horas de aquí a lo de Ortega, les decía Alejandro: si no salen enseguida llegan tarde.

—En una hora está lista la comida. ¿Qué importa una hora? decía Ramona.

—Serán dos más que una, Señorita; pero se hará como Ud. quiera, y gracias por haberlo pensado.

—¡Oh!,[22] no fui yo, fue Margarita que vino y me lo dijo. Es una vergüenza que tu gente saliera del rancho con hambre. Muriéndose deben estar, sin nada más que el almuerzo en todo el día.

—Eso no es mucho, Señorita. Yo mismo me paso los días enteros sin comer.

—Días enteros!: pero ¿por qué, Alejandro?—Pensando en todo de pronto: «Oh! qué loca pregunta, se dijo: pero ¿serán tan pobres, tan pobres?». Y para que Alejandro no tuviera que responderle, echó a andar hacia la casa diciendo: «Margarita, ven, ven, que tenemos que ayudar para que esté pronto la comida».

—¿La Señorita quiere que yo también ayude? preguntó Alejandro, maravillado de su atrevimiento: si hay algo que pueda yo hacer...

—Oh, no, no hay; pero sí: tú puedes traer la comida a la gente, porque en la casa son pocos ahora. Juan está en cama: Pedro fue a buscar el médico a Ventura. Tú y algunos de la cuadrilla pueden traer la comida. Yo te llamaré cuando esté lista.

La cuadrilla aguardó la hora, contenta, sentada en corro, fumando, charlando y riendo. Alejandro iba y venía de la cocina al cobertizo. Todo se oía de afuera, choque de platos, retintín de cucharas, freír, verter agua en las ollas. Gratos olores anunciaron pronto que Marta quería hacerse perdonar el descuido de aquella mañana. También Juan Can, desde su cama, olía y oía: «¡El diablo me lleve si esa pícara vieja no está preparando un festín para esos bestias de indios! Ahí hay carneros, y cebollas, y pimientos hervidos, y papas, y la casa entera, ¡para pordioseros

22 Se añade signo de admiración.

que no comen en su pueblo más que trigo tostado o potaje de bellotas! Al cabo lo irán diciendo, y esa fama más tendrá la casa. Está por ver que Margarita me deje probar de ese guisado. ¡Y bien que huele! Margarita! Margarita!».

Pero Margarita estaba muy ocupaba en la cocina para oír a Juan Can. ¿No le llevó su buena taza de caldo al caer del sol, cuando mandó el médico? ¡Pues ya tenía para esta noche! Y luego, Margarita andaba algo desasosegada. Para el gallardo Alejandro eran casi todos sus pensamientos de amor, desde que en la esquila pasada la sacó a bailar y le dijo esas cosas galanas que a las muchachas suelen decir en la paz de la noche los mozos: ¿qué era, pues, que ahora la veía como si fuese una sombra transparente, y quisiera ver el cielo detrás de ella, y a ella no, que se moría porque la viese? Sí, sin duda: el mal del Señor Felipe, la pena de la casa, eso era lo que le traía desmemoriado: pero ya el Señor Felipe iba a mejorar, y Alejandro a quedarse: ¡de seguro que le volvía la memoria! Y a cada una de sus vueltas y revueltas, recreaba los ojos en la apuesta figura que se paseaba, esperando a ser llamada, en lo oscuro, afuera.

Alejandro no la veía. Nada veía Alejandro. Miraba al sol poniente, y escuchaba. Ramona había dicho: «Yo te llamaré cuando esté lista». Pero no lo llamó, sino dijo a Margarita que lo llamase. «Corre, ve si está ahí Alejandro. Dile que venga a llevarse las cosas». Fue, pues, la voz de Margarita, no la de Ramona, la que dijo: «Alejandro, Alejandro! La comida está lista!».

Pero fue Ramona la que, al llegar Alejandro a la puerta, tenía en las manos una fuente humeante del guiso que había ido a turbar la soledad del pobre Juan Can; Ramona fue la que le dijo, al poner en sus manos la fuente: «Ten cuidado, Alejandro, que está muy llena y se va a vaciar la salsa: tú no estás hecho a servir a la mesa». Y dijo esto con dulce sonrisa, una sonrisa tierna y benévola, que en Alejandro hizo impresión tal, que por poco caen allí a los pies de Ramona, carnero, fuente, salsa y todo.

Los esquiladores comieron bien y pronto: no había pasado en verdad más de una hora, cuando estaban ya al pie de sus caballos, hartos y felices. Alejandro llamó aparte a uno de ellos:

—José, ¿qué caballo es más ligero, el tuyo o el de Antonio?

—El mío, por supuesto. Se lo juego al de Antonio el día que quiera.

Que el más ligero era el de José lo sabía Alejandro. Pero el ingenio se le estaba aguzando mucho en aquellos días, y no le era nueva la diplomacia. Necesitaba que alguien fuera a escape a traerle un encargo de Temecula: sabía que con el caballo de José podía apostarse contra el viento; sabía también que, por lo de sus caballos, José y Antonio eran constantes rivales: con elegir a José era seguro que el mozo volaba, por dar en cara a Antonio.

—¿Quieres ir? Yo te pagaré el tiempo que pierdas.

—¿Ir? dijo José entusiasmado. Ya estoy de vuelta. Con la puesta de mañana vuelvo.

—¿Con la puesta? Pensé que al mediodía.

—Pues al mediodía! Mi caballo puede.

—¡Mucho cuidado!, recomendó Alejandro.

—¡Mucho!—Montó, hincó a su pony con las dos rodillas, y partió a galope.

—He mandado a José con un encargo a Temecula, dijo Alejandro a Fernando. Mañana al mediodía vuelve, y pasado lo tendrás en lo de Ortega.

—¡Como no mate su caballo!

—Así dijo, replicó Alejandro, como al descuido.

—Pues en menos hubiera ido yo, dijo Antonio, acercándose en su yegua oscura. El de José no es quién para la mía, ni lo fue nunca. ¿Por qué no me mandaste a mí, Alejandro?

—¿Conque tu yegua es más ligera que el caballo de José? Siento no haberte mandado. Otra vez te mando.

Los celos enemigos

Fue curioso ver con qué sencillez y naturalidad se acomodó Alejandro a sus nuevas funciones en la casa. Sin alarde se veía bajo su mano desaparecer las dificultades y desenredarse lo revuelto. Por fortuna, Juan Can lo quería bien, y se alegró de que fuera Alejandro quien lo reemplazara en su enfermedad, y no otro, no cierto mexicano a quien él conocía, que bailando una vez con Anita se dejó decir que, en cuanto Juan desocupara el puesto, él iba a ser el capataz de la Señora. Pero de Alejandro no le ocurría tener celos. ¿Celos de un indio? ¡La Señora no había de pensar en darle a un indio para siempre un puesto tan serio! Desde el primer día trató, pues, con amistad a Alejandro, y lo tenía en su cuarto horas, explicándole con mucha ceremonia esto y aquello de la hacienda, y lo que había que hacer, sin ver que Alejandro pudiera ser holgadamente maestro suyo en toda aquella faena.

Por veinte años había tenido el padre de Alejandro a su cuidado los rebaños de San Luis Rey: pocos le aventajaban en el manejo de una hacienda, y él mismo era dueño de casi tanta oveja como la Señora Moreno. Pero esto no lo sabía Juan, ni que Alejandro, como hijo del cacique Pablo, tenía situación propia, no exenta de dignidad y de poder. Para Juan, un indio era «¡un indio!»: aquel trato suave de Alejandro, aquel decoro y gentileza suyos, achacábalos Juan a natural bondad del mozo: ignoraba Juan que Felipe mismo no había sido educado acaso por la Señora en mayor honestidad y hábitos de cortesía que Alejandro por su padre el cacique. Muy distinto era el puesto en el mundo de ambos padres; pero, según los resultados, no toda la ventaja fue de la Señora. Por supuesto que Felipe sabía mucho que era para Alejandro letra

muerta; pero mucho era también lo que Alejandro hubiese podido enseñar a Felipe; y en las cosas del alma y del honor, la palma era del indio. Felipe no era menos honrado y justo que lo que se tiene por tal entre los hombres; pero las conveniencias y oportunidades hubieran logrado de él lo que jamás lograran de Alejandro. Felipe pudiera mentir: Alejandro no. Felipe había sido criado corno fiel católico: Alejandro estaba por naturaleza lleno de veneración e instinto religioso. Pero ambos eran francos, generosos y sencillos, y el raro caso que los trajo a vivir en compañía, había de unirlos con amistad poderosa.

Desde aquel día del canto, no le volvió a Felipe el delirio. Al despertar del largo sueño estaba en su razón, como predijo el Padre, aunque tardó algún tiempo su cerebro agitado en recobrar la calma por entero. Solía, al despertarse, divagar un poco; y era seguro entonces que llamaba a Alejandro, y quería oír música. Recordaba la mañana del canto: «Yo no estaba, les dijo, tan loco como creían. Yo oí a Ramona pedirle a Alejandro que cantara; y cuando empezó a cantar, me acuerdo que pensé que la Virgen había bajado del cielo, y me ponía la mano en la cabeza, y me la refrescaba».

En la segunda noche, la primera después de la partida de la cuadrilla, Alejandro, viendo a Ramona en el colgadizo, se acercó a los escalones a decirle:

—Señorita, ¿querrá el Señor Felipe que yo le toque en el violín esta noche?

—¡En el violín! ¿Y qué violín tienes tú? respondió Ramona asombrada.

—El mío, Señorita.

—¡El tuyo! ¿No dijiste que no lo habías traído?

—Verdad, Señorita; pero lo mandé a buscar a Temecula, y ya está aquí.

—¿A Temecula, y vuelta?

—Sí, Señorita: nuestros ponies son fuertes y ligeros. Andan cien millas al día, y no les hace daño. José lo trajo, y ya está en el rancho de Ortega.

Había más luz en los ojos de Ramona.

—Hubiera querido darle gracias. Debiste decírmelo. Le hubiéramos debido pagar por ir.

—Yo le pagué, Señorita: yo lo mandé a buscar, dijo Alejandro, no sin el tono del orgullo herido, que Ramona hirió más, sin entenderlo.

—Pero lo mandaste a buscar para nosotros: la Señora querrá pagarle ella.

—Yo le pagué, Señorita. Si el Señor Felipe quiere que toque, tocaré.—Y se alejó del colgadizo a pasos lentos.

Ramona lo miraba: por la primera vez lo miraba sin pensar en que era indio. Por el color no debía pensar en eso, porque el de ella era poco más claro que el de él; pero la soberbia de raza es tanta, que hasta aquel momento no lo había olvidado. «¡Qué hermosa cabeza, y qué modo de

andar!», pensó: y luego, mirándolo más atentamente: «Anda como si estuviera ofendido. Se enojó porque le ofrecí pagar por el recado. Es que quiso hacerlo él, por cariño a Felipe. Yo se lo diré a Felipe, y cuando se vaya, le haremos un regalo».

—¿No es verdad que es muy galán, Señorita?dijo casi al oído de Ramona la risueña Margarita:—¡es tan galán!: y no sabe cómo baila: yo bailé con él el año pasado todas las noches, y tan alto como es y tan fuerte, parece que tiene alas en los pies.

Sin saber por qué, aquella presumida confianza de su criada desagradó sobremanera a Ramona. Apartándose de ella, «No está bien», le dijo, en un tono seco que jamás había tenido para Margarita, «no está bien hablar así de hombres mozos. La Señora te regañará si te oye». Y se alejó a pasos rápidos, dejando a Margarita azorada y perpleja.

Miró a Ramona. Miró a Alejandro. Los acababa de ver hablando juntos. Llena de confusión, allí quedó sin moverse, meditando: al fin echó a correr, como para borrar de la memoria las ásperas palabras: «Alejandro, pensaba, debe haber enojado a la Señorita». Pero en vano trató de olvidar la escena, que cada vez se le representaba más extraña y oscura: era una imperceptible semilla, de nombre para ella nuevo, caída en un suelo donde habría de crecer; semilla amarga en suelo ardiente, que al abrirse a la luz iba a dar a Ramona una enemiga.

Sin saber qué pasaba en su corazón ni en el de Margarita, siguió Ramona al cuarto de Felipe. Felipe dormía, y allí estaba a su lado la Señora, que no dejaba el asiento de día ni de noche, aunque con las horas se la veía enflaquecer y acabarse: hasta parecía que el cabello blanquísimo se había vuelto aún más blanco: la misma voz se la tenían cambiada la debilidad y la pena.

—Mi Señora, le dijo Ramona: ¿por qué no sale un poco al jardín ahora que duerme? Vaya, yo lo cuido. El sol está ahora frente al colgadizo. Se enferma si no sale al aire!

La Señora sacudió la cabeza: «Éste es mi puesto», dijo, en voz seca y dura. La simpatía le era odiosa, y ni la sentía, ni la aceptaba. «No me separo de él: no necesito el aire».

Ramona tenía en la mano una flor de campanilla, que en aquel mes caían del tejado del colgadizo, cubierto de ellas, como un fleco de alamares de oro: era la flor que prefería Felipe. Inclinándose a él Ramona, se la puso en la almohada: «Le gustará verla cuando se despierte», dijo.

Pero la Señora tomó la flor, y la lanzó a un rincón del cuarto: «¡Llévatela, llévatela! ¿No te he dicho que las flores son un veneno para los enfermos?».

—No, Señora, le respondió Ramona mansamente, volviendo sin querer los ojos a un plato con flores de almizcle que la Señora tenía a la cabecera de Felipe.

—El almizcle es diferente, dijo la Señora notando la mirada: es medicina, y da vida.

Nunca hubiera osado Ramona decir lo que sabía, que el almizcle era odioso a Felipe: se lo dijo él mil veces, pero su madre tenía tal pasión por la planta que el colgadizo y la casa estaban llenos de ella: a Ramona también le hacía tal daño que muchas veces le dio el olor desmayos mortales. «¡Capricho!», hubiera dicho la Señora.

—Me quedo? preguntó Ramona con dulzura.

—Como quieras.

La mera presencia de Ramona despertaba ahora en la anciana un sentimiento de que le era mejor no darse cuenta. Era esto: «¿Por qué está esa criatura buena y fuerte, y mi hijo aquí muriendo? Si él se me muere, no quiero verla más. ¿Quién es ella, para que la respeten los santos?».

Eso se dijo cuantas veces la veía entrar, cuantas veces ayudaba Ramona a atender a Felipe. No quería ella que más manos que las suyas sirviesen a su hijo, y hasta las lágrimas de Ramona la irritaban. «¿Qué sabe ella de quererlo? Él no es nada suyo!»—¡sin saber la Señora que el cariño ata más que la sangre! ¡sin saber que si hubiera visto qué puesto era el suyo junto al de Ramona en el corazón de Felipe, o habría muerto de celos, o Ramona habría muerto a sus manos! Pero ni del mismo cielo hubiera creído ella mensaje semejante: así son de tupidos los velos que tienen siempre alzados manos invisibles entre los que viven en más íntima compañía.

Aquella tarde volvió a estar Felipe inquieto y febricitante; no había dormido en paz, sino a retazos. «Llamen a Alejandro, dijo: quiero que me cante».

—Si tú quieres, puede tocar: ya trajo su violín.—Y Ramona contó el viaje de José en una noche y medio día.—Le dije a Alejandro que la Señora le pagaría el propio pero creo que se ofendió. «Yo lo he pagado», me dijo: y se echó a andar.

—No has podido ofenderlo más: ¡qué pena! Ese Alejandro es todo orgullo. Su padre ¿sabes? es el cacique de su pueblo, y de otros pueblos más, el «general», como les dicen ahora, desde que vinieron los americanos. En la misión del Padre Peyri, lo hacía Pablo todo: cajas de oro le daba el Padre a Pablo para que pagase a los indios. Pablo sabe leer y escribir, y es rico: creo que tiene tantas ovejas como nosotros.

—¿Sí? exclamó Ramona: ¡si parecen tan pobres!

—Pobres son, dijo Felipe, comparados con nosotros; pero es que los indios todo lo parten entre sí: dicen que Pablo mantiene a medio pueblo: mientras en su casa hay un frijol, ningún indio tiene hambre.

—¡Pero entonces son mejores que nosotros, Felipe!

—Siempre lo he dicho. Los indios son la gente más generosa del mundo. Por supuesto que aprendieron mucho de nosotros; pero ya eran así antes de que los Padres vinieran. Pregúntale al

Padre: él ha leído las memorias del Padre Junípero y el Padre Crespi, y cuenta que era maravilla cómo los indios salvajes partían con los necesitados el alimento.

—¡Felipe, hablas mucho! dijo la Señora, apareciendo por la puerta.—Y miró a Ramona como si le dijese: «Ya ves como no debo salir de aquí; como no puedo confiarte el cuidado de Felipe». Ramona, algo culpable a sus propios ojos, recibió en el alma el reproche.

—¡Oh, Felipe, te habrá hecho mal hablar! Pero no, Señora: habló un poco no más, y muy bajo.

—Ramona, llama a Alejandro, ¿quieres? Dile que traiga su violín: yo creo que dormiré bien si toca.

¿Dónde estaba Alejandro? Todos lo acababan de ver; pero nadie sabía dónde estaba. En vano lo buscó Ramona en la cocina, en el corral, en las viñas, en los frutales. Al fin, mirando al jardín desde los escalones del colgadizo, le pareció ver que más de una persona se movía allá en los lavaderos, bajo los sauces. "¿Estará allí? ¿Qué puede estar haciendo allí? ¿Quién está con él?". Y adelantando por el jardín, llamó: "¡Alejandro, Alejandro!". A la primera voz, se apartó Alejandro de su compañera, y ya a la segunda estaba al lado de Ramona.

—Aquí estoy, Señorita. ¿Me llama el Señor Felipe? Aquí tengo el violín. Pensé que querría, tal vez que le tocase, ahora que entra la noche.

—Sí, quiere que toques: te he estado buscando por todas partes.—Y sin querer, miraba hacia los sauces, como para adivinar quién se movía junto al arroyo.

Alejandro le leía a Ramona el pensamiento.

—Es Margarita. ¿Quiere la Señorita que la llame? ¿Corro y la llamo?

—No, respondió Ramona, desagradada otra vez como en el colgadizo, mas sin saber por qué, ni darse cuenta de su descontento. No: ¿qué está haciendo?

—Lavando.

"¿Lavando a esta hora?" pensó Ramona: "ése es pretexto. Esto no ha de gustarle a la Señora. Tengo que vigilar a Margarita". Y volviendo a la casa, con Alejandro al lado, iba pensando en si hablaría o no a Margarita la mañana siguiente sobre el suceso.

En aquellos mismos instantes, estaba Margarita entretenida en no menores ni gratas reflexiones. "Bueno, pues",—se decía, paseando sus delantales por el agua: "¡es curioso! no hago más que hablar con él una palabra, y ya viene ella llamándolo: y él, en cuanto la oye, sale como una flecha. Quisiera yo saber qué le ha pasado a este hombre, que está tan diferente. Como platique con él media hora sola, yo sabré qué le pasa. ¡ Pero me mira, me mira como si quisiera atravesarme! Bueno: es un indio, pero a mí no me importa. Es más galán mil veces que el Señor Felipe. Y Juan José, días pasados, dijo que si el Señor le pone atención, verá que hace

mejor capataz que Juan Canito: no sé cómo no lo va a ver el Señor, cuando Alejandro ha de estar aquí todo el verano”. Así iba Margarita forjándose ilusiones: ¡los dos casados, y una linda casita, y sus hijos jugando en el sol, donde las alcachofas, y ella siempre trabajando en la casa! "La Señorita se casará con el Señor Felipe", añadía, ya con más duda: "el besa donde ella pisa: aunque quién sabe la Señora no quiera: pero el Señor Felipe se ha de casar". ¡Inocente y poético castillo, levantado con dulces y naturales deseos, de que doncella ninguna, rica o pobre, se debe avergonzar; pero tan sobre arena e inseguro, que torrentes y vientos, no soñados jamás por Margarita, iban a echarlo abajo!

Con distintos propósitos comenzaron al otro día sus quehaceres Margarita y Ramona. Margarita estaba decidida, por buenas o por malas, a conversar tendido con Alejandro antes del anochecer: "No puede ser que no me quiera: el año pasado, bien que bailó conmigo y que me platicaba. Pero con Juan Can que lo llama a hablar de esto y de lo otro, y con el Señor Felipe, a que le toque el violín para dormir, y con todo el cuidado de las ovejas, el pobre debe estar fuera de juicio. ¡Con media hora, yo me arreglo! Yo sé como son los hombres". En lo que, para ser justos, no mentía, porque en ese saber, a campo llano y con buena salida, podía apostarse sobre seguro a que, entre todas las mozas de su edad y condición, sacaba Margarita la ventaja. ¡Así empezó para ella aquel día que no debía olvidar jamás!

Ramona, por su parte, determinó, después de madura reflexión, no decir a la Señora que había visto a Margarita con Alejandro bajo los sauces; "aunque la vigilaría, por supuesto, por si seguía aquel abuso”. Pero a la Señora no le diría nada, porque Margarita era su compañera, y un enojo de la Señora era cosa mortal: ni ella quería que la Señora supiese nada que dejara en mala luz a Alejandro. "¿Qué culpa tiene él de que una loca le ande detrás con sus caprichos? Lo vio en los sauces, y allí se fue a buscarlo, con el pretexto de lavar los delantales. Bien sabe él que a esa hora no se lava. A mí no me parece que él sea amigo de loquear con criadas. Creo que es tan formal como el mismo Padre Salvatierra. No: si veo hoy algo feo en Margarita, le hablo yo misma, con cariño, pero seria, y le digo que se deje de coqueterías". Y de allí, como la otra, y a veces con las mismas palabras, dejó Ramona volar el pensamiento: "Yo nunca he visto ojos como los de Alejandro: no sé de veras cómo se atreve con él Margarita: hasta yo misma, cuando me mira, siento como vergüenza. Hay algo en sus ojos como en los de los santos, tan serios, tan dulces: estoy segura de que él es muy bueno".

Así abrió el día: y si por el valle hubiera andado, enredando los hilos de la vecindad, un demonio maléfico, no los hubiera enredado mejor. Las diez aún no serían cuando Ramona, puesta a su bordado en el colgadizo, medio oculta detrás de las enredaderas, vio a Alejandro, con la hoz en la mano, ir hacia las alcachofas, que estaban al pie de los almendros. "¿Qué irá a

hacer?" pensó: no va a cortar los sauces": hasta que lo vio desaparecer por la arboleda.

—¡Ahora es la mía!, se dijo al mismo tiempo Margarita, que espiaba a Alejandro desde la ventana del Padre Salvatierra: se echó por la cabeza, no sin gracia, un rebozo blanco, y fue a paso ligero hacia donde había visto ir a Alejandro. Ramona oyó los pasos, y entendió de una sola ojeada. ¡Nada tenía que hacer por allí Margarita! Mucha era la indignación, mucha, que le estaba encendiendo las mejillas. "Puede ser que la Señora la haya mandado a llamar a Alejandro". Fue al cuarto de Felipe. Desde la puerta vio a la Señora junto a la cama, y a Felipe dormido. "¿Margarita está aquí?" preguntó quedo. Más quedo aún le dijo la Señora: "En el cuarto del Padre, o ayudando a Marta". Se dio Ramona por entendida, y volvió a su bordado. ¿Qué haría? Se levantó de nuevo, y fue al cuarto del Padre. El cuarto estaba a medio hacer. Mucha era la indignación de Ramona, mucha. Con singular claridad lo adivinaba todo. "Lo vio de la ventana, y salió detrás de él. ¡ Qué vergüenza! Es necesario que yo vaya y la haga volver, para que vea que lo sé todo. Es tiempo ya de que esto acabe".

Pero volvió al colgadizo y a su silla: le repugnaba aparecer como si hubiese espiado. "La esperaré aquí hasta que vuelva". Y tomó, en vano, el bordado: no apartaba los ojos de los almendros, por donde desaparecieron Alejandro y Margarita. No pudo más al fin. Media hora pasaría; ¡pero "con media hora, yo me arreglo!": media hora, cuando Ramona apareció de pronto en la entrada de la huerta. "Margarita", dijo con voz severa: "te llaman en la casa". Alejandro, en pie contra la cerca, con la hoz casi olvidada en la mano derecha, tenía la izquierda en la mano de Margarita, que le miraba entre picaresca y amorosa. Lo peor fue que en cuanto Alejandro vio a Ramona, hurtó su mano a Margarita, y puso en ella tales ojos de desdén y disgusto que lo notó Ramona misma, aun en el fuego de su cólera: ¡cómo no había Margarita de notarlo! Lo vio, lo sintió, como sólo una mujer desdeñada en presencia de otra siente. Tres veces más dura el decirlo que el suceso. Antes que Alejandro entendiera a derechas lo que había pasado, ya iban por la espalera del jardín Margarita y Ramona, ésta delante erguida y en silencio; Margarita detrás, confusa, a paso torpe, pero con el remolino de la rabia en el alma. Margarita, Alejandro, vieron claro en aquel abrir y cerrar de ojos.

—"¡Y la Señorita va a pensar ahora que yo estoy cortejando a esa moza!: ¡a un perro no se mira como ella me ha mirado!: ¡como si nadie que la ha visto a ella puede pensar en ninguna otra mujer!: ¡y nunca, nunca podré yo decírselo!: ¿quién me quita este peso?". Y con tal fuerza despidió la hoz, que quedó hundida hasta el mango en el tronco de un lejano olivo. Muerto quería verse: huir: ¿cómo iba a poder ya nunca ver a la Señorita cara a cara?

Más clara aún era la pena para Margarita. Un instante antes que Alejandro, vio ella a Ramona; y no creyendo que hubiese mal en ello, fuera de la vergüenza de ser hallada con él a

solas,—y se lo iba a decir todo más tarde,—no desasió la mano de Alejandro. ¡Pero nunca podría olvidar ella la mirada de Alejandro, un instante después!: ¿para qué vivía, si habían de mirarla de ese modo? En cuanto él vio a Ramona, toda la sangre del cuerpo pareció subirle al rostro, libró su mano de la de Margarita,—porque fue ella quien le había tomado la suya, no él la de ella,—libró su mano, y la echó lejos de sí, de modo que por poco cae por tierra. ¡Si hubiera sido miedo de la Señorita! ¡Ay, pero Margarita sabía que no era miedo! Como un rayo de luz fue para ella aquella mirada de agonía, rápida, suplicante, avergonzada, reverente, de Alejandro a Ramona. Mejor que Alejandro sabía ya su secreto Margarita. No se paró en su ira a considerar la diferencia entre Ramona y ella, ni entre Ramona y Alejandro. Sus celos los veían a todos iguales. Perdida la cabeza, era insolencia todo en el modo con que dijo: "¿La Señorita me llamaba?". Ramona se volvió a ella prontamente, y la miró de lleno:

—Te vi ir a los almendros, y sabía a lo que ibas. Anoche estuviste en el arroyo con Alejandro. Lo que te quiero decir es que si vuelve a suceder se lo diré a la Señora.

—No veo mal en eso, respondió como con desafío: no sé lo que quiere decir la Señorita.

—Muy bien que lo sabes, replicó Ramona. Ya sabes que la Señora no lo sufre. Cuidado con lo que haces.

Y ambas volvieron, Ramona al colgadizo, y Margarita a sus quehaceres olvidados. Ni en uno ni en otro corazón había más que ira y pena, y más hubieran sido las de Margarita, a oír lo que poco después se decía en el colgadizo.

Repuesto Alejandro de su primer arrebato, logró convencerse pronto de que, como criado de la casa, de la Señora y de la Señorita, era deber suyo explicar a la Señorita por qué le había visto de la mano de su criada. Lo que iba a decir no lo sabía aún; pero no lo acababa de pensar, y ya estaba en camino hacia el colgadizo, donde cosía Ramona cuando no acompañaba a Felipe.

Al verlo venir, Ramona bajó los ojos, muy ocupada en su bordado. Los pasos se detuvieron. Lo sabía sin mirar: Alejandro estaba en los mismos escalones. Pero ella no levantaría la cabeza, y él se iría, por supuesto. ¡No conocía ella ni al indio ni a los enamorados! Al fin, desasosegada con su presencia, alzó la vista, y sorprendió en los ojos de Alejandro, fijos en ella con ahínco durante el largo silencio, una mirada donde todo su amor brillaba recogido, como un cristal recoge los rayos del sol. Ramona, dejando escapar un ligero grito, se puso en pie.

—¿Qué la asusté, Señorita? Perdóneme. ¡He estado esperando aquí tanto tiempo! Quería decirle...—Pero Alejandro descubrió de pronto que no sabía lo que quería decir. Y Ramona, de pronto también, descubrió que ella sí lo sabía. No le hablaba: no hacía más que mirarlo, como quien pregunta.

—Lo que quiero decir es que yo nunca faltaré a mi deber con la Señora, y con Ud.

—Te creo, Alejandro, te creo. No necesitas decir más.

"¡Te creo! Alejandro!". La alegría radiante le inundó el rostro. Él no esperaba tanto. Sintió, más que oyó, que Ramona lo entendía: sintió por la primera vez algo de íntimo entre él y ella. "¡Está bien! Está bien!", e inclinando la cabeza con respeto, se alejó del colgadizo. Margarita, que andaba aún desenredando penas en el cuarto del Padre, oyó la voz de Alejandro, se asomó a la ventana, y percibió lo que acababa de decir, la mirada mansa y profunda con que lo decía, el modo con que Ramona lo escuchaba. Margarita se apretó las dos manos. La semilla acababa de salir a luz. Ramona tenía una enemiga.—"¡Ah, que bueno que ya se fue el Padre! Ya no tengo que confesarme en un año. ¡Mucho puede suceder en un año! "—De veras: ¡mucho!

AMIGOS

La recaída de Felipe duraba más que su primera enfermedad. No sentía dolor, sino una debilidad que casi lo era. Apenas hubo día en que no quisiese oír cantar o tocar a Alejandro, única cosa que parecía levantarlo de aquella postración. A veces, hablando con Alejandro de asuntos de la hacienda, parecía animarse por algunos momentos; pero enseguida, vencido por la fatiga, decía, cerrando los ojos: "Hablaremos luego, Alejandro: voy a dormirme: canta".

Viendo a Felipe tan complacido con el hijo de Pablo Asís, llegó la Señora, ya prendada de su moderación en el hablar, a sentir por él sincero afecto: no había para ella recomendación mayor que ser medido en las acciones y parco de palabras: tenía como parentesco instintivo con todo lo que fuera silencio, misterio y represión en la naturaleza humana: mientras más observaba a Alejandro, más la satisfacía. Juan Can, por su dicha, no sabía los nuevos cariños en que andaba la Señora, y a saberlo, de los dedos de la mano hubiera hecho para Alejandro lanzas: por lo contrario, temeroso siempre del mexicano aquel del baile, no perdía ocasión de alabar al indio en sus pláticas con la Señora.

—De verdad, Señora, le decía, que no sé dónde el mozo ha aprendido tanto con sus pocos años: en todo lo de ovejas, le digo que es un viejo. Y no en ovejas sólo: lo mismo en bueyes. Juan José no ha podido dar con un remedio que él no sepa. Y tan callado, luego. Lo que es como él, serán pocos los indios.

Y la Señora, como sin pensar:

—Sí, pocos: su padre es hombre de razón, y ha criado bien a su hijo.

—Y con las herramientas, no le digo, es como un carpintero: me ha hecho para mi pierna una tablilla, blanda como un guante. Hay que quererlo, Señora, hay que quererlo.

Todo lo cual iba labrando en el ánimo de la Señora, de modo que aquello mismo que Juan quería evitar—que otro tomara en la hacienda su puesto—era lo que a ella a cada paso le ocurría, pensando en Alejandro. ¿No sería bien dejar de capataz a aquel mozo robusto, servicial y activo? Ni pensó siquiera que un indio de su nacimiento y calidad pudiese negarse a entrar a su servicio. Se estudiaría a Alejandro más, y se hablaría a Felipe. Un día, pues, dijo así:

—Felipe, ¡qué bonita voz tiene Alejandro! ¿no crees que lo extrañaremos de veras cuando se vaya?

—Pero él no se va! exclamó Felipe, sobresaltado.

—¡Oh no, no ahora! Él se comprometió a quedarse hasta que Juan curase; pero Juan en seis u ocho semanas ya está bueno. ¡Ay mi hijo! ¡tú te olvidas de este mes de angustia que con tu mal tengo pasado!

—¿Un mes de veras?

—Juan Can me dice que no conoce mozo más dispuesto, y que sabe de bueyes tanto como de ovejas, y de todo como el mejor de los pastores. Y es muy formal y muy respetuoso. Yo no he visto un indio igual.

—Yo sí, madre. Así es Pablo el cacique: hay muchos así: eso nace con ellos.

—No quiero pensar en que Alejandro tenga que irse. Pero ya para entonces estarás tú bueno. ¿Tú no lo extrañarás entonces?

—Sí, mi madre, sí lo extrañaré.—Y dobló la cabeza, como un niño.—Me gusta tener cerca a Alejandro. Doce mozos no valen lo que él. Pero yo no creo que por el dinero del mundo se quede él en una hacienda.

—Y ¿tú piensas de veras en que se quede? dijo la Señora como asombrada. No dudo yo que él se quedaría si tú quisieses. Él pobre es, porque si no, no trabajaría con los esquiladores.

—Tú no entiendes, mi madre: tú no has vivido entre ellos: ellos son tan orgullosos como nosotros: tú no conoces a Pablo: esquilan por dinero como nosotros vendemos la lana por dinero: no veo mucha diferencia. La cuadrilla obedece a Alejandro, y a Pablo todo el pueblo, como a mí me obedecen mis mozos. Y a ellos, más!—dijo Felipe riendo.—Tú no lo entiendes, mi madre; pero yo no creo que Alejandro consintiera en quedarse por ningún dinero.

Con un mohín de desdén decía ciertamente la Señora:

—Por supuesto que no lo entiendo. ¡Vaya unos señorones, para que le hagan ascos a mi casa! Desnudos los encontraron hace cien años, y sin nosotros, todavía andarían desnudos. Esa gente ha nacido para criados. Los Padres eso querían hacer de ellos, cristianos fieles, y buenos trabajadores. Alejandro, es verdad, no es como todos. Pero no sé yo que él se niegue a quedarse si tú le ofreces el mismo salario de Juan Canito.

—Bueno, mi madre, veré. Yo bien lo quisiera, porque le tengo mucho cariño. Veré, mi madre.

Que era todo lo que la Señora se proponía por el momento.

En esta conversación entró Ramona; y al oír que hablaban de Alejandro, se sentó a la ventana, mirando hacia afuera, pero con el oído adentro. El mes, sin que uno ni otro lo notasen, no había pasado en vano entre Alejandro y Ramona. Ella sabía cuándo él estaba cerca. Ella tenía confianza en él. Ella nunca pensaba en que Alejandro era indio, como no pensaba nunca en que era mexicano Felipe. Y un tanto más: puesto que habiendo visto muchas veces juntos a Felipe y Alejandro, tuvo que confesarse, como se lo había confesado antes Margarita, que de los dos, Alejandro era con mucho el más bello. No era que le agradase reconocerlo: pero ¿qué hacer con lo que le declaraban los ojos? "Ojalá—se había dicho muchas veces— que Felipe fuera tan alto y tan fuerte como Alejandro. No sé cómo la Señora no ve que Alejandro es mucho más hermoso que Felip".

Bien vio Felipe que, al afirmar él que no creía a Alejandro Asís dispuesto a quedarse en la hacienda, Ramona abrió los labios, como para decir algo. Pero él, como ella, que más de una vez disgustó a la Señora por mezclarse en sus conversaciones con Felipe, creyó cuerdo esperar a que su madre saliese para saber lo que quiso decir Ramona.

—¿Qué ibas a decir, Ramona?

Ella se sonrojó. ¡Mejor no decirlo!

—Dime, dime: yo sé que tú ibas a decir algo cuando hablamos de que Alejandro no querría quedarse.

Ramona callaba, confusa por primera vez en su vida delante de Felipe.

—¿No te parece bien Alejandro?

—¡Oh, sí! repuso Ramona, no sin ímpetu. No es eso. Me parece muy bien. —Y no decía más.

—¿Y qué es entonces? ¿Dice algo la gente contra que él se quede?

—¡Oh, no, ni una palabra! Todos están en que él se va cuando cure Juan Canito. Pero tú dijiste que creías que él no querría quedarse por ningún dinero.

—Sí, lo dije: y ¿tú no lo crees?

—Yo creo que él querría quedarse, dijo Ramona como dudosa: eso era lo que iba yo a decir.

—¿Y por qué lo crees?

—No sé, respondió ella, ya más vacilante.

Lo dijo, y se arrepentía. Felipe la miraba con curiosidad. Él nunca había visto vacilaciones, ni dudas, ni aquellos miedos de hablar en Ramona. Sin ser sospecha ni celos, porque los

hubiera echado de sí, algo a ellos semejante turbó el pensamiento de Felipe. ¡Imposible, que estuviera él celoso de un esquilador indio! Pero aquello que entró en sus cavilaciones, no salió ya de ellas. Vigilaría a Ramona, le contaría los pasos y las palabras, se cosería a su sombra. Ya eran tres para espiarla: Alejandro, por amor; Margarita, por la ira de sus celos; Felipe, por su amor y por sus dudas: sólo descuidaba observarla la Señora. Y la Señora era muy perspicaz, diestra en sorprender el engaño, y entendida en leer los pensamientos; pero fuera de alimentarla y vestirla conforme al rango de la casa, no se reconocía ella lazo íntimo alguno, ni afecto de madre, ni parentesco de amistad siquiera, con la niña que recibió de brazos de su hermana. "¡No era culpa suya, si no le tenía afecto!". Años atrás la llamó a juicio el Padre: "¿Pero qué más puedo hacer por la criatura? ¿le falta algo?". No, no le faltaba nada. "Pero tú no la quieres, hija". —"No. No la quiero. No puedo. No se manda al cariño"."Es verdad, hija, pero se le cultiva"."Cuando lo hay, Padre. Yo nunca querré a Ramona. La recogí porque Ud. me lo mandó y por sacar a mi hermana de pena: y lo que prometí, lo cumpliré". Mover a aquella alma por donde no quería ir era como hacer volar los montes: lo que el Padre pudo, eso hizo, y fue querer a Ramona con todo el corazón, y más cada año; aunque en eso no había especial merecimiento, porque nunca hubo más noble y afectuosa criatura que aquella pobre niña abandonada.

Para espiarla, ya eran tres. Con más cuidado de ella, acaso no la aguardara tanto mal: ¿pero qué sabía ella de cuidarse, sin más escuela que un año con las monjas, ni más conocimiento que Felipe, su hermano desde los cinco años? Ella, del mundo, conocía la hacienda, la mostaza silvestre, el cielo, los pájaros. Felipe, si quería alegrías, se iba a buscarlas por la vecindad; pero ella, nunca: nunca se había atrevido a solicitar de la Señora que le permitiese acompañarla a donde hubiese querido ir, a Santa Bárbara, a los Ángeles, a Monterrey. Le parecía que acababa de salir del convento. Lo poco que había leído, con placer de la fantasía, no turbó la niñez de su alma; y esa paz de la mente y su benevolencia la mantuvieron feliz en aquella vida triste. De ella había sido el cuidar los pájaros, el atender las flores, el tener siempre en orden la capilla, el ayudar en el quehacer ligero de la casa, el bordar, el cantar, y el rezar mucho, para que estuviese contento el Padre Salvatierra!

Por vías diversas ella y Alejandro se habían visto libres de amor y matrimonio; ella en el sol del colgadizo, él en los paseos tristes del valle; él con la pena grave de su pueblo, ella con la faena de la casa y sus juegos de niña, apacibles y castos como los manantiales.

Alejandro tenía una idea atrevida:—Juan Can, aquel aire del cuarto del Señor Felipe me ahoga: gigantes se morirían en ese aire: ¿se enojará la Señora si le pido que me deje poner al

Señor Felipe en una cama que yo le quiero hacer, en el colgadizo? Mi vida apuesto a que en una semana se levanta".

—Haz pues, haz pues, y pídele luego a la Señora la mitad de la hacienda, que te la da, Alejandro. —Y como la sangre le subió a Alejandro al rostro, de ver que le tomaban su nobleza a interés: —Pero no, tenga, señor, la sangre tan viva: no digo que tú quieras que te paguen el cariño; sino que la Señora te traerá en palmas si le levantas a Felipe. Ella no vive más que por él: y si él muere, no sé yo a quién irá a parar la hacienda.

—¿No será a la Señorita?

Juan Can se echó a reír, con risa mala.

—Con que le dé de la hacienda para pan, dijo, ya le dará mucho la Señora. Si no lo cuentas, Alejandro, yo te diré la historia de la Señorita. Tú sabes que ella no es sangre de Moreno, ni pariente.

—Margarita me ha dicho que es ahijada de la Señora.

—¡Ahijada! Hay algo ahí que yo no he podido saber nunca; porque cuando estuve en Monterrey, no había nadie en la casa de Orteña: pero la Señora Orteña fue quien tuvo a la niña primero, y cuentan quién sabe qué de su mala cuna.

No pudieron los ojos cansados de Juan Can ver en los de Alejandro un relámpago.

—Del entierro de la Señora Orteña volvió la Señora con la niña, y te digo que miraba a la criatura muchas veces como si quisiera verla muerta, lo que era maldad, digo, porque niña mejor, no la vieron los santos. Pero trae mal a una casa la mancha en la sangre, y saber sé, que la madre era india, porque en la capilla se lo oí yo a la Señora, que le decía al Padre: "¡Si fuera blanca de padre y madre!: ¡pero yo odio estos cruzados de indios!".

¡Aún más quieto se estaba Alejandro! Y dijo en voz baja:

—¿Y cómo sabe que era su madre la india?

—¿Que no le veo la cara de Orteña? A aquel bribón, ni para saludarlo lo miraba una mujer decente.

—Pero ¿no era la Señora Orteña la que tenía primero a la Señorita? preguntó Alejandro, ya ahogado el aliento.

—Hay santas en el mundo: aunque si hubiera recogido todo lo que tenía el Señor fuera de casa, ya pudo abrir iglesia.Pero anda un cuento de que se apareció un hombre con la niña en el cuarto de la Señora Orteña; y ella le tomó amor a la criatura desde que se la vio en los brazos. Luego, la trajo acá la Señora, pero ha de ser no más porque quiso picar a Orteña, que si no, no hubiese querido ver la niña viva.

—¿Y la Señora no la ha tratado bien? preguntó Alejandro, con la voz velada.

—¿Qué piensa el mozo, que bajo el techo de la Señora se trata mal a nadie? Como al Señor Felipe mismo han tratado siempre a la Señorita.

—¿Y la Señorita sabe todo eso?

—¡El santo me ampare! Todavía me acordaré después de muerto de lo que me sucedió por hablar de eso cuando ella era criatura. Me oyó, y fue con preguntas a la Señora. "¡Juan Can, vino a decirme la Señora, aquí has estado muchos años; pero si aquí, o lejos, o donde te oiga un pájaro vuelves a decir algo de la Señorita, ese día dejas mi casa!". Alejandro, por los santos, no vayas con el cuento. ¡La cama me da lengua!

—Juan Can puede estar tranquilo. No iré con el cuento. —Y echó a andar despacio.

—Ea! Ea! ¿Y lo de la cama que iba a hacer para el Señor Felipe? ¿Va a ser de cuero?

—De cuero, que da vida. Mi padre Pablo dice que los Padres nunca dormían en otra. La tierra me gusta a mí más: pero mi padre siempre duerme en cuero. ¿No se enojará si le hablo la Señora?

—Mejor dile a Felipe, que es quien manda, ¡cuando ayer todavía lo bailaba yo en las rodillas!: ¡a los viejos, mozo, contra el muro!

¿A dónde iría Alejandro con sus pensamientos? Los entretuvo hablando con Juan Canito:

—No es así en mi pueblo, Juan Can. Mi padre Pablo es de más edad, y todos le obedecen. Hay un viejo en el pueblo que tiene muchos, muchos años más que mi padre: ¡como que puso piedras en la Misión de San Diego!: ya no ve, y es como un niño, pero todos cuidamos de él, como si fuéramos sus hijos: y cuando hay consejo, lo llevamos en brazos, y lo sentamos al lado de mi padre: dice sueños muchas veces, pero mi padre Pablo no deja nunca que lo interrumpan, porque los viejos hablan con el cielo. —Y digo yo, Juan Can, pensando en el Señor Felipe, que no podré hablarle a él, porque no lo veo más que cuando quiere dormir, y voy a cantarle o tocarle. Pero me duele el corazón de verlo allí muriendo, cuando lo que le hace falta es aire y luz.

—Háblale a la Señorita: él ve por sus ojos.

¿Por qué desagradó a Alejandro, que lo oyó sin responder, este consejo de hablar a Ramona de su plan para curar a Felipe? No, no hablaría de eso a Ramona.

—Hablaré a la Señora, dijo. —Y la Señora que venía a ver a Juan, apareció en aquel instante en la puerta. No tuvo a mal lo de la cama de cuero: ella también, cuando joven, oyó contar sus virtudes, y aun durmió alguna vez en ellas.

—Ayer mismo se me quejó Felipe de su cama, una de esas camas traidoras de los americanos, hondas y vanas, que cuestan un mundo, y él compró para mí: y ahora dice que no se siente reposar, y que la cama lo salta y lo vuelca: ¡cosa de los americanos!

—Ahí hay cueros en pila bien curtidos, dijo Juan, y no muy recios. Uno de ésos te vale, porque no ha de estar muy seco.

—El más fresco será el mejor, dijo Alejandro, para que no tenga humedad. ¿Me deja la Señora hacer la cama en el colgadizo, al aire bueno? El aire cerrado mata, mi Señora. Nosotros no nos ponemos en lo oscuro más que para morir.

Vaciló la Señora, que no tenía la fe de Alejandro en el aire libre:

—¿Pero de noche también? No puede ser bueno dormir afuera en la noche.

—Es la vida, Señora. Déjeme tentar: y si mañana el Señor Felipe no está mejor, dígame la Señora mentiroso.

—Mentiroso, no: equivocado.—Aquel que ella creía celo por Felipe avivaba su afecto a Alejandro. "Cuando me muera, se había dicho ya más de una vez, será un consuelo para mí dejarlo con tan buen criado".—Bueno, Alejandro, haz la cama, hazla ahora mismo.

Caía ya el sol por el oeste cuando Ramona, que bordaba a la sombra de las enredaderas, vio venir a Alejandro seguido de dos mozos, cargados con la cama de cuero.

—¿Alguna invención tuya, Alejandro?

—Es una cama para el Señor Felipe, dijo, salvando de un salto los escalones. La Señora me dio licencia de tenderla en el colgadizo, para que el Señor Felipe se esté aquí día y noche. Y verá la Señorita cómo sana. Él no tiene mal, sino ese aire negro que lo ahoga.

—Verdad, Alejandro. Cuando estoy una hora en su cuarto, la cabeza me duele: y aquí se me cura. Pero ¿no le hará daño dormir aquí en la noche?

—¿Por qué, Señorita?

—No sé: así dicen.

—No dice así mi pueblo. Allí, si no hace frío, se duerme al aire libre. Es bueno mirar al cielo de noche, Señorita.

—Sí ha de ser, Alejandro. Nunca he pensado en eso. ¡Me gustaría mirarlo!

Si Alejandro, ocupado ya en acomodar la cama en una esquina abrigada del colgadizo, hubiera alzado en aquel instante la cabeza, la expresión de sus ojos habría sorprendido aún más a Ramona que aquella luz que vio brillar en ellos el día de los almendros. Confusos, precipitados e intensos habían sido durante todo el día los pensamientos de Alejandro. Por todos ellos iban y venían, coloreándolos y encendiéndolos, unas mismas ideas: "La Señorita Ramona está sola. La Señora no la quiere. ¡Sangre india!". En estas palabras hubiera podido él poner todos sus pensamientos; pero no los ponía en palabras. Trabajaba los troncos rústicos para la cama de Felipe, martilleaba, ensamblaba, tendía el cuero liso y firme, clavando y

golpeando con renovada fuerza, como si a su vista se hubieran de repente revelado un mundo nuevo y unos nuevos cielos.

Y cuando oyó decir a Ramona, como con natural arranque del alma: "Sí ha de ser. Nunca he pensado en eso. ¡Me gustaría mirarlo!", aquellos pensamientos revueltos del día, aquel exceso y rebose de su fuerza, se trocaron de súbito a sus ojos en una visión espléndida: el cielo arriba, hablándoles con todas sus estrellas, y los dos, Ramona y él, mirándolo! Pero alzó la cabeza; y sólo dijo: —¡Ya está, Señorita! ¡Bien firme!... Si el Señor Felipe quiere que lo traiga a esta cama, dormirá como desde su mal no ha dormido.

Corrió Ramona a avisar a Felipe.—Ya está lista tu cama en el colgadizo: ¿quieres que Alejandro te lleve?

Felipe la miró con asombro. La Señora volvió a ella los ojos con aquel modo suyo de resignado disgusto que hería más que la cólera a la sensible niña.—Todavía no le he dicho a Felipe, Ramona. Creí que Alejandro me avisaría cuando tuviese la cama pronta. Siento que hayas entrado así. Ya ves que está muy débil.

—¿Pero qué es, qué es? preguntaba Felipe impaciente. Fue imposible contenerlo en cuanto se le dijo:

—¡Eso era lo que yo necesitaba! ¡Esta cama me come los huesos!—Y saludó a Alejandro, que llegó en aquel instante a la puerta, con un: "Dios te bendiga, Alejandro. Ven, ven y llévame. Ya estoy mejor de pensarlo".

Como a un niño lo levantó Alejandro en sus brazos: ¡ni aquel cuerpo, consumido por la fiebre, era carga pesada para brazos tales!

Ramona, ofendida y triste, iba delante, cargando las almohadas y frazadas; y no bien con tierno esmero comenzó a tenderlas, se las quitó de las manos la Señora: "Yo tenderé la cama".

Así era todos los días, sin que Ramona dejase conocer la herida; pero en aquél, la ofensa la halló inquieta, y si al primer desaire lo contuvo, al segundo, alejándose rápidamente, se le saltó el llanto. Alejandro lo vio: lo vio Felipe. Felipe, habituado a aquellas durezas de su madre con Ramona se dijo sólo: "¡Qué pena que mi madre no la quiera!". Pero Alejandro temblaba de tal modo al poner a Felipe en la cama, que éste, casi con susto, le dijo sonriendo:—¿Todavía peso tanto, Alejandro?

—No es su peso, Señor Felipe,—le respondió, temblando todavía, y siguiendo con la mirada a Ramona.

Bien lo vio Felipe. Las miradas de ambos se encontraron. Alejandro bajó la suya. Felipe no apartó la suya de Alejandro.

—¿Te sientes bien, hijo? preguntó la Señora, que nada había notado.

—Es el primer momento en que me siento bien, mi madre. Alejandro, quédate: quiero hablarte después de que repose.

—Sí, señor. —Y se sentó en los escalones.

—Si te vas a quedar, Alejandro, dijo la Señora, iré a un quehacer allá adentro. Contigo tengo a Felipe seguro. ¿Estarás hasta que yo vuelva?

—Sí, señora, respondió Alejandro, con la misma frialdad con que la Señora habló a Ramona.

Ya no se sentía en el alma criado de la Señora Moreno: antes meditaba en aquel mismo instante el modo de salir de la hacienda sin aguardar al plazo prometido.

Tanto tardó Felipe en abrir los ojos, que Alejandro creyó que dormía, cuando en realidad le estaba estudiando el rostro. Lo llamó al fin, y Alejandro fue a él, sin saber qué vendría de sus labios, seguro de que Felipe le había leído en el alma, y preparado a todo.

—Mi madre me ha hablado de que te quedes con nosotros para siempre. El pobre Juan está muy viejo, y ya no podrá andar sino con muletas. ¿Querrías tú tomar el puesto de Juan?—Y al hablar así, escudriñaba Felipe el rostro de Alejandro, donde, entre expresiones rápidas y varias, predominaba la de la sorpresa. —Ya le dije yo a mi madre que tú no pensabas en eso, y que te habías quedado con nosotros porque nos veías en pena.

Alejandro inclinó la cabeza agradecido. Le fue grata aquella justicia de Felipe.

—Así ha sido, señor: el Padre Salvatierra sabe que no me quedé por el salario. Pero mi padre y yo necesitamos trabajar en todo, porque nuestra gente está muy pobre, señor. Si mi padre quiere que me quede, me quedaré.

—¿Y si él quiere?

—Si él quiere, respondió Alejandro, mirando a Felipe con noble firmeza, si el Señor Felipe está seguro de que me quiere tener, será para mí un gusto ayudarlo.

¡Y hacía sólo unos pocos momentos que Alejandro revolvía en la mente el modo de salir antes de tiempo del servicio de la Señora Moreno! Pero no era capricho, sino impulso del deseo apasionado de vivir cerca de Ramona, y dulce gratitud al comprender que Felipe era su amigo. No se engañaba Alejandro.

La Mala Semilla

Cuando volvió la Señora, Felipe dormía. Alejandro, que estaba a los pies de la cama, cruzado de brazos, sintió de nuevo, al tener cerca a la anciana, el arrebato de odio que se apoderó de él al oírla hablar con crueldad a Ramona. Bajó los ojos, y esperó a que lo despidiera.

—Ya puedes irte, Alejandro: yo estaré aquí: pero ¿de veras crees que no le hará mal dormir aquí esta noche?

—Se curará en pocas noches, dijo sin alzar los ojos, y volviéndose como para irse.—Espérate. —Se esperó.—Pero no se puede quedar aquí solo por la noche, Alejandro.

Ya lo tenía pensado él, y mucho, porque si dormía en el colgadizo con Felipe ¡dormiría también bajo la ventana de Ramona!

—No, señora: yo había pensado quedarme con él, si la Señora quiere.

Ramona, que sólo para Felipe había notado ternura en la voz de la anciana, se hubiera sorprendido de aquellas "Gracias" expresivas que dio a Alejandro:—Gracias: eres muy bueno: te prepararán aquí una cama.

—¡Oh, no!: en cama yo no podría dormir: con un cuero como el del Señor Felipe y una frazada, tengo.

"De veras, se dijo la Señora Moreno: le hace olvidar a uno que es indio".—Pero el piso no es como la tierra, Alejandro.

—¡Todo uno, Señora!: y esta noche no duermo, por si hay viento o el Señor me llama.

—Yo lo velaré hasta la medianoche, para irme más tranquila.

Era la noche un bálsamo, y tan quieta como si no hubiera vivos en la tierra virgen. Daba sobre el jardín la luna llena, y sobre el frente blanco de la capilla, oculta entre los árboles. Ramona, desde su ventana, veía a Alejandro paseándose por la vereda. Antes le vio tender su cuero junto a la cama de Felipe, y a la Señora sentarse a velar en una de las anchas sillas de talla. Le maravillaba que los dos velasen, que la Señora nunca le hubiera permitido velar a Felipe.

"A nadie le sirvo", se decía con tristeza. Ni se atrevió a preguntar lo dispuesto para aquella noche. En la cena le habló la Señora con la misma frialdad y reserva que la tenían siempre amedrentada y muda. Ni un instante pudo ver a Felipe a solas en el día. Margarita, que en otros tiempos ¡tiempos muy lejanos! la consoló más de lo que Ramona entonces imaginaba; Margarita, ahora áspera y hostil, parecía huir de intento su presencia, y la miraba de manera que la hacía temblar: "Me odia: me odia desde aquella mañana".

Había sido aquél un día muy largo y triste para Ramona: y al ver desde su asiento en la ventana, apoyada la frente en el postigo, a Alejandro paseándose por el jardín, sintió por la primera vez, sin resistirlo ni ocultárselo, placer de que la amase. Mas, no: no era su mente ingenua como la de Margarita, desenvuelta en el trato libre de los hombres; pero allí en su ventana, mirando al jardín iluminado por la luna, sintió tierna y sincera alegría porque Alejandro la amaba.

La luna se había ya escondido, y el jardín, la capilla, los árboles, las enredaderas, estaban envueltos en oscuridad impenetrable, cuando se despertó Ramona, se sentó en la cama, y escuchó: por la ventana abierta se oía en el silencio la respiración tranquila de Felipe. Se levantó, fue a la ventana, y entreabrió las cortinas, todo calladamente, mas no tanto que engañara el oído de Alejandro cuidadoso, que saltó sobre sus pies, vuelto hacia la ventana de Ramona.

—Aquí estoy, Señorita, dijo muy bajo. ¿Quiere algo?

—¿Ha dormido así toda la noche? dijo ella, tan bajo como él.

—Sí, Señorita: ni se ha movido.

—¡Qué bueno, qué bueno!

Y no se apartó de la ventana. Quería hablar otra vez a Alejandro, quería oírle hablar otra vez, pero el pensamiento no venía en su ayuda: y, enojada consigo, suspiró ligeramente.

Alejandro dio un paso hacia la ventana:—¡Los santos la bendigan, Señorita! dijo con toda el alma.

—Gracias, Alejandro, murmuró Ramona, y volvió a su cama, aunque no al sueño. Ya no faltaba mucho para el alba, y a su primer claror, oyó Ramona a la Señora, que abría su ventana. "¡Oh, no irá a cantar ahora!" se dijo, temerosa de que el canto despertara a Felipe. No cantó: cambió con Alejandro algunas palabras en voz baja. "La Virgen, pensó Ramona, no ha de agradecer un canto que pueda hacer mal a Felipe: yo le rezaré una oración para que no se enoje": y puesta de rodillas a la cabecera de su cama, comenzó en voz queda su rezo. Pero aquel que velaba en el colgadizo hubiera oído volar el pensamiento en el cuarto de Ramona. Al susurro, volvió a ponerse en pie, sin apartar de la ventana los ojos: y en la luz de madrugada se dibujaba su arrogante cuerpo. Más que lo vio, lo sintió Ramona, e interrumpió la oración. Alejandro estaba seguro de haberla oído.

—¿Habló la Señorita? dijo en un murmullo, casi junto el rostro a la cortina.

Asustada Ramona, dejó caer el rosario.

—No, no, Alejandro: no hablé.—Y sin saber por qué, se estremeció. El ruido de las cuentas al caer explicó a Alejandro el rumor.

—Estaba rezando,—se dijo avergonzado.—Perdóneme, Señorita: pensé que llamaba.—Atravesó el colgadizo, y se sentó en la baranda: dormir, ya no podía. Ramona, arrodillada aún, lo veía a través de la cortina transparente por donde entraba el alba. Desatendida de todo, allí se estaba de rodillas, mirándolo; El rosario, olvidado, yacía a sus pies. Ramona aquel día no acabó su rezo, pero su corazón, henchido de agradecimiento y júbilo, entonó a la Virgen una plegaria más ardiente y bella que cuantas enseña libro alguno.

Había salido el sol, y los canarios, pinzones y pardillos lo saludaban con trinos y vuelos, cuando Felipe no abría aún los ojos. La Señora, impaciente, estuvo dos veces en el colgadizo a ver si despertaba. Ramona, andando de puntillas, sin saludar a Alejandro más que con una rápida sonrisa, llegó hasta la cama de Felipe, y se inclinó a verlo dormir, sujetando el aliento.

—¿Pero debe dormir tanto? preguntó.

—Hasta el mediodía tal vez, y cuando despierte, le saldrá la salud a los ojos.

Y así fue. Felipe, se despertó riendo de gozo, el gozo de la luz, del aire vivo, de los canarios, de las enredaderas. Y viendo a Alejandro en los escalones le dijo en voz más alta que la que se le había oído hasta entonces:—¡Alejandro, eres un gran médico! Ese verdugo de Ventura, con todo su saber, me entierra: tú me has sacado del otro mundo. ¡El almuerzo, Alejandro! ¡Trae de cuanto haya en la cocina!

Cuando la Señora vio a su hijo sentado en la cama, clara la mirada, fresco el color, regalándose en el almuerzo, se detuvo, inmóvil como una estatua; con sollozos en la voz se volvió a Alejandro para decirle "¡Dios te lo pague!"; y entró bruscamente en su cuarto: cuando salió de él, por aquellos ojos habían pasado lágrimas. Todo lo hizo aquel día con inconcebible dulzura. Hasta a Ramona le habló bondadosamente. Se sentía como resucitada.

Empezó entonces para todos una nueva vida. La cama de Felipe en el colgadizo era el término de constantes peregrinaciones: la hacienda entera venía allí, a ver al Señor Felipe desde el jardín, a desearle salud al Señor Felipe. El primer paseo solemne de Juan Can, ayudado de las recias muletas que Alejandro le hizo de madera de manzanita, allí fue, a ver al Señor, "a echar con él su plática". Allí, en la silla de talla, con aquel sacerdotal pañuelo de seda negro ceñido a las sienes, pasaba hora sobre hora la Señora, sin apartar los ojos de Felipe más que para volverlos al cielo. Ramona vivía allí también, con su bordado o su libro, sentada sobre un cojín en una esquina del colgadizo, o a los pies de la cama de Felipe, pero siempre de modo que lo pudiera ver sin tropezar de lleno con los ojos en la silla de la Señora, aun cuando no estuviese allí ella. Lo cual nadie notaba.

Allí también venía Alejandro muchas veces al día, unas por su voluntad, y porque lo llamaban otras. Cuando tocaba o cantaba era su asiento el escalón más alto de los que llevaban al jardín. También tenía él su secreto, suyo sólo, sobre el lugar de sentarse, el cual siempre era, cuando Ramona estaba allí, aquel donde se la pudiese ver mejor. Pero el secreto no era sólo suyo, sino que Felipe lo sabía: Felipe, a quien en aquellos días nada se ocultaba. Si la tierra se hubiese abierto a sus pies, no habría causado más asombro a aquel grupo apacible, a la Señora, a Ramona, a Alejandro, que el conocimiento súbito de lo que en aquellos días, mirándolos alegremente desde su cama de convalecer, meditaba Felipe.

Acaso, si lo hubiese sorprendido en plena salud, la novedad de aquel amor de Alejandro, y de que Ramona pudiera pagárselo, lo hubiera llenado de celos. ¡Para otro, no para él, aquella que desde niño quería él para sí! Pero la existencia de aquel amor se reveló a él cuando, postrado y débil, apenas pensaba ya más que en morir, en que le era imposible recobrar su antigua fuerza, en lo que iba a ser entonces de la pobre Ramona. Bien sabía él que, después de su muerte, aquel corazón solo no podría vivir al lado de su madre; de su madre, adorada por él, pero implacable para Ramona.

Y con la debilidad se le afinaba el juicio. Ya Ramona no era para él un misterio; ya no se preguntaba la razón de aquellas miradas tenaces y curiosas; ya sabía que le estaba diciendo con ellas que como hermana toda el alma era para él, pero no más que como hermana!

¿Cómo, se decía, esto no me da más pena? Era una tristeza dulce, y como una ternura de luto por ella. ¡Sí, sería porque él se iba a morir! Y discernió entonces en su amor como un nuevo elemento, como el retorno suave a aquel cariño fraternal con que la quiso cuando ambos eran niños, y después se volvió fuego en su alma. Sintió Felipe extraña paz cuando tuvo aclarados aquellos pensamientos dolorosos. Acaso le auxiliaron en aquella abnegación, sin darse cuenta de ello, las razones medrosas de quien se siente con pocas fuerzas para una lucha formidable; acaso temió la cólera de su madre más de lo que se confesaba; acaso le había mortificado a veces vivamente el infeliz origen de Ramona. Pero ya todo aquello era pasado: Ramona era su hermana: él era su hermano: ¿qué sería lo mejor para Alejandro y para ella? Mucho antes de que el indio y la huérfana soñasen en que podrían unir sus vidas, ya Felipe había pasado levantando castillos sendas horas. Por primera vez estaba a oscuras sobre lo que haría su madre. Por la felicidad de Ramona, nada, bien lo sabía él: ¡bien podía la infeliz dejar la hacienda de la mano de un mendigo, que a su madre no se le movería el corazón! Pero Ramona era la hija adoptiva de la Señora Orteña, llevaba el nombre de Orteña, se había criado en la casa como la ahijada de la Señora. ¿Y le permitiría casarse con un indio?

Mientras más lo pensaba, lo dudaba más; y mientras más observaba, más cerca veía el riesgo. Urdía, allá en su activa imaginación, plan sobre plan, para precaver el conflicto, para preparar a su madre; pero la voluntad iba en él más despacio que el cariño: con la debilidad se aumentaba su natural indolencia: corrían los días: le era grato vivir en aquella paz blanda, entre los pájaros alegres, al aire lleno de aroma, a la media luz de las enredaderas. Ramona apenas se apartaba de él. A su madre nunca la había visto menos triste. También estaba allí Alejandro, pronto a cualquier servicio, en el campo o en la casa: su música era un deleite, su fuerza y fidelidad un motivo de reposo, su presencia siempre grata. "¡Si a mi madre le ocurriese que lo

mejor, en fin de cuentas, sería casarlos a los dos, y dejar a Alejandro en la hacienda![23] ¡quién sabe si se le ocurre para cuando acabe el verano!".

Y el verano delicioso, lánguido, casi tropical, se cernía sobre el valle. Los albaricoques eran ya oro: relucían los duraznos: las uvas, duras y repletas, colgaban en espesos racimos cual esmeraldas opacas, de los frondosos emparrados. Amarilleaba el jardín, y se habían caído ya todas las rosas; pero había flor en el naranjo, en los claveles, en las amapolas, en los lirios, en los tiestos de geranio, en los canteros de almizcle: poseía la Señora como poder de maga para tener en flor el almizcle todo el año: gustaban de él los colibríes, las mariposas y las abejas: henchía él el aire. El colgadizo estaba más tranquilo hacia el mediar de la estación: los pardillos habían anidado, y los canarios y pinzones, y la Señora se pasaba los días alimentando a las madres en los nidos. Tan tupidas estaban las enredaderas que no hacía falta ya para amparar a Felipe del sol la manta de alegres colores que Alejandro prendió los primeros días frente a la cama. ¿Cómo contar el tiempo en aquel recodo venturoso? "Mañana, se decía Felipe, le hablaré a mi madre". Y todos los días se decía: "Mañana".

Pero el colgadizo tenía otro vigilante en quien no pensaba Felipe. Jamás iba Margarita de un lado a otro sin observar dónde estaba Ramona, dónde Alejandro. Esperaba su hora. Cómo se vengaría, no lo sabía aún bien: fuera de este o aquel modo, estaba segura de que había de ser. Cuando, como sucedió a menudo, veía al grupo del colgadizo suspenso del violín o el canto de Alejandro, y a Alejandro mismo tan bien hallado y suelto en la compañía de los señores como si hubiese pasado entre ellos la vida, le rebosaba a Margarita la cólera. "¿Como uno de tantos, pues? ¡Lo mismo que un señor! ¿No es novedad que el capataz se pase las horas con los dueños, y se siente delante de ellos, como una visita de la casa? ¡Vamos a ver, vamos a ver lo que sucede!". Y no sabía si odiaba más a Alejandro o a Ramona.

Desde aquella mañana de la plática bajo los olivos no había hablado a Alejandro, y, en vez de solicitarla, esquivaba su presencia, lo que causó al principio pena al mozo. En cuanto se aseguró de que Ramona no pensaba mal de él, no supo cómo hacerse perdonar por Margarita la rudeza con que la apartó de sí y sacó de la suya la mano que le tuvo primero abandonada. Pero la que sufría de amor celoso no quería saber de excusas ni generosidades. "¡Que se vaya, que se vaya con su Señorita!". E imitaba con amarga burla el tono en que había dicho "¡Señorita!" Alejandro. "Los tontos no más no ven que ella está que se muere por el indio. Si esto sigue, ella misma se le brinda. Conque "¿no está bien hablar así de los mozos, Margarita?". Lo que es ahora no me lo volverá a decir. ¿Y para qué lo ha de querer, sino para volverlo loco?". La verdad es que nunca pensó ella que entre Ramona y Alejandro se llegase a bodas: a su juicio,

23 Se añade signo de admiración.

aquello sería a lo más un amorío, un noviazgo oculto, como lo que ella misma había tenido más de una vez con los pastores. ¡Pero nunca boda!

Margarita, como un fantasma, siempre aparecía, ojeando de cerca o de lejos, por donde Ramona y Alejandro estuviesen. "Tú ves con toda la cabeza", le decía su madre. Estaba a la vez aquí, allá, por todas partes. Y con la espuela de la pasión, cobró mayor viveza aquel natural suyo. Fácil como era el espionaje en la casa ancha y abierta, sólo los celos podían tener informada a Margarita de lo que, con toda su vigilancia, había escapado a los ojos cuidadosos del mismo Felipe.

—En los primeros días, mucho contó a Felipe la ingenua Ramona. Le contó cómo, al verla Alejandro rociando unos helechos mortecinos que tenía de adorno en el altar, le dijo: "No los rocíe la Señorita, que están muertos: yo le traeré otros": y a la mañana siguiente encontró Ramona junto a la puerta de la capilla un haz de helechos maravillosos y gigantes,—la pluma de avestruz, tamaña como un hombre, el cabello de doncella, ligero y plumoso, y el helecho de oro y el de plata, dos veces más altos de los que ella había visto jamás. Los puso en lindos jarrones alrededor de los candelabros, y nunca le pareció la capilla tan hermosa.

Alejandro fue también quien recogió en el cantero de alcachofas, las pocas semillas que dejó enteras el ganado, y trajo una a Ramona, preguntándole con timidez si no le parecía más bella que las flores de papel pintado. "En Temecula hacemos con ellas coronas". Por supuesto que no había flor de papel que pudiera compararse a aquellos blandos discos de hebras unidas y sedosas, con su aureola de púas, suaves como el raso, y de un amable color de crema. ¡Cosa más rara que no se hubiera fijado nadie hasta entonces en aquella hermosura! Y Ramona hizo una corona para el Señor San José, y un ramo para la mano derecha de la Virgen María, tan lindo todo que cuando lo vio la Señora creyó que eran flores de raso y de seda.

Y Alejandro le había traído bonitas cestas de las que hacen a mano las indias de Pala, y una de los Tulares, más fina que todas, tejida alrededor en fajas encarnadas y amarillas, y con plumas vistosas mezcladas con la palma.

Y una taza de piedra le trajo también Alejandro, de un negro brillante que parecía esmaltado, una taza que compró para él un amigo en la isla Catalina. Casi no hubo días de las primeras semanas en que Alejandro no diera nuevas pruebas de su previsión y excelente voluntad. A cada paso tenía Ramona que contar algo que le había oído a Alejandro: cuentos de las Misiones que sabía por su padre, historias de los santos y de los misioneros fundadores, más divinos que humanos: del Padre Junípero, que se quemaba las carnes y se daba con una piedra sobre el pecho, exhortando a los indios a despreciar el dolor y poner la esperanza en la eternidad y su justicia: del Padre Crespi, el amigo de Junípero, que contó su bondad, sus

jornadas heroicas, sus llantos cuando se le escapaba un bautizante, su gloriosa muerte. Con sus propios ojos había visto el abuelo de Alejandro los milagros que hizo el Padre Crespi, como aquel del pocillo donde el Padre tomaba chocolate, que iba siempre en su caja muy guardado, como único lujo del piadoso varón, y un día apareció roto, con espanto de todos: "No os aflijáis, hijos, no os aflijáis, que yo lo enmendaré": y tomó con sus manos ambos pedazos, los apretó mientras rezaba una oración, y allí quedó el pocillo tan campante, sin que se le conociese en todo el viaje la juntura.

Pero de sí propia, no hablaba sobre Alejandro,[24] Ramona. A lo que solía preguntarle de él con maña Felipe, respondía poco, y mudaba de asunto. Raras veces fijaba en él los ojos. Cuando Alejandro hablaba con los demás, tenía ella siempre los ojos bajos: si le hablaba a ella, los alzaba un instante vivamente, y los dejaba caer enseguida sobre su costura. Todo lo cual, lo mismo que Felipe, observó y entendió Alejandro que ya sabía de cuán distinto modo miraban aquellos ojos en los breves momentos en que podían fijarse en los suyos sin testigos. Aunque de un testigo jamás se pudieron librar: de Margarita.

Más de una vez sucedió que Alejandro se encontrase con Ramona allá en el arroyo, debajo de los sauces, donde corría el agua ligera. La primer vez, fue casualidad: después no lo fue nunca, porque Alejandro volvía allí con la esperanza de encontrarla. Y si Ramona no se confesaba que iba al arroyo por verlo, ya sabía tal vez que guiaba sus pasos el recuerdo de que allí lo había visto. Era un grato rincón, fresco y con sombra, aun al mediodía, y con el agua clara llena de dulce música. Solía Ramona ir allí por las mañanas a lavar un encaje o un pañuelo, y con trabajo reprimía Alejandro el deseo de acercarse a ella. Surgía entonces ante él, cada vez con gloria nueva, aquella visión de la tarde dotada en que la vio primero, en tal beldad que le pareció apenas mortal criatura. Como a santa la miraba siempre, pero ya sabía él que era una santa viva! Allí volvió Alejandro noche sobre noche, y tendido en la yerba, hundía la mano en el agua del arroyo, y jugaba con ella como en sueños, diciéndose, con pensamientos parecidos a sonrisas: "¿Dónde habrán ido las gotas que tocó ella con sus manos? ¡Esas gotas no se juntarán nunca con las del mar! Yo quiero a esta agua”.

Allí lo había visto tendido Margarita, que por instinto adivinó aquella contemplación, sin entender su poética delicadeza: "¡Ahí se está, pues, esperando a que su Señorita venga a verlo! ¡Lindo lugar, el lavadero, para que una señora le dé cita a su novio! ¡Arroyo es, pero con el agua de él no me lava sus culpas la Señorita, el día que la encuentre allí coqueteando con el indio la Señora! Con que le suceda eso, me muero contenta!". Y habría de suceder, porque debajo de los sauces era precisamente donde se veían con más frecuencia Ramona y Alejandro,

24 Se añade coma.

cada vez por más tiempo, cada vez costándoles más el despedirse, según observaba Margarita con satisfacción maligna. Ya muchas tardes, al acercarse la hora de comer, Margarita comenzaba a dar vueltas, con un ojo en el jardín, por cerca de la Señora, como tentándola a que la mandase llamar a Ramona a la mesa. "¡Ah!, si pudiese yo ponérmeles delante de repente, y decirle como ella me dijo: “¡La llaman en la casa!”. Y que yo lo diré de modo que lo sientan como una bofetada. ¡Y será! ¡Ya va a ser! ¡En una de estas pláticas me les aparezco no más! ¡Ya me llega la hora!".

NOCHE AMARGA

Llegó la hora, más cruel que la que Margarita preparaba, pero no por su mano, sino por las mismas de la Señora Moreno.

En cuanto estuvo Felipe más fuerte, y capaz de andar sin ayuda por el jardín y la casa, volvió la Señora a su antigua costumbre de darse por la hacienda largos paseos: "Ni una hebra de yerba se le pasa", decían los mozos. Ahora la llevaba además el pensamiento de ver si podía vender a los Ortega un recodo de pastos lindante con el de ellos, en cuya compra parecían muy interesados. Estaba el pastal más lejos de lo que la Señora calculó, y en el viaje y la vista voló el tiempo; de modo que era ya puesta de sol cuando volviendo de prisa, dejó el camino real para entrarse por el paso donde Ramona encontró al Padre Salvatierra. Ya la mostaza no tupía el camino como antes, cuando rompía en flor la primavera, sino que estaba seca y enjuta, y pisoteada que era un dolor por el ganado. Cuando llegó a los sauces, tan oscuro era ya que apenas veía: sus pasos, siempre ligeros, no resonaban sobre la senda blanda; de pronto se vio cara a cara con un hombre y una mujer, allí, ante sus ojos, abrazados. Se detuvo, echó el pie atrás, dio un grito de sorpresa; y conoció a los que, mudos de terror, desapartados ya los brazos trémulos, la miraban con espanto.

—Señora... —empezó a decir Ramona, a quien el miedo por Alejandro devolvía las palabras.

—¡Cállate, indigna criatura! ¡No te atrevas a hablarme! ¡Vete a tu cuarto!

No se movió Ramona.

—¡Y tú—,continuó la Señora, volviéndose a Alejandro, tú... —"ahora mismo sales de mi servicio" iba a decir; pero dominándose a tiempo, sólo dijo:—...tú le responderás de esto al Señor Felipe! ¡Fuera de mi vista—!Y arrebatada, una vez al fin, por la cólera, dio con el pie en el suelo.—¡Fuera de mi vista, digo!

Alejandro tampoco se movía, sino para preguntar con los ojos a Ramona. Haría, lo que quisiera ella que hiciese.

—Ve, Alejandro, dijo Ramona serenamente, mirando a la Señora sin miedo en plena cara. Desde que oyó "Ve", se echó a andar.

Pero aquella calma de Ramona, aquel esperar de Alejandro por otra orden que no era la suya antes de moverse de su sitio, encendieron a la Señora Moreno en ciega ira. Y al abrir Ramona los labios otra vez, al decir "Señora", sin meditar en su acto vergonzoso le dio una bofetada en la boca.

—¡No me hables!—le gritó; y sujetándola por el brazo, más la empujó que la arrastró por el sendero del jardín.

—Señora, me lastima, le dijo Ramona, con la voz aún serena. No necesita sujetarme. Yo iré con usted. No tengo miedo.

¿Era aquélla Ramona? La anciana, ya abochornada, le soltó el brazo, y le miró de lleno el rostro, donde aun en lo oscuro de la tarde se podía leer una suprema paz, y una resolución poco creíble en tan sumisa criatura. "¡Bribona, hipócrita! ¿Qué quiere decir esto?" pensaba la anciana, débil aún de la ira: y le volvió a asir el brazo. Así, como a una prisionera, la llevó hasta su cuarto, el cuarto donde en aquella noche de prueba para Felipe oró por él, y se le cayó el rosario al suelo: cerró la puerta con violencia, y corrió por fuera la llave.

Todo lo había visto Margarita. ¿Cómo habían de tener cita en los sauces sin que ella lo supiera? Pasó la tarde impaciente y ansiosa. ¡Aquella Señora, que no acababa de llegar! Más de una vez, con interés fingido, preguntó a Felipe si no quería que pusiese la cena para él y la Señorita. "No: hasta que mi madre vuelva", le respondió Felipe que sabía dónde era la cita aquella vez. Él no esperaba a su madre hasta tarde; pero no pensó que pudiera venir por el paso del arroyo, que a pensarlo, habría hallado modo de llamar a Ramona.

Cuando Margarita vio a la pobre niña empujada adentro de su cuarto por la Señora, pálida y temblorosa; cuando vio a la Señora correr la llave, sacarla de la cerradura, dejarla caer en su bolsillo, se cubrió la cabeza con el delantal, y corrió hacia el colgadizo del fondo, oprimida como por un remordimiento. Recordó en un instante todos los cariños de Ramona para ella, las veces que la libró de regaños y castigos, el encaje del altar, cosido y lavado por sus manos: "¡Virgen Santa, qué le van a hacer ahora!". No había ella previsto desenlace semejante: que lo supiesen, que la avergonzasen, que pusieran fin a sus amoríos con Alejandro, pero ¡ay, aquello no! ¡si parecía que la Señora iba a matar a Ramona! "Que la odia en su corazón lo sé yo; pero matarla de hambre no la matará, porque aquí estoy yo, que no la dejaré. ¿Qué vería la Señora que se ha enojado así?». Y los celos vencían la generosidad. "¡Lo que merece, pues, no más que lo que merece, por quitarles a las mozas la proporción de Alejandro, que es un mozo honrado!".

Y la Señora con su cultura, y con su ignorancia Margarita, incapaces ambas por su enemistad de imaginar la belleza de aquel cariño, creían firmemente que entre Ramona y Alejandro no había más que un desvergonzado enredo.

Quiso la mala fortuna, aunque no fue mala acaso, que Felipe viera también lo que pasaba en el jardín. Oyó voces, miró por la ventana, y dudando de sus propios sentidos, vio como venía su madre empujando a Ramona por el brazo, vio el rostro de Ramona, pálido y singularmente sereno, vio el de su madre, descompuesto por la furia. "Necio de mí", se dijo, dándose una palmada en la frente, "que he dado tiempo a que la sorprenda: ahora jamás la perdonará, jamás!". Y se echó de bruces sobre la cama, pensando en lo que podría hacer. De pronto oyó a su madre que lo llamaba, con voz aún alterada; pero no respondió, seguro de que vendría a buscarlo al cuarto.

—¿Qué? ¿que te sientes mal, Felipe? le dijo al verlo acostado, yendo hacia él apresuradamente.

—No, mi madre: un poco cansado me siento esta noche.—Y cuando ella se inclinaba sobre él, alarmada y ansiosa, le echó Felipe los brazos por el cuello, y la besó con ternura: "¡Ay, mi madre!, le dijo amorosamente: ¿qué haría yo sin ti?". No calma más pronto el aceite las aguas agitadas que aquellos besos el inquieto corazón de la Señora: ¿qué le importaba lo demás, si vivía para quererla aquel idolatrado hijo? Mañana, mañana, le hablaría de ese bochornoso asunto de Alejandro. Le mandaría al cuarto la cena para que no echase a Ramona tan de menos. "No te levantes, no: yo te mandaré la cena". Le dio un beso, y salió para el comedor, donde aguardaba, pronta a servir la mesa, Margarita, tratando en vano de aparecer como si nada se le alcanzase de lo sucedido. ¿Pero es ésta la misma Señora que acaba de encerrar a la Señorita, temblando de rabia? ¿Qué le pasa, que viene ahora a decirle suavemente?:[25] "Llévale al Señor Felipe la cena a su cuarto: está cansado: no va a levantarse". Margarita la miraba inmóvil, con la boca abierta.

—¿Qué miras, muchacha? dijo la Señora con tal tono que la criada dio un salto.

—Yo nada, yo nada, Señora. ¿Y la Señorita no viene a la cena? ¿La llamo?

La miró la anciana de pies a cabeza. ¿Habrá visto? ¿De dónde pudo ver? La Señora volvió a sus sentidos: mientras Ramona estuviera bajo su techo, tratárala ella como la tratase, ningún criado habría de mirarla sin respeto.[26]

—La Señorita no está bien,—dijo fríamente.—Está en su cuarto. Yo le llevaré luego de cenar, si quiere. No vayas a molestarla.—Y volvió al cuarto de Felipe.

---

25 Se añade signo de interrogación.
26 En la edición príncipe: «respecto».

"Poco apetito", se decía Margarita regocijada levantando la mesa, "poco apetito va a tener mi Señorita; y el Señor Alejandro tampoco tendrá mucho: quiero yo ver qué se hace ahora el Señor Alejandro".

Lo cual no pudo ver; porque Alejandro no apareció en toda aquella noche por la cocina. Ya había cenado el último peón, y él no daba cuenta de sí. En vano se echó a buscarlo Margarita, que conocía bien sus lugares preferidos. Una vez pasó rozando junto a su escondite, que era el recodo de geranios que había a la puerta de la capilla: desde allí, sentado sobre el suelo, hincada entre las rodillas la barba, vigilaba Alejandro el cuarto de Ramona: allí decidió quedarse toda la noche: si Ramona necesitaba de él, por la ventana de su cuarto podría llamarlo, o por el jardín bajaría al arroyo: de todos modos, de allí la vería.

En tumulto se sucedían en su pecho el ansia mortal y el gozo loco. Ramona lo quería: se lo había dicho: le había dicho que se iría con él sin miedo, que sería su esposa: acababa de decírselo, en aquel infeliz instante en que apareció ante ellos la Señora. ¿Qué no sería capaz de hacer la Señora? ¿Por qué, por qué los miró a los dos con aquel desprecio odioso? Si ella sabía que era india la madre de Ramona ¿por qué extrañaba tanto que se casase con un indio? No le ocurría que la Señora pudiese pensar nada más por haberlos visto uno en brazos de otro. Pero él ¿qué iba a darle a Ramona? ¿Podría ella vivir como vivía él, como vivían las mujeres de Temecula? Tendría que salir de su pueblo, ir a las ciudades, hacer cosas nuevas y desconocidas, ganar más para ella. ¡Ramona en miseria!: aquel miedo le envenenaba todo el júbilo. Él no había pensado en estas dificultades: dejó que los poseyese aquel amor profundo y doloroso, y soñaba, y esperaba, más como nube que como pensamiento fijo. Y ahora cambiaba todo en un instante: había hablado ella, había hablado él, de esos decires no se vuelve atrás un hombre, él la tuvo en sus brazos, él la sintió reclinada sobre su hombro, él le dio un beso! Sí, él, Alejandro, había dado un beso a la Señorita Ramona, y ella no lo tuvo a mal, y lo besó una vez en la boca, como niña ninguna besa a un hombre sino para decirle que le da toda su vida, ¡su vida a él, a Alejandro! No era maravilla que su cerebro hirviese y vacilase, allí oculto en la sombra, sobrecogido, desamparado, medroso, privado de su amor en el instante de su primer beso, echado del suelo que pisaba su amada por aquel que tenía derecho a echarlo! ¡Ah, Felipe, es verdad! ¿Le querría ayudar Felipe? Como sabe la codorniz silvestre donde esconderá mejor su cría, así adivinaba Alejandro que Felipe era su amigo: pero ¿qué podría su amigo con aquella terrible Señora? ¡Ay, qué sería de ellos?

Y tal como en el instante de perecer ahogados se dice que en un segundo milagroso pasa ante los agonizantes el espectáculo entero de su vida, así en aquel supremo momento del amor de Alejandro cruzó por su mente, en fúlgidas imágenes, el recuerdo de todas las palabras y

actos de Ramona. Recordaba aquel modo de decirle, el día del desmayo de Felipe: "¿Tú eres Alejandro, no?". Volvía a oír, como aquella noche en el colgadizo, su rezo ahogado, ya al despuntar el alba. Pensaba, no sin horror, en aquella tierna compasión suya por los esquiladores, la tarde en que los dejaron sin comida: "¡Todo un día sin comer, Alejandro!": "¡ay, mi Dios! ¿tendremos qué comer todos los días, cuando esté ella a mi lado?": ¡mejor sería alejarse de ella para siempre! Y evocó luego, una a una, sus palabras y miradas en la conversación de aquella misma tarde, cuando le dijo él que la quería, y se sintió el corazón alegre y fuerte. Ella le respondió: "Sé que me quieres, Alejandro, y me da alegría": y lo miró con todo el amor con que pueden mirar ojos de mujer; y cuando él la ciñó con sus brazos, ella se abandonó sin miedo en ellos, y reclinó sobre su hombro la cabeza, ¡y volvió hacia él el rostro!... Pues ¿qué importa todo lo demás? ¡Ése es el mundo entero! ¿Qué desdicha ha de haber con ese amor? Con que él la quiera, ella tiene bastante: y con que lo quiera ella ¿qué Moreno, ni qué Ortega, ni qué americano tiene hacienda mejor?

Y era verdad, aunque ni la Señora ni Margarita lo hubieran creído: aquéllas habían sido las primeras palabras de amor entre Ramona y Alejandro, la primera caricia, el primer momento de abandono. Vinieron, como vienen siempre las primeras confesiones amorosas, sin más anuncio que el que da para abrirse una flor. Alejandro había estado hablando a Ramona de la conversación que tuvo con él Felipe sobre su empleo en la hacienda:

—Lo sé, dijo ella: yo oí cuando la Señora hablaba de eso con Felipe.

—¿Y ella no quiere que me quede? preguntó él vivamente.

—Creo que sí quiere. Nunca se sabe bien lo que ella quiere, sino luego. Felipe fue quien lo propuso.

—"¿Sino luego?". No entiendo, Señorita.

—Es que la Señora nunca enseña lo que quiere: siempre dice que Felipe dirá o que dirá el Padre; pero creo yo que lo que dicen ellos es siempre lo que quiere ella. Alejandro: ¿no crees tú que es extraordinaria la Señora?

—Quiere mucho al Señor Felipe, fue la respuesta evasiva de Alejandro.

—¡Oh, tú no sabes cómo lo quiere![27] Felipe es su cariño en el mundo. Si él hubiera muerto, ella se muere con él. Por eso te quiere a ti tanto, Alejandro, porque cree que tú le salvaste a Felipe. Es una de las cosas por que te quiere,—añadió enseguida sonriendo, y mirando como con fe a Alejandro, que sonrió también, aunque no por orgullo sino por honrado agradecimiento de que Ramona lo juzgase digno de la consideración de la Señora.

27 Se añade signo de admiración.

—No sé por qué me parece a mí que no me quiere. De veras creo que no quiere a nadie la Señora. No se parece a nadie que yo conozca, Señorita.

—No, Alejandro, le respondió Ramona, cavilosa. A nadie se parece. ¡Le tengo tanto miedo, si supieras! Desde niñita le tengo miedo, Alejandro. Entonces yo creí que me tenía odio; pero ahora ni odio ni cariño, con tal de no tenerme delante de los ojos.

Y Ramona decía esto lentamente, fija la mirada en el agua que corría a sus pies. Si en aquel instante hubiera alzado los ojos, si hubiera visto lo que en los de Alejandro había, allí habría sucedido lo que sucedió luego; pero no los alzó, y siguió hablando como consigo misma, sin pensar en la pena de Alejandro.

—Muchas veces he venido yo a este arroyo, y me he quedado viéndolo, y deseando que fuese un gran río, para poder echarme en él, y que me llevase al mar, muerta. Pero el Padre dice que matarse es pecado mortal; y cuando por la mañana volvía a salir el sol, y cantaban los pájaros, me alegraba de verme viva. ¿Tú has tenido nunca tanta pena, Alejandro?

—No, Señorita, nunca, y entre nosotros matarse es deshonra. Yo no sé que me pudiera matar. Pero es mucho dolor pensar que la Señorita vive tan triste. ¿Y va a ser siempre así? ¿Y tendrá que estar siempre aquí?

—¡Ah!, pero yo no estoy siempre triste, dijo enseguida ella, con aquella risa suya que parecía un rayo de sol:—yo estoy muchas veces alegre. El Padre dice que el que es bueno vive dichoso, y que no es pecado ponerse contento con el sol, y con el cielo, y con el quehacer, que nunca se acaban.—Sí, dijo de pronto, con el rostro nublado: creo que estaré siempre aquí: yo no tengo otra casa: tú sabes que la hermana de la Señora me tomó por hija, pero era yo muy niña cuando ella murió, y la Señora me trajo a su lado. El Padre dice que yo debo agradecerle lo que ha hecho por mí, y yo hago por agradecérselo.

Alejandro no quitaba de ella los ojos. ¡Cuánto hubiera dado por atreverse a revelar lo que le contó Juan Canito!,[28] por decirle en un grito del alma: "¡Te desprecian, Señorita mía: tú no estás entre ellos en tu casa: tú tienes sangre de indio en las venas: ven conmigo, ven conmigo, que te cubriré de amor!". Pero ¿cómo atreverse a decirlo?

Parecía que algún encanto le había quitado a Ramona aquella noche las trabas de la lengua. ¿Qué impulso le mandaba contarle a Alejandro su historia?

—Lo peor, Alejandro, es que no me quiere decir quién es mi madre, ni si está viva o muerta, ni nada de ella. Le pregunté una vez, y me mandó que no le preguntase nunca, que ella me diría. Nada me ha dicho.

28 Se añade signo de admiración.

El secreto pedía la salida en los labios de Alejandro. Nunca le había parecido Ramona tan cerca de él, tan cariñosa, tan confiada. ¿Y si le decía la verdad? ¿Se acercaría más a él, o se le alejaría?

—¿La Señorita no le ha vuelto a preguntar?

Ramona le miró con asombro:—¡Alejandro! Nadie ha desobedecido nunca a la Señora.

—¡Yo la hubiera desobedecido!

—No, no podrías. Se quiere y no se puede. Yo le pregunté una vez al Padre.

—¿Y dijo?...

—Dijo que no le volviera a decir nada a la Señora, que cuando llegara la hora ella me diría. Y la hora no llega. ¿Qué querrán decir con eso, Alejandro?

—De la gente de mi pueblo, yo sé lo que quieren decir: de ésta no. Yo no sé por qué hacen muchas cosas. Quién sabe no sepan quién fue la madre de la Señorita.

—¡Oh sí, saben! saben!—dijo ella en voz baja, y como si le arrebataran las palabras de los labios.—Pero no hablemos de cosas tristes, Alejandro: hablemos de cosas alegres: de que te quedas tú en la hacienda.

—Y ¿será de veras una alegría para la Señorita que yo me quede?

—Tú sabes que sí, contestó Ramona sin hipocresía, pero con un ligero temblor en la voz, que bien percibió Alejandro.—Sin ti no sé qué vamos a hacernos. Felipe dice que no te dejara ir.

Resplandecía la cara del mozo.—Será como mi padre diga, Señorita. El propio que vino de Temecula salió de vuelta ayer con la carta en que le pido que me mande cómo he de responder al Señor Felipe. Mi padre es muy viejo, Señorita, y yo no sé cómo podrá él estar sin mí, porque no tiene más hijo que yo, y mi madre murió hace años. En nuestra casa vivimos los dos no más, y cuando estoy de viaje se siente muy solo. Pero va a decir que me quede, porque el pueblo está muy pobre, y necesitan mi salario. Lo que trabajan no les alcanza más que para comer al día, y mi padre Pablo no quisiera morir sin verlos felices. Él está muy triste ahora, desde que andan por los alrededores los americanos. Quiere cercar la tierra, para que sepan lo que es nuestro; pero la gente trabaja tan recio que no les queda tiempo para el cercado. De veras que éstos son tiempos malos para los indios, Señorita. ¿La Señorita no ha estado nunca en Temecula?

—No. ¿Es un pueblo muy grande?

Suspiró Alejandro:—¡Mi Señorita!: ni pueblo es, sino un caserío como de veinte casas, y muchas no más de tule. Hay una capillita, y un cementerio. El año pasado le pusimos al cementerio un muro de adobe. Mi padre Pablo dijo que era preciso hacer el muro para los muertos antes que cercar la tierra.

—¿Y vive mucha gente en el caserío?

—Como doscientos, cuando están allí todos, pero lo más del año están fuera, por donde les dan trabajo: van a ayudar a las haciendas, o a abrir zanjas, o de pastores, y muchos se llevan a la mujer y a los hijos. Yo no creo que la Señorita ha visto nunca gente muy pobre.

—¡Oh sí, sí, Alejandro!: en Santa Bárbara. Hay muchos pobres allí, y las Hermanas les dan de comer una vez por semana.

—¿Indios?

Las mejillas de Ramona se llenaron de color.—Sí, dijo, algunos son indios, pero no como los de tu cuadrilla, Alejandro. Aquéllos da espanto verlos, y no saben leer ni escribir, ni parece que deseen ya nada.

—¡Ay sí, así es, así es también en mi pueblo! "¿Para qué?", le dicen a mi padre Pablo, que se desespera con ellos. Les da cuanto tiene, pero no les luce. Sólo tres sabemos leer y escribir en Temecula: mi padre Pablo, otro más, y yo. Mi padre quiere enseñarlos, y ellos no aprenden. "¿Cuándo?" dice uno. "¿Para qué?" dicen todos. ¿Quién no tiene sus penas, Señorita?

Todo aquello lo había oído Ramona con la tristeza pintada en el semblante. Aquello era un mundo nuevo. Nunca, hasta aquella noche, habían hablado de sí mismos, Alejandro y Ramona.

—Ésas son penas de veras: a las mías no les digas después de eso penas: ¿qué podría yo hacer, Alejandro, para ayudar a tu pueblo? Si estuvieran cerca, yo les podría enseñar ¿verdad?: yo les enseñaría a leer. ¿Y tú no tienes más parientes que tu padre? ¿Tú no... tú no quieres a nadie en tu pueblo, Alejandro?

Las penas de Temecula tenían en aquel instante tan preocupado al mozo que no entendió el alcance que la vacilación misma daba a la pregunta de Ramona.

—Oh, sí, los quiero a todos: todos son como mis hermanos y hermanas. Pensando en ellos no tengo día tranquilo.

Durante todo este coloquio tenía inquieta a Ramona un pensamiento tenaz y callado. Mientras más le hablaba el indio de su padre y del pueblo, más claro veía que estaba tan ligado a ellos que no le dejarían quedarse mucho tiempo en la hacienda. De pensar sólo que Alejandro se había de ir, se le llenaba el corazón de muerte. Y le dijo de pronto, dando un paso hacia él:—Alejandro, tengo miedo de que tu padre no quiera que te quedes.

—Yo también, Señorita, contestó él con tristeza.

—Y ¿tú no te quedarás si él no te da licencia, por supuesto?

—¿Cómo había de quedarme, Señorita?

—Verdad, verdad, dijo ella. Y al decirlo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Alejandro le vio las lágrimas. El mundo cambió para él en un segundo.—¿Señorita, Señorita Ramona, qué tiene que llora? ¡Oh, dígame que no se enoja si le digo que la quiero!—Y se quedó Alejandro temblando, del terror y delicia de haber dicho aquello.

Ni a sus mismos sentidos quería creer que eran palabras reales aquellas rápidas y firmes que le dijeron en respuesta, aunque tan bajas que casi no se oían:—"Yo sé que tú me quieres, Alejandro, y me da alegría". ¡Eso, eso era lo que le estaba diciendo Ramona! Y cuando él, sin querer decir su esperanza ni su miedo, dijo uno y otro a medias palabras:—"Pero la Señorita no quiere... no puede...",—la misma voz firme, la misma voz baja, le dijo:—"¡Sí, Alejandro, sí quiero: te quiero!" Y entonces él la ciñó con sus brazos, y le dio un beso, y le dijo con sollozos más que con palabras:—"Pero, mi Señorita, ¿que usted quiere irse conmigo para siempre, que quiere ser para mí?: ¡no quiere irse conmigo!". Y la llenaba de besos.—"¡Sí, Alejandro, sí quiero ir contigo", le respondió Ramona en su susurro: y con sus manos en los hombros fuertes, le devolvió un beso, y le volvió a decir: "¡Quiero ir contigo! ¡te quiero!". En aquel instante, en aquel mismo instante fue cuando oyeron el paso y el grito, y al alcance de sus brazos vieron ante sí a la Señora, terrible e iracunda.

¡Oh, qué hora aquélla, la que pasó Alejandro, con la barba hincada entre las rodillas, revolviendo en la sombra tantos recuerdos! Pero el fuego de sus emociones no quitaba la perspicacia usual a sus sentidos. Como cuando iba de caza de venados, no se le escapaba ni el caer de una hoja. Parecía dormir todo. No había luz en ninguno de los cuartos: ni en el de la Señora, ni en el de Ramona: en el comedor, donde de seguro no tenían cena, hubo luz un momento, mas la apagaron luego: sólo por debajo de la puerta de Felipe se percibía una vaga claridad, que iluminaba confusamente aquella parte del colgadizo. Alejandro oía la voz de la Señora y de Felipe, no la de Ramona. Lleno de pena miraba a su ventana abierta, pero con las cortinas corridas: ni un movimiento, ni el más leve ruido. ¿Dónde estaba Ramona? ¿Qué le hacían a su amor? Indio cauto y paciente necesitó Alejandro ser, para no ir a llamar a su ventana; pero ¿había él de poner aun a Ramona en más peligro? Esperaría, aunque fuese hasta el alba, a que su amada le hiciese una señal. Felipe, además, saldría al fin a dormir afuera, como siempre: allí le hablaría. Era ya cerca de la media noche cuando se abrió la puerta del cuarto de Felipe, y él y su madre salieron al colgadizo, hablando en voz baja. Se echó el hijo en su cama, y la Señora, después de despedirse con un beso, entró en su cuarto.

Desde que mejoró claramente Felipe, no dormía Alejandro junto a él en el colgadizo: pero él sabía que aquella noche Alejandro andaba cerca, por lo que no se sorprendió al oír de entre las enredaderas, momentos después de desaparecer la Señora, una voz que le decía: "¡Señor Felipe!".

—¡Psht, Alejandro: no te muevas! Espérame mañana bien temprano detrás del corral chico. Aquí no.

—¿Dónde está la Señorita? preguntó en un aliento.

—En su cuarto.

—¿Está buena?

—Sí, dijo Felipe, no muy seguro de lo que decía.

Y ése fue el consuelo único de aquella noche de angustiosa vela. Mas no el único, no, porque cerca de él tenían su nido dos torcazas, que de tiempo en tiempo, con largos descansos entre uno y otro arrullo, se decían claramente, con aquel canto de ellas tan suave y misterioso: "¡Aquí!" "¡amor!": "¡Aquí!" "¡amor!".

—¡A eso, a eso es a lo que mi Ramona se parece: a la torcaza mansa! Así le va a decir mi pueblo cuando sea mi mujer:—¡su Majel, su Torcaza!

La sangre india

No se despidió la Señora de Felipe con ánimo de recogerse, sino que, en cuanto cerró su puerta, se sentó a pensar qué haría con Ramona. Ya le costó mucho pasar la noche junto a Felipe sin hablarle del suceso, por no amargar su reposo con la conversación desagradable. Ni sabía la Señora qué hacer con Alejandro. Si, como tenía meditado, mandaba otra vez a Ramona con las monjas, ¿a qué despedir al mozo? Cuando lo sorprendió, sin duda lo hubiese despedido, cegada por la ira: pero la verdad es que no le era grato verlo ir de la hacienda. Así, hecha a mandar, no le veía a su plan obstáculos, ni imaginaba que ocurriera a nadie resistirlo.

Con las monjas se iría otra vez Ramona, a purgar su culpa sirviéndoles de criada por lo que le quedase de vida. Así se vería por fin libre de ella para siempre. No había de querer el Padre que mantuviera bajo su techo a tan desvergonzada criatura. Su hermana la de Orteña previó bien este caso. Se llegó la Señora a una imagen de cuerpo entero de Santa Catalina, y de un secreto que había en la pared detrás de ella, sacó una caja de hierro, abollada y mohosa con los años, y la puso sobre la cama. Tanto tiempo había estado sin abrirse, que tardó en ceder a la llave la cerradura. Sólo la Señora sabía de aquella caja. Muchas veces hubiera podido sacar de angustias a la apurada casa de Moreno el valor de lo que aquella caja mohosa contenía; pero para la Señora aquel tesoro era como si lo tuviesen bajo su custodia ángeles con espadas de fuego. Allí yacían, brillando aún a la vaga luz de la vela, rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes amarillos. "¡Linda dote, se decía la Señora frunciendo los labios, para una criatura como ésa! Bien lo decía yo: mala madre, mala hija. En la sangre lo tiene. Gracias a Dios, que me ha librado de ella a Felipe." "Aquí lo dice mi hermana: Estas prendas son para que se las des a

Ramona, el día que se case con honor y con tu consentimiento: pero si por desgracia se extravía, estas joyas, y todo lo que le dejo de valor, se lo darás a la Iglesia".

"No dice qué he de hacer con Ramona si se extravía; pero en el convento está bien, para que no acabe de perderse. ¡Ojalá Angus se la hubiera dado a la Iglesia como quería, o la hubiese dejado con la india su madre!". Al levantarse la Señora inquieta, para pasearse por el cuarto, cayó al suelo el papel de su hermana, que barrió de aquí para allá con los bajos del vestido. Detuvo el paso, recogió el papel, y lo leyó de nuevo sin que acudiese a suavizar su encono el menor recuerdo de lo mucho que quiso su hermana a aquella criatura. "¡Extraviada!": ¡era lo menos que podía decirse de Ramona! Sí, pues: ida Ramona, ella y Felipe vivirían en paz. Felipe, por supuesto, se casaría algún día: ¿con quién? ¿quién merece a Felipe? Pero él se ha de casar y tendrá hijos, y nadie pensará en Ramona.

La Señora no se daba cuenta de la hora. "Ahora mismo iré a decírselo: ¡ahora sabrá quién es su madre!». Y acordándose, por un singular impulso de justicia, de que Ramona estaba aún sin cenar, fue a la cocina, sacó pan y leche, y, dando vuelta a la llave del cuarto sin ruido para que no la oyese Felipe, se entró como una sombra por la puerta abierta. ¡La cama vacía! ¡abierta la ventana! Temblaba la Señora: "¡Se ha ido, se ha ido con Alejandro! ¡oh, qué vergüenza!" Pero enseguida oyó una respiración regular y débil, como al otro lado de la cama. Fue hacia allí, con la luz en alto, y lo que vio habría conmovido un corazón que no fuese de piedra: allí estaba Ramona dormida en el suelo, lleno el rostro de lágrimas, con la cabeza en una almohada, a las plantas de la Virgen, la mano izquierda bajo la mejilla, el brazo derecho ceñido en torno al pie de la imagen. ¡Ni en el sueño segura, se había amparado de la Virgen Santa! Cuando sintió que el sueño la vencía, "Al pie de la Virgen no me irá a hacer mal, se dijo. Y dejaré abierta la ventana, para que Felipe oiga si llamo. Y Alejandro estará cerca". Y se durmió, con el rezo en los labios.

Felipe, más que la Virgen, la libró de oír aquella noche su desdicha. La Señora la miraba; miraba a la ventana abierta; daba suelta a todas sus sospechas indignas; por allí, en toda la enfermedad de Felipe, habían podido verse Ramona y Alejandro. "¡Y puede dormir esta desvergonzada!". Dejó, ya saliendo del cuarto, el pan y la leche sobre una mesa. Pero volvió de pronto sobre sus pasos, levantó el cobertor de la cama, y cubrió con él a Ramona cuidadosamente. Salió entonces, y cerró la puerta.

Todo lo oyó y adivinó Felipe, sin dar señas de que estuviese despierto. "Mi pobre madre no le ha hablado para no despertarme. ¿Qué va a ser de nosotros mañana?". Y en vano llamaba al sueño ausente, que apenas le había cerrado los ojos, cuando abrió su ventana la Señora, cantando el primer verso del himno del sol: Ramona, despierta, siguió el canto al momento: a

la primera nota de su voz, unió la suya el vigilante Alejandro: Margarita también, que desde antes del alba andaba en pie, escurriéndose, atisbando, considerando, agitada a la vez por los celos y el temor, coreó el himno; Felipe mismo juntó a las de ellos su voz débil, y el himno robusto subió por el aire, como si en vez de odio, confusión y pena, estuvieran llenas de paz y armonía todas aquellas almas. Y ¿cuál, en verdad, no se sintió más serena después del himno? A todos hizo bien: y más que a todos, a Ramona y Alejandro. “¡Alabado sea Dios!", dijo Alejandro: "¡ésa es la voz de mi Majela!". "Alejandro estaba cerca: ha velado toda la noche: me alegro de que me quiera", dijo Ramona. "¡Pero cómo pueden cantar?" dijo la Señora: "tal vez no será tanto como he pensado". En cuanto acabó el canto, corrió Alejandro al corral, donde Felipe le había dicho que lo esperase. Los minutos iban a parecerle años.

Ramona despertó con menos miedo, al verse abrigada con el cobertor, y en la mesa el pan y la leche. Nadie más que la Señora podía haber entrado en el cuarto: Ramona la oyó correr la llave y sacarla después, cuando la trajo del jardín: a nadie, bien lo sabía ella, dejaría la Señora entender que la tenía allí en castigo. Le supieron a gloria el pan y la leche. Arregló el cuarto, dijo sus oraciones, y se sentó a esperar. ¿A esperar qué? Ni lo sabía, ni se impacientaba por saberlo. ¡Ramona tenía el alma ahora donde la Señora ya no ejercía imperio! ¿Ni qué había de temer? Con Felipe allí, la Señora no le haría mal, y ella se iría enseguida con Alejandro. ¡De pensarlo sólo se le llenaba el corazón de paz y libertad! El esplendor de aquellas emociones fue lo primero que notó en el rostro de Ramona la Señora, cuando al volver al cuarto y cerrar la puerta tras sí, sin quitar de la niña los ojos se dirigió hacia ella lentamente. Entonces, como en el jardín, irritó aquella calma a la anciana. Sentóse frente a Ramona, pero en lo más lejos del cuarto, y con desdén insultante le dijo:

—¿Qué tienes que decirme que te excuse?

Con no menor firmeza le devolvió Ramona la mirada: con la misma serenidad le habló que la tarde antes en el jardín, y en el arroyo.

—Anoche le quise decir, Señora; pero Ud. no quiso oírme. Si me oyese, no hubiera tenido que enojarse así. Ni Alejandro ni yo hemos hecho nada que deba darnos vergüenza, Señora. Nos queremos los dos, y nos vamos a casar, y a irnos. Gracias, Señora, por todo lo que Ud. ha hecho por mí: y yo sé que Ud. vivirá mucho más contenta cuando yo me vaya.—Y con inocente malicia, pero sin rencor, miró a la Señora, cuyo rostro estaba alterado y sombrío.—Usted ha hecho mucho, Señora, por una niña que usted no quería. Gracias por el pan y la leche de anoche. Yo no sé lo que querrá Alejandro, si querrá que nos vayamos hoy. Acabábamos de hablar de eso, Señora, cuando Ud. nos vio anoche.

Muda de asombro la había oído la anciana. Como relámpagos se pintaban en su cara las emociones diversas. Al alivio de saber que la falta no era aquella que imaginó, sucedió una ira, si menos desdeñosa, más profunda que la primera.

—¡Casarte! ¡Casarte con ese indio! pudo decir por fin. ¿Estás loca? ¡Jamás he de permitirlo!

Ramona la miró con ansiedad.—Nunca la desobedecí, Señora; pero esto no es como todo lo demás: usted no es mi madre: yo le he prometido a Alejandro casarme con él.

Engañada por aquel tono respetuoso, la Señora contestó fríamente:

—No soy tu madre; pero estoy aquí en el lugar de madre tuya. Tú eres hija adoptiva de mi hermana, y mando en ti como hija mía. Yo te prohíbo que vuelvas a hablar de casarte con el indio.

Aquél fue el instante en que se reveló a la Señora el temple del alma de la criatura dócil y amorosa que en resignada soledad había vivido catorce años a su lado. Se puso Ramona en pie súbitamente, y atravesando el cuarto a paso vivo hasta ponerse enfrente de la Señora, que también se había levantado del asiento, díjole, en voz más alta y firme:—Prohíbamelo cuanto quiera, Señora: el mundo entero no puede hacer que yo no me case con Alejandro. Lo quiero. Se lo he prometido. Le cumpliré mi palabra.—Y caídos los brazos por los dos costados, echada atrás la cabeza, en pleno rostro lanzó Ramona a la Señora una mirada de soberano desafío. ¡Era el primer instante libre que había gozado jamás su alma! Sentía como si se la llevasen en alas por el aire. Como una manta que se le cayese de los hombros venía a tierra todo su miedo a la Señora.

—Hablas como una loca; le respondió la anciana con desdén, divertida a pesar de su ira por aquel arrebato que le pareció pasajero.—¿No sabes que, si quiero, puedo encerrarte mañana en el convento?

—No, no puede Ud.

—¿Quién me lo impedirá?

—¡Alejandro!

—¡Alejandro, un indio pordiosero, a quien cuando yo lo mande, le echarán los perros mis criados!

Aquel tono de escarnio de la Señora exasperó a Ramona, que en mal hora le dijo:—No, no puede Ud. Felipe no lo permitirá.

—¡Felipe! exclamó la anciana, con voz penetrante: ¿Cómo te atreves a pronunciar el nombre de Felipe? Jamás volverá a hablarte. Yo le prohibiré que te hable. Él no querrá poner en ti los ojos cuando oiga la verdad.

—No, Señora, replicó la niña, con más mansedumbre.—Felipe es amigo de Alejandro, y... mío.

—¡Tu amigo! ¡Conque la Señorita lo puede todo en la casa de Moreno! Veremos, veremos. ¡Ven conmigo!—Abrió la puerta, salió, y miró hacia atrás:—¡Ven conmigo!, repitió ásperamente, notando que Ramona vacilaba. Ramona fue tras ella, por el pasillo que iba al comedor, del comedor al colgadizo, por el colgadizo todo, hasta el cuarto de la Señora Moreno: la Señora a paso vivo y agitado, distinto del suyo usual leve y despacioso; Ramona más lentamente de lo que acostumbraba, y con los ojos bajos. Al pasar por la puerta del comedor, Margarita, que estaba en él, echó una vengativa mirada a su Señorita, que recibió Ramona con un miedo que no había logrado inspirarle la Señora:—"Ella la ayudará en todo el mal que me haga".

Cerró la Señora las ventanas de su cuarto, que estaban abiertas, corrió las cortinas, y echó llave por dentro a la puerta.

—Siéntate en esa silla, dijo, señalando una que estaba cerca de la chimenea. Ramona se sintió poseída de súbito terror.

—Mejor estoy en pie, Señora.

—Siéntate en esa silla, repitió con la voz descompuesta. Ramona obedeció. Era una silla de brazos, ancha y baja, y sintió como si al caer en ella se le fuera la vida: reclinó la cabeza en el espaldar, y cerró los ojos: el cuarto le daba vueltas: la reanimaron a un tiempo las fuertes sales que usaba la Señora, y la mofa con que le dijo: "¡Conque no parece la Señorita ya tan fuerte como hace unos momentos!".

Ramona trataba de convencerse de que no podía sucederle mal alguno, allí en el cuarto, a la vista de la casa entera: pero la dominó un inexplicable espanto, y cuando vio a la Señora poner con rostro burlón la mano en la imagen de Santa Catalina, cuando vio girar la imagen, y aparecer la puerta en la pared, con una llave en la cerradura que la Señora empezó a abrir, Ramona, aterrada, recordó lo que había leído de vivos sepultados en las paredes, y muertos allí de hambre. Con el horror en los ojos seguía los movimientos de la Señora Moreno que, sin notar su miedo, con cada ademán se lo aumentaba. Sacó primero la caja de hierro, y la puso en una mesa: luego, arrodillándose, retiró del rincón más escondido del secreto una maleta de cuero, y la llevó a rastras hasta los pies de Ramona. No hablaba. La expresión cruel del rostro le crecía por instantes. El espíritu maligno se había entrado aquella mañana por su alma. Corazones más bravos que el de la niña hubiesen temblado de hallarse a solas con tal carcelera. Cerró el secreto, y lo cubrió con la imagen: Ramona respiró más libremente: "No va, pues, a encerrarme en el muro". ¿Qué serían aquellas cajas? Todo aquello ¿qué era?

—Ahora te explicaré, Ramona Orteña,—dijo la Señora, sentándose junto a la mesa donde puso la caja de hierro,—por qué no te casarás con el indio Alejandro.

A estas palabras, a este nombre, volvió a Ramona toda su energía: ya no era, no, la niña de antes, era la esposa prometida de Alejandro. El nombre de él en los labios de su enemiga le dio fuerzas. Se disiparon sus miedos. Miró a la Señora primero, luego a la ventana que tenía más cerca. De un salto, si las cosas iban mal, se escaparía por la ventana, y saldría huyendo, dando voces por Alejandro.

—Yo me casaré con el indio Alejandro, Señora, dijo en tono tan fiero como el mismo en que le habló la Señora.

—No me interrumpas: tengo mucho que decirte.—Y abrió la caja, y fue sacando de ella y colocando sobre la mesa estuche tras estuche de joyas: del fondo de la caja tomó el papel escrito.—¿Ves este papel, Ramona? le preguntó, enseñándoselo en la mano levantada. Ramona dijo que sí con la cabeza.—Este papel lo escribió mi hermana cuando te tomó de hija y te dio el nombre. Aquí está lo que ella me manda hacer con todo lo que te deja.

De asombro se abrieron los labios de Ramona. Inclinada hacia adelante y como sin aliento oyó a la Señora, que leía el papel pausadamente. Todas las penas calladas de su vida, la duda, el miedo con que desde la niñez pensaba en el misterio de su cuna, allí de una vez brotaron. Escuchaba, como quien espera de lo que escucha la vida o la muerte. Olvidó a Alejandro: no miró a las joyas: el rostro de la Señora era lo que no cesaba de mirar: de la Señora, que al acabar de leer le dijo secamente:—Ya sabes, pues, como mi hermana me deja dueña de disponer de todo lo que te pertenece.

—¡Pero no dice quién es mi madre! exclamó Ramona: ¿y eso es todo lo que dice el papel?

La Señora la miró estupefacta. ¿Fingía aquella criatura? ¿Nada le importaba perder para siempre todas las joyas que tenía delante, casi una fortuna?

—¿Quién fue tu madre? respondió con desprecio.—Eso no había necesidad de escribirlo. Tu madre fue una india. Todo el mundo lo sabe.

—Al oír "india", se le escapó a Ramona un leve grito, que no supo entender la Señora Moreno.

—India te digo, una india baja. A mi hermana se lo dije cuando te tomé, que la sangre india que tienes en las venas iba a enseñarse algún día, y ya se ha enseñado.

Se le encendieron las mejillas a Ramona. Le chispeaban los ojos:—Sí, Señora Moreno, dijo poniéndose arrebatadamente en pie: hoy se enseña la sangre india que tengo en las venas. Ahora entiendo lo que nunca entendí. ¿Por eso me ha odiado Ud. siempre, porque soy india?

—Tú no eres india, y yo nunca te he odiado.

Ramona hablaba sin oírla:—Y si soy india, ¿por qué no quiere que me case con Alejandro? ¡Oh, cómo me alegro de ser india!—A torrentes le salían de los labios las palabras, y cada vez estaba más cerca de la Señora.—Ud. es una mujer cruel, le dijo. Yo no lo supe antes, pero ahora lo sé. Si sabía que yo era india también ¿qué derecho tuvo para maltratarme como me maltrató anoche, cuando me vio con Alejandro? Ud. me ha odiado siempre. ¿Dónde vive mi madre? ¡Dígame si está viva, y yo me iré hoy con ella! ¡dígamelo, por Dios! ¡ella se alegrará de que Alejandro me quiera!

Con su tono y mirada más crueles le contestó la Señora:—Ni sé quién fue tu madre, ni si está viva todavía. Nadie sabe nada de ella: sería alguna bribona con quien se casó tu padre estando fuera de sentido, como tú ahora cuando hablas de matrimonio con Alejandro.

—¿Con quién se casó mi padre?... ¿Cómo sabe Ud. que mi padre se casó?

Hasta ese consuelo hubiera querido la Señora negarle, pero al fin dijo:—Me lo contó mi hermana.

—¿Y cómo se llamaba mi padre?

—Phail, Angus Phail,—dijo la Señora, como si hablase contra su voluntad. Aquel ímpetu de Ramona en preguntar la tenía en confusión y desconcierto. ¿Cómo sufría en Ramona aquel imperio? Le pareció que Ramona crecía, y que era allí la dueña, al verla en pie ante sí, lanzándole una sobre otra sus apasionadas preguntas. Se volvió la Señora hacia la maleta, la abrió, y con manos inseguras fue sacando de ella las ricas telas sepultadas allí durante tantos años: había chales y encajes, había vestidos de terciopelo y rebozos de seda. Cuando estuvieron sobre las sillas, eran de veras una riqueza tentadora; cachemiras y persias, puntillas y damascos, mantas como la leche y rebozos de color de oro. La niña paseaba los ojos por aquella hermosura.

—¿Y la Señora Orteña se ponía todo esto? preguntó, levantando en su mano una punta exquisita, y mirándola a la luz con señas claras de admiración.

La Señora, como con el grito, volvió a equivocarse. No le pareció aquella criatura insensible al valor y belleza de aquel encaje fino. Acaso por allí podría domarla.

—Todo eso será tuyo, Ramona, el día de tu boda, si te casas con quien debas, y con mi permiso.—La voz de la anciana pareció ser aquí menos dura.—¿Entendiste bien lo que leí?

No le respondió la niña, que tenía en la mano un pañuelo gastado de seda carmesí con muchos nudos, que halló en un rincón de la caja de joyas.

—Ese pañuelo está lleno de perlas, dijo la Señora: eso vino con lo que tu padre le mandó a mi hermana poco antes de morir.

Los ojos de la niña resplandecieron. Empezó a deshacer los nudos. El pañuelo era viejo, y los nudos muy fuertes, como hechos de muchos años. Cuando llegó al último, en que ya se sentían las perlas cerca, se detuvo:—¿Conque esto era de mi padre? dijo.

—Sí,—contestó la Señora Moreno desdeñosamente, creyendo que acababa de descubrir en Ramona una nueva bajeza. ¡Ya le iba a reclamar sin duda todo lo que había sido de su padre! —Eran de tu padre, y todos esos rubíes, y todos esos diamantes amarillos,—dijo, echando hacia ella el estuche donde relucían las piedras.

Ramona había deshecho ya el último nudo. Tomó el pañuelo por las puntas, y volcó con cuidado las perlas sobre la bandeja. Al abrirse la seda, tanto tiempo guardada, exhaló un extraño aroma. Las perlas cayeron en desorden por entre los rubíes, que parecían más rojos y brillantes por el contraste con aquella nevada blancura.

—Me quedaré con este pañuelo,—dijo, guardándoselo con un movimiento rápido en el seno, sin esperar más respuesta:—Me alegro mucho de tener este recuerdo de mi padre. Las joyas, Señora, se las puede dar a la Iglesia, si el Padre cree que así está bien. Yo me casaré con Alejandro.—Y con la mano todavía en el seno, como apretando allí el pañuelo querido, se apartó de la mesa y volvió a sentarse en su silla.

¡El Padre! Como una lanzada sintió la Señora al oír a Ramona aquel nombre. Tan fuera de sí había estado en las últimas veinticuatro horas, que ni pensó en pedir al Padre Salvatierra mandato o consejo. Con todo, hasta con su devoción y respeto de toda la vida, había arrastrado su cólera contra Ramona. El pensarlo le daba ahora verdadero espanto.

—¡El Padre! tartamudeó: el Padre nada tiene que hacer con esto.

Pero Ramona vio bien cómo se demudaba el rostro de la Señora.—El Padre tiene que hacer con todo, dijo osadamente. Él conoce a Alejandro: él no me prohibirá que me case con él; y si me lo prohíbe...—Se detuvo asustada ante la idea de desobedecer al Padre Salvatierra.

—¿Y si te lo prohíbe?—la Señora clavó en ella los ojos:—¿le desobedecerás?

—Sí.

—Yo le diré al Padre Salvatierra lo que dices, para ahorrarle la humillación de que te mande lo que no has de cumplir.

¡Ésa sí fue tortura para Ramona! ¡eso sí que le trajo las lágrimas a los ojos! Desde que tuvo uso de razón quería mucho al buen Padre. La censura de la Señora podía inspirarle miedo; pero ¡la del Padre sí que le iba a dar dolor!

—¡Oh, Señora, sea buena! dijo, levantando en súplica las dos manos juntas: ¡no le diga eso al Padre!

—Yo tengo que decirle al Padre todo lo que pasa en mi familia. Él dirá como yo que tu desobediencia merece el castigo más grande. ¡Todo se lo diré!—Y comenzó a poner los estuches de joyas en la caja.

—Pero Ud. no se lo dirá como es, Señora. Se lo diré yo misma.

—¿Tú? ¡tú no lo verás! ¡Ya cuidaré yo de eso! replicó la Señora con tal encono que hizo temblar a Ramona.—Todavía te doy una oportunidad, dijo enseguida, deteniéndose en el instante de plegar uno de los vestidos de damasco:—¿Me obedecerás? ¿me prometes no tener nada más que hacer con ese indio?

—¡Nunca, Señora! ¡no lo prometo! ¡nunca!

—¡Pues lo que venga caerá sobre tu cabeza! ¡Vete a tu cuarto! ¡Y oye!: ¡te prohíbo que hables de esto a Felipe! ¿Oyes?

Ramona bajo la cabeza. "Oigo", dijo. Y deslizándose fuera de la habitación, cerró la puerta tras sí, y en vez de ir a su cuarto, echó a correr como criatura de la selva perseguida en la caza, por el colgadizo, por los escalones, por el jardín, diciendo sin cesar, aunque en voz baja:—¡Felipe! ¡Felipe! ¿Dónde estás, oh Felipe?

La Red de la Araña

El corral chico estaba más allá del cantero de alcachofas, en la costanilla, rica en sol, que tentó a Margarita a poner allí a secar el paño de encaje. Caía muy hacia el Sur la extensa pendiente, de modo que las ovejas que estaban al pie de ella no se veían desde la casa. Por eso Felipe dio cita allí a Alejandro.

Cuando Ramona llegó al término de la espalera del jardín, miró con sorpresa a uno y otro lado: no había nadie: ¡pero ella había visto ir por allí a Felipe, cuando la llevaba a su cuarto la Señora!: le vio ir por la izquierda, que llevaba al corral chico. "¿Qué haré?" se preguntaba, sin apartar de la senda los ojos ansiosos: "¡Si los santos quisieran decirme dónde está Felipe!". Y temblaba, esperando a cada instante que la llamase la Señora. ¡Al fin, arroyo arriba, venía subiendo Felipe! Voló a él:—¡Oh, Felipe, Felipe...!

—Sí, mi Ramona, lo sé todo. Alejandro me lo ha dicho todo!

—¡Y me ha prohibido que te hable, Felipe!: pero ¿qué voy yo a hacer?: dónde está Alejandro?

—¡Te ha prohibido que me hables! ¿Ay, Ramona, cómo la desobedeces? ¡Entra, por Dios, en tu cuarto! Si nos ve juntos, va a enojarse más. Déjamelo, déjamelo todo a mí. Yo haré todo lo que pueda.

—¡Pero, Felipe...!—Y se retorcía las manos.

—Sí, yo sé, yo sé, pero que mi madre no tenga por qué enojarse más. No sé qué querrá hacer hasta que no hable con ella. ¡Entra en tu cuarto! ¿No te dijo que te quedases allí?

—¡Ay, sí, pero no puedo!—y Ramona sollozaba:—¡Tengo tanto miedo, Felipe! ¡Ayúdanos! ¿Qué crees tú que hará? Tú no dejarás que me encierre en el convento, ¿verdad, Felipe? ¡Ay, dónde está Alejandro! ¡Por Dios, dime dónde está! ¡Yo me voy con él ahora mismo!

—¡Al convento! ¿Tú al convento? ¡Ay, Ramona: vete a tu cuarto! ¡Ve pronto, por tu vida! ¡Ve! ¿Qué podré yo hacer por ti si nos ve hablando?—Y se echó a andar él mismo colina abajo.

Ramona se sintió en aquel momento sola de veras en el mundo. ¡Volver a aquella casa! Meditaba mil planes de fuga, mientras andaba como sin saber a dónde por los senderos del jardín. ¿Dónde, dónde estaba Alejandro? ¿Cómo no se aparecía allí a salvarla? Le faltaron los ánimos, y al entrar en su cuarto por fin, se dejó caer al suelo, llorando. ¡Si hubiera sabido que ya Alejandro estaba a más de media jornada del camino de Temecula, alejándose cada vez más de ella a galope desesperado, entonces sí se hubiera creído sola en el mundo!

Eso fue lo que en la cita del corral chico le aconsejó Felipe hacer, alarmado por lo que Alejandro le decía, con fogosa viveza, de la ira y las amenazas de su madre al verlo con Ramona en el arroyo. Nunca había visto a su madre como Alejandro se la estaba pintando. Mientras más le hablaba el indio, más creía que lo mejor era que saliese de la hacienda hasta que la ira de la Señora se calmase. "Le diré que fuiste a un mandado mío, para que no tome el viaje a falta. Vuelve de aquí a cuatro días, que lo que se haya de hacer, ya estará entonces arreglado". Bien entendió Alejandro, aun antes de oír la exclamación de sorpresa con que respondió Felipe a su deseo, que era locura pretender ver a Ramona antes de irse.

—¡Pero usted se lo dirá todo, Señor Felipe! ¡Ud. le dirá que me voy por su bien!—Y al decir esto miraba a Felipe el pobre mozo como si quisiese dejarle toda el alma.

—Se lo diré, Alejandro, se lo diré.—Y Felipe le tendió la mano, como a su igual y amigo.—Cree de veras que yo haré cuando pueda por Ramona y por ti.

—Dios me lo bendiga, Señor Felipe, contestó Alejandro gravemente, conociéndosele por el tono[29] de la voz el temblor del corazón.

"¡Noble mozo!" se decía Felipe, viendo a Alejandro saltar sobre su caballo, que tuvo toda la noche con la silla puesta muy cerca del corral: "¡noble mozo!: no hay entre todos mis amigos uno que hubiera sido tan franco y bravo como él en este caso triste. ¡No es extraño que Ramona lo quiera! Pero ¿qué haré yo? ¿qué podré hacer?".

Nunca hasta entonces hubo desavenencia grave entre su madre y él. !Ahora sí, ahora la habría! No creía que su influjo sobre su madre fuese tal que alcanzase a conmoverla. Aquella

29 Se añade tono.

amenaza de encerrar a Ramona en el convento le tenía aterrado. ¿Podría hacerlo su madre? No sabía si podía. Ella creería que sí, porque si no, no la hubiera amenazado. Y a esa injusticia se rebelaba el alma entera de Felipe. "¡Como si fuese pecado que la pobre criatura quiera al indio! Pues si a malas vamos, yo mismo les ayudo a escaparse". Así anduvo Felipe, hilando ideas, yendo y viniendo de una parte a otra, hasta que lo alto del sol le obligó a buscar refugio en algún sombrío cercano. Se echó a la sombra de los sauces viejos. Su natural repulsión a lo desagradable y su hábito de dejarlo todo para después le retenían, hora sobre hora, lejos de la casa. ¿Cómo empezaría la conversación con la Señora? ¿Debería siquiera empezarla? En esto oyó su nombre. Margarita era, que lo llamaba a comer. "¡A comer ya?" dijo poniéndose en pie de un salto.

—Sí, Señor, ya.—Y Margarita lo miraba de pies a cabeza. Ella lo vio hablando con Alejandro, vio a Alejandro luego salir a galope por el camino del río, vio mucho también en los ojos de la Señora y de Ramona cuando iban al cuarto. De aquella súbita tragedia, Margarita, ignorante en apariencia, lo sabía casi todo: le aceleraban el pulso las conjeturas y cavilaciones sobre lo que iba a suceder en la casa de Moreno.

Callada y violenta fue aquella comida. So pretexto de enfermedad, Ramona faltaba de la mesa. Felipe no se mostraba a sus anchas, como solía: apenas decía palabra la Señora, colérica y perpleja. Con ver a Felipe, adivinó que Ramona le había hablado: ¿cómo?, ¿cuándo?; porque pocos momentos después de salir Ramona del cuarto fue en su busca la Señora, y hallándola en su habitación, volvió a dejarla cerrada bajo llave: y en la mañana no pudo ser, porque la Señora la pasó entera en el colgadizo, cerca de la cautiva. ¿Dónde le había hablado, pues? Con los pensamientos le crecía a la Señora la ira: verse burlada le dolía aún más que verse desobedecida: ¡ya no veía lo que pasaba ante sus mismos ojos! Contra Felipe mismo estaba airada y le punzaba en los oídos aquel "Felipe no lo permitirá" que en mal hora le dijo Ramona. ¿Qué pudo haber hecho Felipe para que aquella criatura pensase que se pondría de su lado? ¿Conque ya a la Señora la desafiaban en su propia casa los criados y los hijos?

En tono de serio desagrado dijo a Felipe al levantarse de la mesa: —Hijo, quisiera hablar contigo en mi cuarto, si no tienes qué hacer.

—Nada, mi madre, contestó el joven, contento de que la Señora hubiera así abierto la plática, que él no se sentía con valor para empezar. Y siguió tras ella tan de cerca, que intentó, como hacía con frecuencia, rodear con el brazo su cintura. Lo rechazó la Señora suavemente, pero arrepentida al punto, lo tomó ella misma del brazo, diciéndole, mientras se apoyaba en él más de lo usual:—Así es mejor, hijo. Cada día tengo yo que apoyarme más en ti. ¿No ves que he envejecido mucho, Felipe, desde hace un año?

—No, mi madre, no veo: para mí está Ud. hoy como hace diez años.—En lo que decía verdad; porque para él en aquel rostro no había mudanza alguna; porque lo que aquel rostro le decía, sólo a él lo decía, sólo para él se encendía y transfiguraba!

Suspiró la Señora al contestarle:—Eso es porque me quieres mucho, Felipe; pero bien noto yo cómo cambio. Ya las penas me pueden más que antes. Y de ayer acá, hijo, me parece que llevo encima un mundo de años:—lo cual decía sentándose en la misma silla de brazos donde poco antes había perdido Ramona el conocimiento. Felipe se estuvo de pie, mirándola con ternura, pero sin hablarle.

—¡Veo que Ramona te lo ha dicho todo! dijo la Señora, en voz más seca, con aquella habilidad suya para poner las cosas como le convenía.

—No, mi madre, no fue Ramona, Alejandro fue quien me habló esta mañana temprano.—Felipe quería alejar pronto de Ramona la conversación.—Alejandro vino a hablarme anoche, cuando ya estaba yo acostado, y le dije que por la mañana me dijera lo que quisiese.

—¡Ah!, dijo la Señora, satisfecha. Felipe seguía callado.—¿Y qué te dijo Alejandro?

—Todo.

—¡Todo! ¿Y de veras crees que no le quedó nada por decirte?

—Me dijo que Ud. le había mandado salir de su vista, y que creía que debía irse. Le dije que en seguida se fuera; porque pensé que Ud. no querría volver a verlo.

—¡Ah! exclamó la Señora, entre orgullosa de que Felipe la hubiera secundado, y contrariada por la partida de Alejandro:—No sabía yo si te parecería mejor despedirlo de una vez o no: lo que le dije fue que debía responderte de su falta. Pensé yo que tal vez imaginaras algún medio de que se quedase en la hacienda.

¡Cómo! ¿Oía bien Felipe? Eso no era lo que esperaba él oír decir a su madre de Alejandro. ¿Habría soñado Ramona? Sin pensar en que el que Alejandro se quedase en la hacienda no traía de necesidad bien a Ramona, dijo gozosamente, con aquel ímpetu suyo irreflexivo que todo lo daba por hecho a la primera esperanza:—¡Ah, mi madre! pues si así puede ser, todo queda arreglado.—Y sin pararse a estudiar el rostro de su madre, le entregó sin reserva todo su pensamiento.

—Eso mismo es lo que he estado yo deseando desde que vi que él y Ramona se empezaron a querer. Él es un mozo excelente, mi madre, y la mano mejor que hemos tenido en la hacienda. La gente toda lo quiere, y creo yo que para capataz será magnífico: y si le damos el cuidado de la hacienda, ya entonces no hay razón para que no se case con Ramona. Así podrían vivir los dos bien aquí con nosotros.

—Basta! gritó la Señora, con voz tan honda y extraña que a Felipe le pareció del otro mundo. Cesó él de hablar, no sin una exclamación de asombro. A sus primeras palabras, clavó la Señora los ojos en el suelo, como siempre que quería escuchar atentamente; pero ahora miraba de lleno a Felipe, con expresión tal que ni su amor de hijo pudo perdonársela. Casi le miraba con el mismo desprecio que a Ramona. A Felipe le sacó los colores a la cara.

—¿Por qué me mira así, mi madre? ¿Qué mal he hecho?

Ella hizo con la mano un gesto imperioso.—¡Basta, digo! No hables más. Déjame pensar unos momentos.—Y volvió a clavar en el suelo los ojos.

Entonces sí la estudiaba Felipe. Nunca se hubiera sospechado capaz de la rebelión que le apuntaba en el alma. Allí comenzó a entender el terror que su madre inspiraba a Ramona. "¡Pobrecita!" pensó. Era deshecha tormenta, en tanto, el corazón de la anciana, y sobre todas sus emociones imperaba el odio hacia la infeliz criatura: ¡Ramona, pues, era también la causa de que Felipe la hubiera hecho encolerizar, por la primer vez de su vida! Pero ¿qué ira podía durar entre ella y Felipe? Como una corriente de lava nueva se precipita sobre la que la precede, así su amor se echó sobre su cólera: cuando levantó los ojos, los tenía llenos de lágrimas. Lo miraba, y le corrían a hilos por las mejillas.

—Perdóname, hijo: nunca pensé que pudiera enojarme así contigo. ¡Es esa descarada criatura, que nos está costando demasiado! Debe desaparecer de nuestra casa.

El corazón le dio a Felipe un vuelco. ¡Ah, no había soñado Ramona! Le llenaba de vergüenza la crueldad de su madre, pero sus lágrimas lo enternecían, por lo que con voz afable, y aun suplicante, le replicó:

—No veo, mi madre, por qué llama a Ramona descarada. ¿Qué mal hay en que quiera a Alejandro?

—¡Los he visto abrazados!

—Lo sé, mi madre. Alejandro me ha contado que en ese mismo momento acababa de decirle que la quería, y ella de decírselo a él, y de ofrecerle que se casaría con él, cuando usted se les apareció en el arroyo.

—¡Bah! Y ¿crees tú que el indio se habría atrevido a hablar de amores a la señorita de la casa, si ella no lo hubiera tentado con su desvergüenza? Ni siquiera entiendo por qué necesitó él hablarle de casarse.

—¡Madre, madre!—fue todo lo que pudo decir Felipe. La miraba espantado. Le leía todos los crueles pensamientos.—¡Madre!—volvió a decirle, en un tono que ahorraba todo discurso.

—Como lo digo, hijo. No entiendo por qué no se la llevó lo mismo que a cualquier moza de su casta, sin mucha ceremonia de matrimonio.

—Alejandro no hará con ninguna mujer, mi madre, sino lo mismo que yo haría.—Y añadió con valor:—Es Ud injusta con Alejandro:—“Y con Ramona" iba a decir, pero temió exasperarla.

—A Alejandro no le hago injusticia. Con lo que ella se le ha ofrecido, ya sé que pocos hubieran obrado tan bien como él. ¡De ésa es toda la culpa!

Aquí perdió Felipe la paciencia: aquí fue cuando supo cómo se le había entrado por el corazón aquella apacible y pura niña que quiso como a hermana desde la niñez, y poco menos que como amante al sentirse hombre. ¡Eso sí no lo oiría él en calma!

—¡Madre! volvió a exclamar, en un tono que llenó de asombro a la Señora: sentiré darle pena, pero lo que debo decir, lo digo. ¡No puedo yo soportar que Ud. diga eso de Ramona! Yo he estado viendo, desde que empezaron a quererse, cómo Alejandro hubiera besado con locura el mismo suelo donde ella pisaba: ¿cómo no lo había de ver Ramona? ¿cómo no lo había de querer, madre? ¡ojalá me quisiesen a mí algún día como quiere ella a Alejandro! Lo que yo pienso es que se deben casar con todo honor, que debemos dar a Alejandro el manejo de la hacienda, que deben vivir aquí en paz con nosotros. Yo no veo en eso ni sombra de deshonra. Para mí, eso es lo más natural del mundo. No es lo mismo que si Ramona fuera de nuestra sangre, mi madre: Ramona es hija de india.

Y sin poner mientes en la exclamación de desprecio con que quiso interrumpirle la Señora, continuó Felipe en su defensa, ya porque le arrastraba su propia generosidad, ya por miedo de oír lo que su madre después de aquel arrebato le diría.

—Yo he pensado muchas veces en lo que iba a ser de Ramona. Hija de india como es, pocos habrá que se quieran casar con ella: ¿me hubiera Ud. dejado casar a mí con ella?—De horror más que desprecio fue esta vez la exclamación de la Señora.

—No, pues: ya lo sabía yo: porque lo sabía no la he querido como a novia; porque criatura más dulce, mi madre, no la he conocido yo en la tierra!

Y Felipe, desesperado, seguía arguyendo, sin perdonar arma ni golpe. ¡Si esto no la convence, aquello la convencerá!

—Mi madre, usted nunca le tuvo amor, ni simpatía creo que le tuvo Ud. nunca. ¿Que desde niñito no vi yo que me quería Ud. más que a ella? Y yo nunca lo pude entender. Pero ahora sí que es Ud. con ella injusta: yo la he estado vigilando todo este verano: yo los he visto casi siempre cuando han estado juntos. Ud. bien sabe que él ha vivido con nosotros en el colgadizo como si fuera de la casa. Yo creía que Ud. lo estaba viendo lo mismo que yo. Yo no creo que Alejandro haya hecho más que lo que en su lugar hubiera hecho yo. Yo no creo, mi madre, que Ramona haya hecho más que lo mismo que hubiera yo querido que una hermana mía hiciese.

Aquí, desahogado de toda su armadura, cual pobre estratégico que en el primer encuentro empeña todas sus fuerzas, se detuvo por fin el bravo mozo, no hecho a tomar por asalto duras peñas.

Con tal fuego había hablado, que el aliento pareció faltarle al concluir, y la Señora, entre ojeadas de inquietud maternal, le decía en tono compuesto:—¿Conque Ramona no ha hecho más que lo mismo que hubieras tú querido que una hermana tuya hiciese? ¿Hubieras tú querido que una hermana tuya se casase con Alejandro?

¡Ah diestra Señora! Mientras Felipe le hablaba, determinó con superior sosiego la manera de atraerlo a su voluntad sin parecer que le contrariaba la propia, y de esquivar en la conversación los puntos en que claramente se veía vencida. ¿Qué bien pudiera venirle de oponerse a Felipe de lleno? Verle a él enojado con ella, no podía soportarlo: ni nada hubiera lastimado tanto su dominio real sobre él, como el que llegara a imaginar que por mero capricho le contrariaba sus deseos. Aquella voluntad domaba hasta la furia. No más querella entre la madre y el hijo. Felipe debía seguir creyendo que, aun en este caso apurado, era él quien mandaba en la casa de Moreno.

A aquel acerado ataque, más fino que la mejor templada hoja; a aquella pregunta que la Señora, dueña por fin de sus sentidos, le repetía pausadamente con su más insinuante voz; a aquella frase puesta de manera que no parecía que la dictase la pasión, sino que la Señora iba midiendo y pesando, Felipe, notando con embarazo que su madre ya le guiaba, sólo tuvo una respuesta:—No, mi madre, no hubiera querido; pero...

—Los peros luego, hijo, interrumpió la Señora, sonriendo con un cariño en que Felipe no dejó de ver razón de temor:—Ya sabía yo tu respuesta. ¡Muerta hubieras tú querido mejor ver a tu hermana que casada con un indio!

—No, no, eso no, dijo Felipe apresuradamente.

—Espera, espera: cada cosa a su tiempo. Yo te veo el buen corazón, y he de decirte que nunca he estado más contenta de ti que ahora que me hacías esa defensa tan viva de Ramona. Tal vez, hijo, seas tú el que pienses bien sobre su conducta y sobre ella. Pero no es eso lo que tenemos que discutir ahora, Felipe. Sea buena o mala Ramona, lo que hay que ver es esto: ¿Deberás tú permitirle que haga lo que no permitirías que tu propia hermana hiciese?—Dejó de hablar unos instantes la Señora, regocijándose en la perplejidad en que sus palabras ponían visiblemente a Felipe. Y todavía con más blandura le siguió diciendo:—De seguro que no piensas tú que eso sería justo, ¿verdad, hijo?

—No, mi madre; pero...

—Bien sabía yo que el hijo de mi sangre no me podía dar otra respuesta.—Y siguió hablando, porque no quería dar a Felipe tiempo más que para ir respondiendo a sus preguntas. —Por supuesto que no sería justo que le permitiésemos hacer a Ramona lo que no le permitiríamos si fuese de nuestra propia familia. Así es como he entendido yo siempre mi obligación con ella. Mi hermana la quiso criar como hija, y le dio su nombre, y al morir me la dio para que la tuviese conmigo como la hubiera tenido ella. ¿Crees tú que si mi hermana viviese ahora le permitiría casarse con un indio?: ¿lo crees tú?

Bajo y con poca voluntad, como antes, respondió Felipe:

—No, supongo que no.

—Bien, pues, hijo. Ésa es una doble obligación para nosotros. No sólo no podemos dejarle hacer lo que a nuestra sangre no le dejaríamos, sino que no podemos faltar a la confianza que puso en nosotros la única persona en el mundo que tenía autoridad sobre ella. ¿No es así, Felipe?

—Sí, mi madre, así es,—dijo el desconsolado joven, que se esforzaba en vano por salir de entre aquella red en que su madre lo iba envolviendo. Algo había falso, bien lo entreveía él, en aquel raciocinio; pero no acertaba a aclarárselo su pensamiento confuso. Una cosa sí veía clara después de todas aquellas razones, y era que Ramona debía casarse con Alejandro. Con el consentimiento de su madre, estaba viendo que no sería jamás. "Ni con el mío a las claras tampoco, según pone ella las cosas. Y ¡yo que le tengo prometido a Alejandro hacer por él! ¡Valía más que nunca se nos hubiera aparecido por la hacienda!".

—Siempre me estaré condenando, decía la Señora, por no haber visto a tiempo lo que sucedía. Verdad es que Alejandro estuvo mucho con nosotros en todo tu mal, con la música, y el canto, y una cosa y otra; pero ¿cómo iba yo a pensar, hijo, que pudiera Ramona mirar al indio como novio? Yo no sé qué podemos hacer, ahora que ya ha sucedido.

—¡Pues eso digo, mi madre, eso!: ya ve Ud. que es demasiado tarde.

Como si no le oyese continuó la Señora:—Supongo yo que no te ha de agradar que se quede la hacienda sin Alejandro, sobre todo cuando le tienes tu palabra empeñada, porque tú fuiste quien le hablaste para que tomara el empleo. Por supuesto, con lo que ha sucedido, a Ramona le tiene que ser muy penoso quedarse aquí, y estarlo viendo a cada instante, por lo menos hasta que se le hayan muerto estos malos amores: que no duran, hijo: esos quereres repentinos pasan pronto.—Y aquí dejó caer la Señora la grave pregunta:—¿Qué te parecería, Felipe, si la mandáramos otra vez con las Hermanas por algún tiempo? Ella vivía allí muy feliz.

La Señora había ido demasiado lejos. Felipe, descuidando toda reserva, habló con el mismo ímpetu con que había defendido antes a Ramona. Ya no sentía miedo. Ya le parecía tener

delante a Ramona misma, cuando le decía sollozando en el camino del corral: "¡Oh Felipe, tú no dejarás que me encierren en el convento!".[30]

—Madre, dijo Felipe, eso no querrá Ud. hacerlo nunca: ¡Ud. no encerrará en el convento a la pobre criatura!

—¿Quién habla de encerrarla?—le respondió su madre levantando las cejas, como llena de asombro.—Ramona estuvo con las Hermanas a colegio, y a colegio puede volver ahora, que no son sus años tantos que no esté aún para aprender. Y que para lo que ella tiene, no hay mejor cura que mudar de lugar y de quehaceres. ¿Se te ocurre a ti algo mejor, hijo? ¿Qué me aconsejarías tú hacer?

Y en ésta, como en sus dos preguntas de antes, volvió a detenerse la Señora. Aquel preguntar y detenerse de la Señora a nada se parecía tanto como a aquellas pausas que hace la araña, apartándose un poco, cuando ya tiene casi cubierta con sus redes a la presa que aún se juzga libre, mientras que su perseguidora, preparándose en el descanso, ve cómo se agita y aletea su víctima. Rara vez dejaba la Señora de conseguir con sus preguntas hábiles lo que pretendía. La pregunta no se veía de fina: daba como innegable lo mismo que se resistían a concederle: argüía tomando por resueltos los puntos de la discusión que iban lejos de estarlo: era como el centellear de una armadura ágil y brillante.

—¡Qué aconsejaría yo! exclamó Felipe: ¡pues que Ramona se case con Alejandro! Me parece verdad todo eso de nuestras obligaciones con Ramona; pero como Ud. las pone, mi madre, será muy difícil salir de este paso.

—Sí, hijo, difícil para ti que eres el dueño de la casa. No sé yo cómo vas a hacer frente a esta dificultad.

—Por mí no pienso hacerle frente. Nada quiero tener que hacer en eso, mi madre. Si ella quiere, pues que se vaya con Alejandro!

—¿Sin nuestro consentimiento? dijo la Señora afablemente.

—Pues sí, si no lo podemos dar. Yo no veo por lo que Ud. me dice que nos caiga culpa alguna por dejarla casar con Alejandro. ¡Pero, por Dios, mi madre, déjela ir! Ella se ha de ir de todos modos. Ud. no sabe cómo quiere al indio, ni cómo el indio la quiere. ¡Mi madre, déjela ir!

La Señora, ansiosa, dijo:—Pero ¿crees de veras que se huiría, que se huiría con el indio si le negamos el consentimiento?

—Sí lo creo.

30 Se añade signo de admiración.

—¿Conque lo que tú piensas es que debemos lavarnos las manos, y no hacer nada más, y dejarla que haga lo que quiera?

—Eso pienso, mi madre,—dijo Felipe como si con estas palabras se le quitara de sobre el corazón un peso.—Eso es lo que han de hacer al fin: más vale que les digamos nosotros que lo hagan.

—¿Pero entonces Alejandro tendrá que irse de la hacienda? Aquí no se pueden quedar.

—No veo por qué, replicó ansioso Felipe.

—Piensa, y verás por qué, hijo. ¿No ves que si se quedan aquí casados, ha de parecer que el matrimonio fue con nuestro consentimiento?

Bajó el hijo los ojos.—¿Ni casarse podrán aquí, pues?

—¿Y qué más hubiéramos hecho entonces si el casamiento fuera a nuestro gusto?

—¡Verdad, madre!—Y Felipe se dio una palmada en la frente.—Pero ¿entonces los obligamos a salir huidos?

—¡Ah, no! dijo la Señora fríamente. Si se van, se van por su voluntad. Dios quiera que se arrepientan. Algo nos tocará siempre de culpa por haberlos dejado ir, pero si crees que no hay otro remedio ¿qué hemos de hacerle, hijo?

Felipe no hablaba: se sentía descontento: le parecía que había sido traidor a Alejandro, y a Ramona, a su hermana. Todo aquello se le figuraba poco firme. No veía qué más pudiera él, ni se pudiera, pedir a su madre: pero tampoco veía que a Alejandro y a Ramona pudiera concederse menos. Estaba colérico, perplejo, cansado.

Su madre, que no le quitaba los ojos, le dijo con ternura:—No me pareces satisfecho, mi hijo: ¿Ni cómo lo has de estar en este paso sin salida? ¿Le ves tú alguna otra salida, Felipe?

—No, dijo él con amargura:—¡pero eso es como echar a Ramona de la casa!

—¡Ay, Felipe, qué injusto eres contigo! Bien sabes tú que eso no eres capaz de hacerlo: tú sabes que en ella está seguir viviendo aquí como hija, lo mismo que ha vivido siempre. Pero si quiere abandonarnos, Felipe, ¿es culpa nuestra? Que la compasión no te haga ser injusto contigo, y con tu madre. ¡Echar a Ramona de la casa! Como hija le prometí a mi hermana que se la criaría, y a mi muerte, como hija mía te la hubiera dejado. Mientras haya techo, Felipe, en la casa de Moreno, aquí, siempre que lo quiera, tendrá Ramona su techo. No es justo, Felipe, no es justo eso que me dices.—Y tenía la Señora los ojos llenos de lágrimas.

—Perdóneme, mi madre querida. ¡Todavía le doy más penas de las que tiene! Es verdad, esto me tiene como loco, y no puedo ver nada como es. ¡Ay, madre, cuándo habremos salido de esto!

—Gracias, mi hijo, por estos cariños. Piensa bien que sin ti ya me hubieran acabado las penas, aunque ninguna ha sido como ésta, porque me siento, y siento mi casa, deshonrada. Sea, pues. Yo también, como tú dices, quisiera haber salido de esto. Mejor que le digamos a Ramona ahora mismo. Ella también estará ansiosa. Aquí mismo la veremos.

Bien hubiera querido Felipe verla a solas; pero no vio cómo lograrlo, y asintió a lo que su madre decía.

Salió la Señora, atravesó el pasillo, abrió el cuarto de Ramona, y de la puerta le dijo:—Ramona, hazme el favor de venir: Felipe y yo tenemos algo que decirte.

Ramona la siguió sobresaltada: "Felipe y yo" no le anunciaba cosa buena.—"La Señora le ha cambiado a Felipe el pensamiento: ¡ay! qué va a ser de mí?"—Y al entrar en la habitación detrás de la Señora, echó sobre Felipe a hurtadillas una mirada de súplica y reproche. Él le sonrió, como tranquilizándola. Pero la tranquilidad había de durar poco.

—Ramona Orteña..., empezó a decir la Señora. "¿Qué tono es ése?" se preguntó Felipe estremecido. Él no sabía que su madre pudiera hablar de esa manera. ¡Le hablaba a Ramona como al mayor desconocido! ¡Tan de lejos venían las palabras, tan duras, tan frías!

—Ramona Orteña..., volvió a decir la Señora, mi hijo y yo hemos estado pensando lo que debemos hacer en la vergüenza en que nos ponen tus relaciones con el indio Alejandro. Tú sabes, por supuesto, o debes saber, que jamás se ha de hacer con nuestro consentimiento un matrimonio semejante, porque sería deshonrar el nombre de nuestra familia, y faltar a un encargo sagrado.

Ramona oía, dilatados los ojos, las mejillas sin color, los labios abiertos, pero sin palabras. Miró a Felipe, a Felipe que tenía los ojos bajos y aire de embarazo e ira, y se sintió vendida, sola, abandonada. ¿Oh, dónde estaba Alejandro? Juntando las manos, dejó escapar un leve grito, un grito que sacudió el alma de Felipe. ¿No era aquella, aquella criatura que padecía a sus propios ojos, la que en sus sueños vio como su esposa en sus primeros años de hombre? Las punzadas de aquel amor volvía a sentir al verla allí padecer. ¿Cómo no volaba a su lado, según le decía el alma que volase? no la escudaba con su cuerpo? no desafiaba a su madre? De toda su voluntad necesitó para dominar estas emociones. Callar era ahora mejor. Ramona lo entendería después.

Pero el grito de la niña, que en Felipe tales tormentos levantaba, no contuvo las fáciles y frías palabras de la anciana.

—Mi hijo me dice que, a pesar de nuestra prohibición, te has de ir de todos modos con el indio. Debe ser, porque tú misma me dijiste que te irías con él, aunque te lo prohibiese el Padre Salvatierra. Pues lo quieres así, nada podemos hacer. Si te pusiese en el convento, que es lo que

yo sé que mi hermana haría ahora contigo si estuviera viva, ya encontrarías manera de escaparte de allí, y traer todavía más escándalo sobre nosotros. Felipe dice que no vale la pena empeñarse en traerte a razón. Pero yo quiero que sepas que mi hijo, como cabeza de la casa, y yo, como hermana de la que te adoptó, te miramos como a un miembro de nuestra familia. Mientras haya aquí casa para nosotros, esta casa es la tuya, como ha sido siempre. Pero si prefieres abandonarla, y deshonrarte y deshonrarnos a todos casándote con un indio, no lo podemos remediar.

La Señora se detuvo. Ramona no habló. Tenía clavados los ojos en la Señora, como para leerle lo último del pensamiento; de aquel pensamiento en que ya nada le era oscuro, desde que el amor, que todo lo revela y esclarece, había aguzado sus instintos.

—¿No tienes nada que decirme, ni a mí ni a mi hijo?

—No, Señora. No tengo que decir más que lo que dije esta mañana. ¡Aunque sí, sí tengo! Tal vez, Señora, no vuelva a verla antes de que me vaya. Tengo que darle gracias otra vez por la casa en que me ha dejado vivir tantos años. Y a Felipe también...—dijo, volviéndose a Felipe, con muy distinta expresión en el rostro, y dejando salir a los ojos llorosos todo el cariño ahogado y la pena de su alma...—¡tú has sido siempre tan bueno para mí! ¡yo te querré toda mi vida!—Y le tendió las dos manos. Felipe las apretó entre las suyas, ya iba a hablar, cuando la Señora, que no gustaba de ver ternuras entre su hijo y Ramona, dijo como cortándole las palabras:

—¿Es que te estás ya despidiendo de nosotros? ¿Te vas ahora mismo?

—No sé, Señora, tartamudeó Ramona. No he visto a Alejandro. No sé de... Alejandro...

Y miró con angustia a Felipe, que le respondió, como con piedad:

—Alejandro se ha ido.

—¡Ido! gimió Ramona: ¡oh, no, Felipe, no se ha ido!

—Por cuatro días no más, Ramona. Por cuatro días no más. Se fue a Temecula. Yo pensé que era mejor que se estuviese lejos uno o dos días. Pero vuelve enseguida. Pasado mañana debe estar de vuelta.

—Y ¿quería él irse? ¿para qué se fue? ¿por qué no me dejaste ir con él? ¡Ay, por qué, por qué se fue!, decía la niña llorando.

—Se fue porque mi hijo le mandó que se fuera, dijo la Señora Moreno, airada con la escena, y con la simpatía que en vano hubieran querido ocultar los ojos de Felipe.—Mi hijo pensó muy bien que su vista era más de lo que podía yo sufrir ahora: le mandó que se fuese, y Alejandro obedeció lo que le mandaron.

Con brusco movimiento se desasió Ramona de las manos de Felipe, y encarándose con la Señora, atrevida y resuelta la mirada en medio de su llanto, le dijo, con la mano derecha levantada hacia el cielo:

—¡Ud. ha sido cruel: Dios la castigará!

Y sin esperar el efecto que producían sus palabras, sin mirar siquiera a Felipe, salió rápidamente del cuarto.

—¡Ya ves, ya ves cómo nos desafía!, dijo la Señora.

—Está desesperada, mi madre. Siento haber mandado a Alejandro.

—No, mi hijo, tuviste razón, como la tienes siempre. Eso puede volverla a sus sentidos, el meditar en la soledad unos cuantos días.

—¡En la soledad! Pero, mi madre: ¿Ud. no va a tenerla todo este tiempo encerrada, no?

La Señora se volvió hacia él, fingiendo gran sorpresa. —¿No te parece eso lo mejor, pues? ¿No dijimos que todo lo que podíamos hacer era dejarla ir por donde quisiera, y lavar en esto, hasta donde se pueda, nuestras manos?

—Así dije, mi madre, pero...—No sabía Felipe lo que deseaba decir. Su madre lo envolvió en una tierna mirada, llena de solicitud y de ansiedad profunda:—¿Que es, mi hijo? ¿qué crees tú, que hay algo más que yo deba decir o hacer?

—¡Es que no entiendo lo que quiere usted hacer!

—Nada, Felipe. Tú me has convencido de que no puede hacerse nada. No haré absolutamente nada.

—Entonces, ¿mientras Ramona esté con nosotros, todo será lo mismo que siempre?

La Señora sonrió con tristeza.

—¿Pero, mi hijo, crees eso posible? Una criatura que nos desafía a ti y a mí, y al mismo Padre Salvatierra; que va a traer el deshonor sobre el nombre de Orteña y el de Moreno, ¡cómo hemos de tenerla en nuestra casa, Felipe, lo mismo que la teníamos antes? ¿cómo hemos de sentir lo mismo por ella?

—Bien, bien, eso no: yo no hablo de sentir, dijo Felipe impaciente. Pero en lo que se ve, mi madre ¿será todo como antes?

—Supongo, dijo la Señora: ¿no es eso lo que tú quieres? Creo que eso debemos hacer: ¿no crees tú?

—Sí, suspiró Felipe: ¡si podemos!

PLANES: MEDITACIONES

Nunca se vio tan contrariada la Señora como en este asunto de Ramona y Alejandro. ¡Cuánto distaba lo que había quedado dispuesto en su conversación con Felipe de lo que se propuso sacar de ella! Ni Alejandro se iba a quedar de capataz; ni Ramona iría al convento, sino que se casaba con Alejandro: y las joyas... bueno, pues: que el Padre dijera lo que se debía hacer con las joyas. Con toda su entereza, no se atrevía a obrar sin consejo en aquel asunto: eso sí, a Felipe no había que hablarle del legado, porque de seguro opinaba que todo aquello no tenía más dueño que Ramona. Probable era que el Padre también pensase así; y entonces no habría más remedio que deshacerse del tesoro. Hasta del Padre lo hubiera escondido la Señora, a no ser porque a la muerte de la hermana se le enteró de todo. ¡Pero de aquí a que el Padre venga, falta un año! Como lo ha guardado hasta aquí Santa Catalina, puedo seguirlo guardando. Cuando Ramona se haya ido, la Señora sabrá lo que le escribe al Padre, y le dirá que todo lo deja para lo que él mande a su vuelta. Y con estos proyectos y estrategias se consolaba de su parcial derrota.

Nada es tan hábil para defenderse como la soberbia. No hay pérdida que no consuele con las más ingeniosas represalias; y con ser grande la agudeza con que las imagina, es mayor su felicidad para engañarse. En esto excede la soberbia mil veces a la vanidad; porque el vanidoso herido, sale cojeando y sin máscara del encuentro desdichado; pero el soberbio jamás desampara la bandera: si en una acción lo vencen, salta a otra y despliega sus colores; y a otra, si en ésa también cae; y a otra, hasta la muerte. No se puede prescindir de admirar esta especie del orgullo, porque si es cruel el que lo padece con los que se lo lastiman, también lo es consigo mismo cuando su pasión se lo demanda. ¡Esa pasión ha sostenido mucha esperanza muerta, y ha ganado muchas difíciles coronas!

No cerraba aún la noche cuando ya la Señora tenía recompuesto en su mente lo futuro; su contrariedad, apaciguada; su placidez, de vuelta; y el ánimo libre, y dispuesto a sus quehaceres ordinarios. Con Ramona, no haría nada: ¡sólo ella sabía todo lo que eso significaba de pena y amargura!: ¡ojalá Felipe también se decidiera a "no hacer nada!”. Pero no estaba segura de lo que haría Felipe: con sus hilos y tramas lo había ido enredando, hasta que pareció que los deseos de la madre eran los del hijo; pero lo que él realmente pensaba, ya lo sabía ella. Él quería a Ramona: él tenía cariño por Alejandro. Sin aquel argumento del honor de la familia, que a él no le hubiera ocurrido, ni le haría fuerza si no cuidase ella de avivarlo, claro es que Felipe hubiese querido tener casados en la hacienda a Alejandro y Ramona. Y eso le volvería a ocurrir, de seguro, si lo dejaba a sus propios pensamientos. Pero no volvería a hablar con él de esto ni a permitir que él le hablase: lo mejor para sus fines era estar a lo dicho, a que nada

debían hacer. No harían nada. Esperarían a lo que quisiese hacer Ramona: soportarían cuanta pena y deshonra quisiese echar sobre la casa que la había abrigado desde niña.

¡Nada! Ramona seguiría siendo en la casa, aparentemente, lo mismo que antes. Iría y vendría en entera libertad. Nadie la vigilaría: en la mesa a comer, en su cuarto a dormir, al alba levantarse: nada, en fin, que Felipe pudiera tomar como provocación que la estimulase a la fuga. Pero Ramona había de sentir en todo instante que aquella casa ya no era la suya, que aquellos corazones le estaban cerrados, que puesto que de un extraño quería ser, se la miraba como extraña. Y todo eso, bien sabía la Señora cómo había de hacerse. Eso era lo único que podía volver a Ramona a sus sentidos. La Señora no conocía el alma de la niña, ni su profundo afecto por el indio. "Y si se arrepiente, si me pide perdón",—y este pensamiento hacía a la Señora generosa,—"si deja el matrimonio y sigue fiel a la casa", se la querrá más, se le dará un premio, se le enseñará un poco el mundo, se la llevará a Los Ángeles y a Monterrey, donde puede ser que encuentre un buen marido. ¡Ya ve Felipe que no se la quiere mal, y que lo que se hace con ella no es más que por su bien!

Ramona no pudo impedir que en la exclamación y en el rostro se le conociese la sorpresa con que vio entrar en su cuarto a la Señora, preguntándole en su tono usual por los pimientos que habían puesto a secar en el colgadizo. Hizo la Señora como que no notaba aquel asombro: los pimientos, pues; los "chiles," que han de estar bien secos; y el sol, que pica; y las uvas, que vienen: lo mismo de que, a vivir en paz, le hubiera hablado una semana antes; pero con tal propósito y manera que a las pocas frases entendió Ramona con qué arte e intentos iba a ser humillada. La sorpresa, mezclada de agradecimiento, se cambió en nueva amargura: "¡Así es como me va a tratar para que me arrepienta! No me arrepentiré. Todo lo sufriré estos cuatro días. En cuanto venga Alejandro, me voy con él". Y estos pensamientos, que se le iban leyendo en el rostro, exasperaron a la Señora. Guerra, pues. No se rinde. Bien está. Ella lo quiere.

La cabeza de Margarita era a todo esto una devanadera. ¿Qué quería aquello decir? Sus ansias la llevaron hasta ir de puntillas a escuchar la conversación de la Señora y Felipe con Ramona: por poco la ve Ramona al salir, cuando abrió la puerta de pronto, después de decir "¡Dios la castigará!".—"¡Virgen Santísima! se dijo Margarita.—¡Cómo se atreve a decirle eso a la Señora!". Ramona no la vio; pero sí la Señora que le dijo: "¿Cómo es que estás barriendo a esta hora el pasadizo, Margarita?". Sólo el diablo le pudo poner en los labios aquella respuesta: —"Es que tuve que hacerle temprano el almuerzo a Alejandro, Señora, que se iba de prisa, porque mi madre no estaba levantada". La mirada de Felipe le hizo mudar el color: Felipe sabía que aquello era mentira; porque cuando él hablaba con Alejandro, vio a Margarita curioseando

desde los sauces, y luego vio que Alejandro se detuvo a hablar con ella un momento, y azuzando a su pony enseguida, echó a galope, valle abajo. ¿Por qué había mentido Margarita?

Pero Felipe se olvidó pronto de eso. La moza habría dicho lo que le ocurrió primero para librarse del regaño, que casi era lo cierto, salvo la punta de malicia que dejaba ver contra Alejandro; la cual no era nueva, porque de Margarita habían nacido los celos que de días atrás dejaban ver los criados, envidiosos del indio: "del indio, que vive acá como un señor", decía a cada momento Margarita, donde los criados la oyeran: y les contaba un cuento, y les exageraba otro. ¡Vaya con aquel novísimo caballero! Cuando el Señor Felipe estaba con el mal, santo y bueno que Alejandro entrara y saliera, como hacen los médicos, pero ya que el Señor está en pie, ¿qué quieren decir esas amistades? Y allá en el otro colgadizo, en el del Norte, donde al entrar la noche se iban reuniendo los peones y criados, ésta era la usual comidilla, mientras bajo las enredaderas, de los dueños resonaba el dulce violín o se elevaba la voz serena de Alejandro.

"Como que no nos haría mal de vez en cuando un tantico de música", refunfuñaba Juan Can; "pero por este lado de la casa no la desperdicia el mozo". "¡Oh, decía Margarita, no somos quién para el caballero![31] No sé por qué dice el refrán: tal amo, tal criado. Y por el colgadizo pasan cosas ¡vaya si pasan! que no son sólo música". Y Margarita fruncía la boca con aire de consumado misterio y hondísima sabiduría, que ocasionaba una verdadera granizada de preguntas. ¿Qué era, pues? Entre los suyos se debe decir lo que se debe. Pero Margarita callaba, bien segura de que nadie le oiría en paz murmuración alguna contra Ramona. Ni hombres ni mujeres, ni de la hacienda ni de la casa, se lo hubieran sufrido. Desde que casi en brazos vino la niña a la hacienda, se prendaron de ella todos, y la mimaron primero, y la quisieron después con toda el alma. ¿Quién no le debía allí algún cariño?: ella los cuidaba, ella les daba ánimos, ella recordaba siempre con alguna terneza los días de su santo y de su cumpleaños. Sólo a su madre se había atrevido a decir Margarita sus sospechas. "¡Cuidado, le respondió Marta, cuidado como te oiga yo hablar de eso con nadie! Eso no es verdad. Eso te lo hacen ver los celos. ¡Y lo que estaremos aquí las dos, en cuanto la Señora sepa que le andas desacreditando a la Señorita! ¡Con el indio! ¿estás loca?". Y cuando Margarita vino en tono triunfante a decirle que la Señora había traído a Ramona por el brazo, del jardín, y encerrádola en el cuarto, porque la encontró hablando con el indio en los lavaderos, Marta, atontada, se cruzó de brazos, y la premió con dos bofetadas excelentes. "¡Te mato si te lo vuelvo a oír decir! En cuarenta años que tengo bajo este techo, no le he visto levantar la mano a la Señora. ¡Se me

31 Se añade signo de admiración.

vuelve loca esta hija!". Y miraba con miedo hacia el cuarto. "Ya verán si estoy loca", replicó Margarita, volviéndose en un salto al comedor.

Mientras la Señora y Felipe comían en silencio aquella tarde, Marta se dejó ir hasta la puerta del cuarto de Ramona, y la oyó sollozar hondamente, como si la estuviera abandonando el alma. ¿Conque era verdad lo que le dijo Margarita? Pero como ella se lo dijo, no podía ser! ¿La Señorita Ramona caer en aquel pecado? ¡Nunca, nunca! Y arrodillándose para poder hablar por el agujero de la llave, le dijo en voz muy baja:—"¡Ay, mi vida! qué es?—" Pero Ramona no la oyó, ni Marta volvió a hablarle, porque era grande el peligro de que la viesen allí, y a ella no la dejaban correr las rodillas enfermas. Se puso en pie con esfuerzo, y volvió a la cocina, más airada con Margarita aún que antes. Todo lo que iba pasando al otro día confirmaba sin embargo la historia, y más que todo la ida de Alejandro. Se fue como un fantasma: Juan Canito y Pedro se hacían cruces: ni un recado les dejó el indio: el Señor Felipe le dijo a Juan Can como al descuido, después del almuerzo: —Juan, tendrás que cuidar de todo unos cuantos días. Alejandro ha ido a Temecula.

—¿Días dijeron? contestó Margarita, cuando le llevaron el cuento. Si Alejandro Asís vuelve a enseñar por aquí la cara, que me quemen viva. Como que ya no vuelve a haber música en el colgadizo: eso se los apuesto.

Pero cuando a la hora de cenar oyó Marta a la Señora decir en su voz de siempre, al pasar por la puerta de la Señorita: "¿Estás lista para la cena, Ramona?"; cuando vio a Ramona salir de su cuarto y seguir a la Señora en silencio, como estaba ella usualmente al lado de la anciana, Marta, que andaba por el patio sin quitar ojo del pasadizo, aunque muy ocupada al parecer en echar maíz a las gallinas, se consoló de esta manera: "Fue un enojo no más. En las casas siempre hay sus enojos. Pero no es cuenta nuestra, y ya se ha acabado". Y a Margarita, con toda su astucia, le pareció que había vivido en sueños cuando, llegado el momento de sentarse a la mesa, los vio entrar a todos como de costumbre, sin mudanza aparente en el rostro: ¡la Señora! ¡Felipe! ¡Ramona!

Pero las apariencias engañan, y ven poco los ojos. La verdad es que alcanza el ojo humano menos de lo que debiera, con toda la finura y delicadeza de su mecanismo. Nuestra soberbia nos hace decir "ciegos como un murciélago"; pero va sobre seguro el que afirme que no hay en el reino animal murciélago o criatura alguna más ciega en lo que le rodea e interesa, que la gran mayoría de los seres humanos con lo que pasa en sus propias familias. Los corazones se rompen y se curan, los caracteres se agrian y reponen, las fuerzas se consumen y están a punto de rendirse, ¡y los que viven entre estos tormentos, los mismos que los causan, no los notan!

Ya a los diez días de la noche del arroyo había vuelto a tal calma la casa de Moreno, que personas de más seso que Margarita hubieran podido con justicia dudar de que allí viviera algún ser desdichado. Felipe iba y venía en sus faenas de siempre, fumando cigarrillos; o dormitaba, cuando se sentía con fatiga, en su cama de cuero. La Señora daba sus vueltas por la casa, echaba alpiste a los pájaros, hablaba a todos con la voz tranquila; o sentada en la silla de talla en el colgadizo, con las manos cruzadas, miraba al cielo azul del Sur. Ramona atendía a sus usuales quehaceres, limpiaba la capilla, ponía flores frescas a las imágenes, y cuando no tenía ocupación, tomaba el bordado. De mucho tiempo atrás venía trabajando un lindísimo paño de altar para la capilla, que estaba al acabarse, y era un regalo que pensaba hacer a la Señora. Cuando, vuelta a su bastidor, lo alzó Ramona para ver a la luz lo fino del encaje, dejó escapar un suspiro. Meses enteros se había estado diciendo: "A ella no le va a gustar, como que yo lo he hecho; pero el Padre Salvatierra se pondrá contento cuando, lo vea". Ahora, mientras repulgaba y abría aquellas hebras sutiles, iba pensando: "Ella no va a querer que lo pongan nunca en el altar. Si yo pudiera mandárselo al Padre a Santa Bárbara, de veras que se lo daba a él. Le preguntaré a Alejandro. Yo aquí no lo dejo!".

Pero otras ideas le desarrugaban pronto el ceño: "Cuatro días nada más: yo tendré valor para todo en estos cuatro días". Y el dulce pensamiento aparecía tenaz por todos los rincones de su mente, iluminándola y calmándola, como los tonos de una música conocida que vuelven porfiados a la memoria y no quieren estarse quietos. A las constantes miradas de ansia de Felipe, respondía con sonrisas apacibles. Claro estaba que la Señora no quería que hubiese conversación alguna entre Ramona y su hijo. Ni ¿qué más hubieran podido decirse?: ella, nada: y Felipe, creía haber dispuesto lo mejor cuando aconsejó a Alejandro que estuviese lejos mientras se le calmaba la ira a la Señora. Ramona misma pensaba ya que eso había sido lo más cuerdo: así vendría Alejandro preparado para llevársela: ella no le preguntaría cómo ni a dónde: ¡donde él quisiera!: ni adiós tal vez le diría a la Señora: ¿cómo iba a ser su salida?: ¿cuánto no tendrían que viajar antes de encontrar un Padre que los casase? De veras que era triste salir así de una casa, sin bodas, sin traje de novia, sin amigos, e ir por los campos buscando Padre que los case. "Pero la culpa no es mía", se decía Ramona, "sino de ella. Ella me obliga. Si hay mal en eso, es ella. Si ella mandara a buscar al Padre Salvatierra, muy contento que vendría a casarnos aquí el Padre. Quién sabe si podamos ir donde está él, Alejandro y yo. Yo no tengo miedo de ir tan lejos a caballo: en dos días llegamos". Eso, sí, eso era lo más natural. "Él estará de nuestra parte, de seguro: él me quiere: él quiere a Alejandro". En la Señora apenas pensaba Ramona, y eso, con poca amargura: tenía el alma demasiado llena de Alejandro y de su nueva

vida: y así como desde la niñez había acatado sumisa la frialdad de la Señora para con ella, así ahora se resignaba a su oposición injusta como inmutable suceso en el curso de las cosas.

En aquellas inquietas horas de tumultuosas ideas, de recuerdos atropellados, de imaginaciones radiantes o sombrías, nada de lo que le agitaba el corazón salía al rostro de aquella niña serena, sentada en el colgadizo, trabajando con manos ligeras en el bastidor de encaje. Felipe mismo, engañado por aquella calma, se preguntaba si, como le dijo su madre, no estaría ya Ramona "volviendo a sus sentidos". Porque tampoco se le alcanzaba a Felipe el temple de aquella naturaleza, ni la enérgica unión de su alma con la de Alejandro. ¿Cómo, se decía él, han podido llegar a quererse de este modo? Él había asistido a casi todas sus entrevistas: nada menos parecido que todo aquello a la corte vulgar de los enamorados: ni crisis locas, ni aquellas escenas que para el triunfo del amor parecían a Felipe indispensables, como a todos los que no han padecido del amor verdadero, cuyas cadenas gratas revelan pronto a sus cautivos que no son de esas que nacen hechas del calor de un día, ni de barras de una pieza, más fuertes tal vez a la vista y formidables, sino como aquellos cables macizos que sustentan los puentes, hechos de millares de alambres finísimos, cada uno tan frágil y delgado que apenas serviría a un niño para guiar su cometa por el viento: de cientos de miles de hebras de acero retorcidas y trenzadas se hacen los cables poderosos, que, firmes como la misma tierra, soportan sin temblar ni quebrantarse el tráfico incesante de dos grandes ciudades. ¡Jamás se quiebran estos cables de hilos!

Ramona misma no hubiera sabido decir por qué quería así a Alejandro, ni cómo llegó a tanto: no había sido por súbita adoración, como la que él sintió por ella, sino que de la complacencia en que comenzó, había llegado a ser amor tan vigoroso e inmutable como el de Alejandro mismo. Las ásperas palabras de la Señora lo precipitaron, como precipita el florecimiento de los capullos el aire fogoso del invernadero. Y el saber de pronto que era hija de india, le pareció como una revelación que le señalaba claramente la vía de su destino. Se estremecía de gozo imaginando el júbilo y sorpresa con que oiría aquello Alejandro. Mil veces compuso con la generosa fantasía la ocasión, lugar y palabras con que le iba a decir: "¡Alejandro, soy india!". En cuanto lo viera se lo diría: era lo primero que iba a decirle: pero no: en ese momento todo va a ser inquietud y extrañeza: después, después, cuando estén solos en el bosque, cuando estén lejos: entonces se volvería a él, y le diría: "¡Alejandro, soy india!". O esperaría con el secreto guardado hasta que hubiesen llegado a Temecula, y empezado allí la vida, cuando Alejandro se asombrase de ver cómo se acomodaba con gusto y de prisa a las costumbres de su pueblo, y entonces, cuando se lo estuviera diciendo él, ella le diría

tranquilamente: "¡Pero Alejandro, yo también soy india!". Tristes y extraños sueños para novia, pero que henchían de júbilo su corazón apasionado.

"¡MILAGRO!"

Pasó un día, y se acercaba ya la noche del segundo, sin que Ramona y Felipe se hubiesen hablado más que cuando estaban delante de la Señora. A no haber en aquello tal crueldad, hubiese sido verdadera delicia observar con qué fino tacto iba logrando su objeto la Señora. Felipe padecía con la prohibición más que Ramona, distraída con sus esperanzas. De él la tortura de pensar que no la defendió como debía; la vergüenza de que ella pudiera creerlo desleal; la incertidumbre de lo que bajo aquella calma venturosa pudiera estar cavilando. En fiebre tenía la mente; lo cual veía bien la Señora, que redoblaba su vigilancia.

Pensó Felipe que tal vez podría hablar con Ramona en la noche por la ventana: pero con los calores del encendido agosto todos dormían a hojas abiertas; y si su madre, que tenía el sueño vivo, los sorprendía hablando a hurtadillas, pudiera aumentarle el enojo. Lo intentó, sin embargo. Se echó afuera con tiento de la cama de cuero. Al poner el pie en el piso: "¿Qué tienes, hijo? ¿te sientes mal? ¿quieres algo?". ¡Ni se había dormido siquiera la Señora! No era para los ánimos de Felipe volver a aquella prueba.

Ya en esta tarde del segundo día revolvía Felipe airado, tendido en su cuero, sus vanos ardides para hablar a Ramona, que estaba en su silla de bordar a los pies de la cama, cogiendo los últimos hilos del paño de encaje. La Señora dormitaba, reclinada en el espaldar tallado. El calor era sofocante. Todo el día había soplado un recio sudeste, cargado con el polvo del desierto; y árboles, animales y hombres padecían, rendidos.

Al ver cerrados los ojos de su madre, se le iluminó la mente a Felipe. Sacó de su chaqueta un cuaderno de notas, y escribió en una hoja de prisa. Miró a Ramona, y con los ojos le dio a entender que escribía para ella. Ramona volvió enseguida la mirada temerosa hacia la anciana, que dormía. Felipe, con la esquela doblada oculta en la mano, se levantó, y fue hasta la ventana de Ramona, que lo miraba con espanto. Al ruido de los pasos despertó la Señora: "¡Qué! ¿he dormido? ¿he dormido?". "Como un minuto, madre", respondió Felipe, apoyado de espaldas en el quicio de la ventana de Ramona con las manos atrás. Tendió los brazos luego, cerrándolos y abriéndolos dos o tres veces, como quien se despereza: "De veras, dijo, que este calor es insoportable". Y bajándose con calma por los escalones, se sentó en el jardín, en un banco cercano, bajo la espalera.

La esquela, por supuesto, estaba ya en el cuarto de Ramona. Ella temblaba. ¿Podría recogerla sin ser vista? ¿Y si la Señora entraba antes que ella en el cuarto? Pero la fortuna no

favorece siempre a los tiranos. La Señora, segura de que Felipe no estaba a punto de hablar con Ramona, se rindió otra vez al sueño. Ya iba Ramona entrando por su puerta, cuando la Señora abrió los ojos: "¡Bueno, pues!: todavía más lejos de Felipe!".

—¿Vas a tu cuarto, Ramona?

—Sí, Señora, dijo ella alarmada. ¿Quiere que me quede aquí?

—No.—Y volvió a cerrar los ojos.

Ya la esquela estaba en las manos de Ramona: "Estoy fuera de mí por no poder hablar contigo a solas. Quiero explicártelo todo. Creo que no lo entiendes bien. No tengas miedo. Alejandro vuelve en cuatro días. Yo te ayudo en cuanto puedo; pero tú sabes que no puedo mucho. Nadie se opondrá a que hagas lo que quieras; pero yo quisiera, mi Ramona, que no te separases de nosotros!".

Rota en pedazos pequeñísimos se guardó Ramona la esquela en el seno, para hacerla desaparecer más tarde. Y como la Señora no se había despertado, aprovechó su sueño contestando a Felipe, aunque no veía cómo iba a llegarle la respuesta. "Gracias, hermano Felipe. No tengas penas: yo no tengo miedo. Lo entiendo todo. Pero debo irme en cuanto venga Alejandro". Se guardó también en el seno su nota, y volvió al colgadizo. Felipe echó a andar hacia los escalones. Ramona, cobrando valor, se inclinó y puso su respuesta en el segundo de ellos. Cuando despertó la Señora, que no dormiría más de cinco minutos, Ramona estaba en su labor, y Felipe venía subiendo por los peldaños del colgadizo, con el dedo en la boca, como para invitar cariñosamente al reposo a su madre. "Todo va bien", se dijo la Señora; y cabeceó de nuevo. ¡Jamás podría recobrar lo perdido en aquella breve siesta!: en aquella hurtada correspondencia se habían conjurado, conjurado contra ella para siempre, Ramona y Felipe. Suelen los tiranos, grandes y pequeños, desatender ocasiones como ésta, y olvidar la importancia que el suceso más trivial adquiere cuando, fuera de las relaciones naturales, lo agigantan el misterio y la violencia. De la gente más honrada hace la tiranía traidores y mentirosos; y el mundo compadece a los que engañan y mienten, y se vuelve contra los tiranos.

Vino el cuarto día, que pareció mucho más largo que los demás. Ramona vigilaba, escuchaba. Se asombraba Felipe de no haber visto llegar a Alejandro la noche antes. Era un ala el caballo en que se había ido, y en dos días pudo haber hecho el viaje. Tal vez había tenido mucho quehacer en Temecula. De seguro venía preparado a llevarse a Ramona. "¡Ay!", pensaba Felipe: "¿que va a ser de ella?". Él había estado en Temecula, y conocía su pobreza: ni pensar quería en que pudiera vivir allí Ramona, ni concebía él, hecho al bienestar y la molicie, que el amor más firme pudiera convertir a la Señorita de una hacienda en mujer contenta de un desamparado campesino: ¡sabía Felipe de amor poco!

El sol se puso, y no venía Alejandro. Mientras se pudo ver, Ramona lo esperó, sentada al pie de los sauces: cuando se extinguió la luz del día, escuchaba. También la Señora, silenciosa e inquieta, decidida a no cejar, tenía el oído atento. Era noche de luna llena, y cuando asomó su luz por la corona de la colina, plateando el jardín y el frente de la capilla como en aquella primera noche en que veló Alejandro, Ramona apoyó el rostro contra los cristales, y miró hacia el jardín ansiosamente. A cada movimiento de las sombras le parecía ver acercarse un hombre. Lo veía aparecer, adelantar, subir. Morían las brisas, se aquietaban las ramas, y volaba la sombra. Triste y cansada se acostó por fin sin sueño, ya cerca de la aurora: de su cama escuchaba y veía, como desde los cristales. Nunca le había ocurrido que Alejandro pudiera no volver; y ahora que no venía, se llenaba de desmedido e infundado espanto. No cesaba de decirse: "Tal vez no viene: como lo despidieron, no viene por orgullo". Y le volvía la fe de pronto: "Oh! él nunca, nunca me abandonará: él sabe que yo no tengo más que a él en el mundo: él sabe cómo yo lo quiero". Imaginaba entonces las más varias razones para su demora; pero, al almuerzo del día siguiente, claro decía la aflicción de su rostro que tenía traspasada el alma. La simpatía con que lo notó Felipe dolió a la Señora: ¡que ella gima y suspire, está bien!, ¿pero qué tiene que ver con eso Felipe? Aún faltaban, pues, penas que no habían pasado por las mientes de la Señora.

Otro día, otra noche, un día más: una semana había pasado ya desde aquél en que Alejandro montó a caballo, después de dejarse atrás el corazón con el recado que le envió a Ramona por Felipe: "¡En cuatro días estoy aquí!' Los tres que con tan distintas emociones lo aguardaban, se miraban a hurtadillas, ansioso cada cual de sorprender al otro los pensamientos en el rostro.

Ramona estaba pálida, y se le veía el cansancio de las noches sin sueño. Creía firmemente que Alejandro había muerto. En los dos últimos días fue por las tardes muy adentro del camino del río, por donde había él de venir; cruzó los prados, tomó la vereda, salió al camino real, esforzando a cada paso los ojos llorosos, que en vano preguntaban por el ausente al horizonte cruel, desierto, callado. Volvía después del oscurecer, mucho más pálida. Hasta Margarita se apiadaba de ella, viéndola sentada a la mesa sin poder llevarse la cena a los labios, bebiendo sólo uno tras otro vaso de leche con sed febril. Se apiadaban todos de ella, menos la Señora. Bueno, pues!: que el indio no volviese nunca! A Ramona se le curaría el amor primero, y luego la mortificación. ¿Cómo dejaba ver Ramona así su pena? ¡Ella se hubiera dejado morir antes que ir enseñando por la casa entera aquella cara de lástimas!

Ya a los ocho días, Ramona, desesperada, le salió al paso a Felipe que iba bajando del colgadizo. La Señora los veía desde el jardín; pero Ramona no se paró en ello.

—¡Felipe: tengo, tengo que hablarte! ¿Tú crees que Alejandro está muerto? ¿Por qué no viene, si no está muerto?—Tenía secos los labios, como escarlata las mejillas, velada la voz.

—¡No, niña, no! le dijo Felipe lleno de cariño.—Mil cosas lo pueden tener demorado.

—¡Ninguna, Felipe, lo demoraría! Tiene que estar muerto. ¡Ay! ¿no podrías tú mandar un propio?

La Señora, que estaba ya cerca, oyó estas últimas palabras.—Me parece, Felipe,—dijo como si no tuviera a Ramona delante—que eso no iría bien con nuestra dignidad. ¿Qué te parece a ti? Si quieres, podremos mandar un peón cuando se acabe la vendimia.

Ramona se apartó de ellos. La vendimia tardaría en acabarse una semana: viñedos había que aún estaban sin tocar: todos los mozos tenían la labor al cuello, éstos cogiendo la uva, aquellos pisándola en las artesas, los otros vaciando el licor en los cueros colgantes de las vigas de un largo cobertizo. En el alambique del sauzal estaba el brandy en pleno hervor. Un hombre era menester para cuidarlo, que esta vez fue Juan Can, enamorado siempre de aquella faena por razones propias: y diciéndose en sus adentros que no había mal sin su bien, pues la pierna de menos le tenía ahora donde le gustaba, tendido a la sombra, perdido en el humo de su tabaco, aspiraba con gozo el fiero aroma de la artesa, donde rugía el brandy.

Cuando Ramona pisaba ya su cuarto, puso la mano la Señora en el hombro de Felipe.—No parece en buena salud. No sé qué vamos a hacer. ¡De seguro no podemos echarnos a buscar a un enamorado que no quiere casarse!: ¿verdad? Caso más apurado, hijo, no lo he visto. ¿Qué hacemos, Felipe?

De nuevo aquella arte casi diabólica ponía al hijo en la mente lo que la madre quería que pensase.—No, madre: no podemos echarnos a buscarlo—dijo colérico Felipe.—Digo que ojalá no hubiera puesto el pie en la hacienda! La pena de Ramona me da miedo. Yo creo que se muere.

—Yo no puedo decir lo que dices de Alejandro, mi hijo, porque le debo tu vida, y él no tiene culpa de lo que hace Ramona. De que se muera, no temas. Tal vez se enferme; pero nadie se muere de un amor como el suyo por Alejandro.

—¿Pues de cuál se muere entonces, madre?

La Señora lo miró como apenada:—De ninguno a menudo, Felipe; pero seguramente no se muere nadie de un cariño repentino por una persona que le es inferior en posición, en educación, y en todo lo esencial para la semejanza de los gustos y la paz del matrimonio.

Hablaba tranquilamente, como si discutiese un caso general, con tal persuasión y llaneza que Felipe llegaba a creer por momentos, al oírla en aquella vena, que Ramona era culpable de veras en querer así a Alejandro. Pero ¿era cierto aquel abismo de que la Señora hablaba?

Alejandro, por de contado, era inferior a Ramona en posición y cultura, y en todo lo externo de la vida; ¡pero no en la nobleza real del alma, no en dones naturales! Ni en esto, ni en su fuerza de amor, tenía superiores el indio. Aquel amor de Alejandro, soberano e intenso, llenó a Felipe muchas veces de sorpresa cuando, con las últimas penas de sus celos, lo veía nacer desde la cama del colgadizo. Pero ahora tenía su madre razón: ¿mandar un propio a preguntar por qué Alejandro no volvía?: ¡ni aunque hubiera sido el matrimonio público y consentido hubiera hecho eso Felipe! Ramona, a la verdad, debía tenerse en más estima. Y así se lo dijo Felipe, aunque con mucha ternura, cuando volvió a hablar con ella aquella tarde. Ella no lo entendió al principio; pero le contestó al fin, muy lentamente:—"¿De modo que tú crees que no se debe mandar a preguntar si Alejandro está muerto, porque parecerá que yo quiero casarme con él aunque él no quiera?". Y al decirlo miraba a Felipe, con expresión que no podía él penetrar.

—Sí, Ramona, sí, algo así pues, aunque no tan desnudo como tú lo dices.

—¿Pero no es eso lo que quieres decir?

—Bueno, sí, es eso.

Ramona, después de un breve silencio, volvió a decir, aún con más lentitud:—Pues si así sientes tú, mejor es que no volvamos a hablar nunca de Alejandro. Yo supongo que no es posible que tú sepas, como yo sé, que sólo muerto dejaría de venir Alejandro. Gracias, Felipe. —Y no volvió a hablarle de Alejandro.

Pasó otra semana, y la vendimia con ella. "Ahora, decía la Señora, volverá a pedir que mandemos el propio a Temecula": la Señora misma sentía ya piedad: ¿quién no la hubiera sentido al ver aquella pobre niña, demacrada y sin colores, sentada en silencio, con las manos cruzadas sobre la falda, sin apartar de los sauces los ojos? El paño de encaje, doblado con esmero, esperaba como ella, porque no era ya, no, para la capilla de Moreno, sino para el Padre Salvatierra: Ramona tenía determinado ir a ver al Padre: si él, pobre viejo, venía a pie de Santa Bárbara a la hacienda, ella también podría ir a pie a Santa Bárbara. Estaba segura de no extraviarse: los caminos no eran muchos, y preguntaría: el convento, que de tal modo la aterró cuando la amenazó con encerrarla en él la Señora, ahora le parecía el refugio dispuesto por el cielo. Allá tenían una escuela para huérfanos: el Padre la dejaría ir allá, y pasaría el resto de su vida rezando y enseñando. Tan vivamente se lo pintaba todo, que iba viviendo de veras aquella existencia imaginada. Ya se veía entrada en edad: ya veía la procesión de las monjas, yendo a vísperas, con los niños de la mano: aquella viejecita de cabellos blancos que veía pasar era ella, ella misma, paseando entre dos niños. Con aquellas imágenes se le serenaba la mente. Sí: en cuanto se fortaleciese un poco, se pondría en camino: ahora no podía, estaba muy débil, le temblaban los pies con sólo dar unos cuantos pasos por el jardín. No había duda de que

Alejandro estaba muerto. Lo habrían enterrado en el cementerio de Temecula; aquél a que acababan de ponerle muro. A veces pensaba en ir al pueblo, a ver la sepultura de Alejandro: ¡el pobre viejo se alegraría tanto de verla! Tal vez allí estaba su deber: en el pueblo de Alejandro.

Pero para eso no le alcanzaba el valor: abrigo y descanso era lo que ella necesitaba, la bendición del padre, el rumor de los rezos en la iglesia. Lo mejor era el convento.

Segura como creía estar de la muerte de Alejandro, aguardaba, velaba, se iba por las tardes al camino del río, y allí esperaba sentada hasta el anochecer. Por fin llegó un día en que no pudo ir, en que no pudo levantarse de la cama.—"No, Señora, no, no creo que estoy mala",—respondió a la Señora que se lo preguntaba secamente:—"no me duele nada, pero no me puedo levantar: mañana estaré mejor".—"Te mandaré buen caldo y un remedio", dijo la Señora; y envió con ellos a la misma Margarita, cuyos celos quedaron desarmados en cuanto vio el rostro de Ramona sobre la almohada, pálido y como sin vida.

—¡Oh, Señorita, Señorita! exclamó traspasada de pena:—¡no se me vaya a morir! ¡perdóneme! ¡perdóneme!

—No tengo por qué perdonarte, Margarita, respondió Ramona levantándose sobre el codo, y mirando a la criada con cariño, mientras recibía de sus manos el caldo:—no sé por qué me pides perdón.

Margarita se echó de rodillas al borde de la cama, en un ahogo de llanto:—¡Oh, sí sabe, Señorita, sí sabe! ¡Perdóneme!

—No sé nada, y si sé, todo está perdonado. No me voy a morir, Margarita:—y después de una pausa breve añadió—me voy de la casa.—El instinto le decía que podía ahora confiar en Margarita; que Margarita, muerto ya Alejandro, podría tal vez ayudarla.—Me voy en cuanto esté un poco más fuerte: me voy a un convento; pero la Señora no lo sabe: ¡no se lo vayas a decir!

—No, Señorita—murmuró la criada, diciendo para sí: "¡Se va, sí; pero es con los ángeles!".—No se lo diré, dijo en voz alta: yo no hago más que lo que Ud. quiera que haga.

—Gracias, Margarita mía,—respondió Ramona, hundiendo la cabeza en la almohada, y tan parecida, con los ojos cerrados, a la muerte, que Margarita redobló su llanto, y corrió a decirle a su madre entre sollozos:

—Mi madre, la Señorita se nos muere: se muere de veras: está más blanca que el Señor Felipe cuando tuvo el mal.

—¡Sí lo vi! ¡si lo he dicho toda esta semana!: ¡si creo que se deja morir de hambre!

—De verdad, mi madre: desde aquel día no come.—¡Madre e hija sabían bien cuál era el día!

—Juan Can dice que aquél no vuelve por acá, dijo Margarita.

—¡Así lo quieran los santos! contestó Marta calurosamente: digo yo, si por su culpa está penando la Señorita. Porque le doy vueltas y vueltas al pensar, y lo más que veo es que en esta pena anda él.

—Pues yo sé:—dijo Margarita, con asomos aún de su rencor pasado—pero no he de decir, ahora que la veo moribunda: verla no más le parte a uno el corazón: todavía le tengo que pedir perdón por todo lo que he dicho, y a San Francisco también, que la tendrá pronto a su lado: se va, mi madre, se va.

—No,—dijo la madre, con la ciencia de los años:—son los ánimos los que se le han ido, pero ésos le vuelven: también yo tuve el mal, muchacha, cuando era yo moza.

—Pues yo moza soy, replicó Margarita, y a mí no me da eso.

—Al freír será el reír,—contestó Marta sentenciosamente:—y hay aquel refrán que dice: "Al principio son las glorias".

La verdad es que Marta nunca había estado muy complacida con aquella hija suya, que a cada paso dejaba ver lo mucho que tenía de su pícaro padre, con quien el matrimonio no había sido rosas: y como ni el cariño materno bastaba a disimular aquel constante desagrado, no había acto o palabra de Margarita a que, con razón o sin ella, no hallase Marta falta.

—Si digo yo que parece mi enemiga, porque siempre me salta como con puñales,—pensó Margarita;—pero no le he de decir lo que la Señorita me dijo: no se lo digo hasta que se vaya.

Asaltó a Margarita una repentina sospecha, y se fue a meditarla al banco del colgadizo. "¿Y si no es al convento donde se va, sino con Alejandro? Pero ya se hubiera ido. No sé que las mozas que se van con sus novios tengan la cara como la de la Señorita".

Mas el cariño que volvía a sentir por Ramona no era tal que pudiese soportar un nuevo arrebato de sus celos. Eran muy tiernos y dolorosos los recuerdos que tenía de Alejandro para que no le punzasen en el alma las muestras del amor del indio a su Señorita. Ahora no sentía más que piedad por Ramona postrada, sola, mísera: pero ¿si Alejandro volvía a levantarse entre ellas? Así, al quebrarse, saltan de punta algunas cañas frágiles sobre los que se apoyan en ellas.

Estaba el sol poniéndose, el día en que tenía ya ocho de ausente Alejandro. Cuatro días de cama llevaba Ramona, y tan débil se sentía que no creía la muerte lejos. Ni pensaba: ni lamentaba la muerte de Alejandro. Parecían igualmente entorpecidos el alma y el cuerpo. De esas postraciones se vale, como descansos forzados, la naturaleza, para poder sobrellevar sin morir las penas que la agobian.

Estaba Ramona aquella noche en ese oscuro sopor, ni dormida ni despierta, cuando la sacudió de pronto una vívida impresión, que ni era sonido ni era vista. Estaba sola: la casa toda

era mortal silencio: caía afuera sobre el valle callado el crepúsculo caluroso de setiembre. Ramona se sentó en la cama, atenta, asustada, alegre, llena de asombro, viva. ¿Qué había sucedido? Nada se oía: nada se movía: la noche se venía encima de prisa: ni un soplo agitaba el aire. Gradualmente fueron despertando del largo estupor sus sentidos confusos: miró por todo el cuarto: hasta los muros le parecían resucitados: juntó las dos manos, como el que ora, y saltó de la cama.

—¡Alejandro no está muerto!—dijo en voz alta; y rompió en risa histérica:—¡No está muerto! repitió: ¡No está muerto! ¡Está cerca!

Se vistió con las manos temblorosas, y salió a hurtadillas de la casa. ¿Qué era aquello, que en pocos segundos acababa de recobrar todas sus fuerzas? No temblaba. No se le iba el suelo bajo los pies. "¡Milagro!", decía al bajar rápidamente por el jardín: "¡Milagro! ¡Alejandro está cerca!".[32] Tan viva era su impresión que cuando llegó a los sauces y halló el lugar silencioso y vacío, como la última vez que se sentó allí desesperada, se le llenó el corazón de desconsuelo. "No está aquí!" dijo: "¡no está aquí!" y se estremeció de miedo: "¿Estaré yo loca?”. Pero la sangre, joven y fuerte, le inundaba las venas: no era locura, sino un nuevo poder, la plenitud del sentido, una revelación... Alejandro estaba cerca.

Siguió andando de prisa por el camino del río, y a cada paso se sentía más esperanzada y segura. A Temecula hubiera llegado de aquella manera sin cansarse, en la certidumbre de que cada paso la acercaba a Alejandro. ¿Quién es aquel que está recostado contra el tronco de un árbol, en otro grupo de sauces que dista como una milla del primero? Ramona se detuvo. No podía ser Alejandro. ¿Cómo iba Alejandro a detenerse allí, sin volar a donde ella lo esperaba? Le dio miedo seguir. Era muy tarde para encontrarse en aquella soledad con un desconocido. Y la quietud de aquel hombre era tal, que hubo un instante en que no le pareció persona, sino fantasma del crepúsculo. Anduvo unos pocos pasos, y volvió a detenerse: también el hombre adelantó unos cuantos pasos, y cesó de andar. Ya al salir de la sombra de los árboles, vio que el hombre tenía la estatura de Alejandro. Anduvo más de prisa, y se detuvo otra vez. ¿Qué era aquello? ¡Alejandro no podía ser! Se retorcía las manos de angustia. El instinto le mandaba seguir: el terror la retenía. Pasó algunos minutos de pie en el camino sin saber qué hacer, y al fin se volvió hacia la casa, diciéndose: "No debo exponerme a tropezar con un extraño. Si es él, él vendrá".

Pero los pies parecían negarse a obedecer el pensamiento. Anduvo poco, cada vez más despacio, y se volvió de nuevo: también el hombre había vuelto a su primer lugar, y estaba allí, contra el árbol. "¡Será algún propio: será que le ha dicho que no llegue a la casa sino después

32 Se añade signo de admiración.

de anochecer!". Ya no dudó. Su paso era casi carrera. Momentos después estaba tan cerca del hombre que lo veía de lleno: ¡Era, sí, era Alejandro! Él no la veía: tenía la cara vuelta, y se apoyaba pesadamente en el tronco: ¡oh, debía estar enfermo! Voló Ramona a él. Un instante más, y ya Alejandro oyó los pies ligeros: se volvió, vio a Ramona, saltó hacia ella, dando un grito, y antes de verse cara a cara estaban en brazos uno de otro. Ella habló primero. Desligándose suavemente de él, y levantando el rostro: "¡Alejandro!...", empezó a decir; pero tembló al verlo. ¿Era aquél Alejandro? ¿aquel hombre demacrado, macilento, mudo, que la miraba con los ojos vacíos, llenos de desdicha, sin gozo? "¡Jesús!" exclamó Ramona: "¿estás enfermo? ¿Has estado enfermo? ¿Por Dios, Alejandro, qué es?".

Alejandro se pasó la mano con lentitud penosa por la frente, como tratando de recoger sus pensamientos, sin apartar de Ramona la angustiosa mirada, y reteniéndole la mano en las suyas convulsas.

—¡Señorita, mi Señorita!...—Y calló. La lengua le desobedecía. Pero esa voz extraña, dura, sin eco, ¿de quién es? ¡no es la voz de Alejandro!

—¡Mi Señorita! volvió a decir:—no podía irme sin volver a verla; pero cuando llegué aquí, no tuve valor para seguir hasta la casa. ¡Si no viene, me tengo que ir sin verla!

Oyó Ramona aquello con indescriptible terror: su asombro pareció sugerir a Alejandro una idea nueva:—¿Pero es posible, Señorita, que no sepa? ¿no sabe lo que ha sucedido?

—No, mi Alejandro, no: nada sé desde que tú te fuiste: por diez días te he llorado por muerto; pero esta noche algo me dijo que estabas cerca ¡y vine!

Alejandro, que tenía otra vez en sus brazos a Ramona, tembló al oírse llamar: “mi Alejandro".—¡Ay, mi Señorita!—dijo con voz que casi no se oía:—¿cómo se lo podré contar?

—¡Cuéntame, cuéntame! Yo no tengo miedo a nada, ahora que estás tú aquí, y no muerto: ¡yo creí que estabas muerto!

Pero Alejandro no hablaba. Por fin, apretando aún más a Ramona contra su pecho, exclamó: —¡Mi Señorita del alma!: ¡me debiera morir antes que decírselo! Yo no tengo casa: mi padre se ha muerto: a toda mi gente me la han echado de Temecula: ya no soy más que un pordiosero, mi Señorita, un pordiosero como los que le recibían la limosna en el convento de los Ángeles! —Y al decir esto casi se caía, y tuvo que apoyarse contra el árbol:—No estoy fuerte, mi Señorita: no hemos tenido qué llevar a la boca.

Aun en lo oscuro pudo notar que el rostro de Ramona expresaba incrédulo horror, que él no supo entender.

—No vine más que a verla otra vez—continuó:—Ya me voy. ¡Que los santos la tengan siempre bajo su amparo! La Virgen me la mandó esta noche: si no ¿cómo la veo?

Mientras decía esto él, Ramona tenía escondida la cara en su pecho. La levantó, y le dijo:—¿Y tú querías que yo creyese que te habías muerto, Alejandro?

—Yo pensé que habrían venido a decirle lo de Temecula, y sabría que ya mi casa se perdió, y yo no iba a venir a recordarle la promesa. Bien poco tenía yo antes: ni sé cómo me atreví a pensar que podría venir conmigo: ¡pero la quería ya tanto! Y ahora,—añadió bajando la voz,—creo que es que los santos me castigan por haber pensado en dejar a mi gente, y llevarme lo mío para los dos solos. No me han dejado nada, nada.

—¿Quién? ¿Hubo pelea? ¿Han matado a tu padre?—Ramona temblaba de espanto.

—Pelea no. Yo quise: mi padre Pablo no quiso: por Dios me pidió que no peleásemos: el alcalde también me rogó que le ayudara a tener la gente tranquila. Se le veía el pesar al hombre: Rothsaker es bueno, mi Señorita, Rothsaker de San Diego, que nos quiere a los indios, y nos da labor en su rancho de trigo: millas y millas de trigo le hemos segado. A mí me dijo: "Alejandro, mejor quisiera estar muerto que hacer esto que hago; pero si tu pueblo se rebela, ya ves los veinte hombres que traigo: tengo que decirles que hagan fuego". Venían preparados, mi Señorita: ¡ay! ¡echar como a zorros a un pueblo entero de sus casas, a las mujeres, a los hijitos! Si no hubiera sido el Señor Rothsaker ¡lo mato, mi Señorita!: pero si él, que nos quiere, decía que habíamos de irnos ¿qué ayuda nos queda?

—Pero ¿quién se lo mandó a hacer, Alejandro? ¿quién tiene tu tierra?

—¡Americanos!—respondió Alejandro, henchida la voz de cólera y desprecio:—ocho o diez americanos: pusieron pleito por la tierra en San Francisco, y la ley se la dio: ¡dice el Señor Rothsaker que nadie puede ir contra la ley!

—Ay, Alejandro; así le quitaron también, en San Francisco, a la Señora, leguas y leguas, que fueron del General toda la vida. Dicen que eran del gobierno americano.

—¡No hay uno que no sea ladrón, no hay uno! Toda la tierra se la van a robar: mejor fuera echarnos ya al mar ¡a que nos ahogue! Bien me lo decía mi padre: ¡bien está mi padre muerto! Yo no: yo no creía que hubiera hombres tan malos. Pero de eso sí les doy gracias: de que mi padre esté muerto. Una noche creí que iba a vivir, y le pedí a la Virgen que no me lo sanase: ¡yo no quería que viviese! Desde que lo sacaron de su casa, se le murió el juicio, Señorita. Fue antes de que yo llegara. Yo lo encontré afuera, afuera, sentado sobre la yerba. Decían que el sol lo había vuelto loco: no, no fue el sol: ¡era la pena! No quería salir de su casa, y lo cargaron, lo sacaron a la fuerza, lo echaron sobre la yerba: y mueble a mueble le vaciaron la casa delante de los ojos: y cuando la vio vacía, se apretaba la cabeza con las manos, y me llamaba: "¡Alejandro! ¡Alejandro!". ¡Y yo no estaba allí, mi Señorita! Dicen que hasta los muertos lo debieron oír cuando me llamaba, y que nadie le pudo calmar las voces: la noche, el día, se los

pasó llamándome: ¿cómo no me morí cuando me lo dijeron? Cuando llegué, mi Señorita, lo tenían a una sombra de tule, para quitarle el sol de la cabeza: ya no me llamaba: pedía agua, agua. Lo cuidaron, sí lo cuidaron, tanto como se pudo en aquel dolor: ¡todos, todos a los caminos!: tenían prisa los hombres: en dos días, ¡limpio de indios el pueblo! Nadie andaba: todos corrían. En pilas en la tierra estaba lo que había en las casas. La gente arrancaba los techos, porque son de tule y vuelven a servir. ¡Ay, no me pida que le diga más!: ¡es como la muerte!: ¡no puedo!

Ramona lloraba. No sabía qué decir. ¿Qué valía su amor en aquella calamidad? ¿Qué tenía ella que dar a aquel hombre aterrado?

—No llore, Señorita,—dijo Alejandro casi hoscamente: Llorar mata.

—¿Hasta cuándo vivió tu padre? le preguntó Ramona, ciñéndole con los brazos el cuello.

Estaban los dos sentados sobre la yerba; y Ramona, más erguida que Alejandro, como si ella fuera allí la enérgica y él el necesitado de amparo, le había traído la cabeza a su seno, y lo acariciaba como si fuera su esposa de muchos años. Nada revelaba más claramente la postración y terror del indio, que el modo con que recibía las caricias que en distinto estado del alma le hubieran arrebatado de gozo: descansaba sobre el pecho de Ramona como hubiera descansado un niño.

—Cuatro días: se murió hace cuatro días. Me esperé a verlo enterrado. Vine luego. Tres días he estado en el camino. Mi animal, casi está muerto como yo. Los americanos se llevaron mi caballo.

—¡Tu caballo! ¿Los caballos también les da la ley?

—También. El Señor Rothsaker dijo que el juez le mandó llevarse vacas y caballos para pagar las costas del pleito en San Francisco. Y no ponían las vacas por su precio: ¡dicen que ahora las vacas se venden por nada! Con todas las del pueblo no les alcanzó para pagarse, y completaron con caballos: el mío les pareció bueno: se llevaron el mío. ¡No estaba yo allí!,—dijo, levantando un momento la cabeza: si no, mato a Benito de un balazo, para que no lo monte ningún americano! Yo estaba,—continuó reclinándose de nuevo en el seno de Ramona —yo estaba en Pachanga con mi padre. No quería dar un paso sin mí: yo fui con él todo el camino. Y se enfermó al llegar: ¿dónde había de estar yo sino con él? No me volvió a conocer: no volvió a recordar. Yo le hice una casita de tule, y en el suelo se acostó, y se murió en el suelo. Cuando lo enterré, me alegré.

—¿Lo enterraste en Temecula?—preguntó Ramona.

—¿En Temecula?—respondió él con fiereza:—¡Yo creo que no me entiende, Señorita! Ya en Temecula no tenemos nada, ni el cementerio! El alcalde nos dijo que era mejor que no

volviésemos por allí, porque la gente nueva es mala, y matarán al indio que les pise sus terrenos.

—¡Sus terrenos!

—Suyos. La ley les dio papeles. Así decía siempre mi padre: ¡si el Señor Valdés le hubiera dado un papel! Pero entonces no era uso. Esta ley americana es otra.

—¡Ésta es ley de ladrones!

—¡Y de asesinos! ¿A mi padre Pablo no me lo han asesinado?: ¡asesinado lo mismo que con un fusil! ¡allí, llorando, sin casa, sobre la yerba!... ¡Y José, Señorita! ¿se acuerda de José, el que trajo el violín? Pero la mato, la mato si le cuento. ¡Mejor que no lo diga!

—¡Todo, Alejandro, todo! Tú no tienes pena que no sea mía. ¡Dime lo de José!—exclamó Ramona, con el espanto en el aliento.

—¡Si parte el corazón, mi Señorita! Hace un año no más que se casó José, y tenía la casa mejor de Temecula, después de la de mi padre: no había en el pueblo otra casa de tejas: y tenía un buen corral, y aquel lindo caballo, y sus bueyes, y su rebaño de ovejas. Casi todos los hombres estaban fuera del pueblo, cogiendo la uva: pero José se quedó, porque el hijito recién nacido se le iba muriendo, y le faltó el ánimo para dejarlo. Él fue el primero que vio venir al alcalde, con los hombres armados: sabía a lo que venían, porque mi padre habló antes con él muchas veces: José se volvió loco, y cayó al suelo echando espuma por la boca. Él tuvo antes un arrebato así, y el médico dijo que si le volvía era para morir: pero no se murió: se puso bueno. El Señor Rothsaker dice que nadie trabajó más que él en la mudada el primer día. Los otros, como muertos, no querían ver: se tapaban los ojos: no querían hablar: estaban sentados en la yerba, entre las mujeres. José no, José trabajaba: lo primero que hizo, Señorita, fue llevar a la tienda, donde la Señora Hartsel, el violín de mi padre Pablo, que vale dinero, para que nos lo escondiese. Y al otro día, a lo alto del sol, le dio el arrebato, y se quedó muerto, muerto delante de su misma puerta, cuando iba sacando la cunita del hijo: y cuando Carmen, Carmen su mujer, lo vio morir, no volvió a hablar, Señorita: se columpiaba no más, sentada, en la yerba, con el hijo en los brazos. Después fue con nosotros a Pachanga, cuando llevé yo a mi padre. Íbamos muchos, muchos.

—¿Dónde está Pachanga? preguntó Ramona.

—Está como en un cañón, a una legua de Temecula. Yo le dije a la gente que era mejor irse allí, porque la tierra no tiene amo, y quién sabe allí puedan vivir. Pero lo triste es que no hay agua corriente, sino un arroyo, y un pozo que abrió la gente en cuanto llegamos, y eso es para beber no más. Yo vi que Carmen iba medio muerta por el camino, y me puse el hijito al brazo, y con el otro llevaba a mi padre; pero el hijito se echó a llorar por ella, y se lo di: yo no creí que

llegaría a la noche la criatura; pero la mañana después, la mañana del día en que murió mi padre, estaba vivo. Cuando mi padre iba acabando, vino Carmen con el niñito envuelto en el rebozo, y se me sentó al lado en el suelo, y no me hablaba. Yo le dije: "¿Cómo está tu hijo, Carmen?". Ella abrió el rebozo, y me lo enseñó, muerto. "¡Bueno, Carmen!", le dije: "¡bueno! También mi padre se está muriendo: los enterraremos juntos". Y toda la mañana se estuvo a mi lado, y por la noche me ayudó a abrir la tierra. Yo quería enterrar al niño en brazos de mi padre; pero ella no quiso, no; quiso que tuviera el niño su tumbita. Abrió la tierra ella misma, y los enterramos. Nunca habló, nunca. Estaba sentada junto a la sepultura cuando yo fui, antes de ponerme en viaje, a clavar una cruz que hice con dos troncos de arbolitos tiernos. Con esos dos muertos, Señorita, ha empezado el cementerio nuevo, con el más viejo y con el recién nacido, que tuvieron la dicha de morirse! ¿Por qué yo no me muero?

—¡Ay! Y ¿dónde enterraron a José?

—En Temecula. El Señor Rothsaker hizo que dos de aquellos hombres lo enterraran en el cementerio viejo. Pero yo creo que Carmen va a ir allí de noche, y a llevarse su muerto. ¡Yo me lo llevaría! Pero, mi Señorita: ya es tan oscuro que ni en sus ojos me puedo ver! ya no debe estar más: ya me voy, Señorita: ¿podré acompañarla hasta el arroyo, ¡hasta el arroyo! sin que me vean? ¡Que los santos le den su bendición, porque quiso venir a verme! Si no la hubiera vuelto a ver, no sé si quedo vivo.

Y se puso en pie, como aguardando a que Ramona se moviera. Ramona no se movía: pensaba en lo que había de hacer. El alma entera le decía: ¡vete con Alejandro! Pero Alejandro al parecer no pensaba en llevársela. ¿Se le ofrecería ella a ir? ¿Y si el infeliz no tenía dónde ir con ella? ¿Le iba a ayudar, o a estorbar? ¡A estorbar no!: ella se sentía fuerte, capaz, ágil: el trabajo no la amedrentaba: no sabía lo que eran privaciones, pero no les tenía miedo.

—¡Alejandro!—dijo al fin, en un tono que estremeció al indio.

—Mi Señorita!—dijo él tiernamente.

—Ni una vez me has querido decir Ramona.

—¡No puedo, Señorita!

—Por qué no?

—No sé. A veces, pensando, digo "Ramona"; pero no muchas veces. Cuando la pienso más, es con un nombre que nunca ha oído.

—¿Qué nombre?—exclamó Ramona con asombro.

—Un nombre indio, el nombre que yo más quiero, el nombre de la paloma a que se me parece, ¡de la torcaza! Así es como yo pensé que la hubieran llamado en Temecula, ¡cuando íbamos a ir a Temecula!: así: ¡Majel, mi Majel! Es lindo, Señorita, y se le parece.

Alejandro estaba aún en pie. Ramona sé levantó, se llegó a él, apoyó las dos manos en su pecho, y la cabeza en las manos, y le dijo:

—Alejandro, tengo una cosa que decirte: yo soy india, Alejandro: yo soy como tu gente.

El silencio de Alejandro la dejó atónita:—Yo pensé que te pondrías contento, dijo.

—El contento lo tengo desde que lo supe: ¡ya yo lo sabía!

—¡Lo sabías! Y ¿no me lo dijiste?

—No me atreví: Juan Canito me lo dijo.

—¡Juan Canito!—dijo Ramona pensativa: ¿Y él cómo lo sabe? Entonces, en unas cuantas palabras, contó Ramona todo lo que la Señora le había dicho:—¿Es eso lo que te dijo Juan Can?

—Eso, respondió Alejandro, vacilante; pero el nombre del padre no me lo dijo.

—¿Quién te dijo que era mi padre?

Él no respondió.

—No importa, exclamó Ramona:—Juan Can no puede saber más que la Señora. Pero yo creo, Alejandro, que tengo más de mi madre que de mi padre.

—Sí, sí tiene más, mi Señorita,—dijo él con ternura:—si siempre dije yo cuando la veía, "¡si me parece de mi pueblo!”.

—¿Y no te alegra, Alejandro?

—¿Que no me alegra?

¿Qué más tenía Ramona que decir? Allí estalló su corazón; y sin premeditarlo, sin decidirlo con el juicio, sin conocimiento casi de lo que hacía, se acogió al pecho de Alejandro y le dijo, llorando:—¡Oh, Alejandro, llévame contigo! llévame contigo! Mejor me muero que dejarte ir!

¡MI MAJELA!

A este grito del alma respondió Alejandro ciñendo con sus brazos a Ramona; más y más la estrechaba, hasta que casi el abrazo era dolor: ella le oía latir el corazón: él no le hablaba. Por fin dejó Alejandro caer los brazos, tomó una mano de Ramona, se la llevó a la frente con noble reverencia, y dijo, en voz tan velada y trémula que apenas le oía ella las palabras:

—Mi Señorita sabe que mi vida es suya. Si me dice que me eche al fuego o a la mar, me echo al fuego o a la mar, contento porque ella me lo manda: pero yo no puedo llevar a morir a mi Señorita. Mi Señorita es delicada: se me muere en esa vida: ella no puede dormir en la tierra: ella no sabe lo que es no tener qué comer. Mi Señorita no sabe lo que dice.

Aquel tono solemne; aquel modo de hablarle como si estuviese hablando de ella, y no con ella; como si en vez de hablar con ella, hablase con Dios mismo, calmaron y fortalecieron a

Ramona, en vez de amedrentarla:—Yo soy fuerte: yo también puedo trabajar, Alejandro: tú no sabes: los dos podemos trabajar: a mí no me da miedo dormir en la tierra: Dios nos dará qué comer.

—¡Así pensaba yo antes! Cuando me fui aquella mañana, eso llevaba yo en el pensamiento: "¡si ella no tiene miedo, por qué lo he de tener yo?: qué comer, siempre habrá, y yo veré porque no tenga pena!". Pero los santos nos han vuelto la espalda, Señorita. Estos americanos van a acabar con nosotros. Nos matarán a bala o a veneno. A todos nos van a echar del país, como a los conejos y a las ardillas. ¿Qué les queda ya que hacer? De veras, Señorita: ¿no querría mejor estar muerta que como yo estoy ahora?

Cada palabra de Alejandro decidía más a Ramona a compartir su suerte:—Alejandro,—interrumpió:—¿en tu pueblo hay muchos hombres que tienen mujer, no?

—Sí, Señorita, hay:—dijo él asombrado.

—Y ¿sus mujeres los han dejado solos, Alejandro, en esta pena?

—¡No, Señorita, no!—dijo él con más asombro aún: ¿cómo han de dejarlos solos?

—¿Se quedan con ellos, no, para ayudarlos, para que estén contentos? ¿se quedan, verdad?

—Se quedan, sí, respondió Alejandro, que ya alcanzaba la razón de aquellas preguntas, no menos diestras que las que solía hacer la Señora.

—Y ¿las mujeres de tu pueblo quieren a sus maridos mucho?

—Mucho, Señorita.

Callaron un momento. Era ya muy oscuro. Alejandro no podía ver cómo encendía la sangre precipitada el rostro de Ramona; cómo hasta el cuello se le tiñó de rubor cuando le dijo su última pregunta:

—¿Y tú crees que alguna de ellas quiere a su marido más de lo que yo te quiero, Alejandro?

Antes de oírle aquella frase entera, ya la tenían ceñida otra vez los brazos del indio. ¿A qué muerto no resucitarían palabras semejantes? Resucitarían a un muerto, sí; pero a Alejandro no lo harían egoísta. No respondía Alejandro.

—¡Tú sabes que no hay una sola!—dijo Ramona impetuosamente.

—¡Ay, esto es mucho, es mucho!—exclamó él, echando atrás en desesperado ademán los brazos. Y trayéndola de nuevo sobre su corazón, habló así a Ramona, con las palabras sordas y aceleradas:—Mi Señorita, me lleva a las puertas del cielo; pero yo no me atrevo a entrar. Se me muere, se me muere, si me la llevo a aquella vida: la vida que yo llevo me la mata: ¡déjeme, déjeme ir, mi Señorita! ¡Mejor que no me hubiera visto nunca!

—¿Tú sabes, Alejandro, lo que yo iba a hacer si no hubieras venido? Me iba a escapar, sola, Alejandro, y a ir a pie a Santa Bárbara, a pedirle al Padre Salvatierra que me pusiese en el convento de San Juan Bautista. Y eso haré, Alejandro, si tú no me llevas.

—¡Oh! no, no, Señorita, mi Señorita, no hará eso!—¡Mi Señorita tan hermosa en el convento! ¡No, no!—decía él vivamente agitado.

—Sí: si no me dejas ir contigo, eso haré. Me iré mañana.

Y lo haría de seguro: él sabía que lo haría.

—¡Pero hasta eso sería mejor que vivir huyendo como una bestia feroz, mi Señorita!: mejor es eso que venir conmigo!

—Cuando te creía muerto, Alejandro, el convento no me daba horror: allí me habrían dejado vivir en paz, y enseñar a los niños. Pero si sé que estás vivo ¿qué paz he de tener? ¡ni un minuto de paz, Alejandro! Mejor quiero morirme que estar donde tú no estés. ¡Llévame, Alejandro!

Alejandro estaba vencido:—La llevaré, mi Señorita de mi vida,—dijo gravemente, sin júbilo de enamorado, en su voz honda,—la llevaré. ¡Los santos tal vez tengan piedad de la Señorita, aunque ya no la tienen conmigo ni con mi pueblo!

—Mi Alejandro, tu pueblo es mi pueblo. Los santos son buenos con quien los quiere. Ya verás como somos felices; ya verás:—y reclinó en silencio solemne la cabeza por algunos instantes sobre el pecho de Alejandro como si hiciese un juramento. ¡Con razón deseaba Felipe ser querido por la mujer que lo amase, como Ramona quería a Alejandro! Cuando levantó la cabeza, le dijo tímidamente, segura ya de que la llevaría:—Conque te llevarás a tu Ramona, Alejandro?

—¡Mi Ramona estará conmigo hasta que yo me muera!—exclamó él apretándola en sus brazos, y apoyando la cabeza sobre la suya. Pero las lágrimas que había en sus ojos no eran de alegría, y su espantado corazón le dejaba oír aquella misma voz de alarma dolorosa en que prorrumpió al verla por primera vez: "¡Jesús me valga!".

No era fácil decidir lo que tenían que hacer. El hubiera querido ir de frente a la casa, ver a Felipe, ver a la Señora, si era necesario: pero sólo de oírselo decir tembló Ramona:—Tú no conoces a la Señora, Alejandro: tú no sabes cómo me ha estado tratando: me tiene tanto odio que, si se atreviera, me mataría: dice que me dejará ir, si quiero; pero yo creo que me echa al pozo en el último momento, antes que dejarme ir contigo.

—¿Y yo no la defiendo, mi Señorita? ¿Y el Señor Felipe?

—¡Felipe! Ella juega con Felipe como con la misma cera. En un minuto le hace cambiar cien veces el pensamiento. ¡Yo creo que tiene tratos con el enemigo, Alejandro! No vayas, no. Yo vendré aquí en cuanto estén todos dormidos. Debemos irnos en seguida, irnos.

Él, dominado por el terror de Ramona, consintió en esperarla. La esperaría allí mismo. Dos veces se volvió ella para darle otro abrazo.

—¡Prométeme, prométeme que no te mueves de aquí hasta que yo venga! En dos horas vuelvo, o en tres a lo más. Ahora serán las nueve. ¡Prométemelo!

—Aquí estaré cuando venga,—respondió él.

Pero no reparó Ramona en que Alejandro no le había prometido no moverse de allí, sino estar allí cuando ella viniera. Él tenía por su parte algo que hacer para ayudar a aquella fuga súbita: él pensaba por ella, olvidada en su candor de las dificultades de aquel largo viaje. Cuando Alejandro salió para Temecula, iba pintándose en la mente su vuelta a la hacienda, a buscar a Ramona, él montado en Benito, en su fuerte y ligero Benito, y del cabestro la lindísima yegua castaña de Antonio, para que la montase ella. Dieciocho días no más hacía: y cuando eso iba él imaginando, levantó de repente la cabeza, vio a Antonio que venía hacia él en la yegua castaña a galope de loco, vio cubiertos de sangre por la espuela los ijares de la bestia, que era el cariño de su dueño, vio al animal detenerse ante él, resoplando como una máquina cansada, ahogado, jadeante. Antonio, al verle, dio un grito, se echó de la silla, vino de un salto a él, se lo dijo todo con palabras entrecortadas. Alejandro no podía recordar las palabras, sino que en cuanto las oyó cerró los dientes, dejó caer las riendas, se tendió sobre el cuello de Benito, le habló a Benito al oído, y Benito no paró el galope, no paró en todo el día, hasta llegar a Temecula. Allí Alejandro vio las casas sin techo, las carretas cargando, la gente corriendo, gimiendo las mujeres y los niños: le señalaron donde estaba su padre, acostado en la tierra bajo la sombra de tule: se desmontó de un salto, dejando ir a Benito, y no volvió a verlo más: ¡de eso hacía sólo dieciocho días! Y ahora estaba allí, debajo de aquellos mismos sauces desde donde vio por primera vez a Ramona: era noche, noche oscura, y Ramona había estado en sus brazos: Ramona era suya: Ramona iba a volver para irse con él... ¡Para irse! ¿A dónde? Él no tenía en todo este mundo grande una casita donde ampararla. Y aquel pobre animal que lo había traído ¿tendría fuerzas bastantes para llevarla? Alejandro creía que no: para aliviar a la buena bestia, había él hecho a pie más de la mitad del camino; pero de no comer estaba el caballo moribundo: allá en Pachanga la yerba estaba toda quemada con el sol, y de los pocos caballos que salvaron, algunos se murieron.

Pero Alejandro, en los instantes mismos en que tenía abrazada a Ramona, maduraba un proyecto en silencio. Si Babá, el caballo de Ramona, estuviese en el corral, él podría sacarlo sin

ruido. En eso no había culpa: y si la había, ¿qué hacer? Ramona tenía que ir a caballo, y Babá era el suyo, su caballo de siempre, que desde potro la seguía como un perro por dondequiera que ella iba, y no tuvo más doma que la de ella, que lo domó con pan y con miel. A todos los demás les resistía: pero Ramona podía guiarlo por donde quisiese, sin más rienda que una guedeja de sus sedosas crines. Alejandro tenía casi el mismo poder sobre él, porque durante el verano hizo costumbre de ir a acariciar a Babá cuando no podía ver a Ramona, por lo que pronto llegó el animal a quererlo como a su propia dueña. "¡Si no se lo han llevado del corral...! Tan pronto como dejó de oír las pisadas de Ramona, echó a andar Alejandro, a paso cauto y vivo, rodeó por lo más hondo y oscuro la explanada de las alcachofas y los corrales, y volvió loma arriba, para entrar en el corral por lo más lejos. No había luz en ninguna de las casas de los pastores dormidos; y bien sabía Alejandro que los pastores tenían sueño pesado, porque muchas noches, cuando dormía en su compañía, saltó por entre ellos, echados sobre sus pieles, sin que ninguno le oyera ir y venir. "¡Con tal que Babá no relinche!". Inclinándose sobre la cerca del corral, silbó Alejandro tan bajo que él mismo apenas se oía. Los caballos estaban todos en un grupo, al otro extremo de la cerca: se notó entre ellos un leve movimiento, y uno de los animales dio uno o dos pasos hacia Alejandro. "¡Yo creo que ése es Babá!": y silbó otra vez. El caballo salió andando, pero de pronto se detuvo, como si le asaltase el miedo de un peligro. "¡Babá!"—murmuró Alejandro. El sagaz animal conocía su nombre, y la voz de Alejandro; y pareció entender que se trataba de secreto, y que si Alejandro lo llamaba quedo, quedo debía él responderle: relinchó como para que no le oyeran, llegó a la cerca a largo trote, y reconoció con los belfos la cara de su amigo, mostrándole su gozo con caricias y relinchos suaves.—"¡Cállate, cállate, Babá!"—le dijo Alejandro, como si hablase con un ser humano;—y comenzó sigilosamente a quitar los palos de arriba de la cerca. El caballo lo entendió enseguida: en cuanto la cerca estuvo un poco baja, la salvó de un salto, y se estuvo sin moverse al lado de Alejandro, que mientras volvía a su puesto los maderos, sonreía a pesar de su angustia imaginando la fatiga que se daría Juan Canito al día siguiente para entender cómo Babá pudo saltar la cerca.

Todo eso ocupó pocos momentos. Alentado con su buena fortuna: "¿por qué, se dijo Alejandro, no he de poder sacar también el sillón?". Sillas y arneses estaban colgados en clavijones de madera en un cobertizo abierto, como es de uso en la Baja California, sin más pared que los puntales de las cuatro esquinas. Alejandro cavilaba. Mientras más lo pensaba, más deseaba hacerse también del sillón. "Babá, si tú supieras lo que quiero de ti, te estarías aquí quieto hasta que yo sacara el sillón". Pero no se atrevió a correr el riesgo: "¡Ven, Babá!" Y siguió loma abajo, con Babá detrás de él, que iba siguiéndolo sin ruido. Cuando llegó a lo bajo

de la loma cambió el paso en carrera, con la mano entre las crines del animal, como si fueran de retozo, y a los pocos momentos estaban ya bajo los sauces, donde el mísero pony de Temecula aguardaba amarrado. Con el mismo lazo ató Alejandro a Babá, le acarició el cuello, le puso junto a los belfos la mejilla, y le dijo alto:—"Babá bueno: quédate aquí hasta que la Señorita venga". Babá relinchó.—"¡Si yo creo que conoce el nombre de la Señorita!" pensó Alejandro, en camino otra vez para el corral. Se sentía fuerte, sentía en sí un nuevo hombre: en medio del terror, el júbilo le estremecía. Cuando llegó al corral, todo estaba aún callado: los caballos no se habían movido: Alejandro se tendió de pecho sobre tierra, y a rastras fue desde el corral al cobertizo, que no estaba tan cerca. Aquélla era la parte más peligrosa de la aventura: a cada instante se detenía, ponía el oído, se arrastraba unos cuantos pasos: al llegar a la esquina donde colgaban siempre el sillón de Ramona, le aumentó el sobresalto: en las noches calientes, Pedro venía a dormir al cobertizo: todo estaba perdido, si dormía allí aquella noche: escurriéndose a gachas en la oscuridad se enderezó al llegar al puesto, buscó el sillón a tientas dio con él, lo levantó de un solo esfuerzo, se echó a tierra con su presa; y con ella volvió a rastras por el mismo camino. Ni el más diestro de aquellos perros pastores lo había oído. Una hoja no es más leve. "¡Capitán: esta vez estás dormido!".

En cuanto llegó al pie de la loma, se echó a andar, con el sillón a las espaldas: mucho debía pesar el sillón a hombre tan debilitado, pero no sentía el peso, porque era menos que su regocijo. Ahora sí que iba a ir bien su Señorita, porque montar en Babá era como ir en una cuna: y si era mucha la necesidad, a los dos podía llevarlos Babá sin sentirlo; lo que tendría tal vez que ser, según pensaba Alejandro, arrodillado junto a su pobre pony, que de cansancio no podía alzarse del suelo: Babá, sobre sus pies, estaba al lado, mirando con desdeñoso asombro a aquel infeliz compañero.

"¡Alabado sea Dios!" se dijo Alejandro, sentándose a esperar: "¡parece que los santos no quieren dejar sola a mi Señorita!". Le hervían los pensamientos. ¿A dónde irían primero? ¿Qué sería lo mejor? ¿Saldrían a perseguirlos? ¿Dónde buscarían casa? Era vano pensar hasta que Ramona no viniese: ella había de decidir: lo primero era ir a San Diego, donde el padre, a que los casase: eso era tres recias jornadas, y con el pobre pony, lo menos cinco. Y en el camino ¿qué iban a comer? Alejandro pensó en el violín guardado en lo de los Hartsel: Hartsel le daría sobre él algún dinero: tal vez se lo compraría. Luego recordó su violín propio, en el que no había vuelto a pensar. Estaba en su caja sobre una mesa en el cuarto de Felipe cuando Alejandro salió para Temecula. ¿Sería posible? ¡no: no era posible que Ramona hubiese pensado en traerlo? ¿Qué traería Ramona? Cuanto debiera y pudiese: de eso estaba Alejandro seguro.

Y ¡cuán largas le parecieron las horas que pasó allí sentado, en planes y conjeturas! A cada hora que pasaba, daba gracias al cielo, nublado y oscuro: "Los santos me han traído en una noche sin luna";—se decía sin cesar; y sencillo y devoto como era,—"los santos me la amparan", añadía: "los santos quieren que les cuide a mi Señorita".

Ramona andaba en pasos peligrosos, en un verdadero laberinto de dificultades. Llegó a su cuarto sin ser vista: así creía ella a lo menos. Por dicha suya, Margarita estaba en cama, postrada por una muela enemiga, que su madre aplacó con un fuerte calmante; lo que fue gran fortuna para Ramona, que de otro modo no hubiera podido salir de la hacienda, porque aquella espía se lo hubiese adivinado. Entró Ramona a la casa por el patio, no por el colgadizo, donde, como era temprano aún, estarían Felipe y su madre. Platicando estaban: los oyó al entrar en su cuarto. Cerró sin disimulo una de las ventanas para que supiesen que estaba allí, y se arrodilló a los pies de la Virgen diciéndole en rápida confesión cuanto iba a hacer, pidiéndole amparo y luz para Alejandro y para ella, rogándole que les guiara al fin de su viaje. "¡Dónde iremos, Santísima Virgen!". "Me dirá, sí; yo sé que me dirá", se repetía Ramona convencida, al acabar su plegaria. Se recostó sobre la cama, a esperar a que la Señora y Felipe se durmiesen. Tenía el entendimiento claro, firme. Sabía lo que quería. De dos semanas atrás lo tenía pensado todo, cuando esperaba a Alejandro hora tras hora.

A los principios del verano le había dado Alejandro, como curiosidades, dos grandes alforjas de red, de las que usan las indias para llevar toda especie de carga. Son de una fibra parecida al cáñamo, fuertes como el hierro, y de hilos tan distantes que su peso es liviano: se cierran por la boca, y están unidas por una faja de la misma fibra, que las indias se ponen por la frente: así se echan a la espalda pesos que no podrían cargar de otra manera. Hasta que Ramona pensó en las árganas, no sabía cómo llevar lo que le parecía tener derecho a tomar de la casa, que era poco en verdad: lo muy necesario: un vestido y sus mantas, el paño nuevo de encaje, dos mudas de ropa blanca. Eso no era demasiado, teniendo la Señora en su poder, como tenía, todas aquellas joyas: "Yo le diré al Padre Salvatierra todo lo que me llevo: el me dirá si ha sido mucho". Le mortificaba el pensar que aquellas ropas que de fuerza había de llevar fueron pagadas con dinero de la Señora Moreno.

Y el violín de Alejandro. Cualquiera otra cosa dejaría; pero el violín no. ¿Qué sería de Alejandro sin su música? Y si iban a Los Ángeles, podría ganar, por supuesto, tocando en los bailes. Ya Ramona, dándole vueltas al pensamiento, tenía imaginados varios modos para ir levantando las arcas de la nueva casa: levantándolas los dos, ella y su marido.

Y comida para el camino. Y había de ser algo serio, y vino, para Alejandro. Se le oprimía cl corazón al recordar su desmayada apariencia. "Hambre" dice que tuvieron: ¡Santo Dios:

hambre! Y ella se había sentado mientras tanto a mesas repletas, y había visto echar a los perros verdaderos festines!

Tardó mucho la Señora en ir a su cuarto, y Felipe en rendirse completamente al sueño. Al fin Ramona se atrevió a salir. Todo estaba oscuro.

Con la red a la espalda,—"como buena india que soy", se dijo casi alegremente,—atravesó a hurtadillas el patio, dio la vuelta por el sudeste de la casa, y costeando el jardín llegó a los sauces, donde depositó su carga, para ir en busca de la otra.

Lo de ahora era lo más difícil. Vino estaba resuelta a llevar, y pan, y carne fría. No conocía los dominios de Marta tan bien como los suyos propios, ni se atrevía a encender luz. Tuvo que hacer varios viajes a la cocina y despensa, para completar sus provisiones. De vino, encontró por fortuna en el comedor dos botellas llenas; y un poco de leche; que echó en una vasija de cuero, colgada de la pared del colgadizo. Ahora sí estaba lista. Se asomó a la ventana, donde se detuvo oyendo la respiración de Felipe.

¿Cómo me voy a ir sin decirle adiós?—Y allí se estaba, sin saber qué hacer.

—¡Mi buen Felipe, tan bueno siempre para mí! Si me atreviera a darle un beso! Voy a escribirle.

Tomó lápiz y papel, y una cerilla tan fina que hubiera sido difícil distinguirla en un cuarto, y volviendo al comedor, se arrodilló en el suelo detrás de la puerta, encendió la cerilla y escribió:

"Querido Felipe: Alejandro ha venido, y me voy con él esta noche. Cuida tú, si puedes, de que no nos pase nada. Yo no sé dónde vamos; tal vez vayamos donde el Padre Salvatierra: yo te querré siempre. Gracias por lo bueno que has sido conmigo.—Ramona".

Fue cosa de un momento. Apagó la luz, y volvió a tientas a su cuarto. Tendían ahora la cama de Felipe junto a la pared, y Ramona desde su ventana alcanzaba a los pies de ella. Cautelosamente fue sacando el brazo hasta que dejó caer el papel sobre la colcha, a los pies mismos de Felipe. Había peligro, por supuesto, de que la Señora lo viese antes que él; pero Ramona se decidió a correr el riesgo.

—¡Adiós, Felipe, adiós!—murmuró en un aliento, apartándose ya de la ventana. La demora le había costado cara: el vigilante Capitán, que dormía en el patio, oyó y olió como entre sueños que pasaba algo extraño, y al poner Ramona el pie afuera, dio un ligero ladrido, y vino hacia ella saltando.

—¡Virgen santa! ¿qué va a ser de mí?—pensó Ramona: pero se encuclilló, abrió rápidamente la red, y al acercársele Capitán, ya le estaba dando un trozo de carne y haciéndole caricias. Mientras comía el perro meneando la cola, y demostrando mucho regocijo, se echó al hombro otra vez la carga, y acariciándolo siempre,—"Ven, Capitán",—le dijo. Era su última

oportunidad. Si ladraba otra vez, alguien se despertaría de seguro: si la seguía en silencio, podría escaparse. Al dar el primer paso, se le llenó de sudor frío la frente. Capitán la siguió. Apretó el paso Ramona, y él con ella, olisqueando la carne de la red. Al llegar a los sauces, Ramona se detuvo, preguntándose si sería mejor darle otro buen trozo de carne y tratar de escaparse mientras la comía, o dejarle que siguiera con ella. Se decidió por lo último, y recogiendo la otra alforja, siguió andando. Ya se sentía segura. Se volvió, y miró hacia la casa: todo estaba en silencio y oscuro: apenas se divisaba la casa en la sombra. Cuanto tenía de sentimiento se estremeció profundamente en ella: ella no había conocido más hogar que aquél: sus felicidades y sus penas allí habían sido todas,—Felipe, el Padre Salvatierra, los criados, los pájaros, el jardín, la capilla. ¡Ay, si hubiera podido volver a rezar en la capilla! ¿Y quién cambiaría ahora las flores y los helechos? Cómo la iba Felipe a echar de menos cuando se arrodillase solo ante el altar! Catorce años hacía que se estaban arrodillando juntos! Y la Señora, tan fría, tan dura! Ella sería la única que se alegrase. "A todos los demás les va a dar tristeza, a todos menos a ella. Ojalá les hubiera podido decir adiós a todos, y ellos a mí, y desearnos buena suerte". Así pensó dando un suspiro la amable niña: y volviendo la espalda a su hogar, siguió adelante por la senda que había elegido. Se inclinó, y acarició a Capitán en la cabeza:—"¿Quieres venir conmigo, Capitán?" le dijo:—y Capitán dio un salto de alegría, acompañado de dos o tres gruñidos:—"Sí, Capitán: ven." "Me parecerá que tengo algo de la casa a mi lado mientras esté viendo a Capitán".

Cuando Alejandro divisó en lo oscuro aquella figura que se venía acercando a él, no la conoció y se llenó de susto. ¿Qué persona extraña podía estar andando por allí a aquellas horas? Se apresuró a esconder los caballos más adentro de los sauces, y él mismo se ocultó detrás de un tronco, espiando. A los pocos momentos le pareció reconocer a Capitán que venía dando brincos en torno de aquella despaciosa y encorvada caminante. De seguro que era una pobre india que no podía con la carga que llevaba a cuestas. Pero ¿qué india podía tener un mastín tan hermoso como Capitán? Alejandro miraba con toda su alma. Al fin vio que la figura se detenía, y dejaba caer parte de su peso.

—¡Alejandro! dijo una voz muy baja y dulce.

Alejandro saltó como un venado, exclamando:—¡Mi Señorita, mi Señorita! Por Dios, ¿cómo ha venido con todo ese peso?

Ramona se echó a reír.—¿Te acuerdas del día en que me enseñaste cómo las indias llevaban sus cargas? Yo no pensé llevarlas tan pronto. Pero la frente me duele, Alejandro, del peso no, sino del cordel: no hubiera podido llevarlas mucho tiempo más.

—Pero si no tiene la cesta de la cabeza!—respondió Alejandro, echándose las redes por los hombros como si hubieran sido plumas. Entonces sintió el violín:—¡El violín!—exclamó:—[33] ¿dónde lo encontró, mi vida?

—En la mesa del cuarto de Felipe. Yo sabía que eso era lo que tú querías que te trajese. No traigo casi nada, Alejandro: me pareció nada cuando lo cogí, pero de veras pesa mucho. ¿No será mucha carga para tu pobre caballo? Tú y yo podemos caminar. Y mira: mira a Capitán. Se despertó y tuve que traerlo para que se estuviera quieto. ¿No lo podremos llevar?

Capitán no cesaba de dar saltos y de subírsele a Alejandro al pecho, lamiéndole la cara, gruñendo, mostrando de mil modos afecto y alegría.

Alejandro rompió a reír, lo que asustó a Ramona, que sólo dos o tres veces lo había oído reír así:—¿De qué te ríes, Alejandro?

—De lo que tengo que enseñarle, mi Señorita. Mire.—Y volviéndose hacia los sauces dio dos o tres silbidos, al primero de los cuales salió Babá trotando de entre los árboles hasta donde se lo permitió el lazo, y comenzó a relinchar de júbilo en cuanto conoció a Ramona.

Ramona, sorprendida, no tuvo más respuesta que las lágrimas.

—¿Qué le ha puesto triste, mi Señorita?—dijo Alejandro asombrado:—¿no es este caballo suyo? Si no quiere, lo llevo al corral. Mi pony puede llevarla, no yendo muy aprisa: pero yo creí que le daría gusto tener a Babá.

—¡Ay, sí, Alejandro!—respondió ella, con la cabeza apoyada sobre el cuello de Babá.—Es milagro, milagro... Y cómo vino aquí? ¡Y la silla también!—dijo, reparando por primera vez en ella.—Alejandro—añadió en un murmullo de asombro:—¿lo mandarían los santos? ¿lo encontraste aquí?

—Los santos han debido ayudarme. Yo lo llamé desde la cerca del corral, y él vino; ni Capitán salta la cerca más ligero: ¡ya está aquí!: ¿no nos lo llevamos?

—¡Oh, sí! ¡si es más mío que todo lo que tengo! Felipe me lo dio acabado de nacer, ya hace cinco años. ¡Babá, nunca me separaré de ti, nunca!—Y levantando una de las finas manos de Babá, apoyó contra ella amorosamente la mejilla.

Alejandro ya estaba colgando las redes a la cabeza del sillón. Las manos le temblaban.—Ahora vámonos pronto, mi Señorita. A lo primero tenemos que ir de prisa. Antes que sea de día, nos esconderemos a descansar en un seguro. Viajaremos de noche no más, no sea que nos persigan.

—No, Alejandro: no nos perseguirán: ¡si la Señora dijo que en esto nuestro no iba a hacer "nada", Alejandro! Felipe quiso que tú te quedases con nosotros; pero ella dijo que no hacía

33 En edición príncipe: «¿—dónde».

"nada!”. No nos perseguirán, no. Lo que quieren es no saber más de mí. La Señora quiere eso; Felipe no: Felipe es muy bueno, Alejandro.

Ya están listos. Ramona va en Babá, con las redes caídas a los lados del arzón de la montura. Alejandro va a pie, y lleva de la mano al pobre pony. Era una triste procesión de bodas; pero Ramona llevaba el corazón lleno de alegría.

—No sé qué es, Alejandro,—le decía ella,—pero no siento miedo: ningún miedo siento, Alejandro: ¿no es extraño?

—Sí,—dijo él solemnemente, poniendo, sin interrumpir el paso, su mano en la de Ramona: —es extraño. Yo sí tengo miedo, miedo por mi Señorita. Pero los santos la ayudarán. ¡Ya a mí ni a mi pueblo nos ayudan!

—Pero ¿que nunca me vas a decir más que "Señorita"?: ¿nunca me vas a decir "tú"?. Así es como me decía siempre la Señora cuando me regañaba: "¡Señorita!".

—¡Pues nunca lo volveré a decir! ¡sin lengua me quiero quedar antes que decirle como le decía ella!

—¿No me puedes decir "tú", decirme Ramona?

No sabía Alejandro explicar por qué le parecía difícil llamarle Ramona. El "tú" no: el "tú" se le salía del alma.

—¿Qué nombre es aquel con que dijiste que me pensabas llamar, el nombre indio, el nombre de la paloma?

—Majel, dijo él. Majel le digo en mis pensamientos desde la noche de aquel día en que me besó, que estuve yo de vela en el jardín, oyendo arrullarse a dos torcazas enamoradas. ¡La niña de mi vida se me parece a eso!,—[34]dije yo,—a la torcaza: el canto de la torcaza tiene una música como la de su voz, y es el canto más dulce del mundo: y la torcaza es fiel toda la vida a su compañero...—Y al decir esto, cesó de andar.

—Como yo a ti, Alejandro,—dijo Ramona, inclinándose hacia él, y poniéndole la mano en el hombro.

Babá se detuvo: en el aire conocía él el menor deseo de su dueña: aquel viaje lo tenía muy sorprendido: nadie se había atrevido nunca a ir a pie a su lado cuando él sacaba a Ramona a paseo, ni le jugaba con las crines. ¡Si no fuera Alejandro...! Pero cuando su dueña estaba tranquila, así debía ser. ¡Y ahora su dueña le pone una mano a Alejandro en el hombro! ¿Querrá eso decir que se pare? A Babá le pareció así, y se paró, volviendo la cabeza para ver qué sucedía. ¡Alejandro abrazado a Ramona, juntas las dos cabezas, los labios también juntos!: ¿qué quería decir aquello? Travieso como un duende, dio Babá un salto a un lado, y separó a

34 Se añade signo de interrogación.

los dos amantes. Los dos se rieron, y siguieron camino a trote vivo: Alejandro corría: el pobre pony, animado con el ejemplo, tomó un paso que de días atrás no le dejaba tomar la fatiga.

—¿Majel es mi nombre, no?—dijo Ramona:—Majela es mejor, Alejandro, es más dulce: llámame Majela.

—Mejor, sí, porque así no se ha llamado nadie. ¡Te llamaré Majela!

Y dijo enseguida:—No sé por qué me costó siempre trabajo decir Ramona.

—Porque tú me debías dar un nombre nuevo. Ya Ramona se acabó. Así me decía la Señora también... y Felipe!: ahora sí que no me conocería con mi nombre nuevo. Él, sí querría yo que me dijera Ramona siempre. Pero para todo el mundo ya yo soy Majela, la Majel de Alejandro!

Fuga Peligrosa y Noche Celeste

A trote vivo habían andado ya como una milla por la calzada, cuando Alejandro tendió la mano de pronto, tomó a Babá por la rienda, y comenzó a hacerle dar vueltas en el camino. "No seguimos por el camino, dijo, para que no encuentren la huella: andaremos para atrás unos cuantos pasos". El obediente Babá, cual si entendiera el ardid, retrocedía de espaldas lentamente, como quien va bailando: también el pony seguía a Alejandro en sus pasos y vueltas, y obedeciendo la mano hábil de su dueño, saltó de repente a una roca que estaba a un lado del camino, donde quedó esperando órdenes. Babá y Capitán saltaron tras él. Ya no podía la calzada denunciar por dónde habían tomado los fugitivos.

—Ahora pueden venir,—dijo Alejandro:—se dejarán ir por la calzada detrás de las huellas, y cuando noten que ya no sigue el paso, por más que busquen no sabrán dónde salimos del camino. Ahora sí que empieza la pena para mi Majela. El camino es muy malo. ¿Majela tiene miedo?

—¡Miedo!—dijo riendo Ramona:—¿con Babá y contigo?

Pero el camino era malo de veras. Alejandro había pensado pasar el día oculto en un cañón cercano, de donde iba una senda estrecha al mismo Temecula, una senda que sólo los indios conocían: ya en el cañón, nada tenían que temer. A pesar de la certidumbre de Ramona, Alejandro tenía por cierto que la Señora trataría de recobrar por lo menos el perro y el caballo. "¡Capaz es de decir que le he robado un caballo, y la creerán todos!".

La entrada al cañón no distaba más de dos millas del camino; pero la disimulaba un chaparral espeso, coronado de diverso matiz por los robles jóvenes que habían nacido en el corazón de la maleza. Alejandro nunca había ido por allí a caballo: entró una vez a pie por el lado de Temecula, y abriéndose paso por el matorral, vio con sorpresa que estaba cerca del camino. De aquel cañón llevó los maravillosos helechos que puso Ramona de adorno en la

capilla: con lujo tropical crecían las bellas plantas como a una milla de donde estaban los viajeros ahora, y para llegar entonces a ellas tuvo Alejandro que dejarse ir por la profunda cortadura de la piedra. El cañón en la entrada era poco más que un tajo en la roca, y el arroyo que de allí nacía era en su cuna un manantial travieso.

Aquella agua preciosa, a más de lo inaccesible del lugar, decidió a Alejandro a ampararse a toda costa del escondite. Pero una valla de granito hubiera sido menos compacta que el tupido chaparral que iban costeando sin encontrar una abertura: le pareció a Alejandro que se había espesado más desde la primavera. Al fin comenzaron a bajar por otro cañón pequeño, que era como ala del grande: con poco que anduviesen cuesta abajo, nadie podría ya dar con ellos. Ya asomaba el encarnado del alba, y desde el orto hasta el cenit, el cielo era como un vellón carmesí de manchas vivas.

—¡Oh, qué lindo lugar!—exclamó Ramona. !Y decías que era malo el camino, Alejandro! ¿Es aquí donde vamos a quedarnos?

Alejandro volvió a ella la mirada compasiva.—"La torcaza no sabe de malos caminos. Esto no es más que empezar".

Amarró el pony a un arbusto, y empezó a reconocer la maleza, desapareciendo por momentos cada vez que entraba entre los chaparros de un lado o de otro. Volvió por fin, y dijo a Ramona, que le leía en el rostro la pena:—¿Quiere Majela esperarme aquí un tantico? La senda es ahí; pero no puedo encontrarla sino a pie. No tardo, no. Yo sé que está cerca.

Los ojos de Ramona se llenaron de lágrimas. Lo único a que ella tenía miedo era a no ver a Alejandro:—Tengo que ir, Majela,—dijo él firmemente:—aquí hay peligro.

—Ve, Alejandro, ve: pero no tardes mucho!

Cuando lo vio desaparecer en la espesura, quebrando y encorvando aquellas ramas recias, creyó otra vez que estaba sola en el mundo: también Capitán se fue detrás de él, desoyéndola cuando lo llamaba. Todo estaba en silencio. Ramona se reclinó sobre el cuello de Babá. Los instantes le parecían horas. Por fin, cuando ya la luz amarilla veteaba el celaje, y los vellones carmesíes en un segundo se volvieron de oro, oyó los pasos de Alejandro, vio asomar su cara por entre la maleza. Se le leía en la cara el gozo.

—¡La encontré!—dijo:—pero tenemos que volver hasta la entrada. Es muy estrecha. No me gusta.

Retrocedieron temerosos y trémulos cañón arriba hasta salir otra vez a lo claro, y galoparon como media milla al oeste, sin apartarse del chaparral más que lo muy preciso. Alejandro, que iba delante, se entró de repente por las matas, donde no parecía que hubiese abertura alguna; pero las ramas le abrían paso y se cerraban tras él, y su cabeza iba sobre ellas. El pony valeroso

no daba muestras de fatiga. Babá denotaba con resoplidos su disgusto de verse en aquella erizada caminata. Las ramas recias y espinosas azotaban la cara de Ramona. Al fin quedaron presas en ellas las redes que colgaban de la silla, y tan bien las prendieron, que Babá empezó a echarse atrás y dar coces. Alejandro se apeó, cortó los cordeles, y aseguró las redes a la grupera de su pony. "Yo iré a pie," dijo: "ya vamos a llegar. Yo guío a Babá donde esté muy estrecho".

¡Estrecho de veras! De puro terror llevaba Ramona cerrados los ojos. La senda, que no le parecía más ancha que la mano, la senda pedregosa y desmoronada, bordeaba un profundo precipicio, por donde rodaban con eco misterioso las piedras que iban cayendo del camino, que iban cayendo: a cada paso de las bestias, más piedras caían. La yuca sólo, con sus afiladas hojas, prosperaba en aquel temible recinto. Yucas a miles vestían el abismo, y sus erguidos pedúnculos, coronados de capullos suaves y brillantes, resplandecían como cálices de raso al sol. Abajo, cientos de pies abajo, estaba el seno del cañón, que era otro espeso chaparral, que aparecía de arriba igual y blando como un lecho de césped: gigantes sicomoros se erguían a trechos entre los chaparros; y en el llano distante centelleaban las pozas del río, cuyas fuentes, apenas vistas por los hombres, habían de ser manantial de consuelo para aquellos afligidos.

Alejandro iba lleno de ánimos. La senda era para él juego de niños. Desde la primera pisada de Babá en las piedras inseguras, vio Alejandro que el caballo tenía la planta tan prudente como los ponies indios. Conocía él un sombrío de sicomoros con mucha agua corriente, clara como el cristal, fresca como una gloria, y pasto para dos o tres días, con que pudieran fortalecerse los caballos: en cuanto entraran por aquella senda, ni los duendes podían dar con ellos. Regocijado con estos pensamientos, miró hacia atrás, y vio a Ramona pálida, la agonía en los ojos, los labios por el espanto entreabiertos. Alejandro olvidaba que hasta entonces sólo había atravesado Ramona el valle y la llanura, donde la vio tan animosa que no pensó que le faltasen las fuerzas: ¡y allí estaba, asida con las dos manos a las crines de Babá, las riendas abandonadas sobre el cuello, medio caída de la silla! Por orgullo no se había echado a llorar, pero se la veía muerta de terror. Alejandro detuvo el paso tan de pronto que Babá, que casi le iba dando en la espalda con la cabeza, se paró de repente; y Ramona, viéndose ya en el fondo del abismo, dejó escapar un grito. Alejandro la miraba desolado: apear la allí era imposible, y más valor se necesitaba para seguir a pie que a caballo. Pero no parecía que Ramona pudiera mantenerse mucho tiempo en la silla.

—¡Carita!—dijo Alejandro,—yo tengo la culpa porque no te dije que el camino era estrecho; pero es seguro: yo lo paso corriendo: corriendo vine por esta senda ¿te acuerdas? cuando te llevé los helechos para el altar.

—¿Sí?—dijo a media voz Ramona, tranquilizada por el cambio súbito de sus pensamientos. —Pero da mucho miedo, Alejandro: ¡si me parece que voy andando por una cuerda! ¿Tú no crees que iría mejor de rodillas?

—Mi Majela, no me atrevo a hacerte bajar. ¡Me muero de verte sufrir! Pero iremos despacio. Mira, es seguro: por aquí vinimos todos cuando la esquila: por aquí vino a caballo Fernando el viejo.

—¿De veras?—preguntó ella, reanimada a cada una de aquellas palabras:—ya no vuelvo a tener miedo: ¿es muy lejos, Alejandro?

—No mucho por esta pendiente, Majela: una hora no más falta.

Pero antes de llegar al fondo del precipicio Ramona se reía ya de sus miedos, no sin temblar de vez en cuando al volver la cabeza y ver tras sí, como una hebra de hilo oscuro echada en zigzag sobre la roca, la senda estrechísima por donde había bajado.

En lo hondo del cañón todavía ocultaba el paisaje la sombra. Tarde llegaba la luz a aquel delicioso lugar, donde hasta el mediodía no penetraba el sol. La exclamación de gozo de Ramona al verse en aquel grato asilo llenó de júbilo a Alejandro.—"Sí,—dijo él: cuando yo vine aquí a buscar los helechos, pensé en ti muchas veces. Y en que tú también vinieras: yo no sé que haya un lugar más lindo que éste: ¡ésta es nuestra primera casa, mi Majela!".—Y hablando así con la voz casi solemne, la rodeó con sus brazos y la atrajo a su pecho, en aquella primera hora de plena alegría.

—Quisiera, dijo Ramona, vivir aquí siempre.

—¿De veras?

—¡De veras!

Él suspiró.—"La tierra es poca aquí, Majela, para vivir. Si hubiera tierra bastante, aquí viviríamos, aquí, donde nunca volviéramos a ver cara de blanco!".—El instinto que guía al animal oteado y herido a buscar un escondite bullía ya en el indio...—"pero aquí no hay qué comer".—La exclamación de Ramona le dio sin embargo que pensar.—"¿Le gustaría a Majela quedarse acá unos tres días?: para tres días tienen yerba los caballos, y aquí estaremos mejor escondidos que por los caminos. ¿Tú no crees, Majela, que la Señora eche los mozos a buscar a Babá?".

—¡A Babá!—exclamó Ramona, desolada con la idea:—¡a mi caballo!: no, ella no ha de atreverse a decir que he robado a Babá: ¡Babá es mío!—Pero aunque así hablaba, el corazón le decía que la Señora se atrevería a todo. Bien sabía Ramona cómo se tomaba un robo de caballos por todo aquel país: con los ojos rebosando piedad le iba leyendo a Alejandro los pensamientos.

—Sí, Majela, sí: ¡quién sabe lo que harán, si manda hombres a buscar a Babá! No te valdrá decir que era tuyo: y si la Señora les ha dicho que me lleven, me llevarán, Majela, me llevarán a la cárcel de Ventura.

—¡Ay, sí!… Aquí nos quedamos, Alejandro: ¡una semana! ¿no podremos quedarnos una semana? Ya ella se habrá cansado de buscarnos.

—Tanto como una semana, no sé. No hay pasto bastante, y para nosotros, no tendremos más que lo que mate yo con mi escopeta, que en este tiempo no puede ser mucho.

—Pero ¿no traje yo carne y pan? dijo Ramona ansiosa. Lo comemos poco a poco, y verás cómo dura.—Hablaba con el afán y sencillez de la infancia, agitada por el miedo de que la Señora intentase recobrar, como hubiera sido propio de ella, a Babá y a Capitán: Felipe, que fue quien le regaló a Babá, podría tratar de impedirlo, para que no se creyese que se arrepentía del regalo: Felipe era su única esperanza.

Si ella hubiese dicho a Alejandro que en la esquela a Felipe le indicó que iban tal vez en busca del Padre Salvatierra, la angustia habría sido menor, porque Alejandro hubiera entonces supuesto que los perseguidores iban río abajo hasta el mar, y de allí costa al norte. Pero hasta un día después apenas se acordó de eso Ramona. Alejandro le había explicado su plan, que era ir por el camino de Temecula a San Diego, a que los casase el Padre Gaspar, cura de aquella parroquia, y de allí seguir al pueblo de San Pascual, a unas cinco leguas de San Diego. El capitán de San Pascual era un primo de Alejandro, que muchas veces quiso llevárselo allá a vivir, a lo que Alejandro siempre se negó, porque creía deber suyo estar en Temecula con su padre Pablo. San Pascual era un pueblo de ley, fundado por unos cuantos indios de San Luis. Cuando acabó la Misión, el Gobernador de California lo autorizó con su decreto, y le dieron las tierras del valle de su nombre, con el documento donde constaba la donación, que quedó en manos del indio que hizo de primer alcalde. Este indio era hermano de Pablo, y al morir él, la alcaldía pasó a su hijo Isidro, el primo de quien Alejandro hablaba.

—Isidro tiene el papel, y cree que no le quitarán el pueblo. Puede ser. Pero los americanos están llegando a la boca del valle, y yo no sé, Majela, dónde se pueda ya vivir seguro. Por unos cuantos años, tal vez, podremos estar allí. Son como doscientos indios, y el pueblo es mucho mejor que Temecula, y la gente más rica; tienen mucho ganado, y mucho trigo. La casa de Isidro está debajo de una higuera, una higuera muy grande; dicen que es la más grande que hay en todo el país.

—Pero ¿por qué crees que el pueblo no está seguro, si Isidro tiene el papel?

—No sé,—replicó Alejandro:—Puede ser. Pero yo siento que no hay nada que valga contra los americanos. Yo no creo que respeten el papel.

—A la Señora no le respetaron los que tenía ella de sus tierras, dijo Ramona pensativa. Pero Felipe dice que era porque Pío Pico fue un mal hombre, y dio tierras que no podía dar.

—¿Y no pueden decir lo mismo del otro Gobernador, y más, porque nos dio tierras a nosotros, a los indios? Si la Señora no pudo salvar sus tierras con toda la ayuda del Señor Felipe que sabe de leyes, y habla americano, ¿quién nos salvará a nosotros? Como las fieras vamos a tener que vivir, Majela mía. ¿Por qué, por qué viniste conmigo? ¿Por qué te dejé venir?

Y Alejandro se echó de bruces contra el suelo, sin que ni la voz de Ramona pudiera hacerle levantar la cabeza. Extraño fue que la delicada criatura, nueva en las privaciones y el peligro, no se aterrase ante aquellos fieros arrebatos y tenaces temores de su compañero. Pero salvada de lo único que temía sobre la tierra, segura de que Alejandro estaba vivo y no la había de abandonar, no había para ella miedos. Se debía esto en parte a su inexperiencia, que no le dejaba ver el horror que la imaginación de Alejandro presentía con colores sobrado verdaderos; pero debióse más a la inalterable lealtad y soberana bravura de su alma, cualidades hermosas aún en ella escondidas, que la habían de sacar salva después de muchos años de pesares.

Antes del anochecer de aquel primer día en la soledad, Alejandro compuso para Ramona una cama de gajos muy quebrados de manzanita y ceanothus que crecían en el cañón con gran abundancia. Sobre éstos tendió una capa de aterciopelados helechos, de cinco o seis pies de largo.—Y cuando estuvo acabada, ni la reina más arrogante hubiera necesitado cama mejor. Al sentarse en ella Ramona, "Ahora sí entiendo, dijo, qué bueno es descansar mirando a las estrellas por la noche". ¿Te acuerdas, Alejandro, de la noche en que pusiste la cama de Felipe en el colgadizo, cuando me dijiste "qué hermoso era dormir a la luz del cielo, mirando a las estrellas?".

¡Por supuesto que se acordaba Alejandro de aquella noche!—"Me acuerdo, mi Majela"—dijo lentamente, y poco después añadió:—"fue el día en que Juan Can me dijo que tu madre era india: fue la primera vez que pensé que tú podrías quererme".

—Pero ¿tú dónde vas a dormir?—dijo Ramona, viendo que no había compuesto cama para él.

Alejandro se echó a reír.—A nosotros nos parece que dormimos en los brazos de nuestra madre cuando dormimos en la tierra. Es blando, Majela. Pero esta noche yo no voy a dormir: me quedaré velando, sentado contra este tronco.

—¿Por qué? ¿de qué tienes miedo?

—Tengo miedo de que haga tanto frío que tenga yo que encender fuego para mi Majela. En estos cañones suele hacer mucho frío a la madrugada: aquí me quedo más tranquilo velando.

Esto dijo, para no alarmar a Ramona; pero su razón real para velar era que le parecía haber visto por la orilla del arroyo unas huellas, aunque borradas y débiles, que podían ser de un león del monte. En cuanto fuera ya bastante oscuro para que no viesen de abajo la humarada, encendería una fogata, y a su calor se estaría vigilando toda la noche, escopeta en mano, no fuese a aparecer por allí la fiera.

—Pero te vas a morir, Alejandro, si no duermes. Tú no estás fuerte,—dijo Ramona ansiosa.

—Yo sí estoy fuerte ahora, Majela!—Y en verdad que parecía ya un hombre nuevo, a despecho de su ansiedad y fatiga:—Mañana dormiré, y tú velarás.

—¿De veras? ¿Y descansarás en la cama entonces?

—En el suelo descansaría mejor, respondió el veraz Alejandro.

Ramona pareció desconsolada.—No es tan blanda,—dijo, esta cama de hojas, que se haga uno cobarde por dormir en ella. Pero ¡oh qué bien huele, qué bien huele!—añadió reclinándose en ella.

—Es que le puse yerba de olor donde va a poner la cabeza mi Majela.

En Ramona era tanta la felicidad como el cansancio: durmió la noche entera: no oyó los pasos de Alejandro: no oyó crujir las ramas encendidas: no oyó ladrar a Capitán, que más de una vez, a pesar de todo el cuidado de Alejandro, estremeció los ecos del cañón con sus voces de alarma, apenas oía los pasos velados de las criaturas feroces por entre la arboleda. Hora tras hora durmió en paz Ramona: hora tras hora se estuvo Alejandro sentado contra el tronco de un fuerte sicómoro, sin apartar los ojos de ella. Cuando el reflejo fugaz de la fogata jugueteaba sobre aquel rostro querido, pensaba él en que jamás lo había visto tan bello. Aquella expresión de sereno reposo insensiblemente lo calmaba y fortalecía. Le parecía estar viendo a una santa: le parecía que era aquélla la santa que mandaba la Virgen, para amparo y ayuda, a él y a su pueblo! Creció la oscuridad, hasta que todo en torno fue negrura: las llamas sólo la hendían de vez en cuando en fantásticas grietas, tal como el viento abre hondos surcos en las nubes tormentosas. Y con la oscuridad crecía el silencio. Babá y el pony hacían de pronto un movimiento, o Capitán daba un ladrido de alarma, y después parecía aún la calma más honda. Alejandro sentía como si Dios mismo estuviese en el cañón: muchas veces en su vida había visto correr la noche tendido sobre la tierra en el campo solitario; pero aquel éxtasis, que era a la vez dolor, él no lo había sentido jamás. ¿Qué iba a ser de ellos por la mañana, el otro día, el día después, la vida entera, sin amparo y lóbrega? ¿Qué iba a ser de aquella confiada y amante criatura, dormida en su cojín de yerbas olorosas, sin más guardián que él, que él, Alejandro, el desterrado, el fugitivo, el indio errante?

Antes del alba empezaron su música los tórtolos. En cada rama dormía una pareja. Cada arrullo tenía como un son propio. Le parecía a Alejandro oír que cada par se hablaba y respondía, como aquel que lo confortó en su amarga vela, en aquella que pasó oculto detrás de los geranios de la capilla: “¡Aquí, amor! ¡aquí, amor!". Todavía más lo confortaban ahora. "¡Tampoco las tórtolas tienen en el mundo a nadie más que a su compañero!": y volvió sus ojos arrobados al rostro sereno de Ramona.

Ya en los llanos de afuera iba alta la mañana cuando la luz apenas se abría paso por entre la espesura del cañón; pero en las copas de los sicomoros los pájaros locuaces divisaban el día, y poblaban la sombra con sus trinos. Su canto, como aquél familiar de los pardales que anidaban en el colgadizo, despertó el oído vigilante de Ramona. "¿De día, de día ya y tan oscuro?", dijo sentándose asombrada: "Los pájaros ven más cielo que nosotros. Canta, Alejandro".

Cantores del aire
Que cantan al alba,

Venid y cantemos

La alegre mañana.

Jamás de un rincón tan bello subió al cielo plegaria más sincera.

—No cantes alto, mi Majela,—le advirtió Alejandro, mientras la dulce voz, gorjeando como la de una calandria, revoloteaba por el aire puro. Puede haber cerca cazadores que nos oigan.— Y unió al rezo su voz baja y ahogada. Más dulcemente que antes cantó Ramona entonces:

Venid, pecadores,
Venid y cantemos
Canciones alegres
A nuestro consuelo.

—¡Ay, Majela, aquí no hay más pecador que yo!—dijo Alejandro:—¡mi Majela es como la Santa Virgen!—Y ¿a quién parecería blasfemia el enamorado pensamiento, que viese a Ramona como la veía él, sentada en aquella trémula luz, realzado el rostro por el muro de roca gris vestido de helechos, la rica cabellera suelta por todo el talle, las mejillas encendidas, radiosa la expresión, los ojos levantados a la estrecha zona de cielo abierta sobre sus cabezas, donde el fino vapor se teñía de oro, con el fuego del sol invisible?

—Oh, no, no digas eso, que es pecado de veras: hasta el pensarlo, Alejandro, es pecado:

Oh, Reina y Señora,
Princesa del cielo…

y, sin cesar de cantar, tendió una mano a Alejandro, y con su ayuda se dejó caer sobre el suelo de rodillas, sacó su rosario, y comenzó la oración del nuevo día. Era el rosario de cuentas de oro fino, cinceladas con mucha labor, y el crucifijo de marfil, reliquia rara del tiempo feliz de las Misiones: fue primero del mismo Padre Peyri, que lo dio luego al Padre Salvatierra, y el buen anciano se lo regaló cuando la confirmación a "la niña bendita". Para la niña fue siempre como tesoro del cielo aquel santo regalo.

Cuando iba ya por las últimas palabras de su rezo, y sólo una cuenta le faltaba de las oraciones, un hilo de luz de sol se entró por la profunda cortadura que uno de los lados del cañón tenía en la cresta: por un segundo se entró nada más; pasó sobre el rosario, como una ráfaga de fuego, iluminando su oro, las cuentas de talla fina, la cabeza del Cristo de marfil, las manos de Ramona. Y desapareció. ¿Qué habían de creer Ramona y Alejandro, sino que aquél era un mensaje de la Virgen? Qué mejor mensajero puede tener la Virgen que un rayo de sol? ¡Oh, sí, ella los va a sacar en bien de tanta pena! Acaso no había en aquel instante en todo el universo almas más arrobadas y felices que las de aquellas dos criaturas sin amigos que, de rodillas en la soledad, vieron resplandecer, casi espantados, el rosario de oro.

De Noche, con los Muertos

Ya a los dos días parecía a Ramona el cañón un hogar tan seguro que el pensar en abandonarlo le daba miedo. No hay prueba mayor del propósito de la naturaleza de favorecer a los humanos más de lo que la civilización arrogante le permite, que el modo rápido y seguro con que aquélla se adueña del corazón del hombre cuando la fatiga, el azar o las catástrofes lo devuelven, por un momento siquiera, a sus brazos. ¡Con qué celeridad se despoja el hombre de su costumbres, de sus míseros alardes de preeminencia, de las cadenas del hábito, de sus ridículos adornos! No es verdad, en el sentido en que los hombres lo repiten, que los amados de los dioses mueren en la juventud. ¡Los que los dioses aman viven con la naturaleza, viven perpetuamente jóvenes!

Avivado por el del amor su natural instinto de indio, notó Alejandro cómo, hora por hora, aparecía en los ojos de Majela la expresión de quien reside en casa propia. Ella observaba las sombras: ella sabía lo que significaban: "Si nos quedamos aquí, dijo ella como regocijada, los

murallones nos marcarán la hora ¿no, Alejandro? Esta piedra se ha puesto hoy oscura más temprano que ayer."

Y "¡Cuántas, cuántas plantas crecen en este cañón! Y todas tienen nombre, Alejandro? Ya yo me olvidé de los nombres raros que me enseñaban las monjas. Si viviéramos aquí les podríamos nombre nosotros, y serían como nuestros parientes". "Me estaría, Alejandro, mirando sin cansarme un año al cielo. De veras no me parece que sea pecado estarse todo un año sin hacer nada, si se está de seguido mirando al cielo, Alejandro. Se debe vivir siempre serio y sin pena, pero sin mucha alegría, cuando no hay techo entre uno y el cielo, y los santos están siempre mirando". "Alejandro, esta vida no me parece a mí nueva. Si me parece que ésta es la única casa en que he vivido! Eso es porque soy india, Alejandro". Y con ser ella la que se lo hablaba todo, no sentía que Alejandro no le hablaba, sino que la oculta conversación iba creciendo. Un sí de él, una mirada suya, decían más de lo que muchos en largas pláticas no dicen. Ella pensaba, pensaba. "Alejandro, tú hablas como hablan los árboles, y las piedras, y las flores, tú hablas sin palabras". "Y tú, Majela", dijo Alejandro, henchido de deleite, "tú dices eso como los indios lo decimos: tú eres india, Majela". Oyendo lo cual fue mayor el deleite de ella que el de su enamorado.

Alejandro se había fortalecido como por milagro: ya no tenía apariencia de fiera perseguida, ni aquel rostro huesoso. Cuentan los celtas de una maga enamorada de un príncipe, que sin que nadie más que el príncipe la viera, se paseaba por el aire alrededor de él, y le cantaba canciones de amor, oídas con furia por los cortesanos, que evocaron para derrotar a la bruja invisible todas sus poderosas relaciones con el mundo celoso de la hechicería: y derrotarla pudieron, y echarla de la presencia del príncipe, pero ella le tiró al irse una manzana de oro hechizada, de la que el príncipe comió una vez, y ya no quiso catar otra comida: noche tras noche comía de su manzana de oro, que entera se estaba a pesar de tanto comerle, y muy sana y lustrosa, como si no le hubiese hincado el diente príncipe alguno: hasta que volvió la maga por allí, y el príncipe se fue con ella en su bote, sin que volviera a saberse de él en el reino. ¡Tan invisible y mágico era el alimento que devolvía a Alejandro las fuerzas, y tan fortificante y puro, como la manzana de oro del Príncipe Connla!

—¡Y yo que pensé aquella noche, Alejandro, que te ibas a morir! Ahora ya vuelves a estar fuerte: los ojos te brillan: tu mano no arde. Es el aire bendito, que te ha curado a ti, como curó de la fiebre a Felipe.

—¿El aire?...—Y la miró de modo que le dijo lo que no le decía.

Cuando al anochecer del día siguiente vio Ramona venir a Alejandro con Babá ya ensillado de la mano, le llenó el llanto los ojos. Al medio día Alejandro le había dicho: "Esta noche nos

vamos, Majela. Ya aquí no hay más yerba para los caballos, y no los puedo poner a pastar más abajo del cañón, porque cerca hay un rancho: hoy encontré una vaca comiendo al lado de Babá".

También Alejandro, afligido con el pesar de Ramona, sufría como quien sale echado de la patria. ¡Aquélla era otra vez la pena con que salió de Temecula! Allí estaba Ramona, sentada tristemente junto a las árganas, ya un tanto desprovistas. ¿A dónde iba a llevar a su Majela?

Pero Babá estaba de tan buen humor, que Ramona, a poco de acomodarse en el sillón, había olvidado su tristeza. Babá resoplaba, caracoleaba, se sacudía los flancos, piafaba impaciente: y Capitán, deseoso ya de ver ovejas, salía con igual gusto del cañón, muy fresco sí y de buen sombrío, pero de veras callado. De verle sólo el hocico tristón se había echado a reír Ramona muchas veces cuando, como interrogándola y reprendiéndola, le fijaba los ojos, meneando colérico la cola.

—Toda la noche tenemos que andar, Majela. Es lejos donde hemos de llegar mañana.

—¿Otro cañón, Alejandro?

—No, Majela, no es otro cañón; pero hay unos robles muy hermosos, donde cogemos la bellota para el invierno. Está en la cumbre de un cerro alto.

—¿Y de allí a dónde vamos?

—Temecula está cerca, Carita: a Temecula. Tengo que ver al Señor Hartsel. Él es bueno. Él me dará algo por el violín de mi padre. ¡Nunca iría, si no fuera por eso!

—¡Pero yo sí quiero ir, Alejandro!—dijo ella dulcemente.

—¡Ay, no, no, mejor no quieras! ¿Qué quieres ver, las casas vacías, las casas sin techo? Nada más que las de mi padre y José tienen techo, porque son de teja. La madre de Antonio echó abajo su casa: ¡con sus manos la echó abajo la viejita!

—¿Y no querrás ver otra vez el cementerio? preguntó tímidamente Ramona.

—¡Dios no lo quiera!,—dijo él con la voz alterada:—si veo el cementerio otra vez, me vuelvo asesino. Si no hubiera pensado en ti, Majela, al primer blanco lo mato! No me hables de eso, no, que se me hiela la sangre, y me muero!

Y no volvieron a hablar de Temecula en todo el camino, que era de cerros bajos de mucha arboleda, hasta que de pronto salieron a un claro verde y pantanoso, por donde corría un arroyuelo en que saciaron la sed Capitán, Babá y el pony.

—¡Luces, Alejandro, luces!

—Luces, Majela: ésa es Temecula.—Saltó del pony, fue hacia Ramona, y poniendo las dos manos sobre las suyas: "He venido pensando, Carita, qué debemos hacer ahora. Yo no sé. ¿Qué

piensa Carita que haga? Si han mandado hombres a perseguirnos, estarán donde Hartsel, porque allí es la posada. Yo sí he de ir, pero tú no: si yo no voy, Majela, no tenemos dinero.

—Yo esperaré mientras tú vas,—dijo ella, con el corazón lleno de susto ante el negror, vasto como el mar, de aquella gran llanura.

—¿Ay, pero no tienes miedo? Tengo miedo por ti. Si no vuelvo, Majela, dale la rienda a Baba, él y Capitán te llevan a la casa.

—¡Si no vuelves! ¿Si no vuelves?—Lloraba al preguntárselo.

—Sí, si me prenden, por robar el caballo.

—¿Sin tener tú el caballo?

—¿Pues qué les da, Majela? Me prenden para que lo diga.

—Alejandro, yo sé lo que he de hacer. Yo te espero en el cementerio. Allí nadie va. ¿No estaré más segura?

—¡Virgen Santa! y ¿no te asustarán los muertos?

—Los muertos nos ayudarían, Alejandro, si pudiesen. Allí, allí te espero. Si en una hora no vuelves, yo voy donde Hartsel. Si la gente de la Señora está allí, no me tocarán, por miedo a Felipe. Yo no tengo miedo. Y si se quieren llevar a Babá, que se lo lleven, Alejandro: cuando el pony se canse, caminaremos.

—Mi tórtola tiene debajo de las alas el corazón del león del monte,—dijo Alejandro, que se sintió más alto en la sombra.—Vamos, como la tórtola dice. Mi tórtola sabe.

Y siguieron camino al cementerio.

Tenía el cementerio, cuando los indios, un muro de adobe y su portón de estacas. Y en cuanto Alejandro estuvo frente a él: "¡No hay puerta, Majela, se han llevado la puerta! ¡Leña para quemar, Majela! Bien pudieron guardar a los muertos de que les pisen la tierra los animales!".

Ya habían pasado el portón, cuando una sombría figura se alzó de una de las tumbas.

—No te asustes, dijo Alejandro quedo: será uno de nosotros, un indio: así no estarás sola. Es Carmen, Carmen es, de seguro. Por ese lado enterraron a José. Yo le hablo: espera.—Y dejando junto a la entrada a Ramona, se fue hacia el bulto, al que dijo en indio:—¿Eres tú, Carmen? Soy yo, soy Alejandro.

Era Carmen. Casi loca de pena la pobre criatura, pasaba el día en Pachanga sobre la sepultura de su hijo, y las noches las pasaba en Temecula, sobre el sepulcro de su esposo. De día no venía, por miedo a los americanos. Alejandro, después de cambiar con ella pocas palabras, volvió al portón, llevándola de la mano que le ardía, y poniéndosela en la de Ramona,

"Majela, dijo, ya le hablé. No entiende el castellano, pero dice que está contenta de que hayas venido, y que te acompañará hasta que yo vuelva".

Nada más que apretarle la mano febril podía Ramona para consolar a Carmen infeliz, pero en esa caricia puso toda el alma. La oscuridad dejaba ver aquellos ojos dolientes y vacíos, y las mejillas descarnadas. El dolor necesita menos de palabras que la alegría: todo su ser decía a Carmen que la recién venida la estaba compadeciendo: le tendió los brazos cariñosamente, como para ayudarla a bajarse de la silla. Ramona se inclinó, como para verla de lleno. Carmen con una mano la retuvo, y apuntó con la otra hacia el montón de tierra donde pasaba la noche. "Me quiere enseñar, pensó Ramona, la tumba de su marido. No quiere estar lejos de él. Yo voy con ella".

Se apeó, engarzó en el brazo las bridas de Babá, asintió con un movimiento de cabeza, y echó a andar hacia la sepultura de José, sin soltar a Carmen de la mano. Las sepulturas eran muchas, esparcidas sin orden, y cada una con su cruz de palo. Carmen guiaba con el paso firme de quien conoce el terreno por pulgadas. Solía Ramona tropezar, y Babá daba muestras de no ir contento por aquel camino poco llano. Al llegar al rincón, vio Ramona la tierra floja de la tumba nueva. Con un gemido que le salió de las entrañas detuvo Carmen a Ramona a un lado de la sepultura, señaló a la tierra con la mano derecha, se puso las dos manos sobre el corazón, y miró a su amiga con ojos desolados. Majela se echó a llorar, y tomando la mano de Carmen otra vez, la atrajo sobre su corazón, para mostrarle simpatía. Carmen, para quien el llorar era ya poco, sintió como que la levantaba de sí misma aquel cariño de la dulce extranjera, como ella joven, pero ¡oh, sí! diferente de ella: ¡ya Carmen se la pintaba tan hermosa!: ¿se la habían dado los santos a Alejandro?: ¡lengua traidora, que no dejaba al agitado seno de la pobre india más modo de agradecer que apretar en silencio la mano de Ramona, y alguna vez apoyar la mejilla en su palma!

Pronto hizo Carmen señas de que volviesen al portón, porque en su noble pena no olvidaba que allí debía estar aguardándolas Alejandro: ¡Alejandro, que no las aguardaba!

Su propia casa, la casa que fue suya, estaba un poco a la derecha. Al acercarse a ella, vio luz en la ventana. Se paró, como herido de un balazo. "¡Una luz en la casa, "dijo, y cerró los puños: "ya están viviendo en ella estos ladrones!". No hubiera conocido en aquel instante Ramona a Alejandro, demudado por la venganza. Llevó la mano a su cuchillo: ¿dónde se había quedado su cuchillo? La escopeta la dejó en el cementerio, sí ¡donde estaba Ramona esperándolo! Desvaneciéronse sus ideas de odio: ¡el mundo ya no tiene para él más que un deber, una esperanza, una pasión, Ramona! Pero quería ver al menos a los que estaban viviendo en la casa de su padre. Le quemaba el deseo de verles las caras. Acurrucado se escurrió a hurtadillas hasta

la ventana donde se veía luz, y escuchó. Oyó voces de niños, una voz de mujer, de vez en cuando la voz de un hombre, áspera y brutal: oyó el ir y venir de la hora de la cena. Sí, estarían cenando. Y se fue enderezando hasta que pudo mirar de lleno por la hendija.

En el centro de la habitación había una mesa, y alrededor de ella una mujer, un hombre y dos niños. El menor, casi recién salido de los pañales, se movía impaciente en su sillita alta, pidiendo de cenar con sendos cucharazos. El cuarto era una Babel: las camas tendidas en el suelo, las cajas abiertas y a medio vaciar, los rincones llenos de sillas de montar y arreos. Acababan de llegar, pues. Por entre las hojas de la ventana, que no cerraban bien, veía Alejandro, rebosando amargura, el grupo de extranjeros. Parecía la mujer cansada y abatida: el rostro revelaba alma sensible, y era afable su voz; pero el hombre era una bestia: ¡menos, porque a las bestias se las degrada sin razón, suponiéndolas tipos de viles cualidades que ninguna de ellas posee!

Alejandro sabía su poco de inglés, e iba entendiendo lo que hablaban.—"¡Que todo me haya de venir de malas en el mundo!" decía la mujer: "¿cuando llegará el otro carro?".

—No sé,—gruñó el marido:—hubo un derrumbe en el cañón maldito, y se atascaron los carros. ¡Ya hay para días! Y tú ¿quieres más cachivaches de los que tienes aquí? Cuando esto esté en su lugar podrás saltar porque no llega lo otro.

—Pero, John, ¿dónde pongo esto, si no ha venido la cómoda, ni las camas?

—Poner no podrás, pero gruñir, ya veo que gruñes. Mujer habías de ser. Lo que es cama, de cuero había aquí una muy buena: ¡si ese Rothsaker no hubiera dejado que se lo llevasen todo esos perros indios!

La mujer volvió hacia él una mirada de reproche, pero tardó algunos instantes en contestar. Al fin, encendidas las mejillas, y como si no pudiese contener las palabras:—"Y mucho que me alegro, dijo, de que los infelices se hayan podido llevar sus muebles. Yo no hubiera podido pegar los ojos en su cama. ¡Me parece que es bastante con que les hayamos quitado sus casas!".

Estaba el hombre medio ebrio, condición que era en él muy temible. Entre indignada y temerosa lo miró ella, y atendiendo a los niños, empezó a servir de comer al menor. En ese instante alzó el otro los ojos, vio por la hendija el perfil de Alejandro, y gritó: "¡Un hombre! en la ventana hay un hombre!".

Alejandro se tendió sobre el suelo, y sujetó la respiración. Aquel capricho de volver a ver su casa ¡quién sabe lo que iba a costar a Ramona! Echó el ebrio un voto, y desde afuera le oyó Alejandro decir: "¡Un indio perro, de seguro! Por aquí han estado de ronda todo el día. Hasta que no dejemos en el sitio a dos o tres...!" Y mientras hablaba, descolgó la escopeta, y con ella echó a andar hacia la puerta.

—No tires, padre, no!—gritó la mujer. Vendrán de noche, y nos matarán dormidos. No tires! —Y procuró sujetarlo por el brazo.

Con otro voto se desasió el hombre de ella; pasó el umbral; detúvose, escuchando; hacía por ver en lo oscuro. Le martilleaba a Alejandro el corazón en el pecho. ¡Oh, si no fuera por Ramona, cómo se echaría sobre el ladrón, le quitaría la escopeta, lo dejaría allí muerto!

—Yo creo que ahí no hubo hombre, padre. Son cosas de Pedro, que ve visiones. Vamos, padre, entre, que la sopa se enfría.

—Entro, pero ahí va el tiro, que sepan que aquí hay pólvora y bala!—Levantó al aire la escopeta, y con su mano insegura dejó caer el gatillo. La bala se hundió silbando en la sombra. Atisbó aquel rufián unos instantes, y como no oyó lamento alguno, "¡La erré esta vez!" dijo hipando. Y se volvió a su sopa.

Alejandro no osó moverse en largo tiempo. ¡Y Ramona, allá esperándolo, sola con los muertos! Se aventuró por fin, arrastrándose boca abajo como las serpientes, a irse apartando de la casa a trechos, hasta que ya a las pocas brazas se creyó en salvo, púsose en pie de un brinco, y echó a correr hacia la tienda de los Hartsel.

Lo de los Hartsel era a la vez tienda, taberna y sitio de crianza, como se ve a menudo en la Baja California. Cuanto iba o venía por el camino, había de parar para esto o aquello en lo de los Hartsel. A beber, comer, o dormir, acudían allí indios, viajantes y rancheros. En veinte millas no había otra posada; y mejor, no la había en muchas millas.

No era Hartsel por cierto mala persona, cuando no andaba bebido; pero como ese estado feliz no era en él tan frecuente como debía, venía Hartsel a ser, por la maldad del licor, muy mala persona de veras. Todos entonces se apartaban de él con miedo, mujer, hijos, viajantes, rancheros, todos. "¡Lo que es matar,—decían,—cualquier día mata Hartsel a alguien!". Pero en cuanto se le iban los vapores, quedaba el Hartsel de buen corazón, y hombre sincero: y de labia además, tanto que mucho caminante solía estarse cosido a su silla hasta muy cerca del canto del gallo, oyéndole a Hartsel hazañas e historias. Cómo vino de Alsacia a San Diego, ni él mismo lo hubiera podido explicar a derechas, por ser muchos los incidentes y estaciones del viaje; ¡pero de allí, de Temecula, no habían de salir sus huesos! Le parecía bueno el país, buena la vida, hasta los indios, ¡alsaciano singular!,[1] le parecían buenos. A cada paso estaba diciendo bondades de la indiada, que por no parecer descorteses le oían en paz los caminantes incrédulos. "Lo que es a mí, no me han hecho perder los indios un centavo. Hasta cien pesos, les fío a algunos. Si este año no me pueden pagar, me pagan el que viene. Si se mueren, los parientes saldan la deuda poco a poco, hasta que la pagan toda. Pagan en trigo, o con un

1 Se añade coma.

venado, o con cestos o esteras que les hacen sus mujeres, pero pagan. Más puntuales son ellos que los blancos de la tierra, que los blancos pobres, quiero decir".

La vivienda de Hartsel era de adobe, larga y de poco puntal, con alas más bajas aún, donde estaban los cuartos de alquilar, la cocina y las despensas. La tienda era una casa aparte, de madera rústica, lo de beber abajo, y en un medio piso arriba el dormitorio, con mucha cama hecha al ras del suelo, sin más mueble ni adorno. La tienda y la casa de habitación, con unas seis casas más para este o aquel oficio, estaban cercadas por una estacada de pino, que daba al lugar cierto aire de respeto, a pesar de lo ingrato y descuidado del suelo de arena pura, matizada con uno que otro tufo de cizaña o de yerba silvestre. Míseras y polvosas, hacían por vivir unas cuantas plantas en sus tiestos o en tarros de lata, alineados a la puerta de la vivienda. Más que animar la casa, ponían tal vez de relieve su desolación; pero por ellas se veía a lo menos que allí andaba una mano de mujer, de mujer que anhelaba algo más que aquella vida solitaria y seca.

De la puerta de la tienda, abierta de par en par, salía una luz siniestra y pesada cuando Alejandro se fue llegando a ella cautelosamente. Oyó hablar y reír. La tienda estaba llena, y no se atrevió a entrar. Costeó la pared en sigilo, saltó la cerca, siguió hasta la casa de habitación, y abrió la puerta de la cocina: ya allí no tenía miedo: todos los criados de la de Hartsel eran indios. En la cocina no había más luz que la de una turbia vela; pero en la estufa silbaban y bullían sartenes y ollas: no se les preparaba a los de la tienda con tanto guiso un mal banquete.

Alejandro se sentó a esperar junto al fuego, y a poco apareció la de Hartsel, visiblemente atareada, y sin mostrar sorpresa, por ser frecuente el caso, al ver sentado junto al fuego a un indio; sólo que no conoció a Alejandro, inclinado hacia adelante con el rostro entre las manos, sino lo tomó por otro, por Ramón el viejo, que no salía de los alrededores, y ganaba su pan cargando o ayudando, pronto a cualquier faena.

—Corre, Ramón: tráeme más leña: este algodón seco se va como la yesca: no me alcanzo esta noche, con tanta cocina.—Y empezó a rebanar el pan, sin ver cuánto más alto y ágil que Ramón era el que se levantó de la silla y saltó a su mandado. Cuando Alejandro, con tal brazada de leña que el buen Ramón en tres viajes no la hubiera traído entró y le dijo, echándola en el rincón, "¿Tendrá con eso, Señora Hartsel?", la de Hartsel, sorprendida, dejó caer el cuchillo: "¡Eh! ¿quién?..." empezó a decir, pero regocijada al ver quién era, "¡Eres tú Alejandro!—dijo—: Yo creía que estabas en Pachanga".

"¡En Pachanga!". Nadie, pues, había salido a seguirlos de casa de Moreno. Sintió Alejandro el corazón ligero, pero no dejó salir al rostro su alegría, y respondió sin levantar los ojos:—"En Pachanga estaba. Mi padre se ha muerto. Allí lo enterré".

—¡Ay, Alejandro, se ha muerto!—exclamó la buena mujer acercándose al indio, hasta que le puso la mano en el hombro:—Sí: oí que estaba malo.

Se detuvo: no sabía qué decir: sufrió tanto cuando echaron a los indios de Temecula, que quedó enferma. Dos días enteros tuvo echadas las cortinas y cerradas las puertas, por no ver lo que pasaba en el pueblo. No era mujer de muchas palabras, ni era india, aunque decían las gentes que con su sangre de mexicana le corría algo de india por las venas, lo que parecía más probable que nunca en aquel momento, cuando ella, de pie frente a Alejandro, con la mano en su hombro, le leía en el rostro cansado la tristeza. ¿Y era aquel Alejandro, el del cuerpo galán, el del paso ligero, el de andar arrogante, el de la cara hermosa, como ella se la vio en la primavera?

—¿Tú estuviste afuera todo el verano, Alejandro?—dijo por fin, volviendo a su tarea.

—Estuve en lo de la Señora Moreno.

—Dijeron, sí. ¿Casa grande que es, no? El hijo será ya un hombre hecho. Pasó muchacho por acá, con un golpe de ovejas.

—Sí, señora, hombre hecho.—Y volvió a hundir la cabeza en las manos.

—Con razón se calla,—dijo para sí la buena mujer:—lo dejaré con sus pensamientos.

Callado estuvo Alejandro largo rato, como presa de súbita apatía, hasta que al cabo, como con pena, dijo:—"Tengo que irme. Yo quería ver al Señor Hartsel, pero tiene gente en la tienda".

—Gente de San Francisco, de la Compañía americana que viene ahora al valle: dos días hace que vinieron. ¡Ah, Alejandro!—exclamó, recordando de repente:—Hartsel tiene tu violín: José lo trajo.

—Sí, José me dijo. Por eso vine.

—Corro, y lo traigo.

—No,—dijo él con la voz baja y ronca—: ¡si no lo quiero! Quiero que el Señor Hartsel, si lo puede comprar, me dé algo por él. No es el mío: es el de mi padre, que vale mucho más. Mi padre Pablo decía que valía mucho, y que era muy viejo.

—Sí que es. Un hombre ahí lo estuvo viendo anoche, y no le quiso creer a Hartsel que era de la Misión.

—¿Toca el hombre? ¿lo querrá comprar?

—No sé. Le pregunto a Hartsel.-Echó a andar, y a paso rápido llegó a la puerta de la tienda: —¡Hartsel, Hartsel!

Pero por esta vez Hartsel no podía responderle. Verlo ella, y pintársele en la cara el desafío y la repulsión, fue uno:—Borracho,—dijo, entrando de vuelta en la cocina: ahora no te entiende aunque le hables: espera a mañana: ¡borracho!

—¡A mañana!—Y a pesar de él, se le escapó un gemido:—No puedo. Tengo que irme esta noche.

—¿Irte, por qué irte?—preguntó ella, asombrada. Por un instante pensó Alejandro decírselo todo; pero no: mientras menos sepan su secreto, mejor:—"Mañana debo estar en San Diego", dijo.

—¿Trabajo allí?

—Sí, en San Pascual: allí debía estar hace tres días.

Cavilaba la de Hartsel:—Esta noche, ¡borracho! Habla tú con el hombre. Quién sabe te compre el violín.

¡Hablar él con el hombre, con uno de aquellos americanos que "venían" a su valle! ¡Oh, no, no: sólo el pensarlo le causaba repugnancia invencible! Sacudió la cabeza. La de Hartsel entendió.

—Bueno, Alejandro: yo te daré esta noche lo que necesites, y si quieres, él venderá el violín mañana, y cuando vuelvas me pagas y te llevas el resto. Él no te hará mal trato, no, si el hombre quiere el violín. Hartsel, cuando está en su juicio, quiere mucho a tu gente, Alejandro.

—Lo sé, Señora: ¡es el único blanco en quien creo!

La buena de Hartsel fue sacando del hondo bolsillo de la enagua pieza tras pieza de oro:—Vaya, pues: más de lo que creí,—dijo:—ya sabía yo que él no llegaba a la noche con la cabeza para cobro, y he ido guardando lo del día.

¡Oro, para su Majela! Suspiró al oír contar a la de Hartsel una tras otra cuatro piezas de a cinco pesos.

—No más: no me atrevo a tomar más. ¿Y me fía todo eso? Vea que ya no tengo nada en el mundo, Señora Hartsel.

—Sí, Alejandro: una infamia! Una infamia, Alejandro,—exclamó, nublados los ojos, la noble mujer.—No pensamos en otra cosa Hartsel y yo. ¡Se han de arruinar, oh sí, se han de arruinar! ¿Fiarte?: por supuesto que te fiamos, a ti y a tu padre, mientras nos quede un día de vida.

—¡Mi padre, está mejor muerto!—decía el indio, guardando lentamente en su pañuelo el oro.—¡Me lo asesinaron, Señora!

—¡Asesinos son, sí!,—replicó la de Hartsel con vehemencia: ¡asesinos no más!

Y aún tenía estas palabras en los labios, cuando con Hartsel tambaleando a la cabeza, se entró por la puerta de la cocina, levantándose y cayéndose, aquella turba de hombres.

—La cena, la ¡la cena!—dijo entre hipos Hartsel:—¿qué anda usted haciendo aquí con este diablo de indio? Allá voy a enseñarle a Ud. a cocinar el jamón!—Y ya iba a caer en un tambaleo sobre la estufa, cuando de atrás lo sujetaron. De arriba a abajo los miró de frente la brava mexicana, que no tenía en todo su cuerpo un nervio medroso.—En la mesa, Señores, les serviré enseguida la cena: en la mesa! Está lista la cena!

Uno o dos de los menos encendidos, avergonzados ante la entereza de aquella mujer, guiaron el resto mudo de la ondeante comitiva al comedor, donde en torno a la mesa se sentaron, dando sobre la tabla, contoneándose en las sillas, votando a todos los dioses, y cantando desvergüenzas.

—Vete, vete, Alejandro,—le dijo la de Hartsel con voz que él sólo oía, al notar con qué ojos de odio y desprecio miraba a la caterva de ebrios el indio:—vete: ¡quién sabe lo que se les ocurra hacer!

—Pero Ud. no tiene miedo?

—No: yo no: yo a Hartsel lo manejo: ya estoy acostumbrada. Y Ramón anda por ahí, y si me apuran, les echo los perros. No hay borrachos como éstos de San Francisco. Vete, vete, Alejandro.

Y Alejandro se fue a paso vivo hacia el cementerio:—"¡Y ésta, se decía por el camino, ésta es la gente que nos roba nuestras tierras, y me ha matado a mi padre, y a José, y al hijito de Carmen Y el Padre Salvatierra dice que Dios es bueno: ¡será que ya no le piden por nosotros los santos!".

Mas cambiando de súbito de ideas, se llevó la mano al pecho, donde tenía el pañuelo con las cuatro monedas:—"Veinte pesos",—pensó: “no es mucho: pero con eso tengo con qué comprar de comer algunos días para Majela y Babá!".

Mar y Bodas

A no ser por la compañía de Carmen, Ramona no hubiera tenido valor para pasar aquella hora larga en el cementerio. Por dos veces estuvo decidida a salir al encuentro de Alejandro, que acaso habría caído en lo de Hartsel en manos de los hombres que la Señora hubiera echado a perseguirlo. En mal hora previó Alejandro ese riesgo, porque la imaginación inquieta de Ramona no cesó de forjarse, con tal dolor como si fueran reales, las escenas en que a tiro de piedra de donde estaba ella sentada, sola e impotente, podía estar padeciendo su pobre Alejandro: ya lo veía preso, amarrado, tratado como ladrón: ¿por qué ella, pues, no estaba allí

para vindicarlo; para amedrentar a aquella gente hasta que lo dejasen libre? Pero cuando se puso en pie, dispuesta a ir a lo de Hartsel, y dijo a Carmen, en aquel tierno castellano cuyo sentido, ya que no sus palabras, Carmen entendía: "Me voy, Carmen. Ya tarda mucho. No puedo esperar aquí",—Carmen se le asió de la mano, y le dijo en su lengua luiseña, cuyo sentido entendió bien Ramona, ya que no sus palabras, "¡Oh, mi linda Señora, no se vaya! Espere. Alejandro le dijo: Espere! Alejandro viene!". "¡Alejandro!": esa palabra sí la entendía Ramona bien. Sí, él le había dicho que esperase. Esperaría, pues, aunque todo el valor le faltaba en cuanto no veía a Alejandro a su lado. ¡Ay! ¿no serán los suyos esos pasos que ya se oyen? Sí, sí son: "¡Alejandro, Alejandro!", dijo, corriendo hacia él, y dejando ir de su mano las riendas.

Suspiró Carmen al recoger las bridas abandonadas, mientras que, sin hallar palabras, se abrazaban los dos enamorados—"¡Cómo quiere a Alejandro!" se decía: "pero ¿se lo dejarán vivo para que la quiera? ¡Mejor es no querer!". Y lo decía sin envidia, porque ella, como todos los de Temecula, tenía gran cariño por Alejandro: lo veían, después de Pablo, como la cabeza natural del pueblo, y en vez de celos por su superioridad, sentían orgullo.

—Tiemblas, Majela: pero ¿no estabas sola? dijo él mirando hacia Carmen.

—No, no, Alejandro, pero ¡tanto tiempo! Tenía miedo de que te hubiesen prendido. ¿Estaban allí?

—No: nadie sabe nada. Creen que vengo de Pachanga.

—Si Carmen no me sujeta, hubiera ido a buscarte hace media hora. Pero ella me dijo que te esperase.

—¿Te dijo? ¿Y cómo la pudiste entender?

—¿Raro, verdad? Yo no sé: habló en tu lengua, pero yo creo que la entendí. Pregúntale si no fue eso lo que me dijo.

Alejandro lo preguntó a Carmen. Sí, aquello fue.

—Tú ves; le dijo él: Majela entendió el luiseño: Majela es como nosotros.

—Sí, respondió Carmen, es como nosotros.—Y tomando una mano de Ramona con las dos suyas, para decirle adiós, añadió, en tono de lúgubre profecía: "¡Como nosotros, Alejandro, como nosotros!". Y cuando ya iba la pareja perdida por la sombra, aún se decía Carmen:—"¡Como nosotros, como nosotros! Ya a mí me vino la pena: ella ahora va a buscarla". Y se volvió a la tumba de su marido, junto a la que se dejó caer de cuclillas, esperando el día.

A seguir el camino derecho hubiera tenido Alejandro que pasar otra vez por frente a Hartsel, corriendo el riesgo de tropezar con la canalla; por lo que dio un largo rodeo, cerca de donde

estuvo la casa de Antonio. Tomó Alejandro de la brida a Babá al llegar junto a ella, y guiándolo hasta el montón de ruinas: Aquí, Majela," dijo: "aquí era la casa de Antonio. ¡El pueblo entero debió hacer lo que hizo la vieja Juana! Los americanos están viviendo en la casa de mi padre, Majela!"—y se le oía crecer la ira, aunque hablaba muy bajo: "Por eso, Majela, tardé tanto, porque estuve mirándolos por la ventana. Dime ¿no me he quedado loco? Si llego a tener mi escopeta ¡allí los mato!”.[2]

—¡Ay, Alejandro! ¿En tu casa? ¿Tú los viste?

—Sí: el hombre, la mujer, los dos hijos: y el hombre salió a la puerta con su escopeta, y disparó: creyó que por allí andaba un indio, y disparó.

Babá en aquel instante tropezó: siguió andando, y volvió a tropezar a los pocos pasos.—"Se le ha enredado algo en los pies, Alejandro, algo que corre”.

Saltó Alejandro de su pony, y tanteó de rodillas por el suelo:—"Es una estaca, Ramona, y la cuerda amarrada. ¡Virgen Santa, qué es esto!". Y echó a correr, y Babá detrás, y Capitán y el pony: ¡allí estaba un magnífico caballo negro, grande como Babá, y Alejandro cuchicheándole, y golpeándole suavemente en el hocico, para que no relinchara! Afuera la silla del pony infeliz: allá va la silla sobre el caballo negro: lo encincha Alejandro, lo aquieta, lo monta: casi en un sollozo dice Alejandro: "Es Benito, Majela, es mi Benito! ¿Tú ves cómo los santos nos ayudan? ¡A mi caballo estacármelo con esa estaca! Un conejo la arranca de un tirón! A galope ahora, Majela! ¡Más aprisa, más aprisa! A salir pronto del valle maldito! Y cuando lleguemos al cañón de Santa Margarita, allí sé yo una senda por donde no nos sigue nadie!".

Como el viento galopaba Benito: iba Alejandro casi tendido sobre su cuello, acariciándole la frente, hablando al oído al caballo, que le contestaba con relinchos de alegría: ¿cuál, el caballo o el hombre, iba más contento? Y crin a crin con Benito galopaba Babá. La tierra les volaba debajo de los pies. ¡Aquél sí era compañero para Babá, porque como él y Benito, no había otros dos en toda la Baja California! Alejandro era presa de tan desatentado júbilo, que Ramona le oía casi espantada hablándole sin cesar, sin cesar, a Benito. En una hora no recogió la rienda. Caballo y dueño conocían a palmos el camino. De pronto, al entrar en lo más hondo del cañón, torció Alejandro bridas a la izquierda y comenzaron a escalar el paredón: "¿Puedes seguirme, Majela?".

—¿Crees tú que Benito pueda hacer algo que no haga Babá?—Y Ramona se acercó aún más a Alejandro.

Pero a Babá no le iba gustando la subida, tanto que a no ser por emular a Benito hubiera dado quehacer a su dueña.

2 Se añaden comillas.

—El mal paso se va a acabar pronto, Carita,—dijo Alejandro volviéndose a ver cómo saltaba Babá un tronco caído que Benito había dejado atrás gallardamente:—"¡Bravo, Babá!"—añadió, al verlo dar el salto con la presteza de un venado:—"¡Bravo, Majela!".[3] Llevamos los dos mejores caballos del país. Y se parecen. Ya verás en cuanto salga el sol cómo se parecen. Los dos van a hacer muy buen par".

A poco andar por aquella cuesta aspérrima, salieron a la cumbre de la pared sur del cañón, que era un denso robledal casi libre de maleza.—"Ahora, dijo Alejandro, puedo ir de aquí a San Diego por caminos que nadie conoce. En los claros de la aurora estaremos al llegar."

Ya allí les daba en el rostro el vivo aire salado que venía del mar, y aspiraba Ramona con deleite.—"Alejandro, me sabe a sal el aire".

—Es el mar, Majela. Este cañón sale al mar. Lástima que no podamos seguir por la orilla, ¡porque es grande, Majela! y las olas vienen jugando, cuando hay calma, hasta los pies de los caballos; y el camino sigue con el agua clara a los pies y el peñón verde encima; y el aire del agua enciende la cabeza, Majela, como el vino.

—Y ¿por qué no vamos por la orilla?

—Por la gente, Carita. Siempre hay gente que va y viene, y pueden vernos.

—Pero otra vez vendremos, ¿no, Alejandro?, cuando estemos casados, y no haya peligro.

—Sí, Majela.—Pero para sí se dijo Alejandro:—"¿Y cuándo, cuándo será que no haya peligro?".

La playa del Pacífico, en muchas millas al Norte de San Diego, es una cadena de redondos promontorios, donde rematan los muchos cañones, por donde bajan al mar numerosos riachuelos. Lo hondo de estos cañones es fértil y muy cubierto de árboles, casi todos robles. Nacen los cañones en la tierra como pequeñas hendiduras, que se van luego ahondando y abriendo, hasta que al morir en sus bocas miden de ancho como la octava de una milla de playa reluciente, que cerca el tajo de muro a muro como una media luna. El cañón adonde Alejandro quería llegar antes del amanecer distaba menos de doce millas de la vieja ciudad de San Diego, y dominaba por uno de sus recodos más hermosos la bahía de afuera. La última vez que estuvo en él casi le cerraba el paso la abundancia de los robles nuevos. Allí podrían esconderse durante el día, y al caer de la noche seguirían a la ciudad, a la casa del cura, se casarían, y en la noche misma emprenderían camino a San Pascual.—"Desde el cañón podrá Majela estar viendo el mar todo el día; pero no se lo digo, porque pueden haber cortado los árboles, y entonces tendremos que quedarnos lejos".

---

3 En la edición príncipe: Majela!".

Apuntaba ya el sol cuando llegaron. No habían cortado los árboles, cuyas copas, vistas desde arriba, parecían por lo espeso un lecho de musgo. El cielo y el mar estaban rojos. Mirando Ramona de lo alto aquel camino verde claro que llevaba al mar ancho y brillante, pensó que Alejandro la había traído a un mundo de hadas.

—¡Qué hermosura!—exclamó; y acercándose tanto a Benito que pudo poner la mano sobre el hombro de su compañero, dijo solemnemente:—"¿No crees, Alejandro, que podríamos vivir muy felices en esta hermosura? ¿No podríamos cantar aquí el canto al sol?".

Él ojeó alrededor. Estaban solos en el fresco claro. No era aún alba plena: por sobre las colinas de San Diego flotaban grandes nubes carmesíes: en el faro del promontorio que vigila la bahía interior centelleaba la lucerna: pero a los pocos momentos rompería ya el día.—"No, Majela, aquí no," le contestó: "no podemos quedarnos aquí. En cuanto salga el sol, cualquiera ve de lejos en lo alto del perfil una figura de hombre o de caballo. Muy de prisa tenemos que ir bajando a escondernos entre los árboles".

Casa parecía, y no soledad campestre, el refugio en donde descansaron, bajo la techumbre natural de las copas de los robles, cuya espesura no penetraban los rayos del sol: corría aún, a pesar de la larga seca, una débil vena de agua, y con la poca yerba de sus orillas engañaron el hambre Babá y Benito en mansa compañía.

—Se quieren estos dos, dijo Ramona riendo:—van a ser buenos amigos.

—De veras,—contestó Alejandro, con una de sus raras sonrisas.—Los caballos se quieren y se odian, lo mismo que los hombres. A la yegua de Antonio no la podía ver nunca Benito sin dejarle ir una coz; y la yegua, cuando lo veía venir, temblaba.

—¿Conoces tú al cura de San Diego, Alejandro?

—No mucho, Majela. A Temecula él ha ido poco; pero nos quiere a los indios. Yo sé que él vino con la gente de San Diego cuando la pelea, que los blancos se morían de miedo; y dicen que si no es por el Padre Gaspar, no queda en Pala un blanco vivo. Mi padre había sacado del pueblo a toda su gente, porque él no quería que peleasen: ¿para qué? Desde entonces el Padre Gaspar no ha estado en Pala: el que va ahora es el de San Juan Capistrano, un padre malo, Majela, que les pide dinero a los pobres.

—¡Un padre, pide dinero!

—Sí, Majela, no todos los padres son buenos: no todos son como el Padre Salvatierra.

—¡Si hubiéramos podido ir a que el Padre Salvatierra nos casase!

Alejandro, apenado, le dijo:—Pero Majela, nos hubieran podido encontrar, y yo no sé que allí tenga yo trabajo.

Aquel modo resignado de decir llenó a Ramona al instante de remordimiento: ¡echar, ni siquiera el peso de una pluma, sobre la pena de aquella alma tan fina!—"¡Oh, no! esto es mejor, Alejandro, de veras. No lo dije más sino porque quiero mucho al Padre, y porque la Señora le dirá lo que no es. ¿No le podríamos mandar una carta?".

—Yo conozco un indio de Santa Inés que viene a veces a vender árganas a Temecula: yo no sé si va a San Diego. Si lo veo, él por mí va de Santa Inés a Santa Bárbara, seguro, porque una vez cayó enfermo en casa de mi padre, y yo lo cuidé muchas semanas, y desde entonces siempre que viene, quiere regalarme un árgana.

—¡Ay, Alejandro, si fuera ahora como en los tiempos de antes, cuando los padres eran como el Padre Salvatierra, y había trabajo para todos en las Misiones! La Señora dice que las Misiones eran como palacios, y había en cada una indios por miles; dice que había muchos miles de indios, todos tranquilos y contentos.

—La Señora no sabe todo lo que sucedía en las Misiones,—replicó Alejandro.—Decía mi padre Pablo que en algunas, Majela, había cosas terribles, donde mandaban hombres malos. En San Luis Rey no fue así, porque el Padre Peyri quería a los indios de veras como a sus hijos. Si él los mandaba echarse al fuego, al fuego se echaban. Cuando se fue, dicen que el corazón se le partía, y tuvo que ir por el monte, para que no se rebelaran los indios, que no querían que se fuera. Iba a salir un barco de San Diego, y el Padre quería ir a México en él; pero a nadie más que a mi padre Pablo se lo dijo, que lo acompañó de noche por este mismo camino, con los caballos más ligeros, y una caja muy pesada con las cosas santas del altar, que llevaba mi padre en la delantera. Al alba llegaron, y en un botecito se fue el Padre al buque: mi padre Pablo desde la playa lo veía ir, ir, como muerto él, porque quería mucho al Padre Peyri: y no más llegaba al barco, Majela, oyó mucho grito, y gente que venía, y pisadas de caballos, y trescientos indios de San Luis, que venían a llevarse al Padre. Y cuando mi padre Pablo les señaló el buque, y les dijo que el barco se lo llevaba, fue el lloro tan grande que no se veía el cielo, y algunos se echaron al mar, y nadaron hasta el barco, y por Dios le pedían que se los llevase con él. Y el Padre Peyri llorando en la cubierta les decía adiós, y les echaba la bendición. Uno, Majela, subió al barco, nadie supo cómo, y tanto rogó que lo dejaron irse con el Padre. Mi padre Pablo dice que lloró toda su vida porque a él también no se le ocurrió subir: pero él estaba de la pena como muerto.

—¿Y fue aquí mismo? preguntó Ramona con gran interés, señalando a la faja de mar de vivo azul circundada por el monte de robles hojosos de la costa.

—Aquí fue, como aquel barco que va saliendo ahora. Pero el barco del Padre estuvo primero en la bahía de adentro, que es lo grande del mundo, Majela: la tierra se sale al mar de los dos lados, como dos brazos, Majela, abrazando el agua.

—¿Pero en las otras Misiones había de veras hombres malos, Alejandro? Los padres franciscanos no serían.

—Los padres tal vez no, pero su gente. Era mucho mando, mucho. El mucho mando, Majela, hace malos a los hombres. En la Misión de San Gabriel hicieron capitán a un indio, que una vez que su gente se escapó al monte, volvió con un pedazo de oreja de cada uno, y de los pedazos hizo un rosario "para conocerlos por el picotazo", decía riéndose. A mí me lo dijo una viejita de San Gabriel, que ella misma lo vio. Por eso, Carita, muchos indios no querían venir a las Misiones: es triste vivir en los montes como fieras; pero si así querían vivir, debieron dejarlos, Majela.

—¿Y lo que el Padre Salvatierra dice, Alejandro? que el Evangelio de Dios se le ha de enseñar a todo el mundo, y a eso vinieron aquí los padres franciscanos? Yo no sé: pero no puedo creer eso de las orejas.

—¡La mía no me la hubieran cortado!

—No, no puedo creer que un Padre lo permita.

La luz roja del faro, encendida al oscurecer, centelleaba ya hacía algún tiempo, cuando Alejandro se decidió a seguir viaje al favor de la noche, porque el camino que habían de tomar era el real, por donde siempre iban y venían viajeros. Pero tan buen paso llevaban los caballos que no era tarde cuando entraron en la ciudad. La casa del Padre estaba al extremo de un edificio de adobe largo y gacho, que en los tiempos del Presidio no fue casa de poco, pero estaba ahora desmantelada y desierta. A la otra margen del camino, en un claro descuidado y lleno de cizaña, estaba la capilla, herida de pobreza, mal encalados los muros, y sin más adorno que unos cuantos pinturones y ciertas arañas rotas de espejos, salvadas por milagro de los templos de los misioneros, de años atrás abandonados. Era mezcla curiosa el cristal de las arañas con los candeleros de latón donde ardían en ellas unas pocas y flacas bujías. Todo era triste como el pueblo mismo, el más melancólico de la Baja California. Allí fue donde aquel gran franciscano Junípero Serra comenzó la obra santa de rescatar para su Dios y su nación aquellas soledades y sus tribus: por aquella misma playa anduvo, sembrando consuelos, las primeras terribles semanas de su empresa, a éstos curando, oleando al moribundo, sepultando a los muertos, pidiendo al cielo de rodillas que aplacase la peste que asolaba los buques mexicanos: allí bautizó a los primeros indios, y estableció la primera Misión. De sus trabajos heroicos y difícil conquista quedan por única muestra unos cuantos palmeros y aceitunos, y

unos paredones arruinados. ¡Un siglo más, y todo habrá vuelto a la madre tierra, que no pone losas sobre las más sagradas de sus tumbas!

Muchos años hacía que el Padre Gaspar estaba en San Diego. Ni era franciscano, ni le inspiraba la Orden gran cariño; pero en aquellos lugares llenos de recuerdos religiosos se placía su espíritu fantástico y ardiente, nacido para sacerdote, poeta o soldado. Sacerdote fue, porque así lo quiso el mundo; y el brío e imaginación que hubiesen empuñado la espada o encendido la rima, dieron redoblado fervor a su vocación sagrada. Soldado, nunca dejó de parecerlo, por la apostura y el paso: ni decían muy bien con la sotana sus ojos centelleantes, su pelo y su barba espesos y negros, y su andar suelto y vivo. Lo que tenía de poeta le fue año tras año encogiendo el alma, al ver cuán poco útil podía ser ya, a tantos cientos de indios, que él hubiera querido juntar como antes bajo la guarda de la Iglesia. Iba frecuentemente a visitar los indios a sus escondites, dando por una familia con la otra, y por los de una banda con los de la vecina: escribía al Gobierno de Washington dolorosas y sesudas cartas: vanos, como sus misivas, eran sus esfuerzos para obtener amparo y justicia del Gobierno del Estado, y ayuda algo más vigorosa de la Iglesia. Descorazonado al fin, y lleno de aquella indignación reprimida e intensa de que sólo los poetas son capaces, "¡Basta!" se dijo: "no vuelvo a abrir mis labios, no puedo sufrir más!", y limitó su ministerio a cumplir los deberes de la cura en su pequeña parroquia de mexicanos e irlandeses, y llevar los sacramentos a los caseríos principales de los indios, una o dos veces al año. Cuando le traían noticias de alguna infamia nueva, medía su cuarto a pasos fieros, y con votos que tenían más de militar que de párroco, clamaba a Dios y se mesaba la barba. Pero en esto paraba su descontento. Encendía su pipa, sentábase en el banco viejo de su colgadizo enladrillado, y hora tras hora dejaba volar el humo, mirando de vez en cuando al agua azul de la bahía desierta, sin apartar de la memoria las desdichas a que no podía poner remedio.

A poca distancia de su casa se levantaban los muros recién empezados de una hermosa iglesia de ladrillo, que había sido su sueño acabar algún día, y ver llena de fieles. Pero esta esperanza del Padre Gaspar se desvaneció con las del pueblo de San Diego, harto caído en pobreza para enterrar su poco dinero en iglesias ricas. Bello habría sido para un alma católica levantar tal templo donde moró y trabajó por la fe el Padre Junípero; pero era justo atender antes a las necesidades de los vivos que a las memorias de los muertos. Lo que no impedía que aquellos muros a medio construir pesasen como una cruz al Padre Gaspar, cada vez que desde su colgadizo les veía, en los sendos paseos con que allí se consolaba año sobre año, lo mismo en el balsámico invierno que en el estío fresco de aquel mágico clima.

—¡En la capilla hay luz, Majela! Ahí debe estar el Padre, dijo Alejandro, apeándose de un salto, y mirando por la ventana de la iglesia:—¡Majela, si están casando! Ven, ven: estamos de buenas. Así tardaremos poco.

Cuando el sacristán dijo quedo al Padre que acababa de llegar pidiendo matrimonio una pareja india, frunció el ceño el Padre. La sopa le esperaba, y había andado de viaje todo el día por el olivar de la Misión, donde no halló las cosas a su gusto: fatigado, colérico y con gran apetito, no era su rostro cosa de especial dignidad cuando se acercaron a él los dos viajeros. Mucho extrañó a Ramona, que no conocía más rostro de cura que el benévolo del Padre Salvatierra, aquel aspecto de impaciencia y prisa, que duró sólo hasta que el Padre Gaspar puso ojos en Ramona.

"¿Qué es esto?" se dijo; y le preguntó severamente: —¿Eres india, mujer?

—Sí, Padre,—respondió ella con dulzura: soy hija de india.

"Ah, es mestiza![4] siguió el cura diciéndose: "es raro eso de que unas veces les salga todo lo blanco, y otras todo lo indio. Pero esta muchacha no es cosa común". Y con el interés cariñoso pintado en el semblante, comenzó la ceremonia, que como a disgusto presenciaban, muy largas las caras, los dos recién casados irlandeses, viejo él y ella más vieja, asombrados al parecer de que también se casaran los indios.

El registro de matrimonios lo tenía en su casa propia el Padre, donde ni su misma criada, muy entrada en años, lo supiese; porque no había faltado ya quien, para servir su interés, cortara hojas de aquel libro venerable, que en muchas páginas tenía letra del Padre Junípero.

Al salir de la capilla las dos parejas tras el Padre Gaspar, los irlandeses iban sin mirarse, como cargados de vergüenza, y Alejandro y Ramona caminaban airosos de la mano. —"¿Quieres montar, Ramona? Es un paso no más".

—No, Alejandro, gracias: mejor voy a pie.—Se echó él al brazo izquierdo las bridas de Babá y Benito; y el Padre Gaspar, que no perdió palabra, "Le habla, se dijo, como un caballero a una señora. ¿Quiénes serán?".

Al salir de casa del Padre Gaspar, Alejandro y Ramona, a caballo otra vez, siguieron por la desierta plaza al norte, al camino del río, dejando los paredones del Presidio Viejo a su derecha. El río iba bajo, y lo vadearon fácilmente.

—En la primavera se pone el río tan crecido, Majela, que pasan días sin poderlo vadear.

—Pero ahora no, ya ves. Todo nos está ayudando, Alejandro: las noches oscuras, y el río bajo, y mira! allí sale la luna,—dijo ella señalando la luna, fina como una hoz, que se levantaba por el horizonte: ¿tú no crees que ya estamos seguros?

---

4 Se añaden comillas.

—Yo no sé, Majela, si estaremos seguros nunca. Ojalá estemos. Fue torpeza mía decirle ayer a la Señora Hartsel que yo iba a San Pascual; pero si llegan a preguntarle, ella entenderá, y no lo dirá. Por ella no nos harán mal, no.

Iba primero el camino por una empinada mesa, cubierta toda de bajos matorrales; y a las diez o doce millas bajaba por entre ondeantes quebradas a un valle estrecho, el valle de Poway, donde los mexicanos opusieron vana resistencia a las tropas del Norte.

—Aquí hubo pelea con los americanos, Majela, y les hicieron muchos muertos. Yo mismo tengo unas doce balas que he cogido del valle con mis manos: me las quedo mirando muchas veces, y si volviera a haber guerra con el americano, Majela, volvería a dispararlas. ¿No cree el Señor Felipe que los blancos se levantarán otra vez, para echar al americano de la tierra? Los indios todos pelearíamos. ¡Ay, Majela, si los pudiésemos echar!

—Sí, si pudiésemos! Pero no se puede, Alejandro. La Señora hablaba siempre de eso con Felipe. No se puede. Ellos tienen la fuerza, y mucho caudal, mucho. En el dinero no más piensan. Dicen que no hay cosa que no hagan por dinero, hasta matar. Se matan como fieras unos a otros por peleas de dinero. Los mexicanos se matan por cólera, o porque se quieren mal; pero por dinero, nunca!

—Ni los indios, Majela. Por dinero, nunca un indio ha matado a otro. Por venganza sí, pero por dinero no. ¡Perros no más son los americanos, Majela, te digo que son perros!

Raras veces hablaba Alejandro con tanta vehemencia; pero el ultraje que acababa de sufrir su gente le encendió en las venas un odio y desdén que no habían de extinguirse jamás. Jamás volvería él a poner su fe en un americano. Americano quería decir para él crueldad y robo.

—Pero todos no han de ser malos, Alejandro. Algunos habrá buenos, ¿no?

—¿Dónde están los buenos?—exclamó él con fiereza: En mi pueblo, cuando sale un indio malo, no hay quien lo mire ni lo tenga en honor: mi padre lo castigaba: el pueblo entero lo castigaba. Si hay americanos buenos, americanos que no matan y que no roban, ¿cómo no vienen a castigar a éstos que roban y matan? ¿Y por qué hacen leyes con que robar? Con su ley nos han robado a Temecula, y se la han dado a ésos,—a ésos! Su ley se pone del lado del ladrón. No, Majela: ése es un pueblo que roba. Eso es lo que son: un pueblo que roba, y que mata, por dinero. ¿Y no tiene vergüenza de ser así, un pueblo que dicen que tiene tanta gente como las arenas de la mar?

—Es lo que dice la Señora, que todos son ladrones, y que no sabe el día en que le vendrán a quitar la tierra que le queda. Antes tenía dos tantos de la de ahora.

—Hasta el mar dice mi padre que llegaba la tierra del General Moreno.

—Hasta el mar, sí. ¡El mar, que es tan hermoso! ¿Y desde San Pascual se puede ver el mar, Alejandro?

—No, mi Majela: queda lejos. San Pascual está en el valle, y alrededor todo es montañas, como murallones. Pero te va a gustar, verás. En cuanto lleguemos yo te hago una casa. Todo el pueblo me ayuda. En dos días está hecha. ¡Pero qué casa tan pobre para mi Majela!—dijo tristemente. Su corazón no estaba en calma. Extraño viaje era aquél en verdad. Aunque Ramona no sentía miedo.

—La casita más pobre me parecerá mejor que la más hermosa del mundo donde tú no estés.

—Pero a mi Majela le gusta todo lo hermoso: mi Majela ha vivido como una reina.

Ramona se echó a reír gozosamente.—¡Qué poco sabes tú cómo viven las reinas! En casa de la Señora se estaba bien, pero nada más. En la casita que tú me hagas, estaré yo tan bien como allí. Una casa tan grande, de veras, no trae más que enojos. A Margarita le daban cansancios mortales, de barrer aquellos cuartos en que no vivían más que los santos benditos de San Luis Rey. ¡Si pudiéramos tener en nuestra casita un San Francisco, o una imagen de la Virgen! Eso me gustaría más que todo lo del mundo. Me gusta dormir con la Virgen cerca. La Virgen me habla en sueños.

Alejandro clavó en Ramona sus ojos graves y escrutadores mientras le hablaba ella así. ¿Era del mismo mundo que él, o de otro mundo mejor, aquella criatura que iba a vivir a su lado? —"A mí los santos no me hacen sentir así, Majela. Los santos me dan miedo. Será porque a mi torcaza la quieren, y a nosotros no. Yo creo que en el cielo ya no le piden a Dios por nosotros. Eso es lo que decían los padres que hacen los santos en el cielo, rogar por nosotros a Dios, y a la Virgen Madre y al Señor Jesús. Tú ves que no puede ser que hayan estado rogando en el cielo por nosotros,—y que haya sucedido lo de Temecula!: yo no sé en qué los hemos podido agraviar".

—Yo creo, Alejandro,—respondió Ramona con viveza,—que el Padre Salvatierra pensaría que es pecado tener miedo a los santos. Él me ha dicho muchas veces que era pecado estar triste: y por eso no más pude llevar sin tanta pena que la Señora no me tuviese amor. Sí, Alejandro,—siguió diciendo cada vez con más fervor—aunque la gente no tenga más que pesar, no quiere decir que los santos no la quieran. Mira lo que padeció Santa Catalina y la bendita Santa Inés; no es por lo que nos pasa en este mundo por lo que podemos saber si los santos nos quieren, ni si veremos en el cielo a la Virgen.

—¿Y cómo entonces lo vamos a saber?

—Por lo que sentimos en el corazón, Alejandro; por lo que sabía yo, cuando tardabas en venir, que me seguías queriendo. En mi corazón lo sabía yo, y siempre lo sabré, suceda lo que suceda. Si te mueres, sabré que me quieres. ¡Y tú también sabrás que yo te quiero!

—Sí, dijo él pensativo: eso es verdad. Pero no se puede pensar de un santo como de una persona que uno ve con sus ojos y toca con sus manos.

—No: de un santo no tanto: pero de la Virgen sí, Alejandro. Eso sí lo sé yo. La imagen de la Virgen que tenía yo en mi cuarto era mi madre, Alejandro. Desde niñita le he contado todo lo que he hecho. Ella fue la que nos ayudó a pensar todo lo que debía traer para el viaje. De muchas cosas me hubiera olvidado, si no hubiese sido por ella.

—¿Y te habló? ¿la oíste hablar?—dijo Alejandro espantado.

—No, con palabras no; pero lo mismo que si fuese con palabras. No es lo mismo tenerla en el cuarto que verla en la capilla. Con ella en mi cuarto nuevo, sí que no querría yo más para ser feliz!

—¡Majela, voy y la robo!

—¡Virgen Santa! No lo vuelvas a decir. Como de un rayo caerás muerto si la tocas siquiera. Hasta el pensarlo debe ser pecado.

—En casa de mi padre había una estampa de la Virgen. No sé si se quedó allá, o si se la llevaron a Pachanga. Cuando vuelva veré.

—¡Cuando vuelvas! ¿Qué dices? ¿Volver tú a Pachanga? Tú no te separas de mí!

Todo el valor de Ramona desaparecía en cuanto pensaba que Alejandro pudiera apartarse de ella. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, aquella criatura confiada, gozosa, indomable, que lo llevaba como en alas de esperanza y fe, era una niña trémula, mísera, cobarde, que lloraba de miedo, y se le colgaba de la mano.

—Sí, mi Majela, cuando pase un tiempo, y ya estés hecha a la casa nueva, tengo que ir a traer el carro y lo poco que nos queda. Allá está la cama del Padre Peyri, que se la dio a mi padre. A ti te gustará descansar en ella. Mi padre creía que esa cama tenía mucha virtud.

—¿Es como la que le hiciste a Felipe?

—No tan grande: entonces el ganado no era tan grande como ahora. Hay tres sillas también de la Misión, y una casi tan rica como la del colgadizo de la Señora. Se las dieron a mi padre. Y libros de música hay también, unos libros muy hermosos de pergamino. Ojalá no se hayan perdido, Majela. José murió y no pudo cuidar. Pusieron junto en los carros lo de todos. Pero toda mi gente conoce las sillas de mi padre y los libros de música: todo lo encontraré, si no se lo han robado los americanos. Mi pueblo no roba. En Temecula no hubo más que un ladrón, y

mi padre le hizo dar tantos azotes que se huyó y no volvió. Dicen que está en San Jacinto y que sigue robando. Yo creo que si está en la sangre ser ladrón ni los azotes le sacan el vicio.

—¡Como los americanos!—dijo Ramona, entre riendo y llorando.

Faltaba aún una hora para el alba cuando llegaron a la cumbre de la cuesta desde donde se domina el valle de San Pascual. Dos cuestas y valles habían pasado en su camino, pero aquél era el más ancho de los tres, y las colinas que lo circundaban eran más bellas y redondas que cuantas habían visto. Por el Este y Noroeste se elevaban altísimas sierras con los picos perdidos en las nubes. El cielo estaba cerrado y gris.

—Si estuviéramos en primavera, dijo Alejandro, ese cielo traería lluvia; pero yo no creo que ahora pueda llover.

—No,—respondió Ramona riendo,—no ha de llover hasta que tengamos hecha la casa. ¿Y será de adobe, Alejandro?

—No, todavía no; primero tendrá que ser de tule. Son muy buenas de vivir para el verano: luego te haré una de adobe para el invierno.

—¿Dos casas? ¡qué gastador! Si la de tule es buena, yo no dejaré que me hagas otra.

Aquellas alegrías de Ramona asombraban a Alejandro, y parecían sobrenaturales a su carácter triste y más despaciosa naturaleza, como si de repente viese a Ramona cambiada en un pájaro de colores, o en risueña creación, extraña y superior a la vida humana.

—Tú me hablas lo mismo que cantan los pájaros,—dijo lentamente. Yo hice bien en llamarte Majela: sólo que la torcaza no tiene alegría en el canto como tú: dice no más "quiero y espero".

—Y eso digo yo, Alejandro,—replicó Ramona, tendiéndole los brazos.

Los caballos iban andando lentamente, muy cerca uno del otro. Babá y Benito eran ya tan buenos amigos que les gustaba de veras ir lado a lado, y ni Benito ni Babá dejaban de tener sus indicios del afecto que unía a los dos jinetes. Ya Benito conocía la voz de Ramona, y la contestaba con placer: ya Babá había aprendido de tiempo atrás a detenerse cuando su dueña ponía la mano en el hombro de Alejandro. Así se detuvo ahora: y no recibió muy pronto por cierto la señal de seguir camino.

¡Majela! ¡Majela!—exclamó Alejandro tomándole las dos manos en las suyas, y llevándoselas a sus mejillas, al cuello, a los labios:—si los santos me mandasen morir en martirio por mi Majela, entonces sabría ella cómo su Alejandro la quiere. ¿Pero qué puede hacer su Alejandro ahora? ¡Ay: qué? Majela lo da todo: Alejandro no da nada.—Y apoyó en las manos de ella su frente inclinada, y las puso después suavemente en el cuello de Babá.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. ¿Cómo inspiraría ella a aquel corazón entristecido, a aquel desconfiado amante, el gozo de que era tan merecedor?—"[5]Una cosa puede hacer Alejandro"—dijo, hablando,—sin darse cuenta—como él le hablaba: "una cosa puede hacer por su Majela: ¡no decir nunca, nunca, nunca, que no tiene nada que darle! Cuando él dice eso, le está diciendo a Majela mentirosa; porque ella le ha dicho que él es el mundo entero para ella, que ella no quiere más mundo que él. ¿Es Majela mentirosa?".

Pero aun a esto contestó Alejandro en un éxtasis en que se veía tanto de alborozo como de angustia:

—No, Majela no puede mentir, Majela es como los santos, Alejandro es suyo.

Ya estaba el pueblo entero en sus faenas cuando llegaron al valle. Habían acabado de vendimiar, y por todas partes se secaban las uvas en cestos grandes y llanos al calor del sol. Las ancianas y los niños daban vuelta a las uvas en los cestos o machacaban bellotas en los pilones de piedra: otras majaban yuca, y la ponían a hincharse en agua: las viejecitas, sentadas en el suelo, tejían cestas. Los más de los hombres estaban fuera del pueblo, éstos en los quehaceres de la esquila, aquellos abriendo una gran acequia de riego en San Bernardino. Por acá y por allá salían de vez en cuando despaciosos rebaños o majadas a pastar en las colinas: había algunos varones al arado: otros en grupos diligentes levantaban cabañas con los carrizos de tules que tenían a los pies en largos haces.

—Estos son gente de mi Temecula,—dijo Alejandro;—están haciendo sus casas nuevas. Mira esos haces de tule más oscuro: ¡el tule viejo, Majela, el que tenían en sus casas! ¡Allí viene Isidro!—exclamó con arranque de júbilo, señalando a un jinete bien montado que había estado acudiendo de un grupo a otro, y a galope venía ahora hacia él. En cuanto Isidro lo reconoció, se echó abajo del caballo. Lo mismo hizo Alejandro. Corrieron ambos hasta encontrarse, y se abrazaron en silencio. Ramona siguió hacia ellos a caballo, y al unírseles tendió la mano a Isidro:—"¿Isidro?", dijo.

Entre agradado y sorprendido con aquel saludo lleno de seguridad y confianza, Isidro se lo respondió, y volviéndose a Alejandro le dijo en su lengua:

—¿Quién es esta mujer que nos traes que sabe mi nombre?

—¡Mi mujer!—respondió en luiseño Alejandro.—El Padre Gaspar nos casó anoche. Ella es de casa de la Señora Moreno. Viviremos en San Pascual, si tú tienes tierra para mí, como me dijiste.

Por mucho que fuera el asombro de Isidro, no dio la menor muestra de él, ni había en su rostro y tono más señales que las de una grave y cortés bienvenida cuando les dijo:—"Bueno,

5 Se añaden comillas.

sí tengo tierra para ti. Quédate". Pero cuando oyó el suave castellano en que Ramona hablaba a Alejandro, y notó que éste le traducía lo que iba diciendo Ramona, y Alejandro le dijo: —"Majel no sabe todavía hablar en nuestra lengua, ella la aprenderá,”—se pintó claramente en las facciones de Isidro su desasosiego. Temió por Alejandro. "¿No es india, pues?—le dijo:—¿cómo se llama Majel si no es india?".

La respuesta que leyó Isidro en el rostro de Alejandro le devolvió la tranquilidad.—"India por su madre, y por el corazón es india toda. No tiene más que a mí en el mundo. Está bendita de la Virgen, Isidro. Ella nos ayudará. Yo le puse Majel porque se parece a la torcaza: y ya no quiere llamarse como antes, sino Majel, como en nuestra lengua".

Ésa fue la presentación de Ramona al pueblo de indios, ésa y su sonrisa: la sonrisa tal vez pudo más que el elogio de su enamorado. Ni los pequeñuelos le mostraron miedo. Las mujeres, aunque encogidas al principio, por el aire noble de la recién llegada y los vestidos que traía, que eran de los que usaba el señorío, pronto entendieron que Ramona era una amiga, y lo que fue más, que Ramona era de Alejandro. Si era de Alejandro, era de ellas, era una de ellas. Grandes hubieran sido la emoción y agradecimiento de Majel, a entender lo que decían de ella las buenas mujeres, maravillándose de que niña tan hermosa, y criada con los Moreno, de cuya riqueza todos sabían, fuera mujer de Alejandro y le mostrara tanto amor.—"¿Será que los santos,—pensaban en su sencillez—la mandan en señal de su amparo a los pobres indios?". Al caer de la tarde vinieron las mujeres trayendo en andas a la anciana del pueblo, a que la viese con la luz del sol, porque se sentía ya tan cargada de años que no sabía si llegaría viva al sol siguiente. Querían también las mujeres saber cómo le parecía Majela a su anciana. Apenas la vio acercarse Alejandro comprendió su intención, y se apresuró a explicársela a Ramona: todavía estaba hablando cuando la comitiva se detuvo ante ellos, frente a Ramona, que estaba sentada bajo la higuera grande de casa de Isidro. Las que traían a la anciana cargada se echaron a un lado, y se sentaron a pocos pasos de distancia. Alejandro habló primero. En pocas palabras contó a la vieja del pueblo el origen de Ramona, y su casamiento, y su nombre nuevo de Majela: y entonces dijo:—"Majela, te da la mano: dásela tú si no tienes miedo".

Había algo de pavoroso, y como de fuera de la vida, en aquel brazo seco y en aquella mano; pero Ramona la tomó en las suyas con veneración afectuosa:—"Alejandro, dile tú por mí que tengo sus años en mucho respeto, y que si Dios quiere que viva tanto como ella, todo lo que pido es que tu pueblo me mire como a ella la mira”.

Con una tierna mirada agradeció Alejandro estas palabras a Ramona, tan conformes con el sentir y hablar de los indios. Del grupo de mujeres sentadas se levantó un murmullo de

satisfacción. Pero la anciana no respondía: seguía estudiando con la mirada el rostro de Ramona, y retenía su mano.

—Dile,—volvió Ramona a decir—que quiero saber si puedo servirle de algo. Dile que seré como su hija si ella quiere.

"La Virgen misma,—dijo Alejandro para sí, está poniendo en boca de Majela estas palabras". Las tradujo en luiseño, y volvió a oírse otro murmullo de agrado ante las mujeres; pero la anciana no hablaba todavía.

—Dile que tú serás su hijo,—añadíó Ramona.

Alejandro lo dijo. Eso era tal vez lo que la anciana esperaba. Levantando su brazo como una sibila, habló así:—"Bueno, yo soy tu madre: los aires del valle te querrán, y la yerba bailará cuando tú andes. La hija visita a su madre todos los días. Yo me voy". Hizo señas a las que la trajeron, y volvieron a llevársela en las andas.

Esta escena conmovió a Ramona mucho. Los actos más sencillos de aquella gente le parecían de profundidad maravillosa. Ella no sabía bastante de libros ni de la vida para darse cuenta de aquella emoción suya,—de que esas expresiones y alegorías de los pueblos primitivos conmueven tanto porque son verdadera y grandiosamente dramáticos. Pero su emoción no era menos viva porque no se le alcanzasen sus causas.

—Iré a verla todos los días,—dijo.—De veras será como mi madre. ¡Yo nunca vi a mi madre!

—Debemos ir los dos todos los días. Lo que le hemos dicho es aquí una promesa formal, Majela, que no se puede romper.

La casa de Isidro estaba en el centro del pueblo, sobre una ligera altura: no era en verdad una casa, sino un pintoresco grupo de cuatro casitas, tres de tule y una de adobe, esta última muy cómoda, con dos cuartos, buen piso y techo de teja, cosas de mucho lujo en San Pascual. Aquella grande y frondosa higuera, admirada por toda la comarca, estaba como a la mitad de la cuesta; pero sus ramas alcanzaban a dar sombra a las tres casas de tule. De una de sus ramas bajas colgaba un palomar muy bien hecho con varillas de sauce embarradas de adobe, y con tantos aposentos que a veces parecía agitarse el árbol entero por la mucha ala y susurro de palomas y pichones. Entre una casa y otra había, aquí y allí, enormes cestos, más altos que barriles, tejidos con ramas de árboles, como los nidos de las águilas, sólo que eran más cerradas y fuertes. Éstos eran los graneros, expuestos al aire libre, donde se guardaban el maíz, las bellotas, la cebada y el trigo. Razón tuvo Ramona en pensar que en su vida había visto cosa más linda.

—¿Da mucho trabajo hacerlos? —preguntó:—¿tú sabes hacerlos, Alejandro? Porque yo quiero tener muchos.

—Cuantos quieras, Majela. Los dos juntos iremos a buscar las ramas. Tal vez me quieran vender algunos en el pueblo. Dos días no más se tarda en hacer el más grande.

—No, comprar no,—exclamó ella:—yo quiero que todo lo que haya en nuestra casa sea hecho por nosotros mismos.—Y diciendo esto ignoraba que sin querer estaba dando con una de las claves del placer en las armonías esenciales de la vida.

Por dicha estaba desocupada la casita de tule que quedaba más cerca del palomar; porque Ramón, el hermano de Isidro, se había ido con la mujer y el hijo a San Bernardino por el invierno, a trabajar; con toda su alma cedió Isidro a Alejandro la casita, hasta que tuviera la suya hecha. Cabía la casita entera en un dedal, aunque en verdad no era una casa, sino dos, unidas por un pasadizo techado, donde la arreglada Juana, la mujer de Ramón, tenía sus ollas y cazuelas, y un fogón no muy grande. Casa de muñecas le pareció aquello a Ramona.

—¿Podrá Majela,—le preguntó Alejandro tímidamente,—vivir en esta casita, un poco no más? No será mucho, no: ya hay adobes secos.

Se le iluminó la cara cuando le dijo ella gozosa:—"Yo creo que voy a estar aquí muy bien: me va a parecer como que somos dos palomitas en su palomar".

—¡Oh, Majel!

A poca distancia de la casa de Isidro estaba la capilla del pueblo, a cuya puerta convocaba a los fieles una vieja campana de la Misión de San Diego, colgada de un travesaño sobre dos horcones al sesgo. Cuando Ramona leyó en la campana el año "1790", y supo que era de San Diego, le pareció como que aquel bronce era un amigo.

—Esta campana, Alejandro, debió llamar muchas veces a la misa del mismo Padre Junípero. Es una bendición para el pueblo. Yo quisiera vivir donde la estuviéramos viendo siempre. Será como si tuviésemos en la casa una imagen.

Con cada alusión de Ramona a las imágenes, crecía en Alejandro el deseo de procurarle una. No le hablaba de eso; pero pensaba en ello sin cesar. En San Fernando había visto él unas doce esculturas de santos, abandonadas y cubiertas de polvo en la Misión, cuando fue allá con los esquiladores. La iglesia era una ruina, sin más guardián que un mexicano poco amigo de santos, a quien no importaría mucho que dos o tres de aquellos silenciosos compañeros mudasen de casa. Profanación no es, se decía Alejandro, porque aquí nadie los ve, y allí ella los va a cuidar y venerar. ¡Si San Fernando no estuviera tan lejos, y los santos no fueran tan pesados! Pero Majela había de tener el santo que quería: ¿qué eran carga, ni leguas, ni dificultades, con tal que Alejandro pudiese proporcionarle un placer a su Majela? Sólo que no

le diría nada. El regalo le será más gustoso no sabiéndolo antes. El hijo de la más arrogante civilización no hubiera gozado más honda y sutilmente con aquel sencillo secreto, ni pensado con más fruición en cómo abriría Ramona los ojos asombrados, al despertar una mañana y ver junto a su cama al santo: ¡y ella, su Majela, que con todo su saber era más crédula que él, pensaría a lo primero que era un milagro!: toda su educación no le había enseñado a ella lo que a él la soledad y la naturaleza.

No habían pasado dos días cuando recibió Alejandro una noticia tan grata e inesperada que esa vez al menos salió al oírla de su gravedad.—"¿No sabes, le dijo Isidro, que yo tengo una boyada de tu padre, y un rebaño como con cien ovejas?".

—¡Santísima Virgen!—exclamó Alejandro:—¡Eso no puede ser!: en Temecula me dijeron que los americanos se llevaron todo el ganado.

—Sí, todo el que estaba en Temecula: pero en la primavera tu padre me mandó preguntar si yo le quería guardar estos animales con los míos, porque tenía miedo de que faltase el pasto allá, y no era justo quitárselo a la gente, que tiene sus animales al pie del pueblo. Como cincuenta cabezas me mandó, y muchas de las vacas con ternero; y las ovejas eran como cien, dice Ramón, que las pastoreó este verano con las nuestras, y las dejó allá con un hombre. La semana que entra deben estar aquí para la esquila.

No hubo acabado de hablar Isidro, cuando Alejandro echó a correr a saltos de venado. Lo siguió aquél con los ojos admirado; pero viéndole entrar en su casita, entendió al fin, y se le animó el rostro con una sonrisa triste, porque no estaba aún persuadido de que a Alejandro le acabase en bien su matrimonio. "¿Qué le importa a ella, pensó, una mano de ovejas?".

Sin aliento, jadeante, se le apareció Alejandro de súbito a Ramona.—"¡Majela, Majela mía!: ¡tenemos vacas, tenemos ovejas! ¡Benditos sean los santos! ya no estamos tan pobres!".

—Yo te dije que Dios nos daría de qué comer, Alejandro,—dijo ella tranquila.

—¿Pero tú no te asombras? ¿no me preguntas?—dijo él, admirado de aquella calma: ¿Mi Majela cree que las vacas y las ovejas caen del cielo?

—No se les ve caer con los ojos; pero los santos del cielo saben bien lo que hacen en la tierra. ¿De dónde viene el ganado, Alejandro? ¿cómo es tuyo?

Se lo dijo Alejandro, y el rostro de Ramona fue revelando sus graves pensamientos: ¿No te acuerdas de aquella noche en el sauzal; cuando estaba yo para morir porque no querías traerme contigo? Ni qué comer tendremos, decías tú; y yo te dije que de comer nos daría Dios, y que los santos no desamparan a los que los quieren. ¡Y en aquel mismo instante, cuando ni tú sabías de tus vacas y ovejas, aquí te las tenía guardadas Dios! ¿No crees ahora en los santos?—preguntó ella, echándole los brazos al cuello, y dándole un beso.

—Es verdad: ahora creo que los santos quieren a mi Majela.

Pero, al volver a paso más lento a conversar con Isidro, iba diciéndose Alejandro:—Majela no estuvo en Temecula. ¿Qué habría dicho entonces de los santos, delante de mi pueblo muerto de hambre? Por ella sí rezan los santos. Por nosotros, no.

Había pasado un año, y la mitad de otro. San Pascual había tenido esquilas y vendimias, y la casa nueva de Alejandro, curtida por las fuertes lluvias de la primavera, no parecía tan nueva ya. Estaba la casa al sur del valle, demasiado distante, para lo que Ramona deseaba, de la campana bendita; pero no se encontró más cerca tierra suficiente para el trigal, y ella se contentaba con ver de lejos la capilla, y los postes sesgados de aquel campanario extraño, y en los días claros la campana misma. La casa era pequeña: "pequeña para tanta alegría", dijo Ramona cuando Alejandro se lamentaba de su estrechez, el primer día que la llevó a verla, y recordando con amargura la espaciosa alcoba de Ramona en casa de la Señora, "muy pequeña", decía constantemente. A la gente de San Pascual les parecía la casita un palacio desde que Ramona colocó en su puesto sus pocos haberes; y ella misma se sentía rica cuando recreaba los ojos en sus dos cuartos: allí estaban las sillas de San Luis Rey, y la cama de cuero: allí lo más precioso de todo, la imagen de la Virgen, a la que Alejandro había abierto un nicho en la pared, entre la cabecera de la cama y la única ventana de la habitación. El nicho era bastante hondo para contener dos tiestos de flores enfrente de la imagen, en los que al cuidado de Ramona creció con tanto lujo la enredadera, que vuelta sobre vuelta fue rodeando el nicho hasta que parecía una copiosa enramada. Debajo colgaban el rosario de oro y el cristo de marfil, y muchas de las mujeres del lugar, cuando iban a ver a Ramona, le pedían permiso para entrar en su cuarto y decir allí sus rezos, hasta que acabó por ser el nicho como un santuario para el pueblo entero.

La casita tenía al frente un colgadizo casi tan ancho como el de la Señora. Eso era lo único que Ramona había pedido: no imaginaba ella que se pudiese vivir sin un colgadizo delante de la casa, y sin pájaros en el alero. Pero los pájaros no habían querido venir. En vano los convidaba Ramona con sus granos preferidos, y regaba migajas en hilera para atraerlos a la casa: no acostumbraban anidar en las casas los pájaros de San Pascual. En los cañones había muchos, pero no por aquella parte del valle, donde los árboles eran muy escasos. "Ya vendrán de aquí a un año o dos", decía Alejandro, "cuando hayan crecido los frutales".

Con el dinero de la primera esquila y el producto de la venta de parte del ganado pudo Alejandro comprar cuanto necesitaba para sus cultivos,—un buen carro y arneses, y un arado. Babá y Benito, indignados y rebeldes al principio, se resolvieron pronto a trabajar. Bien se necesitó que Ramona hablase a Babá, cual le habló, como a un hermano, porque sin ayuda de su dueña, es dudoso que Babá se hubiera dejado echar encima los arreos. "Babá, Babá bueno", iba diciéndole Ramona mientras le deslizaba por el cuello las piezas del arnés, "Babá bueno: tú

debes ayudarnos: ¡tenemos tanto que hacer y eres tan fuerte!: ¿me quieres, Babá?". Y con una mano entre sus crines, y acercándole a la cabeza su mejilla a cada pocos pasos, fue con Babá abajo y arriba los primeros surcos.

"¡Mi Señorita!", se decía Alejandro entre apenado y orgulloso, cuando, al correr tras el arado que iba dando tumbos, veía aquella cara sonriente y aquella cabellera suelta: "¡Mi Señorita!".

Pero este invierno no iba Ramona por los surcos con la mano en las crines de Babá: este invierno tenía que hacer en casa. En una cuna rústica que Alejandro había tejido, según sus indicaciones, con ramas entrelazadas—como las cestas graneras—sólo que más juntas y en forma de huevo, alzada del piso sobre cuatro espigas de manzanita roja; en aquella cuna, reclinada sobre blandos pellones, y cubierta con frazadas blancas hechas a mano en San Pascual, dormía la hija de Ramona, ya entrada en los seis meses, y rozagante, fuerte y hermosa, como sólo son los hijos nacidos de un gran cariño y criados a la luz y el aire.

Alejandro se alegró de que hubiese sido niña tanto como—a la vez que la adoraba—lo sintió Ramona; aunque el desconsuelo se le fue acabando conforme hora sobre hora se miraba en aquellos ojos recién nacidos, tan azules que era lo primero que celebraban en la niña los que la veían. "Ojos de cielo", dijo Isidro cuando la vio. "Como los de su madre" respondió Alejandro: al oír lo cual volvió Isidro la mirada llena de asombro hacia Ramona, y notó por la primera vez que sus ojos también eran azules.

"¿Y qué padre será", se decía él, "el que ha dado a una hija de india ojos como ésos?". "Ojos de cielo" empezó a llamarse la niña en San Pascual, y sus padres mismos, antes de darse cuenta de ello, así la llamaban. Pero cuando el bautizo, vacilaron. Llegó un sábado la nueva al pueblo de que el Padre Gaspar diría misa en el valle el día siguiente, y quería que le llevasen a todos los recién nacidos para cristianarlos. Muy tarde de la noche estaban sentados el padre y la madre junto a su niña dormida, discutiendo qué nombre le pondrían. Ramona se asombraba de que Alejandro no la quisiese llamar Majela.

—No: no más que una Majela,—dijo él, en tono tan solemne que Ramona sintió como cierto temor vago.

Le pondrían Ramona, o Isabel, o Carmen: Alejandro se fijaba en Carmen porque su madre se había llamado así; pero Ramona tembló al oírlo, recordando la escena del cementerio. "¡Oh, no Carmen!: ese nombre trae desdicha". Por fin Alejandro dijo: "¿Y por qué no como la llama la gente, Majela? Aunque le demos otro nombre en el bautizo, en el pueblo siempre le van a decir “Ojos de cielo”".

En eso convinieron padre y madre; y cuando al otro día el Padre Gaspar tomó en brazos a la criatura e hizo la señal de la cruz sobre su frente no le fue nada fácil pronunciar la palabra luiseña que quiere decir "ojos de cielo", "ojos azules".

En sus viajes anteriores a San Pascual, el Padre había posado en lo de Lomax, que era a la vez tienda y correo en el valle Bernardo, a unas seis millas; pero esta vez salió a encontrarle Isidro muy orgulloso, para decirle que su primo Alejandro, que vivía ahora con ellos, tenía una casa de adobe recién hecha y muy buena, y rogaba al Padre que le hiciera la merced de parar con él. "Y el Padre estará mejor que en lo de Lomax", decía Isidro, "porque la mujer de mi primo sabe de casa como nadie".

—¡Alejandro!—cavilaba el Padre:—¿Hace mucho que se casó?

—Poco más de dos años. El señor Padre mismo los casó cuando venían de Temecula.

—Sí que recuerdo,—dijo el Padre:—sí que iré.—Y en verdad deseaba volver a ver la pareja que le había llamado tanto la atención.

Ramona se ocupaba con mucho afán en los preparativos de la visita del sacerdote: le parecía estar en casa de la Señora, como cuando iba a llegar el Padre Salvatierra, en quien no cesaba de pensar mientras disponía los manjares y los muebles: tal vez el Padre Gaspar le daría noticias de él. Ella fue quien sugirió a Alejandro la idea de ofrecer la casa al Padre: "¿Pero dónde vas a dormir tú con la niña, si le damos tu cuarto?". "Con Juana, en casa de Isidro: por dos noches, no importa: es una gran vergüenza que teniendo nosotros una cama tan buena, tenga el Padre que dormir en casa de un americano».

Rara vez se había sentido Alejandro tan satisfecho como cuando llevó al Padre a su cuarto. Las paredes blancas y limpias, la cama muy bien puesta, con sábanas y almohadas de ancho encaje y sus cortinas de reluciente percal encarnado, las sillas de talla, el altar de la Virgen en su nicho rodeado de verdor, los estantillos en la pared, la ventana con sus muselinas blancas, ofrecían al Padre un espectáculo rara vez visto por él en sus peregrinaciones por los pueblos de indios. No pudo contener una exclamación de sorpresa. "¿De dónde tienes esto?", dijo al reparar en el rosario de oro.

—Es de mi mujer,—respondió Alejandro orgulloso: se lo dio el Padre Salvatierra.

—¡Ah! dijo el sacerdote:—Murió hace pocos días.

—¡Muerto! ¡el Padre Salvatierra muerto! ¡Ay, no hable de eso, por favor, donde lo oiga Ramona!: que ella no lo sepa hasta que pase el bautizo: tanto la va a afligir que ni el bautizo la pondrá contenta.—El Padre continuaba examinando el rosario y crucifijo: "No lo diré, no lo diré", respondió como distraído:" ¿pero tú sabes lo que tienes aquí?: este crucifijo es una obra

de arte. ¿Y esto, esto no es un paño de altar?", añadió levantando aquel paño tan bien bordado que para honrar su visita había prendido Ramona a la pared, debajo del altar de la Virgen.

—Eso es, Padre. Mi mujer lo hizo: lo hizo para dárselo al Padre Salvatierra, pero no lo volvió a ver. Le va a parecer que el sol se acaba cuando oiga que el Padre está muerto.

Iba a responder el sacerdote, cuando Ramona, encendida de correr, apareció en la puerta. Venía de dejar con Juana la niña, para poder servir la comida al Padre.

—No le diga, por favor,—repitió Alejandro, con su voz más queda; pero ya era tarde. Viendo al Padre con el rosario en la mano.—"Eso, Padre,—dijo Ramona,—es lo más sagrado que tengo: el Padre Peyri se lo dio al Padre Salvatierra, y él me lo dio a mí. ¿Usted conoce al Padre Salvatierra? Yo he estado creyendo que usted me podría dar noticias de él".

—Lo conocí, sí; pero no mucho: hace mucho que no le veo,—dijo a medias palabras el Padre Gaspar. Aquella vacilación no hubiera revelado la verdad a Ramona, porque la habría achacado a hostilidad o indiferencia del cura seglar para con los franciscanos; pero miró a Alejandro, y le leyó en el rostro el terror y la tristeza. Ninguna sombra en aquellos ojos se escapaba a su mirada.—"¿Qué sucede, Alejandro?—exclamó,—¿qué le sucede al Padre Salvatierra? ¿Está malo?".

Sacudió Alejandro la cabeza, sin saber qué decir. Viendo en los ojos de uno y otro pintados a la vez la confusión y el pesar, cruzó Ramona sus manos sobre el pecho, con el gesto expresivo que había aprendido de los indios: "¡No me dicen! ¡no me quieren decir! ¡Entonces está muerto!".—Y cayó de rodillas.

—Sí, hija mía, está muerto,—dijo el Padre Gaspar, con más ternura de la natural en aquel belicoso y brusco clérigo:—Se murió hace un mes en Santa Bárbara. Siento haberte traído este dolor. Pero no has de afligirte así: ya él estaba muy débil, sin poder emplearse en el servicio de Dios, y dicen quería morir.

Ramona había escondido el rostro en sus manos. Lo que el Padre le decía llegaba como un son confuso a sus oídos. Nada había oído, después de las palabras "hace un mes". Estuvo callada y sin movimiento por algunos instantes, y levantándose al fin, sin decir una palabra ni mirar a ninguno de los dos, atravesó el cuarto, y se arrodilló delante de la Virgen. Alejandro y el Padre, obedeciendo a un mismo impulso, la dejaron sola. Ya fuera de la puerta, dijo el Padre: —"Me volvería a lo de Lomax si no fuera tan tarde: no es bueno que yo esté aquí cuando tu mujer tiene tanta pena".

—Eso será más pena, Padre: porque ella ha estado esperando su visita con mucha alegría. Ella tiene alma fuerte, Padre. Ella es la que me da fuerza a mí, no yo a ella.

—Como que tiene el indio razón—se decía una media hora después el sacerdote, cuando con voz tranquila los llamó Ramona a cenar. No notó él, pero sí Alejandro, cómo había cambiado aquel rostro en media hora. Nunca la había visto Alejandro así. Casi temía hablarle.

Cuando a su lado iba cruzando el valle, ya tarde de la noche, en camino a la casa de Fernando, se aventuró a mencionar al Padre Salvatierra; pero Ramona le dijo, poniéndole la mano en los labios: "Todavía no puedo hablar de él, Alejandro: hasta pasado mañana no me hables de él: nunca creí que se muriera sin darme su bendición".

La tristeza de Ramona afligió a las mujeres del pueblo cuando a la mañana siguiente se la notaron en el rostro. Una tras otra se detenían asombradas a contemplarla, se volvían en silencio y hablaban en voz baja entre sí. Tenía de amor y de veneración el afecto que les inspiraba la Majel, por su mucha bondad y su premura en enseñarlas y servirlas. Nadie, desde que Ramona vino al valle, había visto su cara sin sonrisas. Y ahora no sonreía. Y allí esperaba la niña hermosa, con su vestido blanco, pronta para el bautizo; y el sol brillaba; y la campana había estado llamando a iglesia a cada media hora; y de todos los rincones del valle venía alegre la gente del pueblo; y el Padre estaba oficiando ante el altar con su casulla de oro y verde: ¡para San Pascual era un gran día!: ¿por qué se arrodillaban en una esquina oscura Ramona y Alejandro, con aquellas caras tan llenas de dolor, sin sonreír siquiera cuando su niña les reía, ni cuando les tendía sus brazos? Poco a poco se fue sabiendo la causa de su pena, y la tristeza se pintó también en los rostros fieles de las indias del valle. Todas ellas sabían de la bondad del Padre Salvatierra: muchas de ellas habían dicho sus oraciones delante del cristo de Ramona, el cristo que el Padre muerto le había dado.

Cuando Ramona salió de la capilla, algunas de las mujeres le salieron al paso, le tomaron la mano con las suyas, y la pusieron sobre sus corazones, sin decir más palabras. ¿Ni cuál dijera tanto?

Al despedirse el Padre Gaspar, Ramona le dijo, con los labios trémulos:—"Padre: si usted sabe algo de los últimos momentos del Padre Salvatierra, será mucha merced que me lo diga".

—Hija, sé poco; sino que estaba ya muy débil hacía algunas semanas, sin querer levantarse de rezar, y se pasaba de rodillas en la iglesia casi toda la noche.

—¡Así hacía él siempre!

—Y así murió, hija. Los hermanos lo encontraron una mañana arrodillado, pero sin poderse ya mover: lo llevaron en brazos a su cuarto, y vieron, hija, que no tenía cama: en la piedra desnuda había dormido siempre: lo acostaron en la cama del prior, y no habló más: murió al mediodía.

—Gracias, Padre,—dijo Ramona sin alzar los ojos. Y añadió con la misma voz trémula:—Me alegro de saber que está muerto.

"Es extraño,—se iba diciendo en la soledad del camino el Padre Gaspar,—ese poder de los franciscanos sobre estos indios:—si fuera el muerto yo, de fijo que no se lamentarían así. Y olvidé preguntar a Alejandro de dónde le ha venido su mujer: no me parece que sea de Temecula; ella ha tenido escuela, eso se ve claro. A la vuelta sabremos".

¡A la vuelta! ¿Qué calendario recuerda esas vueltas que no han de llegar nunca? Alejandro y Ramona habían de salir de San Pascual, y su casa de estar habitada por extraños, mucho antes de que el Padre Gaspar volviera al valle.

Tal pareció que la triste noticia de la muerte del Padre Salvatierra fuera la primer señal de la desgracia de Ramona. Pocos días habían pasado después de ella cuando vio entrar a Alejandro una tarde con rostro tan demudado que la llenó de terror. Se sentó, hundió la cara en las manos, y ni alzaba la cabeza ni hablaba. Cuando ya estaba para llorar Ramona de verlo en aquella agonía, la miró él por fin, con rostro de espectro más que de hombre, y dijo, en voz que parecía venir de lejos:—"Ya han empezado!". Y hundió de nuevo la cara en las manos. Con su llanto le pudo por fin Ramona arrancar la lúgubre nueva.

Parece que Isidro había arrendado el año anterior un cañón, en la boca del valle, a cierto Dr. Mórong, "nada más que para dar flor a sus colmenas; nada más". Llevó allí sus colmenas el Doctor, y levantó una choza para el hombre que cuidaba de la miel. Isidro creyó aquella ocasión buena para sacar algo de la tierra que no necesitaba; pero cuidó de poner por escrito en San Diego, valiéndose para intérprete del mismo Padre Gaspar, su arreglo con el Doctor, que le pagaba puntualmente la renta. ¡Y he aquí que cuando Isidro, acabado el año, había ido a San Diego a preguntar al Doctor si quería renovar el arrendamiento, el Doctor le había dicho que la tierra era suya, y que venía a hacer su casa, y a vivir en el valle!

De nada valió que el Padre Gaspar tuviese un colérico altercado con el Doctor Mórong. El Doctor decía que la tierra no era de Isidro, sino del gobierno americano, y que él había pagado por ella a los agentes en Los Ángeles, como se probaba en los papeles que pronto llegarían de Washington. El Padre llevó a Isidro a consultar a un abogado, quien se maravilló de que pusiese el sacerdote valor alguno en el papel que le enseñaba Isidro, que era el decreto de fundación del pueblo, donde el gobernador de California, cuando era de México, reconocía a los indios tantas y tantas leguas, por este lado y por aquél. Aquello era bueno para cuando California era de México; pero los americanos eran ahora los dueños, y la ley de los otros no era cosa de respetar: ahora todo se hacía por la ley americana. "¿Quiere decir,—preguntó Isidro,—que ya no es de nosotros nuestra tierra de San Pascual?". Pero el abogado no sabía qué

decir en cuanto a los cultivos: tal vez los cultivos serían de ellos, y el pueblo tal vez: "sin embargo, decía, yo creo que todo eso es del gobierno de Washington".

Fue tanta la ira del Padre al escuchar esto, que se desgarró con las dos manos la sotana por el pecho, y se dio recio en él, lamentándose de ser cura, y no soldado, para levantar la gente en armas contra aquel "maldito gobierno" de los Estados Unidos; pero el abogado seguía riéndose, y recomendándole que se diese a cuidar almas, que era su oficio, y que dejara a esos pordioseros de indios quietos. "Sí, así dijo: esos pordioseros de indios". "Y eso es lo que vamos a ser ahora todos,—pordioseros!".

Alejandro no contó esto de una vez, sino como a boqueadas, deteniéndose en largas pausas, sofocada la voz, temblándole el cuerpo entero, fuera casi de sí de rabia y desesperación:—"Ya ves, Majela, que es como te dije yo, que ya para nosotros no hay lugar seguro. ¿Qué podemos hacer? mejor estaríamos muertos!".

—Pero ese cañón del Doctor está muy lejos,—dijo Ramona, llena de piedad la voz:—Si no ha de ser más que eso, ¿qué importa que viva allí?

—¡Majela habla como una paloma, no como una mujer! ¿Vendrá uno solo, y no seguirán viniendo? Esto no es más que empezar. Hoy es uno y mañana serán diez; diez con papeles que digan que la tierra es suya. ¡Las fieras son más dichosas que nosotros!

Desde aquel día Alejandro fue otro hombre. La esperanza había muerto en su pecho. Muchas juntas celebraron con ocasión de la triste novedad los vecinos, muchas y muy largas, porque el asunto del Doctor Mórong tenía al pueblo en alarma angustiosa: pero Alejandro no salía en ellas de su rincón, callado y sombrío. A cuanto se proponía daba una sola respuesta: —"¿Y para qué? ¡No podemos hacer nada!". Una noche les dijo amargamente, al levantarse la junta: "A comer ahora: mañana nos moriremos de hambre". Cuando Isidro le propuso que le acompañara a Los Ángeles, para averiguar las leyes nuevas sobre su tierra:—"¿Y qué más quieres saber, hermano?—le dijo Alejandro con su terrible risa—¿qué más quieres saber de la ley de los americanos? ¿Pues no ves que tienen una ley que nos quita la tierra a los indios, la tierra que nos dieron los padres, y a los padres los abuelos, y a los abuelos los bisabuelos, y más lejos, y ahora se la reparten, la roban, te dicen que la tierra es suya? ¿Quieres ir a Los Ángeles para que se rían de ti en tu cara, como se rió el abogado de San Diego? ¡Yo no voy!".

E Isidro se fue solo, con una carta del Padre Gaspar para el cura de Los Ángeles, que le sirvió, con gran paciencia, de intérprete en la oficina del agente. No se rieron allí de él, porque eran corazones humanos, que muy sinceramente compadecían a aquel hombre sencillo, representante de doscientos más, laboriosos y enérgicos, en riesgo de ser despojados de sus hogares y sus siembras. Pero en pocas palabras le dijeron lo que tenían que responderle: San

Pascual era del gobierno, y sus tierras estaban a la venta, conforme a la ley usual del país. Ellos nada podían hacer, más que obedecer lo que se les mandaba.

No entendió los detalles Isidro, pero sí la sustancia. Ni le pesaba el viaje, porque había hecho el último esfuerzo en bien de su pueblo. El cura le prometió escribir a Washington, dejándole entrever la posibilidad de algún remedio. Increíble le parecía a Isidro, cuando pensando en esto hora sobre hora hacía a caballo su triste y largo viaje de vuelta, que el gobierno permitiera la destrucción de un pueblo como el suyo. Llegó al pueblo a la puesta del sol; y contemplando el valle desde la cumbre de la colina, como Ramona y Alejandro la mañana de su llegada, gimió de pena, ante aquella ancha zona de siembras, ante aquel puñado de hogares inocentes.

—¿Qué te dije?—exclamó Alejandro, saltando a su encuentro a todo el galope de Benito, a quien sofrenó con tanta fuerza que el animal reculó sobre las corvas.—¿Qué te dije? En la cara te he visto que vienes como te fuiste, o peor. Te he estado esperando estos dos días. Ya está en el cañón otro americano con el Doctor Mórong: están haciendo corrales para ganado. Ya verás tú si falta mucho para que nos quiten la tierra de pasto de ese lado del valle. La semana que viene llevo mis animales a San Diego, y los vendo por lo que me den, vacas y ovejas. Se acabó todo. Ya tú lo verás.

Isidro empezó a contarle su entrevista con los agentes; pero Alejandro lo interrumpió con fiereza: "No quiero oír más. No puedo oír más. De oír sus nombres no más siento como humo en los ojos y en la nariz. Yo creo que me voy a volver loco, Isidro: ¡anda, anda!: ve a contarle tu viaje a la gente que cree que un americano puede hablar verdad".

Alejandro cumplió su palabra. Una semana después llevó su ganado a San Diego, y lo vendió con mucha pérdida. "Mejor es esto que nada", dijo: "así no me lo venderá el alcalde, como en Temecula". Y llevó el dinero a guardar al Padre Gaspar. "Padre", le dijo, con la voz torva: "he vendido mi ganado, antes de que los americanos me lo vendan. Es poco dinero, pero hay bastante para un año: ¿me lo quiere guardar? En San Pascual no lo quiero tener. San Pascual va a ser como Temecula: quién sabe si mañana ya no hay San Pascual".

Mas no bien apuntó el Padre la idea de poner el dinero en un banco de San Diego, "¡antes—dijo Alejandro—tiro el dinero al mar! de nadie me fío ya: de la Iglesia no más: guárdemelo, Padre". Y el sacerdote no osó negarse a aquella triste súplica.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Alejandro?

"¿Pensar? ¿Para qué he de pensar? En la casita me quedaré mientras los americanos me dejen". Y se le ahogó la voz al decir esto. "Tengo mucho trigal, y si levanto otra cosecha, algo más salvaré: pero mi tierra es la mejor del valle, y en cuanto los americanos la vean me la

querrán quitar. Adiós, Padre: gracias porque me guarda el dinero, y por todo lo que le dijo al ladrón Mórong. Isidro me dijo. Adiós". Y ya el veloz Benito lo llevaba lejos, cuando el Padre vino a darse cuenta de que no lo tenía delante.

"No me acordé de preguntarle quién era su mujer", se dijo el Padre: "Veré en el registro". Y buscó el nombre en el libro antiquísimo, entre los casados del año anterior. No tardó mucho en recorrer la lista, como que no eran frecuentes por la parroquia del Padre Gaspar los matrimonios. El asiento del de Alejandro estaba emborronado, porque aquella noche tenía el Padre prisa. "Alejandro Asís; Majela Fa..." Lo demás del apellido no se podía leer. "El nombre, de india es—díjose el Padre—pero ella a mí no me parece muy india: ¡a saber de dónde le vino el nombre!".

Pasó el invierno en calma San Pascual, y las gratas lloviznas tempraneras prometían un buen año para el grano. Parecía pecado no prepararse para sacar una cosecha rica, y todo el pueblo empezó a arar tierra nueva: todo el pueblo, menos Alejandro.

"Si cosecho todo lo de mi tierra vieja—se decía—es que los santos vuelven a ser buenos: pero no quiebro más tierra para los ladrones". Mas cuando tuvo su campo sembrado, y vio que seguían las lluvias, y que la cintura de colinas ceñía de verde antes que ningún otro año el valle, "sembraré un poco más,—dijo:—el grano viene este año bueno: quién sabe si nos dejan en paz hasta que se acabe la cosecha".

—Sí, Alejandro, ya verás—le contestaba alentándolo Ramona: Tú todo quieres verlo negro.

—“Todo es negro, Majela: por muy lejos que quiera yo mirar, yo no veo más que negro. Ya lo verás tú también. Ésta es la última cosecha en San Pascual; y quién sabe si ni ésta. Ya yo he visto a los americanos yendo arriba y abajo por el valle: ya saqué el otro día de mi tierra sus linderos malditos, y los he quemado. Bueno: un campo más araré, pero es contra mi corazón: queda lejos, Majela, y no vendré hasta la noche: todo el día he de arar". Se bajó a besar en la cuna a la niña, dio a Ramona otro beso, y salió al patio.

Ramona le veía desde la puerta, enganchando al arado a Benito y Babá. Ni una vez se volvió para mirarla: su rostro era como de quien está pensando mucho, y sus manos iban y venían como sin llevar cuenta de su empleo. Iba Alejandro todavía a pocas varas de la casa, ya camino del campo, cuando se detuvo, pasó sin moverse algunos minutos meditando, echó a andar indeciso, volvió a pararse, y al fin siguió de una vez, y desapareció por entre las primeras cuestas. Ramona reanudó sus quehaceres suspirando, con el corazón tan triste que no podía contener las lágrimas.

"¡Qué cambiado está Alejandro!", pensó. "Me da miedo verlo así. ¿Qué me aconsejas, Virgen Santa?". Y dejándose caer de rodillas ante la imagen, oró largo tiempo con fervor. Se

levantó de rezar ya más tranquila, sacó al colgadizo la cuna donde la niña dormía, y se puso a bordar. Su habilidad con la aguja añadía no poco a las ganancias de la casa, porque las tiendas de San Diego pagaban a buen precio cuanto encaje salía de sus manos.

Tan sin sentir fue pasando para ella el tiempo, que quedó asombrada al notar por lo alto del sol que era ya cerca de mediodía: y en ese mismo instante vio venir a Alejandro con los caballos. "¡Ay Dios! y yo que no he hecho la comida! Él me dijo que no iba a venir". Y poniéndose apresuradamente en pie, salía ya a encontrarlo, cuando reparó en que no venía solo: —a su lado venía un hombre de corta estatura y trabado de cuerpo, un blanco. ¿Qué era, pues? Se detuvieron los dos, y Ramona pudo ver que Alejandro señalaba la casa con la mano. Él y el hombre hablaban como exaltados, y los dos a la vez. Ramona temblaba de miedo.

Allí se estuvo sin moverse, aguzando los ojos y oídos. ¿Había sucedido ya lo que Alejandro decía que habría de suceder? ¿Los echaban ya de su casita, los echaban hoy mismo, cuando le parecía que la Virgen le acababa de prometer su amparo y ayuda?

La niña se movió, abrió los ojos, y empezó a llorar. Ramona la tomó en brazos, y la calmó con sus caricias convulsivas. Con la niña muy apretada a su seno echó a andar hacia Alejandro; pero no dio más que unos pocos pasos, porque él le hizo seña de que se volviese, con un movimiento imperioso de la mano. Llena de angustia volvió al colgadizo, y se sentó a esperar.

A los pocos momentos vio al hombre poniendo monedas, como quien va contándolas, en la mano de Alejandro; luego el hombre tomó el camino que había traído, y Alejandro se quedó donde estaba, como si hubiera echado raíces en el suelo, mirándose a la palma de la mano, sin notar que Benito y Babá se le escapaban por la espalda: por fin pareció como que salía de su estupor, recogió las riendas de los caballos, y con ellos detrás se vino despacio hacia Ramona. Otra vez le salió ella al encuentro, y otra vez la mandó él con el mismo gesto que se volviera: otra vez se sentó Ramona, temblándole el cuerpo entero. Ramona había empezado a sentir a veces miedo de Alejandro. Cuando le poseían aquellos arrebatos lúgubres, aunque sin saber a punto fijo de qué, se llenaba de temor. ¿Era aquél Alejandro?

Deliberada y lentamente quitó él los arreos a los caballos, y los echó al corral. Después, todavía con más deliberación y lentitud, y sin hablar, vino andando a la casa y llegó hasta la puerta, sin detenerse delante de Ramona. Dos manchas de fuego en sus mejillas revelaban la tormenta de su alma. Le centelleaban los ojos. Ramona le siguió en silencio, y le vio sacar del bolsillo un puñado de monedas de oro, arrojarlas sobre la mesa, y estallar en una risa más tremenda que llanto alguno, una risa que arrancó de las entrañas de Ramona estos gritos tristísimos: "¡Ay, mi Alejandro, Alejandro mío! ¿qué es? ¿estás loco?".

—No, Majela de mi vida,—exclamó él volviéndose a ella y abrazándola con la niña tan estrechamente sobre su corazón, que el abrazo dolía!:—no, no estoy loco; pero creo que pronto lo estaré: este dinero, ¿qué es? ¡pues el precio de tu casa, Majela, y de mis campos, de todo lo que era nuestro en San Pascual! ¡Otra vez solos desde mañana por el mundo! ¡Yo veré si puedo encontrar algún rincón que no quieran los americanos!

En pocas palabras contó lo sucedido. No había estado arando más de una hora cuando un ruido extraño le hizo volver de pronto la cabeza, y vio que un hombre descargaba madera a pocas varas de él. Alejandro se paró a medio surco a verle hacer. También el hombre veía lo que hacía Alejandro. De pronto se vino el hombre a él, y le dijo rudamente: "¡Oye! ¿quieres irte de aquí? Esta tierra es mía: voy a hacer aquí una casa". Alejandro le replicó: "Esta tierra era mía ayer: ¿cómo es que es del señor hoy?". Algo hubo en estas palabras, o en el modo y continente con que Alejandro las dijo, que llegó a lo que quedaba de corazón en aquel hombre áspero: "Mira, indio: como que me parece que eres un mozo cuerdo: vete no más ¿quieres?, y no me des quehacer: ya ves que la tierra es mía: toda esa tierra es mía". Y describió a su alrededor un círculo completó con el brazo. "Trescientos veinte acres hemos comprado, mi hermano y yo, y aquí nos venimos a vivir. Los papeles llegaron de Washington la semana pasada. Lo mismo es que quieras que no quieras: ¿ves?".

Sí, Alejandro veía. No veía otra cosa desde meses atrás. En sueños lo veía, y lo veía despierto. Parecía que alguien le estuviera inspirando en aquellos momentos serenidad y cordura sobrenaturales.

—Sí, veo, señor: yo sabía que lo había de ver, pero creía que no fuera hasta después de la cosecha. No le daré quehacer, señor, porque no puedo: si pudiera, sí le daría. Pero yo sé de la ley que da toda la tierra de los indios a los americanos. No podemos remediarlo. Es muy triste, señor.—El hombre, confuso y embarazado más allá de lo imaginable al oír de un indio tales razonamientos, no hallaba palabras para su lengua entorpecida: “Sí, sí, ya veo: sí que ha de ser triste para la gente buena, como tú, que has trabajado la tierra tu poco. Pero ya sabes que han sacado la tierra a vender. ¡Lo que soy yo, he pagado mi dinero!”.

—¿El señor dice que va a hacer una casa?

—Sí: tengo en San Diego la familia, y lo más pronto que estén aquí, mejor. Mi mujer no tiene paces hasta que no se vea en su casa.

—Señor,—dijo Alejandro, aún en el mismo tono moderado y tranquilo: yo tengo mujer e hija, y vivimos en una casa muy buena de dos cuartos. Mejor es que el señor me compre mi casa.

—¿Está muy lejos?—dijo el hombre:—Yo no sé a derechas a dónde llega mi tierra, porque los millares que puse, me los arrancaron.

—Yo los arranqué, señor: los arranqué y los quemé. Estaban en mi tierra. Mi casa está un poco más lejos. Y también tengo muchos acres de trigo, señor, todos plantados.

¡Buena oportunidad, de veras! Al hombre le brillaron los ojos. No dirían de él que se había portado mal. Le daría algo al indio por su casa y sus trigales. Eso sí, lo primero era ver la casa. Y para eso echó a andar con Alejandro. Cuando vio los adobes recién blanqueados, el espacioso colgadizo, los techos y corrales en buen orden, resolvió en un instante quedarse con la casa, a malas o a buenas.

—Para julio, señor, bien lo puede ver, habrá ya como trescientos pesos de trigo; y por menos de cien pesos nadie le hace una casa como ésa. ¿Cuánto me da por todo?

—Me parece, dijo con insolencia el hombre,—que bien me los puedo tomar sin darte nada.

—No, señor, no puede.

—¡Pues quisiera yo saber quién me lo va a impedir! Lo que es aquí, ya se te acabaron los derechos. Tú no eres quién contra la ley!

—Yo lo impediré, señor,—replicó Alejandro, sin salir de su calma: quemaré los corrales y los techos, echaré la casa abajo, y antes que el trigo dé una espiga, quemaré el trigo.

—¿Cuánto quieres?—dijo el hombre, malhumorado.

—Doscientos pesos.

—Pon en el trato tu arado y tu carreta, y doscientos pesos te doy. Y bien que se reirán de mí, vaya, porque me tomo el trabajo de pagarle a un indio.

—La carreta, señor, me costó ciento treinta pesos en San Diego. Por menos nadie compra una tan buena. No la vendo. La necesito para cargar lo de la casa. El arado sí se lo doy. Vale veinte pesos.

—Trato hecho.—Haló el hombre de una pesada bolsa de cuero, y fue sacando monedas hasta que Alejandro tuvo en la mano sus doscientos pesos.

—¿Es eso?—preguntó al dejar la última.

—Eso es, señor. Mañana al mediodía tendrá libre la casa.

—¿Y tú dónde te vas?—dijo el hombre, algo conmovido otra vez por el tono y maneras de Alejandro: ¿Por qué no te quedas por aquí?: yo creo que no te faltaría trabajo: ya vienen por ahí todos los que han comprado tierra, y necesitarán peones.

Las palabras acudieron a torrente a los labios de Alejandro; pero las echó atrás: "No sé a donde iré,—dijo:—¡aquí no me quedo". Y acabó la entrevista.

"Como que no le tengo a mal al indio el modo de sentir", se iba diciendo el americano, volviéndose despacio a su carga de madera: "lo que es yo, lo mismo sentiría".

Aun antes de acabar Alejandro su narración, ya comenzó a dar vueltas en el cuarto, quitando de aquí, doblando de allí, abriendo y cerrando las alacenas: era terrible de ver aquella inquietud: "Yo quisiera, Majela, estar en viaje para la salida del sol: es como la muerte estar en la casa que ya no es de uno". Ramona no había dicho una palabra desde los gritos que le arrancó aquella risa espantosa. Parecía como enmudecida de repente. Para ella era más rudo el golpe que para Alejandro, porque él se había pasado un año viéndolo venir, y ella esperando que nunca llegase; pero lo que le horrorizaba más no era la pérdida de su casa, sino la angustia de oír aquella voz cambiada de Alejandro, de ver su rostro demudado y torvo. Le obedeció como una autómata, trabajando más y más de prisa según la de él era más y más febril. Antes de la puesta del sol ya la casita estaba desmantelada: ya todo estaba en la carreta, menos la cama y el fogón.

—Ahora tenemos que hacer comida para el viaje,—dijo Alejandro.

—¿Y dónde vamos?—le preguntó llorando Ramona.

—¿Dónde?—exclamó él, con tal desdén que a Ramona le pareció descontento de ella e hizo correr sus lágrimas de nuevo:—¿dónde? ¡No sé, Majela!: ¡a las montañas, donde no haya americanos! Al alba nos iremos.

Ramona quiso despedirse de sus amigas, porque en el valle había mujeres a quienes quería mucho. Pero Alejandro no quiso: "Habrá lloros y gemidos, Majela: yo quisiera que a nadie le dijeses adiós: ¿a qué más llorar? Vámonos así, callados: yo se lo diré todo a Isidro. Él les dirá".

Sintió Ramona que por primera vez se rebelaba su corazón contra un deseo de Alejandro; pero ¿cómo iba ella a hacer aún con su resistencia más grande aquel pesar?

Sin una sola palabra de adiós salieron de San Pascual en el alba oscura cuando en el valle no había aún casa despierta: iba la carreta henchida, Ramona a la delantera con la niña en brazos, y Alejandro a pie. La carga era mucha, y Benito y Babá hacían poco camino: Capitán, lleno de pena, mirando unas veces a la cara de Ramona y otras a la de Alejandro, iba junto a la pareja: ¡él sabía que todo aquello andaba mal!

Al sacar Alejandro los caballos del camino por otro de que apenas se veían señales, dijo Ramona, sofocando un sollozo:—¿A dónde va este camino, Alejandro?

—¡A la montaña de San Jacinto! ¡No mires atrás, Majela: no mires atrás!—exclamó al ver a Ramona volviendo los ojos anegados hacia San Pascual:—¡No mires atrás! ¡Ya se acabó! ¡Reza a los santos ahora, Majela! ¡Reza! ¡Reza!

ÚLTIMA HORA

La Señora Moreno estaba agonizando. En los últimos años no había habido en la casa más que pena. Luego que se calmó la primera agitación a la partida de Ramona, pareció que todo volvía a su estado usual; pero nada volvió, ni cosas, ni personas. Nadie se sentía, ni en la hacienda ni en la casa, tan contento como antes.

A Juan Can se le había caído el corazón, como que le pusieron de mayordomo precisamente a aquel mexicano con quien él no tenía paces. Las ovejas tampoco iban bien: había habido una gran seca, y muchas murieron de pura hambre, lo cual no era culpa del mexicano, por supuesto, pero Juan Can decía que sí lo era, y que a no tener él una pierna de palo, o estar allí Alejandro, "otra habría sido la lana". Al pobre mexicano nadie lo quería bien: con razón o sin ella, no había criada ni peón que no estuviese en pleito con él, unos por lealtad a Juan Can, otros por perezosos y turbulentos, y Margarita, la más enojada de todos, porque no era Alejandro. Entre sus remordimientos por el mal que quiso hacerle a su Señorita, y el desconsuelo y desaire en que la dejó el ingrato Alejandro, no tenía Margarita hora feliz, porque su propia madre le enconaba la pena en vez de aliviársela, con sus tristísimas lamentaciones por Ramona. No parecía que nada pudiera ocupar el puesto de la niña ausente: nadie la olvidaba: no pasaba día sin hablar de ella: hablaban quedo, llenas de temor, compasión y pena. ¿Dónde estaría la pobre Señorita? ¿Dónde, que no se sabía de ella? ¿Se habría ido al convento? ¿O se habría ido con Alejandro?

Margarita hubiera dado la mano derecha por averiguar. Juan Can no tuvo nunca dudas:—porque bien sabía él que sólo el ingenio y la autoridad de Alejandro hubieran podido sacar a Babá del corral "¡y sin quitar ni un palo de la cerca!". ¡Y la silla también! ¡ah, indio listo! A la verdad, el indio hizo cuanto pudo por la Señorita; pero la Virgen no más sabe por qué le entró la idea a la Señorita de irse con un indio! ¡ni aunque el indio fuese Alejandro! El diablo andaba en eso de seguro. No había caminante o pastor a quien, siempre en vano, no preguntase Juan Can por Alejandro: lo más que sabían era que habían echado a los indios de Temecula, y no quedaba uno en todo el valle. Solía oírse decir que Alejandro y su padre habían muerto: pero nadie lo sabía con certeza. Lo cierto era que en Temecula ya no había indios: los habían echado de la tierra, como a los zorros, como a los coyotes, como a animales inmundos: cazados, espantados, desaparecidos: ¡el valle estaba libre de ellos! Pero la Señorita ¡no, por Dios, la Señorita no podía haberse ido con ellos! ¡Cuándo, Virgen santa! ¡No lo quiera Dios! "Si tuviera yo mis piernas, ya estaría en camino, aunque fuese para saber lo peor. ¡Condenada Señora, que la puso en ese lance!:[6] ¡te digo que la puso, Pedro!". Y cuando le picaba más la ira, solía Juan

6 Se añade signo de admiración.

Can aventurarse hasta decir que allí no había quien supiera la verdad sobre la Señorita más que él. "Digo que la Señora la ha tratado toda la vida con mano muy dura; ¡De veras que la Señora es mujer muy extraña, y de mucho poder!".

Sólo que ya no era tanto como antes el poder de la Señora. Lo más cambiado de todo en aquella casa eran las relaciones entre madre e hijo. La misma mañana en que se notó la desaparición de Ramona, se cruzaron entre ellos palabras tales que ni la una ni el otro podrían nunca olvidarlas, tanto que bien pudiera ser cierto que la Señora se estuviese muriendo, como creía, de resultas de ellas. Sin deseo ya de vivir ¿de dónde le habían de venir las fuerzas?

Felipe halló en su cama la esquela de Ramona. Despierto antes del alba, oyó al moverse inquieto bajo las sábanas ligeras crujir el papel, y adivinando que era de Ramona, se levantó enseguida ansioso. Antes de que su madre abriera la ventana, ya lo había leído. Le parecía perder los sentidos conforme iba leyendo. ¡Se había ido Ramona! ¡ido con Alejandro! ¡ido escapada, como un ladrón, su hermana, su hermana del alma! ¡Oh, qué gran vergüenza! Felipe sentía, mientras pensaba inmóvil, que le caía la venda de los ojos. ¡Vergüenza! Él y su madre eran los que habían traído sobre Ramona y sobre la casa aquel oprobio. "¿Pero he estado encantado? se decía: ¡bien le dije a mi madre, que la iba a obligar a que se escapara! Ay, mi Ramona, ¿qué va a ser de ti? Sí, sí; saldré a buscarlos, y me los traeré conmigo!". Y se vistió de prisa, y bajó al jardín, como para pensar un poco más. Cuando volvió al colgadizo, que fue a los pocos momentos, ya lo esperaba en la puerta su madre, pálida y asustada.

—¡Felipe: Ramona no está aquí!

—Ya lo sé,—replicó colérico.—Ya te dije que a eso la ibas a obligar, a que se escapase con Alejandro!

—¡Con Alejandro!

—¡Sí, con Alejandro, con el indio! ¡Quién sabe si tú pienses que no es más deshonra para el apellido de Moreno escaparse con él. que casarse bajo nuestro techo! ¡Yo no, yo no pienso así! ¡Maldito sea el día, maldito sea, en que ayudé a romperle el corazón a la pobre criatura! Me voy detrás de ellos: voy a buscarlos.

Si le hubiese caído del cielo sobre la cabeza una lluvia de llamas, no se hubiera encogido y maravillado más la Señora que con tal discurso; pero ni al fuego del cielo cedía ella sino en el último trance.

—¿Y cómo sabes que ha sido con Alejandro?

—Porque me lo dice aquí—dijo Felipe, alzando con ira la mano en que tenía la esquela.—¡Éste es su adiós, su adiós a mí! ¡Dios la bendiga! Me escribe como una santa, me da gracias

porque he sido bueno con ella, yo, yo que la he hecho salir escondida de mi casa como una ladrona!

Las palabras "de mi casa" resonaron en los oídos de la Señora como si vinieran de otro mundo. Y era verdad: ¡del mundo a que Felipe acababa de nacer hacía media hora! Se le encendieron las mejillas e iba a replicar, cuando asomó Pedro por una esquina de la casa, y tras de él Juan Can muleteando con prisa maravillosa. "¡Señor Felipe!" "¡Señor Felipe!". "¡Señora!”. "¡Han entrado esta noche ladrones en el corral!". "¡Se han llevado a Babá, Señora!". "¡A Babá y la silla de la Señorita!".

En los labios de la Señora se dibujó una sonrisa de malicia, y volviéndose a Felipe, le dijo en un tono... ¡Oh, en qué tono se lo dijo!: Felipe sintió como si hubiera debido cubrirse los oídos para no escucharla; Felipe no lo podría olvidar jamás...!: le dijo:—"¡Pues como decías, Felipe! ¡como una ladrona!".

Con un movimiento más rápido y enérgico que cuantos en su vida había hecho Felipe hasta entonces, dio un paso hacia su madre, y le dijo sofocando la voz: "¡Por amor de Dios, madre, ni una palabra delante de los criados!" "¿Qué dices, Pedro, que se han llevado a Babá? Hemos de ver eso: yo bajaré allá después de almorzar". Y volviéndole la espalda tomó a su madre de la mano con tal firmeza que no pensó la Señora en resistirle, y entró con él en la casa.

La Señora lo miraba, muda de asombro.—"Sí, madre, bien te puedes asombrar! Lo que yo he hecho no es de hombre; no es de hombre dejar que le pongan a su hermana en esa desesperación,—¡a su hermana, aunque tenga otra sangre en las venas! Hoy mismo salgo a buscarlos ¡y los traigo!".

—¡Y si lo haces, replicó la Señora, blanca de ira,—me encontrarás muerta! Cría en la casa de Moreno cuantos indiecitos quieras; pero a lo menos mi casa me ha de servir de tumba!

Mucha era su cólera, pero su pena más, y rompió en llanto. Se dejó caer temblando y sin fuerzas en una silla. Esta vez no era engaño: no era comedia esta vez: cuando aquellas palabras salieron de sus labios para su adorado Felipe, se le rompió el corazón a la Señora. Felipe se echó de rodillas, y le llenó de besos las manos enjutas, que temblaban abandonadas sobre la falda. "No, madre mía, no me hables así, que me quitas la vida: ¿por qué me mandas, mi madre, que haga lo que un hombre no debe hacer? Por ti doy yo la vida, mi madre; ¿pero cómo he de ver tranquilo a mi hermana echada a morir por esos caminos?".

—Supongo que el indio tendrá casa en alguna parte,—dijo la anciana, algo más serena:—¿No te habla en la carta de lo que pensaban hacer?

—No dice más sino que van primero a donde el Padre Salvatierra.

—Ah!—Sobrecogida al oír esto, al punto pensó la Señora que eso era lo mejor que podía suceder:—El Padre, dijo, le aconsejará lo que han de hacer. Él le buscará modo de estar en Santa Bárbara. Piensa, mi hijo, y verás que no los podemos traer aquí. Ayúdalos como quieras: pero aquí no los traigas.—Y se interrumpió.—No los traigas hasta que yo me haya muerto, Felipe. No tardará mucho.

Felipe reclinó la cabeza en la falda de su madre. Ella le acariciaba los cabellos con apasionada ternura:—“Hijo mío—dijo al fin—es suerte cruel que acaben por dejarme sin ti!”.[7]

—¡Madre!—dijo Felipe angustiado: ¡Yo no soy más que tuyo, tuyo no más!: ¿por qué me estás martirizando?

—No te martirizaré más,—respondió ella con acento de fatiga:—lo único que te pido es que en mi presencia no se vuelva a pronunciar nunca el nombre de esa maldecida criatura que me ha llenado la casa de desgracia: que nadie me hable de ella nunca bajo mi techo, ni hombres, ni mujeres, ni niños. ¡Como una ladrona, sí! ¡como una ladrona de caballos!

De un salto se puso en pie Felipe.

—¡Madre!—dijo:—Babá era de Ramona: yo mismo se lo di recién nacido!

La Señora no respondió. Se había desmayado. Felipe, lleno de pena y terror, llamó a las criadas, y llevó con su ayuda a la Señora a la cama, de donde no se levantó en muchos días: parecía que su vida sólo colgaba de un hilo. Felipe la cuidó como un enamorado: sus ojos grandes y dolorosos seguían con afán todos los movimientos de la enferma, que apenas abría los labios, parte por debilidad, parte por pena. La Señora había recibido su golpe de muerte. No moriría de un soplo, eso sí: ni la muerte podía vencer a la Señora en el primer encuentro; pero la vida había empezado a irse, y ella lo sabía.

Quien no lo sabía era Felipe, que cuando volvió a ver a su madre en pie, sin mudanza visible en la salud del rostro, aunque andando a paso un poco más lento que antes, creyó que con algunos días más recobraría todas sus fuerzas. Y ahora ¡a buscar a Ramona! Casi tenía por seguro que los encontraría en Santa Bárbara. En traerlos consigo ya ni siquiera pensaba; pero los vería, los ayudaría. ¡Mientras viviera Felipe, Ramona no había de andar por pueblos y caminos sin amparo!

Cuando una noche dijo por fin Felipe inquieto: "Mi madre, ya tú estás fuerte, y yo tengo que hacer un viaje corto no más, no más de una semana", la Señora entendió, y respondió, con un hondo suspiro: "Yo no estoy fuerte, pero nunca he de estar más fuerte que ahora. Si has de hacer el viaje, hazlo ahora mejor".

---

7 Se añaden comillas.

—He de hacerlo, mi madre; si no, no te dejaría. Voy a salir antes de los claros del sol, así que te digo adiós esta noche.

Pero no bien al romper el alba dio un paso Felipe en el colgadizo, se abrió la ventana de su madre, y allí apareció la Señora, descolorida, sin hablar, mirándolo.—"¿Conque has de hacer el viaje, hijo?" preguntó por fin.—"¡Sí, mi madre, lo he de hacer!".—Y Felipe la abrazó amorosamente, dándole beso sobre beso:—"¡Pero sonríeme, mi madre! ¿no puedes sonreírme?".—"No, hijo, no puedo. Adiós. Que los santos te guarden. Adiós". Y se volvió al interior de su cuarto, para no verlo partir.

Felipe emprendió la jornada con el corazón triste, mas sin que le flaqueasen los ánimos. Por el camino del río al mar, y luego costa arriba, fue inquiriendo con cautela si habían pasado por allí Alejandro y Ramona; pero nadie los había visto, nadie. Cuando a la noche del segundo día entró en Santa Bárbara, la primer persona que vio, sentado en el corredor, fue el venerable Padre Salvatierra, que al notar que quien llegaba era Felipe, salió a recibirlo radiante de gozo, al paso trémulo a que se ayudaba con sus dos bastones. "¡Bienvenido, hijo! ¿Están todos buenos en tu casa? Este otoño, ya ves, estoy muy viejo: ya las piernas no quieren servir mas”.

Se quedó Felipe sin alientos desde las primeras palabras del anciano. ¡No le hubiera hablado el Padre así si hubiese visto a Ramona! Pasando de prisa por el saludo, "Padre, le dijo, vengo buscando a Ramona: ¿no ha estado aquí con Ud.?".

El rostro asombrado del Padre fue suficiente respuesta:—"¡A Ramona! ¡buscando a Ramona! ¿y qué me le ha sucedido a mí niña bendita?".

Amargo le era a Felipe el decirlo, pero lo dijo bravamente, sin ahorrarse vergüenza. Menos habría sufrido con la narración, a saber cuán bien conocía el Padre el carácter de la Señora, y su influjo casi absoluto sobre cuantos la rodeaban. El Padre no mostró sorpresa ni placer en los amores de Ramona y Alejandro; pero no le parecieron, como a la Señora, culpables y escandalosos. Más: a cada palabra que iba diciendo el franciscano, veía más clara Felipe la injusticia de su madre para con el indio.

—Alejandro es un mozo noble, decía el anciano: su padre Pablo sirvió con mucho amor al Prior Peyri. Has de buscarlos, hijo, y dímeles que me han de venir a ver, que quiero darles la bendición antes de morir. Ya yo no vuelvo a salir de Santa Bárbara, Felipe. Ya me llega mi hora.

Tan impaciente estaba Felipe que apenas oía al anciano:—¡Sí, Padre, sí: no puedo descansar hasta que no los encuentre.[8] Esta noche misma me vuelvo a Ventura!

8 Se añade signo de admiración.

—Y mándame recado con un peón en cuanto sepas donde estén. ¡Que Dios me los tenga bajo su santa guarda! Yo rezaré por ellos.—Y al paso de sus dos bastones se entró en la iglesia.

Lleno de pena y confusión iba Felipe por el camino. ¿Por dónde habían pasado? ¿Por qué no habían venido a ver al Padre? Sólo le ocurría que pudiesen estar en Temecula: ¿pero no decían que ya en Temecula no quedaba un indio?—Al menos, allí le dirían dónde estaba ahora la gente del pueblo: ¡bien conocía el caballo en la crueldad de la espuela que aquella vez su dueño tenía prisa!: ya al ir bajando lo más recio del cañón tuvo Felipe que seguir a pie, antes de que rodase exánime el caballo. Iba con mucha dificultad costeando una mala vereda roca arriba, cuando vio de repente, asomada a un picacho en lo alto, la cabeza de un indio. Le hizo señas de que bajara, y el indio volvió la cabeza, como para hablar a alguien que estuviese detrás: uno tras otro se asomaron como unos diez más a la roca, haciendo señas a Felipe para que subiera. "Los pobres tienen miedo", se dijo Felipe. A gritos pudo hacerles oír que su caballo no podía ir tan alto, y enseñándoles una moneda de oro, se la ofreció si querían venir. Lo consultaron entre sí, y poco a poco empezaron a bajar, no sin detenerse de vez en cuando, y mirar al viajero con desconfianza. Él les volvía a enseñar la moneda, y a llamarlos. Pero no bien lo pudieron ver de cerca, se vinieron corriendo todos hacia él: ¡aquélla no era cara de enemigo!

Sólo uno de ellos "hablaba castilla". Al oír lo que éste respondía a Felipe en español, una india que tenía el oído muy atento sorprendió al vuelo el nombre de Alejandro, se adelantó hasta ellos, y habló rápidamente con el intérprete.

—Esta mujer ha visto a Alejandro,—dijo el indio.

—¿Dónde? ¿dónde?

—En Temecula, dice que hace dos semanas.

—Pregúntale si estaba alguien con él?

—Dice que no, que solo.

Se le contrajo a Felipe el rostro: ¡Solo! ¿Qué significaba aquello? La mujer no le quitaba la vista.

—¿Está segura de que no había nadie con Alejandro?

—Sí está.

—¿Iba en un caballo negro, un caballo grande?

—No, respondió con viveza al intérprete la mujer: iba en un caballo blanco, un caballo chico.

La mujer era Carmen, que con todas las potencias de su alma estaba procurando burlar a aquel perseguidor de sus amigos.

—Pregúntale si lo vio por mucho tiempo la última vez; pregúntale cuánto tiempo lo vio.

—Toda la noche, dice. Estuvo toda la noche donde ella estaba.

Felipe, ya sin esperanzas, volvió a preguntar:—¿Y sabe ella dónde está Alejandro ahora?

—Dice que iba a San Luis Obispo, a tomar el barco para Monterrey.

—¿A hacer qué?

—No sabe.

—¿Y no dijo cuándo volvía?

—Dice que sí.

—¿Cuándo?

—¡Nunca! Dice que nunca vuelve a Temecula.

—¿Y ella conoce bien a Alejandro?

—Como a su propio hermano lo conoce ella.

¿Qué más quería saber? Se le quejaron a Felipe dentro del pecho las entrañas y echó una moneda de oro al hombre y otra a la india.—"Lo siento,—dijo: Alejandro era mi amigo: yo quería verlo". Continuó camino a caballo, seguido por los ojos triunfantes de Carmen. Cuando le tradujeron a Carmen las últimas palabras del viajero, tuvo impulsos de correr tras él, pero los refrenó enseguida:—"No, pensó, puede mentir el hombre. Quién sabe es un enemigo. Yo no digo. Alejandro no quiere que lo encuentren. Yo no digo".

Así se desvaneció en un instante la última probabilidad de ayuda para Ramona, como se desvanece una flor de aroma a un soplo pasajero,—el soplo de la amiga leal que mentía por salvarla.

Fuera de sí con la pena volvió Felipe a su casa. Ramona estaba aún muy enferma la noche que se fue: ¿habría muerto? ¿la habría enterrado en algún rincón del monte el pobre Alejandro? ¿era por eso por lo que Alejandro se iba, para no volver nunca, nunca? Necio de él: ¿por qué no les habló a los indios de Ramona? ¡Pues volvería, a preguntarles! En cuanto viera a su madre volvería, y mientras no hallara a Ramona, viva o muerta, no había de descansar. Pero no bien entró en su casa y vio a su madre, comprendió que ya no se podría apartar de ella sino después de que la dejara descansando en la sepultura.

—Gracias a Dios que viniste,—le dijo la Señora en voz muy débil: tenía miedo de que no me encontraras para decirme adiós. Me voy, hijo.—Y le corrían al decir esto los hilos de lágrimas por las mejillas.

Aunque ya no quería vivir, tampoco quería morir, aquella pobre, soberbia, apasionada, vencida, afligida Señora! Ya no parecía que la consolasen sus continuos rezos: antes se le figuraba que las imágenes la veían con ojos torvos: "¡Oh, si viniera el Padre Salvatierra! Él sí

me quitaría esta pena: ¡si pudiera yo vivir hasta que él viniese!". Cuando Felipe le dijo cómo había visto al Padre, se apoyó en la pared, con la cara al muro, y lloró largamente. No sólo quería verlo por el interés de salvar su alma, sino para poner en sus manos las joyas de Orteña. ¿Qué iba a hacer ahora con ellas? ¿Habría algún buen Padre seglar a quien confiárselas? La Señora bien sabía que cuando su hermana hablaba de "la Iglesia" en sus instrucciones, de quien hablaba realmente era de los franciscanos. Día por día iban siendo mayores sus ansiedades y fiebre, sin atreverse, como le aconsejaba su propio juicio, a consultar a Felipe. Ni ella le había preguntado nada sobre su viaje, ni él había osado hablarle; hasta que un día Felipe, sin poder contenerse más, le dijo:—¿Sabes, mi madre? no pude encontrar rastro de Ramona. Ni puedo soñar dónde está. Y el Padre no la vio, ni sabe de ella. Tengo miedo de que esté muerta.

—Mejor sería,—dijo por única respuesta la Señora; y con perplejidad cada vez mayor siguió pensando en lo que podría hacer con las joyas. "Mañana le hablaré a Felipe", se decía todos los días, sin decidirse nunca a hablarle, hasta que por fin determinó no decirle nada sino en la hora de su muerte. Tal vez viniera antes el Padre. Con las manos trémulas le escribió al buen anciano, rogándole que se dejase traer en andas por los cuatro hombres que el peón que le llevaba la carta debía alquilar para que lo trajesen cargado con todo esmero hasta la hacienda: pero ni escribir podía ya el noble varón cuando llegó la súplica a sus manos, así que ni respondió a la Señora de su puño y letra, sino por amanuense, callándole su gran debilidad, a la vez que la bendecía, y le mostraba la esperanza de que la niña bendita estuviera otra vez bajo su cuidado. Mucho había estado pensando el buen Padre de meses atrás en la niña bendita.

Poco después se supo que el Padre había muerto; y la noticia conmovió tanto a la Señora que ya no pudo volver a levantarse. Y el año iba acabando, y eran grandes las penas de Felipe, entre ver morir a su madre lentamente, y temblar por la suerte de Ramona. De la Señora, ya no había esperanza. Se la llevaba la muerte: se la llevaba! Ya el médico de Ventura había dicho que no le quedaba remedio por hacer, que lo más cristiano era dejarla morir en paz, y cuidarla mucho, pues a lo sumo tenía vida para dos días. Felipe apenas se apartaba de su cabecera, y la más tierna de las hijas no hubiera podido mostrar a madre alguna mayor devoción. Ni sombra quedaba de sus pasadas diferencias ante la majestad de la muerte: "¡Mi hijo querido!" murmuraba ella: "¡qué buen hijo me has sido!". "Madre mía, mi madre: ¡tú no te me vas a ir!" respondía él, hundiendo el rostro en las dos manos débiles, demacradas, pálidas; aquellas manos que un año atrás habían sabido ser fuertes y crueles. ¿Quién le hubiera negado entonces su perdón a la Señora? Ramona misma, si la estuviese viendo, se habría deshecho en lágrimas. De vez en cuando se pintaba en los ojos de la anciana el terror: ¡era su secreto! ¿Cómo lo confesaría? ¿Qué le diría Felipe? Por fin llegó el momento. Había vuelto con grandes fatigas de

un largo desmayo: mejor que cuantos la rodeaban sabía ella que de otro desmayo más ya no volvería. "¡Felipe!", murmuró: "¡Felipe! ¡solo!". Con un gesto indicó Felipe que se apartasen a los que rodeaban a la enferma. "¡Solo!", repitió ella, volviendo los ojos hacia la puerta. "Salgan", dijo él: "espérenme afuera": y cerró la puerta. Todavía vacilaba la Señora. Casi estaba determinada a dejar la vida sin revelar el escondite de las joyas, antes que decir con sus propios labios cárdenos a Felipe lo que a la luz de la muerte, a la vívida e implacable luz de la muerte, veía que su hijo le echaría en cara como una culpa mientras le quedasen memoria y pensamiento.

Pero no osaba callarlo: ¡había que decirlo! Señalando por fin, con la mano apenas levantada, a la imagen de Santa Catalina, que le parecía como que la miraba colérica y ceñuda, "¡Felipe, —dijo:—detrás de la santa... mira!". Creyó Felipe que era arrebato del delirio, y le dijo amorosamente:—"No hay nada, mi madre: no tengas miedo: yo estoy contigo". Pero crecía el espanto de la moribunda: ¿que no le sería dado hacer aquella tardía confesión? "¡No, no, Felipe! sí hay una puerta, sí—una puerta secreta: ¡Mira! ¡Oye! ¡Tengo que decirte!". Felipe movió la imagen: ¡sí había una puerta! "No me digas ahora, madre querida. Luego me dirás, cuando estés fuerte!". Y al volverse hacia ella, vio aterrado a su madre sentada en la cama, tendido el brazo derecho, señalando con la mano a la puerta, vidriosos los ojos, la cara convulsa. Antes que el terror le permitiese dar un grito, la Señora Moreno había caído de espaldas, muerta.

A las voces de Felipe entraron las mujeres, y todo fue al instante plegarias y gemidos: Felipe, en medio de la confusión, firme y pálido el rostro, y temeroso ya de que allí se ocultaba algún espanto, volvió la imagen a su puesto: ¿qué hallaría el hijo detrás de aquella puerta secreta, a cuya vista había caído muerta su madre, con el horror en los ojos? Y aquel miedo de lo que iba a saber lo preocupó como una voz interior, durante los cuatro días de tristes preparativos funerales.

Imponentes fueron las ceremonias del entierro. Los de cerca, los de lejos, todos, vinieron a la capilla, y la llenaron, y llenaron el jardín. La comarca entera quiso dar muestra de respeto a la Señora. Allí estaba el cura de Ventura, y otro de San Luis. De la capilla la llevaron en hombros al cementerio de la casa, en la caída del cerro, junto a su marido y sus hijos: ¡callaba por fin aquel corazón apasionado y soberbio!

Cuando, a la noche siguiente, vieron los criados que Felipe se disponía a entrar en el cuarto de su madre, acudieron a toda prisa para hacerle volver atrás, temerosos de que no pudiera soportar el dolor. Marta se atrevió a acercarse a él, y a decirle desde el umbral: "¡Venga, mi

Señor Felipe; venga el Señor conmigo, que le va a hacer mucho mal: venga conmigo!". "Pero él la calmó con palabras cariñosas: entró, y cerró tras sí la puerta.

Cuando salió, pasaba de la media noche: solemne era su rostro: ¡había enterrado a su madre otra vez! Bien pudo haber temido la Señora revelar a Felipe su secreto. De asombro en asombro había ido Felipe hasta que en el fondo de la caja de joyas halló la carta de Ramona Orteña. Después que la leyó, se estuvo inmóvil largo rato, con el rostro escondido en las manos, y el alma en bárbaras torturas: "¡Y aquello le pareció vergüenza, y esto no!" se decía amargamente.

Lo que había él de hacer lo veía claro. Si Ramona vivía, devolverle lo suyo. Si había muerto, dar las joyas al colegio de Santa Bárbara. "De seguro que mi madre se las quería dar a la Iglesia: pero ¿por qué, por qué las guardó tanto tiempo? Eso es lo que la ha matado, eso: ¡oh, qué vergüenza!". ¡Y de aquella tumba donde Felipe tenía ahora sepultada a su madre, sí que no había resurrección!

Dejó las joyas donde estaban, y escribió al prior de Santa Bárbara una carta donde le hablaba de ellas, y del caso en que vendrían a pertenecer al Colegio. Muy de mañanita dio la carta a Juan Can:—"Me voy hoy, Juan: me voy a un viaje: si me sucede algo y no vuelvo, manda esta carta con un peón seguro a Santa Bárbara".

—¿Pero va a estar mucho en viaje, mi Señor Felipe? preguntó el viejo, medio lloroso.

—No sé, Juan: tal vez sí, tal vez no. A tu cuidado queda todo. Yo sé que todo lo que tú hagas ha de ser para bien. Voy a decirle a la gente que te quedas de amo.

—¡Gracias, Señor Felipe, gracias! dijo el viejo, más dichoso que en momento alguno de los dos últimos y sombríos años:—sí que puede confiar en mí: desde que el señor nació hasta ahora, yo no he tenido idea sino para el bien de la casa.

Y en el cielo mismo se hubiera llenado de terror la Señora Moreno, si hubiese podido leer los pensamientos con que al salir de la hacienda traspuso su hijo el portón por donde el día antes había pasado llorando detrás del cadáver que acompañaba a la sepultura.

Tempestad y Amigos

Apenas se hablaron Alejandro y Ramona el primer día de su triste viaje. Él caminaba a pie al lado de los caballos, la cabeza caída sobre el pecho, los ojos fijos en tierra: Ramona no apartaba de él sus ojos ansiosísimos: ni la tierna risa y el balbuceo de la niña sacaban a Alejandro de aquel largo estupor. Por la noche, cuando ya habían acampado al abrigo de un árbol, Ramona le preguntó:—"¿Y no quieres decirme, Alejandro, a dónde vamos?". Mucha fue la ternura de la voz de Ramona; pero se le notaba como cierto resentimiento. Alejandro se echó

ante ella de rodillas, exclamando:—"¡Ay, Majela, Majela de mi vida! ¡si me parece que se me pone negro el juicio! yo no sé, yo no sé lo que pienso: los pensamientos me dan vueltas, me dan vueltas de loco, como las hojas en el arroyo cuando baja la fuerza de la lluvia. Dime, Majela, ¿es que me vuelvo loco?".

Llena Ramona de pavor lo consoló como podía:—"Mira, mi Alejandro: vámonos a Los Ángeles: no viviremos más con los indios: allá tú encuentras trabajo: tú puedes tocar en los bailes, yo puedo coser: vámonos a Los Ángeles".

Él la miró horrorizado:—"¡Con los blancos! ¡a vivir con los blancos! ¿en qué piensa Majela, que no ve que los blancos que echan como coyotes a cien indios juntos, echarán como coyotes a dos indios! ¡Majela sí está loca!".

—Pero en San Bernardino hay muchos indios que están trabajando para los blancos.

—¡Trabajando para los blancos! ¡Majela no sabe ver! A los indios les pagan medio jornal no más, y al blanco, jornal entero. Mexicanos y americanos, Majela, le pagan al indio medio jornal no más. Y en dinero no siempre, sino en harina mala, o en cosas que no quiere el indio, o en aguardiente, y si no quiere aguardiente se echan a reír, y no le dan más. El año pasado un americano le sacó media cara de un balazo a un indio, porque no quería recibirle de paga una botella de vino agrio, ¡y le dijo que no volviera a ser insolente! Majela, no me pidas que vaya a la ciudad a trabajar. ¡Porque donde vea eso, mato!

Ramona temblaba, callada. Y Alejandro siguió. Si Majela no tiene miedo, yo sé un lugar, allá arriba en el monte, donde no ha habido blancos nunca, ni los ha de haber. Yo hallé el lugar persiguiendo a un oso. El oso me guió. Era la casa del oso. Y yo me dije entonces: "aquí se puede esconder un hombre". Hay agua en el valle, y el valle es lindo y verde. Allí podemos vivir: vivir no más, porque el valle es muy chico. ¿Tiene miedo Majela?

—Sí, Alejandro; tengo miedo, allá sola en el monte. ¡No vayamos. allá! Prueba algo más primero. ¿No hay aquí otro pueblo indio?

—Saboba, al pie del monte. Allí se han ido algunos de Temecula; pero el pueblo es muy infeliz, y se acabará como San Pascual. El padre de Saboba fue el Señor Ravallo, un blanco bueno, que miró por nosotros y dijo que para siempre era del indio la tierra, para siempre. Los tres hijos de él ahí están, y cumplen la promesa. Pero el americano vendrá luego, como vino en Temecula. Con sus ojos verá Majela que ya hay blancos en el valle. Si Majela dice que nos quedemos, nos quedamos.

Poco después de mediodía era cuando entraron en el ancho valle de San Jacinto, bañado en aquel instante de luces maravillosas. En lo alto estaba el cielo torvo y ceniciento, pero por el este y nordeste lo inundaba el reflejo carmín y oro. La cumbre rugosa y los pujantes estribos de

la montaña brillaban como las torres y poternas de una fortaleza de rubíes. El resplandor era de veras sobrenatural.

—¡Mira a San Jacinto!—exclamó Alejandro.

—¡Oh, Alejandro!—dijo Ramona entusiasmada:—ésta es una buena señal: mira cómo salimos de lo oscuro y entramos en la luz del sol!—y señaló hacia el oeste, de un negro de pizarra.

—No me gusta:—respondió él. Lo oscuro está muy cerca!

Y estaba; porque no había acabado de hablar cuando vino del norte un viento fiero, que desgarró la nube negra, y echó adelante, como acorraladas, las masas de jirones. Un instante después comenzaron a caer copos de nieve.

—¡Virgen Santa!—dijo Alejandro. Bien sabía él lo que les amenazaba. Animó a los caballos, y corría a la par de ellos. Pero en vano. En vano halaban azorados Babá y Benito de su carga excesiva.—¡Ay, Majela, si pudiéramos llegar a una choza que queda como a una milla: tú y la niña se me van a helar!

—Yo la caliento con mi seno, dijo Ramona: ¡pero qué viento tan frío, Alejandro! ¡Me corta la espalda como un cuchillo!

Gimió él otra ves. La nieve caía espesa. El camino estaba ya blanco. El viento era menos.

—Dios es bueno: ya el viento no me corta como antes,—dijo Ramona, dando diente con diente, y apretando la niña cada vez más contra su corazón.

—Mejor que fuese recio, Majela; se llevaría la nieve: si la nieve sigue, va a ser como de noche, y no podremos ver.

Y la nieve seguía. El aire se condensaba. Era más oscura que la noche aquella lóbrega y opaca blancura, que sofocaba y helaba el aliento. Por los tumbos del carro se conoció que se había salido del camino. Los caballos se resistieron a andar.

—Estamos muertos si nos quedamos aquí. ¡Ven, mi Benito, ven!—y Alejandro tomó a Benito de la cabeza, y a fuerza de brazo le hizo volver atrás y seguir por el camino. Era espantoso. A Ramona se le caía el corazón. Ya no se sentía los brazos. ¿Y cuando ya no pudiera sujetar la niña? Llamó a Alejandro; pero él no la oía con el viento, que soplaba de nuevo con furia, y se llevaba la nieve en masas: era como si se fuesen abriendo paso entre témpanos ambulantes y espesos remolinos.

—Nos vamos a morir, pensó Ramona: ¡mejor será!—Y de nada más se dio ya cuenta, hasta que oyó un gran grito, y se vio sacudida y golpeada, y una voz extraña le decía:—"Apenado de golpearla tan de recio, señora; pero tenemos que llevarla al fuego".

¡Al fuego! ¿había pues en el mundo todavía fuego y calor? Con un gesto de autómata puso a la niña en los brazos desconocidos que se le tendían, y trató en vano de levantarse de su asiento.

—¡Quieta, quieta!,—dijo la voz extraña.—Aguarde a que lleve la criatura a mi mujer, y vuelvo por la Señora: ya se me puso que no podría tenerse en pie.—Y desapareció el hombre alto, en cuyos brazos la niña, arrancada de pronto a su caliente sueño, lloraba que era un dolor.

—¡Dios bueno!—dijo Alejandro, aún sin moverse de junto a la cabeza de sus pobres animales: ¡Majela, la niña esta viva!

—Sí, Alejandro,—respondió ella débilmente, con una voz que arrebatada por las ráfagas violentas pasó por junto a Alejandro como un eco.

Se habían salvado por milagro verdadero. Estaban más cerca del corral de lo que Alejandro pensó; pero a no ser porque otros viajeros sorprendidos como ellos por las tormentas le dejaron abierto el camino, nunca hubiera dado con él. Se sentía ya morir, y se decía casi con las mismas palabras de Ramona, "¡así se acabarán nuestras penas!", cuando vio brillar una luz hacia la izquierda. Puso al instante los caballos rumbo a la luz. La tierra estaba por allí tan apelmazada y rota, que más de una vez estuvo a pique de volcar el carro; pero Alejandro siguió camino sin acobardarse, dando de vez en cuando una voz de auxilio. Por fin lo oyeron, y apareció otra luz, no fija como la primera, sino que adelantaba y venía despacio hacia él: era una linterna, en las manos de un hombre, cuyo saludo en lengua inglesa, que fue éste: "¡Vaya, amigo, como que está Ud. en apuros!",[9] le pareció a Alejandro tan claro como si fuera el más puro dialecto luiseño. Lo que el de la linterna no entendió poco ni mucho fue la agradecida respuesta de Alejandro en español.

—"Otro de estos mexicanos papamoscas: ¡digo que...! ¡Había yo de vivir toda mi vida en un país, y no saber que éste no es tiempo para andar de viaje!"—Y cuando puso a la niña en brazos de su mujer añadió como incómodo:—¡Si sé que son mexicanos, ni a verlos salgo, Ri! Ellos en su tierra están, y han de saber más que yo de sus trópicos malditos.

—¡Mentira, Jeff!: tú no eres capaz de dejar al animal más infeliz puertas afuera con un tiempo como éste.—La niña, conociendo que la tocaban brazos de madre, cesó de llorar enseguida:—"¡Picarona, picaronaza de ojos azules!" decía la mujer, mirándola y remirándola: ¡Mira, Jeff, que pensar en dejar allá afuera en la nevazón a una chiquirrituela como ésta!: ahora mismo le voy a dar un poco de leche.

—Ri, ve por la madre primero,—dijo Jeff, que en aquel momento entraba, más cargando a Ramona que ayudándola a andar:—¡como que está helada, la pobre mujer!

9 Se añade signo de admiración.

Pero al ver a su niña viva y sonriente reanimó tanto a Ramona que a los pocos momentos ya era dueña de sí. Veíase en verdad en extraña compañía. En uno de los rincones de la choza estaba acostado sobre un colchón un joven como de veinticinco años, cuyos ojos relucientes y pómulos encendidos contaban a las claras su triste enfermedad. La mujer era alta y desgarbada, de cara macilenta, y manos duras y llenas de arrugas, el vestido en jirones, los zapatos más rotos que enteros, el pelo rubio, seco y atado sobre la nuca en un moño de mal humor, con una que otra guedeja desordenada volándole por la frente: era dama, en verdad, de mísera catadura. Pero a pesar de su mala apariencia y desaseo, había en toda ella cierta noble dignidad, y en su mirada cierto cariño, que le ganaban enseguida los corazones. Sus ojos de pálido azul tenían aún la vista fina, así que en cuanto ojeó a Ramona se dijo:—"Apuesto a que no es mexicana pobre:" ¿Y qué, van de mudanza?—preguntó en alta voz.

Ramona se la quedó mirando: porque aquellas palabras no contaban en el poco inglés que ella sabía.—"¡Ay, señora!: yo no sé hablar inglés: castellano sé no más.

—¿Castellano, eh? ¿Eso es mexicano, no? Jos ahí habla su poco de mexicano. Eso sí, no ha de ser mucho, porque me le hace mal a los pulmones. Por eso es por lo que lo hemos traído hasta acá, por el bien del calor. ¿Ya se le ve, no?—dijo riéndose, y como si se burlara de él, aunque en la mirada que le echó al mismo tiempo a hurtadillas se leía la inefable ternura de la madre por su enfermo.—Pregúntale, Jos.

Jos se alzó sobre el codo, y fijando en Ramona sus ojos brillantes, le preguntó en castellano si iban de viaje.

—Sí, venimos de San Diego, respondió Ramona: Somos indios.

¡Indios!—exclamó la mujer:—¡Dios nos salve y ampare, Jos! ¡Hemos metido a los indios en nuestra casa! ¿Qué diablos...? Y lo bueno es que quiere a su criatura como cualquier blanca: eso lo veo yo. India o no india, aquí se ha de quedar. Ni a un perro se le echa afuera con un tiempo como éste, Jos, y el padre debe ser blanco: mírale a la criatura los ojos azules.

Ramona la escuchaba sin lograr entender palabra, y aún dudando con razón de que aquello que oía fuera inglés; porque, mal que bien, algo de inglés sabía ella; pero el dialecto de Tennessee, que era el de aquella gente, alteraba las voces más sencillas:—"¡Siento tanto no saber inglés!—dijo Ramona a Jos:—Dígame, si no le cansa mucho, lo que su madre me ha dicho".

Jos tenía el pensamiento tan travieso y benévolo como su madre; así que medio riendo por lo que callaba, sólo dijo a Ramona lo que le podía agradar, y que su madre decía que podrían quedarse allí hasta que pasase la tormenta.

Más pronta que el relámpago se apoderó Ramona de la mano de la mujer y se la puso sobre el corazón, con un gesto expresivo de ternura y agradecimiento.—¡Gracias, gracias, señora!, le decía.

—¿Y qué es lo que me llama ahora, Jos? preguntó la madre.

—Pues te llama señora.

—Chut, Jos! Pues me le dices que yo no soy señora, que aquí todo el mundo me llama Tía Ri, o Miss Hyer, y que me diga Tía Ri o Miss Hyer, como ella quiera. De veras que habla muy fino.

No sin sus tropiezos explicó Jos a Ramona cómo renunciaba su madre al señorío, y le daba a escoger entre Miss y Tía. Ramona lo oyó con tan amable sonrisa que cautivó el corazón de la madre y el hijo, y repitió los dos nombres más de una vez, porque a la primera le salieron muy mal, hasta que por fin escogió el de Tía Ri:—"Me gusta más: ¡ella es tan buena, como de la familia de uno, para todo el mundo!".

—¿Eh? ¡Y dime, Jos, que no es particular que me digan aquí lo mismo que me dicen allá en el pueblo! Yo no sé si soy buena, o si soy como los demás. Eso sí: ver que delante de mí le quieren hacer la ley al infeliz, no puedo, ni ver sufrir tampoco, vaya, que nadie debe sufrir, si yo lo puedo remediar. ¿Y en eso qué hay de raro? Yo no sé que haya quien sienta de otro modo.

—Pues hay montones, madre. Como tú no hay muchas, no. Ya lo verías si corrieras más el mundo.

Ramona estaba acurrucada junto al fuego, observando cómo aquel que le pareció abrigo celeste era en verdad muy frágil refugio contra la tormenta que sacudía afuera su furia. Era una choza de malos tablones puestos al descuido, como por pastor que ha de vivir entre ellos pocos días. Por las hendijas, a cada racha de la tempestad, entraba a puñadas la nieve. Junto a la hoguera estaban las pocas ramas que Jeff Hyer había podido recoger antes de que arreciase la tormenta. Tía Ri midió con los ojos lo pobre de aquella provisión para noche tan fría:—"¿Buen calor, Jos?".—"No mucho, madre; pero no tengo frío, y eso ya es algo". La resignación era una virtud tan constante en aquella familia que ya casi rayaba en vicio. Apenas había en todo Tennessee gente de menos comodidades y esperanzas, pero ellos no se quejaban jamás; y por mucho que arreciase la mala fortuna, ni perdían el buen humor, ni el cariño con que entre sí se trataban: mucho rico había por los contornos que, con ser los Hyer tan pobres, no vivía tan feliz como ellos con la riqueza de su buen natural. Cuando Jos empezó a dar señales, por la sangre que perdía, de lo muy delicado de sus pulmones, y dijo el médico que lo único que podría salvarlo era un viaje a California, "¡Pues a California!", dijeron el padre y la madre: "fortuna que casó el año pasado Lizy: ¡Jeff, vendemos la hacienda, y en camino!". La vendieron en la

mitad de lo que valía, cambiaron sus vacas por una pareja de caballos y un carro cubierto, y casi sin más recursos que los de su voluntad emprendieron el viaje, con el enfermo acostado en el fondo del carro, tan orondos y felices como familia poderosa que viaja por recreo. Completaba la comitiva un par de bueyes "para animar" a los caballos, y una vaca para la leche de Jos; y así vinieron acampando a veces en el camino por semanas enteras, desde Tennessee hasta San Jacinto. Tía Ri andaba por el valle con un aire de ¿quién me tose a mí?: ¿no iba mejor su Jos? ¿no había salvado a su hijo?

Jos no era su nombre sino Joshua; así como Ri no era el de la madre, sino María. Pero así abrevia los nombres aquella gente de Vermont y Tennessee, que vive de prisa. Ri la llamaban desde niña; y en cuanto tomó estado y tuvo casa propia, donde había para todo el mundo una lonja de pan y una palabra de consuelo, la vecindad entera reconoció en ella como por común consentimiento una especie de tiazgo, y no había hombre, mujer crecida ni niño que no la llamase Tía Ri.

—No sé si avivo el fuego, dijo Tía Ri: si esos vientos siguen, nos va a faltar leña, claro.

En ese instante se abrió la puerta de súbito, y entró Jeff tambaleando, seguido de Alejandro, cubiertos los dos de nieve y cargados de leña. Alejandro conocía un rincón de algodoneros que había en una barranca de por allí, a pocos pasos de la casa; y en cuanto puso en abrigo los caballos entre los carros y la choza, salió a buscar leña. Jeff, que lo vio sacar del carro el hacha, tomó la suya, y siguió tras él. ¡Y allí había leña bastante para la niña, para Jos, para Ramona! En cuanto dejó su carga en tierra, Alejandro se fue a arrodillar delante de Ramona: miraba ansiosamente la cara de la niña, miraba a Ramona: por fin exclamó, lleno de unción:—¡Milagro, Majela, milagro! ¡Los santos sean benditos!

Jos lo oía asombrado:—¡Hum, católicos!—pensó: Eso no se lo digo yo a mi madre. A mí no me importa lo que sean. Esa muchacha tiene en la cara los dos ojos más lindos que en mi vida he visto.

Con la ayuda de Jos pronto supo cada familia los propósitos de la otra, y fue creciendo entre ambas la amistad, a pesar de lo extraño de las circunstancias.

—Como que no entienden nuestra lengua, Jeff, no es pecado hablar de ellos, aunque no me gusta decir de ellos lo que no me pueden entender; pero tengo que contarte que estos indios me han dado un gran chasco. Yo no quería bien a los indios, pero esta criatura tiene el alma más linda, y vive en su hijita como cualquier mujer del mundo. Y el hombre, Jeff, besa donde ella pisa. Lo que es yo no conozco a ningún blanco que quiera así a su mujer. Vamos, Jeff, dime: ¿conoces tú a alguno?

La verdad era que Tía Ri no sabía de los indios sino lo que cuentan las novelas y los papeles enemigos, llenos de historias caprichosas de muertes y ferocidades, y el haber visto durante su viaje una que otra banda vagabunda. Y allí estaba ahora hablando mano a mano con dos indios de noble conducta y simpática apariencia, hacia los que se le iba de prisa el corazón.

Y a Jos le decía:—"El es indio puro, y ella es blanca de padre; pero no ves, Jos, cómo mira a su indio, como si tuviera en él el mundo? Y lo que es yo no se lo tengo a mal".

Por supuesto que Jos había visto; porque nadie que observase cuando estaban juntos a Ramona y Alejandro podía dejar de notar el singular afecto de aquella dulce esposa, a cuyo amor se unía ahora una incesante vigilancia, por el terrible miedo de que Alejandro perdiese la razón. ¿De dónde sacaría ella entonces fuerzas?

Cuando a las pocas horas cesó la tormenta, el valle entero era como un mar de blancura, y lucían las estrellas como en un cielo ártico. Jos no quería creer lo que Alejandro le decía, que al día siguiente, el vendaval habría pasado.

Los Hyer iban a unos manantiales del norte del valle, donde pensaban acampar por tres meses, para que Jos tomase las aguas. Llevaban consigo su tienda de lona, y cuanto necesitaban para su tosco modo de vivir. Tía Ri quería acabar de llegar, porque la tenía cansada el viaje, y Jeff también, pero no por eso, sino porque le habían dicho que era rica la caza en la montaña de San Jacinto. Cuando supo que Alejandro conocía el monte, y aun pensaba quedarse en él, se alegró mucho, y le propuso que hicieran juntos los dos la cacería; lo cual oyó con gran placer Ramona, porque estaba segura de que a Alejandro le haría bien el tener un compañero en su vida campestre y en la caza, a la que era sumamente aficionado. El cañón de las aguas quedaba muy cerca del pueblo de Saboba, donde deseaba ella ver si podían vivir: porque ya no le inspiraban repugnancia los pueblos de indios, sino que se sentía atraída hacia ellos por cierto parentesco, como si fueran su natural y único amparo.

A los pocos días estaban en las aguas los buenos Hyer sin más casa que la tienda de lona y el carro; y Alejandro y Ramona, con sus Ojos de Cielo, en una casita de adobe de Saboba. La casa era de una india anciana que desde la muerte de su marido vivía con su hija; y no era casa en verdad, sino un cuarto infeliz, con los muros de adobe crudo y al desmigajarse, y el techo de tule, sin piso por supuesto, ni más que una ventana. Cuando Alejandro oyó que Ramona decía, toda llena de ánimos: "Pues muy bien que vamos a estar, en cuanto la arreglemos un poco", el rostro se le contrajo, y lo escondió de ella, mas sin decir palabra: ¡apenas había en el pueblo casa mejor! Pero dos meses después nadie la hubiera conocido. Alejandro había andado de fortuna en la caza: dos grandes pieles de venado cubrían el suelo, otra hacía de cubierta de la cama, y las hermosas astas servían de percha, clavadas en los muros. La cama tenía otra vez

sus colgaduras de percal encarnado, y a sus pies, en la armazón de manzanita roja, estaba la cuna de ramas entretejidas. En la pared había una ventana más, y un ventanillo en la puerta, para la luz y el aire; en su repisa cerca de una de las ventanas lucía la imagen de la Virgen, rodeada de enredaderas como en San Pascual. Todo lo cual causó grandísimo asombro a Tía Ri, que cuando se asomó por primera vez a la entrada de aquella maravilla se quedó boquiabierta, con los ojos pasmados y los brazos en jarras. Ni en lo mejor de su vida había tenido ella un cuarto que dijese tanto como aquel pobre casucho de Ramona. A Jos le contó el milagro con palabras de pomposo encarecimiento, y cuando Jos y Jeff vieron por sí la casita, su sorpresa fue mayor aún que la de Tía Ri. Vagamente entendieron que aquél era un ignorado encanto de la existencia, que ni el padre ni el hijo hubieran sabido explicar a las claras a la pobre Tía Ri, tan buena como desordenada: pero aquella compostura se les entró como un consuelo por el corazón. Y todavía se sorprendieron más cuando, al volver una tarde Alejandro y Jeff de una caza sobremanera feliz, les puso Ramona una mesa toda de sus manos, de venado oloroso con salsa de alcachofas, y frijoles con chile. El deleite fue grande, y Tía Ri quiso llevarse las recetas.

A Alejandro se le iba disipando la tristeza. Tenía ganado su poco de dinero: la bondadosa compañía de los Hyer lo había ido levantando de su pena: Ramona estaba alegre, y la niña como un sol: el amor de la casa, que después del de Ramona era en él lo más vivo, se le despertaba de nuevo en el alma. Ya hablaba de fabricar allí su casita. El pueblo era infeliz, pero no parecía que lo molestase nadie: era grande el valle, y el ganado corría libre: los blancos que por allí había no mostraban deseo de echarse sobre los indios: en la presencia de los Ravallos, que aún tenían allí la hacienda, creía Alejandro ver una señal de protección: y Majela estaba contenta: en todas partes tenía Majela amigos. Sí, haría la casita, porque Ramona no podía vivir en aquella miseria. ¡Ah! pero Ramona no quería: "aquí estamos bien, Alejandro: aquí tenemos todo lo que necesitamos: no, no: espera un poco antes de hacer la casa".

Porque, mientras Alejandro andaba por el monte, Ramona había tomado lenguas con mucha gente del pueblo a quien él no conocía, con los de la tienda, con los del correo, con los que le quisieran cambiar sus encajes y cestos por harina: y no le parecía que Saboba estaba seguro. Un día oyó a un americano decir esto: "Pues si viene la seca, no sé de dónde vamos a sacar agua para el ganado", y el compañero respondió: "Y esos malditos indios de Saboba, que tienen a la puerta los manantiales: da rabia de veras que nos den con el agua corriente en la nariz".

Por nada del mundo le hubiera contado aquello Ramona a Alejandro; pero se le quedó clavada la conversación como un augurio en el alma entristecida; y cuando llegó de vuelta al pueblo se fue al manantial que corría por el centro de él, y se estuvo largo rato mirando al agua

clara y juguetona. El manantial era una verdadera bendición, e iba acequia abajo hasta lo hondo del valle, donde estaban las siembras de hortalizas, y de cebada y trigo. Alejandro mismo tenía allí campo bastante para el grano que pudieran necesitar en el invierno la vaca y los caballos, si los pastos flaqueaban. Pero si los americanos se llevaban el agua, se moría Saboba. Sólo que para llevarse el agua habían de destruir a Saboba, ¡y eso no sucedería, no, en vida de los Ravallos!

Muy triste fue para Ramona y Alejandro el día en que los buenos Hyer arrancaron las estacadas de su tienda, para dejar por fin el valle. Vinieron por tres meses, y habían estado seis: Jos parecía otro hombre: ¡aquel aire era la vida! "Pero no somos ricos, Señora Majela, y el hombre y yo tenemos que empezar a ganar. Si por aquí hubiera quehacer en carpintería, aquí nos quedáramos, porque Jeff tiene manos de oro para carpinterear: ¡y que no sé yo hacer mis buenas alfombras! ¡a mí denme un telar, que yo me ganaré el pan y la carne!: ¡y que me gusta a mí tejer![10] Jeff me dijo un día: "¿Ri, estarías tú contenta en el cielo sin tu telar?:[11] y yo le dije: "Pues no, Jeff, no creo que estaría contenta".

Ramona, que en los seis meses había aprendido mucho inglés, le preguntó con verdadera ansiedad:—¿Y es muy difícil?[12] ¿no podría yo aprender?

—Pues es, y no es. Para mí es como el aire, porque lo aprendí en naciendo. Unos aprenden de prisa, y otros despacio. Pero mi Señora Majela aprendería en un volar.

Y Tía Ri siguió hablando de las alfombras que se proponía hacer en San Bernardino con telas de desperdicio, aunque no creía que fuesen muchas, "no porque los trapos faltasen, sino porque la gente los llevaba encima". ¡Digo, aquellos mexicanos, todos medio desnudos! ¡y los indios, válganos Dios, aquello es una trapería ambulante!

Pero cuando Ramona le contó, con ayuda de Jos, la infelicidad de aquellas gentes, y la historia de San Pascual y Temecula, le faltaron palabras a Tía Ri para echar afuera su indignación: ¡Pues en Tennessee, por cosas menores, cuelgan! En Washington no deben saber eso. ¿Sí?: Ramona le decía que sí; pero ella no lo podía creer. "Alguien anda engañando por ahí", replicaba a todo, meneando la cabeza.

—¡Todos engañan! dijo Ramona. Los americanos piensan que no es malo ganar dinero con engaño.

—¡No me diga los americanos, Señora Majela!: ¡americana soy yo, y Jeff Hyer es americano, y Jos! y pobres somos, pero quiero saber a quién le hemos sacado con engaño un peso. Eso no puede ser, no, señora, que mi pueblo permita estas picardías. Ahora mismo le voy

10 Se añaden comillas.
11 Se añaden comillas.
12 Se añade signo de interrogación.

a preguntar a Jeff cómo es eso. Eso es para que se muera de vergüenza cualquier país. Y si nadie pide remedio, mi Señora Majela, yo sola lo he de pedir. Yo no soy nadie, pero en las cosas de mi tierra, puedo decir tanto como el Presidente; y si no puedo yo, Jeff puede, y lo mismo es. Te digo, Jos, que no voy a descansar, ni a dejarte descansar a ti ni a tu padre, hasta que se sepa si esto que dice la Señora Ramona es verdad, y le pongan remedio!

Pero dolores más profundos que éstos se venían encima del desdichado matrimonio. Desde el principio del verano empezó la niña a perder fuerzas, aunque tan lentamente que apenas se notaba el cambio de un día a otro, y no se vio el estrago sino a la entrada del invierno, cuando se comparó lo leve y delgado del pobre cuerpecito con la alegría y robustez de la criatura antes de aquella bárbara nevada; antes toda era risas Ojos de Cielo, y ahora se pasaba horas enteras en un débil quejido. De nada había valido la poca ciencia médica de Tía Ri. Día tras día pasaba Alejandro arrodillado junto a la cuna, cruzadas las manos, fija la mirada, arisco el rostro; hora tras hora, de día y de noche, la paseaba en brazos, dentro de la casa o en el aire libre; rezo tras rezo encaminaba Ramona desde el corazón afligido a la Virgen Madre y a todos los santos; pares tras pares de cirios llevaba quemados, aunque el dinero era ya poco, delante de la imagen: ¡y la niña no parecía revivir!—"¡Alejandro, ve a San Bernardino! busca un médico, por Dios. Tía Ri y Jos están allá y te ayudarán. Dile a Tía Ri que la niña está como ella la dejó, pero más débil sí está, y más delgada".

Tía Ri había levantado sus reales en un casucho de los suburbios de San Bernardino, donde Jeff encontraba algún quehacer, y aun Jos en los días buenos. Jos, mal que bien, le había montado un telar, y con él, y aquellas cuatro paredes sin más pintura que la tierra del adobe, ni más que una ventana, estaba tan contenta como en un palacio: ya había tejido para el casucho su alfombra de retazos, y tenía empezada otra de encargo, y comprometido el telar por meses, tanto que dijo una vez que era mucha la trapería de San Bernardino, puesto que a más de los que llevaban encima, todavía les sobraba tanto trapo para alfombra. De amigos, por supuesto, tenía ya un caudal, como si hubiese pasado allí toda su vida.

En cuanto vio venir a Alejandro galopando en Benito le salió al encuentro, y aun antes de que refrenara el caballo ya le estaba dirigiendo este discurso:—"A tiempo vienes, y allá quería ir yo, pero los pies no me dejan. ¿Cómo están por allá? ¿Por qué no me los trajiste? Montón de cosas tengo que contarte. Ya verás lo que yo te decía, que mi gobierno no está con los ladrones. ¡Qué había de estar! Aquí ha venido un señor no más que para cuidar de los indios, un señor agente, que es muy bueno, con su médico, para curar a los indios sin cobrar cuando se enfermen: el gobierno lo paga, y eso sí que te digo yo que es ahorro en una casa, no tener que pagar al médico!".

De aquel remolino de palabras apenas entendió Alejandro una completa, y en su inglés cojo dijo a Tía Ri lo que quería Ramona.

—Pues si eso es lo que te estoy diciendo, que aquí hay médico para los indios, que mi gobierno te lo paga. ¡Vamos! vamos a verlo. Yo le diré cómo está la criatura. ¡Y quién sabe si se anima a ir hasta Saboba!

¡Qué alegría la del pobre Alejandro, cuando como un relámpago le pasó por el pensamiento la idea de volver a su Majela, con el médico para la niñita! Jos se le reunió, para servirle de intérprete. Los oía Alejandro hablar, y aún se le resistía el corazón adolorido a dar entrada a aquellas esperanzas.

El médico estaba en casa. Oyó con indiferencia a Tía Ri, hasta que le preguntó:

—¿Pero este indio es de la Agencia?

—¿Qué?—dijo Tía Ri.

—¿Que si es de la Agencia este indio? ¿si está su nombre en los libros de la Agencia?

—No ha de estar todavía. Ahora no más supo él de esto, que yo se lo dije. Él es de Saboba, y no bajó acá desde que vino el señor agente.

—Y ¿por qué no va primero con el agente,—dijo con mal humor el médico,—a que lo pongan en los libros?

—Y ¿qué, pues —le replicó sin disimular la cólera Tía Ri: ¿que no está Ud. aquí por el gobierno para curar a estos pobres indios de Dios?

Alejandro leía con ansias mortales en el rostro burlón del doctor:—¡Vaya, mujer!—iba el doctor diciendo: yo soy el médico de la Agencia; los indios acabarán por apuntarse todos en los libros: lo mejor es que se lleve éste allá. ¿Y qué quiere éste ahora?

Apenas había empezado Tía Ri sus explicaciones de la enfermedad, cuando el doctor le cortó la elocuencia.—"Bueno está; ya sé, ya sé; yo le daré algo que la va a mejorar". Trajo del cuarto interior un frasco lleno de un líquido oscuro, escribió de prisa el modo de usarlo, y dio ambas cosas a Alejandro.—Eso le hará bien a tu hija, dijo.

—Gracias, señor, gracias, contestó Alejandro.

El doctor se le quedó mirando. Era el primer indio que le había dado las gracias:—Dígale al agente, Tía Ri, que le lleva una *rara avis*.

—Y ¿eso qué es preguntó Tía Ri, al salir puerta afuera.

—Yo no sé, dijo Jos: no me gusta el hombre, madre.

Alejandro iba mirando como en un sueño el frasco de medicina. ¿Le curaría a su hijita? ¿El gobierno, el gobierno de Washington le daba aquella medicina, se la daba? ¿Iban a ver por

ellos, pues? ¿Haría aquel señor agente que le devolvieran su campo de San Pascual? Le daba vueltas el cerebro encendido.

De la casa del doctor fueron a la del agente, con quien tenía Tía Ri más intimas relaciones.

—Éste es el indio de que yo le venía hablando. Vino por medicina para la hijita, que está mala de veras.

Se sentó el agente a su mesa de escribir, diciendo, mientras buscaba cierta página en el voluminoso libro de registro:

—¿Cómo se llama?

La dijo Jos, y comenzó el agente a escribir.

—No, no,—interrumpió Alejandro agitado:—no quiero que escriba mi nombre, basta que no sepa yo para qué es.

—Espere, señor,—dijo Jos:—Alejandro quiere saber para qué le pone el nombre en el libro.

Giró en su silla hacia ellos el agente, desmintiendo con la impaciencia de los ojos la aparente bondad con que les hablaba:—No hay modo, dijo, de hacerles entender nada a estos indios. A todos les parece que en cuanto les escribo el nombre, ya los voy a tener bajo mi mando.

—¿Y no es así, pues? ¿En quién tiene mando aquí, pues, si no es en los indios? La verdad se ha de decir.

Se echó a reír el agente a pesar suyo.—Eso es lo que me da quehacer en esta Agencia, Tía Ri: no sería así si tuviera yo a todos mis indios en un cantón.

—"¡Mis indios!". ¡Ya Alejandro había oído decir "mis indios" antes!:—Jos ¿por qué dice ese hombre "mis indios?". Si yo he de ser su indio porque me pongan ahí el nombre, ¡que no me lo ponga!

Tradujo esto Jos, y el agente no disimuló ya su mal humor:—¡Iguales todos, iguales! Pues que se vaya, si no quiere que el gobierno le ayude!

—¡Oh no, no! dijo Tía Ri: Jos le hará entender. Dile, Jos!

Se le había oscurecido el rostro a Alejandro. Todo aquello le parecía muy sospechoso. ¿También Tía Ri, también Jos, le estaban engañando?: no podía ser, no, sino que los engañaban a ellos: bien sabía él que eran gente sencilla e ignorante.—¡Vámonos! dijo: no quiero firmar ningún papel.

—¡Grandísimo tonto!—dijo Tía Ri:—tú no tienes nada que firmar. Jos, ¡pero dile claro que él no se queda en obligación porque le pongan el nombre ahí! Dile que es para saber el agente qué indios son los que quieren ayuda, y dónde están: dile que si no tiene el nombre en el libro, no le puede curar el doctor a la niñita.

¿Que no podrá curar el doctor a su niñita? ¿Que no podrá llevarle a su niña aquella medicina? Majela diría que no, que primero que eso le pusieran el nombre.—"¡Que ponga el nombre!"—dijo. Pero salió del cuarto como si llevara una cadena al cuello.

¡A LA MONTAÑA, DONDE NO HAY AMERICANOS!

La medicina le hizo a la niña más daño que bien, porque estaba ya muy débil para los remedios violentos: así que una semana después estaba de vuelta en la puerta del médico Alejandro, que venía con un ruego que hallaba él muy puesto en razón: traía a Babá, para que lo montase el médico, y fuera con él a ver a la niña a Saboba. En tres horas lo pondría allí Babá, que no era caballo, sino cuna. El médico iría, por supuesto: ¿para qué había puesto Alejandro su nombre en el libro sino para salvar la vida a su hija? Y se fue a ver al médico con el intérprete de la Agencia, porque el discurso de Tía Ri no le había parecido en la anterior visita muy afortunado.

Es poco decir que el médico se asombró al darse cuenta de lo que quería Alejandro de él. A duras penas contenía la risa.—"¿Qué te parece de eso?"—dijo a un camarada con quien estaba en conversación al llegar Alejandro:—¿cuánto creerá el indio que me paga al año el gobierno por remendarles la salud?—Y reparando en la atención con que Alejandro lo oía:—¿Sabes inglés?—le preguntó con aspereza.

—Muy poco, señor,—respondió Alejandro. Se moderó algo en el lenguaje el médico; pero le dijo sin rodeos "al indio" que su pretensión era insensata. Alejandro le rogó. ¡Hágalo por la niñita! ¡el caballo está a la puerta! ¡en todo San Bernardino no hay otro caballo como Babá! ¡y va el jinete como el viento, y sereno, sereno como la palma de la mano! ¡venga a ver el caballo el señor médico! ¡véngalo a ver! ¡le va a gustar montarlo!

—¡Oh! ya yo he visto mucho pony de indio: ya sé que son buenos, para correr!

Pero Alejandro aún no se atrevía a desesperar. Las lágrimas le asomaban a los ojos. —"¡Señor: no tenemos más que esta hijita! ¡En seis horas no más: ya vuelve el señor! ¡Si la niña se muere, mi mujer se me muere!".

—¡Que no, te he dicho ya! Díganle a este hombre que no puede ser. Si voy con él ahora, pronto tendré la puerta llena de ponies, para que vaya a verles los enfermos al fin del mundo!

—¿Dice que no? preguntó Alejandro.

Con la cabeza más que con labios respondió el intérprete. Sin decir una sola palabra salió Alejandro del cuarto. Un instante después volvió a entrar.

—Pregúntenle si quiere venir por dinero. Yo le pagaré con dinero, con monedas de oro. Yo le pagaré lo que los blancos le pagan.—"¡Díganle que a mí no hay hombre, blanco o colorado, que me pague bastante para andar veinte leguas!".—Y Alejandro se volvió a ir, pero tan despacio, que oyó la risotada del médico, que le decía al amigo:—"¡Oro! ¡Valiente cara de oro tiene el señor indio!".

Cuando Ramona vio volver solo a Alejandro, se retorció de desesperación las manos. ¿Le latía el corazón, o se le acababa de romper? ¡Allí estaba su hijita, como sin sentido desde el mediodía! ¡Y ella se había pasado las horas yendo y viniendo de la cuna a la puerta! ¡Ni soñar pudo ella que el médico no vendría! A ella le había parecido que era cierto que aquellos hombres venían al país para hacer justicia por fin a los indios. Alejandro no lo quería creer; pero ella sí. Y lo que creyó al ver venir a Alejandro sin el médico, no fue que el médico no quería venir, sino que había muerto.

—No quiso venir,—dijo Alejandro, dejándose caer del caballo tristemente.

—¡No quiso venir! ¿Y no me dijiste que el gobierno lo había mandado para que curase a los indios?

—Así dijeron. Es mentira. Mentira, como todo. Le ofrecí dinero. Tampoco quiso. ¡La niña se tiene que morir, Majela!

—¡No, no se morirá! exclamó Ramona: ¡si él no viene, nosotros se la llevaremos!

Les pareció aquella idea aviso de Dios. Sí, se la llevarían: ¿cómo no había pensado en eso? "Tú sujetas bien la cuna al lomo de Babá, Alejandro, y ella creerá que la vamos meciendo: yo la iré cuidando unas veces, y tú otras. Allá podemos estar en casa de Tía Ri. ¿Por qué no hemos ido antes? A la mañanita salimos".

Pasaron la noche en vela, mirando a la niña. ¡Los infelices no conocían toda su desdicha, porque no habían visto aún de cerca la muerte! Asomó el sol, caluroso y radiante, y antes de que saliera francamente al cielo ya estaba la cuna apretada al lomo de Babá, y la criatura en ella sonriendo: "¡Mirala: sonríe, Alejandro; es la primera vez que sonríe desde hace muchos días! El aire mismo va a empezar a curarla. Déjame ir a mí primero con ella. ¡Ven, Babá, Babá bueno!", y siguió andando al paso del caballo. Alejandro iba del otro lado, montado en Benito: ni Ramona ni él quitaban los ojos de la niña. "Alejandro,—dijo Ramona en voz baja: casi tengo miedo de decirte lo que he hecho. Quité el niño Jesús de los brazos de la Virgen, y se lo he escondido. Dicen que la Virgen le da a uno todo lo que le pide, con tal de que le vuelvan a poner en los brazos al niño Jesús. ¿Tú no lo has oído decir?".

—¡Nunca, Majela, nunca!—contestó él espantado.—Majela, ¿cómo tuviste valor?

—¡Yo tengo ahora valor para todo!—dijo Ramona.—Estuve pensando en quitárselo desde hace muchos días, y en decirle que no se lo volvía a dar hasta que no viera a mi niña con salud; pero yo sabía que no había de tener corazón para estar allí sentada viéndola tan sola, sin el niño en los brazos. Ahora no, porque no la he de ver. Y se lo quité. Y le dije:—"Cuando volvamos con la niñita buena, entonces te volveré a dar el niño Jesús: ¡sí, Virgen santa, ven con nosotros, y permite que el médico nos cure la niña!". Sí, Alejandro, de veras: muchas mujeres me han contado que la Virgen lo concede todo en cuanto le quitan el niño: dicen que cuando se lo quitan, nunca se cumplen tres semanas sin que otorgue lo que le piden. Nunca te lo he dicho, Alejandro; pero así fue como conseguí que tú volvieras. Yo tenía miedo, y no le quitaba el niño sino de noche porque la Señora podía verlo: si no, te trae más pronto.

—Pero, Majela, yo no tardé por eso, sino porque estaba con mi padre. En cuanto lo enterré, vine.

—Si no hubiera sido por la Virgen, no hubieras venido nunca,—replicó Ramona con plena confianza.

En la primera hora de aquel triste viaje pareció de veras como que la niña revivía: todo despertó en ella una animación que de tiempo atrás no mostraba,—el aire vivo, la luz del sol, el movimiento acompasado de Babá, la madre sonriente que caminaba a su lado, los caballos negros y hermosos a que tenía ya amor; pero aquellas eran las últimas oscilaciones de la llama que muere. Los ojos, como vaciados de repente, se cerraron: le veló el rostro extraña palidez. Alejandro lo notó antes que Ramona, que iba atrás a caballo. "¡Majela!" exclamó: "¡Majela!", en un tono que se lo decía todo.

En un segundo estuvo Ramona al lado de su niña, cuya alma pronta a partir pareció estremecerse con el grito de la pobre madre. Abrió los ojos: Conoció a su madre: le corrió por el cuerpecito un rápido temblor: una convulsión como de agonía le trastornó el rostro: y luego no hubo más que paz: ¡los lamentos de Ramona partían el corazón! Con fieros ademanes echaba a Alejandro atrás, cada vez que se le acercaba a acariciarla. Levantaba al cielo los brazos abiertos.—"Yo la he matado, yo la he matado. ¡Me quiero morir!".

Lentamente volvió los caballos Alejandro, de vuelta a la casa.—¡Ay, dámela, Alejandro: déjamela tener sobre el corazón! ¡aquí la tendré bien caliente!—dijo. Ramona, llorando más que hablando. Alejandro le puso en silencio la niña en los brazos. No había hablado una sola vez desde su grito de angustia. Si a Ramona le hubiera quedado en aquel instante pensamiento para fijarse en él, habría olvidado allí mismo el pesar de su niña muerta. La cara de Alejandro no era ya carne: sino piedra.

Cuando llegaron a la casa, puso Ramona en su cama a la niña, corrió al rincón donde tenía escondido detrás de una piel de venado el niño Jesús, y llena de lágrimas lo colocó en los brazos de madera de la Virgen, Y se arrodilló a pedirle perdón. Alejandro estaba a los pies de la cama, erguido, con los brazos cruzados, sin apartar los ojos de su hijita. Pronto salió del cuarto, sin haber hablado. A los pocos instantes oyó Ramona un ruido, como de quien asierra. Los sollozos la sofocaron, y un nuevo raudal de llanto. Alejandro estaba haciendo el ataúd para la niña. Se levantó como una sombra, y con las manos medio muertas vistió a su criatura toda de blanco para el entierro, la acostó en la cuna, la cubrió con aquel paño de encaje que había bordado para el altar con tanto amor. Y conforme lo iba plegando al cuerpo frío, recordaba el tiempo en que lo bordó, allá en el colgadizo de la Señora, el cuarto de los canarios y pardillos, la voz y la sonrisa de Felipe, Alejandro sentado en los escalones, sacando de su violín divinas músicas. ¿Era ella la misma que había bordado con hebras tan finas aquel hermosísimo paño de altar? ¿Era aquél otro mundo? ¿No había pasado un siglo de aquello? ¿Era aquél Alejandro, el que estaba clavando allá afuera un ataúd? ¡Ay; qué hondo, qué hondo sonaba sobre el clavo el golpe del martillo! El aire la asordaba, el aire lleno de aquel único sonido. Se llevó las dos manos a las sienes, y se desplomó sobre el suelo. Un desmayo misericordioso había venido a aliviarla de su angustia.

Cuando recobró los sentidos estaba en su cama. Alejandro la levantó del suelo y la dejó allí, sin hacer esfuerzo alguno por reanimarla: pensó que también Ramona se le iba a morir, pero ni ese pensamiento lo sacó de su letargo. Abrió Ramona los ojos, y lo miró; pero él no habló. Volvió a cerrarlos; pero él no se movió. Los abrió otra vez, y le dijo:

—Te he oído, allá afuera.

—Sí. Ya está.—Y señaló la cajita de tablas sin pintar, que esperaba al lado de la cuna.—¿Y ahora quiere Majela irse conmigo a la montaña?

—¡Sí, Alejandro, sí quiero!

—¡Para siempre!

—Lo mismo es.

Las indias de Saboba no sabían qué pensar de Ramona, que no se ligó con ellas tan íntimamente como con las de San Pascual, ni les inspiraba confianza desde que la vieron en tan estrecha amistad con los Hyers: ¡aquella amiga de los blancos no podía ser india de corazón! Así es que la dejaban sola; pero en cuanto supieron de su desdicha le llenaron la casa: todas estaban allí llorando en silencio, frente a la muertecita del ataúd blanco: porque Ramona había cubierto con lienzo blanco la madera cruda, y puesto por encima el paño del altar, que caía en anchos pliegues hasta el suelo. "¿Por qué no llora esta madre?" se decían las indias: "¿será

como los blancos, que no tienen corazón?". Bien veía Ramona que las mujeres estaban inquietas y como sin saber qué decirle; pero no le quedaban ánimos para hablarles. Se le llenaba el alma de miedos espantosos, más crueles que su pena. Ella había ofendido a la Virgen: había blasfemado: la Virgen la había castigado instantáneamente, le había matado la niña a sus propios ojos. ¡Y ahora era Alejandro, que se le volvía loco! ¿Qué más haría la Virgen para castigarla? ¿Volvería a Alejandro loco furioso, y se mataría él, y la mataría a ella? ¡Eso iba a suceder, sí: eso! Cuando vinieron del entierro, perdió Ramona sus últimas fuerzas al ver la cuna vacía.

—¡Ay, Alejandro, vámonos de aquí! ¡vámonos donde tú quieras! ¡para mí todo es igual—todo— menos estar aquí!

—Y ¿no tendrás miedo ahora, allí donde te dije, sola en la montaña?

—¡No!—le respondió ella ansiosa: ¡no! de nada tengo miedo. ¡Pero vámonos de aquí!

Brilló de salvaje alegría el rostro de Alejandro.—Bueno: iremos a la montaña: allí estaremos seguros.

Y en cada palabra y movimiento volvió a dar muestras de aquella fiera inquietud que precedió a su salida de San Pascual. Su mente estaba como él, dispuesta al viaje. Cada palabra era un plan nuevo, que comunicaba a Ramona tan pronto como lo concebía. Los dos caballos no los podían llevar, sino uno, porque allá el pasto era poco: ni se necesitaban los dos. La vaca, también había que dejarla. Alejandro la mataría, y con la carne seca tendrían para mucho tiempo. Con lo que dieran por el carro, compraría unas cuantas ovejas: cabras y ovejas sí podían vivir bien en la montaña. ¡Por fin, a vivir seguros! ¡Seguros: solos! Porque los blancos no querían aquel valle, que no era más grande que la mano, encaramado en aquellas altas crestas; y los indios creían que el diablo en persona vivía en las cumbres de la montaña de San Jacinto; por su peso en oro no hubiera ido un indio de Saboba a donde Alejandro iba a vivir. Con fiereza encomiaba Alejandro cada una de aquellas condiciones de seguridad:—"¡Yo lo dije desde que lo vi, Majela: éste es buen lugar para esconderse! Pero nunca, nunca pensé que tendría que llevar allí a mi Majela para tenerla segura,—a mi Majela!"... y la abrazó contra su pecho con pasión aterradora.

No era cosa muy fácil para un indio de San Jacinto vender un carro y un caballo, a no ser que los diese poco menos que de balde. Con un buen revés hubiera respondido un blanco al comprador que osase ofrecerle lo que por allí ofrecían a los indios. A duras penas pudo Alejandro responder con calma a algunas de las ofertas. Por su Benito no le querían dar más que una mazorca de maíz. Por fin Ramona, que no veía sin invencible temor la pérdida de lo que tenían de más valioso, logró convencer a Alejandro de que era mejor dejar a guardar el

carro y los caballos en San Bernardino con los Hyers. "Llévaselos, Alejandro, y diles que los usen este invierno. Jos podrá trabajar con ellos de carrero, y te lo agradecerá, y cuidará los caballos como tú mismo. Si no queremos luego vivir en la montaña, los vamos a buscar, o Jos nos los puede vender allá mejor".

Cuando ya se disponía Alejandro a llevar los caballos a los Hyers, quiso que Ramona lo acompañase. Ella, más que con las palabras, le respondió con el horror pintado en sus ojos: —"No, Alejandro: por ese camino no vuelvo yo a pasar sino como la trajimos a ella,—muerta".

Ni deseaba Ramona ver a Tía Ri: no hubiera podido sufrir sin violencia sus demostraciones de pésame, a pesar de su sincero cariño.—"Dile que la quiero mucho, Alejandro; pero que no puedo, no puedo ver a nadie ahora: que el año que viene la iré a ver, si no tengo que pasar por el camino". Tía Ri murmuró mucho de tanto pesar, que le parecía locura, y cosa de quien, más que en este mundo, vive ya en el otro.

La majestuosa eminencia de San Jacinto se levanta por el sur sobre el valle de San Bernardino. Desde la casita de Tía Ri se veía la áspera montaña. Allí se estaba con la puerta abierta hora sobre hora la buena Tía Ri, a veces siete horas seguidas, dando a la cárcola recio, y corriendo la lanzadera adelante y atrás, con el pensamiento y los ojos fijos en la cumbre solemne y deslumbrante, que a la hora de la puesta brillaba como fuego, y en los días oscuros parecía confundirse con las nubes.

—Como que estar allí, Jos, es vivir a la otra puerta del cielo,—solía decir Tía Ri. No sé qué me pasa por el corazón cada vez que miro el monte, desde que sé que está allí. A veces me deja ciega el resplandor: así no ha de ser para los que vivan allá, porque no podrían vivir. Digo yo, Jos, que vivir allí debe ser como andar muerto. Dice Alejandro que allá no ha subido más hombre que él, un día que le iba a caza a un oso, y que hay agua y eso es todo lo que sé: y sé más, Jos, y es que a ella no la volvemos a ver nunca.

Los caballos y el carro fueron en verdad una bendición para Jos, que precisamente había deseado algo como esto, porque era el único trabajo abundante, y propio para su pobre salud, en San Bernardino. ¿Cuándo hubieran podido los pobres Hyers comprarle al hijo el carro y los caballos? Nadie le quiso dar un carro de carga por aquél cubierto en que vinieron de su Tennessee.—"Me quiero morir de vergüenza cuando pienso que si no es por esta suerte de lo del indio, el pobre Jos se queda sin quehacer. No, y si sigue Jos ganando como va, en cuanto venga el indio le podrá pagar su parte, que eso es no más que justo. ¡Y caballos como esos dos, que en medio día llevan la carga de uno! ¡y mansos no más, como criados a la mano! ¡Ella por ese negro daba el mundo! ¡como que fue suyo, desde que era niñita! ¡La pobre mujer! ¡no parece que tiene buena suerte!".

Alejandro había ido dejando de un día para otro la matanza de la vaca: se le afligía el corazón de pensar que le había de dar muerte con su mano: la vaca lo conocía, lo miraba como a un amigo, venía a él como un perro en cuanto oía su voz. Desde que murió la niña la había puesto a pastar en un ameno cañón que quedaba como a unas tres millas, por donde a la sombra de los robles altos corría un fresco arroyo. Allí era donde pensó él levantar su casita, cuando creía que estaban seguros los indios de Saboba: ahora reía amargamente al recordar aquella ilusión: ya se sabía en Saboba que bajaba el valle otra compañía de blancos, y que los Ravallos le habían vendido una gran parte de sus tierras. El ganado ya no corría libre, porque los rancheros blancos estaban cercando sus terrenos; y como los indios eran muy pobres para cercar, tendrían que deshacerse pronto del ganado: ¡y después! ¡después los echarían del valle, como a los de Temecula! A tiempo se había convencido Majela de que lo mejor era irse a la montaña: allí a lo menos podrían vivir y morir en paz, vida infeliz y muerte miserable, pero se poseerían el uno al otro. La niña había muerto: ¡mejor! así estaba libre de tanto infortunio. Para cuando hubiese llegado a mujer ¿dónde habría en todo el país un rincón en que pudiera refugiarse un indio? Pensando en estas cosas fue al cañón Alejandro una mañana: el pony que tenían ahora no podía llevar mucha carga de una vez por aquel camino, estrecho como una hebra de hilo. Mientras se iban mudando, Ramona secaría la carne, que les había de servir para muchos meses. Y después se irían.

Al mediodía trajo del cañón la primera carga de carne fresca, que Ramona comenzó a cortar en largas tiras, al uso mexicano. Y volvió a buscar la carne que quedaba. Como dos horas después vio Ramona, en las idas y vueltas con que la tenía distraída el trabajo, un grupo de hombres a caballo que iban deteniéndose de casa en casa por el otro lado del pueblo: no bien se alejaban los de a caballo de una casa, salían de ella como muy alarmadas las mujeres: una de ellas vino por fin corriendo cuesta abajo hasta la puerta de Ramona. "¡Escóndela! ¡Escóndela! ¡Esconde la carne! Son los hombres de Merrill, los de la punta del valle. Se les ha perdido un novillo, y dicen que nosotros se lo robamos. Vienen de donde fue la matanza y vieron la sangre. Le quitaron a Fernando toda la suya, que compró con su dinero. ¡Esconde, esconde la carne!".

—¿Por qué la he de esconder?—respondió Ramona indignada.—Esta carne es de nuestra vaca. Alejandro la mató hoy.

—¡No te creerán, no te creerán!—le dijo la mujer llena de angustia:—Toda te la van a llevar. ¡Esconde un poco no más!—Y sin que Ramona estupefacta pensara en estorbarlo, la india se llevó halando un trozo de la carne, y lo echó bajo la cama.

No había tenido tiempo de volver a hablar cuando los de a caballo cerraban ya la puerta con su sombra: el que iba a la cabeza se echó abajo de un salto:—¡Por vida de...! ¡aquí está el resto,

mozos! ¡No hay en el mundo entero ladrones de más poca vergüenza que estos condenados! Aquí tienen a ésta cortando ya la res! ¡Manos afuera, tía! Aquí venimos a ahorrarte el trabajo de que nos seques nuestra carne! ¡Échanos acá cuanto pedazo tengas...!—y la palabra vil con que acabó no es para escrita.

El rostro de Ramona se quedó sin sangre. Los ojos le centellearon. Se vino sobre los hombres con el cuchillo levantado.—"¡Fuera de mi casa, blancos perros! Esta carne es nuestra: mi marido ha matado la res esta mañana misma!".[13]

Su tono y continente sorprendieron a los seis hombres, que habían echado pie a tierra y llenaban la habitación.—Espera, Merrill: dijo uno de ellos: la mujer dice que su marido mató hoy el animal. Puede que sea suyo de veras. Ramona, como el rayo veloz, se volvió a él: ¿Que no hay entre ustedes quien hable la verdad, que piensan que miento? Digo que esta carne es nuestra: y que en todo el pueblo no hay un indio que robe una res.

Con una risotada le respondieron los hombres, y el que los encabezaba, notando el rastro de sangre que había dejado en el suelo el trozo que haló la india, dio un paso hacia la cama, levantó el cobertor de piel, y señaló burlándose de la carne escondida.—Cuando conozcan ustedes a los indios como yo, me podrán decir si pienso bien o mal. Si el animal era suyo ¿por qué esconde la carne debajo de la cama?—Y se inclinó para sacar el trozo.—¡Una mano aquí, Santiago!

—¡Al que la toque, lo mato! gritó Ramona fuera de sí de ira: y se puso entre los dos hombres, con el cuchillo en alto.

—¡Eppa! dijo Santiago echándose atrás. ¡Y buena moza que es la mujer cuando se enoja! Digo, mozos, que le dejemos un poco de la carne: ella no es de culpar: ella cree lo que le ha dicho el marido.

—¡Como que te acuestas en cuanto te duele la cabeza!—murmuró el Merrill, sacando la carne de debajo de la cama.

—¿Qué es esto?—dijo una voz profunda desde la puerta.

Era Alejandro. Ramona lo saludó con un grito de alegría: de alegría, aunque aquel modo de mirar de él, lleno de determinación y desafío, le llenó de hielo las venas. Tenía la mano al gatillo de su escopeta.—"¿Qué es esto?" repitió. ¡Bien sabía él lo que era!

—¡Es el indio de Temecula!—dijo en voz baja uno de los hombres a Merrill. Si sé que ésta es su casa, no vengo yo aquí. Erramos la pista.

Merrill dejó caer la carne al suelo, y se volvió como para imponer miedo a Alejandro, pero tal luz vio en el rostro del indio, que se convenció de que habían equivocado la ruta. Comenzó

13 En la edición príncipe: “mismo”.

a hablar, y Alejandro lo interrumpió: Alejandro podía hablar en castellano con verdadera elocuencia. Señalando a su pony, que traía al lomo el resto de la carne:—"Eso es lo que falta de mi carne,—dijo. Esta carne es mía: yo maté esta mañana al animal en el cañón. Si el Señor Merrill quiere, lo llevaré a ver. El novillo del Señor Merrill lo mataron ayer allá en los sauces".[14]

—¿Quién?—¿Quién?—¿Quién te lo dijo?—le preguntaban a la vez los seis hombres.

Alejandro no les respondió. Miraba a Ramona. Se había echado el rebozo por la cabeza, como la india que le vino a avisar, y hablaban las dos en un rincón. Ramona no quería encontrarse con los ojos de Alejandro, temerosa de que allí mismo dejase a alguno de aquellos hombres muerto. Pero no era ésta la injuria que podía levantar la ira de Alejandro, más complacido que colérico al ver que aquellos justicias voluntarios se quedaban sin su carne, y abochornados y mohínos. A cuanto le preguntaban, callado. No sabía quién había matado el novillo. Nada sabía, de nada. Llenándole de maldiciones por su terquedad echaron por fin los americanos a galope, y Alejandro se acercó a Ramona, que temblaba: sus manos eran hielo.

—¡Llévame a la montaña esta noche! ¡Llévame donde no vuelva a ver un blanco!

¡Por fin, Ramona pensaba como él!: se le pintó en el rostro a Alejandro un gozo melancólico.—Pero Majela no puede estar allá sola, mientras no haya casa. Tengo que ir antes muchas veces para llevar las cosas.

—¡Allí estaré mejor que aquí!—exclamó ella rompiendo a llorar, al recuerdo de las ojeadas insolentes que le echó el Santiago: ¡yo no puedo estar más aquí!

—Espera, Majela, unos pocos días no más. Le pediré a Fernando el pony, y de cada viaje haré dos cargas, así acabo pronto.

—¿Quién robó el novillo de Merrill?

—Fue Castro, el mexicano de la hondonada. Lo vi sajando la res y me dijo que era suya. Mentira. Estos creen que los indios no más roban las reses.

—Yo les dije,—interrumpió Ramona, aún indignada con el recuerdo,—que en Saboba no había indio que robara una res.

—¡Ay, Majela, sí hay!: cuando no tienen qué comer, roban. Ellos pierden muchas suyas, y creen que no es malo matar la que encuentran. Ese Merrill el año pasado marcó con su hierro veinte novillos de la gente de Saboba.

—Y ¿por qué no se los quitaron?

—¿Y Majela no vio lo de hoy? Porque ya no hay mundo, ni pueblo, ni casa; no hay más que el monte, el monte!

14 Se añaden comillas.

Un nuevo espanto había venido a atormentar a Ramona, y era la cara de aquel Santiago odioso, que en todas partes le parecía tener delante, tanto que siempre buscaba modo de que la acompañase alguna de las mujeres del pueblo cuando Alejandro estaba fuera. Todos los días pasaba el hombre a caballo por la casa. Un día llegó a la misma puerta, le habló con amistad, y siguió viaje. Ramona no se engañaba: Santiago estaba esperando su hora. Tenía decidido quedarse en San Jacinto, por unos cuatro años a lo menos, y quería tenerlo todo, pues,—¡mujer y tierra! Así vivió tres años en Santa Isabel un hermano suyo,—con una india. Y cuando se fue del pueblo, se llevó a la india? Oh, no!: le dio cien pesos y una casita, para que vivieran la mujer y el hijo. Y a la mujer no le pareció mal, antes lo tuvo a honor, como si por sus relaciones con el blanco se creyese por encima de las demás indias del pueblo. Con un blanco se casaría ella, pero ¿con un indio? ¡cuándo! Y a nadie le había ocurrido pensar mal de su hermano por eso. Si Santiago podía lograr que aquella hermosísima moza quisiera tomarlo de compañero, se estimaría feliz, y creería que le hacía un gran favor a la mujer. Todo se lo pintaba tan natural y fácil que apenas le ocurrió dudar de la respuesta de Ramona la mañana que la encontró sola por una de las calles del pueblo, y siguió andando a su lado. Ella tembló al ver que se le acercaba. Apretó el paso sin mirarlo: pero el buen Santiago creyó sin duda que aquello era una muestra de amor.

—¿Vives casada, mujer, o así no más?—dijo Santiago. La verdad es que tu marido te tiene en una casa muy pobre. Si quieres venir a vivir conmigo, tendrás la mejor casa del valle, tan buena como la de los Ravallos, y... —No acabó la frase. Con un grito que por años enteros le estuvo vibrando a Santiago en la memoria, se apartó de él de un salto, como para emprender la carrera; pero deteniéndose de pronto, se le encaró, rápido el aliento, los ojos como saetas: —"¡Bestia!" le dijo, y escupió hacia él. Le volvió la espalda, y entró huyendo en la casa vecina, donde se dejó caer al suelo deshecha en lágrimas. Contó el atrevimiento a las mujeres, que tenían a Santiago por mal hombre: pero a Alejandro nada dijo, por temor de que parase en muerte.

El Merrill se burló alegremente de la malaventura de su camarada.—Si me hubieras preguntado, no le habrías ido con la propuesta. Ésa está casada de veras. Pero indias te sobran, y debes buscarte una, porque tienen la casa como el oro, y son fieles como un perro. Puedes darle todo tu dinero, que ni un peso te ha de faltar.

Ramona no pasó hora en paz hasta que no estuvo en el monte. Y entonces, mirando a su alrededor, viendo arriba los picos solemnes que parecían hender las nubes, viendo a sus pies el mundo, porque para ella el mundo era el inmenso valle, poseída por aquella sensación de la vecindad celeste y alejamiento de la vida que asalta sólo en lo alto de las montañas, se llenó de

aire el pecho una vez y otra, y dijo:—"¡Por fin, Alejandro, por fin! ¡aquí estamos seguros! ¡Ésta sí es libertad! ¡Esto sí es alegría! ¡Muy contenta voy a estar aquí, Alejandro! ¡si es tan hermoso que me parece sueño!”.

El valle era maravilloso, y parecía tallado en la montaña. Estaba como a medio camino de la cumbre, más alto por el este que por el oeste, y lo cerraba por una y otra boca montones de peñascos y muchos árboles caídos: la cumbre misma de granito le servía de muro por el sur, y por el norte tenía una espuela casi vertical, llena de espesos pinos. Años podía estar escondido un hombre en aquella hendidura sin que dieran con él. De la boca más alta bajaba borbollando más que corriendo un manantial cristalino sobre un lecho de verde pantanoso, por todo el largo del valle, hasta que desaparecía por la otra boca, como si se sepultase en la tierra; pero corría de enero a diciembre, y el agua era tan clara como la del cielo.

Muy cerca de allí, nacía otra espuela que iba ensanchándose hasta parar casi en meseta. Ésta no tenía pinos, sino pródigos robles, cargados de bellota, y a su sombra las piedras ahondadas donde, en los muy lejanos tiempos en que no creían los naturales en el diablo, habían amasado para su alimento la jugosa nuez generaciones remotas de indios.

Se bebía la vida en aquel aire puro, y hasta la pena de la niña iban Alejandro y Ramona consolando en él; ¡ya no estaba la niña tan lejos, desde que estaban ellos tan cerca del cielo! Primero vivieron en una tienda de lona, porque antes que a levantar casa había que atender a sembrar el grano y la hortaliza. Alejandro mismo se quedó sorprendido al ver cuánta y cuán buena tierra tenía allí para sus sembrados. El valle se entraba por cien lenguas, recodos y boscajes en la roca viva, y en estos umbrosos albergues crecía tanta y tan linda flor que le parecía a Alejandro maldad herir aquella hermosura con la cuchilla del arado. En cuanto acabó la siembra, comenzó a cortar árboles para la madera de la casa. Aquella vez no fueron las paredes, de lúgubres adobes, sino de tablones de pino bien aserrado, a medio descascarar, y no de un color todos los tablones, sino uno pardo y amarillo el otro, como si los hubiesen dispuesto almas alegres. El techo de paja, tule y tallos de yuca, en cama doble y espesa, salía por el frente buen número de pies, con lo que quedó hecho uno como colgadizo, con los horcones de abeto tierno sin pulir. ¡Otra vez podría Ramona sentarse debajo de un techo de paja, lleno de nidos vocingleros! Para las ovejas hizo Alejandro un corral, y un techo para el pony, con lo que la casa quedó completa, y más linda que las de San Pascual y Saboba.

Allí, en el colgadizo lleno de sol, estaba sentada al entrar el otoño Ramona, tejiendo una cuna con ramas de sauces fragantes. ¡Aquella de la niñita, la quemaron, la quemaron cuando salieron de Saboba! Asomaba el otoño cuando Ramona empezó a tejer la cuna: estaban los alrededores de la casa cubiertos de uva silvestre, puesta a secar, y tan dulce que las abejas

venían en nubes a llevarse la miel, por lo que espantándolas cuando ya eran muchas salía Ramona a regañarlas diciéndoles:—"¡Abejitas, váyanse, váyanse, que estas uvas las necesitamos para el invierno!". Para el invierno, sí: la Virgen la debía haber perdonado, porque le mandaba otra vez a la casa la alegría de un niño, ¡alegría, a pesar del mundo entero!

Fue niña, y nació antes de los fríos, en días en que ya estaba viviendo con Ramona, desde la muerte de su hija, la viejita que les dio en alquiler la casa de Saboba. Era ignorante y de muy pocas fuerzas la pobre mujer; pero Ramona veía en ella la imagen de su propia madre, errante tal vez y abandonada, quién sabe por dónde: y consolaba su alma de hija cuidando de aquella viejecita seca y canosa.

Alejandro estaba en el valle por unos dos días cuando la niña nació. Cuando volvió, Ramona le puso la niña en los brazos, radiante de gozo, con una sonrisa como aquellas de antes:—"¡Mira, mi amor, le dijo: la Virgen me ha perdonado: mira tu otra hijita!".

Alejandro no sonrió. Miró mucho a la niña, suspiró, y dijo:—¡Ay, Majela, sus ojos son como los míos, no como los tuyos!

—Y contentísima que estoy. Contentísima me puse en cuanto se los vi.

Él movió la cabeza:—"Es mal agüero tener los ojos como Alejandro,—dijo: los ojos de Alejandro no saben ver más que pena".—Y puso la niña en brazos de Ramona, a quien se quedó mirando tristemente.

—Alejandro: es pecado estar siempre triste. El Padre Salvatierra decía que al que se queja de la cruz, le manda Dios otra más pesada. Peores cosas nos han de suceder.

—Verdad,—contestó él: mucha verdad. Peores cosas nos han de suceder.

Y salió andando con la cabeza caída al pecho.

¡Peores Cosas!

Para Alejandro no había cura posible. Su ardiente corazón, atormentado sin cesar por sus dolores y los de su pueblo, se consumía como por fuegos ocultos: ¿qué iba a ser de los indios? ¿qué de Ramona? El combate activo, el hablar, el quejarse, lo habrían salvado tal vez; pero tales desahogos eran ajenos de su natural reservado y reticente. Por fin perdió la razón aunque a grados tan sutiles que ni la misma Ramona pudo decir el instante en que sus miedos tenaces se convirtieron en irreparable desgracia. Por rara merced, no era la locura de esas que permiten que el loco se la conozca; así que aunque, al despertar de vez en cuando a lo que le quedaba de juicio, se hallaba en situaciones inexplicables, lo atribuía a desmayos pasajeros, sin saber que había obrado como demente en esos largos intervalos de sombra.

Loco estaba el infeliz, aunque manso e inofensivo; y daba tristeza ver cómo el tema de todas sus locuras eran las penas más hondas de su vida. Unas veces creía que los americanos lo iban persiguiendo; o que se llevaban a Ramona y los perseguía él: entonces corría, con ligereza de maníaco, hora sobre hora, hasta que exhausto caía en tierra, y recobraba la razón por el exceso de fatiga. Otras veces se creía dueño de numerosas manadas y rebaños, y se entraba en los corrales donde veía vacas u ovejas, iba y venía entre ellas, hablaba de ellas a los que pasaban como si fueran suyas, y aun solía tratar de llevárselas, como hubiera hecho con sus propios animales; pero cedía, lleno de asombro, en cuanto se le hacía notar. Una vez se encontró, en uno de sus instantes de lucidez súbita, llevando por el camino una mancha de cabras, de cuyo dueño ni lugar se daba cuenta: se sentó a un lado, y hundió en las manos la cabeza.—"¿Qué me sucede con mi memoria?—se dijo—¡ha de ser la fiebre: de seguro es la fiebre!". Y mientras él seguía sentado, las cabras se volvieron trotando a un corral vecino, en cuya casa estaba a la puerta el dueño, riéndose del suceso:—"Está bueno, Alejandro: ya te vi sacar las cabras, pero pensé que me las volverías a traer".

Todos los del valle conocían su estado, que muy pocas veces le impedía trabajar, tanto que como era gran domador, y esquilador de fama, siempre había quien solicitase sus servicios, aun a riesgo de que los interrumpiese con una de sus escapadas. Estas ausencias eran una pena acerba para Ramona, no sólo porque se quedaba en dolorosa soledad, sino por el temor de que la locura rompiera por fin los frenos. Su pena era mayor porque, por el entrañable amor que le tenía, jamás se la dio a conocer, para que no cayese en cuenta de su condición; y la devoraba sola. Más de una vez llegó Alejandro a la casa sin aliento, jadeante, gritando, cubierto de sudor: "¡Los americanos, Majela! ¡nos han descubierto los americanos! Venían por la vereda. Pero yo los extravié. ¡Los extravié! ¡Vine por otro camino!".

Ramona entonces lo calmaba con caricias, como a un niño, y lo persuadía a acostarse y descansar y cuando se levantaba él luego, maravillado de sentirse con tanta fatiga:—"¿Cómo no, Alejandro? ¡si llegaste sin poder respirar! No debes subir la montaña tan aprisa".

En aquellos días empezó Ramona a pensar con insistencia en Felipe. Ella creía que un buen médico podía curar a Alejandro. Si Felipe supiese de su angustia ¿cómo no la había de ayudar? Pero ¿cómo avisar a Felipe sin que la Señora lo supiera? ¿cómo escribirle sin que lo supiera Alejandro? Ya no se sentía libre ni alegre en el monte; sino con los pies y manos cargados de cadenas.

Así pasó el invierno, y luego la primavera, con gran cosecha de trigo en aquellos aires sanos; y mucha cebada silvestre, que crecía en todos los claros y rincones. En hebras largas caía la seda fina del lomo rollizo de las cabras contentas, y ya las ovejas tenían toda la lana, aunque no estaba aún en el león el verano. Mayo había traído mucha lluvia, el arroyo iba lleno, y las flores crecían en sus orillas, tan apretadas como en los canteros de un jardín.

La niña se criaba tan rozagante como si su madre no hubiera conocido penas. "Yo creía que mi leche era toda dolor", decía Ramona: "es que la Virgen me la está criando robusta". Y la Virgen había de ser, si los rezos tienen alguna virtud, porque de tanto repasarla con los dedos devotos, ya estaba gastada la filigrana exquisita del rosario.

Para las espigas de agosto tenían preparada en Saboba una fiesta, con el cura de San Bernardino. Entonces llevaría Ramona la niña a bautizar: entonces podía poner la carta a Felipe dentro de otra a Tía Ri, que se encargaría de mandarla. Ramona se sentía como culpable por estar imaginando a solas, aun para el bien de Alejandro, lo que no podía decirle; porque en su alma leal y transparente no había habido para Alejandro cosa oculta desde su matrimonio. Pero era necesario. Luego él se lo agradecería.

Escribió la carta con mucho cuidado, temblando a cada palabra, del miedo de que cayese en manos de la Señora; y rasgó más de una vez páginas enteras, porque había puesto en ellas demasiado de su corazón para que se lo profanasen ojos enemigos. El día antes de la fiesta estaba la carta escrita y bien oculta. Y no sólo estaba lista la carta, sino el faldellín de la niña, todo de encaje de mano de Ramona, y resplandeciente de blancura. A la niña, por fin, le iban a poner Majela, porque Ramona, empeñada por única vez en que su deseo triunfase sobre el de Alejandro, logró arrancarle su consentimiento. Quería Ramona, que si ella se moría, le quedara a Alejandro otra Majela.

Todo estaba dispuesto para el viaje de Saboba antes del mediodía. Ramona se sentó en el colgadizo a esperar a Alejandro, que debía haber llegado la noche antes. Pasaron las horas muy largas e inquietas, y ya llevaba el sol una de oeste cuando por las pisadas rápidas del caballo

conoció Ramona que Alejandro estaba cerca. "¿Pero por qué viene tan de prisa?". Y salió a encontrarlo. Era él, sí, pero con un caballo desconocido:—"Alejandro ¿qué caballo es ése?".

Él la miró pasmado, y al caballo luego. Verdad, aquél no era su pony. Se dio una palmada en la frente, como para reunir sus pensamientos.—"¿Dónde está mi caballo entonces?".

—¡Dios mío, Alejandro! ¡Lleva el caballo enseguida! ¡Van a decir que lo robaste!

—Pero mi pony ha de estar allá. Verán que no he querido robarlo. No sé cómo ha sucedido. No me acuerdo de nada, Majela. Eso es que me ha dado un ataque del mal.

Tenía frío Ramona del miedo el corazón. Ella sabía con qué justicia perentoria trataban por el país a los ladrones de caballos.

—¡Déjame llevarlo yo, Alejandro! ¡A mí me creerán más que a ti! ¿Qué quiere Majela, que yo ponga a la torcaza en las garras del gavilán? Mi pony se me quedó en el corral de Jim Farrar, que me llamó allá para ajustar la esquila del otoño. Después, no sé. Descanso no más y vuelvo. Me muero de sueño.

Ramona sentía un miedo invencible, pero creyó mejor dejarle reposar una hora, para que se le calmase el juicio turbado. Tomó heno fresco del corral, y con sus propias manos frotó al caballo, que era una bella bestia, negra y elástica. Alejandro lo debía haber traído a todo aliento cuesta arriba, porque los flancos le humeaban, y tenía blanco el hocico de la espuma. Se le saltaban las lágrimas a Ramona mientras calmaba como mejor podía la fatiga del animal agradecido, que en señal de su reconocimiento le rozó con los belfos húmedos la cara. "Porque era negro se lo trajo el pobre,—se decía Ramona,—¡negro como su Benito!"

Cuando Ramona entró en la casa, Alejandro dormía. Ramona miró al sol, que iba ya de caída. No podía ser que Alejandro fuese a lo de Farrar, y estuviera de vuelta antes del anochecer. Iba ya a despertarlo, cuando los ladridos furiosos de Capitán y los otros perros lo hicieron saltar de la cama, a ver qué era. Un momento nada más tardó Ramona en seguirlo, un momento nada más; pero cuando llegó al umbral, fue para oír un disparo, para ver a Alejandro caer en tierra, para ver a la luz del mismo segundo echarse del caballo a un desalmado, venir sobre Alejandro, dispararle a quemarropa la pistola una vez, otra vez, sobre la frente, sobre la mejilla. Luego, con una granizada de juramentos, cada palabra de las cuales resonaba con el fragor del trueno en los sentidos espantados de Ramona, desató el caballo del poste donde Ramona lo amarró, saltó sobre la silla, y salió a galope, con el caballo de reata. Al echar a andar amenazó con el puño cerrado a Ramona: a Ramona,—que estaba arrodillada en la tierra, tratando de levantar la cabeza de Alejandro, y de contener la sangre que le salía de las horribles heridas. "¡Esto les enseñará a esos indios malditos a no robar caballos!", dijo el hombre: echó otra sarta de votos, y desapareció por la cuesta.

Con una calma más terrible que el mayor arrebato de pesar se estuvo sentada Ramona en tierra junto al cuerpo de Alejandro, con sus manos cogidas. Nada podía hacer por él. El tiro había sido bueno, ¡bueno! en la mitad del corazón: los otros tiros fueron mero regalo, para saciar la pistola! A los pocos instantes se levantó, sacó el paño del altar, y lo tendió sobre el rostro deshecho. Sin saber cómo le vinieron a la mente unas palabras que le oyó decir al Padre Salvatierra, como dichas por el Padre Junípero cuando le mataron a un franciscano los indios de San Diego. "¡Gracias a Dios, porque ya ha consagrado la tierra la sangre de un mártir!".

¡Sí, la sangre de un mártir! Parecía que las palabras estaban en el aire, que lo purificaban de las blasfemias del asesino. "¡Mi Alejandro: ya estás con los santos, ya sufriste el martirio como ellos! ¡ellos dirán ahora lo que tú les digas, mi mártir bendito!".

Las manos de Alejandro estaban aún calientes. Se las llevó a su seno, y las besó una vez, muchas veces. Se reclinó en la tierra junto a él, y echándole un brazo por encima le dijo al oído:—"¡Oh mi amor, oh Alejandro mío, háblale una vez más a tu Majela! ¿Cómo es que no padezco más? ¿No está bendito ya? ¿No nos vamos a juntar pronto con él? ¡Alejandro mío! ¡ya tú no podías con tanta pena!". Entonces, como en oleadas, le vino el dolor, y sollozó convulsa, pero sin lágrimas. De pronto saltó sobre sus pies, y miró alrededor despavorida. El sol estaba aún alto. ¿A dónde iría por ayuda? La anciana había ido al monte con las ovejas, y no volvería hasta el oscurecer. Alejandro no podía quedarse allí, sobre la tierra. A Saboba no podía ir a pie. Iría a Cajuila, otro pueblo, que estaba más cerca. Ella había estado allí una vez. ¿Encontrará el camino? ¡Tiene que encontrarlo!

Con la niña en los brazos volvió a arrodillarse junto a Alejandro, y lo besó, y murmuró: —"¡Adiós, mi amor!: vengo pronto. Voy a buscar amigos". Y echó a correr, no a andar. Capitán, que no se había apartado de Alejandro, lamentándose con ladridos plañideros, de un salto se fue tras ella. Pero Ramona se volvió.—"¡No, Capitán, no!".—Lo llevó otra vez a donde estaba Alejandro, tomó al fiel animal de la cabeza, le miró en los ojos, y le dijo:—"Quédate, Capitán, quédate aquí". Con un gruñido doloroso respondió él, le lamió las manos, y se tendió junto a su dueño.

El camino era áspero y difícil de encontrar. Más de una vez se detuvo extraviada Ramona entre tantos peñascos y precipicios: se le había desgarrado el vestido, las espinas y latigazos de la maleza le habían hecho sangre en la cara, los pies le parecían de plomo, por lo poco que andaba. En las barrancas apenas se veía el paso por lo muy oscuro, y cuando de estribo en estribo iba subiendo, sin ver más que pinares espesos o áridas explanadas, sintió que se le caía el corazón. La otra vez que había ido por allí no le pareció tan largo el viaje. Alejandro iba con ella: el día era claro y alegre: se habían ido deteniendo donde querían: le pareció muy corto el

viaje aquella otra vez. ¿Se habría extraviado? ¡Entonces pronto estaría su alma con la de Alejandro!: porque el monte de noche estaba lleno de animales feroces. Pero no: la niña vive, y ella debe vivir para la niña. ¡Adelante, adelante, muerta el alma, el cuerpo arrebatado por la fiebre! Por fin, cuando la noche estaba ya tan encima que apenas veía a pocos palmos de distancia, cuando jadeaba de terror más que del cansancio de correr, vio de repente las luces de Cajuila. Unos pasos más, y ya estaba en la aldea.

En la miserable aldea: un claro estéril en el corazón de la montaña. Los cajuileños eran muy pobres, pero arrogantes y de muchos bríos: verdadera gente de montaña, libre y fiera. Muchos de ellos querían a Alejandro con pasión, y cuando supieron cómo acababa de morir, cómo su pobre mujer había bajado sola el monte con la niña en brazos, abandonaron sus quehaceres y se juntaron alrededor de la casa donde se había refugiado Ramona, en grupos airados y amenazadores. Ella, medio sin sentido, descansaba en una cama. Llegó, contó el horror de un solo aliento, y cayó al suelo desmayada, casi sin dar tiempo a que le quitaran la niña de los brazos. No pareció echar de menos la niña, ni fijarse en ella cuando se la trajeron a la cama. Era como si un olvido misericordioso le estuviera calmando los sentidos. Pero lo que dijo bastó para poner al pueblo en agitación extraordinaria. Nadie estaba allí en calma. De todas partes salían hombres a caballo: un grupo quería ir a traer el cuerpo de Alejandro: otros buscaban compañeros para ir a escape a la casa de Farrar, a matarlo: éstos eran los más amigos de Alejandro, los más jóvenes. El viejo capitán del pueblo iba de grupo en grupo, rogándoles que no saliesen de Cajuila:—"¿Para qué, hijos míos?, ¿para que haya diez muertos, en vez de uno? Querrán dejar a sus mujeres y a sus hijos como deja él los suyos? Si matan a Farrar, los blancos nos matan todo el pueblo. Quién sabe si los blancos lo castigan".

Ellos se echaron a reír. No había memoria de que hubieran castigado a un blanco por matar a un indio. ¡Bien lo sabía el capitán! ¿Por qué les mandaba que se quedasen sentados como mujeres sin hacer nada, cuando les habían asesinado a un amigo?

—Porque soy viejo, y ustedes son jóvenes. Pelear ¿a qué? A ustedes les arde la sangre: ¡a mí también! Pero soy viejo. He visto. Prohíbo que vayan.

Las mujeres unieron sus ruegos a los del capitán, y los jóvenes cedieron al fin, aunque con visible repugnancia, diciendo que "bueno, que ya llegaría la hora, que habría de ser". Había, más de un modo de matar a un hombre. Lo que es Farrar no viviría mucho en el valle. Alejandro tenía que ser vengado.

Farrar había ido meditando sobre lo que haría, mientras bajaba la montaña: unos cuantos años antes no se habría tomado tal trabajo, sino vuelto a su casa, sin más inquietud que si el muerto hubiese sido una zorra o un lobo. Pero ahora no era lo mismo con aquel agente nuevo,

que puso en grandes apuros a dos de San Bernardino, porque maltrataron a un indio de la Agencia, y llevaba presos a muchos taberneros, por vender bebidas a los indios. ¿Qué haría ahora, con nada menos que un muerto? Lo mejor era dar prueba de honradez y respeto a la ley, presentándose al primer juez que hallase a mano, y diciéndole que había matado al indio en defensa propia. Y lo hizo como lo pensó. Se acusó ante el juez Wells, que vivía a pocas millas de Saboba, de "haber cometido homicidio justificable en la persona" de un mexicano o de un indio,—¡Farrar no sabía a derechas!,—un mexicano, o un indio, que le había robado su caballo. Y lo que contaba parecía creíble, sólo que no explicó cómo, desconociendo el hombre y lugar, había ido tan de seguro al punto de la muerte.—"Seguí las huellas por algún tiempo, dijo; pero en un recodo las perdí. Se lo han llevado me dije, por la tierra seca, para que no se conozcan las pisadas. Del otro lado del arroyo volví a encontrar la pista. Yo andaba perdido por aquel monte tan espeso. Al cabo, subiendo por un espolón, di con un rancho. Los perros de la casa me ladraban. Allí estaba el caballo, atado a un árbol. Indio o mexicano era, no sé, el hombre que me salió con un cuchillo". “¿De quién es ese caballo?" le grité.—"Mío", me dijo en mexicano. —"¿De dónde lo trajo?"—"De San Jacinto".—Se me venía encima con el cuchillo, y yo le apunté con el rifle.—"¡Párese, o disparo!". No se paró, y disparé. Siguió viniéndoseme encima, y volví a disparar. El hombre no caía, y lo eché al suelo de un culatazo. Saqué mi pistola, y le disparé dos tiros más.

El juez, como era su deber, dejó bajo custodia al preso, citó un jurado de seis vecinos para el reconocimiento, y con ellos y Farrar salió la mañana siguiente para el monte. Cuando llegaron al valle de Alejandro, ya el cuerpo no estaba allí: la casa estaba cerrada: no había más señas de la muerte que unas cuantas manchas de sangre sobre el suelo. La alegría de Farrar fue grande; pero se le mudó en espanto cuando supo que el juez no volvía al pueblo aquella noche, sino que iban a dormir en un rancho cercano a Cajuila. Aquel hombre pareció mujer. El terror lo desfiguraba. "¡Vendrán los cajuilas, y me matarán de noche! ¡quédense todos conmigo aquí, por Dios!".

A media noche despertaron al juez para decirle que estaban allí el capitán y los cabezas de casa de Cajuila, que venían a llevar los jurados al pueblo, donde tenían el cadáver. Su pena fue grande cuando les dijeron que no debían haber movido el cuerpo de donde cayó, y ya no se podía levantar acta del reconocimiento. Pero el juez fue con ellos, vio el cadáver, y oyó la narración de lo sucedido, tal como lo contó Ramona en el instante mismo de su llegada. De ella no se podía saber nada más, porque la fiebre y el delirio la tenían tan fuera de sí que no conoció a su propia hija cuando se la pusieron en los brazos. Se movía sin cesar de un lado a otro, hablaba continuamente, apretaba en las manos el rosario, rezaba, interrumpía el rezo para

llamar a gritos a Alejandro y a Felipe: la única muestra de conocimiento que daba era asir con más fuerza el rosario, y aun escondérselo en el seno, cuando trataban de quitárselo.

El juez era hombre de la frontera, y como tal, de ojos poco blandos; pero no pudo contener las lágrimas. Farrar había solicitado que se levantasen enseguida las primeras diligencias: pero después de lo que oyó en Cajuila se lo negó el juez, y fijó el día del proceso para de allí a una semana, a fin de que Ramona pudiera aparecer en él como testigo. "Es necesario que la mujer declare", dijo a los indios. No quedó Farrar preso, sin embargo, sino con libertad para ocuparse en sus quehaceres, sin más fianza que su propia palabra. Llegó por fin el día fijado.

Con pena a la vez que alegría vio el juez acercarse la hora del proceso sin que se presentara a declarar testigo alguno. Que Farrar era un grandísimo rufián, lo sabía todo el país, y el juez se hubiera alegrado de que de aquella vez pagase al fin por todas. Pero hasta en el valle de San Jacinto, silvestre y casi despoblado, florecía la cizaña de las preocupaciones, y era obra mayor, sobre todo para persona que anda en política y necesita de los votos, la de romper lanzas en pro de los indios. Con mostrarles la menor simpatía se venía abajo por aquellas tierras la popularidad de más raíces. En otros asuntos podía haber diferencias de opinión; pero en odiar al indio, no. La verdad es que el juez vio con agrado que el proceso llevara aquel camino, aunque no dejó de punzarle el corazón, diciéndole con voces que él oía muy bien, que aquello era como hacerse cómplice del crimen, sobre ser gran deslealtad para con quien, como Alejandro, fue su amigo. Le punzó el corazón; pero quedó mucho más contento que triste cuando se vio forzado a declarar, a moción del defensor, el sobreseimiento de la causa, por haber sido el homicidio en defensa propia, y no aparecer testigos contra el acusado.

El juez aquietó su conciencia pensando, como era la verdad, que el resultado habría sido el mismo, aun cuando hubiese él decidido que había causa de proceso: porque en todo San Diego no hubiera podido reunirse un jurado que declarase culpable a un americano por haber matado a un indio. La conciencia, sin embargo, no se le calmaba por completo. Más de una vez veía delante de si la cara de Alejandro, con las heridas abiertas, como bocas que pedían justicia. Más de una vez le puso ante los ojos el remordimiento la escena desgarradora de Cajuila: el cadáver por tierra, Ramona tendida en la cama de aquella choza mísera, revolviéndose, mesándose el cabello, rezando el rosario, delirante. Sólo por muerte, o porque no había vuelto del delirio, hubieran dejado los cajuileños de traer, aunque fuera en andas, a Ramona.

Bien la conocía él de cuando vivió en Saboba, y había apreciado su raro mérito. Sus niños la miraban con amor, y la habían visitado en su casita; su mujer le había comprado encajes. Alejandro había trabajado para él, y nadie mejor que el juez sabía que hombre menos capaz de robarse un caballo no vivía en el valle. Farrar lo sabía también. Lo sabía todo el mundo. Todo

el mundo sabía de aquellas súbitas oscuridades de su mente, que mientras le duraban lo tenían sin el menor conocimiento de sus actos. La única excusa de Farrar era que, al ver su caballo rendido de fatiga, cegó de ira, y disparó sin saber lo que hacía: "Pero si hubiera sido americano como él, se dijo el juez, de seguro que lo piensa dos veces!". El juez no podía libertarse de aquellos pensamientos. Sí, era claro: ¡algo debía hacer él por la pobre Ramona, por la pobre niña! Eso sería como una penitencia por aquella absolución cobarde. Hasta podía criar la niña en su casa, como se solía hacer en el valle con los indios. Eso haría, eso. En cuanto tuviera tiempo iría a Cajuila, a ver lo que podía hacer.

Pero estaba dispuesto que Ramona no recibiese socorro de manos extrañas. Felipe había dado ya con sus huellas: Felipe estaba ya en camino.

Extraviado por la fiel Carmen, Felipe comenzó sus pesquisas por el puerto de Monterrey. Ni un solo indio de los pocos que allí había conocían de nombre siquiera a Alejandro. Por consejo del cura fue a una hondonada secreta de las cercanías, donde se refugiaban meses enteros los que por una causa u otra andaban huyendo de los hombres. Pero en vano. No había marinero ni dueño de barco que recordase a semejante indio, ni patrón que se hubiera visto en apuros suficientes para decidirse a tener un indio a bordo. Semanas enteras pasó Felipe en Monterrey, aun después de haber perdido toda esperanza. Algo lo retenía. Le parecía deber esperar hasta que volvieran los barcos todos que habían salido del puerto en los últimos tres años. En cuanto señalaban vela iba a la playa, y la ansiedad con que aguardaba el desembarco, su dolorosa resignación, su rostro bello y triste, despertaron viva simpatía hasta en los más desdichados e indiferentes. Los niños mismos sabían que aquel caballero pálido buscaba a alguien a quien no podía encontrar. Las mujeres lo compadecían, seguras de que lo que tenía así al caballero era la pérdida de alguna novia muy amada. Él a nadie contaba sus cuitas. Lo que hacía era preguntar por Alejandro Asís a cuantos veía.

Sacudió por fin el misterioso encanto que lo clavaba a Monterrey, y emprendió viaje al sur, por el camino viejo de las Misiones, con la esperanza de que, por lo que había valido Pablo en la de San Luis, supieran algo de su hijo algunos indios de los caseríos que había en la vecindad de las Misiones. Pueblo a pueblo había él de ir. A todos, al más escondido e infeliz, iría a preguntar. Indio a indio iría preguntando por toda la comarca.

Dos meses tardó en llegar, de aldea en aldea, a Santa Bárbara. El corazón le dolía, y las mejillas le quemaban, de ver tanta miseria. Las ruinas de las Misiones eran tristes de ver; pero más tristes eran las ruinas humanas. No en balde hablaba de los indios con voces que le salían de las entrañas el Padre Salvatierra. No en balde tenía su madre tanto odio a los herejes que habían usurpado las tierras que gobernaban en otro tiempo los padres franciscanos. ¿Cómo se había sometido la Iglesia sin pelear a aquellas indignidades? No había Misión donde no le contasen alguna terrible historia de los padecimientos de los padres que murieron fieles hasta su último suspiro a sus pobres misiones. "Aquí murió de hambre el Padre Sarriá", le dijo en Soledad un indio: "Nos dio todo lo que tenía, todo. Dormía en el cuero seco, como nosotros: una mañana cayó muerto, delante del altar, diciendo misa. Cuando lo enterramos, no tenía carne, tenía huesos no más. Su comida, nos la daba a nosotros."

Pero ni de Alejandro ni de los indios del sur, que hablaban otras lenguas, sabían nada aquellos del norte. No: Alejandro no podía haber ido a Monterrey. En Santa Bárbara se dejó

estar día sobre día, al amor de los frailes, que sabían de las penas de Ramona por lo mucho que hasta expirar estuvo rezando el Padre Salvatierra, aunque ya sin fe a lo último, por el bien de la niña de cuya gracia y ternura contaba maravillas. ¿Si el Padre había perdido la esperanza, qué había de esperar él?

Muy desalentado siguió el viaje. Muerta estaba Ramona, muerta sin duda, y enterrada en algún rincón oscuro, sin cruz, sin nombre, sin losa. Sin embargo, seguiría buscándola. Un poco más hacia el sur halló ya personas que sabían de Alejandro, y muchas de Pablo; pero nadie le podía decir por dónde había ido Alejandro después de la expulsión de los de Temecula. "Los de Temecula se regaron, señor, como una bandada de patos, en cuanto les tira una vez el cazador: ¡nunca más, nunca más, se vuelve a juntar la bandada! Los de Temecula andan regados por todo el país de San Diego. En San Juan está uno: vaya a verlo, señor. El padre de allá, que es malo, lo deja vivir en un cuarto de la Misión por que le cuide la capilla, y por un tanto al mes. Mala persona, el padre de San Juan, que le saca al pobre el último peso".

Iba muy adelantada la noche cuando llegó Felipe a San Juan, pero en vez de buscar dónde dormir, buscó al hombre. El indio vivía, con la mujer y los hijos, en un cuarto húmedo y oscuro como un calabozo, que daba al patio interior de la Misión. En la enorme chimenea moría un fuego ahogado: y sobre una pila de trapos y cueros estaba acostada la mujer enferma. El piso de azulejos ya quebrados era frío como la nieve: el viento entraba a bocanadas por la pared del corredor, llena de grietas: no había un estante, una cama, una mesa, un asiento. "¡Y por una cueva como ésta, se dijo Felipe, cobra alquiler un sacerdote del Señor!".

—Perdóneme, señor—dijo el hombre al verlo:—no tenemos luz. Mi mujer está enferma, y es mucha la pobreza, señor.

—No le hace,—respondió Felipe, ya con la mano en el bolsillo. No quiero más que preguntarte algo. Tú eres de Temecula. Ando buscando a Alejandro Asís. ¿Tú conociste a Alejandro, no?

Se quebró en este instante una de las ramas que ardían en la chimenea, y echó una llamarada que duró un segundo: luego todo volvió a la oscuridad. Pero el chispazo había dado luz bastante para que Antonio, porque aquel hombre era el Antonio de la esquila, con un movimiento de asombro que no pudo contener él ni notar Felipe, reconociese al hijo de la Señora Moreno.—"¡A mala parte vienes a preguntar por Alejandro, Felipe Moreno!".

Antonio sabía mucho más que Carmen; sabía de la noche en que se fue Ramona de la hacienda; sabía, por los labios de Alejandro mismo, cómo había sacado del corral a Babá: ¡hermosísimo caballo, Babá! ¡arrogante, brioso, negro como la noche, con una estrella blanca en la frente! Pero fue mucho atrevimiento, llevarse un caballo como aquél, marcado con una

estrella. Y ahora, después de tres años, todavía venía buscando el caballo Felipe Moreno! ¡A mala parte vienes a preguntar por Alejandro, Señor Felipe! No: no sabía nada. Ni dónde vivía ahora. Ni dónde fue cuando salió de Temecula. Sí, era verdad, había ido a Monterrey. Estaba solo cuando salió de Temecula. Él no había oído que se hubiese casado. ¿Que dónde estaban los de Temecula ahora? Allá, acá, por dondequiera, como los lobos, como los zorros, como él, Antonio, como su mujer, pordioseros, enfermos, sin los viejos, sin los hijos, muriéndose a oscuras sobre un montón de trapos! Sí, él veía que el Señor Felipe estaba muy apenado. Pero él no sabía nada de Alejandro. Nada. Lo siento, señor.

Y cuando Felipe le puso en la mano una moneda, que por el peso conoció ser de oro, la conciencia le remordió a Antonio tanto que le dio las gracias tartamudeando y como enojado. Felipe siempre les había mostrado amistad. Pero entre él y Alejandro, Alejandro primero. Así, por segunda vez, la desconfianza de los indios privó de su mejor amigo a Ramona.

Por fin, en Temecula, en lo de Hartsel, pudo Felipe saber por la hostelera algo de cierto, aunque lo que la buena mujer le dijo, juntando fechas y palabras con un esfuerzo de la memoria, más confirmaba que desvanecía sus temores. Alejandro había pasado por allí como una semana después de la salida de Ramona, solo, a pie, en gran pobreza, camino de San Pascual, buscando trabajo. Y la de Hartsel creía de seguro que Alejandro había muerto, porque si no, hubiera venido a pagarle lo que le debía: el violín, no se había podido vender nunca. Eso sí, no había muchos indios como Alejandro, ni como su padre. "¿Verdad, señor?". ¡Mejor que hubieran sido todos como Alejandro! ¡algo más que un alcalde se hubiera necesitado para echarlos de Temecula!

—¿Pero qué podían hacer contra la ley, mi señora? ¡A mí mismo me han quitado con su ley la mitad de mi hacienda!

—¡Pelear! Eso es lo que podían hacer. Y eso es lo que dicen todos que habrían hecho, si Alejandro hubiese estado aquí.

Felipe vio pronto en la de Hartsel un corazón amigo, y se lo dijo todo. ¡Imposible, imposible!, decía ella. Se quedó largo rato meditando. "¡De seguro que está escondido,—exclamó,—si iba con ella! Para esconderse no hay como los indios; y todos saben donde está escondido el otro, pero ni en el tormento lo declaran. Los indios son como las tumbas. ¡Y a Alejandro, que lo querían ellos tanto, e iba a ser su capitán, cuando muriera Pablo, porque sabía leer y escribir, y era de buen consejo! Si yo fuera Ud., Señor Felipe, iría a San Pascual. Quién sabe si aquella noche cuando él vino estaba ella escondida por ahí cerca: aunque no veo dónde la pudo esconder. Ahora recuerdo que le dije que pasara aquí la noche, y él no quiso".

Felipe se despidió de la asombrada mujer.—"Si los encuentro, pasaremos por aquí de vuelta, Señora Hartsel". Y el pensarlo sólo lo puso en ánimos para el viaje hasta San Pascual. Allí, más confusiones. Estaba en desorden el pueblo, los campos descuidados, muchas casas vacías, vaciándose otras. En la de Isidro vivía ahora con su familia un americano que tomó a compra futura la mayor parte de la tierra donde estaba el pueblo. Isidro, como Alejandro, dio al hombre a escoger, puesto que no había cómo poner en duda sus papeles, entre comprarle la casa o verla quemar. El hombre la compró, e Isidro se había ido hacía una semana para Mesa Grande. Los indios que aún estaban allí no sabían de Alejandro: ni Isidro tampoco, le dijeron, sabe dónde su primo vive ahora. Alejandro no dijo: tomó al norte. Eso era todo.

¡Al norte, aquel norte donde Felipe los había buscado rincón por rincón! "El señor puede ver la casa donde vivió Alejandro: aquélla. No pregunte quién vive ahí ahora: ¡americanos! El americano le dio algo a Alejandro por su campo, que era muy bueno. Al fin Alejandro salvó algo". ¡Ah, si lo hubieran oído...! Ahora ya era muy tarde. Ya nadie les quería pagar por la tierra. ¡Muerte, casas vacías, desgracia, muerte!

Con el pesar de lo que veía casi olvidó Felipe el suyo propio.—¿Y dónde van ahora?—les preguntó.

—¡Quién sabe, señor! ¿Dónde podemos ir? Ya no hay dónde ir.

Aumentó la perplejidad de Felipe cuando oyó que no llamaban Ramona a la mujer de Alejandro, sino Majela. ¿Nunca le oyeron decir Ramona?—Nunca.

¿Qué era, pues? ¿Era el de San Pascual otro Alejandro? El nombre ha de estar en los libros de la iglesia. Los indios sabían que Majela y Alejandro se habían casado en San Diego: “los casó el Padre Gaspar". Y montó a caballo Felipe, a San Diego. Pero el Padre Gaspar andaba por las montañas: en el curato estaba el teniente, un joven irlandés. Se le mostró el joven cortés y benévolo. Sacó del secreto el gran libro viejo de los registros: y con el dedo comenzó a buscar despacio los nombres que por encima de su hombro devoraba Felipe con la vista, precipitado el aliento con la zozobra. Al fin leyó el teniente, adivinando las letras entre aquellos picachos y borrones.

—Alejandro... ¡aquí está!: "Alejandro Asís y Majela Fa..."

¡Ay, no era ella! Le dolió el corazón. ¿Qué mujer era aquélla con quien Alejandro se había casado diez días después de llevarse a Ramona? Alguna india de quien se había compadecido: alguna novia de antes. ¿En qué rincón del monte estaría enterrada Ramona?

Aquello acabó de convencer a Felipe de que Ramona había muerto. Era inútil seguir buscando. Pero, de vuelta a la posada, no pudo descansar, y comenzó a escribir a cuanto cura había por aquellos lugares, preguntándoles si estaba anotado en sus libros el casamiento de

Alejandro Asís y de Ramona Orteña. Porque no era imposible que hubiese más de un Alejandro Asís. Asís no era un apellido tan raro, y Alejandros entre los miles de las Misiones, había de haber más de uno. Los curas respondieron. Ningún Alejandro se había casado con ninguna Ramona.

A la salida de San Pascual vio Felipe un matrimonio indio que iba a pie junto a sus mulas muy cargadas, y en una de ellas, sin vérseles más que las caras entre los atados, dos criaturas, La mujer iba llorando. Felipe los miró con gran piedad, haló de la bolsa, y dio a la mujer una moneda de oro. La mujer lo miró con asombro. ¿Era hombre aquél, o llovía oro, o era un ángel del cielo? "¡Gracias, señor, gracias!". Y el hombre se acercó a él, y le dijo: "¡Dios se lo pague, señor! Lo que nos ha dado es más que todo lo que tenemos en el mundo. ¿ No sabe el señor dónde podré encontrar trabajo?".

Con toda el alma le hubiera dicho Felipe:—En mi hacienda. En otro tiempo no habría vacilado en decirlo, porque el matrimonio era joven y fuerte, y de caras honradas. Pero la semana de la hacienda no daba ya para todos sus pagos.—No, amigo, siento no saber. Vivo muy lejos de aquí: ¿a dónde piensan ir?

—Por ahí, por San Jacinto. Dicen que allí no hay todavía muchos americanos. Allá tengo un hermano. ¡Gracias, señor!—¡Dios se lo pague, señor!

Volvió a su hacienda. ¡San Jacinto, San Jacinto! Desde la hacienda se veía bien la montaña. —"Juan Can,—preguntó a los pocos días: ¿hay muchos indios en San Jacinto?".

—¿En el monte o en el valle? El valle tiene poco río, pero es ancho y hermoso, y grande en pasto. Yo sé de un pueblo manso que hay en el valle, y de otro fiero allá arriba, en el cuajo del monte. ¡Gente brava, señor!

A la mañana siguiente salió Felipe para San Jacinto. ¿Cómo no le había nadie hablado de aquellos pueblos? Tal vez había más, y tampoco se lo decían. Revivieron sus esperanzas. Era él así, todo de extremos, lleno de ánimos a una hora y a la siguiente descorazonado. Cuando entró por aquella calle soñolienta de San Bernardino, y vio en el horizonte, contorneado por el cielo azul, el pico soberbio que con los fuegos de la puesta iba cambiando de turquesa a rubí, y de rubí a turquesa, "¡La he encontrado!—se dijo:—ella está allí, ¡la he encontrado!". A él, como a Tía Ri, le produjo la montaña una sensación solemne e indefinible de algo a la vez revelado y oculto. "¿San Jacinto?", preguntó a uno que pasaba, señalando al pico con el látigo. A tiempo que le respondía el hombre, desembocó a todo correr por la esquina cercana un carro con dos magníficos caballos negros, que apenas dieron al hombre tiempo para apartarse de un brinco. —"¡Ese de Tennessee todavía va a matar a alguno!".

Felipe vio los caballos: hundió las espuelas en los ijares de su animal, y echó detrás a galope. "¡Babá! ¡Ése es Babá!", decía en voz alta, olvidado de todo, tendido sobre el cuello, hincando las espuelas. "¡Paren a ése hombre! ¡Paren a ese de los caballos negros!".

Cuando Jos oyó que de todas partes lo llamaban, sujetó como pudo a Benito y a Babá, buscando con los ojos azorados por qué lo paraban. Felipe no le dio tiempo a preguntar. Se fue derecho a Babá, se apeó de un salto, y tomando al caballo querido de la rienda: "¡Babá! ¡Babá!" le decía. El caballo conoció la voz, y empezó a relinchar y a tender el hocico. Casi perdió Felipe el conocimiento. Hubo un instante en que lo olvidó todo. Estaban ya rodeados de gente. Por allí nunca había habido mucha fe en que poseyese un personaje como Jos dos caballos como aquéllos, así que no causó gran sorpresa oír que Felipe, mirando a Jos con ojos suspicaces, le preguntaba cómo le había venido aquel caballo.

A Jos le gustaba reír, y hacer las cosas despacio. Ya tenía para rato quien lo quisiera sacar de sus casillas. Antes de contestar cruzó una pierna sobre la otra, miró largo y tendido a Felipe, y en voz amable le dijo: "Bueno, señor, porque por la pinta le leo que es señor: ya tomará tiempo el decirle cómo me vino ese caballo, y el otro. Ni ése es mío, ni el otro. Como que no entiende mi inglés, ¿eh? Pues allá le va mi mexicano". Y en mexicano le empezó a contar de Alejandro, y de la Señora Majela, y de que Babá era de ella desde niña, y de que no había como los dos indios para querer a sus animales.

—¡Ven con nosotros!—dijo Felipe echando las riendas de su caballo al muchacho que estaba más cerca. Y de un salto subió sobre el pescante. ¡Dios, Dios bueno, santos buenos! ¡La había encontrado, por fin, la había encontrado! ¿Cómo le contaría al hombre de prisa? ¿Cómo le daría gracias a aquel hombre? "No puedo decirle, no puedo. ¡Los santos lo trajeron por esta calle!"—"¡Otro de los de santos!",[15] se dijo Jos: "¡Qué santos, señor! Tom Wromsee fue el que me trajo, para que le mudara esta tarde la carreta!".—"¡Lléveme a su casa!" le dijo Felipe, trémulo aún: "No puedo decirle en la calle. Quiero que me diga todo lo que sabe. Los he estado buscando por toda California".

A Jos se le iluminó la cara, porque ésta era la buena fortuna, sin duda, para aquella tierna y amable Ramona.—"Vamos a casa derecho. Déjeme no más parar en lo de Tom, que me está esperando". El gentío se dispersó desconsolado, con su "¡Te la encontraste, Tennessee!" de un lado, y de otro "¡Suelta el caballo negro, Jos!".

Al doblar Jos la esquina de su calle, vio a su madre que le salía al encuentro como despavorida, con el gorro a medio caer, y los espejuelos en la cabeza.—"¿Qué le sucede, madre?". De un manotazo asió Tía Ri la gorra, y a grandes vueltas del brazo seguía llamando a

15 Se añaden comillas.

Jos. "¡Acá, Jos! ¡Eh, Jos!". Y seguía hablando sofocada, sin entendérsele la mitad de las palabras por el estruendo de las ruedas. No parecía notar que Jos no estaba solo en el pescante. —"¡Oh, Jos, lo más triste del mundo! ¡Han matado al indio, Jos, al indio Alejandro! ¡Asesinado, Jos!".

—¡Jesús! Alejandro muerto! dijo Felipe, en un grito que helaba el corazón.

Jos no supo por dónde empezar. Miraba a su madre. Miraba a Felipe.—"Ésta es mi madre"—dijo a Felipe: "ella era muy buena amiga de los dos". "Madre, éste es el hermano. Me reconoció por Babá. Los ha estado buscando por toda California".

Tía Ri entendió enseguida. Se enjugó los ojos, de que los[16] corría el llanto a hilos, y habló entre sollozos:—"Digo ahora que sí, que hay Providencia. Ud. es Felipe, ya lo sé yo, su hermano Felipe. De Ud. no más me hablaba la pobre. Pero yo no sé, yo no sé si la volveremos a ver viva. ¡Ay, mi Dios y señor! Ella no va a vivir después que se lo mataron delante de los ojos! ¿Y cómo se sube allá? ¡No más que él sabía subir! ¡Los blancos, nunca!".

Jos iba traduciendo a Felipe, que se lo pidió ansioso, las frases incoherentes de su madre. "¡Muy tarde! ¡muy tarde!" gimió Felipe. También él creía que Ramona no había podido quedar viva. "¡Muy tarde!". Y con paso inseguro entró en la casa.

—Lo que es yo—exclamó Jos,—digo que no se ha muerto. Ella no deja sin madre a la niña.

—Eso es verdad, Jos, eso es mucha verdad. ¿Quién la matará a ella, con la niña en los brazos, si no son las fieras del monte? Por supuesto que vive, si la niña está viva.

Felipe estaba sentado, con la cara hundida en las manos. Levantando la cabeza, preguntó: —"¿Es muy lejos?".

—Al valle donde estuvimos, sus diez leguas. Y a lo alto donde estaban ellos, sábelo Dios. El monte parece muro por lo pendiente. Así dice mi padre, que cazó allá en el verano con Alejandro.

Felipe oía como en un letargo a aquellos que hablaban familiarmente de Alejandro, que lo compadecían, que lloraban al saber su muerte horrible. Por fin se puso en pie.—"Vamos allá. Vámonos ahora mismo. ¿Me quieren prestar los caballos?"—¿Cómo no? ¡para el derecho que tenía Jos sobre ellos!

—"¡Y a mí me lleva!—dijo impetuosamente Tía Ri; yo no me he de quedar aquí sentada cuando ella está en ese dolor: y si se ha muerto ella, ¿quién cuida de la niñita? Ni yo dejo ir solo a este buen Señor Felipe".

Con tal viveza le dio gracias Felipe, por medio de Jos, que volvió lo de que ella no era señora, ni le tenían que dar gracias, ni decirle más que Tía Ri.—"Me pasa como con ella, Jos,

16 Se añade: “los”.

que cuando la vi ya me pareció que la quería. Más amistad les tengo a los mexicanos, en la verdad del corazón, que a estos yanquis mal nacidos. Pero que no me diga señora, Jos. Tía Ri o Mis Hyer me ha de decir. Tía Ri es más natural". Y hablaba sin cesar, como si así pudiera aliviarle la pena a Felipe. Jos no tenía que creer que no sabría ella hallar el camino. Hasta Tennessee iría ella a ciegas, sin salirse de la calzada. Lo de subir el monte, Dios dirá. Dios no ha de dejar sola a Ramona. Tía Ri no tiene miedo!

No podía haber hallado Felipe compañera mejor, sin que le estorbase mucho el no hablar la misma lengua, porque para todo lo necesario se entendían muy bien, acaso por lo que los unía, el gran afecto de ambos a Ramona.

Con luna llena entraron en San Bernardino. En cuanto vio asomar la luna Tía Ri había dicho.—"Eso es bueno".—"Sí, dijo Felipe, que había entendido las palabras: enseña el camino".—"¡Eh, diga ahora que no sabe hablar inglés!".

Benito y Babá iban como si supieran el objeto de aquel veloz viaje. Ya llevaban mucho andado sin dar señales de fatiga, cuando, señalando un rancho a la orilla del camino, dijo Tía Ri que allí habían de quedarse a dormir, porque no conocía el paso de allí en adelante. Y para decir esto contó la historia entera de la casa, donde vivía una familia metodista. Aquella gente no hablaba sino de Dios. Y qué órganos, y qué aleluyas, y qué cantos. Pero el trabajo es su dios: cuando sale el sol, ya las reses tienen de comer, y han acabado de almorzar, y tienen limpios los platos. En Tennessee no se trabaja con aquel afán. "¡Digo! ¡si creo que el buen hombre no me ha entendido palabra del sermón! Me mira asombrado, como que no me entiende el inglés. ¡Ni entre las gentes que se entienden la lengua sé yo que sirva de mucho hablar la mitad de lo que se habla!".

Los Merrill no querían que Felipe subiese a Cajuila con aquellos hermosos caballos. "Allá, allá está el camino", le decían señalándole una cinta blanca, tortuosa, revuelta, y pendiente, que subía eseando, abriéndose, caracoleando, ensortijándose, estirándose al borde del precipicio, como un camino de ciervos. Tía Ri tembló al verlo; pero no dijo nada, sino esto que se dijo a sí misma: "Lo que es yo no me vuelvo atrás; pero quisiera que Jeff Hyer estuviese por aquí".

A Felipe tampoco le agradó aquella vía colgante, que hecha para bajar maderas, iba cayendo durante unas seis millas en ángulos peligrosos: luego serpeaba entre barrancas y colinas hasta llegar al corazón de un gran pinar, donde había un aserradero, y allí se hundía en la selva aún más densa y oscura, de donde volvía a salir al sol, ondeando por entre vastas explanadas, praderas olorosas y montecillos bien yerbados, ya al pie de la magnífica montaña: de allí llevaba el camino cuesta arriba hasta Cajuila, cada vez más estrecho. Sin guía nadie pudiera intentar tal viaje. Uno de los Merrill se prestó a ir con ellos, acompañado de dos caballos

fuertes, hechos al camino, con cuya ayuda no se subió tan mal la terrible cuesta, aunque Babá al principio cabeceaba y relinchaba, como humillado de ir a la cola de un caballo desconocido.

A no ser por la tristeza con que iban, Felipe y Tía Ri hubieran gozado profundamente con la magnificencia del paisaje: a cada nuevo escalón de aquellas pendientes planicies se iba ensanchando el valle al sur y al oeste, hasta que todo San Jacinto estuvo a sus pies. Los pinos eran soberanos, ya erguidos como columnas torneadas, ya caídos por tierra y tan gruesos que lo alto del corte salía por sobre la cabeza de un hombre. En muchos de ellos estaba la corteza agujereada del pie al tope, como por minadas de balas, y en cada agujero había una bellota: eran la despensa de los pájaros carpinteros. Tía Ri iba maravillada con la sabiduría de los animales, y cebando la elocuencia en Sam Merrill, que en el dialecto verboso no le iba en zaga, aunque sacaba ventaja a Tía Ri en hablar más bien que mal el mexicano.

Leguas parecían las millas a Felipe. Le atormentaba aquel hablar sin tasa de Tía Ri. ¿Cómo podía charlarse de aquel modo? Pero cuando se iba enojando con ella, notaba que la buena mujer se enjugaba a hurtadillas las lágrimas, y esto le volvía a ganar el corazón.

Durmieron en una choza mísera que había por un claro, y tan temprano volvieron a montar, que estaban en Cajuila antes del mediodía. Cajuila entera salió de sus casas al ver llegar aquel cómodo coche con cuatro nobles caballos: nunca habían visto cosa tal. Aún duraba la agitación que causó la muerte de Alejandro: aquella misma mañana estaba hirviendo en cólera el pueblo, sabedor ya de que Farrar estaba libre. Al viejo capitán no le ponían mucha atención por el momento; así fue que al pararse delante de su casa, no vieron los viajeros más que rostros hostiles.

Era de ver la cara risible de Tía Ri, donde se leían a la vez desafío, desdén y miedo. "Sam Merril, yo no he visto en mi vida gente más ruin: si se les pone, nos tuestan: ¡si no está ella aquí, en buenas andamos!". "¡Oh!—dijo riendo Merrill: ésta es gente amigable, no más que anda inquieta con la muerte del indio: fue mucha ruindad la de Jim Farrar, dispararle a un muerto. Matarlo, no: porque lo que es yo, a indio que me roba un caballo, lo mato; pero no había que despedazarle la cara al muerto: eso fue que lo cegó el enojo".

Tía Ri lo oía atónita. Felipe, después de pocas palabras con el capitán, había entrado en la casa a toda prisa. Tal vez Ramona estaba allí. Pero ni el ansia de verla le pudo contener a Tía Ri la indignación:—"Mozo, le dijo a Merrill,—yo no sé cómo te han criado; pero si mi hijo me hubiera dicho ese discurso, ¡no quisiera más sino que un rayo me lo matara!: y lo tendría muy merecido". Lo más que iba a decir, nunca lo supo Merrill, porque asomó el capitán a la puerta y la llamó con la mano. Saltó del pescante al suelo, rehusando ásperamente la ayuda de Merrill, y corrió a la casa. Al cruzar el umbral, Felipe volvió a ella el rostro angustiado:—"¡Venga!

¡háblele!". Estaba arrodillado en la tierra del suelo, junto a un miserable jergón. ¿Era aquélla Ramona, aquel cadáver? ¿Su pelo aquellas guedejas revueltas, sus ojos aquellas cuevas chispeantes, sus mejillas aquellas manchas escarlatas, sus manos aquellas pobres manos locas, que jugaban, como sin saber con qué, con un rosario de cuentas de oro?

Ramona era, tendida allí hacía diez días, sin que la pobre gente de Cajuila supiera ya qué remedio nuevo darle. Tía Ri se echó a llorar: "¡Ay! mi Dios, dijo, si por aquí cerca creciera la “hierba del viejo”: eso la curaría: yo creo que la vi como una milla afuera". Y sin más palabras ni preparación corrió a la puerta, saltó al coche, habló más de prisa que nunca, hizo que la llevaran a todo el aliento de los caballos, llegó al lugar, miró del pescante afuera yerba a yerba, descubrió por fin la gramínea de olor amargo, y a los pocos minutos alzaba en las manos triunfantes un haz de las hojas grises, suaves, plumosas y relucientes: "¡Aprisa, Merrill!". —"Esto le va a dar la vida", dijo a Felipe al entrar en la casa; pero se le encogió el corazón al ver cómo Ramona paseaba inquieta la mirada sin luz por el rostro de Felipe, sin dar señal de reconocerle: "¡Mala está!", dijo Tía Ri, temblándole los labios; "pero hasta que no crezca el monte encima, no hay que decir muerte". Dio a aspirar a Ramona la taza hirviente llena de aquella infusión acre; con paciencia infinita logró dejarle caer gota tras gota por entre los muertos labios, y le bañó con el agua salutífera las manos y los pies, sin ver que los suyos propios se llenaban de ampollas. Al entrar la noche estaba dormida Ramona.

Felipe y Tía Ri, tan nuevos en la amistad como bien unidos, la velaban en silencio, alentado cada uno por la devoción del otro. Ramona durmió toda la noche. Felipe recordaba el tiempo de su fiebre, cuando la vio junto a su cama rezando de rodillas. Buscó algo en el cuarto con los ojos. En un nicho en la pared de barro había una pobre estampa de la Virgen, y una vela que chisporroteaba: la gente de Cajuila había dejado sin velas las pobres tiendas del pueblo, para rezar por Alejandro, para pedir a la Virgen por Majela. Tomó Felipe con cuidado el rosario que se había resbalado de las manos de Ramona, fue hasta el nicho, se puso de rodillas, y comenzó a orar como si estuviese solo. Los indios que estaban a la puerta, también se arrodillaron, y se oyó un largo murmullo. Tía Ri al principio miró como con desprecio las figuras arrodilladas: "¡Miren que rezarle a un pedazo de papel!".—Pero de pronto mudó de pensamiento:—"¡Y he de estar yo aquí sola sin rezar, cuando todos rezan por ella!: yo también rezaré, pero no al papel". Se arrodilló Tía Ri: y cuando una india joven que tenía al lado le pasó su rosario, no lo rechazó, sino lo tuvo guardado con respeto, hasta que los rezos concluyeron.

La casa del capitán daba al este: en cuanto rompió el día, y entró a torrentes la luz por la puerta abierta, Ramona abrió los ojos. Felipe y Tía Ri estaban a su lado. Los miró con terror y asombro.

—¡Vaya, vaya! mi vida: cierre los ojos y vuélvase a dormir,—dijo Tía Ri muy serena, poniéndole la mano sobre los párpados:—aquí estamos los dos, Felipe y yo, y no nos vamos a ir. No me venga con miedos y tristezas. Duérmase, mi vida.

Los párpados vibraban bajo los dedos de Tía Ri. Las lágrimas forzaron el camino, y rodaron despacio por las mejillas. Los labios temblaban, la voz quería hablar, pero fue como el alma de un susurro la primera debilísima pregunta:—"¿Felipe?".

—¡Sí, yo soy, mi Ramona, yo también estoy contigo!, ¡duérmete,... duérmete,... ya no nos vamos!—Y volvió Ramona a caer en el sueño misericordioso que estaba salvándole la vida. Tía Ri temblaba de pensar en lo que padecería cuando despertarse:—"Va a tenerlo que sufrir todo otra vez". Pero ella no sabía cuánta fortaleza había ido acumulándose en aquella alma con la amargura de los últimos años: de su mansa constancia se había ido tejiendo la fibra heroica de los mártires, de aquellos mártires antiguos de la fe "procesados de burla, atormentados, errantes por los desiertos y los montes; en las cavernas y lobregueces de la tierra" Cuando volvió a despertar, no miró a Felipe con espanto, sino sonriéndole con serenidad casi beatífica: —"¡Felipe! ¿cómo me encontraste?". Por el movimiento más que por el sonido entendió Felipe lo que le decían aquellos labios sin fuerza. Cuando le pusieron a Ramona la niña en los brazos, sonrió otra vez y quiso abrazarla, pero estaba muy débil. Señalando a los ojos de la niña, murmuró, mirando a Felipe con afán: "Alejandro". Le pasó la muerte por el rostro cuando dijo el nombre, y se le desataron las lágrimas.

Felipe no podía hablar. Miró como pidiendo ayuda a Tía Ri, a quien le sobraba la respuesta. —"¡Vaya, mi vida! No hable, mi vida: vea que le va a hacer mal: Felipe y yo tenemos mucha prisa por verla fuerte, vaya, y por llevárnosla: en una semana puede, y si se echa a hablar, quién sabe cuándo: no hable, ¿quiere, mi vida? Felipe y yo le miramos por todo".

Ramona volvió débilmente sus ojos curiosos y agradecidos a Felipe: "¿Contigo?" preguntaron sus labios.

—¡Conmigo, sí, conmigo!—dijo Felipe, tomándole la mano en las dos suyas:—¡te he estado buscando todo este tiempo!

Volvió a ver Felipe en el afable rostro la misma dolorosa mirada que había visto antes tantas veces. Temió que la conmoviese demasiado el saber de pronto que la Señora había muerto; pero aun esto le haría menos daño que la ansiedad pintada en sus ojos:—"Estoy solo en el mundo, Ramona",—le dijo muy quedo;—tú eres ya lo único que tengo, tú que eres mi hermana, que me cuide: mi madre se murió hace un año".—Los ojos, que pintaron su asombro, se llenaron de lágrimas de pena:—"¡Ay! Felipe"—empezó a decir; pero sintió nuevos alientos: la frase de Felipe había sido una verdadera inspiración: otro deber, otra consagración, otro

trabajo, esperaban a Ramona. Ya no sólo tenía que vivir para su hija, sino para Felipe. ¡No, no se moriría! La juventud, el amor de madre, el cariño y deber de hermana la llamaban a la vida. Y ganaron la batalla, y pronto.

A los sencillos cajuilas les parecía aquello milagro, y veían a Tía Ri con algo como supersticiosa reverencia, no porque no supiesen ellos que la yerba del viejo hacía curas maravillosas, sino porque antes de venir Tía Ri se la habían estado dando a Ramona sin que la mejorase: ¡algún encanto debía haber en el modo con que Tía Ri daba la yerba! Y no querían creerla, cuando a la incesante pregunta de éste y de aquél, les respondía que no había puesto nada más que agua caliente y yerba del viejo. El cual nombre no era de los indios, como pudiera parecer, sino que lo trajo ella y lo creyeron bueno, por cierta extraña relación entre la planta y el sabio resultado del uso que le habían visto hacer de ella.

De Felipe, no se cesaba de hablar en toda la comarca, donde era suceso colosal la llegada de un caballero mexicano que como el agua gastaba el oro, y tenía a caballo al pueblo entero, buscando lo que le parecía bien para la enferma. ¡Si había viajado por toda California, con cuatro caballos, buscando a su hermana! ¡Y se la iba a llevar a su casa rica, allá en el sur, en cuanto estuviese bien, y a mirar enseguida por que colgaran, por que colgaran del pescuezo, al que le había matado el marido ¡Y si no lo cuelgan, bala! Jim Farrar oía de todo esto con el alma en un hilo: de la horca, no se le daba mucho, que harto conocía él a los jueces y jurados en San Diego, pero de la bala sí, porque él sabía que es como la de los indios la venganza de los mexicanos, que no la cansa el tiempo ni se le fatiga la memoria. Farrar maldecía la hora en que se dejó llevar de la furia en aquella montaña solitaria.

Ni Ramona, que vio el asesinato, sabía toda su maldad: Farrar sólo sabía que en vez de echársele encima con un cuchillo, lo que Alejandro hizo fue decirle humildemente: "Señor, yo le explicaré";—que aun después de que ya tenía los pulmones atravesados por el primer tiro, y la sangre se le agolpaba a la garganta, todavía anduvo hacia él uno o dos pasos, con la mano en alto, como para que se detuviera, y queriéndole hablar, hasta que cayó muerto. Muy dura tenía Farrar el alma, y muy seguro estaba de que no era pecado matar a un indio; pero no le era gustoso recordar aquella suplicante angustia de la voz y el rostro de Alejandro, cuando caía muerto a sus pies. Y mucho menos gustoso le era el recuerdo desde la llegada del caballero mexicano: el temor es espuela poderosa del remordimiento. Otra cosa le turbaba grandemente, de la que no se habló en el primer jurado y por la que pudiera irle muy mal en el segundo, y era que su única clave para justificar su conocimiento de que Alejandro le hubiese llevado el caballo, fue que el pobre loco le había dejado en el corral el pony moro, que todo el mundo sabía ser suyo: ¡rara acción, en verdad, para un ladrón de caballos! Pensando en esto se le

cubría a Farrar de sudor mortal la frente, porque como todos los de alma cruel, era cobarde: hasta que después de mucha tortura y agonía, se determinó a salir de la comarca, por lo menos mientras anduviera por allí el cuñado mexicano. E hizo muy bien en poner en planta sin pérdida de tiempo su determinación, porque tres días después del de su fuga se presentó Felipe al juez, en demanda de noticias precisas sobre las investigaciones en cuya virtud fue dado libre el asesino de Alejandro. Y cuando el juez le leyó las diligencias de la sumaría, concluyendo de ellas que si la declaración de Farrar era verdadera, "la de la mujer tenía que ser falsa", saltó Felipe sobre sus pies, y le habló de este modo: "Cuidado, señor, que la mujer de quien usted habla es mi hermana, ¡y si llego a encontrar al asesino, lo mato como a un perro! ¡Veremos entonces si hay jurado en San Diego que me ahorque por librar al país de semejante fiera!". Y Felipe lo hubiera hecho como lo decía.

Cuando Tía Ri supo que Farrar había huido, se calzó los anteojos, y miró muy atentamente a quien le daba la noticia, que era el mismo Merrill.—"¿Conque huido, eh? ¡Perro hediondo no más es ese infame! ¡Y dondequiera que vaya le irá detrás el Señor! Mejor que se haya ido. Lo que es yo, no le tengo ley a la horca. Y Felipe lo hubiera matado en cuanto se tropezase con él, como que el cielo es azul! Más muerto se va él con el indio, que lo seguirá por donde vaya, y le hablará de día al oído, y no lo dejará dormir de noche. Va a ser como uno que conocí yo en Tennessee, donde los calabazos crecen silvestres y había una cerca de ellos, y una casa de un lado y otra de otro, y los muchachos de las dos casas querían el mismo calabazo, y pelearon, y las madres lo tomaron a pecho, y se golpearon también, y luego los hombres, hasta que Rowell le sacó filo al cuchillo, y puso a Clayborne como las banderas que volvieron de la guerra. Y no lo ahorcaron, pues, sino que el jurado lo dio libre. Pero él iba y venía, siempre solo, nunca contento, hasta que un día nos fue a ver y le dijo a mi padre:—“Vengo a decirte que no puedo vivir aquí más.”—“¿Y por qué, si la ley te ha dado libre?”—“La ley si, pero Dios allá arriba no. Por todas partes, por todas partes va Clayborne conmigo: en la vereda más estrecha, hay siempre hueco para los dos: por la noche, duermo con él de un lado, y con mi mujer de otro: no puedo, amigo: no puedo sufrir más”. Y muchos años después volvió, cuando ya era yo una buena moza, y mi padre le preguntó:—“Vaya, pues, Rowell: ¿y allá también se fue Clayborne detrás de ti?”.—“También,—dijo él—también; ya no puedo verme libre de Clayborne en este mundo”. Y así le va a pasar a ese bribón, que llegará día en que quisiese lo hubieran colgado mejor, o muerto de un tiro".

Oía Merrill gravemente el rápido discurso de Tía Ri, que llegó a las capas más hondas de su naturaleza de oesteño fronterizo, en la que sobre los hábitos y creencias de la primera edad se precipitan luego las pruebas nuevas y desesperadas de su vida indómita, como las varias capas

de la corteza terrestre. Bajo la cáscara del más duro rufián hay casi siempre todo un mundo lleno de las costumbres, de las doctrinas, de las enseñanzas religiosas que de niño le fueron familiares, y de hombre recuerda: por alzamiento súbito, en alguna gran lucha o catástrofe de la madurez de la vida, vuelven aquellas memorias, como flores, a la superficie. Las respuestas del catecismo que aprendió en su infancia, y en que no ha vuelto a pensar, suenan de nuevo en sus oídos, misteriosas e íntegras, y se le turban los sentimientos y el lenguaje con el conflicto, en un pecho áspero, del hombre de hoy y el de ayer que resucita. Este efecto causaron las palabras de Tía Ri en el joven Merrill, criado en el más austero calvinismo, arrebatado después, como por un remolino, en la vida salvaje de la frontera, pero siempre buen yanqui. Aunque la bondad no llegó hasta confesar que había pecado Jim Farrar mortalmente matando al indio, ni reconocer que era señal segura de la inocencia de Alejandro el que hubiese dejado en el corral de Jim "aquel pony viejo, desrodillado, mísero, que no valía veinte pesos". A esta discusión, no sin haberla salpicado antes de felicísimas ocurrencias, puso fin agrio Tía Ri de esta manera: "Y lo mejor será que no hablemos más, mozo, porque vamos a acabar peleando". Y Merrill no pudo ya sacar palabra de los labios sellados de Tía Ri.

Pero de otra cosa hablaba sin cesar, con grandísima elocuencia y gusto, y era de la bondad de la gente cajuileña: sus últimas preocupaciones contra los indios se desvanecieron en el trato de aquellas familias simples y honradas. "Delante de mí no ha de hablar nadie mal de ellos, mientras yo viva,—decía: vean cómo se han quitado de encima cuanto tienen, no más que por darle los gustos a Ramona: eso es más de lo que les he visto yo a los blancos. Y no me digan que ha sido por el interés, porque hasta que Felipe y yo vinimos, ellos no sabían que Ramona tuviese parientes: hasta morir la hubiesen cuidado ellos como a hija. La verdad es que los blancos tienen mucho que aprender de los indios, en esto y en mundos de cosas. ¡Como que alguien me vuelve a oír decir de los indios mal! Mucho bueno diré. Pero todos serán como yo, que hasta que no lo veo con mis ojos no lo he creído: ¡si el mundo entero pudiera ver lo que yo he visto!".

Muy triste se quedó Cajuila el día en que salieron por fin del pueblo Ramona y sus amigos. Por mucho que aquella gente bondadosa se alegrara de que Ramona hubiese encontrado aquel amparo, y por viva que fuese, como era, la amistad que les habían inspirado la benevolencia y agradecimiento de Felipe y Tía Ri para con ellos, sentían los de Cajuila, al verlos ir, como una pérdida, como un vacío. Aquel viaje les ponía más en claro ante los ojos su soledad y pobreza. Ramona, mientras fue mujer de Alejandro, había sido como hermana del pueblo, y como condueña de lo que el pueblo poseía, que no era más que el ánimo para cargar entre todos la

desdicha: ¡y ahora se la llevaban como si la rescatasen, no tanto de la muerte, como de una vida peor que ella!

Ramona les fue diciendo adiós deshecha en lágrimas. No sabía cómo arrancarse de los brazos de la joven que en toda su enfermedad le había dado el pecho a la niña, yendo hasta quitarle a la suya propia la leche, para que no le faltara a la de Ramona. "¡Hermana! yo te debo la vida de mi hija: ¿cómo te sabré dar gracias? ¡yo rezaré por ti toda mi vida!".

A Felipe no le hizo la menor pregunta. Sin vacilar, con la sencillez de un niño, se entregó en sus manos. Felipe era el instrumento del poder superior que la guiaba. Aquella misma ingenua resignación que le dio desde sus primeros años serenidad en sus amarguras, y placer en sus trabajos diarios, la mantuvo, serena aunque ya sin placer, en las pruebas de su amargo matrimonio: y no la abandonaba ahora. Tía Ri no cesaba de maravillarse, con lo más vigoroso de su dialecto y sus gestos de mayor asombro, de aquella mansedumbre en la desdicha que le parecía poco menos que la misma santidad. "Pues si el rezarle a los papeles y el arrodillarse delante de los maderos lo pone a uno en esa paz, desde mañana voy yo a creer en los santos: ¡mucho que voy yo a decir mal de los indios, con lo que estoy viendo! ¡como que me estoy volviendo india yo misma!".

El adiós a Tía Ri fue el más doloroso para Ramona, que la veía como su madre, tanto que sentía a veces como si prefiriera quedarse con ella a irse con Felipe, aunque en seguida se reprochaba el pensamiento, como traidor e ingrato. Felipe le adivinaba la pena, y no se la tenía a mal: "¡Es el único amor que ha conocido la pobre parecido al de madre!". Y se quedó en San Bernardino semana tras semana, so pretexto de que Ramona no estaba todavía fuerte para emprender viaje, cuando la verdad era que no quería privar a Ramona tan de súbito de la sana compañía de Tía Ri, que le daba ánimos.

Tía Ri estaba muy atareada, haciendo una alfombra de retazos para la mujer del agente: precisamente la acababa de empezar la mañana que le llevaron la noticia de la muerte de Alejandro. No era de esas alfombras de tiras de colores diversos, que el tejedor va matizando conforme al gusto del que se la encarga, sino esas otras de salga-como-saliere, en que se coge del montón de trapos el que venga a mano, y suelen quedar mucho más graciosas y pintorescas. Así decía Tía Ri, gran experta en el oficio; y era de oírla filosofar sobre las cosas de la vida a propósito de la alfombra. "A mí, denme las cosas de la vida a salga-como-saliere, que así me salen mejor, como con los trapos: y no que al que las prepara mucho y las encoge de aquí y las estira de allá, le pasa como a los que me traen los trapos para que les haga la alfombra de este y este color, y azul con colorado, y verde con amarillo, y aquí carmín y allí naranja, y luego que lo ven hecho como lo quisieron, se tiran de las orejas y dicen que fui yo, que se lo quise hacer

mal. Lo que es ahora, les hago escribir lo que quieren en el papel, que tonto es el que cae en la misma trampa dos veces. ¡Por ahí anda volando el que sabe de arreglar colores! El que manda, manda".

Cuando tuvo la alfombra hecha, Tía Ri la llevó a casa del agente, muy bien enrollada bajo el brazo. Había estado preparando mucho esta visita, porque tenía un mundo de preguntas que hacer, y de noticias que dar, y escogió la hora en que el agente había de estar en casa. Sí: el agente sabía por dónde había andado Tía Ri, y lo de Alejandro, y lo de Felipe. Y había querido prender a Jim Farra, pero no lo prendió porque le dijeron lo mismo que Ramona dijo a Tía Ri, que no creerían en testimonio de india contra un americano. Tía Ri puso con sus lenguajes en gran aprieto al agente: "¿A qué tanto celo por prender a los que vendían licor a los indios, si no le alcanzaba el poder para poner presos a los que los mataban?". "¡Mis indios! ¿por qué decía el agente "mis indios", si cada uno de ellos se ganaba con su trabajo la vida?". "¿Y el médico para qué es, sino para lo que a Alejandro le fue, para dejar morir las criaturitas en los caminos?". "¡Para lo que sirven los agentes, si no sirven más que para traerse de Washington todos esos libracos y papelotes, y escribe que escribirás oficios y listas!". Y esto fue cuanto sacó la curiosa Tía Ri de su visita a la Agencia.

Le pareció a Ramona durante todo el viaje que lo que le sucedía era un sueño. ¡Su niña en los brazos: Babá y Benito trotando alegres a un paso tan vivo, que no iban rodando, sino como resbalando, y a su lado Felipe, el querido Felipe, con aquella misma amable luz de antes en los ojos! ¿qué cosa extraña le pasaba que todo aquello le parecía, no verdad como era, sino falso e imaginario? ¡hasta su hija misma, no le parecía cuerpo vivo! Ramona no sabía que la naturaleza misericordiosa manda con las penas terribles la fuerza que las soporta y la insensibilidad que las alivia: en la misma rudeza del golpe va a veces su primera cura. Mucho había aún de tardar Ramona para convencerse por completo de que Alejandro estaba muerto. ¡Aún no había sufrido las mayores angustias!

Felipe no sabía de esto, ni podía entenderlo, y se maravillaba agradecido, al ver a Ramona día tras día conforme y placentera, pronta siempre a responderle con una sonrisa. Lo que lo atormentaba era oírle decir algo de gracias ni de reconocimiento. "¡Gracias, a mí, a mí que hubiera podido ahorrarle todas sus penas con un poco más de valor de hombre!". Jamás se perdonaría aquello Felipe: su vida entera la consagraría a Ramona y a la niña: ¡pero su vida entera era tan poco!

Cuando ya iban llegando a la casa notó varias veces que Ramona trataba de ocultarle que había llorado: "Ramona,—le dijo—no te dé pena llorar delante de mí. Yo no quiero que tú tengas nada que esconderme. Mejor que llores mucho: así se alivia el dolor".

—No, Felipe: los egoístas y los pobres de alma no más lloran. A veces no se puede dejar de llorar; pero siempre que lloro me da después vergüenza, y creo que he pecado, y que he dado mal ejemplo. ¿No recuerdas que el Padre decía siempre que se debía parecer contento, aunque se padeciera mucho?

—¡Pero eso es más de lo que pueden hacer las criaturas!

—No, Felipe: acuérdate de cómo sonreía siempre él, que había sufrido tanto. Por la noche no más me decía él que lloraba, cuando estaba solo con Dios. Tú no sabes, Felipe, lo que enseña la soledad del monte. Yo he aprendido tanto en estos años, como si me hubiera estado enseñando un maestro. A veces me parecía que era como que andaba por allí el alma del Padre, poniéndome pensamientos. No más quisiera podérselo decir a mi hija, cuando tenga más años. Ella lo va a entender más pronto que yo, porque ella tiene el alma de Alejandro: ¡míraselo, míraselo en los ojos! Todo eso que yo aprendí en el monte, lo sabía él de cuando niño: eso está en el aire, y en el cielo, y en el sol, y todos los árboles lo saben.

Mientras Ramona le hablaba así de Alejandro, iba Felipe asombrándose en silencio: él había tenido siempre miedo de nombrar a Alejandro. ¡Y Ramona hablaba de él, como si lo tuviera vivo y a su lado! ¡No lo podía entender Felipe! Muchas cosas había en aquella amable y adolorida hermana suya que Felipe no podría entender jamás.

Cuando entraron en la hacienda los criados, que habían estado esperándolos de días atrás, se reunieron en el patio para recibirlos, con Juan Canito y Marta a la cabeza: dos nada más faltaban, Margarita y Pedro, casados desde algunos meses antes, que vivían ahora en el rancho de los Ortegas, donde era Pedro nada menos que capataz, cosa que tenía muy divertido y burlón a Juan Canito.

Todo era en el patio feliz, rostros resplandecientes, y sonrisas, y gritos de alegría, aunque no había allí corazón que no tuviese sus miedos de que la vuelta al hogar no parase al fin en mayores tristezas. Todos, cuál más cuál menos, sabían lo mucho que había sufrido la Señorita desde que salió de la hacienda, y les pareció que había de venir muy cambiada por el dolor: "Y luego, encontrarse aquí con la Señora muerta"—decía uno de los peones: "ya esta casa no es como cuando vivía la Señora".

—¡Vaya!—-murmuró Juan Can, más encuellado y supereminente que nunca, con el año que llevaba de mando absoluto: Vaya, señor, eso es lo que Ud. sabe: lo que yo sé es que la Señora hizo muy bien en morirse, porque si no, no vuelve acá la Señorita. Ya la Señora mandó, que en paz descanse: yo por mí, mejor quiero que me manden la Señorita y el Señor Felipe.

Cuando los buenos e impacientes criados vieron venir hacia ellos con la niña en los brazos a Ramona, pálida, pero con aquella sonrisa de antes, todos rompieron en vivas continuos, y no

hubo en el grupo ojos sin lágrimas. Con los ojos buscó Ramona a Marta, y le dio a cargar la niña: "Marta, le dijo con aquella voz suya que le ganaba los corazones: ¿no me vas a querer a mi hijita?".

—"¡Señorita!" "¡Señorita!" "¡Dios la bendiga, Señorita!",—decían todos a un tiempo, agolpados alrededor de la niña, acariciándola, celebrándola, pasándola de brazo en brazo. Ramona estuvo mirándolos atentamente por algunos instantes, y luego dijo:—"Dámela, Marta. Yo la llevaré a la casa". Y siguió como si fuera a entrar por la puerta de adentro.

—Por aquí, Ramona, por aquí,—gritó Felipe. He dicho que te preparen el cuarto del Padre, porque es tan alegre para la niña!

—¡Felipe bueno, gracias!—dijo Ramona, y sus ojos hablaban más que sus palabras. Felipe le había adivinado lo que más temía ella al volver a la casa, que era pisar su propio cuarto. Tal vez nunca se atrevería a entrar en él ¡Qué cariñoso, qué cuerdo había sido Felipe!

Sí: Felipe era ahora muy cariñoso, y muy cuerdo. ¿Por cuánto tiempo podría sujetar la cordura al cariño, regalándose él, como se regalaba, días sobre días en la contemplación de aquella mujer hermosa, y hermosa de otro modo que como él la conoció antes de su casamiento, tanto que a veces creía, mirándola con deleite, que había cambiado hasta de facciones? Pero en esta mudanza misma había un encanto, que por largo tiempo habría de rodearla y protegerla de pensamientos amorosos, como si la guardase una guirnalda de invisibles espíritus: había en su cara como una arrebatada expresión de comuniones celestes, que percibía el más torpe, y a la vez que atraía, solía imponer. Era aquella misma majestad que Tía Ri quiso explicar de su jocosa manera. Pero Marta la explicó mejor, respondiendo un día a cierto desahogo de Juan Canito, que le dijo medio aterrado, y en voz que parecía soplo, cómo tenía él por lástima grande que el Señor Felipe no se hubiera casado años atrás con la Señorita: "¿Y por qué no se había de casar ahora?". Y Marta le dijo, en otro soplo:—"¡Antes se casaría con la misma Santa Catalina! ¡Y qué bueno que pudiera ser, Juan Canito!".

Ahora estaba la casa como la Señora se la había imaginado tantas veces, con el gorjeo de un niño en el jardín, en los corredores, en el colgadizo: en todas partes el sol, la bendición y la alegría. ¡Pero no era así, no, como se lo había imaginado ella! No era aquélla la niña de Felipe, sino la de Ramona; de Ramona, expulsa y sin amigos, que había vuelto en paz y honor, como la hija de la casa; de Ramona, la viuda de Alejandro. Si la niña hubiera sido hija de Felipe, no la habría podido él querer más; y la niña, sólo a su madre quería más que a Felipe. Desde los primeros días se quedaba dormida horas enteras en sus brazos, con la manecita hundida en la espesa barba negra, tan cerca de sus labios que él podía besarla una y otra vez, cuando no lo veía nadie. Después de Ramona, la niña era lo que Felipe quería más en el mundo: a la niña

podía prodigarle sin reparo la ternura que no se atrevía a mostrar a la madre. Con el tiempo iba viendo Felipe, cada vez más claro, que los resortes de la vida de Ramona no eran ya de este mundo, que su alma era la constante compañera de otra alma invisible. Ramona no podía engañarlo con hablar a cada instante tranquilamente de Alejandro, como le hablaba. La pena no era menor por el ausente: la especie de parentesco era lo que había cambiado.

Algo atormentaba cruelmente a Felipe: el tesoro escondido. La humillación le había impedido hablar de él, pero con cada hora que pasaba sin revelar a Ramona el secreto, se sentía tan culpable casi como la misma Señora. Por fin, habló. No había dicho muchas palabras cuando lo interrumpió Ramona:—"Oh sí, yo sé; tu madre me dijo. A veces hubiera querido tener algunas de las joyas, cuando estábamos en mucha pena; pero ya eran de la Iglesia. La Señora Orteña dijo que se las dieran a la Iglesia si yo me casaba contra la voluntad de tu madre".

¡Oh, qué vergüenza!: le temblaba de la vergüenza la voz a Felipe: "No, Ramona, no se las dieron a la Iglesia. Tú sabes que el Padre murió, y yo creo que mi madre no supo qué hacer con ellas".

—¿Pero por qué no se las diste a la Iglesia, Felipe?

—¿Por qué? ¡Porque son tuyas, tuyas nada más!: nunca se las hubiera dado yo a la Iglesia, sino hasta saber que habías muerto, y que no dejabas hijos.

Ramona no apartaba los ojos de Felipe.—"!Tú no has leído la carta de la Señora Orteña?".

—Sí, toda.

—Pero la carta dice que nada de eso era para mí si yo me casaba contra la voluntad de la Señora.

Felipe ahogó un gemido. ¿Le había dicho su madre mentira?:—"No, Ramona, no decía eso. Decía, si tú te casabas fuera de razón!".

Ramona meditó:—"No sé, dijo: de las palabras nunca he podido acordarme. Tenía mucho terror, pero creí que era eso. Yo no me casé fuera de razón. ¿Tú crees, Felipe, que es honrado que guarde yo las joyas para la niña?".

—¡Mil veces, sí, mil veces!

—¿Tú crees que el Padre me diría que las guardase?

—Sí, Ramona, sí.

—Déjame pensarlo, Felipe. Tu madre no creyó que las joyas debían ser para mí, si yo me casaba con Alejandro. Por eso me las enseñó: antes nunca me dijo. Una cosa no más me llevé, un pañuelo de mi padre: pero se me perdió cuando salimos de San Pascual. Medio día estuvo Alejandro buscándolo, pero se lo había llevado el viento. Me dio mucho dolor.

Al otro día dijo Ramona a Felipe:—"Felipe, ya pensé: creo que puedo guardar las joyas para la niña. ¿No tendré que firmar algún papel para decir que si ella muere, se las den a la Iglesia, al Colegio del Padre en Santa Bárbara?”.[17]

—Sí, Ramona; y después las pondremos en seguro. Yo mismo las llevaré a Los Ángeles. Es milagro que no se las hayan robado en tanto tiempo.

Y así volvieron las joyas de la Señora Orteña a la custodia del futuro, que en vano intenta penetrar y dirigir el hombre soberbio.

En lo visible al menos, corría la vida serena en la casa de la Señora: nada era más grato a los ojos que aquella rutina de tranquilos quehaceres, goces sencillos y tareas ligeras. Tan apacible era el verano como el invierno, y cada uno traía su belleza propia. No había allí alma quisquillosa o enemiga; y correteando como los pájaros y el sol, triscando, regocijando, aleteando, riendo, veíase sin cesar de colgadizo en colgadizo, de cuarto en cuarto, de jardín en jardín, y en todas partes como dueña, a la criaturita caída del cielo en aquel feliz abrigo, a la linda Ramona. No sabía más de miedo ni desdicha que los capullos de rosa con que le gustaba jugar: y su madre, mirándola largamente, pensaba que desde la cuna había nacido su hija libre de dolor.

En Ramona misma no se veían ya señales de pena, antes le hermoseaba ahora el rostro un nuevo fulgor. Poco después de su vuelta, sintió que por primera vez veía clara toda su desdicha, que no había objeto, sonido, lugar, palabra, silencio, que no le pareciera burlarse de ella, repitiéndole el nombre y el recuerdo de Alejandro. Pero a fuerza de voluntad venció esta pena, que le parecía pecado. No, no debía ser: lo que el Padre decía, venía del cielo: se debe ser feliz, hacer felices a los demás: "¡Dios mío, dame fuerzas para hacer a los demás felices!". Y luchaba contra su dolor, en vigilias tenaces y en mansísimos rezos.

Felipe nada más sabía de estas fatigas. Las supo, y supo también cuando cesaron, y cuando la luz de un nuevo triunfo dio nuevo encanto al rostro de Ramona; pero ni se desalentó con su pesar, ni tomó ánimos cuando vio que lo vencía. Felipe era ya un enamorado más cauto que en sus primeros años de mozo. Él sabía que no le estaba abierto el mundo donde vivía realmente Ramona; pero no había palabra, acto o mirada de ella que no estuvieran llenos del pensamiento amoroso del bienestar de Felipe, y del placer profundo de su compañía. ¡Bastaba para que Felipe, a pesar de su inquietud, no se sintiese desdichado!

Otras causas había, a más del ardiente deseo de merecer de Ramona amor de esposa, para tener inquieto a Felipe. Cada día le era más desagradable la vida en California. Los métodos y tendencias, y los elementos mismos del carácter de los americanos, señores ya del valle, le eran

17 Se añaden comillas.

odiosos. Sus éxitos vociferados, la muchedumbre de sus colonias, sus planes de establecimiento y mejoras, le repelían y exasperaban. Aquella pasión por el dinero y modo desatentado de gastarle, aquellas colosales fortunas, que en una hora se levantaban y desaparecían en otra, se le figuraban a Felipe más propias de jugadores y bandidos que de caballeros. Los abominaba. La vida bajo su gobierno le llegó a ser insoportable: sus instintos heredados, sus preocupaciones, su naturaleza misma, todo se rebelaba en él. Cada vez se sentía más y más solo. En español, apenas se hablaba ya por los alrededores. Comenzó a sentir el deseo ardiente de vivir en México, en aquel México que nunca había visto, y por el que suspiraba como un desterrado. Allí al fin podría vivir entre hombres de su raza y condición, y de creencias y trabajos como los suyos. ¿Pero Ramona? ¿Quería ella ir también? ¿o se sentía ya muy ligada a aquel país en que no había hecho más que padecer?

Por fin le preguntó. Con extraordinaria sorpresa suya, Ramona le dijo:—"¡Felipe! ¡alabado sea Dios! yo nunca me hubiera atrevido a decírtelo: yo no creía que tú quisieras salir de la hacienda. Pero lo que yo sueño para mi hija, lo único que le pido a la Virgen, es que se me pueda criar en México".

Y conforme hablaba, iba Felipe asombrándose de cómo no había entendido antes que Ramona quisiese tener libre a su hija del peligro de raza que había afrontado ella con tanto heroísmo.

El asunto quedó decidido. Con el corazón mucho más alegre de lo que nunca pudo suponer, comenzó Felipe los primeros tratos con unos americanos ricos, que siempre habían querido comprarle la hacienda: y tanto había aumentado el valor de la tierra del valle, que la suma que le dieron, mayor que la que había soñado, era sobrada para empezar con brío, como la tenía pensada, la vida nueva de la casa en México. Desde que estuvo decidido el viaje, y señalado día para hacerse a la vela, se veía el júbilo en la cara de Ramona. Tenía como luces en la imaginación. El porvenir la esperaba, el porvenir, que ella conquistaría para su hija: ¡todo para su hija! Felipe notó el cambio, y por primera vez osó esperar. Iban a un mundo nuevo, a una nueva vida: ¿por qué no a un nuevo amor? Ella había de llegar a ver con qué ojos la quería él: y cuando lo viera, ¿no le pagaría su cariño? Él esperaría, él pensaba poder esperar mucho tiempo. Cuando había aguardado tanto en calma sin esperanza alguna, mejor aguardaría ahora que ya tenía alguna esperanza. Pero no es la paciencia lo que florece en los pechos de los amantes que esperan. Desde que Felipe se dijo por la primer vez: "Será mía, todavía será mía", le fue más difícil refrenar el deseo de poner en palabras y pensamientos el amor que rebosaba de su alma. Aquella fraternal ternura de Ramona, que antes le había sido bálsamo y aliento, le era ya a veces intolerable; y solían ser sus arranques tan bruscos, que comenzó Ramona a padecer del

miedo de haber hecho algo que le desagradase. Felipe había decidido que nada lo tentaría a revelar su pasión y sus sueños, hasta que llegaran a la casa nueva. Pero hubo un instante que pudo más que él y habló, al fin.

Fue en Monterrey. Debían salir a la mañana siguiente, y volvían del barco—adonde fueron para los últimos arreglos—en un bote que remaba despacio hacia la playa. Era de noche, y luna llena. Ramona estaba sentada con la cabeza descubierta en la popa del bote, y el radiante reflejo de la plata del agua parecía flotar a su alrededor, y envolverla como en una miríada de halos. Felipe la estuvo mirando, mirando hasta que no fue ya señor de sus sentidos, y cuando al saltar del bote apoyó ella la mano en la suya, y le dijo, como le había dicho antes cientos de veces:—"¡Qué bueno eres, Felipe!", él, en un arrebato, la tomó de ambas manos, y le dijo: —"¡Ramona! ¡mi vida! ¿no me puedes querer?".

La noche era tan clara como el día. Estaban solos en la playa. Ramona lo miró un instante sorprendida, un sólo instante, y lo entendió todo: "¡Felipe!, ¡hermano!" exclamó, y echó adelante las manos, como para detenerlo.

—¡No, yo no soy tu hermano! ¡Yo no quiero ser tu hermano! Mejor quiero morir.

—¡Felipe!—volvió a decir Ramona. Esta vez la voz de ella lo volvió a sus sentidos. Una voz de terror, de dolor.

—¡Perdóname, mi vida! no lo volveré a decir, ¡pero te quiero desde hace tanto tiempo, tanto tiempo!

Ramona había ido dejando caer la cabeza sobre el pecho, y tenía los ojos fijos en la arena brillante: las ondas se hinchaban y morían, se hinchaban y morían suavemente a sus pies, como suspiros. Aquello había sido para Ramona una gran revelación. En aquel momento supremo en que se descubrió Felipe el alma de todo disimulo, vio de súbito a una luz nueva la vida de aquél a quien había estado mirando como hermano. Sintió pena, pero fue de remordimiento: —"Felipe,—le dijo,—juntando como en súplica sus manos:—he sido muy egoísta. Yo no sabía".

—¡Por supuesto que no sabías, mi amor! ¿Cómo podías saber? ¡Pero yo toda mi vida te he querido! Yo no he querido a nadie más que a ti! ¿no podrás tú quererme nunca? Yo no quería decírtelo ahora, sino más tarde, mucho más tarde. ¡Pero se me ha salido del corazón!

Ramona se acercó más a él, todavía con sus dos manos juntas: "Yo siempre te he querido, Felipe: yo no quiero a otro hombre más que a ti,—y aquí su voz fue un levísimo murmullo, —"¿pero tú no sabes, Felipe, que una parte de mí está ya muerta, muerta,—que no puede

volver a vivir? Tú no puedes quererme para tu mujer, Felipe, cuando hay algo de mí que está ya muerto!”.[18]

Felipe la estrechó en sus brazos. Estaba fuera de sí de júbilo: "Tú no me dirías eso si creyeras que no puedes ser mi mujer,—exclamó: ¡Sé mía, mi amor, con tu alma, y me importa a mí poco que te creas muerta o viva!".

Ramona no hacía esfuerzos por arrancarse de sus brazos. ¡Gran dicha era para Felipe no haber conocido aquella otra Ramona que Alejandro conoció! Esta fiel, esta tierna, esta agradecida Ramona, que se preguntaba fervientemente qué había de hacer para no causar pena a su hermano, que le cedía lo que no le parecía a ella más que fragmento y resto de su vida, que pesaba sus palabras, no a la luz de la pasión, sino a la de un afecto sereno y purísimo, ¡cuán distinta era![19] de aquella que se lanzó a los brazos de Alejandro exclamando: "¡Mejor quiero morirme que estar donde tú no estés! ¡llévame, Alejandro!".

Ramona había dicho la verdad. Parte de ella estaba muerta. Pero vio con intuición infalible que Felipe la quería como había ella querido a Alejandro. ¿Y podía negarse a dar a Felipe la felicidad, el amor de esposa sin el cual no había para él felicidad, a Felipe que la había salvado, a Felipe que quería como padre a su hija? ¿Qué le quedaba a ella que hacer, después de lo que acababa él de decirle? "Yo seré tu mujer, Felipe,—dijo hablando solemnemente, lentamente,—si tú crees que te puedo hacer feliz, y si crees que está bien hecho".

—¿Bien hecho? gritó él, loco del gozo que no había esperado para tan pronto: "Lo que no fuera eso, es lo que no estaría bien hecho. ¡Yo te querré tanto, mi Ramona, que tú olvidarás que me dijiste que había algo de ti que estaba muerto!".

Hubo por un instante en el rostro de Ramona una expresión que asombró a Felipe. Nada: un instante no más: ¡tal vez un rayo de luna! Pasó. Felipe no lo volvió a ver jamás.

Todavía recordaban en la ciudad de México muy afectuosamente al General Moreno, de modo que Felipe halló enseguida amigos. El día después de su llegada se celebró el matrimonio en la Catedral, y no había concurrentes más gozosos que la canosa Marta y el buen Juan Can, a quien no le impidieron las muletas estar arrodillado, con muestras de mucho orgullo durante la ceremonia junto a Marta, y detrás mismo de los novios. El cariño con que los recibieron en México fue más vivo, apenas comenzó a saberse de público la historia de su vida. No se hablaba de otra cosa en la ciudad más que de la hermosa mujer de Moreno, y era para Felipe regocijo grande ver la nobleza y compostura con que en las más altas reuniones se distinguía siempre Ramona. Nueva vida en verdad, y mundo nuevo. ¡Bien podía Ramona dudar que era

18 Se añaden comillas.
19 Se añaden comillas.

ella la misma que había sido! Pero los recuerdos imperecederos estaban de pie en su corazón, como centinelas. Cuando los arrullos de dos tórtolas enamoradas llegaban a su oído, sus ojos buscaban el cielo, y oía una voz que le decía: "¡Majela!". Éste era el único secreto que su leal y amante corazón recataba de Felipe: corazón muy leal, y muy amante: pocos esposos tiene el mundo más felices que Felipe Moreno.

Hijos e hijas le nacieron al caballero mexicano. Las hijas eran muy hermosas; pero la más hermosa de todas, y dicen que la más querida del padre y la madre, fue la mayor, la que sólo llevaba el nombre de la madre, y no era más que hijastra de Felipe,—Ramona,—Ramona, la hija de Alejandro el indio.

FIN

[Fragmentos relacionados con *Ramona*]

[1][20]

———

De[21] estas sombras se daba Ramona vaga cuenta, y solía sentir[22] una tierna compasión por la Señora, aunque sin atreverse a mostrarla[23] más que[24] redoblando su celo doméstico, y trayendo sobre sí la mayor parte de la faena de la casa. No dejaba de notar la[25] Señora aquella leal solicitud, aunque sin sospechar su causa, ni[26] inclinarse[27] a abrir[28] su alma a Ramona.

Uno había, en cambio,[29]

———

[2][30]

RAMONA

[31]La compasión por una raza infeliz inspira el libro entero; p° jamás sale del límite artístico, que manda en las novelas diluir[32] de modo q. no detenga el interés: idilio, tragedia, canto.

———

20 Manuscrito en tinta negra, en una hoja tamaño 20 cm por 22,8 cm, por ambas caras.
21 Tachado en el margen superior de la hoja: "Ramona entendía [encima de esta palabra también tachado: "se daba".] vagamente esta diferencia.
22 Esta palabra y las cuatro siguientes escritas encima de, tachado: "sentir una tierna y complacer con dolorosa hermosa a [encima de esta palabra, tachado: "dolorosa"]."
23 La última "a" escrita sobre "o".
24 Tachado a continuación: "en con".
25 Esta palabra y las dos siguientes, escritas debajo de, tachado: "aquella leal".
26 Esta palabra y las cuatro siguientes escritas debajo de, tachado: "ni mov[erla] decidirla a amor a".
27 La sílaba "se" escrita sobre "los". Tachado a continuación: "a fi[n]".
28 Tachado a continuación: "más".
29 Evidentemente se trata de la traducción de alguna parte de la novela "*Ramona*", de Helen Hunt Jackson, hecha por Martí. Tachado a continuación: "por [debajo de esta palabra "que"] a jamás dejaba de notar".
30 Manuscrito en tinta negra, en dos hojas tamaño 20,3 cm por 22,1 cm, por ambas caras.
31 Seguramente son apuntes para el prólogo que Martí escribió para su traducción de esta obra.
32 Esta palabra escrita debajo de, tachado: "de entretenimiento".

la vehemencia de sus escenas trágicas, nobleza y[33] ternura de las de amor, el [34]y la vida con que describe las de la naturaleza.—

—El[35] libro—Ramona.[36]

H. H.—[37]

El estilo de H. H.

Mas que el libro[38]

[39]

RAMONA

R. is a book to read all day and far into the night: it is full of youthful idealism: it has a charming love story: certain characters like that of the old priest and the business like Mexican lady, are novel, well thought of, and delightful.

R.[40] fue la forma poética de aquellos estudios.

Ella leyó en el mismo Cerro Francisco de Santa B.[41] los manuscritos del Padre Junípero, parecido al Beato Angélico.[42]

No recargada de ciencia.

Estudia las leyes de Indias.

Afiliados.

---

33 Tachado a continuación: “sen[timiento]”.
34 Tachadas las palabras “dolor” y “regalo”.
35 A partir de aquí y hasta “Ramona”, escrito al dorso, apaisadamente, en la mitad derecha del papel.
36 A continuación, palabra ininteligible.
37 Helen Hunt Jackson.
38 A continuación palabra ininteligible.
39 Varias palabras ininteligibles.
40 Tachado al inicio de este párrafo: “The most”.
41 Santa Bárbara.
42 Fra Angélico.

The easy going, generous imprudent Mexican.

A mí me parece este libro una sucesión de cuadros bellos: todos hallarán algo en él: el literato, mérito; el artista, color; el generoso, amigo: la virtud, fuerte ayuda: y los cansados, entretenimiento.

Notas sobre Helen Hunt Jackson.[43]

43 Esta frase añadida en el margen izquierdo del papel, apaisadamente.

Otras traducciones

Pintura japonesa.[44]—

(Traducido de Em. Bergerat,[45] de *Les Chefs d'œuvre de l'Art, á l'Exp.* Univ.— *1878,*— Ed. Baschet,—Librairie Léon Vanier, 19, Quai St. Michel, Paris.)—

Piérdese el origen de la pintura en el Japón en los ciclos fabulosos: consérvase, sin embargo, en el templo Hôriuji el retrato de un príncipe,[46] que data del siglo 7°:—no existe monumento más antiguo del arte japonés.

La primera escuela oficial de pintura fue la que hoy se conoce con el nombre de Edokoro, fundada en 808, ocho años después de la coronación de Carlomagno.—*Ce n'est pas d'hier, comme on voit*,—dice Bergerat—*ernotre Acadèmie de Beaux Arts est une bien petite personne en comparaison de celle-lá*![47]—Créese en el Japón que las producciones de la escuela de Edokoro eran soberbias,—y que unían—en grado tal que no ha sido obtenido después—el vigor a la delicadeza. Nada se ha encontrado de aquel período clásico;—y a buen precio pagaría el Mikado mismo un ejemplar cualquiera, si se hallase.—

El célebre pintor Tsunetaka-Tosa, que vivió en el siglo 9,—inició el período romántico, del que parece haber sido el Eugenio Delacroix.[48] Tiénesele por el fundador de la pintura japonesa moderna y sobre todo por el creador de un género que ha tomado de él el nombre de *Tosa*.—Las obras de Tsunetaka y de su escuela son casi siempre reuniones o retratos de ricos señores, con fastuosos vestidos de ceremonia, recargados de ornamentos. La escuela de Tosa tiene aún prosélitos en el Japón. Más que esto: todavía existe la descendencia de Tsunetaka, y continúa las tradiciones de su antepasado. Todos los Tosa son pintores.

Tanto sucede con los Kano,—otra familia de artistas que comparte con los Tosa el cetro de la pintura en el Japón, y, como los Tosa, perpetúa una serie de modelos consagrados por el gusto público. La pintura, con este nombre de Kano conocida, fue fundada hacia el fin del siglo XIV, por Kano Masanobu,[49] e ilustrada enseguida por su

---

44 Manuscrito en tinta negra en tres hojas tamaño 22 x 30 cm.
45 Em. Bergerat.
46
47
48 Eugène Delacroix.
49 La "s" escrita sobre "n", y la "m" escrita sobre "s".

hijo Motonobu Kano.—Señala y representa la influencia del arte chino en el japonés. Ya desde el siglo XII se había revelado esta influencia en las obras de Kanaoka-Kosé,—y luego, 200 años más tarde, en las de los célebres maestros Kaó, Meitchó, Yosetsú, Shobun y Setsushiu, el pintor-sacerdote, especie de Fra Angélico japonés.—La escuela lleva, sin embargo, el nombre de Kano.—Perpetuada hasta nuestros días esta brillante raza, aún[50] hay Kanos pintores en Tokío.

En 1570 el naturalismo, que, como se ve, es inmemorial, hizo su aparición regeneradora en la persona de Iwasa-Matabêi, creador de las pinturas llamadas Uuki-yoé, lo que literalmente, significa: pinturas de la vida. Es la pintura de costumbres, de observación personal y de actualidad. Su discípulo Hishikawa-Moronobu, continuó sus estudios, y llegó a ser el fundador de la Escuela de Outagawa, que es la Academia libre del naturalismo.

Cuarto género de pintura adoptada por los japoneses es el que llaman: *Sumié*, esto[51] es, pintura con tinta de China, de *é* pintura, y *Sumi*, tinta. Usábanla al principio los poetas y letrados, y no era en los primeros tpos. aplicada más que a la representación de los paisajes. Los pintores que la tratan hoy, permanecen fieles a este principio, y, en recuerdo de los creadores de género tienen el hábito de[52] completar sus dibujos con estrofas de poesía. Estos dibujos están ejecutados ampliamente, sin detalles, y de una manera casi sumaria. No hay letrado japonés que no sea capaz de trazar sobre el papel una silueta del Fusihama, o de alguna otra montaña pintoresca. La pintura por medio de la tinta es algo como un arte de adorno y una ilustración, a un tiempo.

Son, pues, cuatro los géneros de pintura en el Japón usados:

1.ª—La pintura **Tosa—**histórica

2.ª—La pintura **Kano—**que reúne todos los géneros: influencia china.

3.ª—La pintura **Uuki-yoé**—de costumbres.—

4ª.-La pintura Sumié: paisajes con tinta.

50 La “a” escrita sobre “h[oy]”.
51 Coma en el original.
52 Esta palabra escrita sobre “en”.

La más en boga[53] es la pintura Kano, que trata todos los asuntos, y observa la perspectiva. En el siglo 19, recibió nuevo impulso de un artista chino, Chin-nam-ping, que vino a habitar Nagasaki y formó discípulos distinguidos, Buson y Chimuméi entre otros, ambos bonzos y letrados. He aquí, además, la lista de los más ilustres representantes de esta escuela popular:

Masanobu-Kano.— Siglo XIV.
Motonobu-Kano, su hijo.— Siglo XIV.
Setsushiu—pintor sacerdote.— Siglo XIV.
Kasho-Zaigado—" Siglo XVII.
Morinobu Kano,—desc. de Mas.—" Siglo XVII.
Ithi-yo Hanabusa—" Siglo XVII.
Yasunobu-Kano,—desc. de Mas.—" Siglo XVIII.
Buson y Chimuméi, sacerdotes pintores, discípulos de Chin-nam-ping." XVIII.

El siglo XIX no ha escaseado importantes pintores al Japón, algunos de los cuales viven, rodeados del respeto de sus compatriotas.

Oukio-Maruyama florecía en 1840.

Rosetou pintaba en 1850: el mismo año vio brillar[54] los talentos de Kazan—Watanabé, Bou-Tbio-Tani y de aquel Thinzan-Tsubaki, autor del dibujo de aquella[55] maravillosa mampara, de flores de nácar sobre fondo de laca negro, expuesta por Minoda Chiojiro, y que acaba de ser comprada en 65000 fr. por un comerciante inglés. Poco hace ha muerto el viejo profesor Yosaï Kikutbi, de 91 años, maestro del actual Seï-Teï Watanabé. Yosaï se había conquistado una gran reputación en la pintura histórica y en los retratos del género Tosa.

Entre los pintores japoneses que actualmente producen, los más renombrados son:

Nanmei Haruki, de 85 años, notable paisajista;—

Zesin-Shibata, de 60 años, especialista en flores y pájaros;—

Kiyosai-Kawanabé, de 60 años, pintor de retratos;—

Shoka Watanabé, de 40 años, que rivaliza con Zesin-Shibata, en pájaros y flores.—

Con número igual de maestros cuenta la pintura (de costumbres (Auki-yoë):

Su fundador, Ywasa Matabei, del siglo Hishigawa Moronobu contemporáneo de Tèniers.

53 En el manuscrito: "voga".
54 Esta palabra escrita sobre "desenvolverse".
55 La "a" escrita sobre "l" de la palabra anterior.

En 1830 vivió el famoso Fokousaï-Katsushika, tan popular en Europa con el nombre de Ok-saï, autor de los 18 álbumes[s] que todo pintor francés posee hoy en su taller. Fokousaï quiere decir: casa del Norte.—Diósele este sobrenombre, por el aislamiento en que en su casa vivía el pintor.—Desesperado por la muerte de su esposa, a quien entrañablemente amaba Fokousaï, se encerró con su hija en una casa que poseía al N. de la ciudad, y no salió ya de su encierro.—Su hija,[0] que pintaba con él, tiene no escasa parte en los célebres álbumes del pintor. Ok-saï es el Gavarni del Japón,—poco más o menos.

Toyokuni Outagawa floreció en 1850 y Kuniyoshi Outagawa, en 1860.—Como se ve, estos dos pintores habían añadido a sus nombres el de la escuela a que pertenecían. Hiro-Shigué-Kiusai es también contemporáneo. Data del 60.—

Entre los vivos, débese sobre todo nombrar a Kunishika-Outagawa, pintor de retratos cómicos, y a su rival, Yashítoshi-Taiso.

———

Sobre cerámica y bronces, el no. 18 de Les Chef d'oeuvre &.

Japonisants:—amigos de las cosas[0] japonesas.

Teyssier: gran joyista y poseedor de magníficas perlas, en París.—Rue Lepelletier.—

[Ms. en CEM]

s En el manuscrito siempre: “albums”.
0
0

ATROCIDADES EN CUBA[0]

Traducción

Narración de un recién llegado de las filas insurrectas.—Trato bárbaro de los cubanos por las autoridades españolas.—

La siguiente relación de la manera con que a los cubanos tratan las autoridades españolas de Cuba es debida a la Sra. Lila Waring de Luaces que, a la par que su esposo el Dr. Luaces, ha estado encargada durante 2 años de los hospitales de la Insurrección.

Aunque la Sra. Luaces está en América desde la última primavera, el temor de comprometer aún más la salvación de su esposo que quedaba en Cuba, ha dilatado la publicación de estos sucesos.—Sin embargo— destruidas sus fincas y exaltados los ánimos contra Luaces de un modo tal que en nada puede perjudicarle que vea la luz la carta siguiente, nos prestamos gustosos a insertarla en nuestras columnas.—

Al Editor de *The Times*

Señor:

La familia de Manuel A. Acosta estaba el 8 de abril de 1869 en una choza escondida[0] entre los bosques q. se extienden en las orillas[0] del Cauto[0] (Cuba).—Al alejarse de esa choza el infeliz padre en aquel aciago[0] día, cayó en manos de algunos voluntarios que lo atravesaron con sus bayonetas y lo llevaron arrastrando a su casa.—Al verlo bañado en sangre, su esposa, sus hijos y sus hermanas[0] volaron a socorrerlo; pero los españoles indiferentes a su dolor y a las súplicas penetraron en la cabaña donde encontraron a los hermanos Grant,—yerno uno de ellos de Acosta y

0 Manuscrito en tinta negra en 48 hojas tamaño 13 x 21 cm. El manuscrito se conservó en la *Sala Martí,* de la Biblioteca Nacional como parte de la colección del historiador Vidal Morales, contemporáneo de José Martí, quien parece autentificó la autoría martiana de la traducción.. No se ha podido hallar el texto en inglés. En el ángulo superior izquierdo: "De *The Times*./ de New York.—"

0 Esta palabra escrita encima de la línea.

0 Las seis últimas palabras escritas encima de tachado: "en las riberas".

0 Tachado a continuación: "en".

0 Las últimas nueve palabras escritas encima de tachado: "ellas un".

colocando a estos hombres y a la familia toda en el centro de la columna emprendieron viaje p. Bayamo.—Fuera inútil hablar del tratamiento de los prisioneros en el camino, ni de los epítetos con que aquella brutal soldadesca ofendió a las sensibles señoras.—Al llegar a Cauto del Embarcadero, la sangre brotaba de las heridas de Manuel, y los insolentes dicterios[0] que dirigían a las Sras.[0] de aquella pobre[0] familia, exacerbaban[0] los sufrimientos de sus heridas. Aquellos salvajes[0] y allí consumaron la obra de asesinar al anciano, y arrojaron al río su cadáver.—Presa[0] su esposa de la desesperación, intentó varias veces arrojarse al agua—sin que pudiera lograrlo.— Y los españoles condujeron a los hermanos Grant detrás del Cementerio—y allí fueron inmediatamente fusilados.—

En agosto del mismo año, el general Máximo Gómez sorprendió a los españoles en Baire[0]—jurisdicción de Jiguaní,—les obligó a retirarse a sus trincheras,[0]—rescató a varias familias,—e incendió[0] a la población. Cuando Gómez se retiró, los[0] españoles asesinaron a 4 personas del país escondidas entre aquellos escombros.[0]

En setiembre, las tropas españolas de Maniabón (Holguín) se retiraron a Puerto del Padre, y quemaron sus casas, y mataron a todos los prisioneros que tenían con ellos,[0] y decapitaron a siete mujeres y cinco niños.

---

0 Desde aquí y hasta “p. Bayamo”, escrito encima de tachado : “lanzaron gritos de horror y se arrojaron sobre la triste víctima. Pero los españoles no son hombres,— y se sostuvieron ante tanto dolor perfectamente inmóviles.—“ La 1ra. versión continúa con la primera palabra tachada, lo cual parece indicar que el resto de las frases no lo fueron quizás por lapsus: “Manuel Acosta no estaba muerto.—En su casa encontraron a un hombre llamado Grant, su yerno, y a un hermano de Grant, Domingo, que fueron clocados con las señoras en medio de la columna que caminaba hacia Bayamo.—“

0 Estas dos palabras escritas encima de tachado: “sangrientos insultos”.

0 Esta abreviatura escrita encima de tachado: “mujeres”.

0 Estas dos palabras escritas encima de tachado. “su”.

0 Desde aquí hasta “la obra” escrito encima de “despertaban su ira y aumentaban su terrible malestar;—y allí los salvajes concluyeron”.

0 A continuación varias palabras ininteligibles.

0 Antes de esta palabra hay una marca con tinta que se repite después de “lograrlo”, quizás para indicar algún cambio en el texto.

0 La “r” escrita sobre “l”. Tachado a continuación: “en la”.

0 Esta palabra escrita encima de tachado: “fortalezas”.

0 Estas dos palabras escritas debajo de tachado: “y puso fuego a”.

0 La “l” escrita sobre “a”.

0 Estas últimas ocho palabras escritas encima de tachado: “todas las familias que no habían podido escapar”.

0 Estas dos palabras escritas encima de la línea. En el texto que continúa, las dos primeras palabras tachadas y las demás subrayadas.

En octubre, los españoles[0] atacaron a Ramón[0]—Santiago de Cuba—y asesinaron[0] a los enfermos encerrados dentro[0] del[0] hospital[0] y fueron quemados vivos.

En noviembre,—40 soldados de caballería atacaron el Mijial (Holguín),[0] e hicieron 20 prisioneros. Entre estos estaban Carlos Téllez, abogado, y Antonio Infante, labrador,—que tenían sacados los ojos—y fueron fusilados[0] con los demás.

En diciembre, un hombre de apellido[0] Araújo, administrador de un banco en Trinidad,[0] propuso en una sesión del Casino Español el exterminio de todos los cubanos sin distinción de sexos ni edades,[0] inclusas las mujeres y los niños[0] de sus familias, debían ser degollados.—La proposición fue recibida con[0] aplausos.

En enero de 1870,[0] cuando comenzaron la marcha que concluyó con su derrota por Jordan en la Mina, las tropas de Pueyo hicieron prisionero a Francisco Alonso Ramos, de 70 años de edad.—Atáronle las manos unidas a los pies por detrás, haciendo un círculo de su cuerpo, y en esta posición lo colgaron de un árbol por sus muñecas, y así lo tuvieron toda la noche. El día siguiente lo acabaron a machetazos[0] y dejaran su cadáver insepulto.

En abril siguiente, Narciso Tamayo, de Sierra Maestra, escribía[0] lo siguiente:

---

0 En el manuscrito, por lapsus: “españolas”.
0 Ramón de las Yaguas.
0 Tachado a continuación: “todos”.
0 Estas dos palabras escritas encima de tachado: “que había en”.
0 Se añade “d”, no escrita en la 1ra. versión al parecer por lapsus.
0 Punto a continuación, no tachado por lapsus, pues la 1ra.versión continúa tachada: “Se les envió, se les llevó a lo alto del edificio,”. Encima de lo tachado, escritas tres palabras ininteligibles.
0 Tachado a continuación: “indefenso,”.
0 Esta palabra escrita debajo de tachado: “asesinados”.
0 Estas tres palabras escritas encima de tachado: “español llamado”.
0 Se añade coma.
0 Desde “el exterminio” hasta aquí, escrito encima de tachado: “ que todos los cubanos y todos los miembros”.
0 Coma en el manuscrito.
0 Tachado a continuación: “gran”.
0 Desde aquí, escrita una 2da. versión encima del texto que continúa sin tachar: “y en la acción de La Mina en que fue derrotado el ejército q. mandaba el gl.”.
0 Estas tres palabras escritas encima de tachado: “mataron, cortaron sus muñecas”.
0 Tachado a continuación: “al Departamento, como sigue.”

“Después[0] de haber visto[0] matado a mis tres hermanos. Los españoles asaltaron el campo en que mi familia vivía. Las primeras noticias que llegaron hasta mí me hicieron creer que sólo habían matado a mi padre y a mis hermanos Juan, Pancho y Gavino, pero últimamente he sabido que nadie escapó. Mi madre y mis hermanas fueron también asesinadas por estos infames”.—

En mayo, los españoles del campamento Las Parras (Camagüey) sorprendieron una choza en los bosques. Sabían que un patriota había estado en ella recientemente, y como no pudieron encontrarlo, saciaron su rabia en una mujer que[0] hallaron allí y en su niño de algunas horas de nacido.

Salvador Cuevas, de Villaclara, con fecha 20 de enero [de] 1870, escribe así:[0]

“Vivían en un rancho en Arroyo Blanco los pacíficos ciudadanos Pastor Figueredo y Antonio León, de 70 años los dos, y con ellos Caridad, hija del primero, y sus hijos Juan, de 20 años, Leonila y José Celestino, más jóvenes,—Santos Medina, Ramón de León y otros dos niños. Los soldados los sorprendieron al oscurecer;—Medina y Juan escaparon después de una rudísima lucha, con tres heridas aquél de bayoneta en el pecho y brazo, y con cuatro Juan;—Ramón de León pudo internarse en los bosques, y los bárbaros españoles ataron a doña Caridad y a los dos viejos y los quemaron vivos en la choza. La luz del día siguiente alumbró sus cuerpos carbonizados.

“Las atrocidades que esos salvajes cometen son más horribles cada vez.—Encontraron en enero a la esposa de Nicolás Quirino, prefecto de Seibabo, y su hijo, de 12 años de edad. El muchacho procuró correr, pero su madre le detuvo, pensando que el hecho de evitar ella misma que se escapara, y su edad, le salvarían de la furia de aquellos tigres. Pero, en medio de sus lágrimas y ruegos, rompió[0] el cráneo del niño[0] una bala, y cuando cayó en los brazos de su madre, se arrojaron[0] sobre ella, lo arrastraron de su lado, la amenazaron con la muerte si se movía, y ante sus ojos mutilaron a su hijo con horrible obscenidad, y ante ella lo mataron al fin a puñaladas”.—

0 La “D” escrita sobre “d”. Tachado antes: “Un mes”.
0 Lección dudosa. Estas tres palabras escritas encima de tachado: “habían”. A continuación dos palabras ininteligibles.
0 Tachado a continuación: “había sido”.
0 Se añade dos puntos.
0 La sílaba “pió” escrita encima de tachado: pieron”.
0 Tachado a continuación: “arrojándole”.
0 Tachado a continuación: “de”.

En julio [de] 1870, el traidor Lolo Benítez a la cabeza de una partida de voluntarios atacó a Riíto, en Jiguaní, y capturó 29 prisioneros. Y dos eran viejos—y dos estaban enfermos—y los demás eran mujeres y niños;—y fueron asesinados— y sus cuerpos fueron impíamente mutilados.

En noviembre del mismo año, después de un[0] encuentro entre los españoles y los cubanos en La Aguada (Tunas) capturaron aquéllos a los pacíficos ciudadanos Macías y Manuel Fornés, ajenos completamente a la revolución. Con estas víctimas añadieron los españoles a su crueldad la más espantosa blasfemia. Representaron con los prisioneros la sagrada tragedia del Calvario:—colocaron en sus frentes coronas de espinas;—cargaron sus espaldas flageladas con la cruz, y los crucificaron al fin!—

En octubre de 1870, muy poco tiempo después de los asesinatos de los Caballero y los Molina, sorprendió una columna a Manuel Montejo, tranquilo y respetable anciano de 80 años y al joven Francisco Benavides, en San Severino, finca del Sr. Montejo, distante tres leguas del Guasimal, lugar fatídico del asesinato de los Molina. Con el Sr. Montejo estaba su hija, encantadora joven recién casada. Cuando llegó la columna, los hombres fueron arrancados de la casa, y el anciano,—que estaba muy enfermo, fue colocado en una silla.—Rodeó la joven con sus brazos el cuello de su padre, y aseguró al jefe de las fuerzas que él había intentado presentarse mucho tiempo hacía, pero que se sentía tan débil y tan extenuado que no había podido hacer su viaje al campamento.—Hablaba a fieras la desventurada joven.—Levantó uno la culata de su fusil, y se lanzó con él sobre el anciano; y cubrió ella con su cuerpo el cuerpo de su padre, y le ocultó en su seno la cabeza, y recibió en su espalda el golpe bárbaro que lo hubiera hecho morir.—Su inmenso amor fue vano.—La arrastraron de allí violentamente,—ataron las manos de Montejo, Benavides y un mulato de la finca,—los llevaron a unas cien varas de la casa—y a puñaladas y a bayonetazos dieron fin a su vida—y colocaron el cadáver del mulato en cruz sobre los otros dos cadáveres—y volvieron a la choza—y dijeron a la desolada, a la abandonada, a la tristísima hija—ve, sí quieres,—y entiérralos—Y ella fue. Y los abrazó. Y los enterró.—

En los primeros días del último enero, la Sra. Agüero, con sus hijas Leocadia y Clotilde, de 18 años aquélla y 15 ésta, vivían una vida retirada en su ingenio La Gloria, distante unas cuatro leguas al Este de Puerto Príncipe, en el camino de Sibanicú. La Sra. Agüero, célebre por la hermosura con que engalanó la naturaleza los días de su juventud, conserva aún no muy comunes

0 Tachada “a” al final de esta palabra. Tachado a continuación: lu[cha]

encantos.—Bondadosa, atenta, perfectamente educada y hermosa todavía, es una de esas bellísimas mujeres que hacen tan justamente orgulloso al Camagüey.—Pero la belleza extraordinaria de sus hijas, y de Clotilde especialmente, oscurece cualquier otro astro del cielo de las bellezas cubanas.—A un cutis que a la nieve ha robado su espléndida blancura, y a la riqueza prodigiosa de unos cabellos que hacen dudar si aún tiene rayos de oro el sol, ha unido la Diosa del Contraste unos ojos que han compartido con la noche su negra brillantez.—Y son sus formas tan perfectas como es hermosa su faz.—

Una columna de españoles al mando del Brigadier Fajardo, el mismo miserable que reemplazó Morales de los Ríos en Sancti Spíritus, llegó a La Gloria.—Venían a llevar a las dueñas de la casa a Puerto Príncipe, y les mandaron que subiesen en la delantera de las sillas en que montaban los soldados.—El dolor de aquellas dulcísimas criaturas subleva y acongoja.[0]—¿Subir[0] ellas, allí, en brazos de aquella infame y asquerosa soldadesca?—¡No!—Las mujeres cubanas quieren[0] antes morir.—Declararon que estaban prontas a ir a pie[0] a Puerto Príncipe.—Y por el árido, rudo, pedregoso camino, confundidas entre aquel montón de todo lo execrable y repugnante, impíamente insultadas, sacrílegamente mofadas, anduvieron, se esforzaron, se arrastraron cinco o seis millas aquellas hermosas e indefensas criaturas. Y distaba aún el Príncipe seis millas más. Y a esta distancia, preguntó ásperamente Fajardo por qué no adelantaba más la columna.—¿Qué… es eso?—¿Por qué no andáis más aprisa? Alguien le dijo que la columna marchaba al paso que caminaban las señoras que no habían querido subirse con sus soldados a caballo.—

—¡Qué! exclamó. ¿No han querido montar con los soldados? ¿No han querido?—¡Alto la columna!—¡Vayan corriendo 10 ó 12 a la manigua!—¡corten una docena de cujes!—¡apaléenlas!—que yo las azotaré hasta que obedezcan!—

Un hombre—¡quizás pensaba en su madre o en su hermana!—se apeó, y acercándose respetuosamente a la Sra. Agüero, con la cabeza descubierta, le dijo:

---

0 Tachado a continuación: “el pensamiento”.
0 Esta palabra escrita sobre “Sentarse”.
0 Esta palabra escrita encima de tachado: “saben”.
0 Esta tres palabras escritas encima de tachado: “que se las condujera”.

—Señora—suplico a Vd. que se conforme con la orden del jefe, por repugnante que sea, porque lo conozco bien, y sé que siempre hace, cuando puede, lo que dice que hará.

Callaron las señoras, y subieron.—Y[0] entraron en Puerto Príncipe, sentada cada una delante de uno de aquellos miserables, que las manchaban con el aliento de su crueldad—que las rodeaban con su brazo impuro.—El dolor fue demasiado grande para la hermosa Clotilde.—Al llegar a Puerto Príncipe, la parte más baja de su cuerpo era presa de la parálisis, y el Dr. Risco que aguardaba su llegada, desesperaba de que pudiese volver nunca a su pasada agilidad.

Rafael Varona había servido en la Caballería a las órdenes de Ryan, y cuando este dejó la Isla fue designado para el mando del cuerpo.—Al tiempo de su captura,[0] estaba de visita en un rancho que se había construido en los bosques, donde se ocultaban algunas treinta señoras,—tres de ellas hermanas suyas,—y muchos niños.—Guiado por algún traidor, un cuerpo de españoles, dividido en dos columnas llegó hasta el rancho y lo rodeó.—Varona conoció que había llegado el momento decisivo para él; pero montando su revólver, salió a encontrar a los crueles tiranos de su patria. Las mujeres y los niños caían desmayados. La bala de un fusil se sepultó en la cabeza de Varona.—Apoyado sobre una rodilla, disparó seis tiros de su revólver e hirió con ellos dos hombres.—Tan pronto como concluyeron los tiros de su arma, se arrojaron sobre él los españoles, y concluyeron de asesinarle a puñaladas.—No podían, sin embargo, identificar su víctima, y arrastrando a una de las señoritas—María Aguilar hacia el[0] cadáver, la amenazaron con la muerte si no declaraba el nombre del que acababa de morir.—Ella dijo que era de Holguín,—que a nadie conocía en aquella jurisdicción, y que ignoraba completamente lo que le pedían que confesase.—Uno de los movilizados se acercó al cuerpo, y lo reconoció como el cadáver de Varona.—Grande fue la exaltación entre los salvajes. Se apoderaron de todas las mujeres y los niños, las pusieron en las filas, y atando entonces por los tobillos el cuerpo de Varona a la cola de uno de los caballos, lo arrastraron en todas direcciones rápida—vertiginosamente, ante todos, ante sus tres hermanas que estaban entre las tristes prisioneras.—En una de las carreras del caballo, el cadáver tropezó[0] contra el tronco de un árbol,[0] y el Comandante dijo al bárbaro conductor:—"Apóyate en los estribos, y

0 Tachado a continuación: "estas".
0 Tachado a continuación: "vi[sitaba]".
0 Tachado a continuación: "cuerpo".
0 Esta palabra escrita debajo de tachado: "chocó".
0 Desde aquí y hasta el fin del párrafo cambia la caligrafía.

tira bien de él."—Y con gran contentamiento de los salvajes, la cabeza de Varona se separó prontamente del cuerpo, y sus sesos quedaron estampados en el tronco del árbol.—

Ni en tierra ni en edad alguna ha inventado la crueldad humana medio más horrendo de matar que aquel con que pusieron fin a la vida de Manuel García. Era su crimen administrar el ingenio Triunfo—perteneciente a la familia de los Guerra, servidores en las filas patrióticas.—Fue capturado por una columna de tropas regulares, mientras inspeccionaba las haciendas del lugar. Le llevaron bajo un árbol vecino, y allí le ataron por las dos muñecas las dos manos juntas, sobre la cabeza.—Unieron luego a las muñecas un pedazo de cuerda, y atando un extremo a una rama del árbol, amarraron el otro a una estaca. Levantaron previamente al desventurado anciano, de manera que cuando la cuerda estuviese en estado de tirantez, distasen los pies[0] una yarda del suelo.—Alzando entonces la cuerda cerca del extremo atado a la estaca, lo levantaron 20 ó 30 pies en el aire, y lo dejaron súbitamente caer.—Al primer golpe, los dos brazos del anciano se separaron crujiendo de los hombros.—¡La agonía, la inmensa agonía fue espantosa!—Él imploraba que lo matasen, y ellos alzaban y dejaban caer.—Y él seguía implorando.—Y ellos seguían precipitándolo desde la misma altura.—Y el cuerpo del anciano se rompía en pedazos, y aquellos demonios rebosaban en infernal alegría, y empujaban, empujaban y lo dejaban rápidamente caer.—Esto duró treinta minutos, y cuando vieron que ya no existía, tomaron estacas de la hacienda vecina y terminaron su obra apaleándolo.

La familia de Mola, es—o era—de las más ricas del Camagüey.—Era de aquellas familias de que "todos los hijos son bravos, y todas las mujeres son hermosas."—Los hombres por su experiencia, arrojo,—actividad, y costumbre en las rudezas de la vida—son sin disputa modelo de salud y virilidad.—Y las mujeres, amables, atentas y de sorprendente hermosura,—el orgullo de Puerto Príncipe y Camagüey.—Todos los hombres de esta familia se unieron a la Revolución apenas apuntaban sus albores;—y todas las mujeres han dado la decisión de su entusiasmo y la firmeza de su alma al patriótico movimiento,—imagen perfecta de nuestras más nobles mujeres de 1776.—Todos los hijos de esta familia estaban casados, y las dos jóvenes víctimas del último asesinato—Mercedes y Juana Mola,—se distinguían por su educación y belleza, y eran esposas de Melchor y Alejandro Mola.—Alejandro Mola,—marido de Juana,—era cojo antes de la

0 Estas palabras escritas encima de la línea.

Revolución, y recibió un tiro en una batalla que le rompió la otra pierna. Imposibilitado de evadirse, fue deliberadamente despedazado, rasgado, muerto a pedazos por los españoles.

Otro hermano, Gregorio, había sufrido precisamente la misma suerte muy poco tiempo antes. —Sorprendido por una gran partida de españoles, su espada se le enredó en las piernas y le hizo caer, cuando iba a buscar su salvación en la fuga—y fue la muerte inmediata a la caída.—

Un sobrino de estos, Julio Mola, vivía en una choza en los bosques con su esposa, cerca de Las Palmas, y vivía así porque sus numerosas heridas y la pérdida parcial de la vista le inutilizaban para el servicio activo en la Revolución.—Los españoles, al mando del Capitán Obregón, hallaron un día el camino de la choza. Julio Mola no ejercía en vano una incesante vigilancia, y, apenas los distinguió, corrió a ocultarse en los bosques a espaldas de la casa.—Obregón preguntó a su mujer dónde estaba, y ella le contestó que siendo inútil para servir más tiempo a Cuba, él había intentado presentarse, y sólo le había impedido hacerlo el temor a Obregón. Este le aseguró que respondía de su vida, y que desechase, pues, todo temor hacia él.

La esposa fue a buscarlo al bosque.

—Ven—le dijo. El oficial en jefe me ha empeñado su palabra de que tu vida no corre peligro. Ya tú no puedes servir más a tu país. Vámonos todos.

Mola, su esposa y sus dos hijos fueron conducidos al campamento fortificado español de Las Parras, y en él estuvieron detenidos dos días. Al cabo de ellos, Obregón, violando su promesa lealmente aceptada, o evadiendo por lo menos cumplirla, encargó de los presos al Comandante del fuerte.

Al 3er. día de su presentación, se recibió orden en el fuerte para que todos los que en él[0] estuviesen se dirigieran a Puerto Príncipe.—Puestos en camino, y en las cercanías del ingenio Santa Isabel, el jefe español de la columna ordenó que fuesen delante la esposa y los hijos de Mola.—Tan pronto como se perdieron de vista, se hizo bajar al prisionero.—Entonces y allí mismo no fue su cuerpo al instante más que una masa informe de su sangre y carne dividida, despedazada, rota, por las armas homicidas. No hubo una sola detonación. Su cadáver quedó

---

0 Tachado a continuación: “se”.

insepulto. Sus verdugos entraban en Puerto Príncipe conduciendo a la viuda y a los huérfanos de la víctima.

El inocente niño de Mercedes Mola, a quien los españoles dejaron por muerto en la horrenda barbarie de que hicieron víctimas a su madre, a Juana Mola, y a sus hijos,—me proporciona la relación de este tristísimo suceso.

Juana, viuda ya, y Mercedes vivían en una cabaña en el bosque, cerca del campamento español en Lázaro.—Con ellas estaban tres hijos de Mercedes y cuatro de Juana.—Melchor Mola —esposo de Mercedes—había sido Prefecto de Caonao, bajo el Gobierno cubano, pero se había retirado del servicio. No había entrado en el ejército por el trabajoso estado de salud, y porque tanto en Cuba, como en París, como en esta ciudad donde se educó, se ha visto siempre sujeto a frecuentes ataques epilépticos. Las señoras no tenían criadas con ellas, y Melchor vivía en una choza pequeña, distancia de una milla de su familia—Lázaro está situado a 12 leguas al O. de Puerto Príncipe, camino de Sancti Spíritus y el campamento español estaba mandado por el coronel Francisco Acosta, un renegado cubano. Este Acosta, el mismo día del asesinato, 6 de enero último, se detuvo en el pequeño rancho de las señoras Mola, al volver de Puerto Príncipe a su campamento, y rogó a Mercedes que empleara para que su marido se presentara toda la influencia de que sabía él disponía.—Y aún añadió que no saldría del campamento aquel día,—porque esperaba ver en él a Melchor.

Al caer la noche, varios soldados se presentaron en el rancho, e hicieron abandonarlo bruscamente a las Sras. y sus niñas, exigiéndoles en medio de amenazas que les entregasen todo su dinero y sus prendas. Dijeron las Sras. que ellas no tenían ninguna.—Uno de aquellos infames, excitado por la furia al ver contrariados sus designios, desenvainó su espada, y asestó con ella un terrible golpe en las espaldas de Mercedes. Al ver este ultraje sangriento, el niño que me refiere estos hechos se abalanzó a su madre, rogándole que si algo tenía, lo diese, y salvase así su vida.

Mientras tanto, otro de los malvados había tendido a Juana en el suelo.—Y entonces, excitados como los tigres por el aroma de la sangre, no hubo más que demonios que asesinaban y ángeles e inocentes que morían.—Un golpe que le dividió la cabeza arrojó a Mercedes a tierra, y allí, luchando en su desesperada agonía, fue como tantos han sido, rabiosamente despedazada. Montón informe, masa sanguinolenta fue hallado su mísero cadáver.—El pobre niño se envolvió

con los pedazos de la que fue madre adorada suya, y la ceguedad de los chacales les hizo ver en el niño herido otro nuevo cadáver.—Juana murió con toda la terrible rapidez que Mercedes había muerto.—Y aquellas furias destrozaron los cuerpos de cuatro niños más.—Y cuando al día siguiente, consiguieron encontrar seis cadáveres,—faltaba en ellos la cabeza de una niña de cuatro años—¡trofeo quizás de la heroicidad de aquellas hienas!—¡Oh! pero aquellos españoles habían adivinado la manera de ser más que tigre feroz, más que hiena aún.—Habían adivinado que se podía prender fuego a una choza donde hubiese una niña viva de dos años.—Y prendieron fuego,—y celebraban con carcajadas los lamentos de muerte del ángel—y la niña se quemó.—¡Oh!—Se quemó.—El niño que me cuenta esto, dice y lo dice siempre:

—Mi hermanita estaba vivita quemada.—

Acosta confiesa en su carta que oyó hablar de la muerte aquella noche, y oyó desde su campo los gritos de agonía de las mujeres, y vio las llamas de la choza quemada, y fue tranquilamente la próxima mañana a Puerto Príncipe, sin visitar antes el espantoso lugar.—El pobre niño, a quien los españoles dejaron por muerto, huyó a los bosques apenas se alejaron.—Dice que 2 o 3 veces durante la noche se aventuró a asomarse al camino, por si veía pasar alguien que lo conociese.—Encontró por la mañana a un mulato antiguo esclavo de la familia, le relató la terrible historia, y juntos vieron los mutilados cadáveres allí.—Llevó entonces el mulato al niño a donde su padre estaba oculto.—Melchor Mola, al oír la horrorosa relación, perdió con ella la necesidad de su vida y murió de dolor muy pocos días después.

Mercedes tenía 35 años.

Juana tenía 33.

En sus días de juventud, Mercedes era la mujer más hermosa del Príncipe, y se le llamaba “la bella camagüeyana”.

———

En los primeros días de la guerra, la señora Ana Caballero, opulenta y estimable anciana, de 72 años de edad, vivía con cinco hijos y varias hijas en su ingenio Ingenio Grande a 3 leguas de Puerto Príncipe. No habían sus hijos tomado parte activa en la Revolución, ni civil ni militarmente

había ninguno de ellos servido a la República. En junio de 1869, una columna española se presentó en Ingenio Grande, y se apoderó de tres de los hijos de la señora Ana que estaban allí entonces. El jefe de la fuerza dijo que tenía órdenes para llevarlos a Puerto Príncipe, y ninguno de los tres hermanos opusieron resistencia.—Uno de ellos era perfectamente idiota desde su nacimiento.—Los Caballero no llegaron a la ciudad.—Fueron degollados y atravesados a bayonetazos, incluso el idiota, en medio del camino.—Cuando los cubanos oyeron la noticia del asesinato de los hijos de la señora Caballero, enviaron emisarios a ella rogándole que abandonase su finca y fuese[0] a ocultarse en los bosques.—Siguió la desolada madre este consejo y con sus hijos Juan y Manuel y sus hijas se refugió en Santa Ana, hacienda cercana al Príncipe y a legua y media del Guasimal. De sus dos hijos, Manuel se moría de consunción:—apenas podía ya respirar.—

En octubre de 1870, se envió de Guasimal a Santa Ana un cuerpo de 400 españoles que sorprendió a la familia Caballero.—Manuel estaba, por supuesto, en su casa, que ya apenas si podía darse razón de que vivía. Y desgraciadamente también estaba en casa su hermano Juan.—Los bárbaros ataron a Juan los brazos delante de su madre y sus hermanas, lo llevaron a unas 200 varas de la casa 300 de los hombres que habían venido del Guasimal—y allí fue fusilado.—Manuel había sido sacado de la casa sentado, porque era tanta su debilidad que no podía estar un instante en pie;—y su pobre madre estrechaba con sus manos la cabeza de su hijo moribundo—y la reclinaba en su seno.—La guardia compuesta de 15 o 20 hombres dijo a la anciana que tenían órdenes para llevárselo muerto o vivo—Elia les imploró caridad en gracia a su triste condición;—ella les dijo que no le quedaban quizás más que cortas horas de vida;—ella olvidaba que no hablaba con hombres.—

—Por los menos, les dijo, déjenme Vds. darle una copa de soda, porque si no tal vez se me muera en el camino.

A esto al fin accedieron, y cuando entró en la casa a buscar la medicina de la muerte, uno de los villanos apuntó a las sienes de su hijo.— La bala entró por la frente, y atravesando la cabeza, salió de ella y fue a sepultarse en el cuerpo de la madre, en el lado derecho del sacrum.—Fue a los tres días extraída la bala de la parte superior del fémur derecho por el Dr. Risco, que me proporciona estos detalles.—Cuando la señora Caballero se sintió herida, cayó exclamando:

0 Esta palabra escrita sobre palabra ininteligible.

—¡Oh, Vds. me han matado!—

No sabía la anciana madre que aquella misma bala había atravesado la frente de su pobre hijo enfermo.

La bala, según el Dr. Risco, era una bala de a onza, y cuando la extrajo, estaba aplastada en sus dos extremos, reteniendo su calibre natural en el centro—Examinándola, descubrió que firmemente adheridos al centro de la bala, y entre los dos extremos aplastados, había pequeños pedazos de huesos humanos.—No había la bala interesado hueso alguno en el cuerpo de la Sra. Caballero, pero las partículas del hueso frontal del hijo se habían introducido once pulgadas en el cuerpo de la madre—

Cuando al caer exclamó la anciana:

—¡Oh, Vds. me han matado!—

Su exclamación despertó esta respuesta:

—Bien empleado te está por estar con los insurrectos.

Por este tiempo, Juan y Romualdo Molina estaban en su hacienda en el Guasimal, a 8 leguas de Puerto Príncipe, en el camino de Vertientes. Con ellos vivían la esposa de Romualdo, una hija de la familia de Mola, cuyos asesinatos han sido ya narrados, y un hermanito de ésta, Aurelio Mola, de 11 años.

Una columna española, compuesta de 800 a 1000 hombres, llegó a la finca, y no encontrando a los hombres, llevó a la Sra. Molina a P. Príncipe.—Los hombres estaban ocultos en la manigua a espaldas de la casa. Ellos habían construido allí tres chozas de palma, más cercana una que otra a la casa de vivienda de la finca.—Un negro les había ayudado a fabricarlas.—Corrió enseguida a ellas;—pero ya fuese capturado, ya denunciase a sus amos por la esperanza de una recompensa, el negro les hizo traición.—

Muy poco tiempo después de la captura de la Sra. Molina, volvieron los españoles acompañados del negro, que los condujo a la tercera choza,—y en ella fueron capturados los Molinas y el último de los Mola. Sus cuerpos fueron hallados al día siguiente; pero tan

espantosamente mutilados que era muy difícil reconocerlos. Las partes genitales y orejas de los tres infortunados habían sido cortadas, y en tantos pedazos estaba dividido el cuerpo del niño que sólo por sus vestidos se le pudo identificar.

——

Y en la alborada de la insurrección, antes que ninguno de esos crímenes anteriores hubiera sido cometido, el Sr. Morel, un cubano que vivía a corta distancia de P. Príncipe, envió a su hija, mujer de regular edad, a buscar a la ciudad cierto dinero—que había depositado algún tiempo antes en manos de un español.—

Cuando la Srta Morel dijo el objeto de su visita, el español dijo rotundamente que no había recibido ninguna cantidad.—Dispúsose ella entonces a volver a casa de su padre; pero el español, creyendo que era aquella favorable ocasión para librarse del pago de la deuda, se presentó al Gobernador para decirle que tenía razón para creer que la señorita Morel no tenía más objeto verdadero de venir al Ppe.[0] que traer correspondencia de su padre para ciertos auxiliares de la insurrección que aún vivían en la ciudad.

El Gobernador ordenó que le fuese presentada la Srta Morel, que aún no había dejado el Príncipe, y fue conducida a su presencia. El ordenó que una mujer la desnudase en un cuarto inmediato, y después que sus vestidos habían sido minuciosamente registrados, hizo que se le pasase revista ante él y una comisión de Oficiales de su Estado Mayor, sin permitirle más vestidos entonces que un camisón.

L. W. de Luaces

New York, 10 de diciembre de 1871. «

(Traducido por José Martí)[0]

"Atrocidades en Cuba"

Carta traducida del *Times* de N. York[0]

---

0 Puerto Príncipe.
0 Escrito a lápiz con otra caligrafía.
0 Estas dos frases escritas al dorso.

Poemas

DE HORACIO[0]

Se, mi Delio, en las penas arrogante; Sé, Delio, en las desgracias generoso;[0]
Y en los éxitos cuerdo. Mira, Delio,[0]
Que has de morir: Has de morir, ya vivas
Torvo y callado, ya en las fiestas goces[0]
Sobre el césped — Falerno bueno.[0]
Tú conoces aquel lugar sabroso
Donde altos pinos y castaños blancos
Por regalarte con su sombra amena,
Sus ramajes con flores[0] entrelazan.

---

0 Manuscrito en tinta azul. Traducción de la Oda III "Aequam memento rebus in arduis..." del Libro Segundo, de Horacio, dedicada a Quinto Delio, autor de una historia de la expedición de Antonio contra los partos (36 a.n.e.), en que él participó. Esta frase añadida en el margen derecho de los dos primeros versos tachados: "Conserva, oh Delio, el ánima serena / En las desgracias; y en tus bienes, goza".

0 Esta variante añadida encima del verso y debajo de lo tachado.

0 Se añaden comas.

0 Las tres últimas palabras escritas debajo de tachado: 1ª. versión: "las [la "s" escrita encima de "has" (lección dudosa)] tus fiestas"; 2ª versión: "las fiestas; 3ª. versión, en la misma línea: "días festivos".

0 A partir de "césped" escrito debajo de, tachado: "césped […] del buen Falerno. / Tú sobre húmedo césped, del buen".

0 Estas dos palabras escritas encima de, tachado: "má[s] floridos".

Y donde en altos montes, los risueños
Hilillos del arroyo saltan, se huyen,
Triscan y juguetean. Haz que lleven
Vinos, y esencias, y las dulces rosas,[0]
Las rosas ay! tan dulces y tan frescas!
Tu edad, tu hacienda, y las ceñudas Parcas
Te lo permiten. Deja, deja alegre[0]
Tus vastos parques, tu lujosa casa
Y estos q. baña el Tíber, altos alcores.
¡Lo gozarán después tus herederos!
Rico, o pobre, o de Inaco veterano
Hijo, o de vil mortal, de morir tienes,
Delio. Todos morimos. Nuestra suerte,
Mientras vivimos, en la ___ urna
Bulle, y al cabo sale, y a la barca
Nos lleva, y a [...] destierro![0]

[Ms. en CEM]

---

0 Se añade coma.

0 Tachado el verso siguiente: “Tus parques, casa”.

0 Este verso escrito apaisadamente en el margen izquierdo.

HORACIO[0]

[Segundo borrador][0]

Conserva, oh Delio,[0] el alma generosa
Siempre serena en las desgracias: sea
Tu gozo en tus festines no excesivo[0]   moderado.[0]
Tú, Delio, has de morir. De morir tienes
Vivas alegre, en plática sabrosa
Con el Falerno rico, o vivas triste.[0]
Bien conoces el plácido retiro
Donde altos pinos y castaños blancos
Por darte sombra, enlazan sus ramajes—
Y donde los hilillos retozones
Del arroyuelo, juegan: ve que lleven
Vino, y perfumes, y las bellas rosas
¡Ay! que tan poco duran: tu[0] riqueza

---

0 Manuscrito en tinta azul, al dorso del anterior. Este nombre añadido encima del primer verso.

0 Se determina porque incorpora las enmiendas del anterior borrador.

0 Se añaden comas.

0 Estas dos palabras encerradas entre corchetes.

0 Añadido a continuación del verso.

0 Tachado el verso siguiente: “Tú conoces la plácida comarca”.

0 Tachado a continuación: “fortuna”.

Tu edad te lo permiten, y las[0] sombrías
Blancas hilanderas. Deja alegre
Estos[0] parques inmensos, esta casa
Que ayer compraste;[0] deja la alquería
Que el Tíber baña; frutos de herederos!
Rico, o pobre,[0]
Tú, Delio, has de morir. Morimos todos:
En fatídica urna nuestra suerte
Hierve mientras vivimos, y al fin rompe
Tarde o temprano, al paso nos conduce[0]
De la barca, y al ___ destierro!—

[Ms. en CEM]

0 Tachado a continuación: “Parcas”.

0 Tachado a continuación: “inmensos”.

0 Tachado a continuación: “y”.

0 Tachado a continuación: “y villano o caballero”. Encima, también tachado, varias palabras ininteligibles.

0 Estas cuatro palabras escritas debajo de, tachado: “y nuestras vidas lleva”.

EMERSON[0]

Gracias al mar espumante,
Gracias a la luz del alba,
Al bosque libre de cabellos verdes
Y de New Hampshire a las tierras altas!
Gracias a cada hombre bravo
Y mozas de mente casta,
Y al chicuelo que juega sin cuidado niño[0]
Y hacia atrás nunca vuelve sus miradas.

Ciudad de hoteles soberbios,
Ricos de espléndidas casas,
El vicio anida en vuestros cuartos regios
Y bajo vuestros techos de pizarra!

Las letras no animan mucho,
La política es villana,
Muy lejos en los antros de la historia
Está la voz clara.

Calles y comercio enredan,

---

0 Mecanuscrito en tinta azul. Este nombre manuscrito en tinta negra. Traducción del poema “The World-soul”, de Ralph Waldo Emerson.

0 Esta variante añadida con lápiz al final del verso.

Flojos nuestros cuerpos andan,[0]
Urdimos, corrompémonos, y al mismo Tramamos,[0] niño[0]
Aún no nacido su heredad se arranca.

Pero una noble figura
En la sala está sentada,
Nuestro ángel, en forma de extranjero,
O de ojos de mujer que piden gracia:[0]
O del sol un rayo vivo
Penetra por la ventana,
O su desdén hermoso y soberano
Sobre el mortal la música derrama.

Sorprende al triste en sus sótanos
La inevitable mañana:
Naturaleza, que lo ama todo,
También sonríe en las oscuras fábricas!

En las cúspides de púrpura,
En el cielo entre murallas,
En interruptos techos aparecen
Todas las maravillas ignoradas.

---

0 Se añade coma.

0 Añadido con lápiz en el margen izquierdo.

0 Añadido con lápiz en el margen derecho.

0 Los dos puntos añadidos con lápiz.

El Alma que nos asedia
Nuestro inquieto anhelo engaña:
De los dioses gloriosos cuchichea,
Y en el espeso lodazal nos clava!
La cifra en nuestro antro escrita
Queda siempre indescifrada:
Los astros no nos dan más que un misterio.[0]

Si lo supiera un solo héroe
Ardiera la tierra en llamas:
Avergonzado el sabio escondería
El rostro hasta que el mito penetrara.
Mas ningún hermano nuestro
De esta cifra sabe nada:
Lo mismo saben ellos que nosotros:
Consuele su [...] nuestra ignorancia!

El secreto apremia, apremia,
Las cercanas nubes bajan,
Y la mañana carmesí flamea
Sobre las liviandades cortesanas![0]
De la ciudad sobre las turbas vanas.
Brilla el sol gozoso y claro,

---

0 Se añade punto.

0 El signo de admiración añadido con lápiz.

Y goza en la luz que irradia
Y en su propia luz se aclama,
Y dentro y fuera de la tierra ociosa
Aros eternos las estrellas labran![0]

A qué los pueblos que el Tráfico
Siembra, cual conchas en playa,
Y con ciudades las praderas cubre[0]   q. los prados cubren[0]
Y con ferrocarriles las enlaza Y los[0]
Espumillas son veleras
De la corriente honda y rauda
Del Pensamiento, que el dolor y el[0] […]
Toma de aquel que el sueño manda.[0]

No cede el destino al hombre
El manejo de la barca:
Y a través de su reino, por ocultos
Nervios [...], su pensamiento lanza.

---

0 El signo de admiración añadido con lápiz.

0 Añadido en el margen derecho del verso.

0 Añadido con lápiz en el margen derecho del verso.

0 Añadido con lápiz en el margen izquierdo y unido con una línea a “ferrocarriles”.

0 Estas dos palabras añadidas con lápiz.

0 A continuación aparece la traducción de las estrofas antepenúltima y última del original de Emerson, las cuales se repiten después en el lugar que les corresponde, con la única variante en el segundo verso de la primera estrofa, en la que aparece “flojo”, tachado después de “mundo”.

Siéntase el Demonio cauto,
Con rosas y con mortaja,
Él tiene el paso libre, y vende dones:[0]

No tiene virrey ninguno:
Ni es necio, ni anda en niñadas
El amor sin desmayos, el augusto
Hijo y señor del genio, amor sin tasa.

Su voluntad nadie estorba
Y las tierras y las aguas
Átomos son de su brillante cuerpo
Que su invencible voluntad acatan.

De siervo le sirve al siervo,
Al bravo, muy bien lo ama,
Y mata al jorobado y al enfermo,
Y comienza de nuevo la jornada.

Los dioses gustan de dioses:
Los flojos a un lado apartan
Sólo al que su limosna audaz desprecia
De par en par los brazos le abren.[0]

0 Espacio en blanco para un verso no traducido.

0 Esta palabra añadida con lápiz. Se añade el punto.

Cuando los siglos se mueren,
Y el mundo viejo se cansa,
Del sedimento y de las ruinas rotas
Otro mundo mejor completo saca.

Aun a los años sesenta[0]
Sol en la mente el sol alza:
Y nunca, nunca, nunca somos viejos:
Y a cada nuevo amor despierta el alma.

Brillar el verano miro
Sobre las cumbres nevadas,
Y a través de la gélida ventisca[0]
Los rosales calientes se levantan
[Ms. en CEM]

---

0 Añadida una marca a lápiz al final del verso.

0 Este verso se repite al final de la página anterior donde aparece la estrofa completa.

[DE "GOOD-BYE"][0]

Adiós, mundo *proud*;[0] me vuelvo a casa:
Ni eres mi amigo tú, ni yo soy tuyo tú amigo[0]
Mucho he vagado entre tus turbas[0] tristes[0]
Pobre arca de agridulce recuerdo[0] en el mar fiero:
Mucho fui de aquí a allá como[0] la espuma,
Pero hoy, mundo,[0] me vuelvo a casa.

Adiós al rostro vil de la Lisonja,[0]
A la sabia [...] de la Grandeza,
Al ojo espurio[0] del Dinero erguido;
Al Puesto plegadizo, al alto y bajo;

---

0 Manuscrito en tinta negra. Traducción del poema de Ralph Waldo Emerson.

0 En inglés, orgulloso, soberbio, altivo.

0 Estas palabras añadidas encima de: "tuyo".

0 Lección dudosa por rotura del manuscrito. Esta palabra al parecer, escrita dos veces.

0 Esta palabra añadida debajo de: "turba".

0 Esta palabra añadida encima de la línea.

0 Tachado a continuación: "a".

0 Se añaden comas.

0 Se añade coma.

0 Esta palabra escrita debajo de, tachado: "sufrido".

A los pasillos[0] llenos, y a las calles,[0]
A los rápidos pies y almas heladas,
Adiós a los que van y a los que vienen,[0]
Adiós, mundo, me vuelvo a casa.[0]

Vuelvo al hogar de piedra todo mío
Allá entre aquellos cerros solitarios,
Refugio silencioso en tierra bella[0]
Cuyos boscajes las hadas [...][0]
Do[0] un claro verde; y el perpetuo día
Repiten el *the blackbird's roundelay*,[0]
Y los[0] vulgares pies jamás hollaron
Aquel altar[0] de Dios y el pensamiento.[0]

---

0 Esta palabra tachada y vuelta a escribir.

0 Roto el original en la última palabra de este verso. Se sigue la lección de Obras completas.

0 Se añade coma.

0 Se añade punto.

0 Tachada la línea a continuación: "Cuyos [palabra ininteligible por rotura del manuscrito]".

0 Tachada la línea a continuación: "Do el arco verde".

0 Tachado a continuación: "verde".

0 En inglés,

0 Tachado a continuación: "los pies".

0 Esta palabra escrita debajo de, tachado: "rincón".

Ríome yo de[0] Romas y de[0] Grecias,
Cuando en mi verde asilo estoy seguro:
Y cuando en el pinar me tiendo,[0]
La santa Estrella de la tarde brilla.[0]
Ríome yo del del hombre viejo y vano
Y de[0] sofistas y eruditos,
¿Qué son ellos, qué los sabios—augustos[0]
Cuando hombre y Dios se encuentran en la selva?[0]

[Ms. en CEM]

0 Se añade punto.

0 Estas palabras escritas encima de, tachado: "Mucho me he de burlar".

0 Esta palabra añadida encima de la línea.

0 Tachado a continuación: "alegre". Ilegible por rotura del manuscrito la palabra que sustituye a "alegre".

0 Se añade punto.

0 Tachado a continuación: "donde".

0 Las tres últimas palabras de lección dudosa.

0 A continuación se lee: "De Emerson, verso a verso:". En sentido inverso: "nos pareció sublime. *El Triunfo*, del discurso de Albertini / el más elegante de n. poetas / [varias palabras ininteligibles]".

DE LONGFELLOW[0]

El aire es puro, brilla el Sol, el canto
Alza la golondrina vocinglera Suelta[0]
Y en el olmo robusto escucho el […]
Anunciando la alegre Primavera.[0]

Tan azul a lo lejos luce el río
Que tal parece un brazo de los cielos,
Donde aguardan[0] en[0] ancla el Oeste frío—
Las recias nubes en sus negros velos.[0]

Todo es nuevo: en las nobles ramas viejas
Nueva es la flor, las hojas, el rocío—.
Y hasta el nido debajo de las tejas:
Sólo el nido de antaño está vacío—. Pero[0]

En juventud y amor todo se enciende:

0 Manuscrito en tinta negra. Traducción del poema "It is not always May", de Henry W. Longfellow.

0 Esta palabra añadida al inicio del verso.

0 Se añade punto.

0 La "a" escrita sobre "ale".

0 Esta palabra escrita sobre "el".

0 Se añade punto.

0 Esta variante añadida debajo de: "Solo". Debajo de esta, otra variante ininteligible.

La flor, en pleno[0] el broche:
Y de los blandos cielos se desprende   todo aprende[0]
La fecunda ternura de la noche.

Niña, que oyes mi rima pobre y dura:
La juventud, más rápida que el rayo,
Se irá: goza tu cándida frescura;
Oh, niña,[0] ve mi amor; no spre. es mayo.[0]

Luz[0] de juventud la Primavera[0]
un[0] ángel antes frío!
Que el tiempo te dirá, niña hechicera,[0]
Ay! que los nidos de antaño están vacíos,   que el nido[0]

[Ms. en CEM]

---

0 Tachado a continuación: "goce, rompe". Encima, tachado y vuelto a escribir: "su".

0 Añadido debajo de: "se desprende".

0 Se añade coma.

0 Se añade punto.

0 Esta palabra escrita encima de tachado: "De amor, y".

0 Tachado en la línea siguiente: "Goza, y del resto".

0 Varias palabras ininteligibles antes de estas palabras, escritas encima de tachado: 1a. versión: "Goza, y del [palabra ininteligible]"; 2ª, versión, encima de la anterior.

0 Se añade punto. Esta palabra de lección dudosa.

0 Escrito encima de "los nidos".

[*LA CANCIÓN DE HIAWATHA*][0]

Preguntáisme, y estos cuentos,
Estas viejas tradiciones,
Con olores de foresta,
Con el fresco de los[0] llanos,
Con el humo de las chozas,[0]
Con el ruido de hondos ríos,
Con palabras repetidas,
Con salvaje centelleo
Como el trueno en las montañas.   entre los montes[0]

Yo diría, yo os diría
De los bosques y praderas,[0]
De los grandes lagos fríos,[0]
Después de los Ojibways,[0]

---

0 Manuscrito a dos columnas en tinta negra al dorso de la traducción anterior. Traducción de fragmentos de "The Song of Hiawatha", de Henry W. Longfellow.

0 Tachado a continuación: "llantos". Se añade coma.

0 Se añade coma.

0 Añadido debajo del verso.

0 Se añade coma.

0 Se añade coma.

0 Ídem.

Después de los Dakotas,[0]
De los montes y vallados
Donde el [...] el Shushugah.[0]

Las repito cual las oigo
De los labios de Nawadaha,[0]
El cantor rítmico, el músico:—

Preguntáis[0] [a] Nawadaha
Estos cantos y leyendas,
Estas rudas tradiciones,
Yo diría, yo os diría
«En los nidos de la selva,
En las cuevas de los […]
En las huellas del bisonte,
En el penacho del águila!
En las selvas solitarias,
Los pájaros, yo los miro[0]
Y en los pálidos pantanos.[0]

---

0 Ídem.

0 En el texto en inglés: “Shu-shu-gah”. Se añade punto.

0 En el manuscrito “Nawahada”. Se transcribe según el texto en inglés.

0 Tachado a continuación: “melo”. Palabra ininteligible añadida encima de lo tachado.

0 Lección dudosa.

0 Se añade punto.

Y si aún todos curiosos[0]
Me decís: quién fue Nawadaha,
Dinos, pues, de este Nawadaha,
Respondería yo a las[0]
Claramente de este modo:[0]

En el valle de Tawasentha,
En el verde lindo[0] valle,[0]
Donde corren gratas fuentes,[0]
Vive el músico Nawadaha.[0]
Allí cerca el pueblo de indios
Tiene llanos[0] y maizales
Y más lejos está el bosque,[0]
Y los pinos rumorosos
En verano siempre verdes,[0]

0 Lección dudosa.

0 Tachado a continuación: “pre[guntas]”.

0 Se añaden dos puntos.

0 Esta palabra escrita encima de, tachado: “y mudo”.

0 Tachada la línea a continuación: “Junto a gratos man[antiales]”.

0 Se añade coma.

0 Se añade punto.

0 Lección dudosa.

0 Tachada la línea siguiente y el comienzo de la próxima: “Están / Con”.

0 Lección dudosa. Se añade coma.

En invierno blancos siempre,[0]
Siempre gimiendo y cantando,[0]
Siempre en duelo, siempre en canto.[0]
En los montes de la Prairie,[0]
En la gran piedra roja,[0]
Gitche Manito, el inmenso,
El Señor de[0] Vida, baja,
Y en las grietas del granito
Está en pie, y llama a los pueblos,
Llama a las tribus de hombres!
De sus huellas nace un río,[0]
Salta al Sol de la mañana
Y reluce […] abajo[0]
Como[0] Ishkoodah el cometa.
.
[Ms. en CEM]

---

0 Ídem.

0 Ídem.

0 Los versos a continuación pertenecen a la primera parte del poema, titulada “The Peace-Pipe”.

0 Los versos a continuación pertenecen a la primera parte del poema de Henry W. Longfellow. Escrito a continuación de la segunda columna del poema anterior.

0 Lección dudosa. Se añade coma.

0 Tachado a continuación: “del mundo”.

0 Se añade coma.

0 Este verso escrito encima de, tachado: “se hunde [palabra ininteligible] como monte”. 2ª. versión, tachada dos veces encima de “como monte”: “aliento”. Tachado el verso siguiente: “Reluciendo en el abismo”.

0 Tachado “C” al inicio del verso.

[*EL CUERVO*][0]

Una medianoche[0] fría, mientras[0] yo triste leía
Sobre mucho tomo viejo, tomo añejo de años ha,[0]
Cabeceando, dormitando, oí de pronto alguien llamando[0]
Suavemente, alguien llamando a la puerta de mi hogar,[0]
Es sin duda algún amigo q. me viene a visitar:
Eso es y nada más!
Bien recuerdo que fue en una noche de frío[0] importuno,[0]
Y de con [...] la sombra en la alfombra iba a formar.[0]
Yo tenía sed del día: yo quería hallar consuelo,[0]
En mis libros a mi duelo; a mi duelo por aquella[0]

---

0 Manuscrito en tinta negra. Traducción de un fragmento de “The Raven”, de Edgar Allan Poe.

0 Esta palabra escrita encima de, tachado: “Érase una”. Tachado “Una” encima del tachado anterior.

0 Esta palabra escrita encima de, tachado: “cuando”.

0 Tachada la línea siguiente: “Cabeceaba, dormitaba [rasgo ininteligible],”.

0 Roto el borde del manuscrito.

0 Ídem. Tachada la línea siguiente: “Es cierta. Es sin duda alguien que llama”.

0 Esta palabra escrita encima de, tachado: “noche”. Añadido encima de lo tachado: “no”. Lección dudosa.

0 Roto el borde del manuscrito.

0 Las tres últimas palabras, de lección dudosa.

0 Roto el borde del manuscrito.

0 Ídem.

Que los ángeles llaman Eleonor,

Leonor pura,[0] la doncella de hermosura singular,[0]

Y el sedoso y vago ruido del cortinaje tupido

Me aterraba, me llenaba

Me llenaba de un gran [...] no sentido antes jamás:

Y, acallando mi oculto corazón, dije resuelto:

Es sin duda algún amigo que me quiere visitar,[0]

Un amigo retardado que ha tocado[0] que sin duda quiere entrar.[0]

Con el ánimo robusto, dije, y es puro susto.[0]

Señor mío! Dama mía, vuestra excusa he de implorar:[0]

Pero estaba adormecido, y llamásteis con un ruido

Tan suave, tan dormido a la puerta de mi hogar

Que creía que no oía: abrí, pues, de par en par.

Ah, sombras, y nada más!

Allí estuve tantas horas, tantas horas, en la sombra aterradora

---

0 Esta palabra escrita debajo de, tachado: 1ª. versión: “pura”; 2ª. versión [encima de la anterior]: “mía”.

0 “La” al inicio de la línea siguiente, que no se completa.

0 Se añade coma.

0 Tachadas varias palabras ininteligibles debajo de estas tres últimas.

0 Tachado a continuación: “Eso es, y nada más!”.

0 Se añade coma.

0 Estas cinco últimas palabras añadidas debajo de, tachado: 1ª. versión: “ni me habré de perdonar”; 2ª. versión: “[palabras ininteligibles] perdonar”; 3ª. versión: “[palabra ininteligible]”. Tachadas las líneas siguientes: “Ya me andaba yo / Daba yo mis cabezadas / Ya me estaba yo durmiendo”.

Soñando un sueño q. el hombre nunca se atrevió a soñar.
Pero nada se movía; pero nada aparecía,
Pero sólo se entreoía la palabra «Leonor mía»,[0]
Que yo hablaba,[0] y el eco se gozaba[0] en murmurar:
Eso había,[0] y nada más!—

[Ms. en CEM]

0 Tachadas las líneas siguientes: “Era yo quien la / Era yo quien la decía,”.

0 Estas dos palabras escritas debajo de, tachado: “decía yo”.

0 Esta palabra escrita debajo de, tachado: “placía”.

0 Esta palabra escrita debajo de, tachado: “era”.

DE POE

[ANABEL LI][0]

Con amor que era más que amor humano
Nos amábamos yo y Anabel Lí,[0]
Un amor que los ángeles del cielo
Nos envidiaban a Anabel y a mí.

Y esa fue la razón porque, ¡hace mucho!
En este reino junto al mar turquí
Salió de un nubarrón un viento frío—
Que estremeció a mi hermosa Anabel Lí.
Así que su pariente ilustre vino
Y se me la llevó lejos[0] de mí,
Para encerrarla en un sepulcro oscuro
En este reino[0] junto al mar turquí.

Los ángeles celosos en el cielo
Nos envidiaban a Anabel y a mí.—
¡Esa[0] fue la razón! ¿quién no lo sabe

0 Manuscrito en tinta negra. Borrador de una traducción de "Annabel Lee", de Edgar Allan Poe, que no sigue el orden del original en inglés.

0 Se añade coma.

0 Esta palabra escrita encima de tachado: "fuera".

0 Tachado a continuación: "bajo".

0 La "E" escrita sobre una "e". Al inicio del verso, tachado: "L[a]".

En este reino junto al mar turquí?
De que el viento saliera aquella noche
De la nube y matara a Anabel Lí.

Pero aquel amor nuestro era más hondo
Que cuanto amor sobre la tierra ví,
Que cuanto amor más[0] sabio o viejo vi;—
Y ni arriba los ángeles del cielo
Ni los demonios bajo el mar turquí,
Podrán nunca arrancar mi alma del alma
De la hermosa, la hermosa Anabel Lí.

Jamás la luna brilla sin que alguna[0]
Nunca una estrella brilla,[0] sin que en ella[0]
Vea yo los ojos de mi Anabel Lí
Así,[0] en la noche aislada,

Hace ya muchos años, muchos años
Allá en un reino junto al mar turquí

0 Escrito encima de, tachado: “de”.

0 Tachadas las líneas siguientes: “Soñar en mi hechicera Annabel Lí / Imagen”.

0 Esta palabra escrita encima de la línea.

0 Tachado en la línea siguiente: “Los ojos vea yo de Annabel Lí”. Tachado al inicio del verso: “Me”.

0 Tachado a continuación: “la”.

Que vivió una doncella encantadora
A quien[0] llamaré, si os place,[0] Anabel Lí, [0]

Yo era un niño; y ella era[0] una niña[0]
En este reino junto al mar turquí[0]
Que el de amarme, y gozar así de mi!—
Yo era un niño no más, y ella era una niña
Pero[0]

[Ms. en CEM]

---

0 Lección dudosa. Estas palabras añadidas encima de, tachado: 1ª. versión: "Que, si que "; 2ª. versión: "Que". A continuación de estas palabras añadidas, rasgos ininteligibles.

0 Se añade coma.

0 Tachado a continuación: "Y sin más vivía Anabel sin más deseo / Que".

0 Estas tres palabras escritas debajo de tachado: "ella era".

0 Primera versión del verso que se repite en la cuarta línea.

0 Tachado el verso siguiente: "Pero".

0 Tachado a continuación: "co". Aquí se interrumpe el manuscrito. A continuación, con sangría mayor, unos versos correspondientes al poema de Poe, "The Haunted Palace".

[DE "THE HAUNTED PALACE"][0]

En nuestro valle más verde
Por ángeles habitado

Banderas gloriosas de oro
Flotaban sobre su techo
Esto—todo esto—

[Ms. en CEM]

0 Estos versos corresponden al comienzo de la primera y segunda estrofa del poema de Poe y están añadidos, con sangría mayor, al final del manuscrito "De Poe", que contiene el borrador de la traducción del poema "Annabel Lee".

[FRAGMENTO DE *LALLAH ROOKH*][0]

And music too, dear music! that can touch
Beyond all else the soul that loves it much
Now heard far off so far as but to seem
Life the faint exquisite music of a dream.

[TRADUCCIÓN]

Y[0] la música allí,[0] música cara
Que más que todo el corazón conmueve[0]
De quien[0] la adora, y desde lejos llega
Como el[0] rumor de un delicioso sueño.
[Ms. en CEM]

---

0 Manuscrito en tinta negra en una hoja tamaño 20,2 x 22 cm, en la que aparece escrito en sentido inverso un fragmento del poema "Lalla Rockh" de Thomas Moore.

0 Tachadas versiones anteriores de este verso: "Y / Y el encanto mayor, el dulce encanto / De la música / Al alma".

0 Esta palabra escrita encima de, tachado. "a más".

0 Lección dudosa. Tachados los versos siguientes: "Que la sabe adorar / Del que la adora fue".

0 Esta palabra escrita encima de, tachado: "l [añadida al final de "De"] que".

0 Tachado a continuación: "débil".

[Otro Fragmento del *Lalla Rookh*][0]

Cuando, a la hora de harem, le llevo flores
Y refrescos de olor: "Hinda, me dice;
Hinda,[0] tu novio
Un soldado ha de ser: a las doncellas
Mejor con las batallas se enamora—

Si[0] está de hora[0] feliz

[Ms. en CEM]

---

0 Manuscrito en tinta negra en una hoja tamaño 20,2 x 22cm en la que aparece en sentido inverso el fragmento *"And music too, dear music that can touch"* y su traducción al español.

0 Tachado el inicio de este verso: "Cuando está para hablar,".

0 Tachada la línea anterior: "Si no".

0 Lección dudosa.

[Fragmento de "The Test", poema de Ralph Waldo Emerson][0]

Colgué mis versos al viento:
El tiempo hallará sus faltas:
Sacudiómelos el aire:
Cinco líneas quedan sanas salvas[0]

(De Emerson)

[Ms. en CEM]

0 Manuscrito en tinta azul en el Cuaderno de Apuntes 9. La traducción se repite en el mismo cuaderno sin "(De Emerson)".

0 Esta palabra añadida debajo de "sanas". Ambas palabras señaladas entre corchetes.

[Fragmento de "The Test", poema de Ralph Waldo Emerson][0]

Dadme verdades:
Muy cansado estoy ya de superficies:
Muero de inanición.—Si yo supiera
Sólo —las yerbas de la selva y simples

De la tierra común arrancan jugos
Desconocidos:— si decir supiera
Su fragancia, y con dulces parentescos
Su química aplicar al cuerpo humano[0]

Oh mucho supiera, y parte ser podría
Del día redondo, al sol relacionado
Y al mundo de las plantas, y completo
Ejecutor de sus funciones vagas.
Pero estos mozos escolares, que andan[0]
Ni aman la flor que cogen, ni la saben,
Toda su ciencia es nombres latinos.

[Ms. en CEM]

---

0 Manuscrito en tinta azul en el Cuaderno de Apuntes 9. La traducción se repite en el mismo cuaderno sin "(De Emerson)".

0 Entre este verso y los siguientes, aparecen dos apuntes relacionados con Emerson.

0

[FRAGMENTO DE "THE LIGHT OF ASIA", DE EDWIN ARNOLD][0]

Somos como la voz del viento vago
Que en balde gime por la paz que no halla:
¡Así es la vida, como el viento,—estrago,
Sollozo y tempestad, queja y batalla!   Sollozo, queja, tempestad, batalla![0]

[Ms. en CEM]

0 Manuscrito en tinta negra. Traducción de una estrofa del poema "The Light of Asia", de Edwin Arnold.

0 Esta versión añadida al final del poema, con una letra más pequeña. Debajo se lee: "from the Pl. of Life; versos de Arnold p. 4.—".

ÍNDICE GENERAL

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".